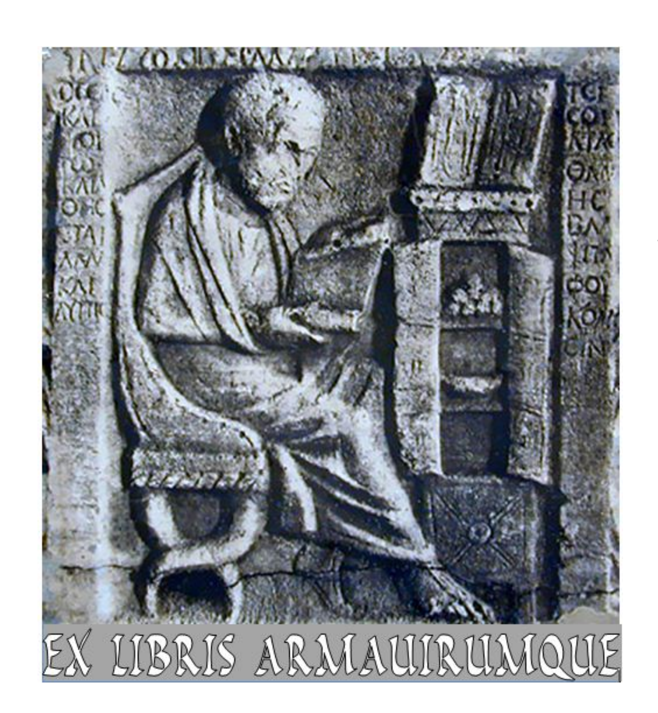
Oliver Dickinson

El Egeo

De la Edad del Bronce a la Edad del Hierro

bellaterra arqueología

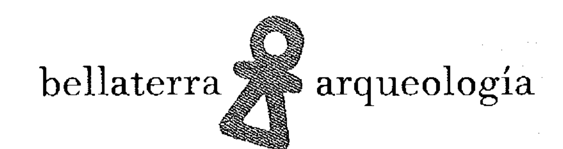
Colección dirigida por M.ª Eugenia Aubet



Oliver Dickinson

El Egeo

De la Edad del Bronce a la Edad del Hierro



Título original: *The Aegean from Bronze Age to Iron Age*, publicada por Routledge

Traducción castellana: M.ª José Aubet

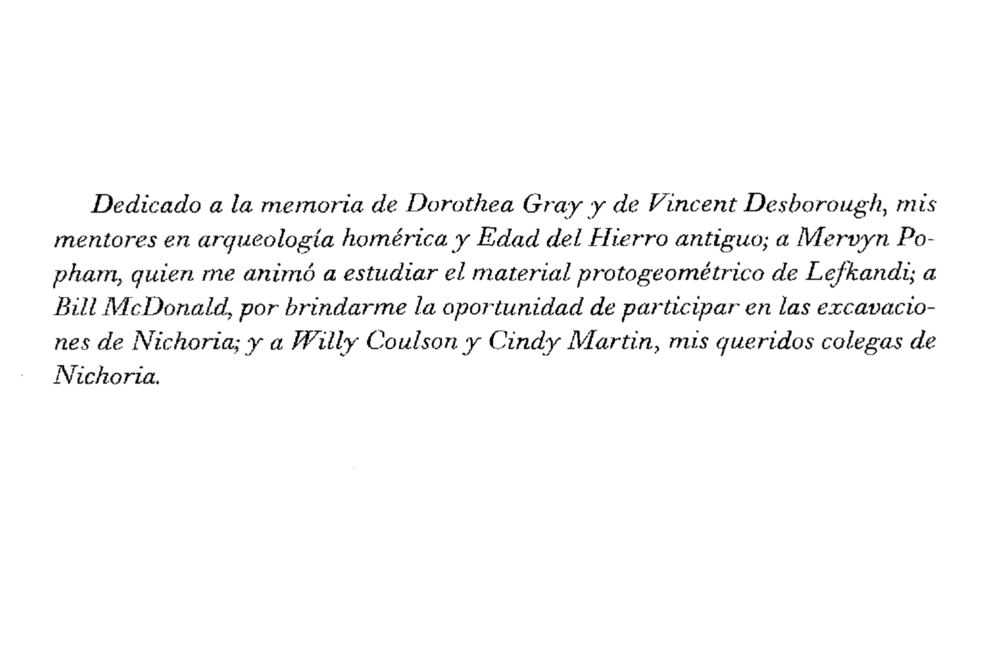
Diseño de la cubierta: Joaquín Monclús

Coordinación editorial: Mari Paz Ortuño

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-488-0
Depósito Legal: B. 5.050-2010

Impreso en Reinbook Imprès, S.L., Múrcia, 36, 08830 Sant Boi de Llobregat



Dedicado a la memoria de Dorothea Gray y de Vincent Desborough, mis mentores en arqueología homérica y Edad del Hierro antiguo; a Mervyn Popham, quien me animó a estudiar el material protogeométrico de Lefkandi; a Bill McDonald, por brindarme la oportunidad de participar en las excavaciones de Nichoria; y a Willy Coulson y Cindy Martin, mis queridos colegas de Nichoria.

ÍNDICE

Nota sobre usos y nomenclatura

Para citar topónimos griegos y nombres de tipos cerámicos y otros artefactos he preferido utilizar sus formas más familiares y corrientes, sin aferrarme estrictamente a ningún sistema ortográfico. Los nombres de provincias y regiones de Grecia y alrededores reflejan usos antiguos, no modernos, y he preferido utilizar las antiguas designaciones territoriales de Mesopotamia, Anatolia/Asia Menor, Siria, Fenicia y Palestina en lugar de los nombres de los países modernos que las incluyen. Utilizo el término «Oriente Próximo» para referirme en general a toda la región de las antiguas civilizaciones orientales, incluido Egipto.

PRÓLOGO

Este libro comparte básicamente el objetivo de The Aegean Bronze Age *(a partir de ahora Dickinson, 1994a) de presentar un breve estudio introductorio, lo más actualizado posible, de un período concreto de la prehistoria griega, la llamada Edad Oscura, que abarca, según la opinión general, la práctica totalidad de los cinco siglos que van de 1200 a 700 a.C. (todas las fechas que aquí se dan son a.C. salvo que se especifique lo contrario), un período que algunos –y cada vez somos más– creemos que desempeñó un rol axial en el largo proceso evolutivo griego, ya que representa la transición entre dos formas de civilización muy distintas. El colapso de las civilizaciones del Bronce a principios del período que nos ocupa supuso el final de un sofisticado sistema de organización social que había dominado las principales regiones del Egeo durante siglos, y que implicó además, según se cree, el desarraigo, la dispersión de poblaciones enteras y la reducción de las comunidades supervivientes del Egeo a pequeñas aldeas empobrecidas, que en el mejor de los casos tuvieron contactos sólo intermitentes con el mundo exterior. Hace tiempo que los estudiosos se interrogan sobre la capacidad de aquellas comunidades para reconstruirse y crear aquella civilización tan distinta de la Grecia posterior, y hasta qué punto contribuyeron a ello determinados desarrollos del período aquí analizado.*

Desde los años 1970, tras la publicación de tres estudios fundamentales (Snodgrass, 1971; Desborough, 1972; Coldstream, 1977), el período ha merecido una atención creciente, centrada muy especialmente en el período Geométrico (900-700), del que ahora existe mucho más material, y también se han realizado estudios interesantes sobre las fases precedentes. No obstante, persiste la necesidad de un nuevo estudio general que incorpore todo el material nuevo así como la crítica de los métodos y premisas tradicionales utilizados para interpretar los datos arqueológicos. Snodgrass (1971) fue reeditado en el año 2000, con la única novedad de un nuevo prólogo. Thomas y Conant (1999)

abarcan todo el período, pero su estudio presenta carencias metodológicas, dado que utilizan yacimientos aislados (y no siempre los más evidentes) para ilustrar los sucesivos siglos, y muchas de sus afirmaciones resultan cuestionables. Lemos (2002) ofrece un análisis útil si bien algo tradicional del material, y se centra únicamente en el período Protogeométrico y en una zona limitada de Grecia. La reedición de Coldstream (1977) con un capítulo adicional en 2003 resulta muy útil, y lo mismo cabe decir de varios de los análisis breves sobre la «Edad Oscura» incluidos en estudios más extensos (Morris, I., 1987, 1997 y 1999: caps. 3 y 6; Snodgrass, 1987: cap. 6; Whitley, 1991a y 2001: cap. 5), que aunque valiosos, priorizan algunas hipótesis debatibles.

Confío, quizás un tanto precipitadamente, en mejorar los resultados de los estudios antes mencionados, pero ante todo que nadie espere de este libro nada más que una introducción al período y a sus problemas. Para responder a los comentarios de algunas reseñas de Dickinson (1994a), recuerdo que este carácter introductorio no significa que un lego en la historia de Grecia o en arqueología griega pueda entenderlo fácilmente. Significa que es de extensión limitada, por eso no puede ofrecer análisis exhaustivos, y que sólo apunta, no detalla, los principales yacimientos y bases de datos.

Espero que se me perdonen las frecuentes referencias a Dickinson (1994a), pero dado que en aquel volumen yo analizaba el tema con cierto detalle y que mis puntos de vista no han variado sustancialmente, ésta me parece la mejor manera de optimizar el limitado espacio. Entre las referencias que cito hay ponencias inéditas, porque creo que su información es suficientemente importante para merecerlo; espero haber transmitido su contenido de forma correcta. Dada la cantidad de obras que ahora se publican, es casi inevitable la omisión de algunos estudios, y puede que no haya prestado suficiente atención a algunos que rebaten o actualizan tesis que propugno, especialmente sobre temas como la «sociedad homérica». Pero este estudio ya se ha retrasado demasiado; ahora me comprometo a publicarlo.

Oliver Dickinson
Septiembre de 2005

Agradecimientos

Quisiera citar, en un lugar de honor, a Sue Sherratt, que ha tenido la amabilidad de leer el borrador un par de veces, con un intervalo de cinco años, y cuyos comentarios, extremadamente valiosos, han hecho de este libro un texto mucho más coherente y, espero, mejor argumentado de lo que habría sido sin su ayuda. También me siento especialmente en deuda con Cathy Morgan por sus comentarios sobre varios capítulos; con Fanouria Dakoronia, Sigrid Deger-Jalkotzy, Birgitta Eder, Maria Kayafa y Mary Voyatzis por compartir generosamente información importante y por hacerme llegar textos inéditos con datos muy valiosos; con John Bintliff, por proporcionarme copias de sus propios artículos y de otros autores en un momento crucial; y con Zofia Stos y Ellis Jones, que me han ayudado en el tema de los metales, sus fuentes y su explotación. Otros muchos han contribuido con libros, separatas, información, ilustraciones originales y comentarios: desearía mencionar a Claire Adams, Vasiliki Adrymi-Sismani, Bob Arnott, Paul Åström, Clarissa Belardelli, Elisabetta Borgna, Helen Hughes Brock, Cyprian Broodbank, Gerald Cadogan, Jill Carington-Smith, Hector Catling, Richard Catling, Nicolas Coldstream, Anna Lucia D'Agata, Jack Davis, Katie Demakopoulou, Søren Dietz, Nicoletta Divari-Valakou, Robert Drews, Lisa French, Barbro Santillo Frizell, Ioannis Georganas, Kevin Glowacki, Robin Hägg, Donald Haggis, Jonathan Hall, Anthony Harding, Georgia Hatzi, Reinhard Jung, Vassos Karageorghis, Imma Kilian-Dirlmeier, Irene Lemos, Yannos Lolos, Joseph Maran, Holly Martlew, Hartmut-Matthäus, Jennifer Moody, Sarah Morris, Penelope Mountjoy, Jim Muhly, Richard Nicholls, Krzysztof Nowicki, Robin Osborne, Mani Papakonstantinou, John Papadopoulos, Michaelis Petropoulos, Peter Rhodes, David Ridgway, Jerry Rutter, Hugh Sackett, Elizabeth Schofield †, Cynthia Shelmerdine, Anthony Snodgrass, Christiane Sourvinou-Inwood, Andreas Vlachopoulos, Leonidas Vokotopoulos, Gisela

Walberg, Saro Wallace, KenWardle, Todd Whitelaw, James Whitley, Malcolm Wiener, Jim Wright, Assaf Yasur-Landau y Marika Zeimbekis. Quisiera asimismo agradecer a mi estudiante de doctorado Guy Middleton sus agudos comentarios sobre algunas de mis ideas.

Agradezco profundamente a Sven Schroeder y a Hayley Saul, del Departamento de Arqueología de la Universidad de York, su ayuda con las figuras, casi todas preparadas por la Sra. Saul.

Estoy en deuda con la Universidad de Durham por otorgarme una excedencia de investigación en 1996, 1998 y 2003, y agradezco al Departamento de Historia Antigua y Clásica su cooperación al permitirme una excedencia no pagada en 1999, financiada con una generosa beca del Institute for Aegean Prehistory. Estas ayudas me liberaron de mis responsabilidades académicas durante casi un año, un tiempo que resultó inestimable para acabar la redacción de este libro. Mi más profundo agradecimiento a todas estas instituciones.

Gracias también a las siguientes personas que me facilitaron fotografías y dibujos, y autorizaron su publicación: la Sra. V. Adrymi-Sismani (original de la fig. 2.3); el profesor D. Haggis (fig. 4.4); el Departamento de Clásicas de la Universidad de Cincinnati, y el profesor T. Palaima (fig. 2.2); el Departamento de Clásicas de la Universidad de Cincinnati y el Dr. S. Stocker (fig. 3.2); el Museo Arqueológico Nacional de Atenas y la Dra. Papazoglou-Maniati (fig. 3.3); la American School of Classical Studies, de Atenas: excavaciones en el Ágora (fig. 5.2); la British School of Archaeology de Atenas (figs. 2.5, 5.1, 5.11, 5.12, 5.23, 7.2, 7.3, 8.5); y el Deutsches Archäologisches Institut de Atenas (figs. 5.9, 5.15, 5.16, 6.4)

Abreviaturas

Revistas periódicas

AA	Archäologischer Anzeiger
AAA	Athens Annals of Archaeology (Αρχαιολογικά Ανάλεκτα εξ Αθηνών)
AD	Αρχαιολογικόν Δελτίον
AJA	American Journal of Archaeology
AR	Archaeological Reports (suplemento de *JHS*)
AS	Anatolian Studies
AthMitt	Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts: Athenische Abteilung
BCH	Bulletin de correspondance hellénique
BICS	Bulletin of the Institute of Classical Studies, Universidad de Londres
BSA	Annual of the British School de Atenas
CAJ	Cambridge Archaeological Journal
CQ	Classical Quarterly
CR	Classical Review
IJNA	International Journal of Nautical Archaeology
JDAI	Jahrbuch des Deutschen Archäologisches Instituts
JFA	Journal of Field Archaeology
JHS	Journal of Hellenic Studies
JMA	Journal of Mediterranean Archaeology
OJA	Oxford Journal of Archaeology
OpAth	Opuscula Atheniensia
PAE	Πρακτικά τής εν Αθήναις Αρχαιολογικής Εταίρεας
ProcCamPhilSoc	Proceedings of the Cambridge Philological Survey

PZ	Praehistorische Zeitschrift
RDAC	Informe del Dpto. de Antigüedades de Chipre
SMEA	Studi micenei ed egeo-anatolici

Otros

CAH I-III	Cambridge Ancient History (tercera edición)
CAH I-III, lám.	Cambridge Ancient History, láminas de volúmenes I-III (tercera edición)
BA, BM, BF	Bronce antiguo, medio, final
EO	Edad Oscura
GA, GM, GR	Geométrico antiguo, medio y reciente
HA, HM, HR	Heládico antiguo, medio, reciente
PGA, PGM, PGR	Protogeométrico antiguo, medio, reciente
MR	Minoico reciente
SM	Subminoico
SPG	Subprotogeométrico
Submic	Submicénico
Tuc.	Tucídides
Herod.	Heródoto
CBM	Cerámica bruñida a mano
EHA	Edad del Hierro antiguo

INTRODUCCIÓN

«La Edad Oscura de Grecia es una concepción nuestra». Esta taxativa afirmación de Whitley (1991a: 5) es irrebatible. Porque si bien la tradición griega, plasmada en la épica homérica, hablaba en general de un pasado de héroes, de grandes proezas y de reyes que gobernaban desde palacios repletos de fabulosos tesoros, no reconocía que hubiera existido un período de dramático declive entre aquel pasado glorioso y épocas más recientes. Lo que representaba era la transformación gradual, tras la guerra de Troya, de la época heroica en un período de acciones menos llamativas que finalizaba con las migraciones que supuestamente configuraron el mapa de la Grecia continental y egea posterior. Luego habría comenzado una etapa poco definida sobre la que apenas había información y que se confundía, en torno a lo que para nosotros sería la segunda mitad del siglo VIII, con el período que sí había deparado alguna información, pero que en muchos casos podría reflejar una reelaboración de los siglos V y IV de muchas tradiciones semilegendarias sobre el pasado. Pese a que las genealogías idealizadas de algunas grandes familias las entroncaban con famosos héroes como Heracles y Ajax, posibilitando así colmar el vacío entre la era heroica y la época clásica, no se había conservado información sobre la mayoría de las personas contenidas en ellas. La falta general de información sobre el período era tal que hasta Tucídides, en su famosa obra sobre el pasado de Grecia, optó por calcular las fechas de la supuesta llegada de los beocios y los dorios al sur de Grecia contando a partir de la guerra de Troya (I.12) y no desde su propia época, como hizo con otros acontecimientos más tardíos.

Tucídides no parece impresionado por la época de los héroes (I.2-12), pero como muchos de sus compatriotas griegos, creía que las tradiciones sobre su remoto pasado contenían verdades; y quiso simplemente interpretarlas de un modo racional. Es evidente que no halló en ellas ningún indicio de

un declive sustancial de los grandes centros del mundo clásico, como Argos, Atenas y Tebas, que con tanta frecuencia figuran en las leyendas, desde su época más floreciente hasta su nuevo renacimiento. Lo que hizo en su empeño por contar de modo sistemático el pasado de Grecia sin apelar a las leyendas, fue presentar todo el pasado de Grecia como un período de progreso intermitente, desde unos inicios modestos, siempre a merced de posibles interrupciones provocadas por las migraciones y otras alteraciones, hasta tiempos relativamente recientes. Era una lectura legítima de las únicas fuentes de información que tenía a su alcance, las leyendas tradicionales y especialmente los poemas épicos, centrados, como la épica de cualquier cultura, en la lucha contra los monstruos, la guerra, el robo de ganado, las migraciones y la fundación o captura de famosos enclaves, y en todos esos poemas los héroes legendarios figuraban lógicamente en lugar destacado. El único contrapeso posible a esta imagen de progreso fue la obra de Hesíodo, *Los trabajos y los días*, donde el autor enumera una secuencia de razas, desde la raza de oro a la de hierro, pero seguramente sin ánimo de definir una tradición históricamente útil. Se trata de un mito moral, con paralelos en el pensamiento religioso de la antigua Asia, que representa la historia humana como una serie de estadios desde la perfección a la decadencia. Hesíodo, por sus propias razones, incluyó sutilmente en aquella secuencia la raza de los héroes, que representaba una mejora respecto a la raza de bronce (véase West, 1997: 312-319, y Rosen en Morris y Powell, 1997: 485-487).

Seguramente a los griegos clásicos no les fue difícil ver su pasado como un proceso evolutivo continuo, aunque un tanto impreciso, iniciado en la época de los héroes, porque no podían imaginar que la época heroica fuera esencialmente distinta de la suya. En los poemas épicos y en otros materiales tradicionales, los héroes parecen moverse en un mundo en el que ya están establecidas muchas de las *poleis* y grandes centros religiosos de épocas posteriores (Snodgrass, 1986: 48). Adoran a los mismos dioses que los griegos más tardíos y realizan prácticamente los mismos ritos, y en los poemas homéricos responden a normas de conducta que en los tiempos históricos aún se consideraban en cierto modo ejemplares entre la élite. Si algunas prácticas de la época heroica, como portar armas y la piratería, ya no se consideraban respetables en las zonas más civilizadas de Grecia, se sabía que habían sido muy frecuentes en el pasado reciente y que, como decía Tucídides, aún prevalecían en las áreas menos desarrolladas de Grecia de su propia época.

Cuando en la era moderna la arqueología empezó a revelar la realidad del Bronce egeo, se pensó que los nuevos descubrimientos de Troya, Micenas, Tirinto y otros enclaves de leyenda demostraban la fiabilidad de las tradiciones griegas, y que en esencia Tucídides tenía razón al aceptar que las tradiciones contenían información histórica real sobre el pasado remoto de

Grecia. A pesar de algunas importantes discrepancias entre los restos materiales de lo que muy pronto se llamaría la civilización micénica y de importantes rasgos culturales descritos en los poemas homéricos (por ej., los usos funerarios), muchos estudiosos creyeron posible imaginar una clase dirigente micénica belicosa y predadora, a semejanza de los héroes de Homero, y un mundo micénico bastante inestable. Por lo tanto, pese a que aceptaban el final violento de la civilización micénica, los movimientos de población y un deterioro del nivel de la cultura material, aún les parecía posible verla tal como la describía Tucídides, como una continuación o reanudación de una inestabilidad anterior. También era posible señalar a los destructores, los dorios y grupos afines, como los introductores de importantes innovaciones, entre otras el uso del hierro, la decoración de la cerámica con motivos puramente geométricos, el rito funerario de la incineración y una cierta evolución en materia religiosa, sobre todo el culto de Apolo.

Entonces ¿cómo y por qué surgió la idea de una Edad Oscura? En parte, la idea pudo emanar de una cronología más precisa del Bronce reciente y del período inmediatamente posterior, una cronología que evidenciaba que la civilización micénica, que ahora parecía haber reemplazado a la más antigua civilización minoica como fuerza dominante en el Egeo, alcanzó su máximo esplendor en los siglos XIV y XIII,* mientras que el material más sobresaliente del Hierro antiguo pertenecía a los siglos IX y VIII.** Había poquísimo material susceptible de datación en el período intermedio, y el que había era bastante anodino. El grueso de este material procedía de las necrópolis del Kerameikós, en Atenas, cuyas tumbas, de formas muy simples, contenían muy pocos ajuares, básicamente vasijas e ítems metálicos anodinos. Sólo la cerámica, perteneciente al estilo protogeométrico ateniense, destacaba por sus formas elegantes y su estructurada decoración con una pintura oscura de calidad, y parecía factible concebir una influencia de los alfareros atenienses y de aquel estilo superior en la producción cerámica de gran parte de Grecia, un estilo que supuestamente habían creado, como seguramente hicieron con el todavía más influyente estilo geométrico inmediatamente posterior. En función de estas premisas, Atenas aparecía como el asentamiento griego más importante del período (por ej., Desborough, 1972: 341, 346; Kirk, 1975: 843). Pero la relativa rareza y el limitado repertorio de otros objetos funerarios de Atenas, la calidad todavía más limitada si cabe del material hallado en las escasas tumbas, aunque muy dispersas, del período de otras partes de Grecia, y la ausencia total de evidencia arquitectónica aceptable contribuyeron a crear una impresión de pobreza, mientras que el carácter local de la ce-

* El llamado período Heládico Reciente IIIA. *(N. de la T.)*

** O período Geométrico. *(N. de la T.)*

rámica en muchas partes de Grecia apuntaba a contactos cuando menos esporádicos dentro del mundo griego, especialmente lejos de las costas e islas del sur del Egeo.

La mayor precisión cronológica también puso de manifiesto que los dorios y sus parientes «grecoccidentales» no pudieron ser los responsables de las innovaciones materiales más importantes. Al contrario, puesto que se les atribuía la destrucción de los principales centros micénicos, se les imputaba su responsabilidad en el hundimiento catastrófico del nivel de la cultura material, tal como se refleja en la siguiente cita:

> No obstante, lo más importante es que tras su segunda invasión, los dorios conquistaron prácticamente todo el mundo jonio-micénico, desde el Peloponeso hasta Rodas, con la excepción de Mileto, en Asia Menor, Atenas y el Iolkos eólico. Aquella civilización construida a lo largo de muchos siglos por los micénicos, con ayuda de los minoicos, fue destruida. Aunque hablaban la misma lengua, los dorios llegaron como invasores y destructores, con medio milenio de atraso cultural respecto al pueblo al que habían vencido. Fue un desastre catastrófico, sin precedentes (Schweitzer, 1971: 10-11).

Incluso llegó a ser habitual sugerir, como hace Schweitzer en el párrafo anterior, que la migración de griegos jonios y eolios del continente a Asia Menor reflejaba la huida de refugiados del terror dorio, aunque no exista mención alguna de este tipo de movimientos en las tradiciones. No hay duda de que las tradiciones describen la migración de familias reales y de grupos de población enteros desplazados por los dorios y otros conquistadores, pero sitúan la «migración jonia» dos generaciones después de las conquistas dorias en el Peloponeso, y presentan la migración «eolia» a Lesbos y al noroeste de Asia Menor como algo totalmente diferente.

Otra teoría que pronto se consolidaría sostenía que, como se suponía que habían destruido la civilización micénica, los dorios tenían que venir de fuera de aquella región, aunque la hipótesis no encajara fácilmente con la tradición según la cual su último hogar antes de entrar en el Peloponeso fue la Dóride, una región de la Grecia central. La tendencia a asociarlos concretamente al Épiro se remontaría a una época en que poco o nada se sabía de la Grecia prehistórica, y que parece responder a la idea de que las gentes del noroeste de Grecia y Albania todavía conservaban el presunto modo de vida pastoril de los antiguos dorios (por ej. Reclus, 1875: 185). Quienes afirmaban que los dorios eran aparentemente indetectables arqueológicamente partían de la convicción de que eran pastores seminómadas, y que por esa razón su cultura material apenas había sobrevivido en el registro arqueológico (la tesis clásica es la de Hammond, 1932).

Pese a que estas teorías eran meras interpretaciones de la tradición a la luz de lo que se creía que era la arqueología, han acabado impregnando el estudio de estas tradiciones y siguen presentes actualmente. También prevalece todavía la creencia de que los poemas homéricos ofrecen un retrato bastante fiable de la civilización micénica, lo que ha podido llevar a engaño. Porque si a partir de los poemas se afirmara que algunos de los elementos de la religión y de la estructura social más característicos de la Grecia posterior ya estaban presentes antes del final del período micénico, la Edad Oscura podría aparecer como un período sin prácticamente ningún desarrollo importante.

Quizá la mayor contribución a la imagen de la Edad Oscura se debió al desciframiento e identificación, en 1952, de la escritura Lineal B como lengua griega. Gracias a ello pronto quedó patente que en los principales centros micénicos que utilizaban aquella escritura el nivel de organización social mostraba notables semejanzas con las grandes civilizaciones de Próximo Oriente, lo cual reforzaba aún más los efectos catastróficos de su destrucción. Irónicamente, sería en la introducción a *Documents in Mycenaean Greek* donde Wace argumentaría su rechazo de la idea misma de una Edad Oscura: según él la invasión doria pudo ser la introductora «no de un cambio cultural sino solamente político en Grecia», y proponía que la historia de los griegos y del arte griego empezaba en el Bronce medio* (Ventris y Chadwick [1956], 1973: XXXI-XXXIV). Pero el contraste entre la sociedad reflejada en las tablillas y la soñada en el período siguiente era demasiado grande. Se aceptaba en general que el colapso de la civilización micénica había comportado una gran ruptura de la continuidad, arqueológicamente detectable no sólo en la destrucción y en la no sustitución de los palacios y otros edificios, y en la pérdida de una artesanía de productos de lujo, sino en el abandono, ampliamente documentado, de muchos asentamientos corrientes.

De modo que la atención se centró en las características de la Edad Oscura y en las bases de la recuperación de Grecia tras aquel hundimiento. Tres estudiosos británicos, V. R. Desborough, A. M. Snodgrass y J. N. Coldstream publicaron estudios de gran valor (Desborough, 1964, 1972; Snodgrass, 1971; Coldstream, 1977), que en buena medida han moldeado la moderna visión de la «Edad Oscura». Desborough (1972) y Snodgrass (1971), estudiosos ambos de la Edad Oscura, tenían más de un rasgo en común. Ambos dedicaron especial atención a las tradiciones griegas referidas a los movimientos de población, sobre todo a la «migración jonia», aunque no sin cierto escepticismo por lo que respecta a los detalles. Desborough pensaba, por ejemplo, que los movimientos de población eran responsables de la mayoría de los eventos, buenos y malos, del período que él estudiaba (véase un resu-

* Heládico Medio. *(N. de la T.)*

men en su capítulo 24). Ambos subrayaron como significativo el hecho de que la evidencia se concentrara en asentamientos en o cerca de las costas del Egeo, especialmente Atenas, que calificaron de «progresivos». Y ambos destacaron la importancia de la interrupción y el posterior restablecimiento de las comunicaciones, en el mundo egeo y entre el Egeo y Oriente Próximo, donde aquellas comunidades «progresivas» desempeñaron un papel importante.

Pero mientras Desborough creía que hacia el año 900 las «Edades Oscuras» ya habían finalizado, Snodgrass veía los indicios de un nivel creciente de comunicación y de vinculación con Próximo Oriente a finales del siglo X como una especie de «falso amanecer» (1971: 402). Coldstream, por su parte, en su influyente estudio de la Grecia geométrica, entendía la fase del «Despertar» de *ca.* 855-830 de forma muy parecida, y veía evidencia muy clara de contactos entre algunas comunidades y Oriente Próximo (1977: 71) y, al igual que Snodgrass, situaba aquel último renacer de Grecia no antes de mediados del siglo VIII. Para explicar aquel proceso, Snodgrass priorizaba los desarrollos internos, destacando lo que él entendía como una vuelta a la agricultura y el abandono del pastoreo que había predominado durante la Edad Oscura (1971: 378-380, cf. 1980a: 35-36 y 1987: 209). Coldstream, en cambio, daba mucha más importancia al considerable aumento de la población (1977: 367-368), un punto al que Snodgrass ya se había referido (1971: 367, 417) y que más tarde elaboraría en un análisis que ha ejercido una gran influencia (1980a: 23-25).

Desde la década de 1970 no se han hecho estudios de tan alto nivel, si bien Snodgrass volvió a ocuparse del período (1987: cap. 6, y la introducción a la reedición de 2000 de Snodgrass, 1971), incorporando todos los conocimientos acumulados hasta entonces. El breve estudio de Morris (1997) ofrece una visión general. Lo que más se ha incrementado es nuestro conocimiento de lugares de habitación, gracias sobre todo a las excavaciones de Nichoria, en Mesenia (cuya publicación incluye, excepcionalmente, estudios de huesos animales y de restos vegetales), Asine, en la Argólida, Koukounaries, en Paros, y muchos yacimientos de Creta, sobre todo Knossos y Kavousi, así como lugares básicamente rituales como Isthmia, en la Corintia, y Kalapodi, en la Fócida. Los descubrimientos de Lefkandi, en Eubea, especialmente la gran estructura conocida como el heroon, su contenido y la asociada necrópolis de Toumba, han sido de tal calibre que prácticamente han ensombrecido todo cuanto se conocía sobre el período pre 900. Las prospecciones, los hallazgos fortuitos de pequeñas necrópolis y de tumbas aisladas, y los descubrimientos ocasionales durante las excavaciones han permitido identificar muchos nuevos yacimientos que tuvieron que estar ocupados en algún momento del período. Aunque una buena parte del nuevo material es

del siglo VIII, todos estos descubrimientos han permitido rellenar considerablemente el mapa de Grecia en cuanto a otras fases del período, y se van añadiendo nuevas evidencias.

Pero a pesar de todo es innegable que, comparado con la variedad, la cantidad y la calidad de los datos disponibles para el estudio del Bronce reciente inmediatamente anterior y de la época arcaica inmediatamente posterior, el material con el que se cuenta para hacer una valoración de nuestro período sigue siendo exiguo. Más concretamente, la mayoría todavía procede de sepulturas y de sus contenidos y, como veremos en los próximos capítulos, la estimación de temas cruciales como el patrón de asentamiento, la economía agropecuaria, el comercio y la conducta ritual dependen necesariamente y en gran medida de hipótesis y de especulaciones razonadas. Una consecuencia inevitable de la falta de datos ha sido la tendencia a inferir conclusiones importantes y trascendentes de la poca evidencia existente (cf. el uso que se ha hecho del informe original sobre los huesos animales de Nichoria [Sloan y Duncan, 1978] en distintas publicaciones). En más de una ocasión esa tendencia ha llevado a dar a la evidencia más valor del que merece o del que realmente contiene. También se han utilizado materiales escritos de relevancia o valor cuestionables para descartar el grueso de los datos arqueológicos, siguiendo la tradición de respeto por los documentos escritos típica no sólo de los historiadores de la antigüedad, sino también de muchos arqueólogos actuales. Pero este tipo de material merece ser analizado con el rigor con el que Hall (1997) aborda los mitos de los orígenes de distintos pueblos. No habría que otorgarle un valor literal, ni mucho menos tratarlo como si fuera un corpus de información coherente.

El estudio del período presenta otras dificultades. Como ha comentado con razón Papadopoulos, «como esta "Edad Oscura" no pertenece claramente [...] al campo intelectual del prehistoriador ni tampoco al de los arqueólogos clásicos, fluctúa incómodamente en medio de ambos» (1994: 438). La propia expresión de «Edad Oscura» traduce un problema conceptual básico. En sus prospecciones de la década de 1970, Snodgrass y Desborough defendieron con firmeza la idoneidad del calificativo de «oscura», pero luego Snodgrass lo abandonaría (1987) (véase Snodgrass [1971], 2000: XXIV). Su potencial para crear malentendidos es cada día más palpable, porque según el sentir general denota un período del que se sabe muy poco y que responde perfectamente a la descripción de Tandy:

> En la Grecia continental y en las islas de Egeo, la condición humana y el número de personas que la vivían no habían cambiado mucho en varios cientos de años cuando, a finales del siglo IX, la población empezó repentinamente a crecer (Tandy, 1997: 19).

> Durante la Edad Oscura, los griegos tuvieron pocos contactos arqueológicamente tangibles con el mundo exterior [...] en lo esencial, los griegos de la Edad Oscura parecen haberse replegado sobre sí mismos y despertado muy poco interés (Tandy, 1997: 59).

Estos comentarios representan una versión muy enfática de un punto de vista seguramente muy extendido todavía, pero que, en mi opinión, hoy ya no se puede sostener. Aunque su enfoque básico plantea dificultades, creo que el comentario de Papadopoulos «En la Grecia del Hierro antiguo pasaban demasiadas cosas para merecer el término de "edad oscura"» (1996a: 254-255, cf. 1993: 194-197) se aproxima más a la verdad. Sería muy deseable que el período tuviera un nombre menos cargado de connotaciones peyorativas.

La alternativa obvia es Edad del Hierro antiguo, más breve y sintético que el de «período de transición del Bronce al Hierro, que es más preciso pero también más incómodo; «Hierro antiguo» es más informativo para los estudiosos de la prehistoria europea y, en opinión de Snodgrass, refleja uno de los rasgos más importantes del período ([1971], 2000: XXIV). Pero también puede llevar a confusión, ya que durante al menos la primera cuarta parte del período los ítems de hierro son muy escasos en el Egeo, y las fechas del inicio de la manufactura local siguen siendo dudodas (véase el capítulo 5). He creído preferible limitar este término (Edad del Hierro antiguo, a partir de ahora EHA) al período más breve entre *ca.* 1050 y *ca.* 700, y aplicar el término Pospalacial a las fases finales de la Edad del Bronce, como hace Dickinson (1994a). De este modo el cambio de términos coincide con un cambio convencional entre el sistema de nomenclatura cerámica micénico* y el sistema protogeométrico-geométrico (véase la fig. 1.1), aunque ni uno ni otro son de aplicación universal en el Egeo ni se puede trazar entre ambos una clara línea divisoria, porque la cerámica evoluciona de modo y a un ritmo distintos en las diferentes regiones (véase el capítulo 1). Este recurso a dos términos puede parecer una complicación innecesaria, pero traduce mejor los procesos evolutivos reales. No obstante, en ocasiones resulta inevitable recurrir a la expresión de «Edad Oscura», debido fundamentalmente a su importancia en muchos estudios anteriores.

Con todo, el déficit de conocimiento ha tenido un efecto benéfico: ha propiciado la elaboración de hipótesis generales de desarrollo que han contribuido a dejar atrás la imagen de «edad oscura» contenida en las frases de Tandy antes citadas. Hasta hace poco, los intentos de explicar lo que pasaba y de imaginar el funcionamiento de la sociedad en aquel período tenían

* Los llamados Heládico reciente y Submicénico. *(N. de la T.)*

cierto sabor a rancio, influidos, conscientemente o no, por ideas muy consolidadas pero crecientemente cuestionadas (incluida la de una economía plenamente redistributiva, basada en última instancia en Polanyi, y que impregna el libro de Tandy, 1997). Pero en los últimos años el interés por la economía ha disminuido a la par que ha aumentado el interés por utilizar el material arqueológico para tratar de entender mejor la evolución social, durante y después del período (por ej. Morris I., 1987, 1997 y 1999: caps. 3 y 6; Morgan, 1990; Whitley, 1991a y 2001: cap. 5; de Polignac, 1995). Estos autores han suscitado muchas críticas, pero han fomentado una reconsideración general de los problemas que plantea el período. Sin embargo, conviene recordar que varios de ellos tienen tendencia a tratar la «Edad Oscura» como un comienzo completamente nuevo, y a postular la prevalencia de formas de organización social y de intercambio directamente análogas a las que describen los antropólogos modernos que estudian regiones donde, a diferencia de la EHA egea, nunca habían conocido, que sepamos, formas de organización muy sofisticadas. Este tipo de analogías son útiles para estimular el pensamiento, pero no se puede ignorar que el antecedente del Hierro antiguo es la Edad del Bronce. Cada día tenemos más claro que la sociedad del Egeo no tuvo que empezar de cero. Se observan importantes continuidades, y es altamente improbable que el Egeo estuviera alguna vez totalmente aislado y sin contactos con el mundo exterior, porque esos contactos son una característica esencial del Bronce reciente.

Debido a su extensión limitada, este libro sólo aspira a ofrecer la propuesta de un enfoque nuevo y coherente. Pero aunque he optado por alejarme del ejemplo de mis predecesores y abandonar el término Edad Oscura, creo, como ellos (y *contra* Papadopoulos, 1993: 194-197, 1996a: 254, y el tono general de Muhly, 1999), que muchos rasgos considerados característicos de este período son efectivamente genuinos e importantes. No pretendo dar idéntica cobertura a todas las fases del período *ca.* 1200-700. Lo que suele conocerse como el período Geométrico, equivalente a los siglos IX y VIII, se sitúa al filo de la historia griega. Ahora se conoce mucho material arqueológico relevante para el siglo VIII, y se ha analizado y estudiado tanto que darle un espacio proporcional a la cantidad de ese material desequilibraría completamente el libro. Mi intención es centrarme básicamente en el hundimiento de las sociedades palaciales del Bronce, con una amplia consideración en el capítulo 2, y en el período que permanece «oscuro» a tenor de nuestros conocimientos actuales y que coincide, *grosso modo*, con los siglos XII, XI y X.

Pretendo concentrarme, pues, en el período estudiado por Desborough (1964, 1972), pero, como indica el subtítulo del presente libro, me interesan muy especialmente las cuestiones relativas a la continuidad entre el Bronce

y el mundo griego que emerge en el siglo VIII, y el análisis de los procesos de cambio que hicieron posible aquel tan diferente, en muchos aspectos importantes, del mundo de los palacios micénicos. También trataré de mostrar que, si bien hubo indudables continuidades desde la Edad del Bronce, también hubo importantes trastornos, de los que Grecia tardaría mucho tiempo en recuperarse, y que el período de recuperación se caracterizó por una serie de opciones positivas que cimentaron muchos de los fundamentos de la cultura «clásica» griega.

Los horizontes geográficos serán algo más amplios que los de Dickinson (1994a). Aunque las civilizaciones del Bronce siguieron focalizadas en las islas del sur del Egeo y en el sur de la Grecia continental durante casi toda su historia, el presente estudio también se ocupa de la costa occidental de Anatolia, las islas del norte del Egeo y una parte del norte de Grecia, ya que formaron parte, o se relacionaron más estrechamente, con el mundo griego en desarrollo. Pero no me ocuparé especialmente de Chipre porque, si bien al final del período ya era una isla de habla griega (al menos en el nivel de la élite) y tenía muchos vínculos culturales con el Egeo, histórica y culturalmente pertenece sobre todo a Próximo Oriente. Sin embargo haré frecuentes referencias a Chipre, porque sus vínculos con el Egeo fueron importantes para su propia evolución.

Bibliografía

Los estudios más extensos sobre el concepto de Edad Oscura en la antigua Grecia y en el pensamiento moderno son Snodgrass (1971: cap. 1; sus ideas se actualizan en Snodgrass, 1987, cap. 6, y sus últimos puntos de vista se encuentran en la nueva introducción a la reedición de 2000 de su libro) y Morris (1999: cap. 3). Para un resumen muy sucinto véase Whitley (1991a: 5-8 y 2001: 55-57).

Para una relación detallada de hallazgos en determinados yacimientos, Desborough (1964, 1972), Snodgrass (1971) y Coldstream (1977) siguen siendo de gran valor hasta la fecha de su publicación; incluyen también diccionarios geográficos de los yacimientos y ofrecen más ilustraciones de las que este libro puede ofrecer (véase asimismo Lemos, 2002 sobre el Protogeométrico). Para más información se invita al lector a consultar estas y otras fuentes citadas en las bibliografías que se detallan en cada capítulo (véase Morris, I., 1997 y Whitley, 2001: cap. 5, para un resumen muy útil con referencias recientes).

1. Terminología y cronología*

Convención de una terminología

Los límites del período tratado en este libro abarcan medio milenio, del siglo XII al siglo VIII (aquí no abordaremos la propuesta de P. James *et al.*, *Centuries of Darkness* [Jonathan Cape, Londres, 1991; trad. cast.: *Siglos de oscuridad*, Crítica, 1993] de reducir este período a un siglo como máximo, dado el rechazo unánime que ha suscitado; véase Dickinson, 1994a: 17 sobre referencias, y Snodgrass [1971], 2000: XXVI). Este largo período no se puede tratar como una unidad aunque sólo sea por su situación entre unos períodos para los que se ha podido establecer una cierta cronología histórica. Como se apunta en el prólogo, cada vez es más frecuente separar el siglo VIII del resto por tratarse de un período situado en el umbral de la auténtica historia griega. Pero establecer una cronología absoluta fiable que pueda ser aplicada a toda la región egea plantea graves problemas e imposibilita el análisis de todo el período en meros términos de siglos o de fracciones de siglos, y menos la datación de acontecimientos individuales dentro del período acotado.

El período tiene un comienzo razonablemente bien delimitado: la serie de destrucciones que marcaron el final de lo que, siguiendo a Dickinson (1994a), llamaremos el Tercer Período Palacial (que en Dickinson, 1994a incluye lo que suele denominarse el período Palacial micénico de los siglos XIV y XIII, también llamado período Heládico reciente IIIA y IIIB)). Aunque

* Para una mayor claridad, en este capítulo no se abrevian los términos clasificatorios; en capítulos posteriores se utilizarán las abreviaturas que se enumeran en la p. 16. Como se establece en la introducción, el período que nos ocupa se divide entre el período Pospalacial, equivalente al Heládico reciente/Minoico IIIC y Submicénico/Subminoico antiguo, y la Edad del Hierro antiguo, equivalente al Protogeométrico y al Geométrico.

aquellas destrucciones no se identifican en todos los yacimientos egeos más relevantes, no hay duda de que reflejan una serie de eventos de cierta magnitud que representan efectivamente el colapso de las sociedades palaciales egeas en un lapso de tiempo relativamente corto (véase más adelante, p. 66). Pero a partir de ese momento todo es incertidumbre, porque ya no aparecen más «horizontes de destrucción» que nos permitan establecer posibles secuencias y etapas del Bronce egeo, y aún no estamos seguros de que las destrucciones que se han identificado en el período Pospalacial se puedan agrupar para formar un mismo o parecido horizonte. Tampoco sabemos si algunas destrucciones se pueden relacionar con el riguroso acontecimiento climático detectado en la evidencia dendrológica hallada en Turquía, que ahora se fecha entre *ca.* 1174 y 1162 (Kuniholm, citado por M. H. Wiener en *BSA 98*; 2003: 244) y que suele atribuirse a una erupción del monte Hekla, en Islandia, ocurrida en la primera mitad del siglo XII (Kuniholm, 1990: 653-654; pero Buckland *et al.*, 1997: 588 cuestiona los efectos climáticos generalizados de aquella erupción). Tras el período Pospalacial, y a excepción de Creta, prácticamente no se detectan destrucciones de enclaves importantes hasta el siglo VIII, cuando ya empieza a ser posible asociarlas a un contexto histórico (por ej., la destrucción de Asine en la fase cerámica del Geométrico reciente se ha asociado a la tradición de la conquista de Argos, que se fecharía en torno al año 700).

Así pues, el registro arqueológico no presenta rupturas naturales que faciliten una subdivisión del período no basada en fases cerámicas, pero es la única fuente capaz de proporcionar un marco para esa subdivisión. Algunos autores consideran que la «invasión doria», la «migración jonia» y en general los movimientos de población que registran las tradiciones griegas son hechos históricos que se pueden fechar y utilizar como hitos cronológicos de la primera parte del período. Pero aunque se aceptara que estas tradiciones contienen informaciones genuinas, la base para fecharlas es muy endeble. Como se decía en la Introducción, la datación de estos movimientos migratorios se calculó básicamente tomando como referencia la guerra de Troya, lo que tampoco garantizaba dataciones precisas; los antiguos asignaron a aquella guerra fechas muy variadas, y todos tuvieron que basar sus cálculos en distintas interpretaciones de las genealogías que vinculaban personajes históricos con héroes famosos. Pero hace tiempo que se reconoce que aquellas genealogías, y en particular la de las familias reales espartanas, son demasiado breves para establecer una posible cronología, dando por supuesto —y es mucho suponer— que la «época de los héroes» tiene su base histórica en el mundo de los palacios micénicos (véase Snodgrass, 1971: 10-13; Desborough, 1972: 323-325).

Pese a todo, Snodgrass ha afirmado que varias fuentes sugieren que habría un número similar de generaciones que se remontarían a una figura o

dios ancestral, y si se estiman unos 30 años por generación y se empieza a contar desde el siglo V, cuando se registraron esas genealogías, todas parecen tener su origen en torno al siglo X, siglo que podría representar un horizonte de relevancia histórica y reflejar incluso la fecha de la «migración jonia». Pero sin verificaciones externas no se puede confiar demasiado en estas genealogías, y menos en sus generaciones «humanas». Como se demuestra en Thomas (1989: cap. 3, y más concretamente pp. 180-186), hay buenas razones para suponer que estas genealogías «completas» las establecieron los primeros genealogistas sistemáticos del siglo V a partir de tradiciones familiares, y que aquel proceso de creación no estuvo exento de distorsiones y de interpretaciones erróneas, por no mencionar lo que pudo pasar con anterioridad durante el proceso de transmisión del material (cf. Davies, 1984: 90-91). Sería imprudente creer que esas genealogías, aun interpretadas como descripciones de linajes, constituyen una información inalterada transmitida desde el pasado, de modo que cualquier sistema de datación basado en ellas carecerá de todo crédito.

El material arqueológico ha de ser, pues, la única base para establecer un marco cronológico para el período. Es lo que se ha hecho principalmente partiendo de las fases cerámicas (cf. Whitley, 1991: 83-86, interesado básicamente en Atenas, y Morris I., 1997, donde se proponen secuencias ligeramente diferentes para el centro, oeste y norte de Grecia, y Creta), pero es innegable que los procesos históricos no siempre encajan de un modo preciso con unas fases definidas estilísticamente. Algunos autores proponen una secuencia cronológica que, aunque basada en las fechas estimadas de las fases cerámicas, parte de una percepción más general de los procesos observables, pero esas percepciones pueden cambiar con el descubrimiento de nuevos materiales. Snodgrass, por ejemplo, decía que después del final de la Edad del Bronce hubo un continuo declive que culminó en una fase de «escasez de bronce» que él situaba entre los límites máximos de *ca.* 1025 y 950, y que coincidió con el momento de máximo aislamiento y pobreza. Luego habría seguido una fase de recuperación, con la reanudación de las comunicaciones a finales del siglo X, y un «renacimiento» final en el siglo VIII (1971: cap. 7; véase asimismo Snodgrass, 1987: cap. 6). Sin embargo, por atractivo que pudiera parecer en su día este modelo evolutivo, hallazgos más recientes lo han puesto en tela de juicio (véase Muhly, 2003: 23). Por ejemplo, las ricas tumbas contenidas en el heroon de Lefkandi se han fechado unánimemente en el Protogeométrico medio, con estrechos vínculos con el Protogeométrico medio ático, y que debería coincidir cronológicamente con el período de máximo aislamiento y pobreza de Snodgrass (véase ahora Snodgrass [1971], 2000: XXVII-XXIX, donde el autor matiza sustancialmente, o abandona totalmente, muchos de sus antiguos puntos de vista).

Coldstream también ha abandonado las subdivisiones originales de «aislamiento», «despertar» y «consolidación» que él había situado en el período *ca.* 900-770, llamado «el final de las Edades Oscuras», y aceptaba que su primer punto de vista expresaba sin duda un enfoque atenocéntrico (1977: cap. 1; véase ahora 2003: 371).

La lección que cabe extraer de estos casos es que la evidencia de uno o algunos yacimientos no constituye base suficiente para establecer un patrón universal de la evolución histórica de toda la región del Egeo. En la medida en que la historia local de cada región y de cada yacimiento pudo ser muy distinta durante gran parte del período, no es posible proponer un sistema general de fases históricas para todo el Egeo hasta el siglo VIII, cuando sí se puede empezar a hablar de procesos que parecen afectar a una gran parte de Grecia. A falta de algo mejor, habrá que analizar el material en función de las secuencias cerámicas, y de ello hablaremos a continuación.

Cronología relativa

La dificultad de utilizar la cerámica pintada como base primaria para establecer una cronología relativa del período es que, con notables excepciones, la cerámica producida durante gran parte del Hierro antiguo en Grecia no presenta ningún rasgo particularmente distintivo, siendo su repertorio de formas, motivos y estilos decorativos sumamente limitado (véase más adelante, pp. 159-160). La variación en el detalle que se observa entre las distintas regiones tiene suficiente entidad para poder afirmar que al principio ningún centro tuvo la capacidad de imponer su primacía estilística fuera de su propio ámbito. Ni siquiera cuando Atenas alcanzó algo parecido a una posición de liderazgo en este campo, sus estilos se siguieron con total fidelidad, por no hablar de posibles casos de resistencia, incluso en las regiones vecinas. En la mayoría de los casos, la simplicidad de los motivos y la forma de utilizarlos hacen difícil detectar con un mínimo de certeza alguna conexión entre los estilos locales: la presencia de los mismos motivos, dispuestos de manera similar, podrían atribuirse, con cierto grado de plausibilidad, tanto al legado de un acervo común derivado de los estilos pospalaciales del Heládico reciente IIIC como a la influencia de una región sobre otra. Igualmente, de un repertorio de formas en general limitado cabe esperar semejanzas entre las de una región y otra.

Tampoco hay que tener en cuenta las deficiencias de la base de datos. Aunque la situación ha mejorado, aún son muy excepcionales los grandes depósitos estratificados con material de hábitat doméstico ocupacional y casi toda nuestra evidencia procede de contextos funerarios que suelen deparar

vasos completos. En cambio, en los depósitos de habitación, en su mayoría consistentes en fragmentos cerámicos, no suelen aparecer muchos vasos completos, que además tienden a diferenciarse claramente de los vasos funerarios tanto en las preferencias por determinadas formas como en la calidad de la decoración. De ahí la dificultad de comparar con seguridad unos estilos basados en el material funerario asociado con unos estilos definidos a partir de los depósitos de habitación.

Heládico reciente IIIC. No obstante se pueden identificar suficientes rasgos comunes en el material arqueológico del período Pospalacial como para proponer una secuencia muy general de las fases del Heládico reciente IIIC y aplicable a gran parte del Egeo, pero seguimos sin saber muy bien cómo relacionar exactamente esta secuencia con las fases del Minoico reciente IIIC cretense, bastante peor definidas. Hubo una fase del Heládico reciente IIIC antiguo muy sustancial, marcada por una cerámica competente pero anodina que presenta muchas semejanzas en una amplia zona, a la que se asociarían por lo menos dos niveles de estructuras en Micenas, Tirinto y Lefkandi. Luego siguió una fase media también de larga duración, cuando en varios yacimientos y regiones se produjeron unas cerámicas individuales muy finas interconectadas a través de complejas pautas de influencia recíproca. Por último, hubo una fase tardía, al parecer más breve, de declive aparentemente abrupto en la calidad y el repertorio de la cerámica. En los albores de esta secuencia se observa gran homogeneidad en un área muy amplia, pero también se detectan rasgos locales, y una creciente divergencia de las secuencias locales que, aún conservando elementos familiares, hacia el final parecen alejarse más y más, de modo que la inclusión de piezas individuales en la secuencia suele provocar prolongados debates sobre paralelismos.

Submicénico. Muchos autores identifican un estadio Submicénico inmediatamente después del Heládico reciente IIIC, pero el uso de este término ha estado plagado de dificultades. Morgan señalaba (1990: 235) que quienes acuñaron el término pretendían acotar todo aquello que en una región se situaba entre el Heládico reciente IIIC y el Protogeométrico, sin ninguna connotación de estilo, cultura o período cronológico precisos. Aún así, muchas veces se ha utilizado como término cerámico pero, como señalan algunos comentarios a propósito de su utilización (más recientemente Whitley, 1991a: 81-82; Papadopoulos, 1993: 176-181; Morgan, 1999: 254-256; Mountjoy, 1999: 56) atribuyéndole diferentes significados. A veces se ha interpretado como simple variante local de la cerámica áticoccidental del Heládico reciente IIIC tardío (la visión original de Desborough), otras veces para referirse al estilo de los vasos recuperados en sepulturas coetáneas de asentamientos del Heládico reciente IIIC tardío (Rutter, 1978), y a veces asociado al estilo sucesor del heládico reciente IIIC en una importante zona de la

Grecia continental central (la visión posterior de Desborough, pero véase Mountjoy, 1999: 56-57).

La dificultad a la hora de consensuar una definición se debe en parte a la creciente regionalización de la cerámica del Heládico reciente IIIC, que bloqueó la expresión de una coherencia estilística entre las distintas regiones de todo cuanto vino después. Pero la razón fundamental es que el Submicénico no presenta un carácter demasiado específico, pese al empeño de Desborough y de Mountjoy por definirlo; en palabras de Desborough «ni siquiera la palabra "estilo" es adecuada» (1972: 41). A menudo no se sabe muy bien qué es lo que lo distingue del Heládico reciente IIIC tardío, ni qué tiene realmente de distintivo para merecer una categoría aparte (Frizell, 1986 utiliza «Micénico final»). Es sintomático que Mountjoy haya optado por reclasificar como Heládico reciente IIIC tardío parte del material de Salamina y del Kerameikós, un material originalmente utilizado por Furumark para definir el Submicénico (Mic. IIIC:2 según su terminología, 1972: 77-78), y que los niveles 13-23 de Kalapodi, fechados inicialmente a finales del Heládico reciente IIIC y en el Submicénico, se hayan reasignado ahora al Submicénico, a la transición al Protogeométrico y al Protogeométrico antiguo (compárese Felsch, 1987: 3, n. 8 con 1996: XVI). Todo esto pone de manifiesto que el material de este oscuro período, que conocemos mucho mejor gracias a las tumbas que a los depósitos de habitación, se caracteriza más por unas transiciones graduales que por pronunciados cambios de dirección, lo que lleva a distintos estudiosos a interpretar el material de distintas maneras (cf. Lemos, 2002: 7-8 sobre el Submicénico, y Catling en *NorthCem*: 295-296 sobre el Subminoico).

De hecho, los tipos más característicos son los pertenecientes a la fase definida como Submicénico reciente en las necrópolis de Atenas y Lefkandi, donde el *lekythos* se impone en detrimento de la jarra de estribo, y aparecen formas de origen chipriota (el vaso con forma de pájaro o ánade, el vaso anular, la botella y el frasco (Desbourough, 1972: 43-44, 54; Lemos, 2002: 79-80, 81-83). El vaso con forma de pájaro tiene una historia larga y compleja, que seguramente surgió en el Egeo mucho antes y volvió allí desde Chipre en dos formas, una que se encuentra en varias regiones de la Grecia continental, especialmente en Acaya (o Aquea) y en Skiros, y la otra en Creta y en Cos (Lemos, 1994, 2002: 82-83). También se han hallado ejemplares del frasco y de la botella en las tumbas del Protogeométrico antiguo de Lefkandi, en contextos de habitación de Asine y en una tumba de Karphi (Desborough, 1972: 61) (véase la fig. 7.1 sobre su distribución). Aunque los paralelos más próximos de estos tipos son del Chipriota reciente IIIB (pero continúan más tarde en Chipre), su presencia en el Egeo no tiene por qué representar un vínculo cronológico muy estrecho con esta fase. Algunos ejem-

plares han aparecido en contextos protogeométricos, mientras que los primeros vasos en forma de pájaro de las formas más tardías podrían datar del Heládico reciente IIIC/Minoico reciente IIIC (Mountjoy, 1999: 299,441 ha clasificado todos los ejemplares de Acaya y de Palaiokastro, en Arcadia, como Heládico reciente IIIC tardío). Sólo en Atenas y en Lefkandi parece legítimo proponer un estrecho vínculo cronológico, aunque podría darse una solapación más generalizada entre el Submicénico, el Subminoico anterior y el Heládico reciente IIIC aqueo (véase Desborough, 1972: 61-62, 93). Esta fase «Submicénica reciente» se confunde con los inicios del Protogeométrico, aunque los tipos chipriotas prácticamente desaparecen del repertorio cerámico. En realidad el Protogeométrico antiguo ático parece una fase de transición, porque en la misma tumba aparecen tipos que podrían clasificarse aparte como submicénicos y protogeométricos.

Las dificultades que conlleva la definición del término Submicénico plantean dudas sobre su utilidad. En el mejor de los casos, identificaría el último estadio, en sí mismo no demasiado importante, del estilo cerámico micénico en algunas regiones centrales de la Grecia continental, que seguramente no duró mucho ni representaría una fase central de desarrollo histórico (*contra* Lemos, 2002: 26, que habla de una duración de dos generaciones, con una tercera coincidente con la transición al Protogeométrico). Parece que algunos tipos micénicos similares aunque diferentes sobrevivieron en algunos lugares, como Kalapodi, ya mencionado, y en la Grecia occidental, sobre todo el material «submicénico» de las tumbas de Elis (Morgan, 1990: 235-237 cree que esta fase es seguramente más tardía que el submicénico ático) y la Edad Oscura I de Nichoria (véase la p. 36). Pero no sabemos si las necrópolis de tumbas de cámara de Acaya y Kefaloniá siguieron en uso en el siglo XI o hasta el siglo X (véase más recientemente Morris, I., 1997: 549); según Mountjoy (1999) en ese material no habría nada del Submicénico, pero en Ítaca se identificó Submicénico y una transición al Protogeométrico (1999: 475-478). En Creta, los estilos más habituales (puede que la clasificación de Subminoico, tan clara en la región de Knossos, no sea aplicable en general; cf. el análisis de la secuencia de Kavousi en Hallager y Hallager, 1997: 366-369) derivaban claramente de las tradiciones del Minoico reciente IIIC, y es evidente que continuaron hasta mucho después de que los estilos protogeométricos se afirmaran en las regiones centrales del continente. En otras regiones se observa o una laguna aún no colmada entre el estilo micénico más tardío y el siguiente estilo representado (como en Laconia), o bien una secuencia sin vínculos demasiado evidentes con algo egeo, como en Thasos, Épiro y en gran medida Macedonia, aunque aquí se popularizó durante bastante tiempo un estilo pintado de inspiración micénica.

Protogeométrico y Geométrico. Con la consolidación del estilo Protogeo-

métrico ático pleno, la situación se clarifica enormemente. Nuestro conocimiento de la secuencia ática se basa actualmente casi por entero en la evidencia funeraria, sobre todo de las tumbas del Kerameikós y las del Ágora, si bien en la zona del Ágora se han descubierto y publicado importantes depósitos, básicamente procedentes de aljibes (Papadopoulos, 2003: 5 y cap. 2). Pese a que la cantidad de material resultante es demasiado exigua para proceder a un análisis detallado, las fases de los estilos protogeométrico y geométrico ático tal como las definen Desborough (1952) y Coldstream (1968) (Protogeométrico antiguo, medio y reciente, Geométrico antiguo I y II, Geométrico medio I y II, Geométrico reciente Ia, Ib, IIa y IIb) se han considerado válidas. Desborough afirmaba que el Protogeométrico antiguo y medio fueron fases cortas, como máximo de una generación cada una, pero que la fase del protogeométrico reciente fue larga (Desborough, 1972: 134-135), una opinión que Lemos comparte (2002: 26). Smithson propone una clasificación en cuatro partes basándose en el material del Ágora (Papadopoulos, 2003: 5, n. 11), pero se trata de un material todavía inédito, de modo que por ahora lo mejor es seguir con la terminología convencional.

No hay duda de que una vez plenamente establecido, el estilo protogeométrico ático se empezó a exportar a una parte cada vez mayor de Grecia, con la influencia que ello comportaba, mientras que, según Coldstream (1968), muchas otras regiones siguieron la secuencia de cambios en el estilo geométrico ático con distintos grados de rigor. Hay suficientes ejemplos de cerámica ática importada y de buenas imitaciones locales para poder determinar la posición relativa de casi todo el material en las regiones vecinas desde el Protogeométrico reciente en adelante, pero de esas regiones sólo la Argólida y Eubea han producido evidencia sólida de las fases más tempranas de la secuencia.

La secuencia de la Argólida se ha establecido gracias a las tumbas, con el aporte de unos depósitos de habitación aún no totalmente publicados, de Argos, Tirinto (Papadimitriou, 1998) y Asine. Los depósitos de Asine abarcan sin interrupción desde el «Micénico final» hasta el Protogeométrico, y encima una superposición de depósitos del Geométrico medio y reciente. Incluyen numerosas importaciones del Protogeométrico ático medio y reciente, aunque nada parecido al último Protogeométrico ático, pero por desgracia su valor es limitado. Aunque existe una secuencia estratigráfica y arquitectónica, se encuentran piezas del Protogeométrico reciente ático incluso en la primera fase protogeométrica identificada por Wells (agradezco al Dr. I. Lemos la confirmación de este dato; véase Lemos, 2002: 5-6 y sus comentarios críticos sobre el análisis de Wells del material de Asine). Por consiguiente, los depósitos tienen que ser mixtos, lo que explicaría el poco desarrollo observable. No obstante, en Asine hay Protogeométrico antiguo local, comparable a

otros materiales argivos, y mientras el Protogeométrico medio apenas cuenta con un puñado exiguo de piezas, el Protogeométrico reciente está en cambio bien documentado tanto aquí como en otros lugares (Lemos, 2002: 13-14, 17, 21-22). Más tarde, se observa que los alfareros argivos incorporan los cambios del estilo geométrico ático con tanta precisión que incluso imitaron el Geométrico antiguo I, algo excepcional en Grecia (según la evidencia actual). Hay indicios de la influencia de la cerámica geométrica argiva en otras áreas del Peloponeso, pero los indicios de posibles vínculos anteriores son escasos, y en general especulativos.

Hasta el momento, la mejor representación del estilo euboico se halla en el material de Lefkandi, pero cada día crece el número de publicaciones de otros yacimientos, sobre todo de Eretria y sus últimas fases geométricas. En Lefkandi se ha recuperado una secuencia ininterrumpida de tumbas cada vez más ricas que abarca desde el Submicénico reciente hasta el Geométrico medio ático I. La evidencia que ha deparado se ha complementado con los materiales de un enorme depósito de habitación fechado en el Protogeométrico medio, los del edificio del heroon de Toumba, cuyo origen podría ser Xerópolis, y los de una secuencia de depósitos de habitación de Xerópolis que va desde el Protogeométrico reciente hasta el Geométrico reciente. Las numerosas importaciones áticas presentes a partir del Protogeométrico medio permiten enlazar estrechamente las sucesivas fases de la secuencia euboica con la ática. Su especificidad destaca sobre todo en las fases equivalentes al Geométrico antiguo y al Geométrico medio I áticos, cuando todavía predominaba un estilo subprotogeométrico. La secuencia euboica es la más interesante, no sólo porque ha deparado un material de estilo muy parecido al Protogeométrico reciente y al Subprotogeométrico en un área muy amplia, que se extiende a la Grecia central, la Tesalia oriental, la costa de la Macedonia central y muchas islas egeas, sino porque casi todas las cerámicas griegas más antiguas que se han descubierto en el Mediterráneo oriental presentan estos estilos, no el ático.

En otras zonas de la Grecia continental la situación es más compleja, y buena parte del material sigue inédito. En Kalapodi, en Focea, hay una serie continua de depósitos estratificados de riqueza variable, que se extiende del Heládico reciente IIIC antiguo hasta la época histórica. En las fases protogeométrica y geométrica se aprecian importantes vínculos con Eubea, pero también contactos plausibles con el Peloponeso, incluidas posibles importaciones. Pero por lo demás escasean materiales de la Grecia central relacionables con esta secuencia. Se ha publicado algún material de habitación de Iolkos del Protogeométrico al Subprotogeométrico (Sipsie-Eschbach, 1991), donde se propone una lenta adopción de tipos geométricos junto a una tradición, todavía muy marcada, del Heládico reciente IIIC, pero el apoyo es-

tratigráfico para esta hipotética secuencia no es muy sólido, porque tipos que en otros lugares, como Asine, se atribuirían a fases perfectamente diferenciadas, aquí aparecen juntas, lo que hace sospechar que gran parte del material esté mezclado (véase Lemos, 2002: 6, citando un análisis crítico de M. Jacob-Felsch).

En la Grecia occidental, en Nichoria y en Mesenia, se recuperó una importante secuencia estratificada, que Coulson dividió (*Nichoria III*: cap. 3) en una secuencia de fases I-III de la Edad Oscura, y luego aplicó a todo el material de Mesenia y de Polis, en Ítaca (Coulson, 1986, 1991). Pero presenta dificultades, sobre todo porque la definición de la Edad Oscura I de Nichoria no se basa en ningún depósito importante y discernible, y podría incluir material muy heterogéneo, desde el Heládico reciente IIIC más tardío en adelante (*Nichoria II*: 767, cf. 519 sobre los vínculos con el Heládico reciente IIIC avanzado; recuérdese que Mountjoy, 1999: 363, 475-477 adscribe los materiales de la Edad Oscura I de Nichoria y de Polis al Submicénico), porque la Edad Oscura II/III es local de Nichoria y está únicamenre representada por el material del segundo piso de la Unidad IV-1 (de modo que podría interpretarse como un estilo variante, como en Morgan, 1990), y porque la Edad Oscura III se solapa prácticamente con el Geométrico reciente (Morgan, 1990: 77, 268-269; cf. Catling en *Nichoria III*: 281-282 sobre los paralelos de una estatuilla de bronce de un contexto de la Edad Oscura III). Además, como señala Snodgrass (1984), las bases de la cronología absoluta propuesta para la secuencia son endebles, ya que los vínculos estilísticos más plausibles serían con las secuencias de Ítaca y Acaya, que tampoco permiten establecer una cronología absoluta, y las fechas aceptadas para algunos de los paralelos son discutiblemente altas. Lo único cierto es que la secuencia continua de Nichoria parece comenzar con un estilo que posee claros elementos micénicos, así que no parece probable que se iniciara mucho después de *ca.* 1000. La presencia en el yacimiento de ítems antiguos de bronce (Submicénico-Protogeométrico antiguo) (Catling, en *Nichoria III*: 276-278, sobre los números 1, 5 y 8), todos ellos descontextualizados, sugiere un comienzo en el siglo XI. La larga e importante fase de la Edad Oscura II (incorporando la Edad Oscura II/III) pudo coincidir básicamente con el siglo IX, aunque arrancara en el siglo X, y pudo incluso solaparse con parte del siglo VIII (Catling, en *Nichoria III*: 277 sobre el n.º 6; Coulson, 1991: 45, de hecho así lo sugiere para la Edad Oscura II de Polis).

El material de Ítaca, especialmente el de los depósitos de Polis (que contienen casi exclusivamente formas abiertas y por lo tanto podrían ser de carácter especial) y de Aëtos, parecen abarcar sin discontinuidades desde el Heládico reciente IIIC tardío hasta la Edad del Hierro antiguo. Pero el material es muy particular y sólo puede relacionarse con la secuencia egea es-

tándar al final del período, a través de la presencia de gran cantidad de importaciones e imitaciones del Geométrico corintio, sobre todo del Geométrico reciente, si bien no existe base estratigráfica para ningún sistema de fases. Todo el material protogeométrico aqueo procede de contextos funerarios y no presenta ningún vínculo demostrable con el Heládico reciente IIIC, y los vasos de las tumbas de Elis y alrededores y el material recién descubierto en depósitos de Olimpia proporcionan una secuencia de esqueletos del Submicénico al Geométrico (Eder, 1999, 2001). Algunas piezas ocasionales que parecen ser importaciones protogeométricas de zonas más orientales, halladas en Mesenia y en Ítaca, y la presencia de lo que podría ser una importación de Ítaca en Medeon, en Focea, con un estrecho paralelismo en Derveni, en Acaya (Morgan, 1990: 248-249, que las fecha hacia el 840-790), autorizan a sugerir paralelismos generales entre estas secuencias grecoccidentales y el Egeo.

La situación de Laconia es muy parecida, porque lo que fue claramente un estilo de larga duración sólo ahora se puede subdividir mediante un análisis estilístico (Coulson, 1985; véase Lemos, 2002: 194, n. 33, y su escepticismo respecto al supuesto vínculo cronológico entre el Protogeométrico de Laconia y la fase protogeométrica más antigua de Asine). En Tegea se ha descubierto material muy parecido, aunque con notables diferencias respecto a Laconia, asociado a tipos locales, y algunos que se parecen al Protogeométrico reciente y al Geométrico antiguo y medio ático o argivo, incluidas posibles importaciones. Pero la estratificación es complicada y no es fácil aislar evidencia clara de desarrollo (Voyatzis, 1997; agradezco al profesor Voyatzis su valiosa información sobre este material).

Creemos que hablar, como hace Coulson, de una «*koiné* grecoccidental», que incluiría el Peloponeso occidental, Ítaca y Etolia, a la que se asociaría el «Protogeométrico de Laconia», refleja un uso indebido del término. En estas regiones no existe un estilo común como el que se observa en la «*koiné* tesalo-euboica» identificada por Desborough. Lo que hay es un conjunto de estilos regionales que tienen elementos comunes, como el *kylix* con pie de reborde, además de marcados rasgos locales. Los *kantharoi*, muy corrientes en Ítaca, Acaya, Elis y Etolia, son lo más cercano a un tipo de *koiné* similar a los *skyphoi* tesalo-euboicos, pero su decoración varía según las regiones y la forma no aparece en Mesenia ni en Laconia. Desde un punto de vista estilístico, el material de Ítaca y de Elis también parece haberse desarrollado a partir de los estilos locales –y bien distintos– del heládico reciente IIIC representados en las necrópolis de tumbas de cámara de Kefaloniá y del noroeste del Peloponeso respectivamente (Desborough, 1972: 88, 243-247). Puede que se diera un cierto grado de convergencia entre estos estilos en una época equivalente al Protogeométrico pero, a falta de material, no es posible

identificar este proceso en Mesenia o Laconia, y en general el material de Mesenia no refleja vínculos con los rasgos más distintivos de los otros estilos; las semejanzas que menciona Coulson suelen ser bastante vagas, referidas a motivos simples y muy generalizados.

En Creta la secuencia es muy clara, y se desarrolló a distinta velocidad y con estímulos diferentes de los que se observan en las principales áreas de la Grecia continental. Hasta hace poco la secuencia mejor conocida era la de Knossos, basada fundamentalmente en la evidencia funeraria y en algunos depósitos de habitación dispersos, que no forman precisamente secuencias estratificadas significtivas. Las recientes excavaciones realizadas en Knossos han sacado a la luz una secuencia muy nítida desde el Minoico reciente IIIC hasta el Subminoico (Warren, 1983: 69-83), pero las últimas excavaciones en Kavousi han sido aún más fructíferas si cabe, porque en el yacimiento de Kastro sobre todo se ha recuperado una secuencia aparentemente ininterrumpida de depósitos de habitación desde el Minoico reciente IIIC hasta el siglo VII. Hasta el momento se han publicado muy pocas cosas de este material, pero es seguro que aportará información importante sobre Knossos. Los depósitos de Kommos también serán importantes para la última parte del período, desde finales del siglo X en adelante. Pero Knossos sigue deparando la mayor parte de la evidencia más interesante sobre los vínculos con la Grecia continental: aparecen cerámicas áticas, euboicas y otras a partir del Protogeométrico reciente. Es evidente que los productos del yacimiento, con frecuencia idiosincrásicos, tuvieron influencia en el resto de Creta, sobre todo durante el siglo IX, cuando hacia el final del siglo se desarrolló en Knossos un precoz estilo «orientalizante» que se conoce como Protogeométrico B. Las influencias de este estilo sobrevivieron, lo mismo que las de las sucesivas fases del Geométrico continental, pero durante el siglo VIII la cerámica del norte de Creta iría pareciéndose cada vez más a las secuencias continentales. La datación de estas evoluciones se basa todavía en conjeturas razonables (cf. *NorthCem*, 410-412).

Cronología absoluta

(*Nota*: cuando este capítulo ya estaba prácticamente cerrado, el Dr. K. Wardle tuvo la gentileza de comunicarme el descubrimiento en Assiros de nueva e interesante evidencia, relacionada con el inicio del Protogeométrico [Newton *et al.*, 2003, publicado en 2005] y con la datación del Heládico reciente IIIB [Wardle *et al.*, 2004]. De acuerdo con una combinación de dendrocronología y de fechas radiocarbónicas relativamente dispares, esta evidencia indicaría que el Protogeométrico pudo comenzar antes de 1070, y que el Heládico rer-

ciente IIIB habría finalizado antes de 1270/1250. Pero los argumentos en favor de la primera fecha se basan en el supuesto no plenamente demostrado de que las ánforas del Grupo I representan una influencia del Protogeométrico ático. Dado que su distribución apenas se solapa con la del Protogeométrico ático anterior –sólo coinciden en Lefkandi: véase la fig. 7.1–, es muy posible que este tipo se desarrollara de forma independiente. En cualquier caso, dado que no existen estimaciones cronológicas fiables para este período, como recuerda Newton *et al.*, la fecha propuesta podría encajar, aunque con dificultad. En cambio, la fecha sugerida para el final del Heládico reciente IIIB parece irreconciliable con el registro temporal que la evidencia contextual y las conexiones cerámicas señalan como más aceptables [agradezco a la Dra. E. S. Sherratt sus comentarios y consejos sobre este punto]. Es preferible esperar a conocer las reacciones de otros expertos, y en los párrafos siguientes me atengo a la cronología «estándar». Si se aceptan ambas sugerencias, yo elevaría todas las fechas sugeridas más abajo para las fases del Heládico reciente IIIC y/o del Protogeométrico en unos 25-50 años.)

La evidencia para establecer una cronología absoluta es todavía muy exigua, de modo que todas las referencias a siglos mencionadas en este capítulo son estimaciones deliberadamente vagas. Warren y Hankey (1989: 159-162) proponían combinar fechas de radiocarbono y sincronismos egipcios para situar el final del Heládico reciente IIIB, equivalente al final del Tercer Período Palacial, hacia los últimos años comprendidos entre 1200 y 1180. Para las fases siguientes no se han utilizado apenas métodos de datación científicos, y cuando se ha hecho han resultado de poca ayuda, como ha ocurrido con las fechas de radiocarbono de la destrucción de Lefkandi en el Heládico reciente IIIC antiguo, que parecen demasiado altas y calibradas con un margen de error excesivo (*ca.* 1410-1230), y con una serie de fechas de radiocarbono de Nichoria para las fases I-III de la Edad Oscura, que han resultado incoherentes por no decir claramente contaminadas. Una fecha de radiocarbono de la Estructura IO de Asine coincide con el lapso temporal correcto de la datación convencional del Protogeométrico (976 ± 73, según Manning y Weninger, 1992: 639), pero también en este caso el margen temporal calibrado es demasiado amplio para que resulte de alguna utilidad.

El descubrimiento de jarras de estribo del Heládico reciente IIIC en Beth Shean, en Palestina, se consideró en su día una prueba decisiva de un vínculo cronológico para el Heládico reciente IIIC (Warren y Hankey, 1989: 164-165). Pero existen varios problemas, sobre todo el hecho de que el material de Beth Shean sea manifiestamente chipriota (como se informa en D'Agata *et al.*, 2005, donde Yasur-Landau asocia los estratos donde se encontró a los reinados de Ramsés III y IV, *ca.* 1185-1147). No se sabe muy

bien cómo aplicar su datación a la secuencia egea, aunque estilísticamente debería corresponder, o acercarse, al Heládico reciente IIIC medio. Más preocupantes son las críticas de Yasur-Landau contra el método de combinar este material con un ítem aislado de Megiddo que data del reinado de Ramsés VI (*ca.* 1143-1136) para proponer la fecha de 1150/1140 para el comienzo del Heládico reciente IIIC medio (2003: 238-239). Y lo contrasta con la percepción de que las cráteras figuradas de Ugarit, destruidas seguramente antes de *ca.* 1185, presentan estrechos vínculos con un material egeoriental que Mountjoy asigna al Heládico reciente IIIC medio (2003: 236). Si el final del Heládico reciente IIIB se remonta hasta bien entrado el siglo XIII, entonces cabría aceptar fechas más altas para la fase del Heládico reciente IIIC medio, pero hoy por hoy no parece haber una solución fácil a estos problemas.

Algunos autores creen que el Heládico reciente IIIC antiguo y medio fueron fases largas, dadas las numerosas fases de edificación que se han identificado, sobre todo en Micenas y en Tirinto, y que en cambio el Heládico reciente IIIC tardío fue una fase breve (Warren y Hankey, 1989: 167-168; cf. gráfico detallado de Mountjoy en 1988: 27). Pero este planteamiento presenta puntos flacos, porque existe un modo consensuado de transformar fases de edificación en períodos de años o de generaciones, pero sí parece razonable pensar que el Heládico reciente IIIC antiguo y medio duraron varias décadas. Sin embargo, no existe una base comparable para adscribir dos generaciones enteras al Submicénico (como hace Lemos, 2002: 26); las dos generaciones que Mountjoy calcula para la necrópolis de Pompeion, mencionado en Warren y Hankey, de hecho comienzan en el Heládico reciente IIIC tardío. Parece mucho más seguro sugerir que las fases del Heládico reciente IIIC y del Submicénico abarcaron entre ambas desde el inicio —o cerca— del siglo XII hasta al menos mediados del siglo XI, según la cronología convencional. Pero la supervivencia, de alguna forma, de tipos «micénicos» en distintas partes de Grecia hace imposible dar una fecha universalmente aplicable para el final del Heládico reciente IIIC.

Desborough (1972, especialmente p. 55) propuso la fecha de *ca.* 1050 para el comienzo del Protogeométrico ático, en lugar de *ca.* 1025 que había sugerido anteriormente (Desborough, 1952), basándose en los vínculos con el Chipriota reciente IIIB antes mencionado. Esto chocaría con las fechas bajas que avanzaban Warren y Hankey (1989: 167-168) para el Submicénico, pero Hankey ha propuesto bajar el comienzo del Protogeométrico de Mountjoy (1988: 35-36), datando de nuevo los vínculos con Chipre. Pero como sostenía Bikai (1978: 66), la cronología de la cerámica chipriota depende a su vez de los vínculos con Siria-Palestina, cuya cronología entre los siglos XII y IX no es más segura que la cronología del Egeo. Por ejemplo, la secuencia estratifica-

da de los niveles del Bronce reciente y del Hierro antiguo de Tiro publicada por Bikai (1978: especialmente el cap. III) y comentada por Coldstream (1988), ha producido relativamente muchas importaciones griegas. Pero la serie de piezas posiblemente euboicas y áticas de los estratos más tardíos de la secuencia (Coldstream, 1988: 38-41) ha servido para avalar la sugerida cronología absoluta de las fases tirias, que en general suele depender casi enteramente de las importaciones chipriotas (cf. comentarios en Warren y Hankey, 1989: 167; asimismo Hannestad, 1996: 47). Por lo tanto, estos descubrimientos no constituyen una base de apoyo independiente para la secuencia estándar del Protogeométrico-Geométrico supuestamente coincidente con los siglos X, IX y VIII. Tampoco es muy útil el descubrimiento en Tel Hadar, Galilea, del fragmento de un *dinos* probablemente del Euboico medio o de muy principios del Protogeométrico reciente (Coldstream, 1998b: 357-358; Snodgrass [1971], 2000: XXVI; Lemos, 2002: 25), cuando persisten dudas respecto a la datación absoluta del contexto que los arqueólogos sitúan no más tarde de *ca.* 980. En resumen, lo más razonable sería proponer que el Protogeométrico comenzó no más tarde de *ca.* 1025 y que la transición del Protogeométrico medio al reciente tuvo lugar no más tarde de *ca.* 950, posiblemente antes. El heroon de Lefkandi y su gran depósito del Protogeométrico medio se sitúa cerca, pero antes, de esa transición, así que podría perfectamente datar de una o dos décadas antes de *ca.* 950.

Es evidente, pues, que no existen vínculos que nos permitan establecer una cronología absoluta hasta por lo menos las últimas fases cerámicas del Geométrico, y aun entonces con dudas. Situar la línea divisoria entre el Protogeométrico y el Geométrico áticos en *ca.* 900 resulta conveniente pero es puramente convencional, y la duración estimada de las fases cerámicas protogeométricas y geométricas sigue basada fundamentalmente en la evolución estilística, que se considera importante, y hasta cierto punto en la cantidad de material que se asigna a ambas fases, lo que no constituye necesariamente una buena base. El estudio de Coldstream de la cronología absoluta de las fases geométricas (1968: cap. 13) ofreció lo que hoy se acepta como un sistema de datación estándar, pero algunos de sus fundamentos empiezan a flaquear. Forsberg ha demostrado recientemente las falacias que comporta aceptar fechas históricas supuestamente fijas para la destrucción de Samaria y Tarso (1995). También habría que excluir de la argumentación las pretendidas fechas de fundación de las colonias griegas en Italia y Sicilia, asociadas como muy temprano al final del siglo VIII, aunque de acuerdo con la cronología convencional son compatibles con el material arqueológico disponible (Morris, 1996). No sólo se basan en mitos de fundación cuya relación con los datos históricos reales es más que dudosa (Osborne, 1997), sino que habría buenas razones para revisar la duración estimada de las fases geométricas

Fecha a.C	Fases históricas utilizadas en este libro	Fases cerámicas finalmente micénicas		Fases cerámicas de la Creta central
1200/1190		HRIIIC antiguo		
1150/1140	Pospalacial	—		MR IIIC
		HRIIIC medio		
1100/1090				
		HRIIIC tardío y Submicénico		
		Fases cerámicas de la regiones centrales, sobre todo Ática	Duración de las fases cerámicas de la Grecia occidental según Coulson	Subminoico
1050/1025	Edad de Hierro	PGA	↑? Edad Oscura I	
950		PGM		
900		PGR	↓	
850	antiguo	GA I y II	↑	PGM y PGR
800		GM I	Edad Oscura II	PG B
750		GM II y GR Ia	↓?	GM
700		GR Ib, IIa, IIb	Edad Oscura III y GR	GR

Figura 1.1. Sistema terminológico, con fases cronológicas relativas y absolutas.

posteriores. Los cambios que sugiere la cronología de la Italia central, basados en muestras de radiocarbono claramente estratificadas (Nijboer *et al.*, 2001), también podrían apuntar a un inicio más temprano para el Geométrico medio y un final más tardío para el Geométrico reciente. En consecuencia, aunque en la figura 1.1 se ofrece una cronología cuasi convencional, se debe contemplar con ciertas dosis de flexibilidad en términos de años (véanse los útiles comentarios de Boardman, 1998: 9-10).

Bibliografía

Warren y Hankey (1989: 162-169) ofrecen el tratamiento más extenso de la cronología absoluta del Heládico reciente IIIC y del Submicénico; véase asimismo Hankey en Mountjoy (1988: 33-37). Manning y Weninger (1992) analizan fechas de radiocarbono del Egeo relevantes para las úl-

timas fases de la Edad del Bronce publicadas hasta la fecha, pero no pudieron incluir a Wardle *et al.* (2004).

Snodgrass (1971: cap. 2) constituye un intento detallado de establecer una cronología relativa de toda la Edad del Hierro antiguo, incorporando los resultados de Coldstream (1968: cap. 13). Lemos (2002: 24-26) estudia el material especialmente referido al Protogeométrico, pero no pudo incorporar las tesis de Kromer *et al.* (2004).

Hannestad (1996) presenta el estudio más actualizado sobre los vínculos cronológicos de la Edad del Hierro antiguo con Próximo Oriente.

2. El colapso de la civilización del Bronce

Antecedentes

Uno de los problemas más interesantes de la historia griega, y que este libro pretende abordar, es el de las causas del colapso de la civilización del Bronce en el Egeo (a partir de ahora «el colapso»). Ante todo, es necesario ver con algún detalle el desarrollo y el carácter de aquella civilización. Se considera que la cultura minoica de Creta alcanzó su máximo y pleno florecimiento en los primeros siglos del II milenio, cuando allí se establecieron los grandes complejos estructurales llamados «palacios» y la influencia minoica empezó a dejarse sentir en otras partes del Egeo. Pero tras su cénit, situado en torno a 1600-1450, empezó a declinar, y en el siglo XIII aquella civilización ya había sido suplantada hacía tiempo por la civilización micénica como principal centro de influencia cultural en el Egeo. Los mayores centros de aquella nueva civilización estaban en la Grecia continental, en el Peloponeso y en la Grecia central, pero su influencia también habría llegado a gran parte del Egeo, para formar la zona de mayor homogeneidad cultural jamás conocida en la prehistoria griega, si bien persistían variaciones locales y regionales importantes. Creta, sobre todo, retuvo varias tradiciones propias.

Cabe preguntarse qué partes de la Grecia continental habría que incluir dentro de la región cultural micénica (cf. Feuer, 1983). La opinión de Snodgrass de que en determinadas áreas de la Grecia central, como la Fócide, la Lócride y Etolia, «los reflejos de la cultura micénica, si los hubo, fueron débiles y efímeros; y en ella los rasgos materiales de la época del Heládico medio parecen confundirse de manera directa e ininterrumpida con los del período Posmicénico» (Snodgrass [1971], 2000: XXVI) es inaceptable. Las necrópolis de tumbas de cámara, uno de los rasgos micénicos más comunes, están muy extendidas en la Fócide y en la Lócride; la cerámica micénica no

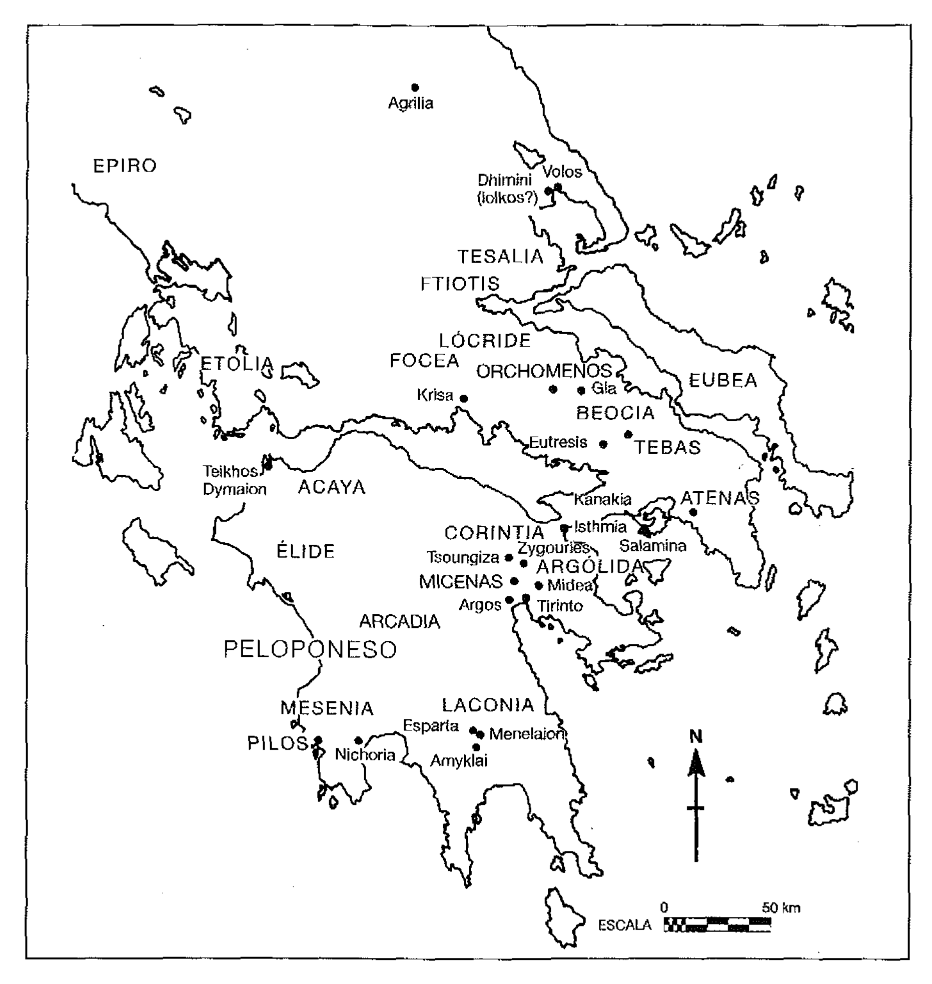


FIGURA 2.1. Los enclaves más importantes del Tercer Período Palacial en la Grecia continental e islas próximas.

es allí una mera importación excepcional, sino un elemento corriente, con y sin decoración; y otros muchos artefactos micénicos, como los sellos de piedra (que tienen claramente una gran importancia cultural), son relativamente corrientes. La situación es menos precisa en Etolia (incluso hay dudas de que Thermon sea «micénico», dada la ausencia de muchas de las típicas formas micénicas lisas, véase Wardle y Wardle, 2003: 150) y en la Tesalia occidental, y es muy posible que en estas regiones hubiera un interfaz micénico/no micénico. Pero la impresión general que se obtiene del material es que el límite meridional de la cultura micénica en la Grecia continental

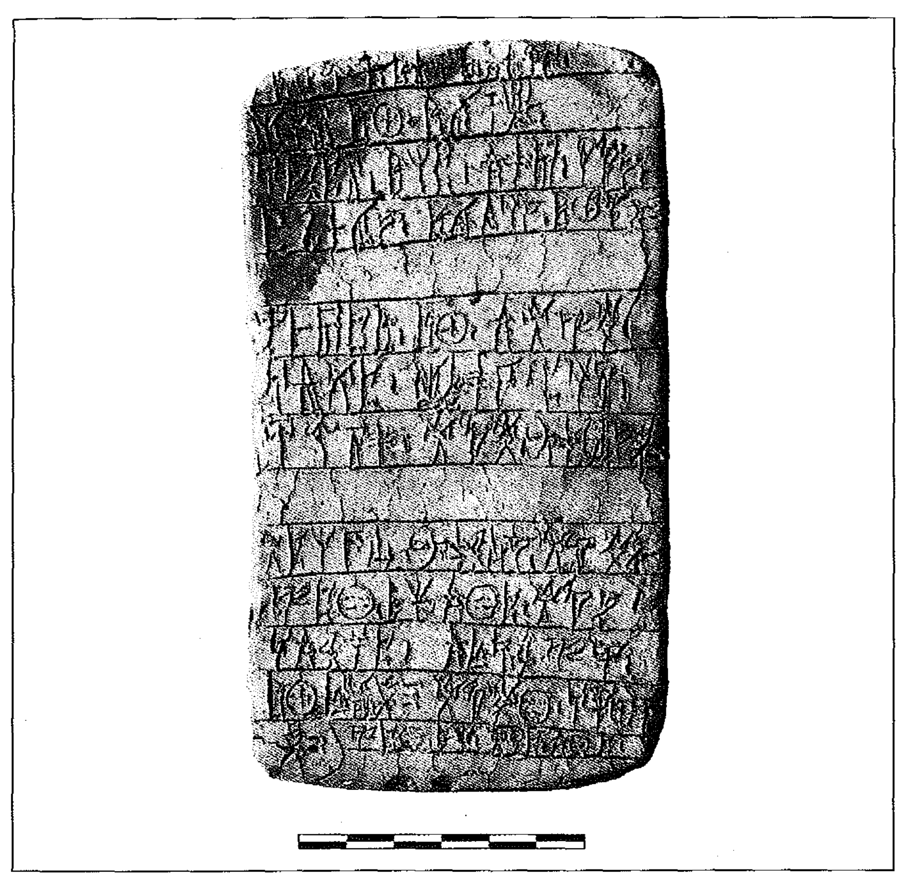


Figura 2.2. Tablilla en Lineal B An 657, primera de la serie *o-ka*, de los palacios de Pilos. Cortesía del Dpto. de Clásicas, Universidad de Cincinnati, y del profesor T. Palaima.

coincidió básicamente con el área que en la época histórica se consideraba griega (fig. 2.1).

Los asentamientos más importantes de la civilización micénica fueron sustanciales. Sus respectivas poblaciones llegaron seguramente a contarse en varios miles, similares en tamaño a las ciudades menores de Próximo Oriente, y los de mayor renombre se concentraron en torno a las principales estructuras ceremoniales y administrativas que llamamos palacios. Los palacios se consideran los centros neurálgicos de la civilización micénica, y dan nombre al sistema organizativo que se conoce como sociedad palacial, que utilizó la escritura Lineal B con fines administrativos (fig. 2.2). Es muy improbable que aquellas sociedades surgieran en cada rincón del Egeo, pero pa-

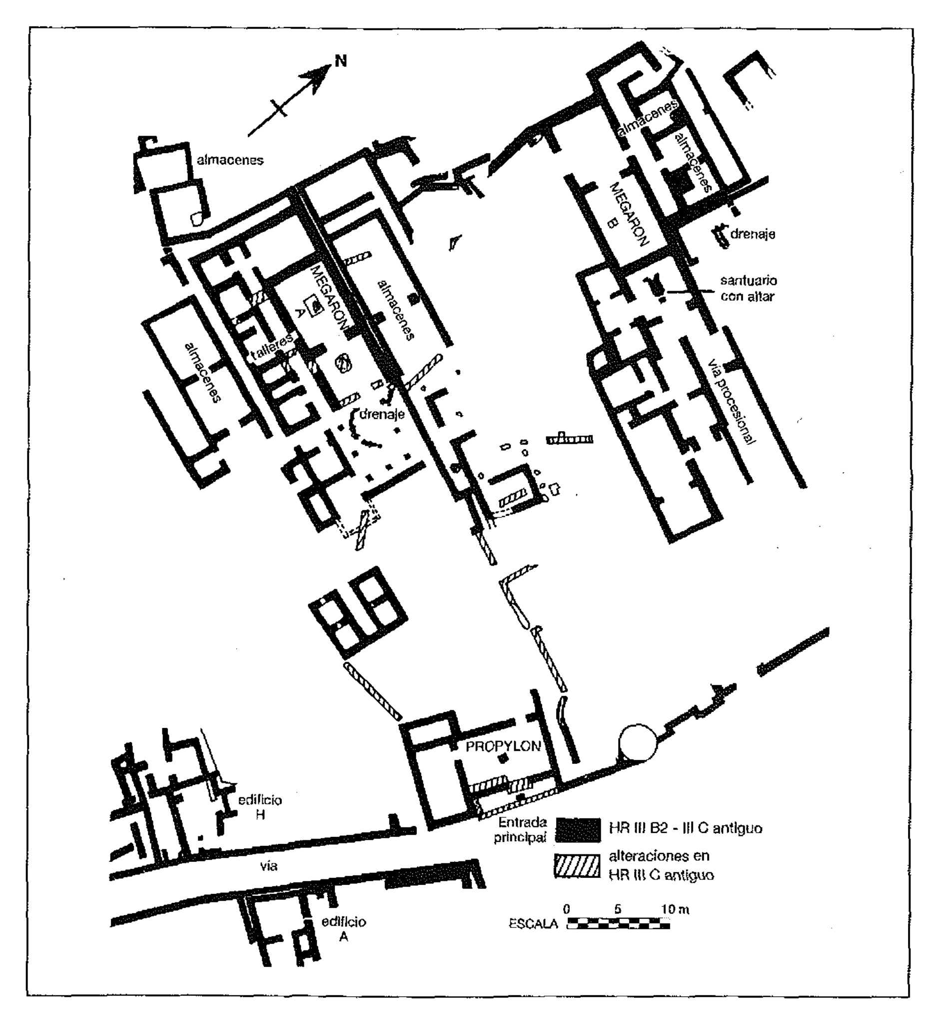


Figura 2.3. Plano del palacio de Dhimini. Cortesía de la Sra. V. Adrymi-Sismani.

recen típicas de las regiones dominantes, aunque lógicamente pudo haber zonas florecientes que hasta ahora no han deparado pruebas de su existencia (Deger-Jalkotzy, 1995: 373-374), y es probable que la prosperidad general del Egeo dependiera en buena medida de ellas.

A diferencia de las ciudades de Próximo Oriente, los grandes asentamientos micénicos no disponían de un gran complejo secundario basado en el templo, y tampoco solían rodearse de murallas defensivas, aunque puede que en algunos centros, como Tebas y Pilos, hubiera murallas alrededor de una parte importante del área habitada (sobre Pilos, véase Shelmerdine,

2001: 337-339; en una ponencia inédita del Dr. V. Aravantinos durante la conferencia POLEMOS, se presentó evidencia convincente de la existencia de un circuito tebano de murallas «no ciclópeas», véase Laffineur, 1999). Más frecuentes, aunque aún relativamente raras, son las imponentes murallas de estilo «ciclópeo» alrededor de las ciudadelas, como las de Micenas, Tirinto y Atenas. Pero hay enclaves de considerable tamaño que todavía no han producido evidencia de fortificaciones, como es el caso de Orchomenos, Menelaion y la gran ciudad localizada en Dhimini, identificada con visos de plausibilidad como la Iolkos micénica (Adrymi-Sismani, 1994; la Sra. V. Adrymi-Sistani describe un gran complejo de carácter palacial, al parecer construido en el HR IIIB2, en Lemos y Deger-Jalkotzy, 2003; véase la fig. 2.3), pese a que la evidencia demuestra que Orchomenos controlaba recursos muy considerables, y es posible que fuera el centro responsable de la construcción del enorme complejo fortificado de Gla y de toda una red asociada de acequias, diques artificiales o polders y fortificaciones subsidiarias en la región del lago Copais (Iakovidis, 1998: 197-204, 275-278). También existen grandes enclaves fortificados en cerros no muy altos, como en Krisa y Teikhos Dymaion, que aunque al parecer no albergan palacios ni grandes edificios, podrían representar centros de gran importancia local.

Relaciones internacionales

Algunos autores sugieren que el mundo micénico estaba mayoritaria o totalmente organizado como un solo sistema político o estado dominado por Micenas, y lo equiparan al reino de Ahhiyawa de los textos hititas. Uno de los argumentos más interesantes que maneja Postgate al respecto (en Voutsaki y Killen, 2001: 160) se basa en el extraordinario y prolongado nivel de homogeneidad del formato de las tablillas escritas en Lineal B, que a un experto en el Próximo Oriente podría sugerir que al menos los centros que las produjeron dependían de una sola autoridad. Pero ninguno de los materiales recuperados hasta el momento contiene indicios de una subordinación a alguien superior, y las áreas implicadas (centro y oeste de Creta, la Argólida central, gran parte de Mesenia, la Beocia oriental) estarían demasiado alejadas unas de otras para poder controlarlas desde un solo centro, y hasta la época moderna nunca han formado parte de un solo estado, salvo que fuera mucho más vasto. Las otras razones que suelen alegarse en favor de un sistema político micénico unificado son poco sólidas. Un alto grado de homogeneidad cultural no tiene por qué implicar necesariamente unidad política y, si bien la relevancia de la *Ilíada* para conocer la realidad del Bronce es más que cuestionable, en ningún momento presenta a los otros reyes o caudillos

como unos vasallos de Agamenón obligados a seguirle. La confederación aquea fue claramente una alianza provisional, pese a la presión temporal y divina que impulsó su creación (sobre la participación de Hera en la formación del ejército, véase la *Ilíada* 4.26-28).

Es posible que durante el Tercer Período Palacial hubiera en el Egeo muchos principados, grandes y pequeños, ligados por redes de alianzas y de dependencia (en su contribución en Laffineur *et al.*, 2005, Eder sugiere que pudo haber regiones del centro y norte de Grecia formalmente dependientes de los centros palaciales) y tal vez gobernados por familias interrelacionadas. Killen defiende la posible existencia de una aristocracia «internacional» dominante en el Egeo basándose en la similitud de los nombres de algunos personajes de aparente alto estatus de Knossos y Pilos identificados como «recaudadores». Olivier (Voutsaki y Killen, 2001: 151-156) comparte esta tesis, en cambio Rougemont (en *ibid.*, 129-138) plantea dudas razonables acerca de algunos de sus aspectos. Aunque finalmente se confirmara que los «recaudadores» pertenecían a esa aristocracia, no hay que olvidar que prácticamente ninguno de sus nombres aparece en las genealogías míticas de la época heroica. Y aun en el caso de que se aceptara, sigue siendo indemostrable que la región egea estuviera toda ella unida dentro de un solo marco político.

El tema de Ahhiyawa merece un comentario adicional. El estudio más reciente de la geografía de la Anatolia occidental de época hitita demuestra más allá de toda duda que el territorio continental de Ahhiyawa sólo pudo estar situado en el suroeste arqueológicamente micénico o fuertemente micenizado, aunque el núcleo central de aquel estado estuviera claramente en ultramar (Hawkins, 1998: 30-31). Lo cual reforzaría la posibilidad de que el nombre represente *Akhaiwia*, «país o tierra de los aqueos» (*contra* Dickinson, 1994a: 253). El frecuente intercambio epistolar entre el rey hitita y el rey de Ahhiyawa, y los indicios de posibles relaciones personales entre las respectivas élites dirigentes de ambos estados (Gourney, 1990: 40) tendrían más sentido si el centro de Ahhiyawa estuviera situado cerca de la costa de Anatolia, en Rodas por ejemplo, según sugiere Mountjoy (1998: 49-51; véase Sherratt, 2001: 218 n. 9). Pero es difícil hallar en Rodas evidencia convincente de la existencia de un estado poderoso, o de unos reyes merecedores del respeto que varios reyes hititas mostraron hacia los reyes de Ahhiyawa, y todavía está por demostrar que Micenas o Tebas (las dos candidatas más evidentes) fueran la capital de Ahhiyawa y que, por lo tanto, controlaban no sólo gran parte de la Grecia continental sino también algunas de las islas egeas y zonas del suroeste de Anatolia, sobre todo la región de Mileto.

No obstante, fuera de los documentos hititas, en ninguna parte se menciona Ahhiyawa, lo que hace difícil valorar la importancia real de aquel es-

tado en la política de poder de la época. Quizá los reyes hititas, que tenían que lidiar con enemigos potenciales y reales en varios frentes, se sintieran obligados a mostrar más respeto del deseado hacia los reyes de Ahhiyawa porque, al tener sus bases fuera de la Anatolia continental, no podían organizar fácilmente expediciones de castigo contra unos reyes capaces de causar graves problemas en Anatolia occidental. Lógicamente no hay mucha más evidencia que nos autorice a plantear la posible existencia de lazos diplomáticos entre los príncipes del Egeo y los reyes de Próximo Oriente. Cline (1995: 146-147) recoge algunas referencias sobre posibles vínculos con Egipto, pero ninguna más tarde de mediados del siglo XIV, y no hay material de la Dinastía XIX en contextos egeos del siglo XIII (J. Phillips, com. pers.). El comentario de Sandars de que «había un club de hombres ricos, del que al parecer los príncipes del Egeo no eran miembros de pleno derecho» ([1978], 1985: 184) parece cierto (véase asimismo Voutsaki, 2001: 212; Sherratt, 2001: 217-218).

La índole del intercambio ultramarino

La posición de los caudillos de los principados egeos vista desde sus contemporáneos de Próximo Oriente es importante (véase la fig. 2.4) y no sólo para la historia política. No parece exagerado afirmar que el nivel de vida de la élite dirigente egea, y hasta cierto punto el de la población en general, dependía del intercambio, sobre todo con Próximo Oriente, seguramente la fuente principal de materiales muy apreciados: oro, marfil, estaño, vidrio y seguramente cobre. Aunque Lavrion, en el sur de Ática, fuera al parecer una importante fuente de cobre, es improbable que ésta y otras fuentes del Egeo fueran suficiente para atender todas las necesidades egeas, y en contextos del siglo XIII se detecta cada vez más cobre chipriota (lo cual significa que los resultados de los análisis de isótopos de plomo se han interpretado correctamente, pero véase el capítulo 4, p. 111). De ahí la importancia de conocer la índole de aquel intercambio.

Ante la falta de documentación escrita (las tablillas en Lineal B aportan muy poca información al respecto), se ha recurrido en muchas ocasiones a la analogía con Próximo Oriente y con los datos antropológicos modernos. Algunos autores, especialmente Snodgrass (1991), afirman que las relaciones egeas con Próximo Oriente estaban dirigidas casi enteramente desde los centros palaciales, que según esta interpretación habrían controlado completamente la movilización y la distribución de bienes dentro de sus territorios. También se ha sugerido que, en el caso de los objetos suntuosos y exóticos, esas relaciones adoptaban básicamente la forma de intercambios (probable-

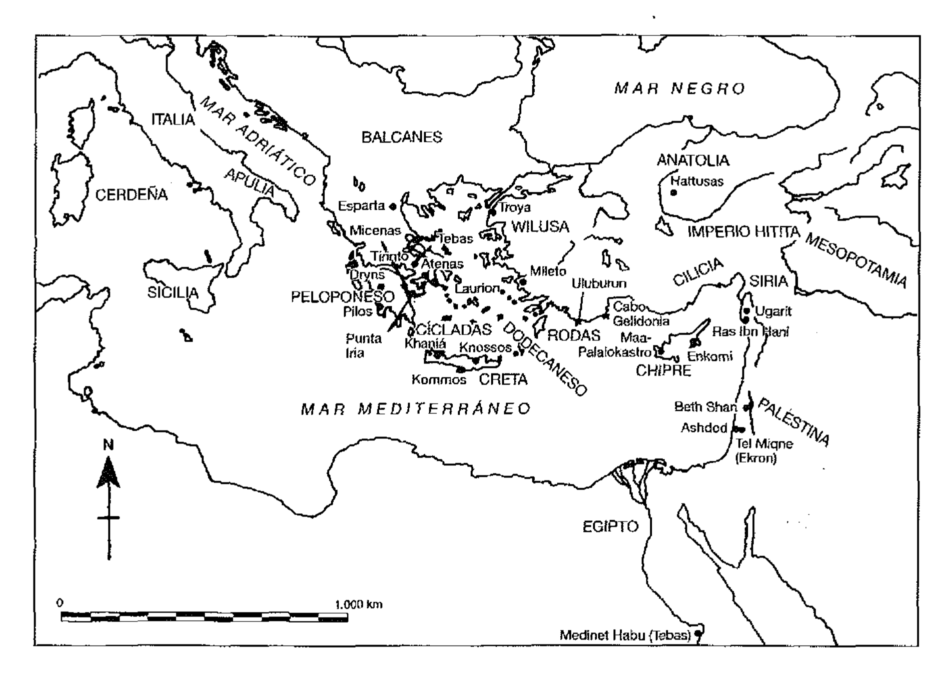


Figura 2.4. Panorama internacional del Egeo en el Tercer Período Palacial.

mente infrecuentes) de regalos o dones ceremoniales, como los que se documentan en Próximo Oriente (Cline, 1995). Los palacios o al menos las élites habrían poseído barcos de todos los tamaños, y los capitanes habrían actuado como sus agentes. Por lo tanto habría habido muy poco margen para un intercambio «comercial», y menos para los «mercaderes» egeos, pero no se excluye la posibilidad de que en el Egeo penetraran «mercaderes» procedentes de Próximo Oriente, una región económicamente más desarrollada.

Sin embargo, este análisis plantea numerosos interrogantes, aparte de su cuestionable énfasis en el rol redistributivo central de los palacios (véase más información en pp. 58-59). Uno de esos interrogantes es hasta qué punto la práctica del intercambio de dones ceremoniales dominó realmente la distribución de bienes en Próximo Oriente; Cline (1995: 149) la considera tan sólo «la punta del iceberg». De hecho, los productos egeos más idóneos para servir como dones ceremoniales, especialmente los típicos ítems de lujo del Tercer Período Palacial, las joyas, los vasos preciosos y el mobiliario con incrustaciones al que seguramente pertenecen numerosos pequeños relieves de marfil (fig. 2.5), son muy excepcionales en Próximo Oriente. Además, el hecho de que los paños de gran calidad producidos por los equipos de trabajo bajo la supervisión de los palacios se utilizaran para el intercambio de larga distancia no deja de ser una mera conjetura plausible, pese a que en Próxi-



Figura 2.5. Incrustación de marfil de la Casa de las Esfinges, Micenas. Unos 4,5 cm de altura. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

mo Oriente existe clara evidencia de una utilización similar de los textiles. No obstante, en Chipre la cerámica pintada micénica parece haber gozado de valor-prestigio en más de un nivel social (Steel, 1998), y tanto aquí como en otros lugares un alto porcentaje de recipientes de esta cerámica pudieron contener el aceite perfumado que sabemos se producía a gran escala bajo la supervisión de los palacios, y que pudieron utilizarse perfectamente en el intercambio de dones o como bien de intercambio.

Cabe preguntarse, junto con Snodgrass, cómo pudo operar un intercambio a gran escala antes de la aparición de los palacios, como parece observarse en la Grecia continental antes del siglo XIV, o en regiones no controladas por los palacios. Es el caso de Kommos, que no estuvo controlado por ningún palacio pese a ser, probablemente, el puerto internacional de todos los centros egeos (Cline, 1994: 87; aunque cada día se descubre más material «foráneo» en Tirinto), o quizás el puerto de un principado basado en Agia Triada. Además, en las zonas de Europa susceptibles de haber mantenido contactos con la civilización micénica, entre otras el norte del Egeo y zonas del sur de los Balcanes, el Adriático, el sur de Italia y el Mediterráneo central y Cerde-

ña, no hay ningún indicio de la existencia de estados organizados alrededor del palacio. Esa vasta red de intercambios (fig. 2.4) fue muy importante para el mundo egeo, especialmente sus vínculos con el Mediterráneo central, una más que probable fuente de metales, principalmente de cobre y plata, y con el que muchos centros chipriotas también establecieron al parecer una importante relación en torno el siglo XIII. En Chipre las relaciones de intercambio se habrían desarrollado de un modo muy diferente al modelo de Snodgrass.

El estudio de la evidencia procedente de los pecios ha contribuido asimismo a demostrar la complejidad de la situación general, porque los hasta ahora conocidos, el de Uluburun, el de cabo Gelidonia y el de Punta Iria, podrían representar un tipo de intercambio diferente, si bien en los tres casos aparece asociado al tipo del áncora de piedra que tiene claros paralelismos en Oriente Próximo pero que apenas se documenta en contextos egeos (Pulak, 1998: 216). La deducción lógica de que los barcos procedían de Próximo Oriente se refuerza en el caso del pecio de Uluburun y del cabo Gelidonia a la vista del predominio del elemento próximoriental en sus respectivos cargamentos y entre los ítems seguramente pertenecientes al equipo del barco, a la tripulación o a los pasajeros (véase especialmente Pulak, 1998: 216-218 sobre Uluburun). Entre esos ítems había, entre otros, conjuntos de pesas para balanzas de doble platillo de tipo próximoriental, como las que se utilizarían en transacciones comerciales, pero ninguna pesa egea.

No hay duda de que el pecio de Uluburun, que se fecha en torno al 1300, transportaba bienes de alto estatus perfectamente aptos para el intercambio ceremonial, y una cantitad de preciadas materias primas, como cobre, estaño, vidrio, resina de terebinto y madera negra africana (antiguo ébano), tan voluminosa que parece excesiva para lo que un individuo privado podía acumular con fines comerciales. Entre el heterogéneo repertorio de bienes aparecieron asimismo muchos otros tipos que no son precisamente los más indicados para un contexto ceremonial, como ítems de metal precioso –seguramente escoria–, ánforas de almacenaje para contener aceitunas, arsénico amarillo, cuentas de vidrio, cuencos de arcilla corrientes, brazos de lámparas de pared y lámparas de aceite. La gran cantidad de pesas de balanza constituye asimismo un sólido indicio de actividad comercial (Pulak, 1998: 209-210 estima que hay suficientes para al menos tres personas y tres equipos de pesar, tanto para calcular con precisión pequeños objetos ligeros como para objetos más pesados). Por lo tanto es perfectamente posible interpretarlo como el barco de algún comerciante de alto estatus, como Sinaranu de Ugarit (véase Heltzer, 1988 sobre este personaje), que actuaba como agente real y también comerciaba por cuenta propia. La nave pudo transportar a bordo pasajeros importantes (Pulak, 1998: 218 defiende la presencia a bordo

de dos «micénicos» de alto estatus). Sherratt sugiere que, si el cargamento iba destinado a un solo príncipe micénico, el cargamento se pudo transbordar en la periferia del Egeo, en lugares como Rodas o Kommos (2000: 89 n. 3). Pero la gran cantidad de materiales y la heterogeneidad del cargamento indicarían más bien que el barco no tenía un único destino sino que su intención era visitar varios puertos (Dickinson, 1994a: 238), no todos necesariamente en el Egeo micénico. Varios reinos se extendían hasta la costa de Anatolia, como el reino de Wilusa, que se situaría en la Tróade y cuya capital pudo ser Troya (véase Hawkins, 1998).

En cambio, el propietario de la nave del cabo Gelidonia, fechada en torno al 1200, pudo ser un comerciante en metales, ya que el cargamento consistía fundamentalmente en lingotes de metal, pero con mucha menos cantidad total de metal que el pecio de Uluburun, y una cantidad considerable de ítems fragmentarios que seguramente son material de desecho; también había al menos dos jarras de estribo de almacenaje (Bass, 1991: 69-71) y otros ítems. Las delgadas barras metálicas, de una aleación baja de estaño y bronce, así como la gran cantidad de escoria y de útiles propios de un herrero se han interpretado como evidencia de que el barco llevaba a bordo un herrero o metalúrgico dispuesto quizás a ofrecer sus servicios durante su escala en los puertos, aunque también son posibles otras explicaciones. El cobre aparentemente no chipriota de aquellas barras y la presencia de jarras de estribo egeas reflejarían un itinerario intrincado con escalas en distintos puertos, mientras que la ausencia de ítems de élite denotaría la no conexión directa con el intercambio de dones ceremoniales.

Por último, parece imposible interpretar el pecio de Punta Iria, el único recuperado en la región micénica, en el marco de un intercambio de dones ceremoniales o como un movimiento de materias primas a gran escala que, según Snodgrass, fue el principal comercio ultramarino de los palacios. La cerámica consiste en grandes recipientes de almacenaje, que incluye, en cantidades casi idénticas, *pithoi* chipriotas, jarras de estribo de almacenaje del sur de la Creta central, tan similares que seguramente pertenecen a un solo cargamento (Haskell, 2003), y tinajas y ánforas de almacenaje heládicas. Se encuentran también algunas vasijas más pequeñas, entre ellas parte de un cuenco pintado que podría fechar todo el conjunto en el HR IIIB2. Este pecio podría ser el barco de un comerciante en productos locales, transportados en recipientes de almacenaje «reciclados» de origen diverso; pero se precisan más detalles.

A la vista de todo lo anterior hemos de admitir, pues, que sabemos todavía muy poco acerca del contexto de los intercambios de larga distancia egeos. Ante la falta de documentación escrita, la evidencia disponible al respecto no permite proponer la existencia de intercambios ceremoniales de

alto nivel capaces de reflejar contactos diplomáticos regios entre el Egeo y Próximo Oriente. Y tampoco es probable que se entablaran relaciones lo suficientemente estrechas ni que los egeos fueran lo suficientemente dependientes para ser, según la teoría de los sistemas-mundo, una «periferia» del «centro» de Próximo Oriente.

En este sentido, es importante mencionar la interesante hipótesis de Sherratt según la cual los estados palaciales micénicos dependían esencialmente de su implicación en las rutas comerciales (2001). Pero esta cuestión está relacionada con el debate acerca de la naturaleza de aquellos estados palaciales micénicos, de los que ahora pasamos a ocuparnos.

La sociedad palacial micénica

Es evidente que el palacio era a la vez la residencia de una figura monárquica, el *wanax*, el centro administrativo del territorio que dominaba, y el lugar donde tenían lugar importantes actividades públicas de culto, quizás incluso articuladas en torno al propio *wanax* (véase Maran, 2001: 116-117 y Albers, 2001, sobre todo 132-135). En efecto, hasta hace poco era lugar común describir un sistema administrativo palacial como «una elaborada organización burocrática que descansaba en una fuerte centralización de recursos y en elaborados mecanismos de control» (Voutsaki y Killen, 2001: 6). Y lo que se discutía con creciente intensidad era el grado de centralización del control y de la organización de la producción agrícola y artesanal y del movimiento de recursos (véase más adelante, pp. 58-59). Sherratt lleva a cabo un análisis muy diferente, destacando lo que ella percibe como la uniformidad y la falta de innovación de muchos rasgos de las sociedades palaciales, incluido el modo de utilizar el Lineal B, e interpreta la sociedad palacial como «una sociedad guerrera de base clientelar torpemente aderezada por fuera con elementos superficiales de una idea trillada y básicamente simbólica de civilización "palacial"» (2001: 238). En opinión de esta autora, los palacios ni siquiera tenían por qué controlar gran parte del territorio; les bastaba con dominar algunas secciones o nodos de las rutas comerciales.

Los argumentos de Sherratt son interesantes y merecen una consideración más detallada de la que aquí podemos permitirnos, pero reflejan una interpretación muy personal de unos datos que normalmente se perciben de manera muy distinta. Hay al menos un palacio, el de Pilos, que sí parece haber controlado un importante territorio, con muchos enclaves de diversos tamaños, desde ciudades hasta aldeas y poblados; se han reconocido unos 240 topónimos (Whitelaw, 2001: 63), bastantes más de lo que sería de esperar si sólo hubiera controlado las rutas comerciales que cruzaban el territorio. A

juzgar por los topónimos que se mencionan en algunos documentos en Lineal B descubiertos en Tebas, parece que también esta ciudad controlaba zonas sustanciales del este de Beocia y posiblemente del sur de Eubea. De hecho, los sistemas administrativos identificados gracias al análisis de las tablillas en Lineal B y de las improntas de sello halladas en varios grandes centros son demasiado sofisticados para ser simples «elementos superficiales», y hay incluso evidencia de la evolución y mejora de la escritura Lineal B (por ej., Palaima, 1988: 341). Hasta pudo haber diferencias significativas entre los sistemas administrativos de los distintos enclaves. Por ejemplo, el «archivo» de Pilos, que contiene el 80 % de todas las tablillas descubiertas allí, no tiene paralelismo claro en Tebas, porque aquí han aparecido muchos conjuntos de tablillas en varios lugares diferentes, lo mismo que se observa en el «palacio del Lineal B» de Knossos y seguramente también en Micenas y Tirinto, a juzgar por los escasos restos que se han encontrado. La incapacidad que señala Sherratt para desarrollar el uso de la escritura más allá de un determinado límite también es aplicable a la civilización minoica del Segundo Período Palacial, que duró lo mismo que la civilización palacial micénica.

Además, la muestra que Sherratt utiliza para su estudio es muy pequeña, y hay más evidencia de variación de lo que ella sugiere. En esencia, solamente se han descubierto tres planos de palacios más o menos completos: en Micenas (el peor conocido), Tirinto y Pilos. Ignoramos si el plano de Tebas, en principio un centro más importante que Pilos, era muy similar, aunque no parece probable (Dakouri-Hild, 2001: sobre todo 105). El complejo descubierto no hace mucho en Dhimini (fig. 2.3), que podría ser lo más parecido a un palacio de cuanto se ha descubierto en Tesalia, presenta un plano menos integrado que el de los palacios del Peloponeso, y no tiene frescos. Los frescos que se han descubierto suelen contener temas repetidos, que no siempre se inspiran en antecedentes minoicos, como las escenas de caza y (raramente) de guerra, y entre los centros más importantes existen notables variaciones en otros temas. Por último, apenas existe evidencia del tipo de vida asociable a una «sociedad guerrera», y menos en las áreas donde se establecieron las sociedades palaciales (Dickinson, 1994a: 81, 306-307). La distribución de las grandes fortificaciones «ciclópeas», símbolos sin duda de la fuerza defensiva pero de riqueza y poder, no coincide en absoluto con la de los palacios, porque ni Pilos ni Tebas las poseen; en cambio sí aparecen en varios enclaves sin palacio, como ya se ha mencionado. Es muy posible que la sociedad tuviera visos militaristas, pero no más que las civilizaciones de Próximo Oriente.

Lo mejor es adherirse a alguna versión de la interpretación convencional de las sociedades palaciales. Lo que equivale a aceptar que proporcionaron

seguridad y gobierno organizado a la población de sus territorios, explotaron los recursos de esos territorios mediante alguna forma de impuestos, garantizaron materias primas para los especialistas artesanos que trabajaban para el palacio y bajo su supervisión así como raciones de comida y otros suministros para las personas total o parcialmente dependientes del palacio, entre ellas un montón de funcionarios administrativos y religiosos, expertos artesanos y trabajadores cualificados. También habrían abastecido y alimentado a las fuerzas de trabajo necesarias para la realización de los proyectos y grandes obras de infraestructura e ingeniería. Además, lo más probable es que desempeñaran un rol importante en la adquisición, mediante el intercambio exterior, de materias primas no disponibles localmente, sobre todo metales. Es muy probable que los palacios también fueran centros organizativos de la religión pública, y que desde allí distribuyeran las ofrendas a los santuarios de sus territorios, como demuestran los textos en Lineal B de Pilos y Tebas. Pero queda amplio margen para debatir sobre el grado de control palacial en todos estos ámbitos, porque es importante para saber si era dinámico o estático, o si estaba estancado, como sugiere el análisis de Sherratt, y por lo tanto, poder valorar así las probabilidades de su colapso.

Hay autores que, partiendo de las influyentes tesis de Renfrew (1972: 296-297, 464; cf. 1989: 134-135), que en última instancia es un reflejo del análisis de Finley (de Fidio, 2001: 15-16), creen que los documentos en Lineal B reflejan una omnipresencia de los palacios en la economía de los territorios que controlaban, y que eran centrales en las economías redistributivas: todos los productos de sus territorios se enviaban al centro para desde allí redistribuirlos entre la población. Renfrew sugería incluso que alentaron la especialización regional de ciertos cultivos creando así una dependencia de la organización palacial para abastecerse de aquellos bienes básicos que no se producían localmente, y algún autor ha afirmado que esa situación habría generado unas economías superespecializadas con una base peligrosamente limitada (por ej. Betancourt, 1976).

Pero no hace mucho se recordaba que los propios documentos no avalan las teorías de la especialización local. Halstead (1999b) defendía con argumentos convincentes que, si bien hubo bastante interacción entre los palacios y los asentamientos corrientes, la especialización en el trigo, la lana y el aceite de oliva únicamente afectó al sector de la economía dedicado a la producción masiva para los palacios, mientras que la economía de los asentamientos corrientes no conoció la especialización y siguió produciendo una amplia variedad de cultivos y de ganado (véase también Halstead, 1992 y Dickinson, 1994a: 81-84). Sugería además que tanto el trigo como la lana que se producían para el palacio se basaban en acuerdos de aparcería con las comunidades o individuos locales, y que es posible que el palacio ni siquiera

fuera propietario de la tierra ni de las ovejas (Halstead, 1999a, 1999c, 2001). Foxhall también sostiene que los palacios no habrían podido ofrecer la clase de ayuda a los agricultores más necesitados que se documenta en Mesopotamia (1995: 240-241). En otros aspectos el control de los palacios también pudo ser menos rígido de lo que se supone: tanto Whitelaw como Knappett, en Voutsaki y Killen (2001), rechazan la idea de un control palacial directo de la producción cerámica, y Gillis llega a la conclusión de que los broncistas eran independientes del palacio (1997).

Por lo tanto puede decirse que no existe evidencia de que el palacio actuara como un centro distribuidor central de todos los productos y bienes manufacturados en su territorio. Como mucho, distribuía de vez en cuando ciertos bienes muy concretos, ejercía un estrecho control sobre la producción artesanal y la producción de aceite perfumado destinadas específicamente al palacio, y supervisaba atentamente los materiales necesarios para el trabajo cuando éste se realizaba por el sistema *ta-ra-si-ja*, aunque con frecuencia se llevara a cabo fuera del propio palacio (Killen, 2001). Pero tampoco se puede negar que debido a su demanda de mano de obra y de bienes, el palacio tuviera un considerable efecto general sobre la economía no sólo dentro del territorio que controlaba, sino también en regiones enteras. Es posible pues que, al menos en este sentido, los palacios fueran centrales para la economía de todo el sur del Egeo, y que el colapso de las sociedades palaciales, identificable en una gran serie de destrucciones y abandonos de importantes enclaves a finales del HR IIIB, desencadenara en última instancia el colapso general de la civilización egea. Pero todas las teorías que se basan en el rol redistributivo central de los palacios han de ponerse en tela de juicio, y recordemos que los expertos advierten con insistencia de que los textos en Lineal B hablan tan sólo de un repertorio limitado de temas relevantes para los administradores del palacio, y no de toda la actividad económica del territorio controlado.

La idea de que en las sociedades palaciales una reducida clase aristocrática gobernaba sobre una masa cuasi sierva, de la que se diferenciaba nítidamente (por ej., Drews, 1988: 195 y 1993: 156) ha sido deslegitimada por la amplia distribución y la gran cantidad de tumbas de cámara y sepulturas asociadas cuya construcción habría requerido una mano de obra especializada. No es posible que los ocupantes de esas tumbas fueran «siervos». El conjunto de huesos humanos que se ha esgrimido para demostrar desnutrición (véase Dickinson, 1994a: 88-89) procede en realidad de las tumbas de cámara, de modo que podría reflejar no una pobreza generalizada sino los efectos de algunas enfermedades particularmente frecuentes o de las fluctuaciones normales en el suministro de alimentos en unas sociedades en las que no siempre abundaban. Los textos en Lineal B de Pilos también parecen indi-

car que los artesanos, los pastores y otras personas relativamente corrientes gozaban de gran libertad de acción en cuanto al usufructo de la tierra (Dickinson, 1994a: 84-85). Cabría pensar que sólo los niveles superiores de la población tenían acceso a productos artesanales de calidad y a la prosperidad que ello sin duda simbolizaba, pero lo cierto es que se ha encontrado cerámica fina en toda clase de sitios, hasta en el más pequeño.

El estudio general de Cavanagh y Mee (1998) ha demostrado la variabilidad de los usos funerarios en y entre las regiones micénicas (véase asimismo Cavanagh, 1998), y en Creta también se observan peculiaridades regionales. No obstante, hay pautas comunes muy frecuentes en el Tercer Período Palacial, concretamente la práctica casi universal de la inhumación en el suelo de la tumba o en una fosa o nicho tallado dentro de la tumba, así como la tendencia a utilizar la misma tumba varias veces sucesivas. Sólo en el Dodecaneso es habitual utilizarla para uno a tres enterramientos únicamente, aunque en Creta también parece habitual utilizar una tumba para muy pocos enterramientos (Dickinson, 1983: 65). También es típico agrupar las tumbas en cementerios o necrópolis; es frecuente descubrir juntas diferentes clases de tumba, pero siempre hay una que domina, normalmente la tumba de cámara. También es corriente la provisión de algún tipo de ajuar funerario, especialmente cerámicas, pero Lewartowski ha calculado que aproximadamente un 20 % de los enterramientos en tumbas de cámara carecen de ajuar funerario (1995: 106, y cf. 2000: 47, 49), y existe una notable variación en la cantidad y en los tipos depositados, no sólo entre «ricos» y «pobres» sino también entre los distintos enterramientos de la misma tumba. Tras un uso repetido, y quizá también como resultado de las prácticas rituales, los objetos funerarios se acaban mezclando y rompiendo, y a veces parecen fuera de su sitio, lo que hace muy difícil establecer pautas al respecto (cf. Dickinson, 1994a: 228; Cavanagh y Mee, 1998: 78-79).

Todo apunta a que el grupo con derecho a ser enterrado en tumbas de cámara y tipos asociados durante el Tercer Período Palacial representa un importante porcentaje de la población (Dickinson, 1983: 63; Mee y Cavanagh, 1984: 56; Cavanagh y Mee, 1998: 78), aunque las mujeres podrían estar subrepresentadas (Mee, 1998) y los enterramientos infantiles son muy excepcionales, así que llamarlas «tumbas familiares» puede llevar a engaño. No se conoce el porcentaje exacto de la población representada. El hecho de que algunos elementos de los textos en Lineal B, como el número sorprendentemente pequeño de personas de todos los niveles que aparecen asociadas al usufructo de la tierra en *Pa-ki-ja-ne*, una de lás subprovincias del estado pilio (ochenta, Dickinson, 1994a: 84), tal vez significa que una parte sustancial de la población no se mencionaba en los textos del Lineal B, porque eran subordinados de los que sí se mencionan, aunque entre ellos se incluyeran per-

sonas aparentemente normales y corrientes, como pastores y también lo que parecen ser grandes terratenientes y funcionarios religiosos. Pero Lewartowski (1995 y 2000: sobre todo 47-51) señala la dificultad de interpretar los únicos otros enterramientos identificables, en cistas y fosas, como pertenecientes a un estrato social claramente inferior a los enterrados en las tumbas de cámara. Este autor demuestra la existencia de una importante solapación de prácticas funerarias en los distintos tipos de tumba, con la salvedad de que los enterramientos en cista y fosa sin ajuar funerario eran mayoría, y habría otras diferencias potencialmente significativas. Además, estos enterramientos son mucho más escasos en el Tercer Período Palacial que en el período anterior o posterior, especialmente los de cista, lo que no es de esperar si en aquella época representaban un importante estrato social (cf. Dickinson, 1983: 62-63; Lewartowski, 2000: 13-14, 18). Lo más probable, como apunta Morris refiriéndose a la Ática arcaica y a Grecia en general (1987: 94), es que hubiera una distinción social básica entre una «élite» relativamente nutrida, que incluía pero no se limitaba a la aristocracia, y que podría aglutinar hasta un 50 % de la población, y el resto, y que los enterramientos de estos útimos nunca o casi nunca se detecten, aunque puedan contener algunos de los enterramientos en cista o fosa más pobres.

La prospección arqueológica realizada en muchas partes de la región egea ha permitido identificar multitud de pequeños asentamientos sin amurallar, de diverso tamaño, desde poblados importantes hasta pequeñas alquerías, lo que podría inducirnos a suponer que el control de los palacios fomentó la estabilidad y el crecimiento de la población, pero la interpretación de esta evidencia no es sencilla. El material recuperado durante estas prospecciones, especialmente en los yacimientos más pequeños, sólo se puede clasificar dentro de categorías relativamente amplias. Sería imprudente suponer que todos los yacimientos que aparecen ocupados en el HR IIIA2-B (Dickinson, 1994a, fig. 4.24) o en el HR IIIB (Popham, 1994a: 282) estuvieron ocupados simultáneamente o a lo largo de todas aquellas fases, porque lo más seguro es que un buen número de ellos fueran de corta vida y se abandonaran antes del Colapso. Las excavaciones pueden determinar el período de ocupación de un yacimiento con más precisión que una prospección pero, debido al carácter parcial de muchas excavaciones y a la facilidad con que las actividades posteriores en el lugar pueden borrar la evidencia de las fases más antiguas, los hallazgos siempre se han de considerar provisionales y susceptibles de revisión a la luz de los estudios posteriores o de nuevos descubrimientos. Por ejemplo, en Zygouries se ha descubierto evidencia de actividad hasta el HR IIIC medio (Morgan, 1999: 245), pese a que se creía abandonado antes del colapso, y lo mismo ha ocurrido en Tsoungiza (Morgan, 1999: 365-366; Shelmerdine, 2001: 341 n. 57). Otros hallazgos, como el

gran número de yacimientos identificados en el territorio bajo posible control de Pilos y el número aún mayor de topónimos en las tablillas (Whitelaw, 2001: 63), sugieren que los pequeños yacimientos seguían siendo muy comunes al final del Tercer Período Palacial.

Convertir el número de yacimientos registrados en cifras de población tiene sus riesgos, pero como mínimo sugerimos la posibilidad de que durante gran parte del Tercer Período Palacial el Egeo, sobre todo el núcleo central micénico, estuviera densamente poblado. Pero la idea, basada fundamentalmente en una interpretación tendenciosa de los hallazgos de la Expedición Mesenia de Minnesota y en los documentos en Lineal B de Pilos, de que una sobrepoblación de la Grecia continental habría propiciado un movimiento hacia tierras más marginales e incluso un abandono de las tareas agrarias por el trabajo artesanal como medio de subsistencia (el más explícito al respecto es Sandars [1978], 1985: 77), no es aceptable. La estimación más reciente de la población del estado de Pilos la cifra en unas cincuenta mil personas (Whitelaw, 2001: 64), que correspondería a la capacidad productiva de la tierra. En zonas que se puedan considerar marginales sólo se han descubierto unos pocos yacimientos, que ni siquiera se puede asegurar que sean asentamientos agrícolas (Dickinson, 1994a: 50-51). La cifra de «diez» refleja una lectura errónea de McDonald y Rapp, 1972, tabla 11-1; la correcta es seis). Y dada la posible posición de los oficios y de los artesanos especializados, tampoco resulta plausible que un porcentaje importante de la población viviera únicamente del trabajo artesanal a tiempo completo (Dickinson, 1994a: 95-97).

Lo que la evidencia me sugiere en general, en contra de algunas interpretaciones (sobre todo las de Deger-Jalkotzy, 1996: 717-718, y 1998: 122), es que una parte sustancial de la sociedad micénica conoció un cierto grado de prosperidad y que, de acuerdo con los niveles habituales del mundo antiguo, no fue ni excesivamente rígida ni opresiva. Muchas obras públicas, como los propios palacios, los *tholoi* y las murallas, sirvieron para acrecentar el prestigio de la élite dirigente. Pero otros proyectos, como los diques (y un puerto artificial en Pilos: Shelmerdine, 2001: 339), habrían beneficiado a todo el mundo (Wardle, 1994: 230-232), aunque es muy posible que las redes viarias tuvieran una finalidad más militar o ceremonial que económica. Igualmente, mientras la mayoría de los bienes que se obtenían a través del intercambio estaban seguramente reservados a las clases sociales más altas, los sencillos ítems de bronce se suelen hallar en contextos más ordinarios.

La tesis de que la demanda de los palacios en materia de impuestos y de mano de obra forzosa para sus grandes obras públicas supuso una pesada carga para sus súbditos requiere una demostración mejor de la que se ha ofrecido hasta ahora. Los textos más extensos de Lineal B, de Pilos, no han de-

parado evidencia alguna de un impuesto general, salvo para una serie de productos que, exceptuando la lana, no incluye ningún producto agrario básico; de ahí que resulta hasta cierto punto incongruente afirmar que había una carga impositiva excesiva y empobrecedora. Las grandes obras públicas no fueron exclusivas de las sociedades palaciales (por ej., las murallas fortificadas de Krisa y de Teikhos Dymaion), ni se construyeron de un día para otro, ni tienen por qué haber exigido una ingente fuerza de trabajo (Loader, 1998: cap. 3.3, sobre todo 71-72; véase asimismo su apéndice 3 referido al tiempo requerido para levantar las murallas «ciclópeas»). El posible rol de las grandes obras públicas en la grave socavación de la base económica de las sociedades palaciales se ha rebajado considerablemente desde que se sabe que se acabaron unos treinta años antes del Colapso, al menos en la Argólida (E. B. French, siguiendo a Loader, 1995); las grandes obras en Gla finalizaron incluso antes, en el HR IIIB1 (Iakovidis, 1998: 189). El deterioro del medio natural que detecta Deger-Jalkotzy podría fácilmente reflejar igualmente las necesidades de una población en expansión, que las sociedades palaciales habrían fomentado, y las demandas de los propios palacios.

¿Indicios de turbulencia?

Es posible que la impresión de estabilidad y de prosperidad que se desprende de una lectura general de la evidencia sea pertinente para gran parte del Tercer Período Palacial, pero no para sus fases finales. Cavanagh y Mee sostienen (1998: 79) que la popularidad de las tumbas de cámara, destinadas en general para uso de varias generaciones, indica una confianza muy extendida en la estabilidad de la sociedad. Pero no sabemos exactamente cuántas tumbas de cámara nuevas se construyeron en el HR IIIB, aunque hay quien sostiene que en ese período el número de tumbas en uso y la cantidad de ajuares funerarios depositados en ellas disminuyeron. Pero la evidencia nunca es inequívoca: la disminución del número de tumbas en uso entre el HR IIIA y el HR IIIB no es muy acusada, mientras que la menor presencia de ajuares funerarios podría reflejar una mayor estabilidad y, por lo tanto, menos necesidad de ostentación (Cavanagh y Mee, 1984: 57, 62).

También se ha sugerido que el registro casi obsesivo de detalles menores en los documentos del Lineal B y la inversión de tanta riqueza para grandes obras públicas en los principales centros podrían interpretarse como señales de «inseguridad y de crisis inminente» (Voutsaki y Killen, 2001: 7). La notable disminución de la cantidad de cerámica micénica destinada al comercio con el Mediterráneo oriental a finales del siglo XIII y la evidente transformación de gran parte del palacio de Pilos en un centro de producción de

aceite de oliva perfumado en ese mismo período se han considerado indicios de declive económico (Shelmerdine, 1985). Cabría interpretar ese declive como señal de los esfuerzos cada vez más desesperados de las sociedades palaciales por mantener su posición en los circuitos internacionales de intercambio (cf. Shelmerdine, 1987; Sherratt, 2001). También se ha dicho que las economías de las sociedades palaciales se desmoronaron por razones estructurales internas, pero todas estas explicaciones se basan en hipótesis razonables, no en pruebas. Un dato más tangible de que no todo iba bien podría ser el abandono del gran puerto internacional de Kommos a mediados del MR IIIB (Shaw, 1998: 17).

La evidencia de que el mundo micénico se enfrentaba a algún tipo de amenaza militar a finales del siglo XIII se deduce de la construcción o ampliación de las murallas en varios de los grandes enclaves y la creación de sistemas de abastecimiento de agua en el interior de las ciudadelas de Micenas, Tirinto y Atenas (por cierto, estas obras hablan del importante volumen de recursos que aún controlaban los principales centros en esa fase tardía). Pero la idea de que las fortificaciones se construyeron o se ampliaron debido a un peligro inminente presenta una dificultad básica, ya que el tiempo y los recursos requeridos para levantarlas hacen sumamente improbable que se pudieran construir rápido (Loader, 1995 y 1998: 65 n. 16, 72-73). Más bien habría que verlas, al igual que sus predecesoras de comienzos del período, como expresiones de poder y de riqueza para impresionar a súbditos y a enemigos y reforzar el control sobre sus respectivos territorios. Es cierto que su construcción podría reflejar una creciente competición entre los estados micénicos más preeminentes en ese período, lo que lógicamente podría haber sido un factor desestabilizador (cf. Tainter, 1988: 202). Pero no hay que olvidar al respecto que la supuesta muralla a lo largo del istmo de Corinto, de la que tanto se ocupan los análisis históricos, ha desaparecido completamente del debate. Los datos actualmente disponibles no son suficientes para determinar su datación y su finalidad, ni si llegó a completarse ni si todas las secciones excavadas pertenecen a la misma estructura (Morgan, 1999: 362-365, 437-438; en un estudio en preparación la profesora R. Hope Simpson defiende la interpretación original, pero yo opino que sigue habiendo demasiadas incertidumbres como para que esos datos se puedan utilizar en una reconstrucción histórica).

Las destrucciones fechadas en el siglo XIII, y que suelen afectar a los palacios y demás grandes edificaciones de Micenas, Zygouries, Tebas y Gla, se han interpretado como evidencia de una situación de guerra. Los datos que se manejan para demostrar la reiterada destrucción de edificios que parecen haber formado parte del palacio de Tebas son especialmente llamativos, aunque no se descarta la posibilidad de que al menos alguna de las destruc-

ciones refleje un accidente local o una destrucción deliberada previa a su reconstrucción (idea que debo a la Dra. E. S. Sherratt). También se ha destacado el hecho de que en Micenas, tras la destrucción del HR IIIB1, no se reconstruyeran determinadas estructuras monumentales, como el grupo de las «Casas de Marfil», que tuvieron importantes funciones administrativas, aunque en otras zonas fuera de la ciudadela haya evidencia de ocupación ininterrumpida. De todos modos, la teoría postulada en su día y hoy minoritaria según la cual algunos grandes centros, como Zygouries, se abandonaron antes de finales del HR IIIB no se puede corroborar (véase p. 61).

Por último, algunos autores creen que los documentos en Lineal B de Pilos demuestran la existencia de una crisis asociada a una amenaza externa justo antes de la destrucción del palacio. Pese a que esta interpretación ha sido seriamente cuestionada (Palaima, 1995; Shelmerdine, 1999: 405, y 2001: 375), en algunos de los documentos citados habría indicios plausibles si no de crisis al menos de agitación interna, que habría estado gestándose hacía tiempo (Sacconi, 1999). Shelmerdine también detecta un ambiente de creciente cautela, reflejado en la adopción de medidas defensivas en muchos centros palaciales, como Micenas y Tirinto (2001: 372-373). Pero no hay razón para suponer que el supuesto peligro, si es que lo hubo, venía solamente de fuera del mundo egeo. Los argumentos a favor de esta posibilidad parecen sesgados, y los indicios más sólidos de posibles acciones hostiles y de problemas de seguridad podrían reflejar igualmente una situación de guerra entre los propios estados micénicos, y de que esa rivalidad había alcanzado niveles peligrosos, lo que estaría relacionado con la evidencia de un progresivo deterioro de las condiciones económicas, que a su vez podría ser fuente de crecientes tensiones interestados. No obstante, hay que admitir que todas estas hipótesis se basan más en indicios sugerentes que en evidencias sólidas, y que no existen razones irrefutables para suponer la inevitabilidad del Colapso.

LAS DESTRUCCIONES Y LOS INTENTOS DE EXPLICARLAS

Se reconoce hace tiempo que hacia el final de la fase cerámica del HR IIIB una serie de enclaves micénicos de la Grecia continental sufrieron destrucciones por fuego, la mayoría, aunque no todas, devastadoras; la evidencia es especialmente clara en el área de la Casa de la Ciudadela de Micenas (Taylour, 1981: 10) y en el palacio de Pilos. La fecha relativa de las distintas destrucciones ha sido objeto de profundos debates, pero si bien se han detectado destrucciones más antiguas en varios centros importantes, como antes apuntábamos, y algunos, como Gla, se abandonaron o se redujeron debido a

ellas, las principales destrucciones de Micenas, Tirinto y otros yacimientos menores siempre se han fechado en aquella fase. La matización más reciente se debe a Mountjoy (1997) quien, frente a la propuesta de Popham de situar el depósito de destrucción del palacio de Pilos a principios del HR IIIB, sostiene que el material pertenece a una fase de transición entre el HR IIIB2 y el HR IIIC antiguo (véase asimismo Shelmerdine, 2001: 373 n. 277). Esta autora ha identificado tipos cerámicos diagnósticos pertenecientes a esa misma fase de transición en depósitos de destrucción o de abandono perfectamente delimitados de Midea, en el Menelaion, en Nichoria, en Tebas y en Eutresis, así como en contextos menos definidos de otros yacimientos del Peloponeso, Ática y Beocia. Pero estos tipos aparecen en Micenas, y quizá también en Tirinto, tanto en los depósitos de destrucción como en los estratos inmediatamente posteriores (sobre Micenas, French, 1999; sobre Tirinto, Mountjoy, 1997: 117), y Demakopoulou descarta radicalmente toda datación que no sitúe los depósitos de Midea a finales del HR IIIB2 (2003: sobre todo 91), mientras que otros hallazgos podrían proceder de contextos posteriores al Colapso. Así que la identificación de esta fase intermedia ha alimentado el debate, y la discusión sirve para recordarnos que el estilo cerámico siempre está en proceso de cambio, que puede congelarse en distintos estadios en distintos lugares, e incluso en distintos depósitos del mismo yacimiento. Pero la evidencia sí insinúa, al menos, que las destrucciones ocurrieron relativamente cerca unas de otras pero que, como señala Popham (1994a: 281), pudieron sucederse a lo largo de un cuarto de siglo o más, y que pudieron haber distintas causas y no necesariamente relacionadas. Por ejemplo, a diferencia de Midea, el nivel de la gran destrucción de Micenas no depara huellas de ninguna actividad sísmica (French, 1999).

Como se apuntaba en la introducción, durante mucho tiempo se vinculó aquella serie de destrucciones, y el abandono generalizado de muchos pequeños yacimientos asociado con frecuencia a aquellas destrucciones, a la invasión de los dorios y grupos afines. Schweitzer condensó la teoría tradicional al hablar de dos oleadas de tribus de habla griega procedentes del noroeste; en sus propias palabras, «aquellos dorios habrían avanzado con la irresistible fuerza de una avalancha extendiéndose por todo el país y alterando el mapa de Grecia» (1971: 10). A Desborough, la idea de una invasión desde el noroeste de Grecia le parecía la mejor explicación, pero añadía que tras aquellas oleadas en lugar de asentarse se retiraron, porque él no hallaba evidencia arqueológica de asentamiento. Situaba una segunda invasión procedente de la misma región, esta vez con asentamiento, bastante más tarde, y sugería que la plasmación arqueológica de aquella segunda oleada era su «cultura submicénica», avalada según él por las tradiciones (1972: 22-23, 111). Snodgrass (1971: 311-312) también veía plausible la hipótesis doria

siempre que «la cultura material de los dorios y de otros inmigrantes fuera básicamente indiferenciable de la de los supervivientes micénicos», algo posible según él. Pero también recordaba que aceptar esta versión significaría alterar considerablemente las tradiciones que no encajaban con la arqueología, como en Laconia, donde no había huellas de nuevos asentamientos después del HR IIIB. En cambio Hooker (1976: 173, 179) y Chadwick (1976b) sostenían que los «dorios» y otras gentes que hablaban dialectos grecoccidentales eran las clases inferiores de la población micénica, que se rebelaron para librarse de sus amos.

La ausencia de evidencia arqueológica susceptible de indicar la llegada de los dorios ha llevado a muchos a situar la «invasión doria» en fechas más tardías y a explicar el Colapso por otros medios, como por ejemplo algún tipo de movimiento popular. Bouzek (1994) se inclina por un influjo de belicosos invasores de la Europa central, que se habrían «asentado» como clase dirigente y «helenizado» rápidamente en el Egeo, pero conservando una identidad propia en el resto de los Balcanes y en Anatolia. Según algunos autores, este tipo de movimiento habría formado parte de una «migración masiva de pueblos por todo el Mediterráneo oriental» (Hood, en su revisión de Sandars, 1978 en *JHS* 99 [1979] 201), identificada con las actividades de los Pueblos del Mar. Hood explicaba además las razones, afirmando que la causa de aquellas migraciones fue «la fuerza: otros pueblos más fuertes que ansiaban sus tierras - una constante en la historia». En cambio Kilian (1988: 134) otorgaba a los Pueblos del Mar sólo un rol marginal, porque al bloquear el acceso al Mediterráneo oriental impidieron que los estados micénicos se recuperaran de las pérdidas económicas sufridas por unos terremotos catastróficos, causantes, según él, del colapso final de unas economías palaciales ya demasiado extensas o al borde de la bancarrota.

Muchos otros autores han optado por destacar los efectos causados por el deterioro económico o simplemente por la propia esencia de las economías palaciales, consideradas en general demasiado centralizadas y especializadas y, por consiguiente, incapaces de afrontar con eficacia las consecuencias de un gran desastre natural como una sequía o un terremoto, hipótesis planteada por primera vez por Betancourt (1976). En efecto, algunos autores sostienen con cierta plausibilidad que hubo una serie de terremotos que habrían golpeado el Egeo en un lapso de tiempo relativamente corto (Nur y Cline, 2000) provocando un efecto acumulativo. Otros ven más bien en un período de sequía generalizada y devastadora la causa principal del Colapso (Carpenter, 1966; Bryson *et al.*, 1974; Stiebing, 1980). Hooker prefiere hablar de un desmoronamiento del control hipercentralizado alimentado por las presiones internas y quizá también externas (1982: 216), y una de esas presiones, o su resultado lógico, habría sido la «revuelta campesina» que según

él estaba detrás de las tradiciones dorias. El fracaso de un sistema administrativo sobrecentralizado también sería una de las principales causas según la teoría del «colapso sistémico» que Renfrew aplicaba, entre otras, a la civilización micénica (1989: 133-134). Muhly a su vez interpreta el colapso como la culminación de una crisis que se había estado gestando desde mediados del siglo XIII (1992: 11-12), mientras que Tainter (1988: 202) decía que la causa del agotamiento y en última instancia del colapso simultáneo fue la espiral de competitividad entre los estados micénicos.

El esfuerzo más notable de combinar elementos de todas estas propuestas es el de Sandars (1964), quien al principio defendió la idea de que las destrucciones se debieron a una gran incursión armada terrestre procedente del norte. Más tarde esta autora proponía que las sociedades palaciales egeas, que ya conocían problemas de sobrepoblación y de agotamiento de la tierra, se desintegraron debido a la presión de unas condiciones comerciales adversas, que entonces la clase dirigente micénica recurrió a las incursiones armadas a gran escala por tierra y por mar para asegurar su supervivencia, y que su actividad junto a las costas anatolias habría desalojado a muchos de los Pueblos del Mar ([1978], 1985: 184, 187).

Recientes intentos de explicar el colapso también han tenido en cuenta la posible implicación de los Pueblos del Mar. Drews (1993), por ejemplo, presenta un valioso análisis de todas las teorías planteadas hasta el momento y propone una efectiva explicación militar de lo que él denomina la «Catástrofe» en el Egeo y en Oriente Próximo, según la cual un cambio de equipamiento y de táctica habría permitido a los belicosos «bárbaros» luchar con éxito contra los ejércitos de los estados civilizados e iniciar con éxito un largo período de razzias hasta provocar la destrucción de muchos grandes centros, principalmente en el Egeo. Popham (1994a) ofrece una explicación circunstancial del colapso, como un hundimiento gradual y progresivo de la civilización micénica, con un ataque inesperado contra Pilos a principios del siglo XIII que en los grandes centros micénicos habría suscitado una mayor preocupación por la defensa, seguido a mediados del siglo XIII por turbulencias en la Argólida, y de una nueva ampliación y un refuerzo de las defensas en Micenas y en otros enclaves, y finalmente, hacia el final del siglo, habría sobrevenido la gran serie de destrucciones. Popham, por su parte, aunque dejaba cierto margen a la guerra interestados y sus consecuencias, a la disensión interna y al «colapso sistémico», afirmaba que «el éxito de los ataques contra unos centros tan bien protegidos... habla de una fuerza militar eficaz», que él veía como una ramificación de los Pueblos del Mar y vinculada al Mediterráneo central (1994a: 287-288).

Sherratt ha vuelto no hace mucho a las causas económicas, y sostiene que la posición de los palacios, dependientes del control de determinados tramos

de las rutas comerciales, se había debilitado ante la proliferación del comercio directo de este a oeste del Mediterráneo, «que o los evitaba o subvertía a las poblaciones vecinas (seguramente bien dispuestas) asegurándoles que les iría mejor sin el palacio» (2001: 238).

El Colapso

El problema de las explicaciones tradicionales

De las reflexiones anteriores sobre las sociedades palaciales micénicas se desprende que las teorías basadas en la idea de su excesiva y peligrosa centralización y especialización han de ponerse en tela de juicio debido a su premisa básica. Puede que el control centralizado y la competitividad interestados tuviera efectos perniciosos, pero no tanto como para considerarlos el principal desencadenante del Colapso. La idea de que las sociedades palaciales llevaron a sus economías a la bancarrota debido al gasto en grandes obras públicas es cuestionable porque, como decíamos en la p. 63, lo más probable es que el Colapso tuviera lugar mucho después de la finalización de aquellas obras. Las teorías que postulan una gran catástrofe natural también parten de premisas básicas dudosas. En el caso de la sequía, el patrón de asentamiento posterior al Colapso no encaja con los supuestos cambios climáticos que pretenden demostrar (para comentarios detallados y críticas, véase Shrimpton, 1987 y Drews, 1993: cap. 6, especialmente 79-80). Quienes proponen terremotos devastadores deberían explicar por qué los seísmos tuvieron un efecto tan desastroso en aquel período concreto, cuando en épocas anteriores se observa una notable recuperación tras un seísmo. Por último, la teoría sobre los efectos desestabilizadores de una plaga u otro mal epidémico, como había conocido el Imperio hitita poco antes (Bryce, 1998: 223), con una severa reducción de la población, resulta atractiva a primera vista como posible explicación del abandono de yacimientos y de regiones enteras (Walloe, 1999), pero tiene un problema y es que, tras la fase de destrucción, la población se concentró en muchos de los lugares centrales anteriores, donde seguramente el peligro de pandemia habría sido mayor.

Entonces, ¿hay que buscar algún factor externo? La tesis de que en el período en torno al año 1200 en el Egeo y en Oriente Próximo proliferaron los merodeos y las incursiones armadas a gran escala, habitualmente asociados a movimientos de población, que habrían sido los causantes de la destrucción o del serio declive de muchos de los grandes centros de civilización, ha dominado, de una u otra forma, en las reconstrucciones históricas de ese período hasta hace poco, y no es fácil deconstruirla porque el debate ya está im-

pregnado de muchas ideas preconcebidas (Silberman, 1998 explica con lucidez el estado de opinión en el que se formularon estas ideas y las distintas teorías sobre los Pueblos del Mar y otros supuestos «invasores»).

En su día Schaeffer y Hooker ya se mostraron muy escépticos respecto a la enorme destructividad que se atribuía a los Pueblos del Mar (Hooker, 1976: 156-160), y en el congreso cuyas actas se publican en Ward y Joukowsky (1992) se cuestionaron con razón algunas creencias muy generalizadas sobre la presunta serie de acontecimientos protagonizados por ellos en Oriente Próximo. No debemos olvidar que casi todo lo que creemos saber sobre los Pueblos del Mar procede de fuentes escritas destinadas a exaltar las proezas de los faraones egipcios, unas fuentes que, como demuestran muchas evidencias, pueden ser exageradas si no totalmente inventadas (véase Drews, 2000). Que las inscripciones de Ramsés III en el templo de Medinet Habu contienen elementos históricos es muy probable, pero la realidad del contexto y de los acontecimientos que se supone que describen sigue planteando serias dudas. Redford (2000: 12-13) defiende la fiabilidad de los textos en algunos ámbitos importantes, pero su convicción de que el registro arqueológico de Anatolia, Chipre y el norte de Siria concuerda con las inscripciones de Medinet Habu es demasiado radical. Por ejemplo, es muy improbable que la destrucción del Imperio hitita se debiera a una horda invasora. Cuando tantas cosas dependen de la interpretación de unos textos fragmentarios, equívocos o de dudosa fiabilidad, y de la evidencia arqueológica de unos yacimientos de cronología relativa y absoluta discutible, es preferible no recurrir a explicaciones seductoras y plausibles como hace Nowicki (2000: cap. VII), cuando relaciona supuestos acontecimientos históricos de Oriente Próximo con datos arqueológicos del Egeo, pero que plantean enormes dudas respecto a sus premisas y aseveraciones sobre la «evidencia histórica».

En aras del mero sentido común, habría que rechazar la imagen tantas veces asociada al término «Pueblos del Mar» de grandes bandas de «invasores agresivos, perfectamente armados, eficaces y crueles» (Popham, 1994a: 287), o de unos «guerreros del mar» nómadas (Nowicki, 2000: 263-265). No conozco ninguna analogía histórica para una situación en la que unas grandes bandas vivirían entera y exclusivamente de las incursiones armadas, como sugieren las reconstrucciones históricas de Nowicki y Drews, teniendo en cuenta que pudo prolongarse durante décadas. Cuando en la época histórica grandes flotas piratas asolaron el Egeo y el Mediterráneo, lo hicieron desde unas bases fijas, lo mismo que harían en los siglos XV y XVI d.C. –la analogía más utilizada–, con la ayuda de una gran potencia, el Imperio otomano. Históricamente, los incursores y los piratas del mar Egeo y de otras áreas siempre han operado en grupos relativamente pequeños, con tácticas basadas en intervenciones rápidas para hacerse con botines y presas fáciles,

ya fueran cautivos humanos, ganado u objetos portables. Las palabras del rey de Alashiya (que todos sitúan actualmente en Chipre) en la carta de Amarna 38, «Los hombres de Lukki, año tras año, toman aldeas en mi propio país» (Moran, 1992: 111) reflejan sin duda la realidad de este tipo de ataques relámpago.

Seguramente estos grupos no estaban en disposición de asentarse para asediar centros bien fortificados porque habrían podido desatar ataques contra sus bases (como se movilizan los cícones contra las fuerzas de Ulises en la *Odisea* 9.47-50), salvo que estuvieran razonablemente seguros de un resultado rápido, victorioso y lucrativo. Pero cabe preguntarse si los centros micénicos constituían una perspectiva tentadora, dado que no eran ciudades ricas como Ugarit, y seguramente no representaban un botín valioso y fácil. Lo más probable es que los almacenes controlados por los palacios acumularan básicamente productos agrícolas básicos y piensos para el ganado, unos bienes poco susceptibles de alentar el tipo de rápidas incursiones armadas que se atribuye a los Pueblos del Mar, y a mucha distancia además de sus áreas de operación habituales. Claro que no se excluyen incursiones más locales procedentes de las zonas más pobres y duras de la Grecia continental o del norte de la península balcánica, pero cuesta creer que se realizaran a una escala capaz de destruir grandes centros fortificados y provocar el colapso de grandes estados.

En realidad, nunca ha sido fácil aceptar que los Pueblos del Mar, tal como se les ha imaginado, fueran responsables de la destrucción de los grandes centros de la Grecia continental, la región que ha producido la mejor evidencia de estas destrucciones. Existe muy poca evidencia arqueológica de los eventuales daños que sin duda habrían provocado en las islas del Egeo, por donde debían pasar en su camino hacia o desde Oriente Próximo. Porque si fuese cierto lo que se dice en Medinet Habu, de que sus bases estaban en las «islas» (una interpretación defendida por Redford, 2000: 12), su origen tendría que ser el Egeo, como proponen Nowicki (2000: 264) y Drews (2000: 181-182) respecto a algunos de aquellos pueblos, y que también se suele decir de los antecesores de los filisteos (el más reciente Yasur-Landau, 2003; más prudencia se aprecia en Sandars [1978], 1985: compárense 188 y 201).

Pero dudar del potencial impacto de los Pueblos del Mar en el Egeo o en otras áreas no tiene por qué invalidar la teoría de Drews (1993) antes mencionada, puesto que atribuye la adopción de nuevas tácticas no sólo a los Pueblos del Mar sino también a los «griegos del norte» vecinos de las sociedades palaciales y, en su opinión, responsables de las destrucciones del mundo egeo (véase además Drews, 2000: 181). En esencia este autor viene a decir que en los ejércitos de los estados civilizados del Bronce reciente, incluidas las sociedades palaciales egeas, dominaban los carros de guerra,

verdaderas plataformas móviles para los arqueros, y que la infantería habría sido una fuerza menor en la guerra hasta el desarrollo de nuevas tácticas por parte de los pueblos «bárbaros». Estos «bárbaros» derrotaron a los ejércitos dominados por el carro de guerra gracias al uso combinado de la jabalina, el pequeño escudo redondo y la espada larga, capaz de infligir heridas con la punta y con el filo, sobre todo el llamado Tipo II europeo, iniciando así una época de predominio de las grandes infanterías en los campos de batalla.

Este no es lugar para analizar todos los aspectos de esta teoría (para un comentario más detallado véase Dickinson, 1999). Aquí sólo diré que en ella ciertamente se subvalora y mucho el rol de la infantería en Oriente Próximo, y dado que aquella infantería solía incluir arqueros y lanceros, cuesta creer que a nadie antes se le hubiera ocurrido la idea de utilizarlos para neutralizar a los carros. Drews tampoco consigue demostrar que los pueblos «bárbaros» fueran los primeros en adoptar las «nuevas» armas. En realidad, los ejemplares de la espada de Tipo II y de las puntas de jabalina del Egeo y de Próximo Oriente más antiguas no proceden de las regiones supuestamente «bárbaras» sino de centros de civilización como Micenas y Enkomi, donde se habrían introducido a través de las rutas marítimas mediterráneas (cf. el ejemplar asociado al pecio de cabo Gelidonia, Bass, 1991: 69). Además, Drews no habla de las ventajas que habrían aportado esas supuestas nuevas tácticas a la hora de atacar ciudades y ciudadelas amuralladas, un aspecto de gran importancia dado que es la destrucción de esas ciudades y ciudadelas lo que proporciona la evidencia más clara de su «Catástrofe». Este autor parece creer que los «bárbaros» llegaron en masa, pero no puede ofrecer datos convincentes de esa eventualidad. Por último, al tratar todas las destrucciones como si fueran evidencia de una sola y única «Catástrofe» y descartar todas las demás explicaciones, ignora la más que factible posibilidad de que fueran secuencias de fenómenos no relacionados entre sí, y la plausibilidad de esas otras explicaciones en algunos casos concretos, aunque no sean de aplicación general.

Volviendo al Egeo, y con independencia de la viabilidad de las teorías de Drews sobre el uso del carro en Oriente Próximo, hay que tener en cuenta que el terreno en buena parte de la Grecia continental y en Creta no es precisamente el más adecuado para la clase de ataques y desplazamientos masivos sobre ruedas que él propone. Es más, en las escenas que representan hechos de guerra y guerreros, predominan los soldados de infantería con largas lanzas y/o espadas, lo mismo que las puntas de lanza y las espadas en el registro arqueológico en todo el Bronce reciente egeo en la época del Colapso. La interpretación lógica sería que los guerreros egeos mejor armados luchaban a pie con esas armas, aunque arqueros y lanceros también pudieron desempeñar un rol destacado. En el siglo XIII ya hubo cambios en el

equipo, y aparecieron escudos y armas más pequeños que facilitaron mucho la movilidad. Así que la pretendida superioridad de los guerreros «bárbaros» sobre los ejércitos de los estados civilizados egeos podría ser completamente ilusoria.

La idea de Drews de una población muy belicosa de «griegos del norte», entre ellos los ancestros de los dorios, que habría ocupado casi toda la Grecia continental al oeste y norte de Beocia (idea que parece depender de otra teoría, según la cual las hazañas de los aqueos y de los argivos que describen las leyendas griegas estaban originalmente relacionadas con las actividades históricas de los «griegos del norte»; véase Drews, 1979, y 1988: 223) resulta difícil de conciliar con la evidencia arqueológica, puesto que no se han hallado indicios de que las gentes de la Fócide, la Lócride, Ftiotis y gran parte de Tesalia fueran menos micénicos, o más belicosos, que las gentes de las sociedades palaciales (véase p. 45). Pero aun suponiendo que hubiera poblaciones de belicosos «griegos del norte» y que, como dice Drews, los palacios reclutaran a una parte de ellos como mercenarios, lo más probable es que estos «norteños» no sólo habrían enseñado a los jefes de los ejércitos palaciales el manejo de las nuevas armas y las nuevas tácticas sino que habrían estado en la primera línea defensiva contra ellas. Además, como ya he mencionado, cualquier posible superioridad táctica o mayor capacidad de lucha de los «griegos del norte» habría quedado totalmente neutralizada en el tipo de asedios que según Drews habrían organizado los asaltantes para capturar y destruir los centros amurallados micénicos. Es improbable que llegaran con fuerzas suficientes para arrollar aquellos centros confiando exclusivamente en su superioridad numérica, puesto que la evidencia arqueológica no dice que hubiera poblaciones especialmente densas en las provincias del norte de Grecia o en su entorno inmediato. Sospecho que la idea sólo se plantea, como en el caso de los dorios, porque no imaginamos otra manera de conquistar las grandes ciudadelas micénicas. Para resumir, sugiero que todas las interpretaciones históricas basadas en la tesis de unas fuerzas masivas de merodeadores que habrían asolado el Egeo, por tierra o por mar, son más novelescas que reales.

Pese a estas críticas, Drews tiene razón en una cosa. Las explicaciones formuladas en términos de proceso, como «colapso sistémico» o declive económico, asociadas o no a una pérdida del control del comercio o a alguna otra causa, precisan de hipótesis subsidiarias adicionales que expliquen de modo convincente el hecho de que tantos palacios, ciudadelas y grandes asentamientos sufrieran graves destrucciones por fuego. Los desastres naturales o los seísmos pudieron ser la causa de algunas de esas destrucciones, pero cuesta creer que en todos los casos provocaran incendios tan graves. Sería más lógico pensar que las destrucciones reflejan casi siempre algún tipo

de violencia. Entonces, si esta violencia no fue provocada por fuerzas externas, ¿cuál pudo ser la causa?

¿Gentes nuevas?

Es preciso retomar las teorías antes mencionadas basadas en la idea de que las tradiciones de una invasión de los dorios y de otros grupos plasman un hecho histórico, y que los centros micénicos y sus territorios fueron destruidos y conquistados por otras gentes de habla griega. Algunos autores (especialmente Hammond, 1932, 1975) sitúan su origen en Épiro, pese a que las tradiciones antiguas no lo mencionan ni localizan a ninguno de los pueblos supuestamente invasores fuera de los límites de la Grecia clásica. Antes hemos hablado de la dificultad que supone el hecho de que una invasión de estas características no pueda asociarse a ningún cambio arqueológico importante, pero la dificultad sería menor si el origen de los dorios y grupos afines estuviera dentro del área de la cultura micénica.

Una objeción lógica a la idea de unas destrucciones provocadas por pueblos invasores es que no tiene sentido destruir aquello que deseas dominar, pero la auténtica dificultad radica en la creencia de que esas tradiciones ofrecen una evidencia fiable, cuando en realidad son internamente incongruentes, lógicamente incoherentes y a veces claramente incompatibles con la evidencia arqueológica. El análisis de Hall muestra que las incongruencias pueden reflejar un afán de armonizar tradiciones divergentes preservadas por distintos grupos (1997: 56-65), lo que no deja de ser un recordatorio saludable de que estas tradiciones son fundamentalmente «leyendas de origen» y «mitos de creación» para justificar el orden político y social de una época posterior (cf. Hooker, 1976: 169; Osborne, 1996: 32-37). También reflejan las influencias de las manos poéticas y eruditas que en su día, prácticamente en el momento mismo de su registro, buscaron racionalizarlas y armonizarlas (por ej. el famoso relato de los movimientos de los dorios y sus distintas fases antes de entrar en el Peloponeso: Heródoto 1.56.3, y véase el comentario de Hall, 1997: 62 al respecto). La función de las tradiciones como «mitos de creación» explicaría por qué en los relatos los dirigentes dorios evitan las demás regiones y centros para establecerse en Argos y Esparta, ya que estas ciudades fueron en la época arcaica los centros dorios más importantes del Peloponeso, además de Corinto, cuya leyenda de fundación se aleja claramente de la principal tradición doria (una dificultad que los que creen en la historicidad de las leyendas nunca han explicado de modo satisfactorio; cf. Hall, 1997: 57-59). En cambio, la evidencia arqueológica indica que estos enclaves sólo florecieron verdaderamente después del período

Pospalacial, cuando Tirinto y en menor medida Micenas eran todavía los centros dominantes de la Argólida, y tampoco se identifica ningún yacimiento importante en la Laconia central ni en la Corintia. Tampoco hay nada en la arqueología de Beocia o la Élide que se pueda relacionar convincentemente con una ocupación por parte de nuevas gentes tras el Colapso.

Desde el punto de vista arqueológico, y de acuerdo con Desborough y, más recientemente, con Eder (1998), podría tener más sentido situar los movimientos de población al final del período Pospalacial. Pero el afán de Desborough de asociar su «cultura Submicénica» y sus típicas necrópolis de cistas con pueblos invasores no micénicos procedentes de la región de Épiro (1972: 109-111, pero véase 337) plantea numerosos problemas. La distinción que proponen entre usos funerarios micénicos y submicénicos no es tan clara (véase el capítulo 6), puesto que los vasos y los objetos metálicos típicos de las necrópolis de cistas también aparecen en muchas tumbas de cámara. Además, muchas de las mejores necrópolis de cistas se hallan en Ática y en Eubea, dos regiones que, según las tradiciones, no fueron invadidas por recién llegados, mientras que este tipo de necrópolis no aparece en las clásicas áreas dorias, como el sur del Peloponeso (ahora se han hallado tumbas de cista y de fosa en Esparta y en Amyklai; véase Raftopoulou, 1997, 1998) y Creta. Se observan asimismo notables variaciones en los usos funerarios de diferentes necrópolis de cistas, lo que rebate la idea de que representan una cultura homogénea (Dickinson, 1983: 66-67; Mountjoy, 1988: 29-30). Es interesante el hecho de que en la frontera norte micénica, concretamente en Spathes y Agrilia, se hayan descubierto posibles grupos micenizados aunque no plenamente micénicos que enterraban a sus muertos en cistas (Andreou *et al.*, 2001: 295-296; Feuer, 1983: 232-247), pero sus tipos metálicos presentan escasos vínculos con las clásicas necrópolis de cistas «submicénicas». En efecto, el material publicado de Agrilia no confirma de forma fehaciente la fecha habitual de *ca.* 1200, y podría datar de la EHA (Donder, 1999: 94 cree que la sección rectangular de tres agujas indica una fecha de época G).

A la tradición de la invasión doria se ha asociado otro elemento arqueológico distintivo: la aparición de una cerámica bruñida hecha a mano (desde ahora CBM), completamente distinta de las cerámicas de las fases precedentes (véanse especialmente Kilian, 1988: 127-133; Lemos, 2002: 84-85). Pero Rutter ya advertía en un excelente estudio (1990) que todo debate sobre este material es prematuro. Porque en muchos contextos egeos (incluida Troya) y también en yacimientos chipriotas y siro-palestinos se acaban de descubrir cerámicas que se pueden clasificar como CBM. Las variantes observadas sugieren que la categoría incluye en realidad diferentes clases que tal vez no tengan el mismo origen, pero los paralelismos más cercanos del material hallado en Creta (sintetizado en D'Agata, 2001: 346 n. 11) donde

esta cerámica aparece ya desde el MR IIIA en Kommos, y de grupos conocidos de la Grecia continental (Tirinto, Aigeira, Lefkandi), son del sur de Italia y sardos, no balcánicos. Esto, y el hecho de que se hayan recuperado cantidades muy pequeñas y variadas, hace aún más improbable que refleje un cambio en el continente hacia la fabricación de cerámica doméstica en los hogares ante la incapacidad de los alfareros supervivientes del Colapso, que conocían el torno, de satisfacer la demanda, o bien la fabricación de cerámica entre los agricultores para completar sus inciertos «ingresos» (Small, 1997, con referencias anteriores), aunque en ocasiones esa cerámica parece hecha de arcillas «locales». Su presencia representaría más bien la existencia de vínculos comerciales y tal vez de pequeños grupos de inmigrantes (¿especializados?).

La CBM aparece primero en la Grecia continental, en Micenas, Tirinto, Midea y Nichoria, en estratos inmediatamente anteriores al Colapso (sobre Midea, véase Demakopoulou *et al.*, 2003: 10, 14), luego en contextos pospalaciales de Micenas y Tirinto en mayor cantidad (aunque como máximo un pequeño porcentaje de la totalidad de los depósitos) y en otros lugares (sobre todo Korakou, Lefkandi, el Menelaion y Aigeira). Pero salvo contadas e inciertas excepciones, no se encuentra en Beocia, ni en el Peloponeso occidental ni en la mayoría de las islas egeas. No hay razones sólidas para asociarla a Épiro (en un texto inédito se demuestra que Kilian abandonó esta idea y aceptó los paralelismos itálicos: J. Maran, com. pers.), pero aunque las hubiera, sería difícil relacionar la CBM con la tradición migratoria griega porque, como decíamos, afirmar que alguno de los grupos migratorios procedía de Épiro es una teoría puramente moderna, aunque formulada hace tiempo.

No obstante, parece que las tradiciones sobre migraciones no se pueden ignorar así como así, ya que la evidencia de las tablillas en Lineal B sugiere con fuerza que en la época clásica se hablaba un dialecto «griego oriental» en zonas del Peloponeso de habla «griego occidental», y también en Beocia, donde el dialecto clásico parecía mezclar formas eólicas y grecoccidentales. Los dialectos específicamente dorios presentan también una distribución peculiar en el continente, desde Megara, en el istmo de Corinto, hasta el este y el sur del Peloponeso, y ello confirmaría, según muchos autores, la historia de una invasión doria, pero esto exige una explicación. Antes decíamos que Hooker (1976: 173, 179) y Chadwick (1976b) propusieron en su día una interpretación muy distinta de la diferenciación entre «griego oriental» y «griego occidental», y sostenían que los hablantes de este último eran descendientes de las clases inferiores de la población micénica, que se habrían rebelado para echar a sus amos quienes, según Chadwick, habrían desarrollado el «griego oriental» como un modo elitista de hablar y escribir el griego.

Pero esta teoría plantea muchas objeciones, arqueológicas, lingüísticas e históricas. La arqueología sencillamente no certifica la distinción que hace Hooker entre una clase dirigente micénica y unos súbditos «heládicos». Concretamente, lo que Hooker ve como un resurgir de rasgos «heládicos» enterrados, como el enterramiento en cistas, no es un rasgo de la fase inmediatamente posterior al Colapso, como exige su teoría, sino de una fase avanzada del período Pospalacial. Además, la arqueología no ha demostrado que el griego fuera la lengua exclusiva en todas las regiones consideradas heládicas y micénicas. Nuestra información sobre el mapa lingüístico del Egeo prehistórico es en realidad muy limitada, y procede de materiales asociados a los estratos superiores de la sociedad, sea la(s) lengua(s) no griega(s) de la civilización minoica o el griego utilizado en la escritura Lineal B. Es perfectamente posible que el griego se convirtiera en la lengua prácticamente exclusiva del sur del Egeo durante el período Pospalacial y el Hierro Antiguo, no sólo en Creta sino también en otras zonas (como habría ocurrido también en las zonas de habla griega de Chipre).

La teoría de Chadwick según la cual habría elementos de «griego occidental» en los textos de Lineal B, lo que según él indicaría la presencia de una población de habla «grecoccidental» en los territorios palaciales, no ha sido avalada por los expertos lingüísticos (cf. Vanschoonwinkel, 1991: 281-288), y también es cuestionable la relevancia que se otorga a la distinción entre «griego oriental» y «griego occidental» (Hall, 1997: 161-162). Pero lo más importante es que esta teoría no explica por qué los dialectos «grecoccidentales» se impusieron sólo en determinadas regiones micénicas –ya que en la época clásica los dialectos «grecorientales» dominaban en Arcadia, Ática y Eubea, regiones tan micénicas como el Peloponeso o Beocia, y también en las muy micenizadas Cícladas–, ni por qué unas regiones adoptaron específicamente el dialecto dórico y otras sólo el «griego occidental». Hooker y Chadwick tampoco explican de forma satisfactoria por qué más tarde los «dorios» aparecen como el grupo dominante en varias zonas del Peloponeso y en Creta, controlando poblaciones mucho más numerosas que están excluidas del sistema tribal dorio.

Dado que ahora se acepta que la lengua griega se formó dentro de Grecia, es mejor pensar que muchos rasgos de la identidad doria (incluidos, tal vez, los rasgos específicos del dialecto) se desarrollaron en el Peloponeso. El propio nombre de una de las tres tribus dorias convencionales, los *pamphyloi* («gente de todas las tribus»), refleja la artificialidad del grupo, lo mismo, quizá, que el hecho de que en Creta se documenten otros nombres tribales además de los tres habituales. El colapso de la cultura tradicional micénica creó sin duda las condiciones para la creación de nuevas identidades, como los dorios y los jonios, y algunos compartían también una organización tri-

bal particular. Pero tratar de explicar estos y otros elementos considerados típicamente dóricos o jónicos, como algunas fiestas, y que comparten distintas comunidades griegas clásicas, es una cosa, y otra muy distinta tratar de explicar la distribución de los dialectos, porque puede que en el origen no hubiera conexión entre ambas. Todo cuanto sabemos con cierta seguridad es que muchos de estos rasgos ya estaban presentes en el siglo VI, cuando la información histórica empieza a ser más asequible.

En resumen, sería sumamente imprudente dar por hecho que las tradiciones migratorias contienen alguna información histórica útil, bien sobre las fechas de las migraciones, basadas en cálculos mucho más tardíos, bien sobre su naturaleza. Es bastante probable alguna relación entre las guerras locales y la emergencia de nuevos centros políticos y de nuevos sistemas de organización social en diversos territorios durante el período Pospalacial y la EHA. Pero ya es más dudoso que implicaran la inmigración simultánea de grupos de población homogéneos y ya organizados en linajes como los que aparecen en las fuentes históricas. Es posible que haya cierta verdad en la idea de que algunos grupos abandonaran las zonas más duras de la Grecia central y septentrional para ir al núcleo central micénico, pero cuándo y en qué circunstancias es todavía pura especulación. Lo más plausible es que algunos de esos movimientos migratorios ocurrieran no a principios sino a finales del período Pospalacial como muy pronto, cuando las condiciones empezaron a deteriorarse de nuevo.

En pos de una explicación

Parece, pues, que ninguna de las explicaciones tradicionales avanzadas resulta totalmente aceptable, pero algunas podrían contener un germen de verdad. Si se acepta que la destrucción violenta de muchos centros micénicos apunta a alguna forma de guerra y que aquellas destrucciones pudieron muy bien tener lugar en un lapso de tiempo de décadas, la propuesta de Hooker (1976: 177) de que representan un largo período de gran agitación interna que pudo implicar tanto una guerra entre estados micénicos como luchas intestinas en su interior, resulta eminentemente plausible. El malestar pudo tener su origen en una presión creciente sobre los sistemas económicos y sociales de las sociedades palaciales, y también en las ambiciones personales de algunos príncipes o súbditos muy poderosos, en forma de disputas sobre territorios o recursos, e incluso de guerras civiles, lo que ofrecería una explicación plausible de la toma y la destrucción de muchas grandes ciudadelas, dada la lógica división de las fuerzas armadas del estado afectado. En un clima de creciente inestabilidad, es posible que se produjeran

secesiones de algunas provincias de los grandes estados, o «revueltas campesinas» que, como en la historia posterior, habrían podido dar lugar a movimientos regionales liderados por destacadas figuras locales; o incursiones armadas puntuales, o incluso la conquista de todo o parte del territorio por parte de grupos más pobres de las zonas marginales de las sociedades palaciales. Las ideas hoy vigentes sobre lo que pudo ocurrir en las fases finales del Imperio hitita, como la presión del poder creciente de Asiria, la guerra civil entre diferentes ramas de la familia real, la secesión de territorios antes dependientes, una agitación creciente en las regiones más occidentales de Anatolia y finalmente el saqueo de la capital por los kaska de las montañas del norte, ofrecen modelos más o menos contemporáneos sin duda tentadores (cf. Bryce, 1998: cap. 13, sobre todo 372-373 sobre la Anatolia occidental, y 377-379).

Además, aunque se aceptara el modelo de la economía palacial de Halstead y se asumiera que la economía agrícola de los asentamientos ordinarios no estaba organizada desde los palacios, una sequía localizada pero severa, o algún otro problema de penuria alimentaria en una amplia zona, habría podido muy bien provocar disturbios civiles, si un populacho hambriento exigiera unos suministros que creían controlados por la administración del palacio. Una situación así habría generado tumultos y asaltos a los almacenes, pero después los supervivientes no habrían mejorado su situación, y se habrían dispersado en busca de alimento. La evidencia de una escasez de alimentos en el Imperio hitita durante el siglo XIII y más tarde, cuando Alashiya se vio también afectada, demuestra que las cosas pudieron ocurrir así, aunque durante las épocas de penuria anteriores la ayuda de Egipto contribuyó a aliviarlas (*CAH* II.2: 146; Bryce, 1998: 356-357, 365). Es casi inimaginable que una secuencia así de acontecimientos afectara a toda Grecia, pero podría explicar algunos rasgos, como el nivel excepcional de abandono que se observa en el yacimiento de Mesenia, pese a que los textos del Lineal B de Pilos no indican claramente que hubiera problemas en el sistema agrícola. También es posible que las gentes que vivían en las zonas más pobres de Grecia, y por lo tanto las más perjudicadas por la escasez alimentaria inducida por causas naturales, organizaran incursiones desesperadas simplemente para conseguir comida. La creación de fuerzas importantes para vigilar las costas en distintos lugares, mencionada en las tablillas *o-ka* de Pilos (la primera de ellas representada en la fig. 2.2; véase Ventris y Chadwick [1956], 1973: 188-194, 427-430; Chadwick, 1976a: 175-177), podría representar una medida defensiva contra este tipo de incursiones armadas. Pero es preciso admitir que todo esto es especulativo; que yo sepa, no existe evidencia positiva de una sequía catastrófica en el Egeo.

No es imposible que lo que en origen habrían sido disturbios locales aun-

que en regiones importantes, tuviera un efecto acumulativo, y que de una u otra forma se explotara la creciente inestabilidad de las sociedades palaciales hasta su colapso final. Un desastre natural, como un terremoto, una sequía localizada y la consiguiente hambruna, o una epidemia habría podido ser el catalizador o exacerbar una situación de por sí deteriorada. En este punto merece la pena recordar que el tan reiterado punto de vista de que Atenas salió ilesa del Colapso se basa enteramente en evidencia negativa, es decir, en la ausencia de evidencia positiva de una destrucción por fuego en la Acrópolis (efectivamente, se ha avanzado la hipótesis, aunque bastante plausible, de que Atenas fue el centro de una sociedad palacial plenamente desarrollada: allí no se ha encontrado ningún material en Lineal B, y su supuesta posición de primer rango se basa sobre todo en sus fortificaciones «ciclópeas»). Pero aun en el caso de que fuera un centro de esta índole, y lograra sobrevivir, Atenas por sí sola no habría podido preservar toda la red de conexiones ultramarinas de la que dependían las sociedades palaciales egeas para abastecerse de muchas de sus materias primas y bienes de lujo (los impresionantes hallazgos del HR IIIC antiguo de Kanakia, en Salamina, *AR* 48 (2001-2002) 14-15, no tienen por qué estar relacionados con la posición de Atenas en aquella época).

Si sus príncipes trataron de mantener estos contactos para sí mismos estaban abocados al fracaso, porque las condiciones estables de Próximo Oriente que seguramente habían contribuido al florecimiento de las sociedades palaciales egeas habían desaparecido. Cualquier enfoque que se adopte respecto a las actividades de los Pueblos del Mar y a la cronología de los acontecimientos de Oriente Próximo relativos al Egeo, es indudable que fue un período de gran inestabilidad. Una de las grandes potencias regionales, el Imperio hitita, se vino abajo, el otro gran poder regional, Egipto, estaba seriamente debilitado, y parece que todo el litoral del Mediterráneo estaba en ebullición. Algunas ciudades fueron destruidas y nunca se reocuparon, como Ugarit, si bien la vecina Ras ibn Hani se volvió a ocupar a cierta escala. Si el Colapso precedió a estos acontecimientos, habrían representado un duro golpe para las sociedades organizadas del Egeo que habían sobrevivido o que estaban en proceso de recuperación; si precedieron o se solaparon con el Colapso, pudieron contribuir mucho a multiplicar sus efectos. Sea como fuere, el sistema de vínculos entre el Egeo y Oriente Próximo tuvo que quedar totalmente destruido. En el próximo capítulo veremos si todo ello hizo inevitable que empezara algo parecido a una edad oscura.

Bibliografía

Para comentarios recientes de tipo general sobre las civilizaciones palaciales egeas, véanse Dickinson (1994a: caps. 4 y 9), Deger-Jalkotzy (1996) (concretamente sobre la civilización palacial micénica), Shelmerdine (2001), que estudia el Tercer Período Palacial en la Grecia continental y sintetiza la evidencia de los documentos en Lineal B relativos a la administración y a la economía palaciales en pp. 358-362, 380 (sobre Creta en el mismo período véase Rehak y Younger, 2001: 441-458, 471-472). Sobre el uso de sellos en la administración véase Krzyskowska (2005: cap. 10). Sobre la economía palacial hay artículos muy interesantes en Voutsaki y Killen (2001); véanse asimismo Galaty y Parkinson (1999) y Foxhall (1995: 239-244) sobre el régimen agrícola.

La cuestión de Ahhiyawa se analiza en Niemeier (1998) (especialmente en las secciones 2 y 5); véanse también referencias en Bryce (1998) y comentarios útiles en Hope Simpson (2003). Sobre la «hegemonía micénica» véase asimismo Thomas (1970: 190).

Sobre el intercambio véanse Cline (1994, 1995), Mountjoy (1998: 47-49), Sherratt (2000 y 2001: sobre todo 216-224, 230-234). Sobre el pecio de Uluburun, con un sumario detallado de los hallazgos, véase recientemente Pulak (1998) (hay valiosos comentarios en Sherratt, 2000: 83-84); sobre el pecio de cabo Gelidonia véase Bass (1991: 69-73): ambos ofrecen extensas bibliografías. Sobre el pecio de Punta Iria véase Pennas *et al.* (2000-2001).

Sobre el Colapso, Vanschoonwinkel (1991) contiene un análisis y comentarios muy útiles; véase asimismo Shelmerdine (2001: 372-376, 381). Un estudio clásico sobre los Pueblos del Mar en Sandars ([1978], 1985), y los comentarios más revisionistas de Bryce (1998: 367-374) pierden gran parte de su valor tras las críticas aparecidas en diversos artículos en Ward y Joukowsky (1992), asimismo en Drews (2000). Para estudios generales del Colapso especialmente relevantes para el Egeo y/o Próximo Oriente, véanse Renfrew (1987: 133-136) y Tainter (1988).

Los comentarios más recientes sobre la cerámica CBM con las contribuciones de Belardelli, Guzowska y Yasur-Landau en Laffineur *et al.* (2005), en los que me he basado para desarrollar algunos temas de este capítulo.

Hall (1997) constituye una guía muy útil al análisis moderno de las tradiciones griegas sobre los movimientos de población, los argumentos utilizados para identificarlos en el registro arqueológico y las bases filológicas para los dialectos griegos. El intento más reciente para justificar la teoría de una invasión doria es Eder (1998), revisado por Voutsaki en *CR* 50 (2000, 232-233).

3. El período Pospalacial

Cuando los prehistoriadores abordan el período Pospalacial egeo se encuentran con el típico problema que afecta a todo el período que abarca este libro: la escasez de información. No hay más remedio que confiar en la evidencia de unos pocos yacimientos (véase la fig. 3.1), cuyo rol para el debate es crucial no tanto por ser centros importantes del período como por haber sido investigados y publicados de manera exhaustiva. Por ejemplo, es indudable que Lefkandi y Perati fueron en su día enclaves de gran relieve, pero no hay razón para pensar que no hubiera paralelos. Al contrario, cada vez es mayor la probabilidad de que otros yacimientos, cuyos informes preliminares ya empiezan a conocerse, tuvieran la misma relevancia, por lo que podrían alterar radicalmente las percepciones del período (por ej., la necrópolis de Elateia-Alonaki, a partir de ahora Elateia). También ilustran un fenómeno que se revelará típico, ya que sólo conocemos el Lefkandi del HR IIIC por su lugar de habitación, y Perati sólo por su necrópolis. Esto contrasta claramente con el Tercer Período Palacial, cuando ningún centro realmente importante se conoce únicamente por su necrópolis y muchos yacimientos de relativa importancia han deparado evidencia de ambas fuentes. Pero es muy difícil conseguir información de lugares de habitación durante toda la secuencia pospalacial y de la EHA, y ésta es sin lugar a dudas la limitación más seria a la hora de intentar una explicación cabal. Además, los asentamientos que han deparado más información son, en general, aquellos que no continuaron en épocas posteriores, lo que ha permitido preservar los restos más antiguos; de ahí que la evidencia de estos «yacimientos fallidos» pueda resultar engañosa.



Figura 3.1. Yacimientos y regiones importantes del período Pospalacial.

La primera fase de recuperación

De acuerdo con la perspectiva adoptada en el capítulo 2, la evolución del período Pospalacial debería reflejar fundamentalmente la actividad de los supervivientes del Colapso y sus descendientes. Lo cual cercena en parte la base de la que dependen las descripciones catastrofistas, como la de Schweitzer, escritas desde la óptica que atribuye el Colapso a las incursiones de unos dorios invasores:

> El siglo xii fue un siglo de caos. Las ciudadelas y los palacios fueron destruidos, y sus pobladores migraron por tierra o por mar, la población se redujo y los supervi-

> vientes buscaron refugio en lugares miserables pero fácilmente defendibles, se colapsaron los vínculos comerciales en el Egeo y en otros lugares, hubo un rápido deterioro y empobrecimiento del nivel de cultura, como si de repente se hubiera regresado a la remota prehistoria (Schweitzer, 1971: 22).

Los análisis que atribuyen el Colapso a los efectos de una sequía y a la hambruna utilizan un lenguaje parecido:

> Prácticamente todos los palacios-centros micénicos de Grecia fueron saqueados, bien por micénicos de los alrededores bien por sus propios súbditos hambrientos. [...] Los refugiados huyeron a Acaya, Kefaloniá y Ática, mientras algunas zonas del Peloponeso se despoblaban casi en su totalidad. Una oleada de emigrantes del Peloponeso embarcó hacia Chipre. [...] Es probable que tras dos o tres generaciones el clima se normalizara. [...] Pero la cultura micénica no pudo recuperarse. Las catástrofes habían provocado la paralización de toda la estructura política, social y económica de la Grecia micénica (Stiebing, 1980: 17-19).

De todos modos, como advertía Desborough hace ya tiempo (1964), la arqueología demuestra que en realidad tras el Colapso hubo un cierto grado de recuperación y, en algunas zonas del Egeo, una última fase relativamente floreciente aunque, según él, de corta vida, que daría paso a un declive hacia la segunda mitad del siglo XII (1972: 24-25). En 1990 Rutter proponía que en el siglo XII pudo darse todavía una considerable vitalidad cultural, y que el declive final no tuvo lugar hasta el siglo XI (1992: 70). Lo cual reflejaría el punto de vista, hoy aceptado por todo el mundo, de que las fases antigua y media del HR IIIC duraron mucho más, y que por lo tanto los indicios de un último florecimiento deberían fecharse mucho más tarde de lo que Desborough decía. Como se apuntaba en el capítulo 1, el período Pospalacial debería abarcar buena parte de dos siglos, casi tanto como el Tercer Período Palacial precedente. De modo que el período no sería un mero epílogo relativamente breve y decadente de la historia del Bronce egeo sino una fase potencialmente muy importante, con sus propias características distintivas, que pudo tener una considerable influencia en el curso evolutivo posterior.

Es evidente que el Colapso no implicó un desmoronamiento irreversible de la sociedad. Los palacios habían desaparecido, y no se reconstruirían, pero en varios lugares se detectan esfuerzos organizados de reconstrucción y de nuevas edificaciones. En determinadas zonas de la ciudadela de la propia Micenas se observa claramente señales de reocupación, pero es muy posible que las terrazas superiores se abandonaran en su estado ruinoso (lo mismo que se observa en Midea; véase Walberg, 1998b: 178), y más abajo, en el área del Centro de Culto, no se aprecia ningún esfuerzo por limpiar los escombros de la destrucción, ya que simplemente se reutilizaron y se nivelaron para ci-

mentar nuevas estructuras de escasa envergadura (Taylour, 1981: 10-11). Pero en Tirinto se reparó la muralla fortificada, y parece que se construyó no sólo la Ciudad Baja sino todo el asentamiento que había debajo con planos nuevos, que contemplaban su expansión hacia el norte (Kilian, 1988: 135; Maran, 2002). Algunos edificios de ese asentamiento eran bastante considerables, si bien la calidad de las casas ordinarias dejaba mucho que desear (Papadimitriou en Lemos y Deger-Jalkotzy, 2003). En gran parte de la Ciudadela tampoco se limpiaron los cascotes, pero tras la destrucción, encima del Gran Megaron se levantó el gran Edificio T, que ahora se fecha claramente en el HR IIIC, aunque no conocemos en qué momento exactamente. Se levantaron nuevas estructuras en Korakou, incluida la Casa P (si bien el plano de Blegen mezcla dos fases arquitectónicas; véase Rutter, 1974: 547), las estructuras multisalas de Kanakia, en Salamina, siguieron en uso (*AR* 48, 2001-2002, 14-15), y en la primera fase del HR IIIC de Lefkandi, cuando al parecer se procedió a una efectiva reconstrucción del asentamiento, se construyeron importantes edificios de dos pisos con varias habitaciones. En cambio, el gran complejo de carácter palacial del HR IIIB2 de Dhimini (cap. 2, p. 46), que sufrió graves daños en un lado e intenso fuego en otro, se reutilizó sólo en parte durante un corto lapso de tiempo durante el HR IIIC antiguo antes de ser abandonado definitivamente.

Es evidente, pues, que las comunidades supervivientes no carecían de energía ni de recursos, pese a que en la mayoría de las regiones las posibilidades eran limitadas. Pero lo más interesante es que no se observa ningún intento real de reconstruir los palacios, uno de los signos más claros de que el tipo de sociedad que éstos representaban había desaparecido. Lo más probable es que no sobreviviera ni la sombra de aquella sociedad palacial, a la vista de la más que elocuente ausencia de signos identificables de recuperación en casi todos los grandes centros palaciales del Tercer Período Palacial. La única excepción clara es Tirinto, que quizá llegó a ser tan importante como lo habían sido antes muchos de los grandes centros del siglo XIII y que hasta pudo desplazar a Micenas como centro dominante de la región. Aquí la construcción del Edificio T, pensado para incluir la anterior ubicación del trono en el Gran Megaron, podría representar el afán de restablecer una jerarquía centrada en un gobernante tipo *wanax* (Maran, 2001). Es muy posible que en otros lugares también se restableciera alguna forma de gobierno organizado, pero seguramente Kilian tenía razón cuando hablaba de una sustancial desestabilización de la jerarquía anterior (1988: 135; cf. Maran, 2001: 120-121). En efecto, seguramente las bases de la autoridad para gobernar tuvieron que renegociarse, ya que con la confusión provocada por el Colapso la autoridad previamente establecida habría perdido todo o casi todo el respeto debido a su incapacidad para controlar la situación. Además, es muy posi-

ble que perdiera el monopolio del uso de la fuerza y, por lo tanto, la capacidad para imponer obediencia.

Es más que probable, pues, que las nuevas clases dirigentes de los principales asentamientos supervivientes, incluyeran o no elementos de las antiguas élites o incluso se presentaran como sus sucesores legítimos como parece ser el caso de Tirinto, habrían tenido que establecer nuevas relaciones con las poblaciones que pretendían controlar y recomponer una posición de autoridad (véase Maran, 2001: 117-118 sobre un posible cambio de ideología que se reflejaría en la sustitución del hogar central por una hilera de columnas en el Edificio T de Tirinto, un rasgo que Walberg también asocia a la reconstrucción del «megaron» de Midea). Los nuevos dirigentes habrían tenido asimismo que establecer los nuevos límites de su control y negociar unos con otros. No es probable que su poder tuviera bases tan firmes como las de las clases dirigentes de las sociedades palaciales, ni que los nuevos principados fueran tan estables y extensos o que tuvieran tanta influencia como los anteriores. De hecho, el Colapso propició un cambio sustancial en la distribución de los centros de reconocida riqueza y, presumiblemente, de poder.

Movimiento de población

En el período Pospalacial hubo un elemento fundamental que habría dificultado el restablecimiento de una cierta estabilidad: la movilidad de la población. La teoría tradicional sostiene que hubo una gran migración desde el continente en varias direcciones: a Acaya y Kefaloniá al oeste, y al Dodecaneso, Creta, Chipre y Cilicia en el este (cf. Desborough, 1972: 20-21, reiterado por ej. en Morris, I., 1997: 540, 549, y ampliamente en Karageorghis y Morris, 2001). Los motivos de la migración al este suelen relacionarse con la vieja teoría de que los Pueblos del Mar eran, o incluían, grupos egeos desplazados (véase un interesante resumen de los argumentos en Niemeier, 1998: 47-48, en distintos artículos en Oren, 2000, y en Yasur-Landau, 2003), y actualmente todavía hay quienes piensan que algunos grupos organizados llegaron a Chipre a principios del período Pospalacial (véase Karageorghis, 2001).

Pero existen muchas razones para dudar de esta interpretación, entre otras que hasta hace poco aún se cimentaba básicamente en la cerámica, una evidencia que en realidad no demuestra lo que dicen que demuestra. Porque la cerámica micénica local de Chipre ya se producía en el Chipriota reciente II antes del Colapso, y su sucesora más elaborada, la cerámica Chipriota reciente IIIA, que los estudiosos chipriotas llaman Micénica IIIB:1b (un uso obsoleto en la terminología egea), no presenta el típico repertorio cerámico

de los centros micénicos del continente. Se la podría describir más bien como la mezcla de una selección de formas y motivos micénicos y en cierta medida minoicos con tradiciones locales e influencias de Próximo Oriente; aunque domina el elemento micénico, también parece reflejar conexiones con diferentes regiones y fases del Egeo (sobre este tema véase Kling, 1989: 170-176, y 2000). Además, muchos de los vínculos identificables no pueden datar de principios del período Pospalacial, como sería lo lógico si se tratara de una migración inducida por el Colapso. Por lo tanto, no hay razón para asociar la repentina aparición en Chipre de yacimientos como Maa-Palaiokastro a la llegada de «refugiados» egeos. Podría tratarse, según algunos autores, de una empresa conjunta entre chipriotas y micénicos (Karageorghis y Demas, 1988: 265-266), y pudo ser un «puerto de comercio», como sugiere la abultada concentración de ánforas «cananeas» (C. Bell, com. pers.).

La cerámica local del Micénico IIIC:1b descubierta en algunos yacimientos palestinos, como Tel Miqne y Ashdod, pudo asimismo iniciarse en el período anterior al Colapso (Sherratt, 1994: 67-68) y tiene efectivamente todos los visos de ser una selección del Micénico chipriota (cf. la cerámica «micénica» de yacimientos cilicios; Sherratt y Crouwel, 1987). Es el componente más importante de lo que efectivamente parece ser un nuevo complejo cultural (Killebrew, 2000: sobre todo 244; Yasur-Landau, 2003: especialmente 588), puesto que muchos de sus rasgos tendrían paralelos egeos, aunque algunos representan tipos que también son nuevos en el Egeo de la época, como las figuras de «plañideras» que aparecen en los bordes de muchos cuencos, mientras que otros factores, como la alta proporción de huesos porcinos en los estratos del asentamiento, no reflejan necesariamente conexiones con el Egeo (donde el cerdo es el animal doméstico peor representado entre los restos óseos). También es llamativa la total ausencia de algunos tipos egeos muy conocidos, como las ollas con trípode, las jarras de estribo y los *pithoi* de almacenaje (Yasur-Landau, 2003: 592). Lo cierto es que ninguno de estos ítems se parece a la cerámica micénica estándar, y si ese nuevo complejo cultural representa un movimiento organizado hacia Palestina, su origen tuvo que ser Chipre, no el Egeo, y mucho menos la Grecia continental. Chipre es además el lugar más probable para situar el origen del complejo cultural, que en Palestina habría incorporado elementos locales cananeos.

Es evidente que la aparición de la lengua griega en Chipre tuvo que implicar algún tipo de movimiento desde el Egeo, pero también es muy posible que tuviera lugar de forma muy dilatada en el tiempo y que representara algo más parecido a una migración «económica» que «egeizara» progresivamente a la población (Sherratt, 1992: 325-326; cf. Catling, 1994: 133-134). Coldstream (1998c: 6-7) cree que hubo «migraciones» en el siglo XI, en for-

ma de un movimiento de «comunidades enteras» de «optimistas y oportunistas» que llegaron para fundar nuevos asentamientos. Pero seguimos sin comprender cómo se organizaron esos movimientos en los márgenes del Egeo, y cómo y qué sabían de los lugares de destino los que migraron en una fase tan tardía, cuando la evidencia de contacto con Chipre es mucho menos firme que antes (debo estas observaciones a mi estudiante de doctorado Guy Middleton). Yo sugiero más bien una situación parecida al movimiento griego de colonización posterior en el Mediterráneo central. Pese a las leyendas de fundación, que hablan de viajes organizados aislados, pudo tratarse de una corriente continua de migrantes, que no disponían de barcos propios, hacia los nuevos asentamientos (cf. Osborne, 1997: 258 sobre Pitecusa).

La cerámica micénica también se valoraba y se imitaba localmente en otras regiones, en Macedonia y en el sur de Italia, y su presencia allí en contextos posteriores al Colapso se explica seguramente como un desarrollo local, y en muy pocos casos como importaciones. En varios yacimientos del sur de Italia aparece cerámica micénica del HR IIIC antiguo (Mountjoy, 1993: 174). En Apulia se ha recuperado material de estilo micénico de fabricación local de aspecto bastante tardío, que podría representar un asentamiento de «refugiados» (Benzi, 2001). De todos modos la evidencia no parece reflejar un movimiento de población importante: no hay indicios de una cultura semimicénica local, y la «helenización» del sur de Italia tendría que esperar al siglo VIII.

En cambio, hay razones para pensar que hubo un importante movimiento de población dentro de la región egea tras el Colapso, en forma de una concentración en torno a los principales centros, lo que explicaría los indicios de expansión de Tirinto, Asine y quizás Argos. Es probable que todos ellos absorbieran población procedente de muchos pequeños asentamientos de la Argólida, que ahora parecen abandonarse. Otros ejemplos plausibles de asentamiento nuevo o muy ampliado serían Lefkandi: Xerópolis (que podría abarcar hasta 6 ha de la cima de la montaña); el asentamiento representado por la gran necrópolis de Perati, que pertenece enteramente a este período; Emborio, en Chíos; y al parecer Bademgediği Tepe, al oeste de Anatolia (Meriç y Mountjoy, 2002), que junto con Emborio y otros hallazgos dispersos podrían reflejar movimientos a través del Egeo. El claro aumento del número de tumbas en uso durante el HR IIIC en bastantes yacimientos del noroeste del Peloponeso, en un área centrada en la Acaya occidental y que llega hasta el valle del Alpheios, y en Kefaloniá, Naxos y Rodas, podría reflejar la presencia de migrantes, aunque también podría representar la concentración de población en ciertos lugares (sobre Rodas, véase Benzi, 1988: 261-262). Lo cierto es que en Acaya hay evidencia creciente de que la población ya era muy numerosa en el HR IIIA-B. Los visibles cambios en el patrón de

asentamiento en la Creta del MR IIIC y el establecimiento de muchos asentamientos nuevos e importantes (fig. 4.3) también podrían reflejar movimientos entre la población nativa. Pero también se ha planteado la posibilidad de que ciertos fenómenos aparentemente foráneos de principios del MR IIIC, como el predominio del cuenco hondo en el repertorio cerámico en detrimento de la copa tradicional, o la aparición de un nuevo tipo de recipiente de cocina y de las llamadas estatuillas Psi, reflejen un influjo de gentes procedentes de alguna región o regiones micénicas (D'Agata, 2001: 346). En cambio, Atenas no ha producido evidencia que avale la idea, que también encontramos en Tucídides 1.2, de que fue un centro para «refugiados» de otras regiones.

De todos modos, siguen abiertos varios interrogantes, como el de la motivación. La explicación tradicional, sobre todo respecto a las supuestas migraciones desde la Argólida y de otras partes centrales del continente, era que representaban un movimiento que huía ante la amenaza de sometimiento a unos nuevos dirigentes, o de incursiones piratas y de una posible masacre o esclavización. La posibilidad de una amenaza procedente del mar podría ser una explicación viable del abandono, perfectamente detectable en Creta, de las llanuras costeras para refugiarse en lugares mejor defendibles, casi siempre muy al interior (Nowicki, 1996: 284-285, y 2000: 264-265; Wallace, 2003b: 257). Pero Borgna defiende el posible rol que habría desempeñado la desintegración social y advierte fuertes variaciones entre, por un lado, el este y el sur de Creta, donde el abandono de asentamientos previos es muy claro y, por otro, el norte y el oeste de la isla, donde sobrevivieron importantes asentamientos nuclearizados (2003: sobre todo 155-160).

En el caso de las Cícladas y de la Grecia continental también se ha avanzado en ocasiones la teoría de una «huida de las costas». Varios yacimientos cicládicos ocupaban posiciones fácilmente defendibles y bastante inaccesibles (Osborne, 1996: 200, aunque los que el autor cita son básicamente tardíos), en cambio el uso ininterrumpido de Grotta, en Naxos, para enterramientos sería un contraejemplo, ya que indicaría la presencia de una población basada todavía en el entorno inmediato, cerca de la playa. Muchos yacimientos del continente y de las islas más próximas situados en o cerca de la playa también revelan una ocupación continuada (por ej., Tirinto, Asine, Kolonna, Lefkandi, Chalkis, Volos), lo mismo que Kastri, junto a Palaiokastro, al este de Creta. Por lo tanto, habría que poner en tela de juicio las teorías que plantean una amenaza universal y continuada desde el mar.

Es muy improbable que estos yacimientos costeros fueran bases piratas, como algunos han sugerido para los yacimientos cicládicos y cretenses (Nowicki, 2000: 264-265, y 2001: 29-31, 37). Ninguna comunidad del tamaño similar a la dispersión del material en muchas de ellas podría sustentarse úni-

ca o principalmente a base de acciones piratas o de incursiones armadas por tierra (cf. Desborough, 1972: 128 sobre Karphi). También plantea problemas explicar el movimiento en Creta en función de motivos puramente económicos. Se ha sugerido que el desplazamiento hacia las montañas de la región de Kavousi –región perfectamente estudiada–, a lugares con agua perenne y buena tierra cultivable, obedeció a la necesidad de autosuficiencia alimentaria a raíz de un colapso del comercio (cf. Haggis, 1996: 410; Coulson, 1998: 41). Pero es muy improbable que en el MR IIIA-B, cuando los yacimientos se concentran en el llano, esta región dependiera de alimentos importados, y algunos autores recuerdan que los yacimientos del MR IIIC tienen menor acceso a tierras cultivables y son más inaccesibles que los de otros períodos, así que difícilmente podrían representar un patrón de asentamiento «natural» (Wallace, 2000: 90-91, y 2003a: 605; Nowicki, 2000: 232).

También se ha sugerido que los centros de las llanuras, como Knossos, fueron las bases de reyezuelos nuevos y agresivos, tal vez «héroes» que habían vuelto de Chipre y cuyas actividades podrían incluso haber provocado el movimiento hacia las montañas (Catling, 1995: *NorthCem*: 647-649; pero este movimiento es anterior al Subminoico), o quizá las bases de nuevos pobladores procedentes de la Grecia continental que se habrían asentado en un territorio ya abandonado debido a un peligro previo desde el mar (Nowicki, 2000: 265). Pero Kanta y Stampolidis (2001: 105) nos recuerdan que la cultura material de estos yacimientos no es distinta de la de los yacimientos de las montañas. La secuencia que propone Nowicki también depende en gran medida de vincular fases sucesivas con acontecimientos supuestamente históricos y de una visión inconscientemente condensada de la cronología. Cuando dice que los asentamientos se fundaron «exactamente en el mismo momento» (2001: 32) cae en la trampa de dar por sentada una contemporaneidad exacta de unos yacimientos por el mero hecho de contener materiales de la misma fase cerámica, cuando en realidad se habrían podido crear en diferentes momentos a lo largo de varias décadas y no obstante presentar rasgos similares. Kanta también ha cuestionado la idea de atribuir los hallazgos superficiales a fases concretas del MR IIIC basándose en su textura (Karageorghis y Morris, 2001: 83). De hecho no hay razón para suponer que el «movimiento hacia las montañas» fuera una respuesta planificada ante una determinada situación, sino que podría representar una respuesta cada vez más generalizada ante la desintegración del orden social que defiende Borgna.

Es innegable que la teoría del «yacimiento refugio» tiene sus ejemplos más viables en Creta (cf. Wallace, 2003b: 257; Nowicki, 2000: 230-231 y 2001 sobre la elección de lugares defendibles). Cuesta creer que Katalimata, al este de Creta, fuera algo más que un «yacimiento refugio», seguramente

para las gentes de Halasmenos (sobre estos yacimientos, véase Haggis y Nowicki, 1993; Coulson y Tsipopoulou, 1994; Tsipopoulou, 2001); Kato Kastellas, en el desfiladero de Zakro, podría ser otro (Vokotopoulos, 1998) (sobre estos y otros yacimientos cretenses véase la fig. 4.3). Pero la interpretación más lógica de los yacimientos de acceso particularmente difícil sería la de lugares destinados a una ocupación de emergencia protagonizada únicamente por los ocupantes de yacimientos cercanos que estaban mucho mejor situados en relación con el agua, la tierra cultivable y las comunicaciones (Haggis y Nowicki, 1993: sobre todo 334-336). Dada la variabilidad en cuanto a localización y tamaño de los yacimientos cretenses, al final quizá no haya más remedio que recurrir a explicaciones individuales para cada región concreta.

Aun en el caso de que los movimientos en el interior de Creta reflejaran una respuesta a una sensación de profunda inseguridad, esa situación no tiene por qué haber afectado a todo el Egeo. La nueva movilidad podría reflejar también una atracción hacia los centros que se consideraban más seguros y prósperos. Porque la desaparición de las sociedades palaciales como forma de organización social, ya fuera debido a un abandono deliberado o a su destrucción, tuvo que provocar una gran desorientación. Las estructuras generales que habían alimentado la vida y la visión del mundo de una mayoría tanto en la esfera política como en las relaciones sociales y en la religión pública, habían desaparecido. Muchos centros que se habían ocupado durante siglos, e incluso milenios, habían dejado de existir o se habían convertido en una sombra de sí mismos, y también se habían interrumpido las redes de contactos centenarias. Esta forma de ver el período es sin duda contraria a la visión relativamente optimista de una época de nuevas oportunidades y de nuevos horizontes tras la desaparición de la «mano muerta» de la burocracia palacial que presenta, por ejemplo, Muhly (1992 y 2003) (cf. y también Morris, I., 1997: 540, que habla de un «renacimiento» del HR IIIC y describe el período como «una época tal vez dorada para las aristocracias locales, liberadas del control del palacio»). Pero lo cierto es que, a excepción de Tirinto, en las regiones con posible dominio palacial anterior, no aparece ningún indicio de un rebrote repentino de la empresa local, y menos aún de una «época dorada»; y si bien es posible que en el período Pospalacial algunos consiguieran hacerse con nuevas posiciones de poder y riqueza, un porcentaje mucho mayor de la población superviviente habría visto su futuro más incierto, o muy negro.

En tales circunstancias, cualquier lugar que ofreciera la seguridad y la relativa prosperidad del pasado habría sido tentador. En particular, los comerciantes y los artesanos especializados se habrían dirigido a lugares donde poder maximizar la oportunidad de incrementar su riqueza, y serían los más

dispuestos y los mejor situados para abandonar el Egeo. Fuera de allí los comerciantes podrían tener la ventaja de acceder, e incluso controlar, algunos barcos, un factor de suma relevancia como se apuntaba en la p. 89. Es probable que también emigraran familias de agricultores llanos, aunque inicialmente a lugares menos distantes. Pero una vez dado el primer paso, habría sido más fácil contemplar nuevos desplazamientos, y poco a poco la idea de marcharse se habría considerado algo perfectamente normal. De hecho, la movilidad sería el rasgo más significativo del período Pospalacial, porque no sólo representaba un factor permanente de desestabilización sino que limitaba el poder coercitivo de un eventual restablecimiento de la autoridad. Desde el punto de vista de quien gobierna, el libre movimiento de población es algo indeseable, ya que entraña una permanente incertidumbre respecto al tamaño de la población disponible para producir alimentos, suministrar mano de obra y, en caso necesario, nutrir un ejército. Pero en este caso no habría podido evitarlo.

Esta movilidad habría tenido serias consecuencias demográficas. Porque, si bien toda estimación precisa es arriesgada (véase el capítulo 4), apenas existen dudas de que en la EHA la población del Egeo ya se había reducido, y quizá de forma considerable, y de que aquella merma había comenzado en el período Pospalacial. Los descensos de población en los momentos de mayor turbulencia pudieron ser cuantiosos, sobre todo en caso de hambrunas localizadas. Wrigley recordaba los graves y profundos efectos demográficos que habían tenido unos pocos años de malas cosechas o simplemente de grandes fluctuaciones de la producción en las sociedades preindustriales (1969: 62-63). Unos efectos que en el período Pospalacial se habrían visto agravados por las condiciones de inseguridad resultantes, por lo que la emigración de una parte de la población tanto dentro del Egeo, por ejemplo a Creta o Anatolia, como fuera, a Chipre, se habría quedado sin bases para reproducirse a sí misma al mismo nivel anterior.

El carácter del período Pospalacial

El período Pospalacial fue largo, como decíamos, y suele dividirse en fases sucesivas de recuperación, florecimiento y declive. Es también un período en el que, a diferencia del elevado nivel de homogeneidad del Tercer Período Palacial, la cultura material suele exhibir marcadas características regionales y locales. Aun así es posible identificar rasgos que tipifican toda la época y que posiblemente tuvieron, como se sugería en la p. 85, una gran influencia en las evoluciones posteriores. En mi opinión, se detectan algunos puntos comunes.

Uno de los más evidentes es la imposibilidad de identificar con certeza

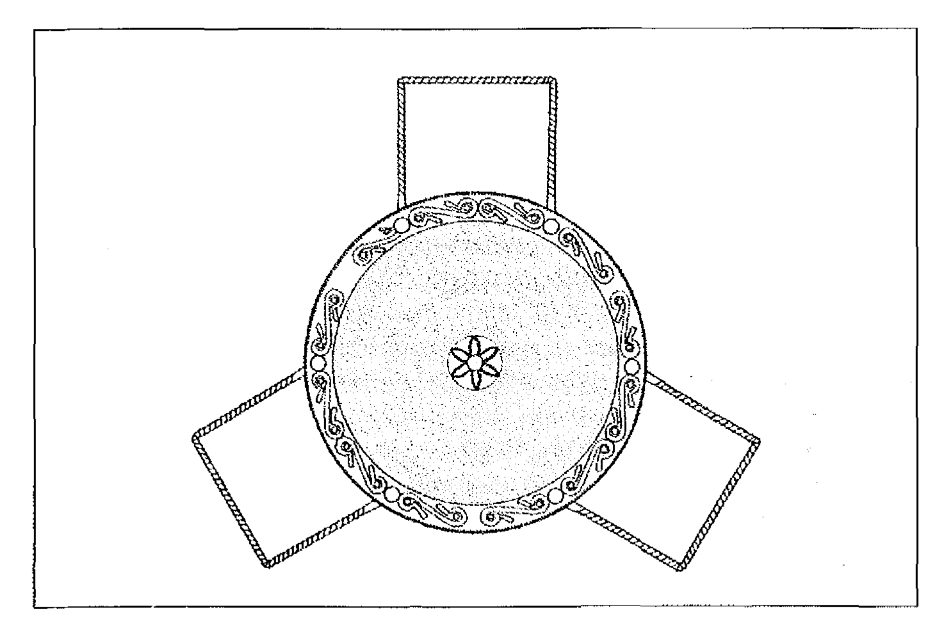


Figura 3.2. Vaso de bronce, probablemente itálico, de Pilos, tumba K-2. 28,7-29,3 cm de diámetro, 9,5 de altura. Cortesía del Departamento de Clásicas, Universidad de Cincinatti, y del Dr. S. Stocker.

un conjunto de grandes centros dominantes en el Egeo, pero parece que algunas regiones pudieron desempeñar un rol importante en virtud de su capacidad para establecer lazos de intercambio, crear cierto grado de riqueza e influir en otras regiones. Los sustanciales vestigios de Tirinto y de otros centros de la Argólida, junto con el desarrollo allí de formas muy elaboradas de cerámica pintada, especialmente el llamado Close Style, nos recuerdan que la región, durante mucho tiempo cabeza visible de la cultura micénica, aún tenía cierta importancia. Se han detectado vínculos con Ática, Beocia y Eubea, que aún se mantenían fuertes en el HR IIIC tardío, cuando se extienden hasta Paros y Chíos (Mountjoy, 1999: 53). Pero en general los centros y las regiones dominantes del Tercer Período Palacial apenas deparan hallazgos relevantes, aunque algunos descubrimientos excepcionales, como el vaso de bronce probablemente itálico de la T. K-2 de Pilos (Harding, 1984: 205; véase la fig. 3.2) indican que todavía llamaban la atención, en este caso quizá como subproductos del intercambio con el Adriático.

Más importantes parecen ser otras regiones del período. Se ha afirmado, con visos de plausibilidad, que a comienzos del período Pospalacial se establecieron estrechos vínculos entre el Dodecaneso, Creta –que en esta época

florece de nuevo, especialmente el norte y el este– y Chipre, y que los contactos con esa red propiciaron una recuperación en el Egeo central, tanto en estilo cerámico como en general (Sherratt, 1982: 187-188, y 1985). Desborough (1964: 228) identificó una «diminuta *koiné* micénica» de Rodas a Perati, con Naxos como nexo crucial, aunque últimamente algunos la ven más bien como una región de centros independientes con interconexiones intensas y variadas (véase Vlachopoulos, 1998 sobre las Cícladas). Sin embargo existe un área en el Egeo oriental mejor delimitada, que incluye Chíos pero no Rodas, que sí presenta un estilo cerámico claramente homogéneo (Mountjoy, 1999: 45, 50, 967-969). La necrópolis de Epidauros Limera, en la Laconia oriental, ha deparado vínculos con el Egeo central, visibles sobre todo debido a la presencia de la distintiva y ubicua jarra de estribo con motivo de octopus (dos de posible fabricación local; Mountjoy, 1999: 252), y podría ser la vía de entrada de las influencias y tipos exóticos, incluidas las jarras de estribo con octopus, que también aparecen en la importante necrópolis de Palaiokastro, en el interior (véase recientemente *AR* 43, 1996-1997, 33, y Mountjoy, 1999: 296-299 sobre la cerámica). Otra región interconectada por vía marítima, seguramente articulada en torno al estrecho de Euripos, sería la de Lefkandi, muy probablemente Kynos (Pirgos Livanaton), Mitrou cerca de Tragana, en la Lócride, y muchos yacimientos costeros importantes pero inexcavados del este de Beocia y del oeste de Eubea; esta región presenta vínculos cerámicos que llegan hasta Volos y Agia Irini, en Kea (Popham y Milburn, 1971: 348), pero curiosamente muy pocos lazos con el Egeo central.

Más al oeste, en la Grecia central, también hay yacimientos de cierta envergadura, representados por sus ricas necrópolis, como Medeon y Elateia; en este último, situado estratégicamente en una intersección de rutas terrestres, se han recuperado posibles vasos argivos, aqueos y cretenses, incluida una llamativa jarra de estribo con octopus y abalorios de fayenza engastados en las asas (Deger-Jalkotzy, 2003). Pero puede que en esa época esta región no fuera tan importante como la región aquea, que tenía sólidas conexiones con Kefaloniá, la Élide y gran parte del valle del Alpheios, y que es probable que incluyera Mesenia, donde se ha hallado muy poco material (según Mountjoy, 1999: 54-55 estas conexiones son más fuertes en el HR IIIC tardío, cuando se extienden a Etolia y Focea; cf. Eder, 2003: 41-43, quien identifica cerámica de influencia aquea en Albania). También se ha sugerido recientemente que estas zonas occidentales de Grecia mantuvieron importantes contactos con Italia y actuaron como intermediarias, transfiriendo bienes e influencias a otras partes de la Grecia continental (Eder, 2003: 44-49; Borgna y Cassola Guida, 2005; Eder y Jung, 2005), creando así un sistema mutuamente beneficioso hasta el colapso final de las comunidades políticas más importantes.

Las constantes referencias que se han venido haciendo a las interconexiones en y entre estas regiones ponen de manifiesto la enorme importancia del intercambio durante el período Pospalacial. El hecho de que muchos de los principales centros estuvieran situados al lado o cerca del mar revela hasta qué punto la prosperidad dependía de aquellos intercambios, lo que a su vez ha quedado reflejado en las representaciones de barcos que aparecen en toda una serie de vasos. Además de recipientes cerámicos finamente decorados y de otros vasos finos originarios de varias regiones egeas, se distribuían armas y una gran variedad de joyas y sellos, así como cantidades pequeñas pero significativas de otros ítems originarios del este y del oeste utilizando gran parte de la misma red de intercambio anterior, desde Chipre y las costas del Mediterráneo oriental, pasando por el Egeo hasta el Adriático, Italia y Cerdeña. La práctica de la incineración, esencialmente foránea, pudo penetrar igualmente a través de las redes de intercambio (véase más adelante, p. 100). Todo lo cual demuestra un cierto grado de vitalidad, como decía Rutter (1992).

Inestabilidad

Hasta aquí la imagen global es positiva, pero hay factores negativos que también es preciso abordar. Ante todo, el período Pospalacial fue una época de inseguridad e incertidumbre. Los indicios más claros de esta situación se basan en la evidencia de la movilidad de la población y también de la reducción de su tamaño. Todos los pequeños asentamientos identificados del período anterior y otros muchos aparentemente más sustanciales se abandonan y, como revela la historia de varios yacimientos excavados, este proceso no se limitó al período inmediatamente posterior al Colapso sino que se prolongó durante todo el período Pospalacial. Muchos asentamientos importantes que lograron sobrevivir hasta bien entrado el período Pospalacial se abandonaron antes del final del período y ya no se volverían a ocupar en la EHA, y muchos nunca más (por ej., Midea, Korakou, Teikhos Dymaion, Phylakopi); y Tirinto, ciudad importante durante gran parte del período, al final parece ir reduciéndose hasta quedar convertida en un conjunto de aldeas o poblados asociados (Kilian, 1988: 151). Aunque sería imprudente concluir que el claro descenso del número de yacimientos identificables en varias regiones entre el HR IIIB y el HR IIIC (cf. los mapas en Popham, 1994a: 282-283) traduce una reducción proporcional de la población total, es indudable que, tomada en su conjunto, la evidencia refleja una disminución real de la población, lo que sin duda tuvo que tener una profunda influencia en el desarrollo de la sociedad de la EHA (véase el capítulo 4).

Las razones de ese declive son controvertidas, pero es muy posible que tengan relación con una persistente sensación de inestabilidad. El bandidaje y la piratería oportunistas que seguramente acompañaron el desmoronamiento generalizado del orden social a raíz del Colapso pudieron perfectamente continuar en el período Pospalacial en forma de problemas menores pero endémicos, y representar el tipo de violencia que más teme una comunidad. Lo que, como ya se ha comentado, podría explicar los grandes flujos de migración hacia el interior y las montañas en Creta, y fomentar el abandono de pequeñas granjas y asentamientos más marginales en busca de la seguridad que la gente asociaba a los grandes centros, y también de lugares más fácilmente defendibles, aunque esa no fuera ni mucho menos una conducta universal. La evidencia de vastas destrucciones por fuego en varios centros importantes durante el período Pospalacial, aunque se interpreten como efectos de una guerra, indica que los ataques a gran escala no eran ni mucho menos desconocidos. Otra evidencia de la mayor prevalencia de la violencia intercomunal sería el predominio relativo de los enterramientos con armas y de las escenas de guerra y con guerreros, a veces con sus carros, en la decoración cerámica (fig. 3.3): aunque reflejan más la ideología que la realidad, lo más relevante es el propio predominio de esta ideología. Por

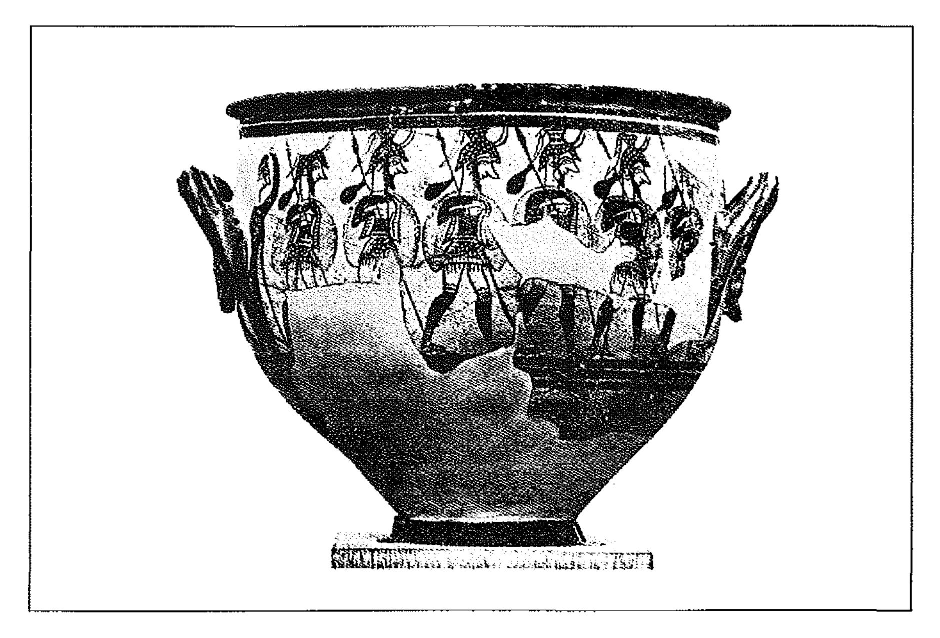


FIGURA 3.3. El Vaso de los Guerreros de la Casa del Vaso de los Guerreros, Micenas. 41 cm de alto. Cortesía del Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

cierto, la preeminencia del carro en este material figurativo cuestiona la tesis de Drews (2000) según la cual las nuevas tácticas militares habrían convertido el carro en un elemento obsoleto en la época del Colapso (una aclaración del profesor J. Rutter, citada aquí con su autorización). Los notorios cambios en el tipo de equipamiento militar que se identifican en este período (Rutter, 1992: 67-68) también se consideran importantes.

Fuera o no la inseguridad la causa del abandono de tantos yacimientos, sus efectos psicológicos tuvieron que ser muy serios. Rutter, cuando dice que «pese a alguna alteración importante en cuanto a la distribución de la gente a través del paisaje y a lo que tuvo que ser un descenso sustancial de la población total, el mundo egeo capeó relativamente bien el colapso palacial de *ca.* 1200 a.C.» (1992: 70), minimiza en exceso la cuestión. No hay razón para creer, con Tucídides (1.2), en la secular predisposición de las poblaciones prehistóricas a migrar y a asentarse en otro lugar en cuanto percibían presiones de grupos más fuertes. Lo más probable es que decidieran abandonar sus granjas, sus necrópolis y sus santuarios de muy mala gana, mayor incluso que la renuencia de los atenienses de la época clásica al iniciarse la guerra del Peloponeso (Tuc. 2.16.2); porque la intención era que estas migraciones a otros centros e incluso a otras regiones fueran permanentes.

Esta aparente disposición a abandonar unos yacimientos que se habían ocupado durante siglos revela los efectos catastróficos del Colapso. Lo lógico es que gran parte de la población superviviente estuviera psicológicamente traumatizada, especialmente todos aquellos que dependían de la administración palacial para subsistir, sobre cuya suerte sólo cabe especular, y ese efecto pudo bloquear la recuperación y un nuevo renacer. Entre los supervivientes habría cundido la incertidumbre sobre lo que el futuro les deparaba, y muchas preocupaciones concretas, como la posible continuidad y disponibilidad de los metales básicos y de otros bienes que antes aseguraba el intercambio comercial. En las regiones menos afectadas, según la evidencia actual, como la aquea, es posible que los efectos no fueran tan graves, pero sí la gran incertidumbre sobre el mundo nuevo y más inestable donde ahora comenzaban a vivir. Y si las gentes llegaban de otras regiones en calidad de refugiados o de nuevos pobladores, seguramente habrían llevado consigo un gran sentimiento de pérdida y de desorientación.

Este tipo de reacciones tuvieron que ser especialmente fuertes durante el período inmediatamente posterior al Colapso y en aquellas regiones de la Grecia continental donde la fractura había sido mayor y el hundimiento del pasado más rotundo. La fuerza de esos sentimientos habría ido remitiendo gradualmente, con el nacimiento de nuevas generaciones que no habían conocido nada más, pero la memoria de un tiempo pasado bastante mejor habría sobrevivido, reforzada por los restos todavía visibles en cada rincón. No

habría que subestimar el efecto desmoralizador de vivir «entre las ruinas de las grandes ciudades de antaño, a la sombra de la grandeza pasada» (Desborough, 1972: 25). Ver o simplemente saber que los centros, los campos, las terrazas y los cultivos de alrededor estaban totalmente abandonados también habría sido sin duda muy deprimente para una población formada en su inmensa mayoría por agricultores.

Continuidad y cambio en la cultura material

La destrucción efectiva del orden social anterior habría tenido otro tipo de consecuencias. La predisposición a innovar, a adoptar nuevas costumbres funerarias, nuevos tipos de indumentaria y de artefactos, se podría considerar uno de los rasgos positivos, aunque también indicaría una pérdida de confianza en los tipos y tradiciones culturales heredados y la atribución de un mayor prestigio a las novedades exóticas (algunas, como las espadas del Tipo II y las fíbulas, ya habían empezado a aparecer antes del Colapso). Lógicamente, la tendencia a prestigiar lo exótico suele ser un rasgo recurrente en todas las sociedades, pero es particularmente manifiesto en el Egeo durante este período. La preeminencia de ítems exóticos hallados en lo que cabe considerar como enterramientos de élite refleja una sed de símbolos de estatus, estimulada seguramente por el ahora mucho mayor desequilibrio cultural entre el Egeo y Próximo Oriente y por la creciente rarificación del trabajo artesanal especializado local. Los ítems procedentes seguramente de Próximo Oriente, de Italia o de Europa central parecen desempeñar este rol, igual que algunos objetos egeos antiguos, como los anillos-sellos de Perati. La necesidad de estos símbolos de estatus podría ser el reflejo de una sociedad insegura, y el uso de «reliquias» sugiere que algunos todavía se aferraban a los sistemas tradicionales de ostentación de rango y de estatus que otros ya empezaban a rechazar.

No obstante, la abrumadora impresión que emana de la cultura material es de continuidad de las antiguas tradiciones, que se manifiesta en toda una serie de rasgos, plantas y accesorios de casas, cerámicas comunes y útiles de uso doméstico, usos funerarios y en la religión, como el uso ritual de estatuillas. La desaparición al parecer inmediata de los oficios antes íntimamente asociados a los palacios tendría su explicación: la escritura habría sido inútil para los nuevos dirigentes, dada la ahora escasa complejidad de las prácticas administrativas, y las formas más elaboradas de arquitectura, mobiliario, vasos preciosos y joyería dependían de fuentes que ya no podían controlar. Pero existe clara evidencia de una producción ininterrumpida de algunos objetos suntuosos, como los típicos abalorios de oro y vidrio en relieve y, posible-

mente, de sellos de piedra con decoración simple hechos de esteatita y fluorita, como en Elateia (aunque se trata de una zona controvertida: véase Pini en Dakoronia *et al.*, 1996: XXI-XXV; Krzyszkowska, 2005: 235 no es muy explícita, pero subraya que algunos ejemplares hallados en contextos tardíos parecen nuevos, 270-271). Pero estos ítems ya no aparecen en todas partes (por ejemplo, los abalorios con relieve son raros en Perati), lo que indicaría que no toda la gente más próspera del Egeo podía acceder a un repertorio similar de objetos elaborados, seguramente porque la producción dependía ahora de pequeños talleres que tenían un acceso limitado y no necesariamente regular a las materias primas.

La evidencia de los usos funerarios se analizará con más detalle en el capítulo 6. Aquí sería preciso destacar que si bien los tipos de tumba identificables son prácticamente los mismos que antes, sobre todo las tumbas de cámara, los cambios que se aprecian en la forma de utilizarlas sugiere «una sociedad en disolución» (Cavanagh y Mee, 1998: 135). Lo más destacable es la aparición en muchos yacimientos de la incineración como rito minoritario. La práctica podría proceder de Anatolia: se han descubierto algunas incineraciones seguras y posibles del Tercer Período Palacial en la necrópolis de estilo micénico de Müsgebi, en Caria, y en el Dodecaneso, así como en Creta y en algunos, muy pocos, yacimientos de la Grecia continental (Cavanagh y Mee, 1998: 75-76, 94; sobre Creta véase Desborough, 1964: 187-188, y Kanta, 1980: 325). Pero como la incineración también aparece en Italia durante el Bronce medio local, no se descarta la posibilidad de que algunos ejemplos pospalaciales, especialmente del Peloponeso occidental, reflejen una influencia itálica, ya que en el período Pospalacial hubo vínculos fluidos entre Italia y el Egeo (Eder y Jung, 2005). Si las incineraciones pospalaciales son muy comunes en yacimientos de la *koiné* del Egeo central y en Creta, también aparecen en el Peloponeso occidental (Kallithea, Klauss, Koukoura y Lousika; Spaliareika en Acaya, Agrapidokhori en la Élide, y Palaiokastro en la Arcadia) y en Khaniá, cerca de Micenas, en Argos y en Tebas (Cavanagh y Mee, 1998: 93-94), así como en necrópolis posiblemente pospalaciales de Thasos (Koukouli-Chrysanthaki, 1992: 822) y quizás en la Macedonia interior. El rito en sí mismo representa solamente un alejamiento parcial de la práctica tradicional, porque, excepto en Khaniá y Argos, estas incineraciones se han hallado dentro del tipo de tumba tradicional, junto con inhumaciones. La amplia distribución del rito refleja una disposición por parte de algunos miembros de comunidades muy diferentes a adoptar lo que en esencia no dejaba de ser una costumbre foránea, pero no sabemos si conllevó o no la adopción de nuevas ideas sobre la muerte y el más allá, aunque cuesta creer que no implicara algún elemento ideológico (véase el capítulo 6).

Otra novedad interesante y probablemente significativa es la práctica cada vez más corriente del enterramiento con armas (Cavanagh y Mee, 1998: 95 citan la mayoría de ejemplos conocidos hasta la fecha; cf. asimismo Papazoglou-Manioudaki, 1994, y Deger-Jalkotzy, en prensa). Al igual que las incineraciones, este tipo de enterramientos suele hallarse en las tradicionales tumbas colectivas, de enterramiento múltiple o en tumbas de cámara y, en Creta, en tumbas construidas de piedra; la mayoría son inhumaciones, pero en algunas aparecen incineraciones, siempre acompañadas de una espada, a veces decorada y casi siempre del Tipo II, una o más puntas de lanza y una daga. También aparecen ítems de armadura de bronce u otros avíos asociados a la guerra, como tachones de escudo, ornamentos de vainas de espada o placas con defensas de jabalí que seguramente formaban parte del yelmo de estilo tradicional; en cambio apenas se encuentran vasos elaborados u objetos de valor.

Un rasgo característico de la cultura micénica desde sus inicios era enterrar a ciertos varones adultos con armas, pero los enterramientos pospalaciales difieren de los clásicos ejemplos paleomicénicos, como las Tumbas de Pozo y los *tholoi* de Dendra, que suelen hallarse en tumbas sin apenas rasgos especiales, o con objetos de escaso valor, aunque en algunas tumbas había más de un guerrero enterrado (por ej., dos en la tumba de Lousika: Spaliareika; Papazoglou-Manioudaki, 1994: 180). La T. A de Mouliana es en este sentido excepcional, porque además de contener cuatro espadas y otras armas, también se hallaron varios vasos de bronce y otros ítems metálicos, entre otros dos agujas y un «tachón» de hierro. El patrón de distribución del enterramiento con armas es asimismo peculiar: se advierte una concentración muy marcada en Acaya, especialmente en la región de Patras (Papadopoulos, 1999), y se ha encontrado más de uno en las necrópolis asociadas a Grotta, en Naxos, y en el este de Creta, en «Siteia», de donde se cree que proceden varias espadas. Pero otros enterramientos con armas, y las espadas que denotan su presencia, se hallan muy dispersos, y sorprendentemente ausentes en el Peloponeso oriental, aunque allí se han descubierto espadas del Tipo II en contextos no funerarios. Por último, este tipo de enterramiento es un rasgo de las fases avanzadas del período Pospalacial. Ninguno de estos rasgos permite asociar con certeza estos enterramientos a miembros de una élite dirigente firmemente establecida, pero podrían reflejar la emergencia de líderes cuyo poder derivaba de su rol militar (Deger-Jalkotzy, en prensa).

Esto apunta a uno de los rasgos más notorios del período Pospalacial: la imposibilidad de identificar una élite dirigente a través de tumbas o edificaciones realmente distintivas. El *tholos* dejó efectivamente de utilizarse como tumba de élite, aunque se siguieron construyendo en piedra pequeñas tumbas con forma de *tholos* y de rectángulo abovedado con contenidos no de-

masiado distintos de los de otras tumbas contemporáneas (las tumbas rectangulares de Mouliana, pequeñas pero bastante ricas, son una excepción parcial). Los edificios más elaborados pueden tener hasta dos pisos y varias estancias, y hay ejemplos del uso de columnas y del revoque de paredes (concretamente en la Casa W de Tirinto), pero sólo el gran complejo de Dhimini antes mencionado (p. 46) parece comparable a los edificios más importantes del Tercer Período Palacial, por no hablar de los palacios, y se inició en el HR IIIB2. Durante el período tampoco parecen realizarse grandes obras públicas (el dique de Tirinto es seguramente de fecha anterior; Maran, 2002 *contra* Zangger, 1994: sobre todo 207). Parece evidente que no había ninguna clase capaz de movilizar los recursos necesarios para llevar a cabo este tipo de obras, y la pertenencia a una élite pudo depender más de los méritos personales que de la posición heredada.

En el ámbito religioso se detectan rasgos muy parecidos. Los espacios religiosos micénicos del período anterior eran de dimensiones y contenidos modestos. Por ejemplo, los santuarios del Unterburg o ciudad baja de Tirinto (fig. 8.2: 1) y la Sala XXXII de la Casa G de Asine son comunes y corrientes, aparte del uso de pilares, y en Phylakopi y en Agia Irini se siguieron utilizando los viejos edificios, cada vez más ruinosos. La estructura más importante posiblemente utilizada para prácticas de culto es el «megaron» de Midea, que fue remodelado y utilizado durante gran parte del período Pospalacial (Walberg, 1998a). En Creta también se han identificado numerosas estructuras, pero como arquitectura no tienen nada que llame la atención (D'Agata, 2001: 348-350). Además, salvo raras excepciones, casi todas las ofrendas votivas eran de arcilla. La presencia de grandes figurillas de arcilla con decoración muy elaborada, sobre todo los bóvidos, muy populares en algunos yacimientos y particularmente en Creta (Zeimbekis, 1998: cap. 4), podría reflejar el prestigio de que gozaba este tipo de exvoto incluso entre los miembros dirigentes de la comunidad. Y también podría indicar una escasez de oficios especializados y de materiales, así como las exiguas ventajas que se extraían del otro ámbito común de ostentación social.

En general, pues, se podría decir que la evidencia sugiere que el período Pospalacial se caracterizó por unos logros limitados, una situación probablemente relacionada con una profunda reorganización, o completo desmoronamiento, de la jerarquía social anterior de la que dependía la movilización de recursos. Si se acepta esta hipótesis, entonces no sorprende que el único ámbito que depara numerosa evidencia de desarrollo artístico sea la cerámica, ya que su fabricación resultaba relativamente barata en tiempo y recursos. En el HR IIIC antiguo ya se producían jarras de estribo pintadas en algunos centros de Creta y del Dodecaneso, y también recipientes destinados a pequeñas cantidades de determinados artículos líquidos locales muy apre-

ciados, como aceite perfumado y salsa de pescado (Rutter, 1992: 64), una práctica que se extendió ampliamente durante el HR IIIC medio, momento en que varios centros parecen anunciar su identidad con un estilo propio. Hubo una producción simultánea de grandes vasos ceremoniales, especialmente cráteras, con decoración elaborada muchas veces figurativa, que no solían entrar en las redes de intercambio pero que al parecer se producían en muchos lugares, desde Volos al Menelaion. Los estilos elaborados que exhiben esos vasos denotan influencias mutuas, y la decoración utilizada en las formas más pequeñas recuerda los estilos orientalizantes mucho más tardíos, y dan la impresión de vigor e inventiva artística. Pero no hay que olvidar que la decoración de la inmensa mayoría de la cerámica era infinitamente más sencilla y que, a diferencia del período Orientalizante, los otros oficios no parecen conocer la misma evolución. Se trataría, pues, de un desarrollo real y positivo pero limitado y sin efectos duraderos, ya que en un momento u otro todos estos estilos elaborados desaparecen.

LA DECADENCIA FINAL

La desaparición de la elaborada cerámica pintada suele considerarse el reflejo de un declive de la clientela local y del nivel de intercambio, el principal destino de la producción de la cerámica fina pintada. Ambos guardarían relación con la evidencia ya mencionada de abandono prolongado de muchos yacimientos y seguramente con el continuo descenso de la población. Porque el nivel y la práctica de los oficios dependían del tamaño y de la riqueza de la población que los mantenía, y porque el tipo de mercader empresarial que habría controlado el intercambio durante este período, cuya principal motivación habría sido el lucro personal, habría dejado de planificar viajes al Egeo si sus mercados potenciales estaban desapareciendo. Esta disminución del intercambio se habría traducido a su vez en una menor prosperidad de las comunidades beneficiarias y distribuidoras de aquel intercambio, lo que habría propiciado más abandonos. Es probable que esos procesos autoalimentados estén detrás de la decadencia final de muchas comunidades de la Grecia continental y del Egeo central del período Pospalacial. Puede que desencadenaran los movimientos de población que fueron la base de la tradición del establecimiento griego en Chipre, donde en la época histórica ya dominaba la comunidad grecoparlante (pero véase Catling, 1994: 136-138 para una explicación alternativa), y en el Egeo oriental, como cuentan las historias de la «migración jonia» y otras tradiciones, que podrían pertenecer a un período aún más tardío. Las tradiciones nunca se refieren a las causas de estas migraciones, pero si este análisis de las etapas finales del período Pospa-

lacial es correcto, la causa primordial pudo ser muy bien la simple esperanza en un futuro mejor, parecido al del todavía civilizado Próximo Oriente.

Aquel declive final no afectó a todas las regiones por igual. Creta, donde se han identificado numerosos asentamientos y necrópolis tardíos del MR IIIC y del Submicénico, conservó gran parte de su legado del Bronce y en general parece más prospero que otras partes del Egeo, quizá debido a su posición en plena ruta al Mediterráneo central, que todavía utilizaban muchos comerciantes chipriotas (véase el capítulo 5). Es posible que esta ruta también contribuyera a la supervivencia de comunidades de Acaya y Kefaloniá que siguieron utilizando las tumbas de cámara cuando otras regiones más centrales ya las habían abandonado. Pero la continuidad de tipos de tumba micénicos parece ser un rasgo general de las zonas más septentrionales y occidentales del continente, e incluso se detecta más al este, en yacimientos de la Fócide lindantes con Beocia. Y mientras en otras zonas se abandonan las formas micénicas, en estas regiones remotas reaparecen con frecuencia en sus cerámica, junto a otras supervivencias evidentes, como las tres estatuillas femeninas de la T. 58 de Elateia (Alram-Stern, 1999).

En general las fases finales del HR IIIC, incluido el Submicénico, parecen representar la culminación de unos procesos presentes durante todo el período Pospalacial, el abandono de yacimientos, un descenso de la población y un declive del repertorio y calidad de los productos artesanales, pero también cambios e innovaciones interesantes en la cultura material. Ahora, y no antes, el uso de prendedores metálicos para el vestido y la deposición individual de incineraciones o de urnas con cenizas en fosas y cistas se convierten en la práctica dominante de comunidades enteras. Algunos lugares de culto pospalaciales se abandonan, como la ciudad baja de Tirinto y el Amyklaion (el abandono del santuario de Phylakopi tiene que ser anterior, no más tarde del HR IIIC medio). Los «templos» de Kalapodi y de Agia Irini sobreviven, pero se interrumpen las ofrendas de estatuillas. En algunas regiones, como Acaya y Kefaloniá, la práctica de enterrar estatuillas con los muertos ya había desaparecido mucho antes; ahora parece que dejan de producirse, lo mismo que otros tipos típicamente micénicos, como los «contrapesos» de las túnicas. Hasta la «olla de cocina» estándar ha cambiado (Popham, 1994a: 303).

Presentar estos cambios como «un giro demográfico muy considerable, incluso fundamental, que implicó la llegada de gentes de origen no micénico» (Popham, 1994a: 303) revela un enfoque que ya ha sido puesto en duda. Pero de lo que no hay duda es de que la población de muchas regiones importantes de la Grecia central estaba efectivamente dejando de ser reconocidamente «micénica» en términos materiales, y tan sólo conservaba algunas tradiciones en la cerámica pintada. En otras áreas del continente la tradición

micénica sobrevivió todavía durante algún tiempo, y bastante más algunas tradiciones minoicas en Creta. Desde el punto de vista cultural, y cronológico, no es posible trazar una línea divisoria clara, y algunos comentarios, como «la cultura material de la Grecia central cambió de modo abrupto y radical a principios y mediados del siglo XI» (Morris, I., 1997: 541), son engañosos, porque no hubo ninguna ruptura abrupta ni radical. Los restos materiales indican que lo que hubo fueron cambios culturales importantes, cuyo impacto acumulativo produciría una situación claramente distinta de la que parece haber caracterizado el período Pospalacial.

BIBLIOGRAFÍA

El análisis clásico aunque hoy ya obsoleto del período es Desborough (1964); cf. también Desborough (1972: 19-25). El estudio más reciente y extenso es Popham (1994a), con una perspectiva todavía muy tradicional pero útil para los detalles. Rutter (1992) es interesante, pero se concentra en aspectos muy concretos. En Rehak y Younger (2001: 458-464, 472) se encuentran comentarios útiles sobre la Creta de este período. Los comentarios más detallados sobre las complejas interconexiones visibles en la cerámica se pueden encontrar en los distintos capítulos de Mountjoy (1999).

Varios capítulos en Kyparissi-Apostolika y Papakonstantinou (2003) presentan análisis actualizados del material del HR IIIC y coetáneo hallado en distintos yacimientos y regiones; véase sobre todo Eder (2003).

Para más comentarios sobre las diversas facetas de la cultura material, véanse los capítulos 4-8.

4. La estructura y la economía de las comunidades

El medio y los recursos naturales

El medio egeo ha sido analizado por muchos autores. Teniendo en cuenta los objetivos de este libro, no tiene mucho sentido entrar a profundizar en los detalles, ya que todos los expertos creen que el paisaje de principios de la EHA era seguramente muy similar al actual, lo que significaría que había experimentado cambios sustanciales respecto a su estado original, debido no sólo a los procesos naturales, como la elevación del nivel del mar, la actividad tectónica, la erosión y la inundación aluvial, sino también a milenios de cultivo y diversas explotaciones de los recursos. A finales del Bronce, el mar ya se había elevado lo suficiente para crear más o menos el mapa de islas y líneas de costa de la época clásica, aunque debido a la sedimentación y a los aluviones locales, en algunos lugares la línea de costa estaba retrocediendo. Por ejemplo, las bahías próximas a Iolkos y Troya se estaban desecando, y Tirinto se alejaba cada vez más de la costa.

Durante el Bronce pudieron desencadenarse episodios de erosión debido a una mezcla de condiciones climáticas inhabitualmente adversas y de sobrexplotación de las laderas de las montañas, y aunque se ha sugerido que esos episodios dejaron marcas locales en el Bronce Antiguo, más tarde no hay ningún rastro de episodios de este tipo salvo, quizá, en algunas islas cícládicas (véase Davidson y Tasker, 1982: 89 sobre Melos). De hecho, las consecuencias de los procesos naturales fueron básicamente locales y graduales, y lo más probable es que el cambio más espectacular fuera provocado por la erupción del volcán de Thera a principios del Bronce reciente, una erupción que se tragó el centro de la isla original. Pero antes del final del Tercer Período Palacial ya volvía a ser habitable, y los efectos mayores de la erupción en el sur del Egeo fueron efímeros.

Algunos estudios recientes sobre cambios climáticos sugieren que el Egeo era claramente menos árido en el Holoceno antiguo y que el típico régimen mediterráneo de veranos muy secos se estableció de forma progresiva durante el Bronce, para instalarse definitivamente a partir del siglo XIII (Rackham y Moody, 1996: XVI-XVII, 39; Moody, 2003 sugiere que la aridez fue peor en el siglo X y que duró hasta *ca.* 800). Durante el proceso se habrían producido notables fluctuaciones (cf. Rackham y Moody, 1996: 41: «Es una falacia suponer [como hacen la mayoría de autores] que el clima permaneció constante en otros períodos cuando apenas se dejaba constancia escrita»). En cualquier caso, como ha señalado Osborne (1996: 54-55), el clima de Grecia es muy variable, no sólo de un año a otro sino entre una localidad y otra, lo que crea una considerable variedad de nichos ecológicos. De modo que incluso un ligero cambio general del clima pudo tener un profundo impacto a escala local, especialmente en la vegetación. Pero la tesis de que un cambio a unas condiciones más húmedas habría tenido importantes efectos generales en los procesos de erosión no parece contar con bases suficientemente sólidas: unos aguaceros repentinos habrían tenido un impacto mayor (Rackham y Moody, 1996: 23-24). Las variaciones climáticas pudieron ser uno de los factores determinantes de la elección del lugar para asentarse y proseguir con el régimen agrícola, e incluso una de las fuerzas que impulsaron las migraciones, pero hasta el momento las hipótesis sobre estos efectos son puramente especulativas.

Cada vez son más los que creen que los efectos de la explotación humana no fueron tan uniformes y nocivos para el medio egeo como se ha sugerido. Es muy posible que la demanda de madera para la construcción y sobre todo para combustible provocara una reducción de los bosques, sobre todo en las islas menores donde este recurso era limitado, pero una profunda alteración de la vegetación casi siempre refleja un cambio climático (Rackham y Moody, 1996: 126, 127, 137). Hay un cambio que siempre indica actividad humana: el cultivo generalizado de olivos domésticos y de otros árboles frutales. Aunque tras el colapso de las economías palaciales dejaron de explotarse de modo intensivo, en algunas regiones todavía eran corrientes. Se ha subestimado la capacidad de regeneración de los bosques en períodos de menor actividad humana (Rackham y Moody, 1996: 137-138), y es probable que fuera un rasgo de la EHA (véase Zangger *et al.*, 1997: 593 sobre un notable incremento de la encina caduca en la región de Pilos). Aun así, el paisaje resultante habría sido mucho más parecido al de la época Clásica y al de la Grecia posterior, incluida la actual, que el presunto paisaje de comienzos de la Edad del Bronce (Wallace, 2000: 96 nf. 17 dice que la evidencia cretense muestra que la variedad de matorrales y garrigas era similar a la de la época moderna).

La fauna mayor salvaje que se identifica en la Grecia continental en contextos del Bronce (Dickinson, 1994a: 28) pudo escasear hacia el final del Bronce, pero es muy posible que el número de especies comunes aumentara de nuevo durante la EHA. El ciervo está perfectamente representado en los depósitos de la EHA de Nichoria, y también se documenta el corzo, el cerdo salvaje y el zorro. La ausencia de liebres y lobos (que nunca se han podido verificar en Nichoria) cabría atribuirla al potencial de variación de muestras relativamente pequeñas, un factor que ha puesto de relieve el estudio de una gran muestra de huesos del MR IIIC-GR de Kavousi, en Creta, puesto que incluye un buen número de huesos de liebre, de tejón y de cabra montesa, algunos de gamo, de comadreja, de gato salvaje y de marta, y hasta espinas de peces y restos de cangrejo, pero no de ciervo, aunque este animal sí se documenta en otros lugares —en Khamalevri podría haber incluso cerdos y reses salvajes (cuadro 4.1; sobre Kavousi, véase Snyder y Klippel, 2000: 68). En

CUADRO 4.1. Fauna de yacimientos cretenses pospalaciales-EHA, con el porcentaje de restos de las especies principales

Yacimiento/ fecha	Ovicápridos (%)	Cerdo (%)	Vacuno (%)	Otros (se incluyen % si se conocen)
Kavousi: Kastro mayoría MR IIIC-PG)	82,2	7,7	8,6	Caballo (<1), gamo (<1), cabra montesa (<0,1), perro, pequeñas cantidades de liebre, tejón y otros animales salvajes pequeños; marisco
Kavousi: Vronda (MR IIIC)	70,0	15,9	5,0	Caballo (1), cabra montesa, perro, liebre
Monastiraki: Halasmenos (MR IIIC)	72,9	16,7	5,2	Caballo (2,1), perro
Khamalevri (MR IIIC)	41,3	15,0	7,4	Mamíferos medios indeterminados (15,7) y grandes mamíferos (3,6), caballo (1,3), *gamo* (1,4), ciervo (1,3), venado indeterminado (9,1), cerdo salvaje, vacuno salvaje, perro, liebre, tejón
Khaniá (MR IIIC)	56,0	26,0	9,0	Caballo, gamo, ciervo
Templo de Kommos A (SM-PG)	55,0	10,0	35,0	Liebre, ciervo, perro, marisco (cuantificado individualmente)
Otros SM-PG en el área del santuario de Kommos	55,6	–	44,0	Liebre, marisco (cuantificado individualmente)

FUENTE: según Wallace (2000: 97, tabla 3).

Assiros, en Macedonia, en los estratos correspondientes al Bronce final y a la EHA se documenta la liebre y las tres especies de cérvido (Halstead y Jones en Wardle, 1980: 266). Las fuentes clásicas y algunas más tardías informan de la supervivencia del lobo y quizá del oso en el sur de Grecia, seguramente en las regiones más montañosas, e incluso de alguna forma de león en Macedonia-Tracia.

La población del Bronce tuvo que acumular muchos conocimientos sobre el medio, sus recursos y los métodos para explotarlos, y también sobre la calidad de los distintos tipos de suelo y las técnicas necesarias para cultivarlos debidamente, sobre las propiedades de las plantas y la distribución y usos de los materiales, como la arcilla de alfarero, y asimismo sobre los tipos de piedra y de madera, los materiales colorantes, las vetas metalíferas y otros minerales. Pero si bien se acepta la hipótesis de un abandono generalizado de muchos asentamientos durante los siglos XII y XI, seguimos ignorando el volumen de conocimientos transmitidos a épocas posteriores sobre la distribución de los materiales más raros, que pudo ser un coto cerrado de los especialistas. Esto, junto con la desaparición de las oficios más selectos y de sus especialistas, pudo provocar la pérdida del saber local, mientras que la merma de contactos en el Egeo habría reducido las ocasiones para divulgar la información. De modo que a finales del Bronce se habían dejado de usar todas las piedras finas que se habían utilizado previamente para manufacturar vasos, sellos de piedra, gemas, engarces y distintos elementos arquitectónicos, y en algún caso concreto, como el *lapis lacedaemonius*, se dejaría de utilizar durante muchos siglos. Los cambios tecnológicos también habrían tenido su impacto: aunque todavía se fabricaban útiles de piedra, parece que se interrumpió la demanda de obsidiana.

Este punto es importante en relación con el uso de los metales. El Egeo no es rico en recursos, pero en el norte de Grecia y en la región de Lavrion, en Ática, se han identificado grandes zonas polimetálicas que contienen esencialmente plata, plomo y cobre, y a veces también hierro, y se han detectado fuentes más pequeñas en todas las islas del Egeo (Stos-Gale y Macdonald, 1991: 254-255; véase asimismo Stos-Gale, 1998: 718). En Tesalia, Eubea y el Peloponeso oriental también hay pequeñas minas de cobre (aunque Stos-Gale *et al.*, 1999: 105 recuerdan que las fuentes del Peloponeso son insignificantes, salvo Hermione, y que no se puede comparar su composición de isótopos de plomo con la de los ítems de Nichoria), y muchas minas de hierro dispersas por todo el territorio, grandes y pequeñas (como demuestra Snodgrass, 1980b, fig. 10.2). Pero nada demuestra que, porque existían recursos, también se explotaran, una asociación que vemos con frecuencia y que de hecho se da por sentada en el caso de los recursos de cobre y hierro de Eubea y de Beocia (recientemente, Tandy, 1997: 64; véase Bakhuizen, 1976:

45-52 sobre esos recursos, y en *AR* 40 [1993-1994] 35 Bakhuizen informa de que no se han hallado indicios de explotación antigua de la fuente de hierro más rica). Las pautas de explotación antigua son erráticas. Por ejemplo, la aparente explotación a principios del Bronce de las minas de plata de Sifnos ya parece abandonada en el Bronce final, para reanudarse a gran escala en la época arcaica (Heródoto 3.57); en cambio, las minas de cobre o de hierro asociadas parecen haberse ignorado, al menos durante la época clásica (Gale, 1979: 43-44). Tampoco parece que las minas de cobre y de hierro de Thasos se explotaran a fondo durante el Bronce. El cobre utilizado en Thasos podría proceder de una gran variedad de fuentes (Koukouli-Chrysanthaki, 1992: 784-801).

Es posible que en el Bronce se explotaran pequeñas minas de oro en el Egeo (Lemos, 2002: 134), y que Laurion fuera la fuente de toda la plata, de todo el plomo y de gran parte del cobre utilizados en el Bronce reciente. Pero esta hipótesis depende de que se acepten los resultados de los análisis de los isótopos de plomo de las «huellas digitales» de los minerales, que ya no parecen tan concluyentes ni tan claras como cuando se presentaron por primera vez (véanse referencias en la bibliografía de este capítulo), y no cabe descartar la posibilidad de que se explotaran fuentes del norte del Egeo (Stos-Gale y Macdonald, 1991: 255-262). Existe evidencia plausible de explotación continuada de Laurion en el período Pospalacial, ya que varios artefactos de Perati, situado en las inmediaciones, son de plata (que según Stos-Gale y Macdonald, 1991: 271 procedería de Laurion), y en la T. 137 se recuperó un montón de escoria de cobre (Iakovidis, 1969: 237, 239). También es posible que a partir de entonces se interrumpiera el trabajo, ya que desde que a mediados del siglo IX se vuelve a documentar la explotación minera (Coldstream, 1977: 70), ésta parece concentrarse únicamente en la plata. Hasta este momento no se ha identificado cobre en Laurion en contextos posteriores al Bronce, y como se sabe que actualmente en Laurion todavía hay grandes cantidades de mineral de cobre, la explicación más sencilla es que cuando allí se reinició la minería, este mineral ya no resultaba rentable. Quizá porque el cobre chipriota y su distribución ya resultaban lo suficientemente baratos como para retirar el producto de Laurion del mercado, o porque la producción de plata resultaba mucho más lucrativa. En Laurion también hay evidencia de metalurgia del hierro (por ej., Photos-Jones y Ellis Jones, 1994: 338, 355-356), pero en fecha no muy temprana y posiblemente relacionada sólo con la producción para fines locales.

De hecho no contamos con datos fehacientes que nos indiquen cuándo se explotaron por primera vez las fuentes egeas; *contra* Morris (1992: 117-118 y ss), es muy improbable que se buscaran, y menos que se explotaran, fuentes mucho antes de principios del Bronce (cf. Sherratt, 1993: 917), ni apenas

existe evidencia relativa al origen del hierro utilizado en la metalurgia local (véase más adelante el capítulo 5, pp. 179-181). Markoe (1998: 234-235) cita a Varoufakis respecto a los indicios de explotación de unas minas de hierro al oeste de Creta en el siglo VIII, si no antes, y la escoria de hierro hallada en Asine sugiere un origen en las minas de Hermione (Backe-Forsberg *et al.*, 2000-2001: 31-34). El hallazgo de escoria de fundición de hierro en Nichoria sugiere que el mineral venía de fuera del yacimiento, quizá del oeste de Creta o del otro lado del golfo de Mesenia (*Nichoria I*: 184, tabla 12.1; véase 216-217 sobre fuentes), pero no hay nada que lo demuestre. En esta zona se necesitan urgentemente más datos.

Cuesta creer que las gentes de la EHA desconocieran las fuentes metalíferas, y en particular una tan rica como Laurion, precisamente cuando el nivel del comercio había descendido y los recursos eran demasiado escasos como para comprar y transportar el metal desde muy lejos. Pero puede que hubiera buenas razones para interrumpir temporalmente la producción metalúrgica en el período Pospalacial y en la EHA, aparte de la inseguridad general del período y de la más que probable escasez de mano de obra cualificada. Por ejemplo, que se hubiera alcanzado el nivel del agua, o el agotamiento de los minerales, sobre todo en las Cícladas donde, a diferencia de Laurion, el mineral se encuentra en vetas y bolsas dispersas (Z. A. Stos, com. pers.), o la necesidad de madera a gran escala, especialmente como combustible para los trabajos de fundición (cf. comentarios en Muhly *et al.*, 1982: 28, 116, 357; Wertime, 1983; pero Pickles y Peltenburg, 1998: 84 se muestran escépticos respecto a una escasez de madera en Próximo Oriente). Si el abastecimiento local de madera se hubiera agotado temporalmente, se habría tenido que abandonar la minería a gran escala y recurrir a costosas importaciones de otras regiones, y esta alternativa sólo merecía la pena si los resultados eran realmente provechosos. Esto explicaría que el mineral de Nichoria, por ejemplo, se llevara a fundir a yacimientos muy alejados de las posibles fuentes.

Patrones de asentamiento

Todo ello ayuda a establecer el telón de fondo de la forma de vida de la población de la EHA, pero llegar a conocer con detalle aquellas vidas es bastante más difícil, porque la evidencia hallada en los lugares de ocupación de la EHA es muy exigua. En los yacimientos que se han investigado a fondo tampoco se han encontrado restos estructurales relevantes, y los datos que se han publicado de los análisis científicos que se han realizado, ya sea de los huesos animales, de los restos vegetales, ítems metálicos o cerámicas, son muy escasos. Pero lo que sin duda alguna plantea mayores problemas es la

falta de datos fiables sobre la propia existencia de yacimientos. Los nuevos descubrimientos permiten situar en el mapa nuevos puntos susceptibles de representar yacimientos ocupados durante una parte o todo el período *ca.* 1050-*ca.* 800 (figs. 4.1, 4.1a) pero, al igual que en el período Pospalacial, muchos de esos puntos sólo representan enterramientos –documentados o posibles–, no los asentamientos que los realizaron. Y aun incluyéndolos, la dis-

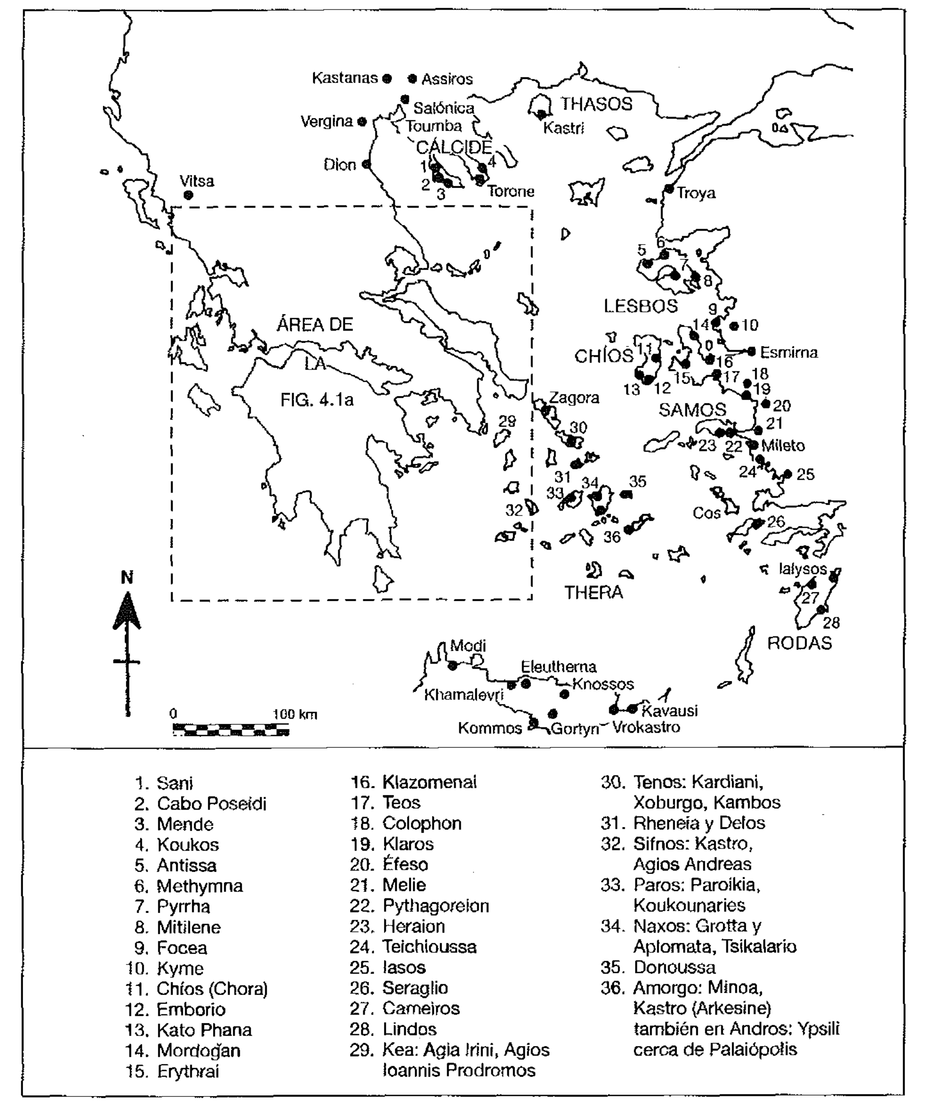
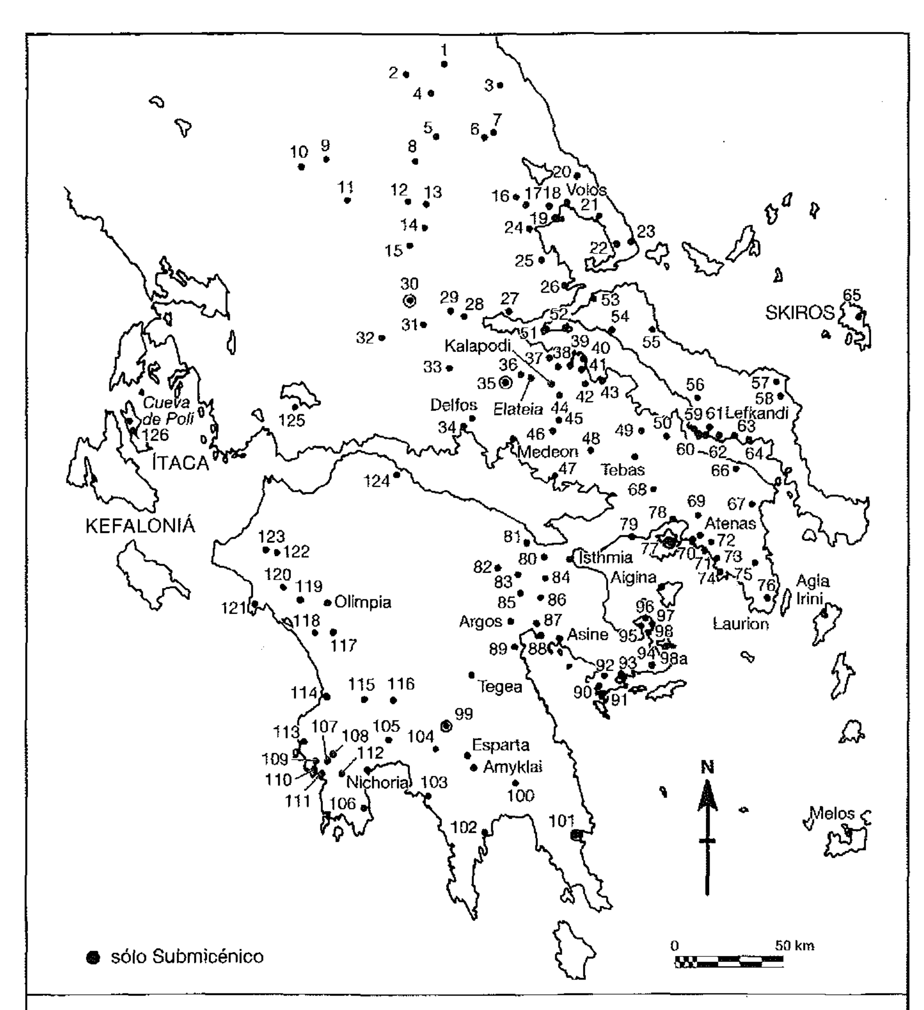


FIGURA 4.1. Distribución de yacimientos fuera del sur continental (*ca.* 1050-800).



Estos mapas tratan de mostrar el máximo de yacimientos posibles que han producido evidencia de uso entre *ca.* 1050 y *ca.* 800, incluidos aquellos cuyo único o último material es submicénico, salvo en Macedonia, Thasos y Creta, donde se muestran solamente algunos de los más importantes. Estos yacimientos se basan en distintas fuentes, y su ubicación es en algunos casos aproximada. Es indudable que los mapas son todavía incompletos. Mis fuentes principales son: Desborough (1972), Coldstream (1977), Catling (1998), Mountjoy (1999) y Lemos (2002), complementadas básicamente con Sackett *et al.* (1966) (Eubea), Coulson (1986) (Mesenia), Eder (1999) (la Élide), diversas publicaciones de la Sra. Ph. Dakoronia sobre la Lócride y Ftiotis modernas, e información muy útil sobre Tesalia del Dr. I. Georganas.

FIGURA 4.1a. Distribución de yacimientos del sur continental (*ca.* 1050-800).

1. Retziouni
2. Elasson: Chyretiai
3. Homolion
4. Agyroupoli
5. Lárisa (Mesorachi, Platykambos y Lykoudi están cerca)
6. Mamariani (al sur, Kastri Agias)
7. Chasambali
8. Krannon
9. Trikkala
10. Phiki
11. Karditsa (Kedros y Paliouri están cerca)
12. Ktouri
13. Palaiokastro
14. Farsala
15. Domokos: Neo Monastiri
16. Velestino: Pherai
17. Aerinos (aproximado)
18. Sesklo
19. Megali Velanidia
20. Lestiani
21. Maleai
22. Argalasti
23. Theotokou
24. Tebas Ftiótica
25. Nea Halos (al noroeste, Platanos)
26. Pteleon
27. Stylis
28. Lamia
29. Bikiorema (Tymbanos está cerca)
30. Arkhani
31. Ypati
32. Perivoli
33. Pavliani
34. Itea
35. Amphikleia
36. Agios Athanasios: Modi
37. Agnanti
38. Aï-Georgis
39. Megaplatanos (cerca está Palaiokastro y al norte Roustiani)
40. Livanates: Kynos (al este está Palaiokastro)
41. Atalanti
42. Kastraki
43. Mitrou y Tragana Lokridos
44. Hyampolis
45. Orchomenos
46. Vranezi
47. Mali
48. Askra
49. Paralimni
50. Rhitsona
51. Likhas
52. Yialtra
53. Oreoi
54. Rovies
55. Kerinthos
56. Psakhna
57. Kyme
58. Oxylithos
59. Chalkis
60. Nea Lampsakos
61. Phylla
62. Eretria
63. Magoula
64. Amarynthos
65. Necrópolis de Skiros
66. Skala Oropou
67. Maratón
68. Panakton
69. Menidi
70. Palaia Kokkinia
71. Mounychia
72. Monte Hymettos
73. Aliki
74. Anavyssos
75. Merenda
76. Thorikos
77. Salamina: necrópolis de Arsenal (no situados en Salamina: Tsami/Tani)
78. Eleusis
79. Megara
80. Corinto
81. Vello
82. Philius
83. Cleonai
84. Athikia
85. Micenas
86. Berbati
87. Tirinto
88. Nauplia
89. Lerna
90. Vista (C12)
91. Halieis
92. Kranidhi (carretera B17)
93. Hermione
94. Sambariza
95. Megalochori: Methana
96. Kounoupitsa
97. Oga
98. Loutra
98a. Kalauria
99. Pellana
100. Geraki
101. Epidauros Limera
102. Mavrovouni
103. Kardamyli
104. Volimnos
105. Antheia y Aithaia
106. Kaphirio
107. Pilos
108. Volimidia
109. Beylerbey
110. Tragana
111. Koryphasion y Osmanaga
112. Koukounara
113. Ordines
114. Rizes
115. Malthi
116. Tsoukaleika
117. Gryllos
118. Samikon
119. Salmoni
120. Lasteika
121. Agios Andreas
122. Keramidia
123. Elis
124. Derveni
125. Gavalou
126. Aëtos

tribución sigue siendo muy limitada comparada con el Tercer Período Palacial, y durante gran parte de la EHA es muy difícil identificar alguno en las provincias más relevantes, como Laconia.

A pesar de todo es preciso reseñar una diferencia importante entre Creta y el resto de Grecia. Porque en Creta la evidencia de un abandono progresivo de muchos grandes centros del Bronce se compensa con la evidencia del establecimiento de muchos asentamientos nuevos, sobre todo durante el siglo XII (fig. 4.3), muchos de ellos ocupados de forma ininterrumpida hasta la EHA. Pero fuera de Creta la falta de indicios de la existencia de asentamientos ha alimentado la tesis de una drástica reducción de la población (véase p. 116), aunque habría otras explicaciones. Algunos creen, por ejemplo, que la población se concentró en los mejores lugares de buena tierra cultivable, de acuerdo con un largo patrón cíclico de expansión y contracción de la explotación del suelo. Según este modelo, en la fase contractiva, el asentamiento se concentra en las mejores tierras y la economía se basa en la agricultura cerealista, mientras que en la fase expansiva la población se disemina por todo el territorio en forma de granjas, creando un patrón de explotación intensiva de cultivos más rentables destinados a un mercado externo, como el aceite de oliva (van Andel y Runnels, 1987: 167-168). No obstante, cuesta creer que la economía de los asentamientos dependiera efectivamente de este tipo de mercados, como los ejemplos que propone Purcell (1990: 51-52). Quizá haya algo de verdad en ese patrón cíclico, aunque se ajusta mejor a los períodos históricos con unos sistemas de mercado mucho más sofisticados que ya han incorporado la acuñación de moneda; y la evidencia, siendo la que es, tampoco induce fácilmente a plantear hipótesis que se puedan aplicar a todo el Egeo. Además, llama la atención el número de yacimientos prósperos de la EHA que están cerca del mar o que tienen claros contactos ultramarinos, una indicación de que fueron importantes durante la EHA, contrariamente a lo que se creía (véase más adelante, el capítulo 7).

Frente a quienes sostienen que la población no disminuyó de forma significativa sino que sencillamente se concentró en torno a las mejores tierras, habría que recordar que ninguno de los asentamientos supervivientes recuperó su tamaño del período Pospalacial, algo que de no haberse producido una caída importante de la población total sería inexplicable. El patrón de asentamiento muestra más bien lo que serían pequeñas manchas ocupadas aisladas que representarían apenas unas cuantas familias cada una. Suelen distribuirse en torno a una acrópolis central, como en Tirinto y Argos (cf. Kilian, 1988: 146-147 figs. 19a-b, 151; y más recientemente Papadimitriou, 1998: 118-119 figs. 1a-b sobre Tirinto, y Lemos, 2003: 139 fig. 10 sobre Argos), aunque en Nichoria no se documenta este tipo de espacio central.

Este es el patrón de asentamiento que suele inferirse cuando se descubre una serie de necrópolis dispersas, dando por supuesto que cada necrópolis estaba asociada a un área de ocupación, y este patrón se suele comparar con el que describen Tucídides (1.10.2) y Aristóteles (*Política* 1252b.28) y considerado típico de la «antigua Grecia». Muchos asentamientos presentan este tipo de necrópolis dispersas: aparte de los ya mencionados, Asine y Skiros son buenos ejemplos (Lemos, 2003: 137 fig. 8, 169 fig. 17; véase asimismo Coldstream, 1977: 174 sobre Corinto). Pero para algunos casos que presentan varias zonas distintas de necrópolis se ha postulado la existencia de un gran asentamiento nucleado, entre otros Knossos (Coldstream, 2000; véase *North-Cem*: 713 il. 27 sobre las necrópolis) y Lefkandi. Según Papadopoulos la ocupación de Atenas se concentró en la propia Acrópolis, mientras que en el Ágora se estableció un barrio de alfareros (2003: cap. 5). Aún no se explica por qué varias necrópolis, incluida la del Kerameikós, estaban a más de un kilómetro de distancia de la Acrópolis (fig. 4.2), pero también las necrópolis conocidas de Lefkandi se hallan a varios centenares de metros de Xerópolis (Lemos, 2003: 141 fig. 12).

Es evidente que necrópolis separadas no tienen por qué representar necesariamente áreas de ocupación separadas; sin embargo no se puede ignorar la evidencia de Tirinto porque, a diferencia de Atenas y de Argos, no fue una gran ciudad en la Grecia histórica; así pues, su especificidad no se puede justificar diciendo que las construcciones posteriores borraron todo vestigio de sus antiguos restos. En su análisis de los hallazgos de Tirinto, Papadimitriou (1998) propone un paisaje de áreas de habitación separadas, discernibles incluso en la acrópolis, que en las fases submicénica-geométrica fueron aumentando a un ritmo constante. Pero sí hubo algunos asentamientos nucleados de cierta envergadura: es evidente que Esmirna estuvo rodeada de una muralla fortificada fechable desde finales del siglo IX, lo que indicaría que contaba con una importante población que defender.

Aunque la cantidad de materiales hallados en un yacimiento continental no siempre permite certificar que se trata de un gran asentamiento, en la inmensa mayoría de los casos suele ser la interpretación más plausible, ya que los yacimientos identificables solían convertirse más tarde en una *polis*, en una ciudad o un gran poblado. Las nuevas prospecciones refuerzan constantemente esta impresión. Así, la prospección intensiva llevada a cabo en la península de Methana ha deparado evidencia protogeométrica en cuatro yacimientos (Mee y Forbes, 1997: 57, 59; cf. Foxhall, 1995: 246). Todos parecen ser razonablemente grandes y tres de ellos son sin lugar a dudas los centros «naturales» del asentamiento, ya que fueron los mayores enclaves del período micénico y siguieron ocupados hasta convertirse en los principales centros de población después de la EHA. Y entre los yacimientos estudiados en

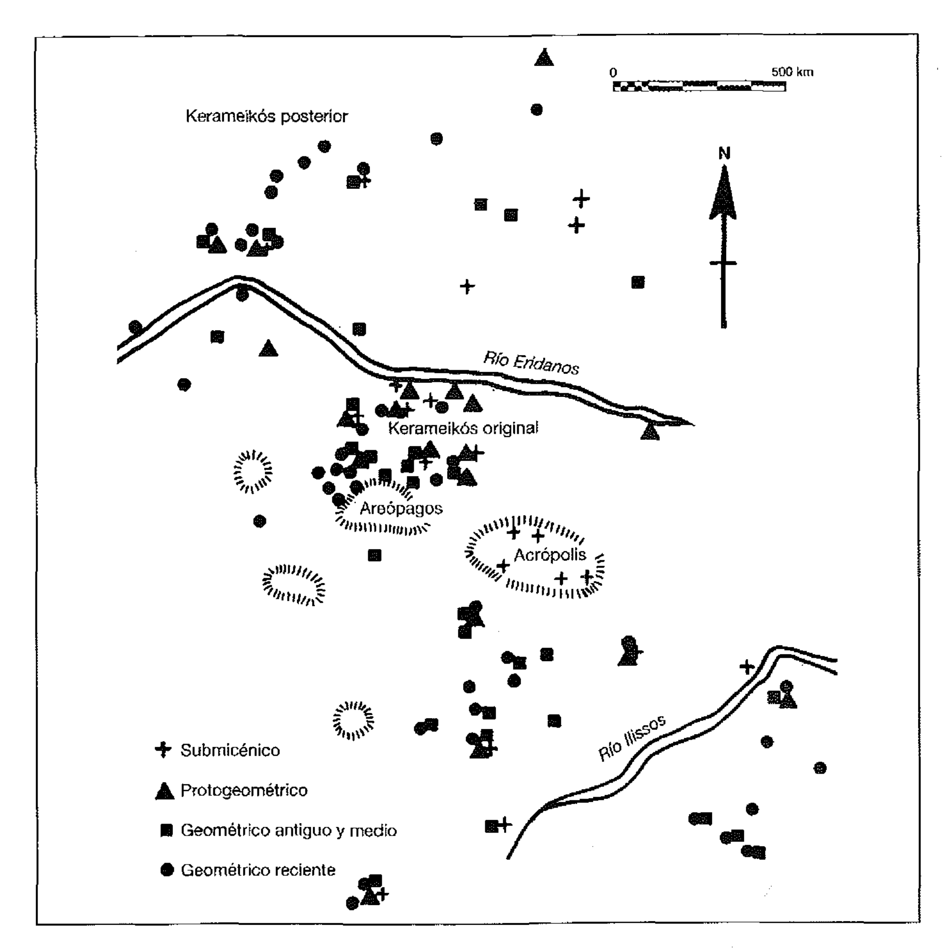


Figura 4.2. Plano de Atenas en la EHA (según Papadopoulos, 2003: 199, fig. 15).

el marco del Pilos Regional Archaeological Project (PRAP), el propio Pilos y los otros dos yacimientos micénicos mayores identificados (Beylerbey, cerca de Pilos, y Ordines, considerados dos de los posibles centros administrativos que se documentan en los textos de Lineal B) son los más relevantes de cuantos depararon indicios de ocupación durante el Pospalacial y la EHA (Davis *et al.*, 1997: 451-453).

Pero en ninguna región continental la evidencia permite definir claramente un patrón de asentamiento, y menos una jerarquía de asentamientos. En muy pocas áreas se han identificado suficientes yacimientos que permitan insinuar al menos los principales componentes de un patrón. En la Argólida central, por ejemplo, se detecta con cierta seguridad una ocupación continua

en Argos, Tirinto, Micenas y Asine. Varias islas han deparado evidencia de dos o tres –tal vez más– asentamientos protogeométricos aislados, como en Lesbos (Lemos, 2002: 238-240). Al oeste de la Grecia central se han identificado relativamente muchos yacimientos que fueron importantes en el HR IIIC y en el Protogeométrico, y lo mismo cabe decir del centro-sur de Eubea, donde hay una serie de yacimientos importantes próximos o junto a la costa, desde Psakhna al norte de Chalkis hasta Amarynthos (cf. Sackett *et al.*, 1966: 106-107). Una aparente laguna en la historia de sus respectivos asentamientos –ya que en casi todos los casos la cerámica PG que se ha documentado parece ser del Protogeométrico reciente si no del Subprotogeométrico– podría ser tan poco real como en Lefkandi: Xerópolis. Aquí las nuevas excavaciones (*AR* 50 [2003-2004] 39, y 51 [2004-2005] 50-51) han recuperado evidencia que prácticamente confirma que hubo continuidad de ocupación desde el HR IIIC, algo que ya sugerían las necrópolis y el relleno del heroon (*Lefkandi II, 1*: 91; cf. Lemos, 2002: 140, 146). No obstante, el contexto más inmediato de Lefkandi es todavía un poco oscuro. No hay otro asentamiento importante en su entorno inmediato, aunque sí evidencia de yacimientos más pequeños, como la vecina Phylla (*AR* 44 [1997-1998] 65), y se ha constatado que en una fase tardía del PG de Chalkis, Eretria y Skala Oropou estuvieron ocupados. Pero por el momento algunos yacimientos importantes, como Nichoria y Atenas, siguen prácticamente aislados, sin satélites próximos.

En Creta el panorama es completamente distinto. Como antes decíamos, se han identificado muchos nuevos asentamientos del siglo XII, especialmente en el este de Creta (D'Agata, 1999b: 182 n. 7 presenta una síntesis útil, centrada en los yacimientos principales). En la fig. 4.3 se muestran más de 130 asentamientos del MR IIIC. Están, como siempre, en zonas de montaña, a menudo bastante remotas y a veces en regiones al parecer no muy explotadas durante el Bronce, y son razonablemente grandes, de *ca.* 1-4 ha de extensión estimada (Wallace, 2000: 90, 92 fig. 15; véase el cuadro 4.2). Su mayor visibilidad podría indicar que la inmensa mayoría se abandonaron, a diferencia de muchos, por no decir la mayoría, de los yacimientos importantes de la EHA del continente y de las islas. El área de ocupación de estos yacimientos puede ser nucleada y amplia, como en Karphi, o agrupada en pequeños conglomerados separados pero próximos que parecen formar una sola unidad de ocupación, como suele ser frecuente en la región de Kavousi (Haggis, 2001: 45-51; fig. 4.4). Estas aglomeraciones están bastante más espaciadas unas de otras, entre 0,5-1 km, que el patrón basado en distintas áreas de ocupación estrechamente relacionadas entre sí que se observa en algunos yacimientos de la Grecia continental, pero parece que Haggis (1999, 2000) cree que ambas clases reflejan fenómenos similares, y que representarían el típico patrón de asentamiento de la EHA.

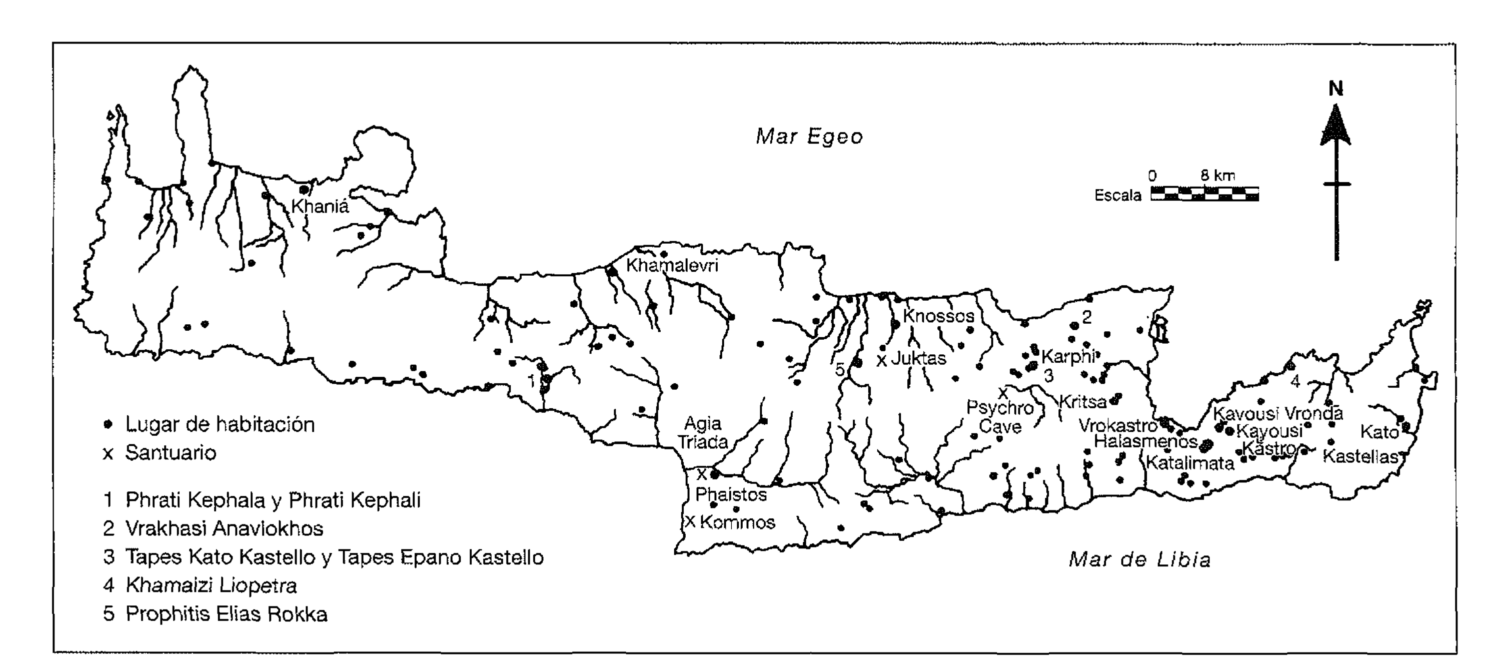


Figura 4.3. Yacimientos del MR IIIC de Creta (según Wallace, 2000: 61, fig. 1).

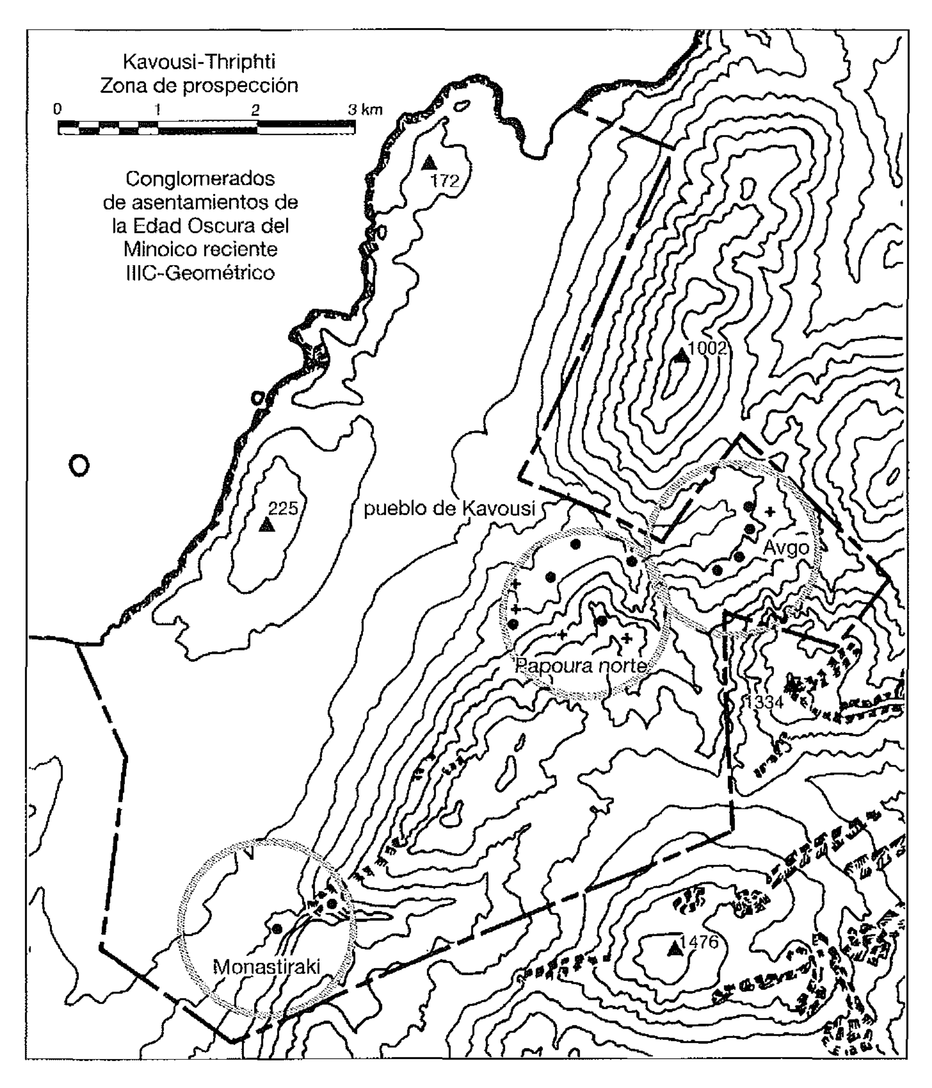


FIGURA 4.4. Plano de los conglomerados de asentamientos del área de Kavousi. Cortesía del profesor D. Haggis.

La aglomeración de yacimientos, que Haggis interpreta como base de la familia extensa, con posibles interrelaciones entre distintas aglomeraciones, podría ser un fenómeno distintivo de la Creta oriental. Wallace advierte que algunos yacimientos de la Creta central están mucho más espaciados y nucleados que en el este, donde a menudo las áreas teóricas de captación de cada yacimiento (de una hora) se solapan. La autora también llama la atención sobre algunos casos en los que varios pequeños asentamientos parecen

depender de uno mayor, como en Karphi (2000: 83-85), aunque no detecta una estructura jerárquica general en la distribución de los yacimientos en función de su tamaño (2000: 90). De los yacimientos fundados en el MR IIIC, más de la mitad, en general los más remotos y «defendibles», se abandonaron en el siglo X en el marco de un proceso de nucleación demográfica localizada; en la misma época también se fundaron unos pocos asentamientos nuevos (Wallace, 2003b: 257-259). El patrón de asentamiento de los siglos VIII al VI se basó directamente en aquella nucleación; algunos asentamientos se hicieron muy grandes, y se convertirían en los centros de las futuras *poleis*.

El tamaño de la población

De la evidencia se desprende, pues, la impresión general de que los asentamientos de fuera de Creta eran más pequeños y menos numerosos que incluso en el período Pospalacial y que por supuesto en el Bronce reciente y, por lo tanto, que la población total del Egeo en la EHA pudo ser muy baja. La idea de una baja densidad demográfica tras el declive masivo durante el período Pospalacial se ha consolidado, en buena medida debido a la influencia de Snodgrass y de Desborough. Al principio Snodgrass interpretó que la evidencia arqueológica indicaba un descenso del 75 % de la población egea a finales del Bronce (1971: 367), y que durante los siglos XI y X regiones e islas enteras habían quedado casi desiertas (1971: 89, 131). Aunque últimamente se ha mostrado más cauto, cree que todos los indicios apuntan a una población muy mermada ([1971], 2000: XXX-XXXI). Por su parte Desborough proponía una disminución aún más catastrófica de la población, y afirmaba que en *ca.* 1100 ya sólo suponía «una décima parte de lo que había sido un siglo antes» (1972: 18), pero era reacio a aceptar la idea de unas regiones totalmente abandonadas (cf. 1972: 172 sobre el Dodecaneso, 241 sobre Laconia) y parecía decantarse por una omnipresencia de comunidades pequeñas y, por lo tanto, difíciles de localizar. Ambos autores basaban sus razonamientos esencialmente en una comparación del total aproximado de yacimientos identificados de cada período, aunque Snodgrass recordaba no hace mucho que las prospecciones realizadas en muchas partes de Grecia únicamente habían conseguido detectar unos pocos yacimientos de la EHA ([1971], 2000: XXX). Ambos autores estaban de acuerdo en que se produjo una gran emigración durante el período Pospalacial, especialmente de la zona central micénica, y llamaban la atención sobre la evidencia de más destrucción y abandono de yacimientos en la fase final del Bronce para explicar los persistentes bajos niveles demográficos de la EHA.

Su interpretación ha tenido mucha influencia: I. Morris (1997: 540, abarca *ca.* 1250-1100) y Tandy (1997: 20, abarca *ca.* 1200-1000) presentan estimaciones de un descenso/caída de hasta un 75 % de la población. Pero no todos piensan lo mismo. Papadopoulos niega implícitamente las «insinuaciones de pobreza y despoblación de las zonas rurales inherentes a la visión tradicional del período» (1996a: 254) y prefiere pensar que buena parte de la población optó por dispersarse hacia las zonas rurales, en lugar de concentrarse en los yacimientos supervivientes, desde los que, con el tiempo, habrían recolonizado el campo. Dietz parece proponer una idea muy parecida aunque, a juzgar por su referencia a Asine, no parece contemplar una dispersión muy amplia:

> La despoblación durante el período Submicénico y las primeras fases del Protogeométrico, bien documentadas en casi todos los grandes centros, se debió no sólo a un cambio de modelo que supuso el regreso a una economía predominantemente rural sino también a las inmigraciones. Los campesinos de la Edad Oscura vivieron cerca de los campos, no de las ciudadelas. [...] Pero es preciso admitir que sólo en Asine parece avalarse esta hipótesis (Dietz, 1982: 102).

Muchos autores sostienen que los asentamientos de las zonas rurales son demasiado pequeños para poderlos reconocer arqueológicamente, o que hay otras explicaciones de por qué es tan difícil detectar evidencia de ocupación durante la EHA.

Como el tamaño de la población constituye un elemento crucial para el conocimiento del período, es preciso considerar seriamente la posibilidad de que los datos se hayan malinterpretado sistemáticamente o que nuestro enfoque contenga algún otro error. En cambio sí podemos descartar las sugerencias de que los yacimientos son difíciles de identificar porque la población se hizo nómada o seminómada en torno a la fase de transición del Pospalacial a la EHA, y que solamente regresaba a las aldeas para enterrar a los muertos. (Thomas y Conant, 1999: 32, véase asimismo 43-44, 92). Es imposible imaginar una circunstancia en la que éste fuera un modo mejor de autoabastecerse que seguir cultivando y criando ganado como habían hecho sus antepasados durante generaciones (véanse pp. 128-132 sobre pastoreo).

Aunque no es infrecuente que algunos yacimientos que inicialmente parecían abandonados sean en realidad necrópolis y que, por consiguiente, no representen más que un cambio de lugar funerario, la mayoría se consideran asentamientos potenciales, detectados mediante prospección. Pero la evidencia que descubren las prospecciones ha de manejarse con cautela, como veíamos en el capítulo 2 (p. 62). El hecho de que las fases del Pospalacial y de la EHA sean más difíciles de identificar mediante prospección que la del

Tercer Período Palacial o la de la época clásica siempre ha constituido un problema fundamental, porque carecen de formas cerámicas que sean a la vez comunes y fácilmente diagnosticables (cf. Foxhall, 1995: 249 n. 46 sobre la relativa facilidad para identificar y distinguir la cerámica del GR de la del PG). Pero cabe destacar el hecho de que, a diferencia de los yacimientos de Methana mencionados en la p. 117, muchos yacimientos micénicos identificados mediante prospección en varias regiones, sobre todo los más pequeños, no hayan deparado evidencia de uso en la EHA ni tampoco en la época arcaica o clásica. Algunos parecen haberse abandonado para siempre, como ha demostrado la excavación de yacimientos de bastante envergadura. Por lo tanto, lo más probable es que la penuria de yacimientos se deba sencillamente a la dificultad para identificar cerámicas diagnósticas. A juzgar por la evidencia, el patrón de asentamiento habría experimentado una mutación considerable a finales del Bronce, y durante muchísimo tiempo no reaparecería un patrón semejante al del Tercer Período Palacial.

Pero ¿es fiable la evidencia? La idea de que ha podido haber factores posdeposicionales que hayan hecho invisibles completamente muchos pequeños asentamientos es atractiva. En efecto, el que muchas estructuras de la EHA fueran demasiado endebles y la calidad de la cerámica demasiado pobre para poder sobrevivir explicaría la dificultad de hallar restos estructurales en yacimientos excavados cuyas necrópolis parecen certificar un asentamiento de cierta envergadura, aunque en los yacimientos que en el período histórico se convirtieron en centros locales importantes la ausencia de vestigios podría deberse más a un constante proceso de reconstrucción durante muchos siglos, lo que habría borrado incluso todo vestigio de viviendas de la época arcaica. Se explicaría si los antiguos cimientos de las paredes eran poco sólidos o mal construidos y, por lo tanto, fáciles de desmantelar. En cuyo caso no sería casual que algunos de los mejores restos estructurales conservados de la EHA pertenezcan a yacimientos que se abandonaron a finales del período o muy poco después, como Nichoria, donde al parecer quedaron protegidos por depósitos aluviales naturales, o por rellenos y acumulaciones deliberados, como el heroon de Lefkandi. En cambio, en el nivel superior del yacimiento de Lefkandi: Xerópolis, que a juzgar por la amplitud del material de superficie fue un gran yacimiento, faltan los niveles de edificación del Protogeométrico-Geométrico salvo en una zona. Seguramente se debe a una mezcla de factores, entre otros la erosión natural, quizás exacerbada por la desaparición o descomposición de un techo de paja, el saqueo posterior de las piedras y los cimientos, y la actividad agrícola, que habría removido todos los estratos.

Lógicamente esta hipótesis sobreentiende que en la EHA se levantaron estructuras al modo tradicional, es decir, básicamente de adobe sobre funda-

mentos de piedra con elementos de madera y alguna forma de techo de paja o caña, todo ello perecedero o degradable, por lo que habitualmente sólo se conservan los cimientos de piedra, y si las estructuras ni siquiera los tenían, entonces no habría quedado rastro de ellas. Mazarakis Ainian sugería (1997: 100) que las sencillas construcciones ovales que se observan en algunos yacimientos de la EHA y que tenían su origen en cabañas aún más rudimentarias hechas enteramente de material perecedero, se desarrollaron en el período inmediatamente posterior al colapso de la civilización micénica. Pero esa divergencia respecto a los métodos de construcción tradicionales requiere una explicación, sobre todo porque en el período Pospalacial todavía dominan los métodos tradicionales. Las únicas explicaciones posibles son o bien la llegada de una nueva población que no solía construir de este modo, hipótesis relacionada con la cuestionable teoría de una invasión de pastores nómadas, o bien la reducción de la población a una condición de pobreza y de desesperanza tales que habría utilizado cualquier estructura provisional al alcance, lo que refleja una visión del período igualmente cuestionable.

Los tipos de vivienda sí cambian sustancialmente con el final del Bronce, salvo en Creta. Se generalizan las casas de una sola estancia, y las más elaboradas se construyen según la planta del antiguo «megaron», con frecuencia absidal (un porche axial, estancia principal y sala de almacenaje). Puede que en algunas de ellas la madera desempeñara un rol estructural más importante, como sugiere la Unidad IV-1 de Nichoria (*Nichoria III*: 31), aunque parece que todas las paredes tenían bases de piedra de tipo corriente, si bien estrechas y de mala calidad. Es lo que se observa en las excavaciones de Asine, Nichoria, Lefkandi, Mitrou, Volos: Palia, Assiros, Salónica: Toumba, Esmirna (Lemos, 2002: 148) y en muchos yacimientos de Creta. A veces se descubren restos de otro tipo de estructuras, como en Esmirna, donde se ha descubierto una estructura semirrectangular de una sola estancia fechada *ca.* 925-900, con unas paredes bastante estrechas (30 cm) formadas a base de adobes excepcionalmente grandes, aunque para reforzar la pared de uno de los lados se había habilitado un estrato con pequeñas piedras y fragmentos de *pithos* (Akurgal, 1983: 17, véase láms. 4-5). La casa es muy pequeña (unos 4 × 2,5 m) y se cree que representa el tipo de vivienda más humilde de Esmirna, pese a que la buena calidad de la construcción no sugiere pobreza. Los ejemplos más plausibles de unas estructuras realmente endebles son las cabañas halladas en Eretria, asentadas sobre arena y arcilla, y que se fechan en torno al 800, pero no se sabe si se trata de viviendas permanentes (Snodgrass, 1987: 202); por el momento esta evidencia parece única.

En la medida en que hasta ahora prácticamente todas las excavaciones del Bronce se han realizado en lo que han resultado ser grandes yacimientos, podemos proponer que en los pequeños yacimientos las estructuras qui-

zá carecieran de cimientos de piedra, y que esta tradición se prolongó hasta la EHA. Pero cuesta aceptar que la cultura material de estos hipotéticos pequeños yacimientos de la EHA tuviera tantos ítems perecederos como para que ni los métodos de prospección más intensivos la hayan podido detectar, cuando han sido capaces de descubrir pequeños yacimientos del Bronce y de otros períodos. Más concretamente, nos parece muy improbable que la cerámica, un bien esencial tanto antes como después, dejara de utilizarse. Sobre el tema pueden ser útiles las interesantes consideraciones que han avanzado los arqueólogos checos (Bintliff *et al.*, 1999: 155-158): sugieren que si se encuentran fragmentos cerámicos bien conservados en la superficie es porque han aflorado en una época relativamente reciente y, por lo tanto, es probable que a través de la actividad continua en el yacimiento quedaran incorporados a una matriz edáfica de fecha posterior pero todavía antigua. Esto explicaría por qué a veces se encuentran piezas claramente prehistóricas en un yacimiento clásico-romano (como ha documentado en varias ocasiones la Beocia Survey Expedition). Pero si se encuentra en o cerca de la superficie, la cerámica tosca se destruye con relativa rapidez debido a una combinación de procesos naturales y agrícolas, a menos que esté muy bien cocida; se conserva mucho mejor si se halla debajo de la capa de tierra arable, sobre todo en tumbas, fosas, etc. Por lo tanto, es perfectamente posible que un período caracterizado por un alto porcentaje de cerámica tosca y/o poco cocida esté severamente subrepresentado en los hallazgos de superficie.

Es una explicación atractiva, pero no cabe ignorar las dificultades que plantea su aplicación a la EHA egea. En algunos yacimientos existe, efectivamente, evidencia de una proporción creciente de cerámica tosca y hecha a mano a finales del período Pospalacial y principios de la EHA, pero no es un rasgo dominante. Se seguía haciendo cerámica a torno, por lo que parece, en grandes cantidades. Kalapodi proporciona la mejor evidencia, con estadísticas completas: en los estratos relevantes, las cerámicas a mano, incluidos fragmentos de *pithos*, constituían entre el 20 y el 45 % de toda la cerámica (Jacob-Felsh, 1996: 73), no más. La evidencia de Asine y de Nichoria sugiere lo mismo, mientras que en Lefkandi la cerámica tosca era, en proporción, mucho menos corriente (véase el capítulo 5). De modo que no hay por qué suponer que Kalapodi es un caso excepcional por tratarse de un santuario. Además, a juzgar por las muestras, la cerámica tosca hecha a mano de Kalapodi estaba en general muy bien cocida (Jacob-Felsch, 1996: 111-112), y la cerámica equivalente de Asine también es en general de buena calidad, si bien el material de Nichoria es más pobre, y las ollas de cocina del depósito del heroon de Lefkandi presentan señales de una cocción desigual (*Lefkandi II, 1*: 58; otras formas toscas presentan en general una cocción equilibra-

da). (Véase Lemos, 2002: 84-97 para una visión general de la cerámica PG hecha a mano.)

Se podría pensar que la cerámica tosca de los pequeños yacimientos tendría que ser en proporción mucho más corriente, pero es dudoso que sus ocupantes utilizaran sólo la cerámica tosca pudiendo disponer todavía de la cerámica a torno, aunque fuera más difícil de conseguir dada su menor producción. Seguramente en el Tercer Período Palacial estos yacimientos utilizaron cerámica a torno, como indican los hallazgos de superficie, aunque esto podría reflejar el mayor nivel de prosperidad (Foxhall, 1995: 249 n. 46). En última instancia, lo único que cabe concluir es que, en algunas regiones, una gran parte de la cerámica tosca e incluso de la cerámica fina (cuya calidad tampoco es demasiado alta en Nichoria, por ejemplo) pudo sucumbir a los procesos antes mencionados. Entre la vulnerabilidad de la cerámica mal cocida, las alteraciones del suelo y la dificultad para reconocer la cerámica, relativamente escasa, de mejor calidad debido a la falta de tipos diagnósticos realmente distintivos, muchos pequeños yacimientos agropecuarios podrían haberse perdido de vista.

Estas explicaciones son inevitablemente especulativas. Y aunque se acepten, no hay por qué suponer que la mayoría de la población vivía en pequeños yacimientos en lo que normalmente habrían sido tierras más pobres, porque ello significaría que las tierras más ricas en torno a los principales centros, de tamaño ya muy mermado, sólo se explotaban parcialmente. Lo más probable es que hubiera una considerable contracción del área total explotada, y que las granjas y alquerías se establecieran lógicamente cerca de los asentamientos conocidos, por razones de seguridad y para acceder a los artesanos especializados, como los alfareros. Así que no es probable que la población de estos pequeños asentamientos o alquerías represente la mayoría de la población total de una determinada región; en efecto, su tamaño es imposible de estimar.

En general, lo más seguro es simplemente aceptar la impresión general de que la población era reducida, sin mencionar cifras exactas, porque las cifras llevan a deducciones casi siempre dudosas a partir del número de yacimientos y/o de enterramientos identificados. Tampoco el aumento del número de asentamientos es un índice fiable de un posible aumento de la población, porque la población potencial de un asentamiento sólo se puede estimar a partir de una buena delimitación de su tamaño, y hasta ahora la evidencia pocas veces ha proporcionado algo más que simples indicios de ocupación en algún momento de la EHA, ni siquiera en yacimientos excavados. La evidencia funeraria y necrológica también es una base discutible para hacer estimaciones porque, como veremos en el capítulo 6, el número de tumbas no tiene por qué guardar relación directa con el tamaño de la po-

blación ocupante (si fuera así, tendríamos que dar cuenta de un enorme descenso demográfico en el siglo VII, porque en muchas partes de Grecia las tumbas resultan muy difíciles de identificar). Así pues, sería muy imprudente dar por hecho que las tumbas conocidas y fechables son base suficiente para sostener que la población permaneció estancada a niveles muy bajos durante casi toda la EHA, y que sólo empezó a aumentar con rapidez en el siglo VIII (como propone Tandy, 1997).

Lo máximo que puede decirse es que los datos sí ofrecen alguna indicación de las magnitudes implicadas y que, como tal, apunta a una población numéricamente baja durante la mayor parte de la EHA. Que una población, que ya se haya reducido de forma considerable, puede mantenerse a niveles muy bajos durante más de un siglo lo advertía Wrigley en su estudio de una época muy posterior (1969: 77, con especial referencia a las fluctuaciones demográficas de Inglaterra entre mediados del siglo XIV y mediados del siglo XVIII), así que la población del Egeo pudo permanecer relativamente estancada durante mucho tiempo. Pero los datos no se pueden considerar fiables, sobre todo si tenemos en cuenta la situación del período arcaico siguiente, porque en este caso hay una notable discordancia entre la evidencia arqueológica de los yacimientos y la evidencia histórica de la existencia de grandes poblaciones.

Una economía agropecuaria

Snodgrass ofrecía otra explicación para el limitado número de lugares de habitación identificables y la corta vida de algunos yacimientos y necrópolis excavados. Afirmaba que la población del Egeo adoptó una economía mucho más orientada al pastoreo que habría agotado la tierra y propiciado cambios de residencia periódicos (1987: 187-209). Se trata de la versión más reciente de una teoría que ha dominado durante mucho tiempo en los estudios del período, y que el propio Snodgrass ya sugería en sus primeras obras, basándose en premisas en parte diferentes (1971: 378-380, y 1980: 35-36). Pero no asocia esta explicación a la idea de que el pastoreo avanzado, incluida la transhumancia, era una adaptación muy antigua al medio natural del Egeo, ni a la teoría de que los dorios y grupos «invasores» afines eran pastores nómadas o gentes muy interesadas en el pastoreo (Jameson *et al.*, 1994: 291, 373), con lo que eludía las contundentes críticas de Cherry (1988) a este tipo de ideas. En cambio sostenía que «dedicarse a la cría de ganado a gran escala desde unas pocas bases fijas habría sido una respuesta perfectamente razonable» a las circunstancias del período que él contempla. Jameson *et al.* (1994: 291) sugieren asimismo que el pastoreo por parte de los supuestos re-

ocupantes del sur de la Argólida habría sido una práctica reciente, aunque recuerdan que el pastoreo avanzado es una actividad de alto riesgo, precisamente lo contrario de lo que cabría esperar en este período.

Sin embargo, estas hipótesis no acaban de ofrecer una base teórica sólida para identificar rasgos materiales susceptibles de apuntar a una cultura pastoril (Cherry, 1988: 28; Wallace, 2003a: 602-603). Muchos de los planteamientos más frecuentes son, como afirma Cherry, o proyecciones retroactivas injustificadas de la época medieval, o suposiciones absolutamente discutibles. Por ejemplo, no hay base para asociar concretamente el plano absidal de las viviendas con unos pastores, dado que su presencia es constante en todo el Egeo desde el Bronce antiguo. El ábside podría ser un elemento funcional destinado a facilitar la fijación de una techumbre inclinada (Coldstream, 1977: 304). La ofrenda de estatuillas zoomorfas a los dioses no es ningún fenómeno nuevo de la EHA sino que tiene una larga tradición en el Bronce, y seguramente refleja en parte la creencia de que los animales eran la ofrenda más valiosa. Lo que más llama la atención es que en el Bronce y también posteriormente estas estatuillas casi siempre representan el ganado vacuno, cuando la evidencia ósea sugiere que la oveja y la cabra eran las especies domésticas dominantes y las que más se destinaban al sacrificio; esas figurillas estarían seguramente relacionadas con el simbolismo (Zeimbekis, 1998: cap. VI). Wallace, por su parte, calcula que si la economía se hubiera basado enteramente en la cría de ganado, sólo habrían podido subsistir poblaciones muy pequeñas en los yacimientos cretenses que ella ha estudiado (2000: 94 y la tabla 7; véase el cuadro 4.2), en cambio la extensión total de los restos de superficie de esos yacimientos indica poblaciones muy sustanciales, situadas en zonas de buena tierra agrícola aunque no siempre de acceso fácil.

Se le ha dado excesiva importancia a la única evidencia de huesos animales en la EHA citada hasta hace poco como indicativa de una economía basada en el pastoreo, la de Nichoria. Se trata de un yacimiento situado en una región excepcionalmente bien regada, de modo que la evidencia podría reflejar una adaptación específicamente local a la abundancia de pastos (cf. McDonald y Rapp, 1972: 175) y no una pauta para todo el Egeo. Mancz (1989), que estudió una muestra mucho mayor que la de Sloan y Duncan (1978), confirmaba la proporción relativamente alta de huesos de vacuno indentificados previamente en los depósitos de la EHA, y sostenía que la cría de ganado vacuno en cantidad se habría ajustado perfectamente al medio inusualmente favorable. La autora confirma que esa alta proporción se compensa con una notable disminución de la cantidad de huesos de porcino, y dice que la relativa impopularidad del cerdo podría deberse a que, de todos los animales domesticados, era el de menor utilidad porque generaba menos

CUADRO 4.2. Poblaciones estimadas de algunos yacimientos cretenses del Pospalacial-EHA

Yacimiento(s)	Phrati: Kephala y Kephali	Vrakhasi: Anavlokhos	Kritsa: Kastello	Tapes: Epano y Kato Kastello	Khamaizi: Liopetra	Prophitis Elias: Rokka/Korphi
A menos de una hora (total)	1.100	1.300	1.263	1.518	848	1.579
Tierra cultivable disponible (total)	620-789,5	663,5-874	580-942,8	473-962,4	445,4-588,1	1.508,4-1.521,8
Población sostenible con 100 % de cereales, barbecho anual	517-658	553-728	484-786	394-802	371-490	1.252-1.268
Población sostenible con 100 % de animales (mínima), suponiendo sólo la tierra habilitada para pastos (entre paréntesis toda la tierra de pastura)	12-16 (22)	13-17 (26)	12-19 (25)	9-19 (30)	9-12 (17)	25-30 (32)
Población total sostenible, suponiendo sólo la tierra habilitada para pastos (entre paréntesis toda la tierra de pastura)	531 (539)-674 (680)	566 (579)-745 (754)	496 (509)-805 (811)	403 (424)-821 (832)	380 (388)-502 (507)	1.282 (1.284)-1.298 (1.300)
Tamaño estimado del yacimiento	unos 1,5 (Kephala) y unos 1,0-1,5 (Kephali)	¿unos 1,5?	unos 3,0	unos 2,2 (Kato Kastello) y 1,0 (Epano Kastello)	1,5-2,0	Imposible de estimar, mínimo 1,5
Población estimada de los yacimientos (mínima)	unos 521-570	unos 313-375	unos 625-750	unos 479-575	unos 313-500	unos 625-750

FUENTE: según Wallace (2000: 83 tabla 1).
NOTA: todas las medidas calculadas en hectáreas.

productos secundarios. También comenta que en general el consumo de carne tal vez no fuera muy alto, ya que los animales se solían matar a una edad relativamente avanzada, lo que podría ser también un indicio de que no eran especialmente numerosos. E interpreta que la evidencia en general apunta a una comunidad agraria mixta que ya no formaba parte de una sociedad mucho mayor, y cuyas necesidades pudieron influir en el modo de explotar los animales. Una comunidad así podía hacer un uso más eficiente de los animales domésticos compatible con una población relativamente pequeña.

No parece haber ninguna razón sólida para cuestionar estas conclusiones plausibles aunque poco espectaculares, que encajan con las propuestas de Cherry (1988: 27). Debilitan radicalmente las reconstrucciones de la economía agropecuaria y de la dieta de Grecia durante la «Edad Oscura», como la de Tandy (1997: 35-38), muy dependiente de la valoración que hacen Sloan y Duncan de la evidencia de Nichoria y también de la interpretación hoy anacrónica del máximo nivel del polen de olivo en la zona de la laguna de Osmanaga (véanse críticas y un estudio más reciente en Zangger *et al.*, 1997: 582-584, 592-593; asimismo Foxhall, 1995: 244). Tandy se basó en ellos para afirmar que la dieta se basaba esencialmente en la carne roja y en las aceitunas aunque, dice, no fuera especialmente beneficiosa para la salud, lo que podría explicar el bajo nivel de población. Este es un ejemplo de lo que Snodgrass llama «falacia positiva» (1987: 37-38): como los huesos animales, sobre todo vacunos, predominan en el registro arqueológico, Tandy da por sentado que los animales que representan dominaban en la economía real, y que como se han recuperado muy pocos indicios de cereal, éste tuvo que ser insignificante. Esta interpretación no tiene en cuenta el hecho de que los huesos animales sobreviven mucho mejor en el registro arqueológico que los restos vegetales, que casi nunca aparecen en cantidades importantes cuando se trata de contextos cuya base económica es la agricultura. Un análisis anterior de Fågerström también ve en Nichoria el reflejo, en miniatura, del desarrollo social de la EHA (1988a: 42). Según su interpretación, los ocupantes de Nichoria, contemporáneos de la Unidad IV-1, eran una «banda de pastores/cazadores (y probablemente también guerreros) liderados por un *basileus*, que robaban reses a sus vecinos y celebraban banquetes en la gran casa de Nichoria», y que desaparecen para dar lugar a una sociedad agraria centrada en la Unidad IV-5. Para ser francos, todo esto no es más que una fantasía romántica.

Los informes preliminares del importante conjunto óseo de los yacimientos de Vronda y de Kastro de Kavousi dan un porcentaje muy alto de ovicápridos, lo que encaja con el patrón egeo habitual, y las muestras más pequeñas de otros lugares hablan de una situación muy similar (cuadro 4.1); los yacimientos situados en zonas más bajas presentarían un porcentaje ma-

yor de cerdo y de vacuno. También se interpreta que la evidencia de Kavousi podría indicar que las ovejas se criaban por su carne y no por sus productos secundarios, y que se mataban de preferencia antes de los tres años. En Kastro, el yacimiento más tardío de los dos de Kavousi, había evidencia de extracción de tuétano, lo que junto con la amplia evidencia de matanza de todas las especies, salvajes y domésticas, podría indicar la determinación de sacar el máximo provecho posible de los animales (Snyder y Klippel, 2000: 70-80). Es posible, pues, que la carne fuera muy valiosa pero no abundante y que, por lo tanto, no hubiera muchos animales domésticos. La caza, cuya importancia viene avalada por la evidencia de Nichoria y de Kavousi, sobre todo del ciervo, también habría proporcionado carne.

Así que ni la evidencia de Nichoria ni la de Creta confirmarían las teorías sobre una relativa abundancia de animales domésticos ni de su explotación intensiva por sus productos secundarios, si bien ambos rasgos serían típicos de una economía de pastoreo avanzado. En cualquier caso una economía así sólo tendría sentido si formara una relación simbiótica con unas comunidades agrícolas sedentarias con gran demanda de productos secundarios como la lana, el queso o las pieles (Jameson *et al.*, 1994: 291). Pero no hay evidencia de una demanda de este tipo entre las comunidades de la EHA del Egeo, y vender estos productos a gran escala a las economías más avanzadas de Próximo Oriente habría exigido precisamente el tipo de organización centralizada que se había perdido con el Colapso.

Abordar otras cuestiones, como saber si los yacimientos efímeros que Snodgrass considera importantes podrían ser posibles centros de pastoreo, nos parece superfluo (Wallace, 2003a presenta sólidas razones en contra de esta posibilidad en Creta). La hipótesis de que el pastoreo intensivo pudo ser una adaptación económica viable en la región egea requiere pruebas mucho más consistentes antes de incorporar al razonamiento diversas posibles evidencias susceptibles de reflejar una conducta pastoril. Lamentablemente todo el tema destila esa vieja tendencia a creer que los relatos de guerreros invasores de la tradición griega reflejan un hecho histórico, y que sólo se pueden conciliar con la exigua evidencia arqueológica de la EHA si esos grupos eran pastores (supuestamente difíciles de detectar arqueológicamente) procedentes del Épiro o de otros territorios de la frontera norte del mundo micénico. Esta creencia contiene a su vez un trasfondo indeseado, la oposición entre unos grupos pastores indisciplinados y bárbaros pero vigorosos y unas civilizaciones agrícolas organizadas pero débiles y hasta decadentes, que en cierto modo reproduce la antítesis entre dorios y jonios del mundo antiguo y la atribución de características «raciales» a estos grupos en los primeros estudios modernos (cf. Hall, 1997: cap. 1).

Aparte de las teorías del pastoreo, poco se puede decir de la economía ru-

ral de la EHA sin especular. Los pocos estudios de los huesos y de los restos vegetales hallados en yacimientos arqueológicos (especialmente de Nichoria y Kavousi; Wallace, 2000: 96-97 sintetiza la evidencia sobre las especies vegetales domesticadas conocidas de la EHA de Creta), y la distribución de los asentamientos conocidos, que apunta a una actividad agraria basada en la agricultura cerealista, así como los poemas homéricos, tienden a sugerir la prevalencia de un régimen de economía mixta muy similar al que se ha postulado para las sociedades prepalaciales del Egeo, para las comunidades del Tercer Período Palacial (véase el capítulo 2, p. 58) y en gran medida también para las comunidades de la Grecia clásica (cf. Foxhall, 1995; Donlan, 1997: 649-650, 654-655). Habría incluido el cultivo del trigo y/o de la cebada cebada, las leguminosas y otros vegetales, y seguramente en muchas zonas también algunos productos hortícolas, sobre todo la vid y el olivo (aunque en el área prospectada por el PRAP el polen de olivo disminuye drásticamente a partir de *ca.* 1200, y sólo vuelve a aumentar sustancialmente a partir de *ca.* 800; Zangger *et al.*, 1997: 594).

El ganado doméstico se habría mantenido en general a escala relativamente pequeña, pero como las reses y los caballos requieren muchos más pastos y de mejor calidad que las ovejas y las cabras, es probable que en la aldea fueran más bien excepcionales. Los caballos eran un auténtico lujo, es posible que se criaran para equipar los carros y para montar. Los asnos y las mulas serían seguramente mucho más comunes, y se habrían utilizado como animales de transporte y de tiro aunque también para montar. Los bueyes habrían servido para arar la tierra y portar cargas pesadas, y puede que se limitaran básicamente a las haciendas de los más ricos, aunque es posible que los aldeanos más prósperos pudieran alquilarlos (Halstead, 1999c). Una parte considerable de la actividad agrícola aldeana pudo basarse en la horticultura de azada y en el uso intensivo de mano de obra. Sin duda el objetivo de las comunidades e incluso de los propietarios de grandes fincas era ser autosuficientes en alimentos básicos y poseer suficiente ganado para obtener cantidades razonables de lana, cuero y carne.

Donlan (1997: 654-657), según la evidencia homérica que cree correspondiente a una época no posterior a *ca.* 800, afirma que la economía practicada por los «jefes», los *basileis* de Homero, era diferente. Porque pese a poseer grandes propiedades con sus huertos incluidos, se concentraron básicamente en un pastoreo a gran escala, y que su riqueza se calculaba fundamentalmente en función de sus ganados, algo que pudieron hacer debido a la baja población y a la escasa demanda de tierras. Aunque esta hipótesis se basa en suposiciones discutibles, como demuestran las explicaciones precedentes, el escenario que describe podría contener cierta dosis de verdad. Cabe recordar de todos modos que el principal destino de estos ganados en

Homero son los banquetes socialmente prestigiosos o el sacrificio a los dioses, pero en realidad pudieron ser tanto o más valiosos como ítems para intercambiar por servicios o bienes, o para alquilar a arrendatarios y aparceros. Concretamente, la «riqueza», medida en tanto que posesión de objetos metálicos y otros objetos suntuosos o exóticos, sólo se habría podido conseguir comercializando los excedentes de la agricultura y la ganadería; pero la evidencia no sugiere que se produjeran, procesaran y comercializaran productos agrícolas a una escala similar a la de las sociedades palaciales porque, como decíamos antes, ello habría requerido un nivel de organización que parece totalmente ausente.

Sin embargo, es muy plausible que siempre existiera la intención de producir excedentes de algunos productos, ya que sin ellos las comunidades no habrían tenido nada para intercambiar por bienes que les eran necesarios pero que no estaban disponibles localmente. Sobre este punto es preciso recordar que no existe absolutamente ninguna evidencia de que la economía estuviera basada en, o abocada a, la reciprocidad y la redistribución, con unos «jefes» concentrando y redistribuyéndolo todo, como sostiene Tandy (1997: sobre todo 106-111). Este enfoque parece depender en parte de la idea de que un engranaje de este tipo encajaría con el tipo de sociedad predominante en el siglo IX, cuando, según Tandy, la vuelta a la producción cerealista habría creado margen suficiente para una redistribución mucho mayor que antes (1997: 112-113), y en parte depende de lo que podría considerarse una interpretación equivocada de los hallazgos arqueológicos, de las referencias homéricas (por ej., la posición de Eumeo en la *Odisea* se interpreta de un modo completamente erróneo: se trata de un esclavo, que envía cerdos de la ganadería de su amo al palacio, y no de un «ciudadano» obligado socialmente a contribuir con su propio ganado) y de los estudios antropológicos (véanse las duras críticas a las tesis de Tandy en Schaps, *Bryn Mawr Classical Review* 98.11.01). En palabras de Schaps, «las actividades recíprocas, redistributivas y de mercado pueden darse en cualquier economía» (para más comentarios relevantes sobre la naturaleza de la economía de la EHA véase el capítulo 7, y sobre la sociedad de la EHA en general véase este capítulo y el capítulo 9).

Organización y arquitectura de los asentamientos

Decíamos que la evidencia de ocupación es muy escasa durante casi todo el período que abarca este libro. Incluso los restos de las fases pospalaciales (siglos XII y XI) son relativamente escasos, aunque suficientes para deducir que, en esencia, hubo continuidad de las construcciones anteriores. Se continua-

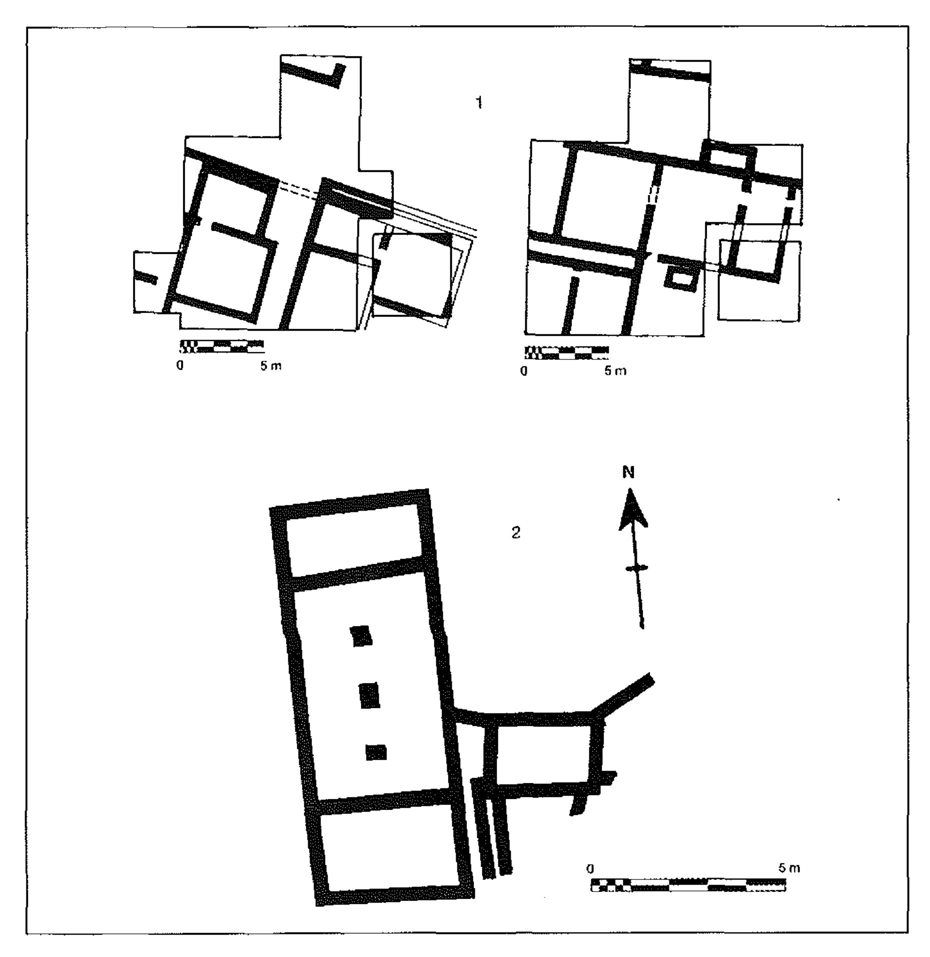


FIGURA 4.5. Estructuras del HR IIIC: representaciones estilizadas de: 1) fases 1 y 2 de Lefkandi (según Popham y Sackett, 1968: fig. 12), y 2) la Casa W de Tirinto (según K. Müller *et al.*, *Tiryns VIII*, Maguncia, 1975, Anexo 4).

ron construyendo estructuras de muchas habitaciones, como en Lefkandi (donde hay algunas de dos pisos), Korakou (la Casa P) y la Casa W y otras estructuras de Tirinto (fig. 4.5). La última podría ser el centro de un conjunto más complejo de estructuras, que siguen la tradición de los palacios micénicos aunque en versión más sencilla. Las excavaciones realizadas en el norte de la Ciudad Baja de Tirinto también indican un típico rasgo pospalacial, la disposición de varias estructuras alrededor de un patio (Maran, 2002), pero hasta el momento en ningún otro lugar se ha hallado todavía evidencia clara de ese mismo patrón. Otros rasgos nuevos observados en algunos de los

centros más importantes tiene que ver sobre todo con los detalles, como una preferencia por las paredes de adobe, el uso de tinas de arcilla sin cocer, o la construcción de hogares con fragmentos cerámicos (French, 1999); no todos estos elementos perduraron hasta la EHA.

En Creta también continuaron las antiguas tradiciones. En varios yacimientos se han podido sacar a la luz los planos, parciales o completos, del asentamiento, la mayoría en el este de Creta (Karphi, Kavousi: Vronda y Kavousi; Kastro, Vrokastro, Katalimata y Halasmenos), y todos indican que a partir del período Pospalacial el típico asentamiento cretense estaba formado por bloques de estructuras agregados, que pudieron desarrollarse de modo progresivo a partir de un núcleo original, y las casas de múltiples habitaciones se podían subdividir cegando puertas de paso. Los yacimientos de altura aprovechaban las terrazas naturales para construir estructuras separadas en cada una de ellas. Los bloques parecen divididos por calles identificables, y a intervalos tienen áreas que parecen patios (fig. 4.6). Los paralelos con los planos de las ciudades del Bronce reciente de Creta son evidentes (Dickinson, 1994a: 60-63), aunque hay menos regularidad, menos habitaciones en las casas y raramente vestigios de un segundo piso, y el estándar general de la arquitectura es más bajo que en el Bronce reciente. No obstante, las casas suelen presentar un perfil rectilíneo, con una, dos o más habitaciones cuadradas o rectangulares dispuestas axialmente de una manera que parece popularizarse en Creta a partir del MR, y que se cree refleja influencia micénica, aunque no muy acusada. Las habitaciones suelen tener dimensiones muy regulares y accesorios internos, como postes para soportar la techumbre hincados en bases de piedra, bancos, hogares y hornos. Algunos edificios destacan por su excepcional elaboración, como la Casa A/B de Kavousi: Vrouda, el Edificio G de Kavousi: Kastro, y el de la Sala AA de Phaistos (Cucuzza, 1998: 65-67), y que podrían ser las viviendas de familias de élite o de los «jefes». En algunos yacimientos también hay evidencia de que en este período se construyeron sólidos muros de terraza y quizá también muros de circunvalación, pero no hay señales de otras obras arquitectónicas comunales (véase Hayden, 1987 para un análisis de la arquitectura del MR; asimismo Rehak y Younger, 2001: 460-461).

El contraste con el resto del Egeo es manifiesto. Sólo Zagora, fundada al parecer antes de finales del siglo X (Lemos, 2002: 207) pero básicamente del siglo VIII, presentaría un paralelismo con el asentamiento formado por «bloques». Allí se ha descubierto importante evidencia de elementos empotrados, como bancos y ventanas, y tanto las paredes como posiblemente el techo estaban hechos con losas de piedra (Coldstream, 1977: 306-311 ofrece una útil síntesis). Las losas de piedra incisas con marcas de tridente de una pared de Volos fechada en el Protogeométrico, que Desborough ve como demos-

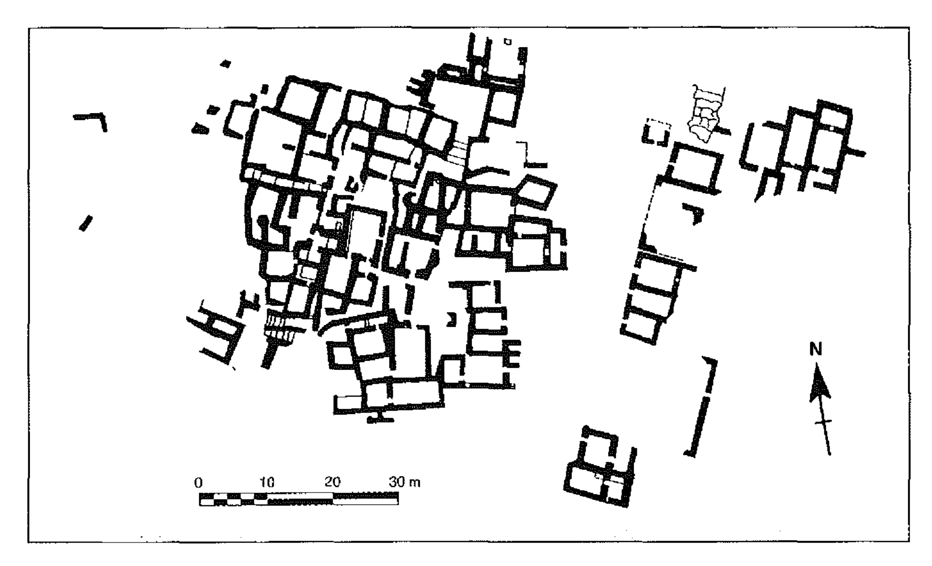


FIGURA 4.6. Plano de Karphi (según J.W. Myers, E.E. Myers y G. Cadogan, *The Aerial Atlas of Ancient Crete*, University of California Press, Berkeley, 1992, fig. 15.1).

tración de una refinada arquitectura de piedra (1972: 261, 353), siguen siendo un misterio, y no se descarta la posibilidad de que representen bloques micénicos reutilizados; no existe ninguna otra evidencia del uso de piedra decorada en la construcción. Por lo demás, la evidencia disponible sugiere que los asentamientos estaban formados por casas independientes construidas de manera estándar, normalmente con paredes de adobe y techos de paja, y en general con estructuras o accesorios poco llamativos. No parece que el trazado y la disposición de las casas respondieran a una planificación regular de ocupación, aunque no se pueda demostrar de forma concluyente porque sólo Nichoria ha deparado restos de más de una o dos estructuras por fase. La evidencia reunida por Mazarakis Ainian (1997: cap. 1) sugiere que en la Grecia continental dominaban las estructuras simples de una sola estancia casi siempre oval (en realidad era rectangular con esquinas redondas), y estructuras acabadas en ábside dispuestas según el principio de sala-y-porche, donde el ábside podía servir de almacén. Quizá las paredes curvas permitían sostener mejor la techumbre (como se ha sugerido en la p. 129). Estas construcciones no tienen paralelismos claros en las Cícladas, y no aparecen en absoluto en Creta, aunque sí en Esmirna.

Salvo el Megaron B de Thermon, que ahora se sabe que es rectangular (*AR* 45 [1998-1999] 43), la mayoría de las grandes estructuras conocidas de principios de la EHA presentan la planta acabada en ábside, como el heroon

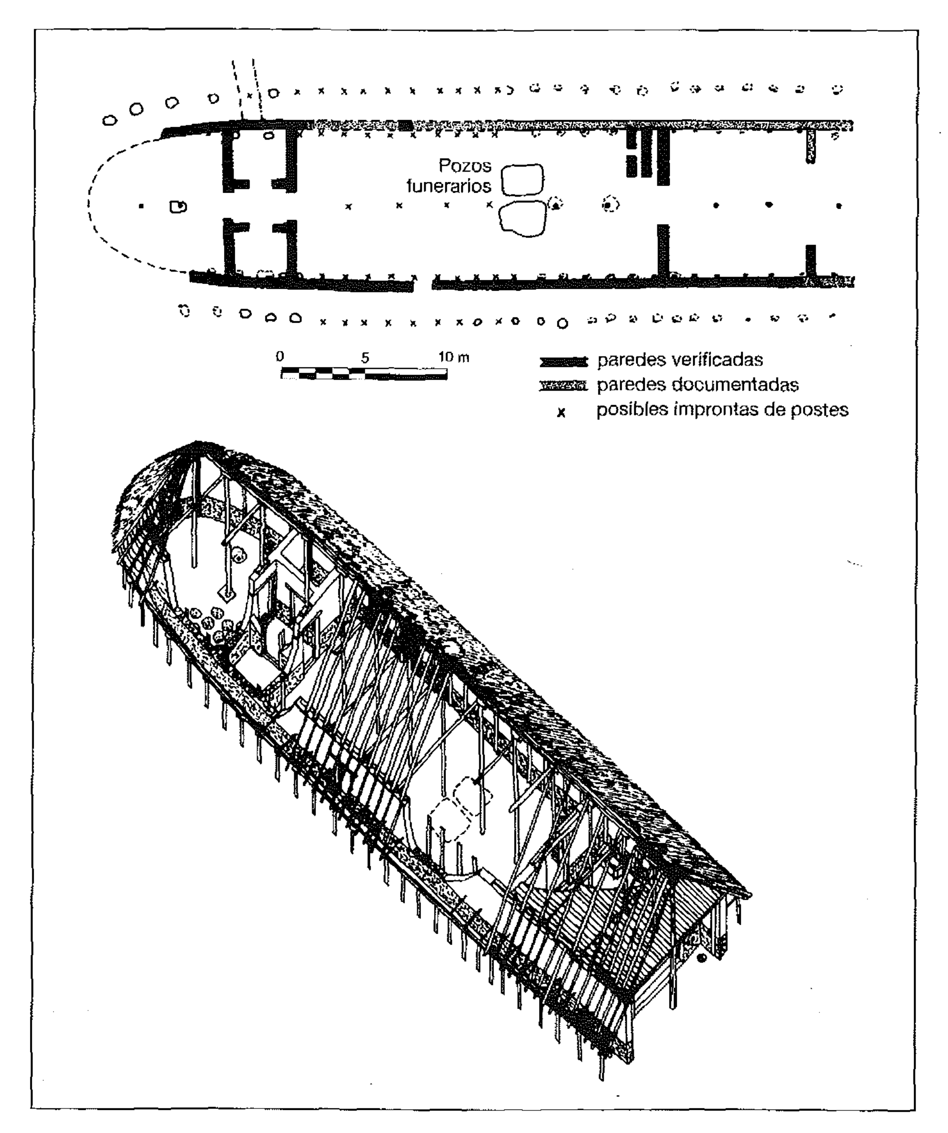


FIGURA 4.7. Planta y reconstrucción del heroon de Lefkandi (según *Lefkandi II, 2*, láms. 5 y 28).

de Lefkandi (fig. 4.7; analizado de modo exhaustivo en Lemos, 2002: 140-146), el probable santuario de cabo Poseidi, y distintos edificios de Asine y de Nichoria (Unidades IV-1 y IV-5), que se han identificado como las casas de familias de élite o de «jefes» (sobre Nichoria véase Mazarakis Ainian, 1992). Esta planta siguió siendo muy popular en el Geométrico, especialmente en

lo que parecen ser templos antiguos. El heroon es muy interesante por cuanto demuestra los límites de la arquitectura de la EHA, según los datos disponibles hasta el momento. La idea de que es sólo una construcción mortuoria (véase sobre todo Mazarakis Ainian, 1997: 48-57) plantea algunas dificultades, pero el estado en principio inacabado del edificio, sus suelos apenas usados, y sobre todo su posición en un área puramente funeraria son razones de peso para poner en tela de juicio la afirmación de que en origen fue la casa de un jefe. Quizá la mejor manera de verlo es como una réplica de una casa de esta índole, construida únicamente para luego recubrirla totalmente en un ostentoso acto de consumo (como defiende Lemos, 2002: 145-146, basándose en *Lefkandi II, 2*: cap. 7). El edificio, originalmente de unos 50 m de largo por 13,8 de ancho, es con mucho el mayor de la EHA que se conoce, ya que cuadruplica el tamaño de la Unidad IV-1 de Nichoria. Las líneas de sus paredes no son completamente rectas, ni las paredes transversales forman un ángulo recto perfecto, y el edificio se estrecha de este a oeste. Los cimientos de piedra no tienen calidad monumental; las paredes interiores aparecen revestidas con un simple revoque de barro, y el único indicio de decoración es el descubrimiento de adobes de distintos colores que tal vez formaran motivos decorativos en las paredes (*Lefkandi II, 2*: 30, 38). El interior también presenta una planta relativamente simple, aunque con más partes independientes que los demás edificios, entre otras un porche, una antesala, una sala larga, dos pequeñas estancias que podrían ser dormitorios o almacenes, un almacén trasero y lo que podrían ser unas escaleras de acceso a un henil o granero. La disposición y los elementos internos de los grandes edificios absidales de Nichoria, siendo imponentes, eran mucho más simples.

La Unidad IV-1 de Nichoria (fig. 4.8) comparte con el heroon las vigas de madera verticales cotra las paredes, destinadas seguramente a ayudar a sostener los andamiajes del techo. En la Unidad IV-1 estos postes estaban colocados a ambos lados de la pared, con un solo poste central para el techo; en cambio en el heroon los postes estaban únicamente en el interior, y en el exterior la hilera de postes estaba a 1,8 m de distancia de la pared formando una veranda, y posiblemente sostenían una viga central horizontal que sujetaba los extremos de los andamiajes que cubrían todos los lados excepto la entrada. Una hilera de postes en el centro del edificio contribuía a sostener la superestructura. Estos postes-soporte parecen cambiar de forma: los del heroon, salvo la hilera central, son más o menos rectangulares y de unos 20 cm de ancho solamente de media; pero se habrían necesitado grandes cantidades de madera, sobre todo en el heroon. La utilización de madera a gran escala parece ser un rasgo típico de la Grecia continental, lo que podría reflejar su relativa accesibilidad. Pero de momento no existen paralelos en

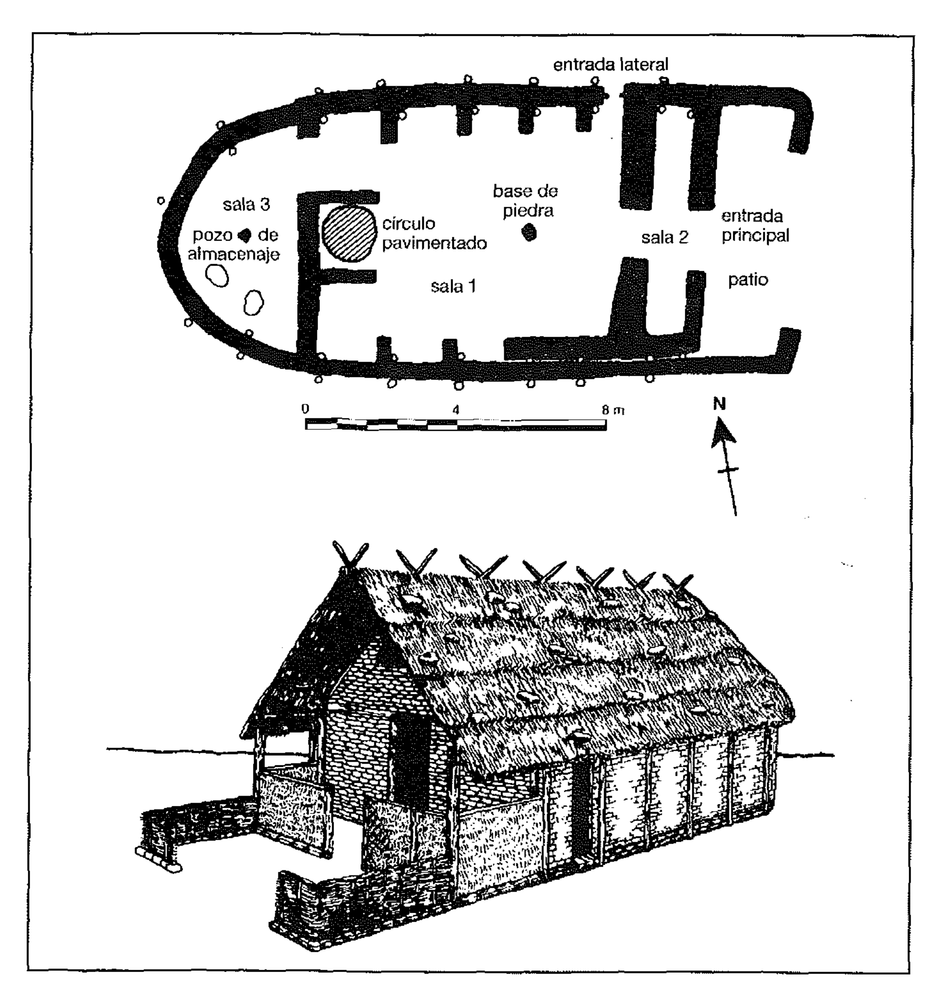


FIGURA 4.8. Planta y reconstrucción de la Unidad IV-1 de Nichoria (según *Nichoria III*, figs. 2-22, 23). Cortesía de la University of Minnesota Press.

Creta, pese a que en muchas zonas de la isla aún tenía que haber gran cantidad de madera.

LA ESTRUCTURA SOCIAL

Los edificios relativamente grandes como el heroon de Lefkandi, la Unidad IV-1 de Nichoria y las estructuras más elaboradas de Creta pudieron ser perfectamente las viviendas de los homólogos de la vida real de los *basileis* ho-

méricos. Demuestran los recursos que estos príncipes podían controlar, al menos para determinados fines, pero también los límites, prácticos y conceptuales, de lo que se podía realizar en aquella época. Pero el nivel de control real de estos «jefe» o élites sobre los demás, el grado de consolidación de las diferencias sociales, y la flexibilidad o rigidez de la escala social aún son interrogantes que superan la capacidad de respuesta de la evidencia disponible de los asentamientos. Lo unico que sabemos es que los edificios mayores y más elaborados no representan una arquitectura radicalmente distinta del resto. En Creta al menos, la mayoría de las casas son de tamaño razonable, lo que sugiere que aquí las diferencias entre los «jefes» putativos y muchos de sus seguidores tampoco eran enormes. Haggis (2000) ve allí una familia dominante en cada aglomeración de asentamientos, formando un segmento de toda la comunidad, acompañado de una redistribución amplia aunque desigual de la riqueza; de todos modos podría tratarse de un rasgo exclusivo de los asentamientos cretenses. Las diferencias en la disposición de los asentamientos entre Creta y el continente podrían ser significativas y reflejar una importante distinción en cuanto al tipo de sociedad dominante, pero una vez más la evidencia es demasiado limitada para que todo esto no sea, por el momento, sino pura especulación.

La existencia de esta diferencia contraviene la idea de uniformidad de la sociedad de la EHA, un punto en el que Whitley insiste, seguramente con razón, en un interesante artículo (1991b: véase asmismo 1991a: 184-186) donde trata de explicar el fenómeno de los asentamientos de vida breve. Snodgrass advertía que el abandono de varios asentamientos importantes de la EHA fue tan rápido que aún seguimos sin conocer sus nombres antiguos (1987: 172-173, 189-190; podría haber otros, sobre todo en Creta), y utilizaba esta evidencia para defender su tesis en favor del predominio de una economía de pastoreo. Su propuesta ha sido rechazada (véase la p. 132), y algunos de los yacimientos que enumera, como Zagora y Emborio, son fundaciones muy tardías (Coldstream, 1977: 305-306), pero el fenómeno que describe merece cierta atención. Whitley sugiere que algunos de estos «asentamientos inestables» (no todos) podrían reflejar un tipo particular de sociedad, potencialmente recurrente en la EHA egea, caracterizada por la rivalidad entre varios «big men» para captar seguidores, que a su vez se movilizan para estar físicamente cerca de aquéllos y se dispersan de nuevo cuando el «big man» pierde sus fuentes de poder o muere. El heroon de Lefkandi, la Unidad IV-1 de Nichoria y el Edificio A de Kavousi: Vronda (véase Day *et al.*, 1986: 360-366; Mazarakis Ainian, 1997: 208-209) serían ejemplos de edificios centrales ocupados por estos «big men», y se cree que la Ítaca que se describe en la *Odisea* representa de hecho este tipo de sistema.

Pero aparte de los graves problemas que plantea el hecho de interpretar

las descripciones homéricas como una imagen realista de la sociedad, hay una dificultad inherente: los ejemplos de Whitley no exhiben el tipo de inestabilidad local que el modelo exige, puesto que la evidencia de varios yacimientos indica que fueron centros importantes y perdurables. La necrópolis de Toumba de Lefkandi sugiere que hubo un grupo de élite asociado al heroon durante varias generaciones, y que por lo tanto su base no debía de estar lejos, mientras que la Unidad IV-1 de Nichoria se utilizó durante el tiempo suficiente para que el pavimento se rehiciera y su disposición interna sufriera diversos cambios, o una ampliación (se ha cuestionado la interpretación de Coulson de que el ábside es una ampliación más tardía; véase Mazarakis Ainian, 1997: 77), seguida de la igualmente impresionante Unidad IV-5 (*Nichoria III*, figs. 1-26, 27). En Mitrou, la continuidad es evidente puesto que el gran Edificio A absidal utilizó paredes y posiblemente bases de columnas del gan Edificio B del HR IIIC (*AR* 51 [2004-2005] 51). En Kavousi, el asentamiento de Vronda tuvo una vida más larga de lo que Whitley dice, y su declive podría tener relación con su pertenencia a un conglomerado de asentamientos (Haggis, 1993: 148 [en uso MR IIIC-SM/PG], 150). La hipótesis del «asentamiento inestable» resulta ciertamente seductora, pero antes de que pueda presentarse como una forma de organización social egea potencialmente significativa precisa de un apoyo más firme en la evidencia arqueológica.

Ya hemos mencionado en el capítulo 3 que en el período Pospalacial se detecta un patrón similar de fundación, o de gran expansión, de un asentamiento seguida de abandono tras un lapso de tiempo relativamente corto. Decíamos que la motivación pospalacial de los movimientos de población podría ser la atracción hacia unos centros considerados más prósperos. El abandono de asentamientos representaría su corolario, la salida de unos asentamientos que se consideraban fallidos. También proponíamos que hacia el final del período Pospalacial hubo movimientos hacia el Egeo oriental y a Chipre en busca de mejores perspectivas. Quizá fueran las regiones del «*boom* económico» del siglo x, aunque los hallazgos de Torone y de Mende indican que el norte del Egeo también atrajo un interés considerable y, seguramente, asentamiento. Cuesta creer que hubiera simultáneamente una población muy baja y un alto nivel de emigración, y quizá parece más factible suponer una cierta movilidad entre una población ya bastante mermada pero que comparada con la mayor parte de la Edad del Bronce resultara relativamente excepcional. De esa manera se podría ver todo el período comprendido entre el Colapso y la época arcaica como una edad caracterizada por una predisposición general de las familias, individuos y grupos mayores a cambiar de lugar, y en ocasiones a buscar nuevos asentamientos (cf. Osborne, 1996: 119, 1997: 256-259; asimismo Purcell, 1990, si bien concede a las

teorías migratorias mayor crédito, sobre todo en 41, que el que les damos aquí).

Los asentamientos efímeros serían el equivalente a las «ciudades del *boom* económico» de la frontera norteamericana del siglo XIX, aunque éstas tuvieron decididamente una vida más larga que muchos de aquéllos. De ello se desprendería que los asentamientos fallidos pudieron ser mucho más comunes de lo que sugieren las tradiciones posteriores sobre migraciones y colonizaciones, y también que la descripción que hace Tucídides de la inestabilidad de Grecia (1.12.4) en la que, como ejemplos del mismo fenómeno, asocia la migración jonia con la colonización de Italia y Sicilia, dos movimientos que según la cronología convencional ocurrieron con siglos de diferencia, podría no estar muy lejos de la verdad. Pero aunque las tradiciones presenten estos movimientos como acontecimientos que tuvieron lugar en un breve lapso de tiempo, nosotros deberíamos verlos como procesos prolongados en el tiempo. El gran cambio que representa el «movimiento de colonización» sería, pues, una predisposición a ir más allá de los límites del Egeo para fundar nuevos asentamientos.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre el medio natural, Dickinson (1994a: cap. 2), Osborne (1996: 53-58) y Sauerwein (1998) ofrecen breves explicaciones. Rackham y Moody (1996) se ocupa concretamente de Creta, pero contiene muchos y valiosos comentarios sobre temas relevantes para todo el Egeo, particularmente sobre el clima, la erosión y la supuesta degradación de la vegetación natural.

La distribución de minerales en el Egeo tiende a analizarse en conexión con la publicación de resultados de los análisis de isótopos de plomo de N. H. Gale, Z. A. Stos (antes Stos-Gale) y sus colegas (véase sobre todo Stos-Gale y Macdonald, 1991). La presentación e interpretación de estos resultados han merecido muchas críticas; un debate útil en *JMA* 8:1 (1995), con lúcidos comentarios generales de Muhly (54-58) y Pernicka (59-64).

Los datos relacionados con los restos vegetales se sintetizan en Hansen (2000: sobre todo en las tablas 3.2-4, «Geométrico»), con bilbiografía; sobre el escaso material de la Edad del Hierro de Assiros, véase Halstead y Jones en Wardle (1980: 266), que también incluye los materiales óseos. Para estudios más exhaustivos sobre el material óseo del Hierro véase sobre todo Sloan y Duncan (1978) y Mancz (1989) (Nichoria), y Klippel y Snyder (1991), actualizado en Snyder y Klippel (2000) (Kavousi). Sobre el posible régimen agrario, véanse comentarios útiles en Foxhall (1995), y más en general sobre los «pastores-agricultores» tradicionales de Grecia (Foxhall, 1998: Osborne,

1996: 60-63) y sobre el pastoreo (Cherry, 1988; Forbes, 1995; y [sobre Creta] Wallace, 2003a). Los artículos de Wallace (2000, 2003a) contienen abundantes datos y análisis relevantes sobre el asentamiento y la economía de Creta, con estudios de caso de lugares ocupados sobre todo durante el MR IIIC (cf. asimismo 2003b), un análisis convincente de la evolución del patrón y uso de los asentamientos durante todo el período, desde el MR IIIC a la época arcaica. Para comentarios sobre el posible patrón de asentamiento en varios yacimientos importantes, véase Whitley (2001: 88-89).

Mazarakis Ainian (1997) presenta una explicación global e ilustrada de los restos arquitectónicos de la EHA, que actualiza y a veces corrige estudios anteriores, como Drerup (1969) y Fågerström (1988b), e incluye importantes referencias sobre yacimientos concretos: Tirinto (98), Asine (68-72, 98, 107), Nichoria (74-80, 98-99), Lefkandi (48-57, 105), Eretria (58-63, 102-103, 252-255), Assiros (43, 98), Salónica: Toumba (234-235, 249), Koukounaries (82-83, 99, 107, 255), Zagora (121-125), Esmirna (99-100, 256-257), Kavousi (208-212), Karphi (218-220), Vrokastro (213-215); en la bibliografía del cap. 8 se pueden encontrar referencias al cabo Poseidi, Thermon y Kommos.

Para análisis recientes del heroon de Lefkandi, véase Pakkanen y Pakkanen (2000) y Lemos (2002: 140-146).

5. Artes y oficios

Introducción*

Comparado con lo que se ha recuperado del Bronce, el panorama que presenta la evidencia sobre artes y oficios en la EHA es en general poco alentador, y esa penuria ha contribuido considerablemente a forjar la imagen tradicional de una «edad oscura». Como veíamos en el capítulo 3, muchos oficios especializados que se documentan a principios del Bronce desaparecieron en el período Pospalacial, y la única innovación digna de mención, la metalurgia, aparece representada por un repertorio limitado de formas bastante simples. La inmensa mayoría de ítems pertenecen a unas pocas categorías: cerámica, armas, útiles, prendedores y demás objetos de joyería, y estatuillas de arcilla o de bronce, mucho más infrecuentes y básicamente tardías. No suelen aparecer ítems de otras categorías y/o de otros materiales. Esta penuria sin duda refleja, en parte, la falta o insuficiencia de excavaciones en lugares de habitación, y aunque es de suponer que todavía se fabricaban muchos ítems de tipo doméstico con materiales accesibles, entre otros la piedra, la madera, el hueso y la arcilla, como se hacían en el Bronce, es muy infrecuente hallar ítems de hueso, ni siquiera agujas, y muchos ítems de arcilla están relacionados con la producción textil, un arte fundamental que lógicamente ha sobrevivido, pero no así los paños (Barber, 1991: 197 cita evidencia). Las posibles fusayolas son bastante frecuentes, incluso algunas provisionales, hechas con pies de *kylix* u otros fragmentos cerámicos micénicos. Un estudio de algunos ejemplares hallados en Nichoria sugiere que se utilizaban esencialmente para hilar lana, no lino (*Nichoria III*: 287), aunque se ha identificado lino en Lefkandi, tanto en el enterramiento del heroon (Pop-

* Para localizar los topónimos citados en este capítulo, véanse las figs. 3.1, 4.1 o 4.3.

ham *et al.*, 1982a: 173) y otras sepulturas como en una tumba protogeométrica de Tirinto (Hundt en Kilian-Dirlmeier, 1984: 300). Las pesas de telar aún son más escasas: en Nichoria y en otros yacimientos se han identificado como tales unos objetos sin perforar en forma de canilla (*Nichoria III*: 290-291; véase Wells, 1983b: 237 sobre un ejemplar de Asine), mientras que en Lefkandi se hallaron ejemplares perforados con diferentes formas, algunos al parecer «hechos a mano» (*Lefkandi I*: 82-83).

En varios yacimientos se ha identificado un conjunto básico de piedras de moler y triturar, morteros, molinillos de mano, piedras de afilar, etc., aunque nunca en grandes cantidades. En algunas tumbas asociadas a guerreros de alto estatus también han aparecido afiladoras de piedra (*NorthCem*: 536-537). Es casi impensable que se dejaran de producir estos útiles domésticos tan esenciales, aunque algunos hallados en niveles de la EHA podrían ser supervivencias mucho más antiguas, como los tres útiles de piedra neolíticos descubiertos en un contexto GR de Lefkandi (*Lefkandi I*: 81-82) y otra en Nichoria (*Nichoria III*: 292). Pero puede que no ocurriera lo mismo con el arte de tallar o laminar la piedra y hojas de obsidiana. Blitzer sugiere que la dependencia respecto de los útiles de lasca se redujo durante el Bronce (*Nichoria II*: 727) y, basándose en la evidencia de Nichoria, sostiene que en la EHA el arte de fabricar útiles de lasca ya estaba agonizando o totalmente obsoleto (*Nichoria III*: 291). Es cierto que los útiles de lasca son extremadamente raros, o cuasi inexistentes, en los depósitos de habitación de la EHA de Lefkandi: Xerópolis, Kalapodi, Karphi y Kavousi. Y en Nichoria, donde se han excavado ampliamente depósitos de la EHA, aparecen muy pocos en comparación con las cantidades recuperadas en los estratos del Bronce, y ninguno de ellos procede de contextos intactos, mientras que en contextos única o predominantemente EHA, las piedras de moler son más abundantes (véase catálogo en *Nichoria II*; 730-743 y 743-754 respectivamente).

No obstante, Runnels (1982) afirmaba, con bases muy sólidas, que el arte de tallar láminas de piedra sobrevivió, en parte porque se han encontrado ejemplares en yacimientos con poca o ninguna ocupación prehistórica anterior, como Zagora y Halieis (también se han documentado útiles de obsidiana en contextos de Skala Oropou que datan de los siglos VIII y VII; véase *PAE*, 1996: 111). Es posible que se siguiera produciendo la simple lámina de filo recto, la forma más común del Bronce, especialmente de obsidiana, y también láminas de cuarzo rudimentarias tal vez utilizadas para machacar piedras. Pero la ausencia en contextos más tardíos de ejemplares de lámina denticulada tan común en el Bronce, que seguramente servía para afilar hoces, podría ser relevante, e indicaría, junto con la penuria general de hallazgos, el carácter extremadamente limitado de esta supervivencia.

En conjunto, la evidencia sugiere una notable reducción de la gama de

las artes y oficios practicados. Algunos autores han sugerido que la evidencia de materiales imperecederos, como la arcilla y el metal, es engañosa, y que es muy posible que se mantuvieran vivas muchas tradiciones artísticas en materiales perecederos, como la madera y el paño. La decoración de la gran crátera del heroon de Lefkandi (fig. 5.11), sobre todo la serie de círculos enlazados mediante bandas decoradas, parece imitar un bordado, aunque los fragmentos de tela recuperados en la sepultura masculina presentan motivos rectilíneos mucho más simples (*Lefkandi II, 2*: 20; Barber, 1991: 197), y los contrastes de color debidos seguramente al uso de diferentes materiales en collares y agujas habrían sido muy vistosos sobre el fondo relativamente liso de la tela. Quizá los indicadores más plausibles de la existencia de este tipo de artesanía pertenecen a los siglos IX y VIII, especialmente los complejos motivos del estilo cerámico geométrico avanzado, algunos basados en la industria textil o en la cestería (cf. Barber, 1991: cap. 16; Boardman, 1998: 24). No se descarta la posibilidad de que se produjeran telas elaboradas mucho antes, pero sin nuevas evidencias tangibles sólo es especulación.

En estas circunstancias no es extraño que se haya escrito tanto sobre el estilo PG ático, dado que en los siglos XI y X hay muy poco más que pueda considerarse honestamente digno de atención desde el punto de vista artístico, y si bien se observa una evidente mejora en el siglo IX y aún más en el siglo VIII, el dominio de la evidencia cerámica sigue siendo abrumador. De todos modos, no hay que olvidar que la imagen general del período ha dependido hasta hace poco de la evidencia de muy pocas necrópolis publicadas, básicamente las del Kerameikós de Atenas, cuyos ajuares funerarios aparecen ahora anormalmente sobrios. En cualquier caso, los ajuares funerarios representan un repertorio de ítems sumamente selectivo, y no está tan claro que su evidencia refleje el repertorio completo de artes ni toda la gama de ítems de cada oficio.

Debido a estas limitaciones, un solo hallazgo importante puede alterar profundamente las conclusiones. Por ejemplo, en Lefkandi los fragmentos de molde de arcilla de Xerópolis (fig. 5.1) constituyen el primer indicio claro de que hacia el 900 se producían localmente trípodes de bronce (*Lefkandi I*: 93-97), mientras que los restos del heroon han demostrado la capacidad de trabajar la madera a una escala antes insospechada. Pero aunque estos hallazgos del heroon nos recuerdan que podría faltar evidencia de un nivel importante de conducta cultural y de actividad artesanal, también garantizan que éstas no diferían sustancialmente de lo que se había pensado. Y cuando en los siglos IX y VIII el repertorio y el número de contextos empiezan a aumentar de modo notable, el panorama se enriquece considerablemente pero no hasta el punto de resultar irreconocible.

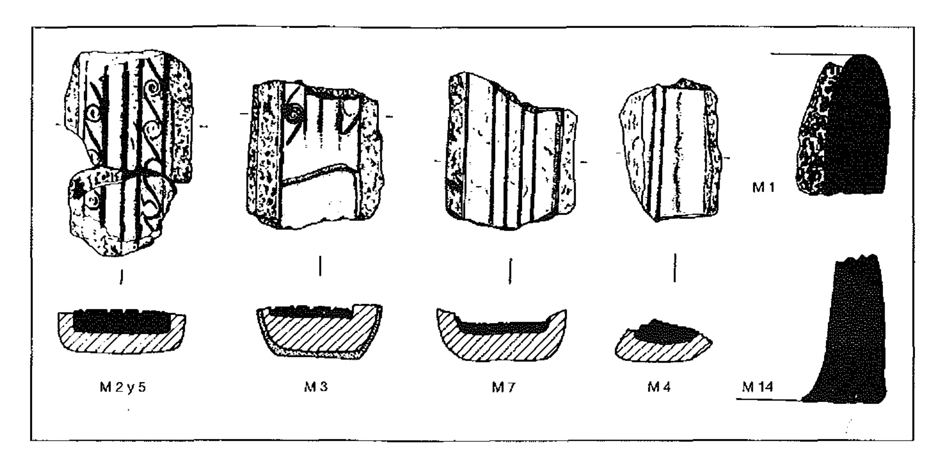


FIGURA 5.1. Moldes de trípodes de bronce de Lefkandi: Xerópolis. Unos 7-11 cm de largo. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

Lógicamente la información sobre el nivel de capacidad artística y técnica de una sociedad no es la única ni la más importante que se puede obtener estudiando sus artefactos. Analizados debidamente, pueden arrojar datos muy valiosos sobre la naturaleza y el nivel de demanda y patrocinio, de apertura a la innovación y de riqueza efectiva, sobre el acceso a materias primas y las conexiones internas y externas, e incluso sobre la estratificación social y el estatus de los artesanos especializados. Sobre estos últimos cabría destacar algunos puntos. Ante todo, que es sumamente improbable que hubiera artesanos especializados a tiempo completo como los que se cree que produjeron los objetos más elaborados del Bronce. Según toda la evidencia, no existían instituciones como los palacios capaces de mantener o patrocinar a especialistas a tiempo completo y de procurarles materias primas, y tampoco parece que hubiera individuos o familias de élite que necesitaran tenerlos permanentemente a su servicio o que dispusieran de los recursos para ello. Lo más probable es que los especialistas trabajaran a tiempo parcial y que también cultivaran la tierra, el sistema que, según se cree, habría sido característico de los asentamientos corrientes del Bronce (Dickinson, 1994a: 96).

Igual que en el Bronce, se han encontrado muy pocas huellas de los procesos de producción artesanal aparte de algunos hallazgos aislados de escoria y de cerámicas defectuosas, así que sólo podemos especular sobre las circunstancias del trabajo de los artesanos. Papadopoulos ha publicado excelente evidencia de un barrio de «artesanos, especialmente alfareros», en la zona de la posterior Ágora de Atenas (2003: cap. 2; véase la fig. 4.2, «el Kerameikós original») desde principios de la EHA, pero se trata de algo excep-

cional. Es muy posible que este tipo de especialistas corrientes estuviera muy extendido, y se puede detectar en las tradiciones locales, como la típica espada cretense (Snodgrass en *NorthCem*: 577, 580), los tipos de espada de hierro de Halos, al sur de Tesalia, y de Vergina (Kilian-Dirlmeier, 1993: 113-115) y las diferencias observables en la evolución de los prendedores entre Atenas y Lefkandi (H. Catling en *Lefkandi I*: 263-264). Pero cabe mencionar que, en general, se aprecia un alto grado de uniformidad en los tipos metálicos producidos en el Egeo, en claro constraste con la situación en la Europa continental (Harding, 2000).

Puede que hubiera artesanos itinerantes que se ganaran la vida únicamente ejerciendo su oficio, como los que se mencionan en la *Odisea* 17.382-5, aunque de todos los allí citados sólo los carpinteros trabajan la materia. Es muy probable que este personal itinerante fuera responsable de la difusión de nuevas técnicas metalúrgicas, especialmente el trabajo del hierro, imposible de aprender sin el contacto personal, y responsable también de unos hallazgos tan excepcionales como son la espada de hierro de la T. 14 de Lefkandi: Toumba, que se diferencia de otras de aquí y de Atenas por su gran parecido con el Tipo II de bronce más antiguo (*Lefkandi I*: 254), los moldes de trípodes de Lefkandi, y las famosas arracadas de oro de una tumba ateniense de mediados del siglo IX (Coldstream, 1977: 56; véase la fig. 5.2). Pese a exhibir técnicas de Próximo Oriente, las arracadas de Atenas no tienen paralelos en aquella región (lo que podría sencillamente reflejar la excepcionalidad de los hallazgos), y son únicas en el Egeo. Si no son importaciones, el orfebre que las hizo tuvo que ser originario de Oriente Próximo o aprendiz de alguien que lo era. Es posible que antes de finales del siglo IX se asentaran en Creta metalúrgicos especializados de Próximo Oriente, pero Hoffman cuestiona la evidencia que se cita al respecto (1997: sobre todo caps. 3-4). Esta autora acepta la posibilidad de que los conocimientos técnicos se introdujeran a través de este tipo de inmigrantes, pero cuestiona las identificaciones que se han hecho, en particular la del supuesto orfebre del norte de Siria enterrado en la T. 2 de Tekke, en Knossos.

Los especialistas con el enorme talento que reflejan las arracadas de Atenas y las joyas de Tekke tuvieron que ser escasos. En efecto, ante unas condiciones adversas para el despliegue del talento artístico, los expertos artesanos más prometedores pudieron desplazarse a Creta o al este para desarrollar su talento. Además, la impresión general que se desprende de los hallazgos es la de escasez de materiales valiosos y exóticos. En todos los contextos los ítems de piedras semipreciosas, de ámbar, marfil o vidrio son muy excepcionales, especialmente en las regiones egeas más centrales (la fayenza es más corriente, aunque no abunda, salvo en Lefkandi), y los pocos hallazgos fechables en los siglos XI y X son siempre o casi siempre importaciones de Pró-

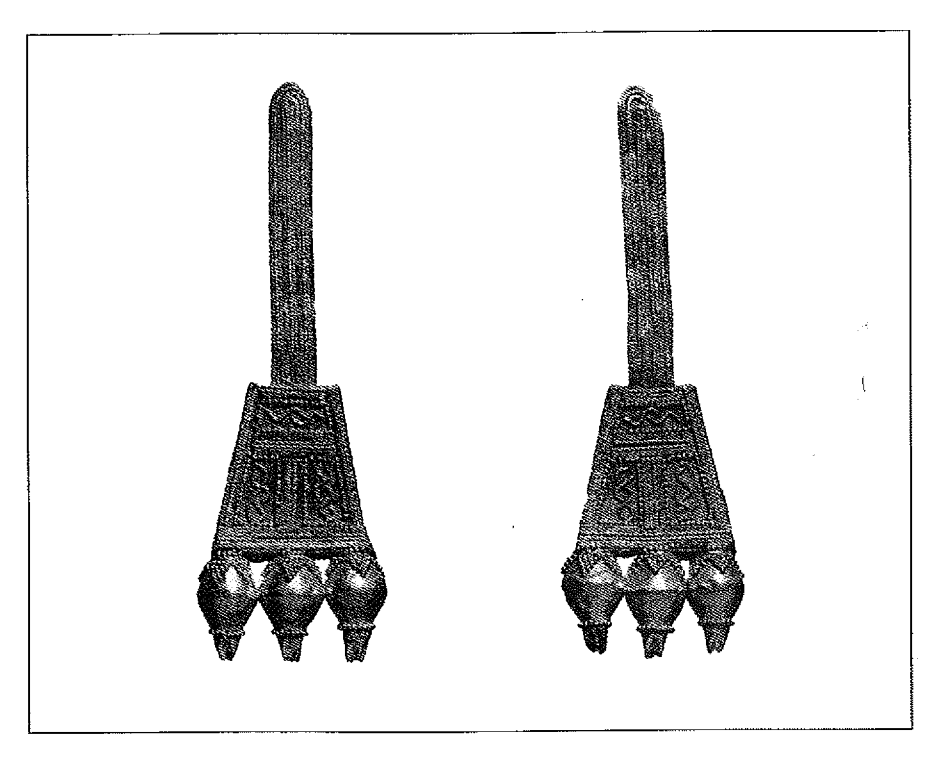


Figura 5.2. Arracadas de oro de la T. H 16:6 del Areópagos, Atenas (finales del GA II). 6,5 cm de alto. Cortesía de la Escuela Americana de Estudios Clásicos de Atenas: excavaciones del Ágora.

ximo Oriente o ítems del Bronce reciclados. El oro y la plata apenas se documentan entre 1050 y 950. Los objetos de plata son especialmente escasos, salvo en Creta, pero la evidencia podría presentar una laguna ya que en Argos se ha identificado un horno PG para la extracción de plata y, como decíamos en el capítulo 4, la explotación de las minas de Laurion se reanudó a mediados del siglo IX, si no antes (la plata producida pudo destinarse principalmente a Próximo Oriente; véase el capítulo 7, p. 243). Snodgrass ha presentado un escenario de escasez de los ingredientes del bronce, pero ha sido objeto de serias críticas (véase más adelante, pp. 175-176). De hecho, la evidencia de los pocos estratos claros de habitación sugiere que el bronce, el plomo y el hierro eran relativamente accesibles, aunque no en las cantidades que parecen haber circulado en el Bronce. Pero más que la escasez del propio metal, los factores limitadores habrían sido sobre todo la falta de intercambios regulares y la necesidad de encontrar bienes para intercambiar por materias primas, especialmente los metales.

La limitación de materiales disponibles habría restringido inevitablemente las posibilidades de los especialistas artesanos, y durante gran parte de la EHA apenas se detectan indicios de un deseo de superación. Como si, más que escasez de metales, hubiera escasez de talento, lo que explicaría la lenta difusión de la nueva técnica de la metalurgia, el uso prolongado de tipos obsoletos y el hecho de que muchos de los hallazgos más elaborados de las tumbas más ricas, al menos fuera de Creta, sean importaciones, contemporáneas o «antigüedades» puestas de nuevo en circulación. Se ha detectado una preparación metalúrgica deficiente en varios ítems corrientes, como puntas de lanza (Snodgrass, 1971: 224, y véanse 245-246 sobre los ejemplares del Amyklaion), fíbulas (Catling en *Lefkandi I*: 236) y una daga de hierro de la T. 44 de Elateia hecha con la hoja y la empuñadura de dos armas distintas unidas toscamente con remaches (Deger-Jalkotzy, 1999: 198). El uso de la técnica del repujado para fabricar armas de bronce documentado en Agrilia (Feuer, 1983: 238, 240, 246-247; véase la fig. 2.1 sobre este yacimiento) podría ser un fenómeno puramente local en un yacimiento remoto, pero la factura de los anillos de hilo y chapa de bronce suele ser bastante rudimentaria. También es significativa la frecuencia de indicios de un declive similar en la producción y decoración cerámicas.

Morgan ha llamado la atención sobre la singular asociación entre muchos objetos de bronce hallados en lugares de habitación y las residencias de élite o los depósitos (1990: 196-197). Es importante recordar que los ítems de metal eran originalmente objetos de prestigio —el propio metal era un medio idóneo de almacenar capital, como sugieren muchas referencias homéricas— y al menos el bronce pudo haber retenido este tipo de asociación incluso transformado en metal utilitario, para fabricar ítems mundanos, útiles agrícolas, herramientas de artesanos, anzuelos de pesca y accesorios domésticos, como goznes para puertas. Porque seguía siendo el material de las armas de prestigio, de las corazas y de los vasos destinados al culto y a la ostentación, y el más utilizado para todo tipo de objetos de joyería y ornamentos para el vestido. De hecho, con la desaparición efectiva de otros materiales preciosos, como el marfil y la fayenza, desde el Egeo hasta finales del período Pospalacial, así como de otros medios de ostentación, como los edificios y las tumbas monumentales, los ítems metálicos se habrían convertido en los indicadores más importantes de riqueza y de estatus social, sobre todo porque, a diferencia de la cerámica pintada, su manufactura requería el uso de materiales con un valor intrínseco atribuido. Este es seguramente el contexto en que habría que entender no sólo la deposición de ítems metálicos entre el ajuar funerario sino también la introducción del hierro, la innovación técnica más importante del período.

Es lógico pensar que los ítems que denotan un deseo de monumentali-

dad, o que son excepcionalmente elaborados o de metal precioso, estaban destinados a los miembros más ricos y de mayor rango de la comunidad. Pero no olvidemos que, ante la sobriedad en el uso de los metales impuesta por las fluctuaciones del suministro, la riqueza se habría podido exhibir recurriendo a medios que nosotros consideraríamos más bien pobres, como las agujas o las fíbulas, solas o aparejadas, especialmente las fabricadas en hierro, que con mucha frecuencia son el único ajuar funerario que aparece en los enterramientos PG. Y pese a la sencillez general, los vasos decorados también pudieron gozar de mucho más prestigio que los que únicamente presentaban una simple capa de pintura, y ya no hablemos de las vasijas domésticas hechas a mano, así que la deposición de uno solo de esos vasos habría denotado un alto estatus. Sin duda los ítems depositados en la tumba no se habrían seleccionado en función del mero deseo de ostentación (véase el capítulo 6). Y cabe la posibilidad de que lo que a nosotros nos parecen enterramientos pobres se considerara, en su día y en su contexto, enterramientos ricos, y que los ítems depositados en ellos se valoraran en consonancia.

Lo que viene a continuación es una tentativa de prospección actualizada dentro de un marco más o menos cronológico de tres grandes categorías: la cerámica, la metalurgia, y vestido y joyas, que pretende abarcar todos los ítems que se utilizaban como prendedores y ornamentación. Las estatuillas de arcilla son tan escasas después del período Pospalacial y hasta el siglo VIII, que reservamos su análisis para el capítulo de la religión, donde tienen mayor relevancia; las estatuillas de bronce se abordarán brevemente en el apartado dedicado a la metalurgia. Nos centraremos en el repertorio y en las tendencias, y en su relevancia respecto a las condiciones y el desarrollo sociales, ampliando la información ya ofrecida en el capítulo 4. Los contados ejemplos de innovación o de elaboración técnica, dada su escasez, no se analizarán en sección aparte sino en su debido contexto cronológico.

La cerámica

En la época abordada en este libro, la cerámica ya era un elemento indispensable de la cultura material del Egeo desde hacía varios miles de años, y hacía tiempo que se habían establecido muchas de las características básicas de la cerámica egea. Una de las fundamentales es la división entre las cerámicas finas de color crema, amarillo o hueso, casi siempre decoradas con pinturas que iban del rojo o el marrón al negro, y las cerámicas domésticas de textura más tosca, que suelen presentar tonos más oscuros, sobre todo el marrón y el gris, pulimentadas o bruñidas, y decoradas con motivos incisos o arcilla aplicada pero en general sin pintar. También había grandes tinajas

de almacenaje de boca ancha, los llamados *pithoi*, de paredes mucho más gruesas, que contienen grandes inclusiones; solían ser de color claro con bandas de arcilla aplicada en el hombro con motivos incisos o estampados. En el Tercer Período Palacial las cerámicas finas y a veces también muchas cerámicas toscas se hacían a torno. La arcilla se cocía a alta temperatura, se pulimentaba o bruñía la superficie de los recipientes con un punzón, y la pintura solía ser brillante. Para la decoración se utilizaba un amplio repertorio de motivos abstractos y realistas muy estilizados, junto con bandas; generalmente la decoración se basaba en trazos muy precisos, aunque en todas las fases se han encontrado ejemplares más chapuceros. También se producían varias categorías de cerámica fina con superficie lisa o monocroma.

Los alfareros del período Pospalacial continuaron muchas de estas tradiciones, si bien la calidad de las primeras cerámicas del período suele ser netamente más pobre que antes: arcilla menos cocida, calidad desigual de la pintura y una decoración menos imaginativa. Pero casi toda la cerámica seguía haciéndose a torno, el repertorio de formas cerámicas, tanto finas como toscas, aún era considerable, y la proporción de cerámica fina pintada era mayor que antes, dada la creciente popularidad del tratamiento de toda o casi toda la superficie, incluido el interior de las vasijas abiertas, en detrimento de la cerámica fina lisa. Se observa de nuevo una gran calidad en las mejores cerámicas del HR IIIC medio, que probablemente pertenecen a la segunda mitad del siglo XII y cuya decoración presenta un alto grado de innovación. Eran fundamentalmente contenedores, sobre todo jarras de estribo (fig. 5.3), con evidentes formas funcionales relacionadas con la bebida, como la jarra, a veces en forma de hidria o de cántaro con colador incorporado, el ánfora o la crátera, que ya se producía en tamaño grande y finamente decorada en el Tercer Período Palacial. El estilo elaborado también se habría aplicado a los tazones y a algunas especialidades, como los píxides y los *kalathoi*, pero raras veces a los vasos para beber, cuya decoración era mucho más simple (aunque es posible que los tazones más pequeños también se utilizaran para beber). Hacia la misma época se observa una elaboración similar en Creta, como se aprecia sobre todo en las jarras de estribo con octopus y también en el llamado «Fringed Style» (Estilo de Pestañas), muy popular en las cráteras pero que también se observa en otras formas, especialmente en los píxides (fig. 5.4).

Se solía cuidar mucho la producción de estos tipos finos, claramente destinados a artículos de lujo: la superficie de color crema y el concienzudo manejo del pincel del llamado «Estilo Cerrado» o *Close Style* argivo (fig. 5.3: 1) son claros exponentes. Los vasos con estos estilos se solían utilizar como ajuar funerario, sobre todo las jarras de estribo, que en los yacimientos donde se han encontrado suelen ser «importaciones». Las cráteras no parece que

FIGURA 5.3. Jarras de estribo elaboradas del HR IIIC: 1. *Close Style* (Asine). 2. Estilo Octopus (Perati) (según Mountjoy, 1999, figs. 44: 340, 219: 439). Escala 1:4.



FIGURA 5.4. Píxide *Fringed Style* del MR IIIC de Kritsa. Unos 34,5 cm de alto (según *BSA* 62, 1967, lám. 90b).

viajaran tanto, quizá debido a su gran tamaño. Estaban hechas con material más pesado que las vasijas más pequeñas, y para decorarlas se utilizaban pinturas de dos o tres colores diferentes, como el famoso Vaso de los Guerreros de Micenas (fig. 3.3), con escenas de actividad humana y también de animales míticos que a veces formaban parte de escenas más complejas. Estas escenas se podían trasladar a otras formas, pero éstas se solían decorar sobre todo con animales, sobre todo pájaros y octopus (fig. 5.3: 2) dispuestos en zonas u ocupando gran parte del vaso. Podían combinarse con elaborados motivos abstractos a base de espirales antitéticas o gallardetes que también podían componer la decoración principal de las cerámicas más finas. Cabe mencionar un elemento técnico interesante: el compás, utilizado desde hacía tiempo en el Egeo para decorar otros materiales, como el metal y el hueso, servía a veces para dibujar círculos a modo de ojos de pulpo, como se aprecia en varias jarras de estribo del HR IIIC de Naxos (Vlachopoulos, 1998). La cerámica corriente se solía decorar a base de simples bandas o con un sencillo revestimiento; los motivos en espiral, las líneas onduladas y otros motivos geométricos eran populares, mientras que los estilizados motivos florales y marinos antes muy frecuentes eran ahora escasos (fig. 5.5).

El declive cultural que generalmente se identifica a finales del período Pospalacial, y que probablemente se prolongó durante todo el siglo XII y gran parte del siglo XI, afectó a la cerámica de muchas maneras. Las tendencias antes visibles se acentuaron ahora: la cerámica se cocía de manera desigual, la decoración era menos esmerada con pintura normalmente mate o irregular, y hasta la forma del vaso era peor. Pero, como ya se ha señalado, existe mucha variación, incluso entre regiones: los vasos submicénicos de Atenas están bien torneados, en cambio las formas de Lefkandi suelen ser toscas, y el nivel varía entre los yacimientos de la Argólida (Mountjoy, 1999: 57; compárese la fig. 5.6: 1-5). La calidad del material cretense es algo mejor que en el resto del Egeo, y la decoración más esmerada (fig. 5.6: 7), pero la pintura es generalmente mate y a veces muy apagada. La calidad inferior de la cerámica podría reflejar la respuesta del alfarero a una contracción de la demanda de vasos más elaborados y, por lo tanto, más caros. También podría reflejar la migración de los alfareros de más talento a regiones donde todavía existía ese tipo de demanda.

No obstante, aunque a principios de la EHA un porcentaje mucho mayor de la cerámica era tosca, se seguía haciendo cerámica fina a torno, ahora generalmente pintada. Iolkos destaca por una peculiar cerámica tosca hecha a mano y decorada con pintura, que incluye *kantharoi*, cráteras y jarras. Pero esta cerámica, conocida en los *tholoi* de Marmariani, al norte, y seguramente originaria de Macedonia (Desborough, 1972: 213), parece haberse desarrollado en una fase PG relativamente tardía. Hay también un singular tipo

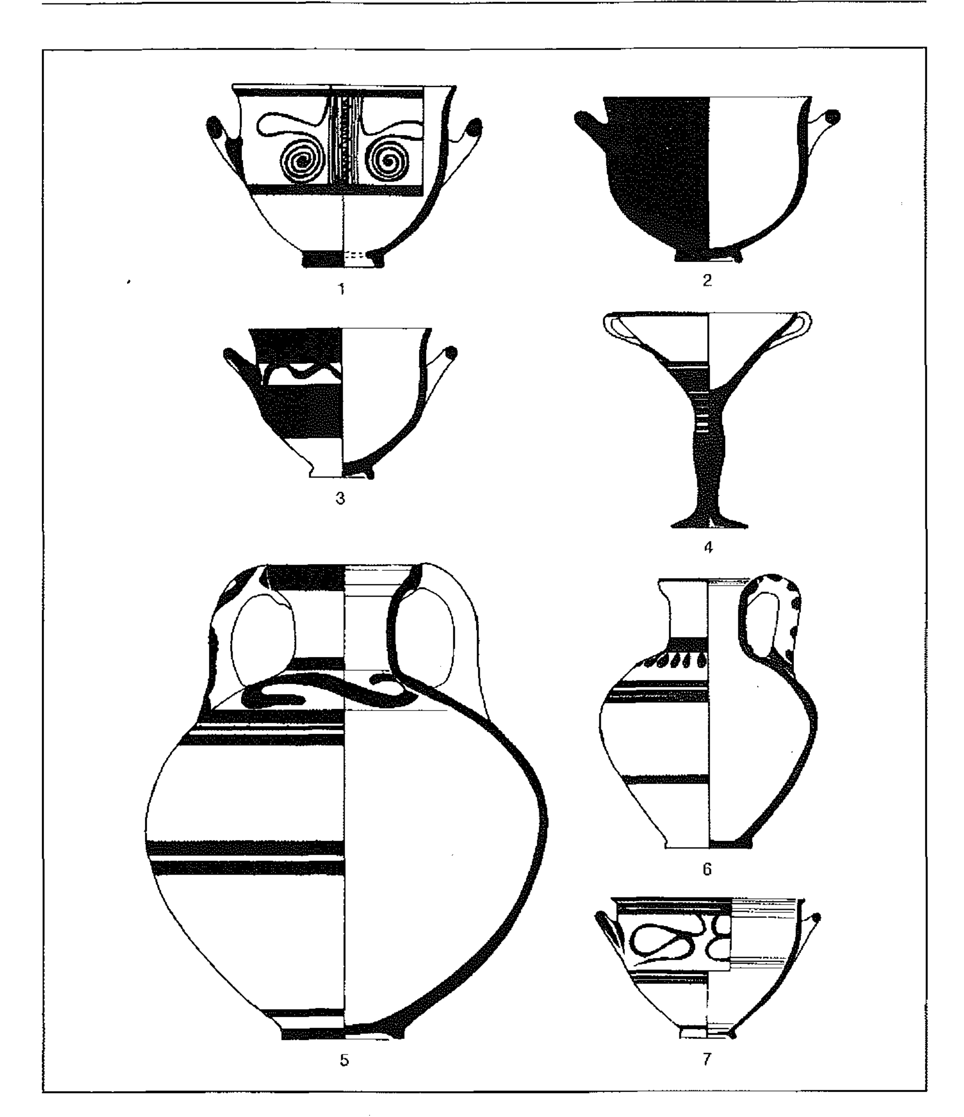


Figura 5.5. Típicos vasos del HR IIIC: 1-3. Tazones del HR IIIC antiguo, medio (desarrollado) y tardío. 4. *Kilyx* del HR IIIC medio (avanzado). 5. Ánfora con asas en el cuello del HR IIIC antiguo. 6. Jarro del HR IIIC medio. 7. Crátera del HR IIIC medio (1-4, 6 según Mountjoy, 1999, figs. 274: 64, 274: 75, 58: 442, 225: 80, 217: 416; 5, 7 según Mountjoy, 1986, figs. 171, 226: 1). Escala 1:6.

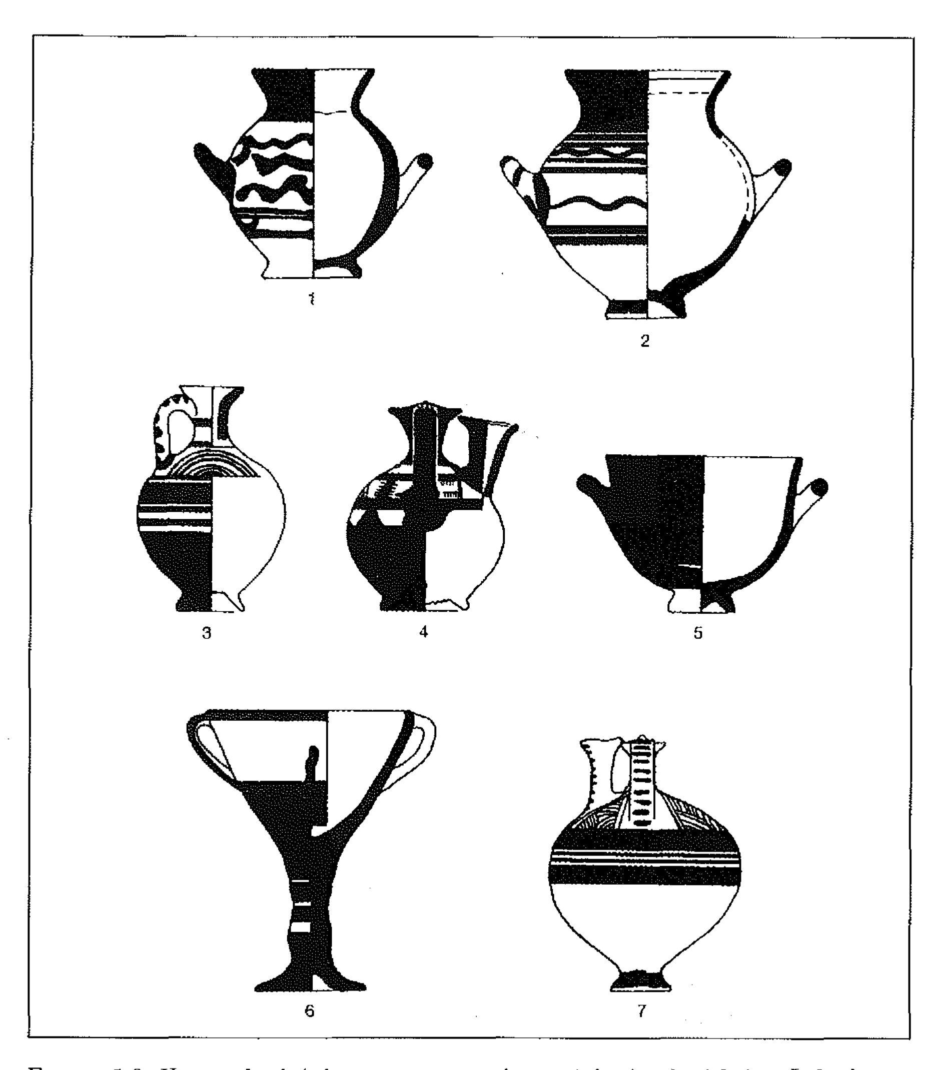


FIGURA 5.6. Vasos submicénicos y contemporáneos: 1-2. *Amphoriskoi*. 3. *Lekythos*, 4. Jarra de estribo. 5. Tazón. 6. *Kylix* de Ítaca (según Mountjoy, 1999, figs. 278: 98, 239: 612, 241: 628, 60: 462, 244: 656, 174: 23). 7. Jarra de estribo subminoica (según *BSA* 53-54, 1958-1959, 262, fig. 28: VIA1). Escala 1:4.

local de píxides pintados hechos a mano en Asine. Pero la mayoría de las cerámicas a mano, si están decoradas, lo hacen con motivos incisos o rasgos plásticos, y su textura es bastante tosca. Las cerámicas toscas solían hacerse a mano, pero en Kalapodi, Iolkos y en el depósito del heroon de Lefkandi se han descubierto pequeñas cantidades de cerámica tosca a torno. Las cerámi-

cas toscas eran mucho más variadas y de mayor calidad de lo que parecía insinuar su rara presencia en contextos funerarios. En muchos yacimientos se han encontrado variantes de lo que a menudo se conoce como jarra doméstica o de cocina, una vasija de boca ancha, y a veces se han identificado otras formas domésticas, como braseros, tinas, fuentes y soportes, y una importante variedad de formas, desde ánforas hasta pequeños cuencos, con frecuencia derivadas de la cerámica a torno (Lemos, 2002: 84-97). Todos los depósitos domésticos contienen asimismo fragmentos de grandes *pithoi*.

En ciertos casos a la cerámica clasificada como tosca habría que llamarla «lisa tosca», como la «cerámica de cocina» de Kalapodi (Jacob-Felsch, 1996: 78-80) y la cerámica a mano de Iolkos, pues en apariencia se acerca más a las cerámicas sin decorar de color pálido que a las cerámicas toscas generalmente más oscuras, y puede incluir versiones de formas finas, como los pequeños cuencos y *kylikes* de Kalapodi y los *skyphoi* de Kaphirio, en Mesenia (Coulson, 1986: 47). La cerámica bruñida hecha a mano (CBM) del PG de Asine tampoco se puede clasificar como tosca (Wells, 1983b: 158-159), y en Tirinto lo que parece ser CBM aparece en depósitos de la época pre 1200 hasta la época G, con una calidad creciente hasta convertirse en una cerámica fina sin bruñir que parece ser la misma que la cerámica G lisa fina hecha a mano bien representada en la Argólida (Papadimitriou, 1998: 123-125).

Clasificar la cerámica hecha a mano y su posible relación con las cerámicas CBM que aparecen muy a finales del Tercer Período Palacial (véanse pp. 75-77) es más arduo. Reber (1991) distingue una Cerámica Oscura de la Grecia central, la Cerámica argivo-corintia y la Cerámica Incisa ática, que comienzan en el Submicénico, mientras Jacob-Felsch sostiene que la cerámica bruñida hecha a mano de Kalapodi deriva de una tradición local no directamente relacionada con la CBM (1996: 77-78). Cabe mencionar que en la CBM del depósito del heroon de Lefkandi hay una gran variedad de cerámicas toscas, entre otras algunas semifinas muy cocidas que podrían ser importadas, pero si se excluyen los fragmentos de *pithoi*, suponen tan sólo el 8 % del total, una cifra excepcionalmente reducida que, sin embargo, concuerda con los indicios de los depósitos PGR y SPG mucho menores de Lefkandi, y podría sugerir que en los grandes centros la cerámica tosca representaba en la EHA un porcentaje de la producción total menor que en el Bronce.

El descubrimiento de los grandes depósitos PGM de relleno del heroon de Lefkandi (la cifra total citada en *Lefkandi II, 1*: 159 tabla 17, sin contar las piezas modernas y residuales, es de 18.530 fragmentos cerámicos, una cantidad enorme comparada con la de todos los depósitos publicados) ha alterado completamente el acervo de nuestras fuentes de información, aunque cuando se publiquen podrían ser comparables a los depósitos del Ágora de

Atenas (Papadopoulos, 2003 contiene información útil al respecto). Los otros depósitos domésticos hallados en diversos yacimientos, desde Kalapodi hasta Nichoria, podrían deparar una situación más cerca de la norma, pero para tener una idea clara sobre muchas formas decoradas de cerámica fina es preciso remitirse a las tumbas, que complementan la evidencia de los depósitos domésticos porque contienen ejemplos completos de todos los vasos decorados abiertos y cerrados menores, y también de las formas más voluminosas que se utilizaban como urnas de incineración allí donde esta práctica se había impuesto. Y ya no es tan frecuente que incluyan ejemplares de vasijas toscas de cocina y similares.

Aparte de las peculiaridades locales, como los píxides hechos a mano de Asine y los populares *kantharoi* del noroeste de Ítaca a la Elíade, y de algunas supervivencias del Bronce, como el *kylix* (especialmente presente en Nichoria, Ítaca [fig. 5.6: 6] y en el este de Creta) y la jarra de estribo (en Creta; véase fig. 5.6: 7), todas las industrias cerámicas locales de la EHA producían un repertorio de formas muy similar, hasta el punto de que se pueden utilizar los mismos términos para describirlas (cf. fig. 5.8). Sólo en Creta las formas varían considerablemente, aunque se puedan atribuir a las mismas categorías. Las principales cerámicas finas abiertas son el tazón (hoy llamado *skyphos*), la copa, el *kantharos* y la crátera. Las formas cerradas básicas son varios tipos de jarra normalmente con la boca trilobuladá llamadas *oinochoai*, y el ánfora, incluidos los pequeños *amphoriskoi*, y también la hidria, el píxide, normalmente provisto de tapa, y el *lekythos*, una pequeña vasija cerrada de cuello estrecho que parece haber asumido las funciones de la jarra de estribo salvo en Creta, donde apenas aparece antes del siglo IX y es básicamente un tipo funerario.

Las piezas más frecuentes suelen presentar formas pequeñas y grandes; la mayor es la crátera, que siempre presenta una decoración relativamente elaborada y una monumentalidad que parece deliberada. El ánfora con asas en la panza es también una forma que suele presentar una decoración elaborada, más incluso que la variante con asas en el cuello, igualmente popular, aunque ambas se utilizaban como urnas de incineración, especialmente en Atenas. Siempre se había creído que la forma con asas en el cuello se reservaba a los hombres y la de las asas en la panza a las mujeres, al menos en las fases avanzadas del PG, pero la evidencia podría invitar a una reconsideración. Es cierto que en la Atenas de la época G, cuando los vasos servían de hitos funerarios, el ánfora con asas en la panza se asociaba a las mujeres y la crátera a los hombres. En Lefkandi las grandes cráteras también se asociaban a enterramientos masculinos, tanto en el heroon como en la T. 79 de Toumba, y parecen tener más significado social que las ánforas, porque seguramente en vida se utilizaban en los banquetes ceremoniales. Pero casi

nunca aparecen dentro de la tumba, salvo en Creta, donde pudieron utilizarse como urnas de incineración. El píxide, que sin duda hacía las veces de caja, también presenta a veces una decoración elaborada, aunque se trate de un rasgo más propio de los estilos geométricos.

Antes decíamos que la cerámica hallada en contextos funerarios permite hacerse una idea más cabal del repertorio de formas decoradas y motivos. Al parecer, a finales del Bronce ya habían prácticamente desaparecido de la cerámica egea todas las formas decorativas más elaboradas. Hasta la espiral fue desapareciendo progresivamente, y aparte de las líneas onduladas y los zigzags, sólo se utilizaban conjuntos de arcos, triángulos con distintos rellenos, dameros, líneas verticales, rayas colgando de una banda (*languettes*) y barras y bandas agrupadas (véase la fig. 5.6). Estos motivos aparecen siempre en registros horizontales, raras veces más de uno por vaso; el resto se decoraba con bandas horizontales agrupadas o solas, o con un área de revestimiento más general, que aseguraban una apariencia de «fondo claro» o de «fondo oscuro» respectivamente. Esta concentración de motivos abstractos se prolongaría durante varios siglos. Los motivos formaban composiciones cada vez más elaboradas, aunque casi nunca se introducían formas y figuras realistas; la mayoría de ejemplares proceden de Creta, donde se solían producir vasos pintados muy simples. En estas circunstancias, las principales diferencias en y entre las cerámicas pintadas dependen de la calidad y de la organización de los motivos, y en esta cuestión se ha centrado normalmente el interés de los análisis, sobre todo en relación con el desarrollo del estilo PG.

Este punto merece atención, en parte porque se le ha atribuido un significado histórico especial. El análisis debe concentrarse en las regiones centrales del área egea, que es donde mejor y más claramente se identifican las innovaciones. En un vasto arco al sur y al oeste de estas regiones, desde Creta y el suroeste del Peloponeso hasta el noroeste de Grecia, continuaron unas tradiciones locales que demuestran poco conocimiento o escasa influencia de los avances conseguidos en el centro. No es probable que la cerámica Submicénica tal como la definen Desborough y Mountjoy durara mucho tiempo sin cambios. Como veíamos en el capítulo 1, se han identificado formas distintivas muy conocidas de la cerámica Chipriota reciente IIIB en las tumbas del Submicénico «tardío» de Atenas y Lefkandi, y también en contextos de la EHA de la Argólida. Otro rasgo muy extendido es la tendencia creciente a elevar los vasos, sobre todo los cuencos y las copas, mediante un pie cónico o abocinado, que se identifica no sólo en Ática, Eubea y la Argólida, sino también en Kalapodi, Iolkos e incluso en la Edad Oscura I de Nichoria. Desborough veía en ello una posible influencia chipriota (1972: 54, y con mayor contundencia en 145), y lo cierto es que fue un rasgo cada vez más popular del Chipriota reciente IIIB (Pieridou, 1973). Un fósil-tipo hallado en tum-

bas del Submicénico reciente y del PGA atenienses, el *lekythos* decorado con semicírculos dibujados a mano, el último de ellos lleno (fig. 5.6: 3), presenta asimismo una amplia distribución, ya que aparece en tumbas de Lefkandi, Corinto, Theotokou, en Tesalia, Tragana, en Mesenia, y Grotta, en Naxos (fig. 7.1).

Estos complejos patrones de distribución sugieren que aún existía margen para realizar interconexiones e intercambios, que proporcionan un telón de fondo para el desarrollo del estilo PG. Desborough lo consideraba un fenómeno básicamente ateniense, y explicaba que uno de los principales rasgos del estilo, es decir, los grupos de círculos y semicírculos concéntricos, podrían haberse dibujado con un «pincel múltiple» asociado a un compás, que él consideraba una invención ateniense, y afirmaba que los alfareros atenienses también inventaron un «torno más rápido» que permitía moldear formas ovoides más atractivas, y que empezaron a cuidar más la preparación de la arcilla y la pintura que en la época Submicénica. Aún destacando la importancia de los vínculos con Chipre como desencadenante de aquel nuevo «despertar», veía en el desarrollo del PG una expresión de la autoconfianza y del «genio nativo» atenienses (1972: 45) e interpretaba la aparición de rasgos PG fuera de Atenas como un reflejo de la expansión de la influencia ateniense durante el PGR.

Aunque esta interpretación ha sido muy popular, presenta varios puntos vulnerables. Papadopoulos y sus colegas han fabricado un «pincel múltiple pivotado» perfectamente plausible para demostrar empíricamente que funciona (Papadopoulos *et al.*, 1998), pero también aseguran que es imposible un «torno más rápido» (Eiteljorg, 1980; Papadopoulos, 2003: 220). Lo único que cabe deducir es una mayor habilidad, o más esmero, en el uso del torno, y en ese caso los alfareros atenienses tan sólo habrían alcanzado el nivel de los mejores alfareros del Bronce. Además, como ya se ha dicho, el compás ya se utilizaba en el HR IIIC de Naxos para decorar la cerámica, y aunque posteriormente no resulta fácil detectarlo hasta principios del PG, es perfectamente posible que la idea de utilizar un pincel múltiple pivotado basado en un compás como instrumento para decorar cerámica se difundiera con independencia del estilo ático.

Un tipo distintivo de ánfora con asas en el cuello decorada a base de círculos o semicírculos concéntricos trazados con compás (fig. 5.7) e identificada en yacimientos del norte del Egeo (Catling, 1998b) podría tener relevancia aquí. No se documenta en Atenas y puede que fuera un producto originario de la Grecia central y que luego se extendiera con rapidez y acabara fabricándose en Tesalia y más tarde en la Cálcide, antes de quedar confinado a Macedonia, donde se prolongó hasta el siglo VIII, si no más (cf. Jones en Jacob-Felsch, 1996: 118 sobre los ejemplares de Kalapodi; Catling, 1998b:

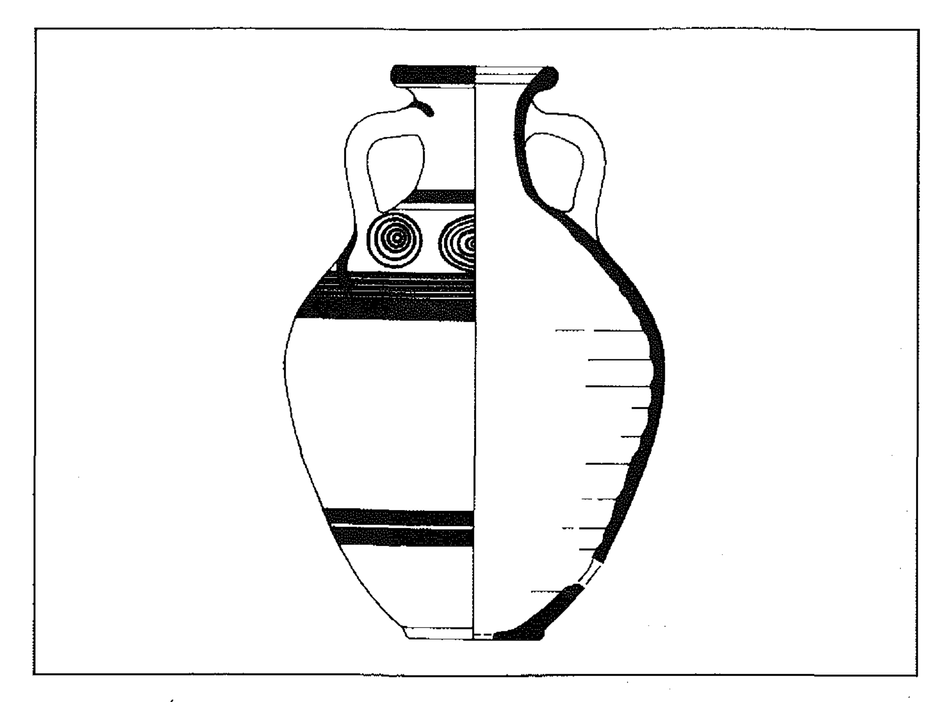


Figura 5.7. Ánfora del norte del Egeo con círculos trazados con compás (según R. Catling, 1996, fig. 1a). Escala 1:4.

176-177). Catling (1998b: 163) constata que en el norte del Egeo no hay un estilo basado en el uso del compás, únicamente esta forma exhibe este tipo de decoración, así que cuesta aceptar que el origen del estilo PG se halla en el norte del Egeo. Pero la datación sorprendentemente temprana del contexto de un ánfora del Grupo I con esta decoración hallada en Assiros (capítulo 1, pp. 38-39) habla de la posibilidad de que estas ánforas se produjeran de forma totalmente independiente de la influencia ática.

En varios yacimientos hay evidencia de la adopción independiente de los rasgos que Desborough considera típicamente PG. En Asine, el material de los depósitos PG más antiguos contiene lo que seguramente son experimentos locales con el pincel múltiple pivotado, de tipo claramente no ático, en *skyphoi*, ánforas y otras formas, y también se han recuperado piezas igualmente primitivas en Iolkos (Wells, 1983b: 184 fig. 133, 146-151; Sipsie-Eschbach, 1991: láms. 29: 1, 57: 4, 64: 2). En estos centros, y a diferencia de Atenas, los semicírculos habrían sido al principio menos populares que los círculos, tal vez porque presentaban mayores dificultades de precisión (cf. Snodgrass, 1971: 48). Cuando en Ítaca, en Creta y en Nichoria aparece evidencia del pincel múltiple, se constata que no se utilizaba para imitar un es-

tilo parecido al ático (Desborough, 1972: 228-229 sobre Creta, 346 sobre Ítaca). En Nichoria, cuando en la Edad Oscura II aparece por primera vez evidencia del uso de este instrumento, los semicírculos parecen más populares que los círculos, pero también podrían derivar de los semicírculos pintados a mano típicos de la Edad Oscura I (*Nichoria III*: 68). Y lo que podrían considerarse rasgos típicamente PG de la manufactura cerámica general, esto es, la preferencia por las formas cerradas ovoides y por los pies altos y con frecuencia cónicos para las formas abiertas, aparece en áreas sin conexiones claras con Atenas; como decíamos, parecen ser tendencias muy extendidas antes del desarrollo del PG.

No obstante, hay que admitir que en la mayoría de regiones la adopción de estos rasgos no generó un estilo definible, si por estilo se entiende una voluntad clara de buscar determinados efectos y de producir tipos estándar reconocibles con una particular combinación de forma y decoración. Aparte de los ubicuos *skyphoi* monocromos y pintados con líneas onduladas, estos tipos estándar son muy difíciles de identificar entre el material doméstico de la mayoría de regiones. Los motivos decorativos casi parecen elegidos al azar, aunque dentro de un abanico relativamente limitado, y en muchos casos su concepción y ejecución dejan mucho que desear, lo mismo que las formas. Incluso las piezas pintadas de Asine, que allí son muy corrientes, tienen un marcado sabor experimental y un carácter poco definido. Únicamente en el depósito del heroon de Lefkandi había muchos menos *skyphoi* monocromos y con líneas ondulantes, tan corrientes en el resto de Grecia, que *skyphoi* decorados con motivos y otras formas. Esto podría simbolizar un rasgo que Lefkandi compartía con Atenas y que según la evidencia actual estaba ausente del resto del Egeo: la capacidad de desarrollar un estilo decorativo propio.

No hay duda de que los alfareros áticos produjeron el mejor y más elaborado estilo protogeométrico, que influyó en mayor o menor medida en los alfareros locales del noreste del Peloponeso, Eubea, las islas egeas, Jonia y Knossos, es decir, en todas las regiones que han deparado vasos atenienses claros o posibles (Catling, 1998a). Su rasgo más distintivo es de hecho la fina pintura negra brillante, obtenida mediante un complejo proceso de cocción en tres fases (Papadopoulos, 2003: 220-222), pero sus productos también demuestran una clara preocupación por el equilibrio, tanto en la modelación de la forma como en la disposición de los motivos, y también por el efecto final, basado sobre todo en los contrastes entre la pintura negra y el fondo de color entre beis y marrón de la arcilla. Se utilizan muy pocos motivos, básicamente círculos y semicírculos, y la mayoría de las piezas están decoradas con una estudiada simplicidad (fig. 5.8), aunque no siempre. Ahí están, por ejemplo, el ánfora con asas en la panza del Kerameikós T. PG 12 (fig. 5.9) y

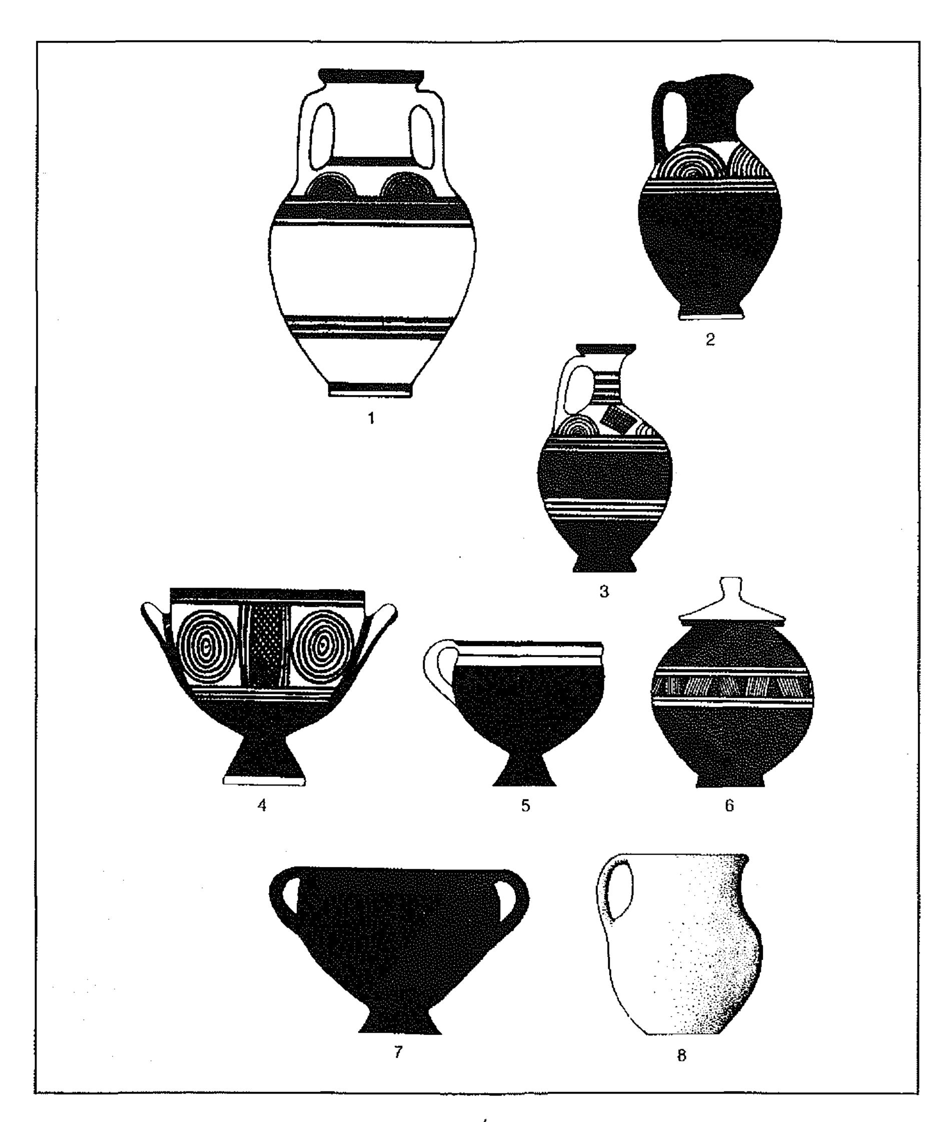


Figura 5.8. Vasos típicos del PGR ático: 1. Ánfora con asas en el cuello. 2. *Oinochoe*. 3. *Lekythos*. 4. *Skyphos*. 5. Copa. 6. Píxide. 7. *Kantharos*. 8. Jarro doméstico PG de cerámica tosca (según Lemos, 2002, figs. 33.1, 35.3, 34.6, 32.4, 33.4, 33.7, 31.4, 33.9). Escala 1:6.

el ejemplar tardío aún más elaborado (83 cm de alto) del heroon de Lefkandi (*Lefkandi II, 1*, lám. 80). Parece que esta forma, así como la crátera, peor conocida (Lemos, 2002: 49-50), fue la forma preferida para plasmar motivos decorativos relativamente elaborados, una pauta que se repite en el estilo geométrico.

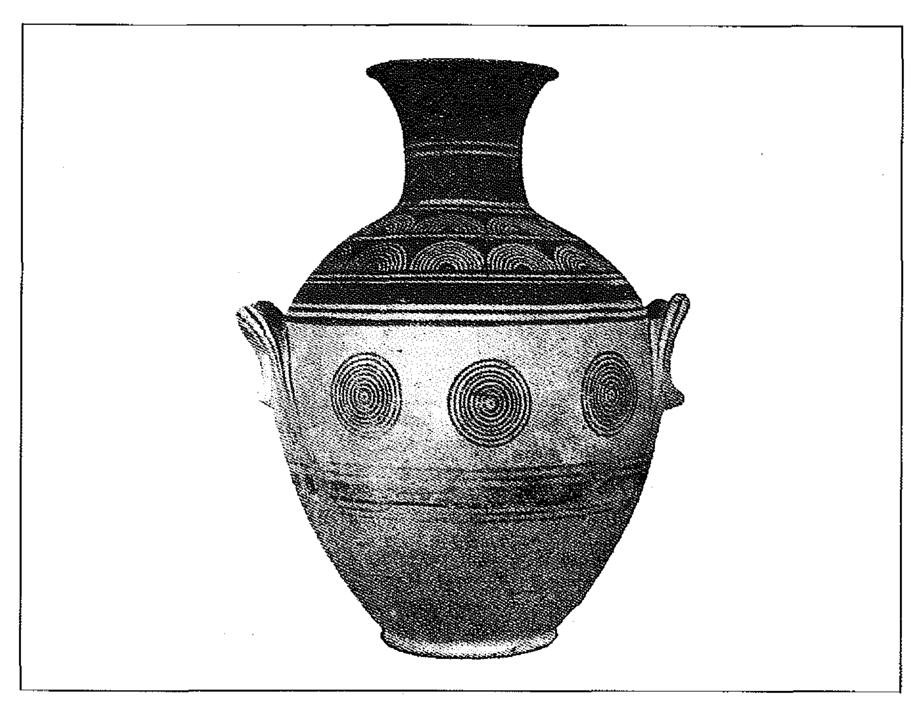


FIGURA 5.9. Ánfora del PGA ático con asas en la panza de la T. PG 12 del Kerameikós, Atenas. 52 cm de alto. Cortesía del Instituto Arqueológico Alemán de Atenas.

Es evidente que los alfareros de Lefkandi utilizaron muchas ideas del estilo ático original, pero no aparecen hasta la fase clasificada como PGM (Lemos, 2002: 11 sobre el PGA, 15-16 sobre el PGM). Dado que no parece haber una fase local de experimentación con el compás equivalente al PGA ático, suponemos que las ideas representan una influencia de Atenas. Pero en Eubea se desarrolló una versión particular del estilo PG (fig. 5.10). El vasto repertorio hallado entre el abundante material del heroon de Lefkandi podría indicar que Eubea, si no el propio Lefkandi, fue el centro del estilo «tesalo-euboico»: el material, más limitado, de la misma época hallado en yacimientos como Iolkos y Torone no permite situar un centro de este tipo en la Tesalia oriental ni en la Cálcide. La influencia de este estilo se detecta en un área muy extensa, que incluye no sólo el resto de Eubea, Skiros y la Tesalia oriental sino también yacimientos de Macedonia y la Cálcide, de la Grecia centroriental (sobre todo Kalapodi) y seguramente las Cícladas más septentrionales (Lemos, 1998: 49). Se han identificado tipos muy similares entre el material PGM de Cos (*Lefkandi II, 1*: 16, 20, 46). El talante innovador de los

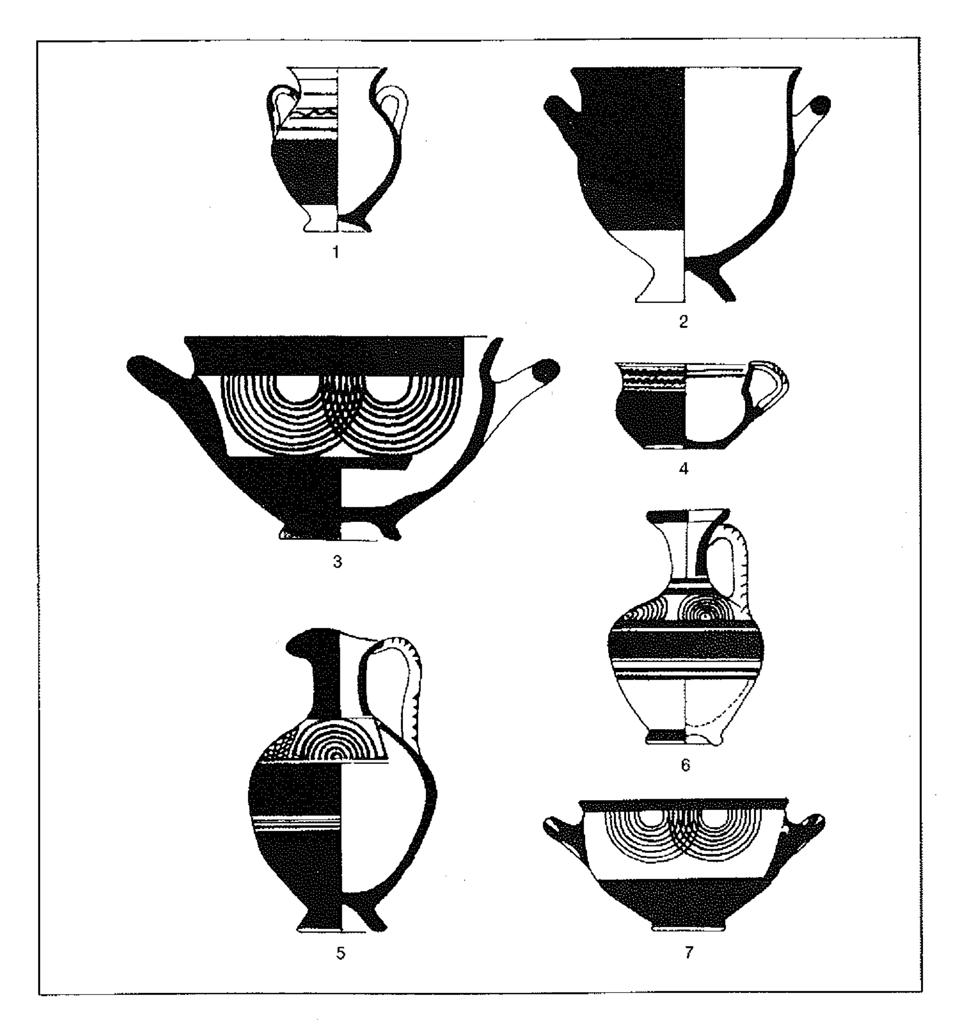


Figura 5.10. Típicos vasos euboicos del PG y SPG: 1. *Amphoriskos* del PGA. 2. *Skyphos* del PGM. 3. *Skyphos* con semicírculos colgantes del PGR. 4. Copa del PGR. 5. *Oinochoe* del PGR. 6. *Lekythos* del SPG I. 7. *Skyphos* con semicírculos colgantes del SPG IIIA (1, 4-6 según *Lefkandi I*, 309 fig. 12B, 294 fig. 7G, 317 fig. 15D, 314 fig. 14F; 2 según Lemos, 2002, fig. 66.3; 5, 7 según *Lefkandi III*, lám. 100: Toumba Pyres 34,1 y 14,1). Escala: 1:4.

alfareros se refleja sobre todo en la gran variedad de formas y texturas, y en los esquemas decorativos de los numerosos fragmentos de crátera recuperados en el depósito del heroon. La crátera hallada junto a la tumba es particularmente llamativa por la estructuración no ática de los motivos, ya que predominan los círculos y unas formas rectilíneas raramente utilizadas en el

PG ático, y tras las asas aparecen representados unos árboles estilizados, un rasgo único (fig. 5.11).

Otra innovación identificable en Lefkandi fechable en la misma época que el depósito del heroon son los semicírculos colgantes que se aplican a los *skyphoi* y a las cráteras (*Lefkandi II, 1*: 22, 24). Hay varios ejemplos de unos y otros que presentan bastantes variantes en el perfil y otros detalles, lo que sugiere que todavía eran experimentales. Es una base sólida para situar aquí el desarrollo del famoso *skyphos* con semicírculos, y no en Macedonia (como sugiere Papadopoulos, 1998: 365-366), y uno de los ejemplares sugiere que el perfil carenado característico de fases posteriores pudo basarse en la copa de borde también resaltado (compárese *Lefkandi II, 1*, lám. 48: 57 y 155). Más tarde, pero no antes del PGR, ese mismo motivo se aplicaría a las platas (fig. 5.12), que tal vez se fabricaron exclusivamente para su exportación a Próximo Oriente (véase el capítulo 7, pp. 251-252). Los alfareros de Lefkandi también desarrollaron formas propias, como el cuenco con asas en forma de cuerda trenzada y pequeñas cerámicas finas, como la cerámica incisa de engobe negro, posiblemente vinculada a la Cerámica Gris del noreste del Egeo, y la cerámica de engobe rojo (*Lefkandi I*: 347), aunque su distribución en las demás regiones parece limitada. Si, como sostienen algunos autores (por ej. Desborough, 1972: 293; Boadman, 1998: 13), la calidad de la cerá-

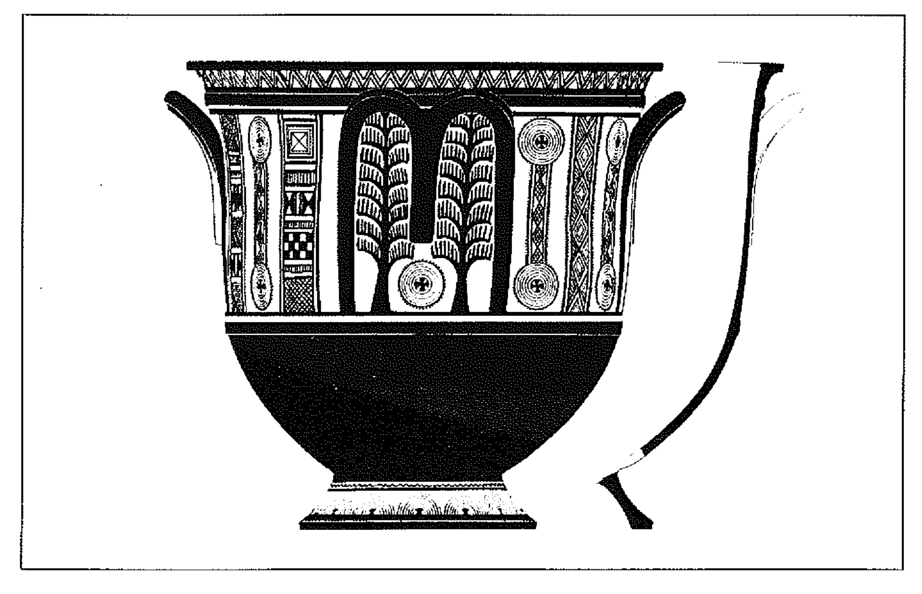


FIGURA 5.11. Crátera del PGM del heroon de Lefkandi. Unos 88 cm de diámetro y 80 cm de alto. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

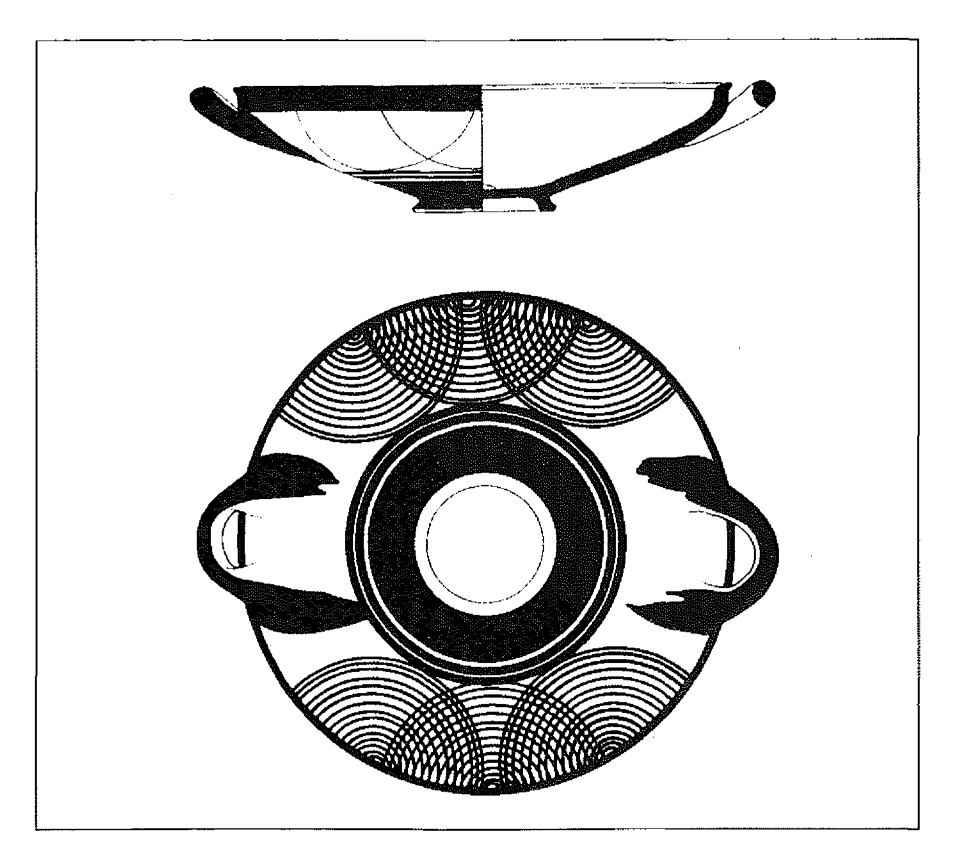


Figura 5.12. Fuente (PGR o SPG I) decorada con semicírculos colgantes de Lefkandi: Toumba, T. 42. 17,4 cm de diámetro y 4,5 cm de alto. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

mica PG ática refleja algún tipo de desarrollo importante en la comunidad ática, entonces podría ser que estos rasgos típicos de Lefkandi dijeran algo también importante sobre aquella sociedad. Pero es sumamente dudoso que la evidencia de la cerámica pueda dar tanto de sí.

A pesar de la amplia difusión de los tipos de estilo euboico, sobre todo de sus formas abiertas, la influencia euboica no dejó demasiada impronta fuera de Skiros y de la Tesalia; el futuro estaría en manos de Ática. Porque no hay duda de que fueron los alfareros áticos los que desarrollaron el estilo geométrico, que tendría una influencia en la producción cerámica de todo el Egeo mucho más profunda que el estilo protogeométrico precedente, por vasta que fuera su distribución. No es necesario analizar con detalle los cambios del estilo geométrico puesto que varios autores los han analizado exhausti-

vamente (especialmente Coldstream, 1968), pero merece la pena destacar algunos rasgos sobresalientes. Se introdujeron algunas formas y variantes nuevas, pero los tipos básicos seguían siendo los mismos. Los vasos más elaborados eran también las cráteras y las ánforas, que ahora se decoraban con complejos sistemas de bandas y frisos cubriendo gran parte de la vasija, con motivos básicamente rectilíneos; muchos ya eran corrientes en el PGR como motivos subsidiarios, pero ahora los dos motivos dominantes eran el meandro y el zigzag múltiple. El estilo empezó con una preferencia por los esquemas de fondo oscuro, ya consolidados en el PGR ático, cuya decoración se reducía a unas bandas estrechas o pequeños frisos contra grandes espacios revestidos de una potente pintura negra.

A medida que el estilo se desarrolla, las zonas decoradas se amplían y se multiplican (figs. 5.13, 5.14). El efecto en los vasos más elaborados de la fase GM I (*ca.* 850-800), esto es, en las ánforas que una posible élite cada vez más autoconsciente usaba como urnas de incineración y como hitos funerarios (fig. 5.15), es impresionante tanto por su esmerado equilibrio entre las zonas claras y oscuras como por la disposición de los motivos en las distintas partes del cuerpo. En el siglo VIII el estilo básicamente abstracto de la decoración se empezó a animar con estilizados motivos vegetales, animales erguidos (fig. 5.14: 1), que se repetirían para rellenar espacios vacíos, y escenas de acción humana, con claras alusiones a los intereses de la élite –los caballos, la caza, la guerra, los funerales–, y los mejores ejemplos se hallan en los monumentales hitos funerarios cerámicos desarrollados por primera vez por el Pintor de Dipylon, en cuyo taller se creó el estilo GR ático (Coldstream, 1968: 29-41, láms. 6-7; también 1977: 110-114). En ellos los frisos y las zonas con representaciones de duelo ritual por el difunto y de procesiones a la tumba se colocaban en el centro de unos esquemas muy trabajados de intrincada decoración geométrica (fig. 5.16); en las cráteras de uso conmemorativo también predominaban las escenas masculinas de guerra. Es posible que estos avances se inspiraran en la demanda de una clientela interesada en un trabajo más elaborado, y que para ello se basaran claramente en una artesanía de Próximo Oriente cada vez más familiar, fuente de los tipos animales más comunes y de algunas escenas muy concretas de muchos vasos posteriores (Carter, 1972). Pero las escenas de actividad humana eran, en su mayoría, un desarrollo nativo con muy pocos antecedentes, la mayoría en el norte de Creta.

La pericia y la elaboración crecientes que se detectan en la cerámica GR ática también se observa en otras partes del Egeo, no sólo en la cerámica pintada sino también en la mejor calidad de las cerámicas lisas y domésticas, aunque resulten más difíciles de documentar. Es fácil perderse en los detalles de estilo e influencias de un material cada vez más rico, pero hay algunos rasgos que cabría destacar. En el siglo IX el estilo ático arraigó en muchas

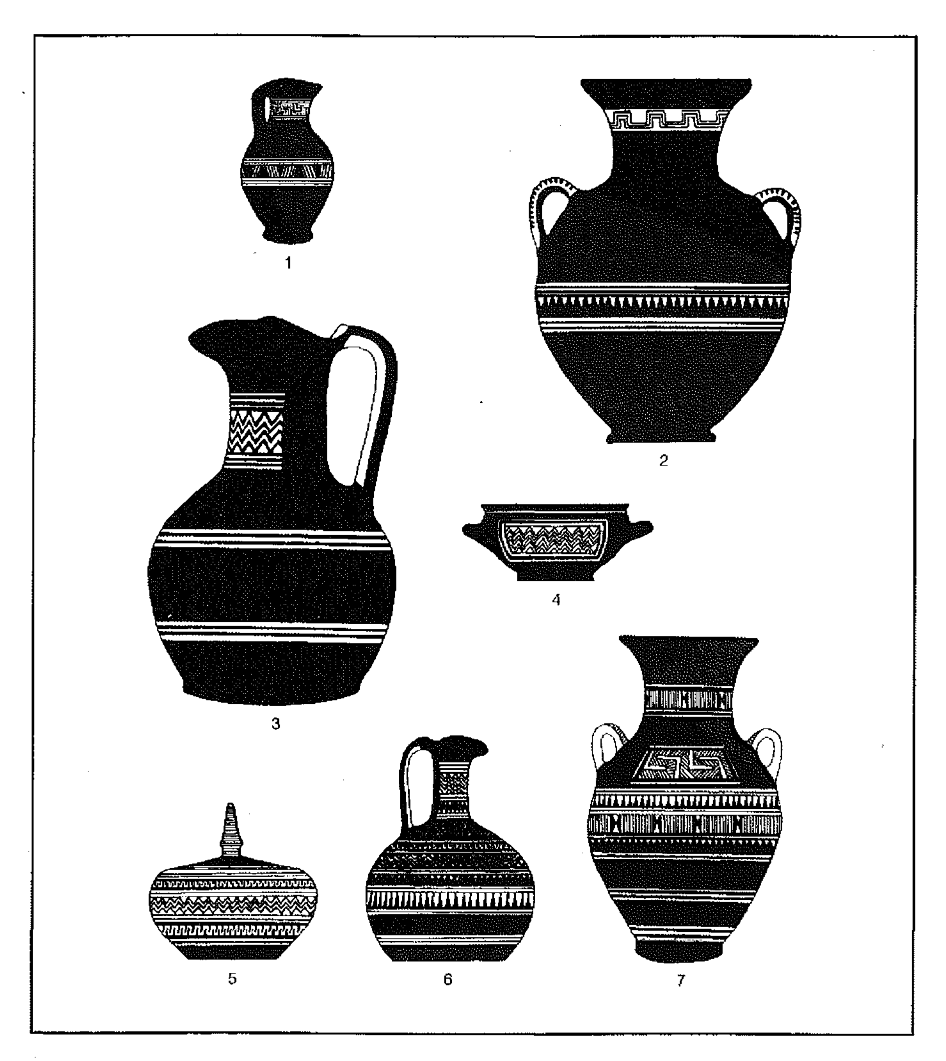


Figura 5.13. Típicos vasos del GA-GM ático: 1-2. *Oinochoe* y ánfora con asas en los hombros del GA I. 3-4. *Oinochoe* y *skyphos* del GA II. 5-7. Píxide, *lekythos-oinochoe* y ánfora con asas en los hombros del GM I (según Coldstream, 1968, láms. 1d, 1a, 2d, 2b, 3g, 3l, 3m). Escalas 5 (aprox 1:5), 1-4, 6 (1:6), 7 (1:8).

regiones vecinas y en otras su influencia fue notable, pero parece que en Eubea se ignoró, porque allí siguió predominando un estilo básicamente PG, y en el sur del Peloponeso y en el oeste de Grecia apenas se conocía. En la segunda mitad del siglo IX la evolución en el norte y centro de Creta, cuya principal representación sería Knossos, propició la creación del estilo idio-

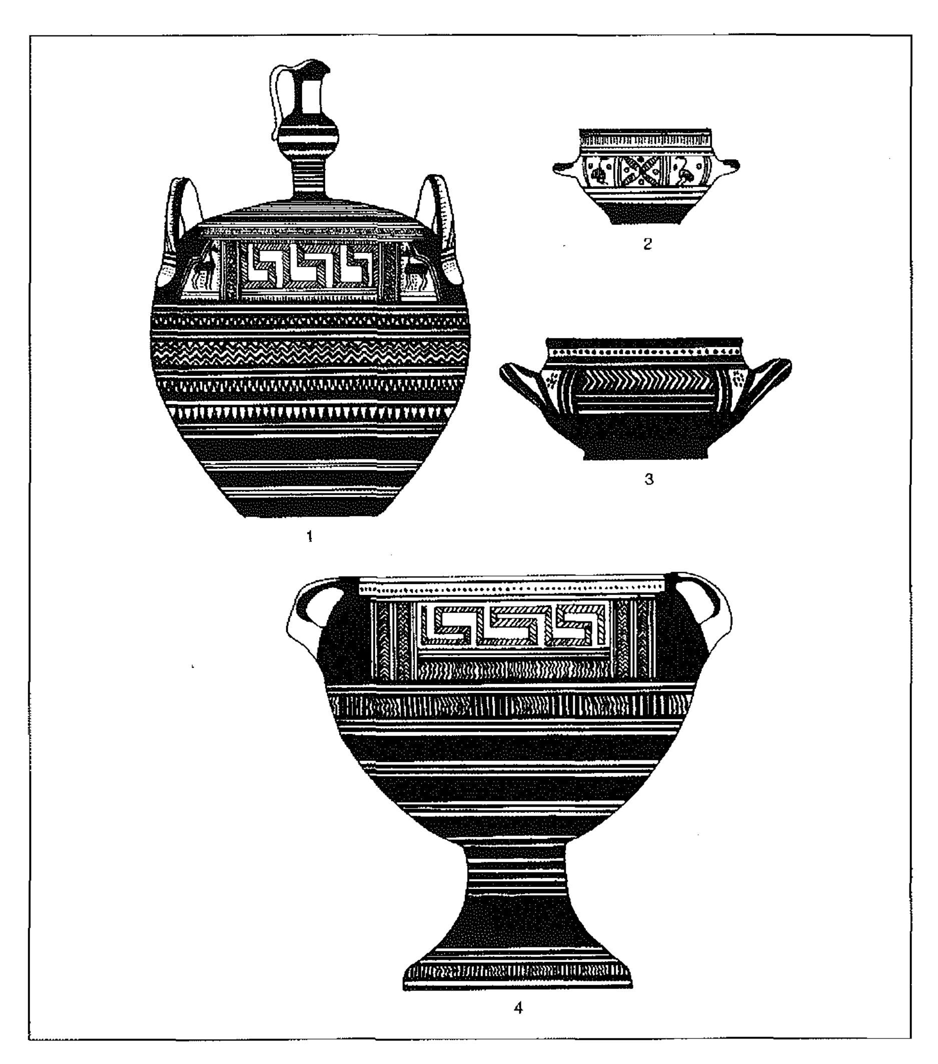


FIGURA 5.14. Típicos vasos del GM II-GR: 1-2. Píxide y *skyphos* del GM II ático. 3. *Skyphos* GR Ib ático. 4. Crátera aticisante del GM II corintio (según Coldstream, 1968, láms. 4e, 5e, 10b, 17f). Escalas 1, 4 (1:6), 2-3 (1:4).

sincrásico PG B, que combinaba influencias minoicas, PG, G y de Próximo Oriente para formar una extraordinaria miscelánea con algunas de las primeras escenas figurativas pos-Bronce, entre otras representaciones de deesas (Coldstream, 1984), en vasos claramente asociados a la élite, como urnas de incineración, cráteras y *oinochoai* gigantes. Pero no parece que este estilo tuviera influencia fuera de Creta.



Figura 5.15. Ánfora con asas en la panza del GM I de la T. G 41 del Kerameikós, Atenas. 69,5 cm de alto. Cortesía del Instituto Arqueológico Alemán de Atenas.

En el Peloponeso oriental la influencia ática se prolongó hasta principios del siglo VIII (fig. 5.14: 4), pero más tarde los estilos locales empezaron a divergir cada vez más del estándar ático y crearon sus propias zonas de influencia. Para entonces otras regiones del Peloponeso también habían establecido estilos propios, bastante alejados ya del PG estándar y todavía más del G. El «PG laconio», que en Tegea ha deparado una forma local (véase p. 37), tal vez no se consolidara plenamente hasta el siglo IX, y lo mismo podría decirse de lo que se ha definido como PG aqueo. Ambos utilizan profusamente motivos triangulares y rombos, con frecuencia reticulados, pero sus formas abiertas son muy distintivas. Sin embargo Mesenia, si Nichoria es típico, continuó con su empobrecido estilo «Edad Oscura» con pocas innovaciones (pero en Kaphirio, al sur de Nichoria, se produjo algo muy parecido al «PG laconio»; Coulson, 1986: 41-48). Ítaca muestra asimismo pocos avances (véase la fig. 5.17 para ejemplos de todos estos tipos).

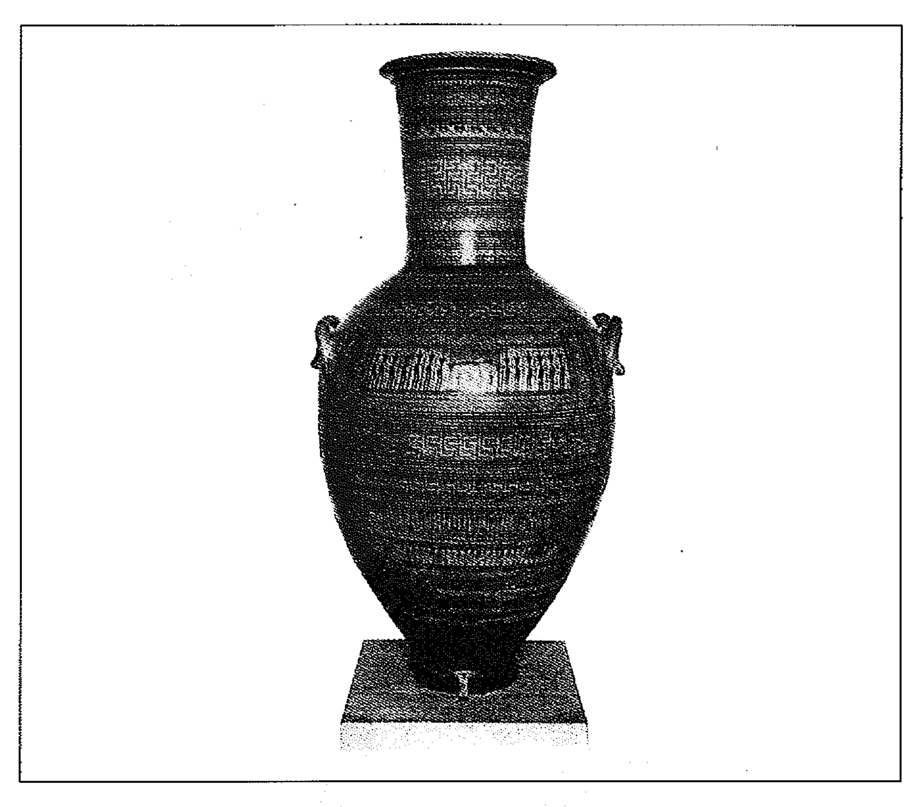


Figura 5.16. Ánfora-estela del GR Ia NM 804 de la necrópolis de Dipylon, Atenas. 1,55 m de alto. Cortesía del Instituto Arqueológico Alemán, de Atenas.

Desde mediados del siglo VIII, los estilos claramente relacionados con la última fase de la tradición geométrica, el GR, empezaron a proliferar por doquier, incluso en Eubea, donde hasta entonces había prevalecido su tradición SPG aunque empezaba a incorporar reproducciones de algunos tipos GM áticos (*Lefkandi I*: 40-43), y en las regiones que nunca habían creado un estilo auténticamente PG. En las mejores piezas cerámicas comenzaron a proliferar las escenas figurativas, con una selección de temas interesante: fuera de Atenas las representaciones de pecios y de hombres sujetando un caballo son más frecuentes que en el estilo ático, pero nunca o casi nunca aparecen claramente escenas relatando una historia. La creciente popularidad de la decoración figurativa permitía un margen para la diferenciación mayor que las típicas pautas geométricas, pero también se trataban de modo distinto según los centros, ya que parece detectarse una intención deliberada de producir cerámicas distintivas propias. Se identifican muchas prefe-

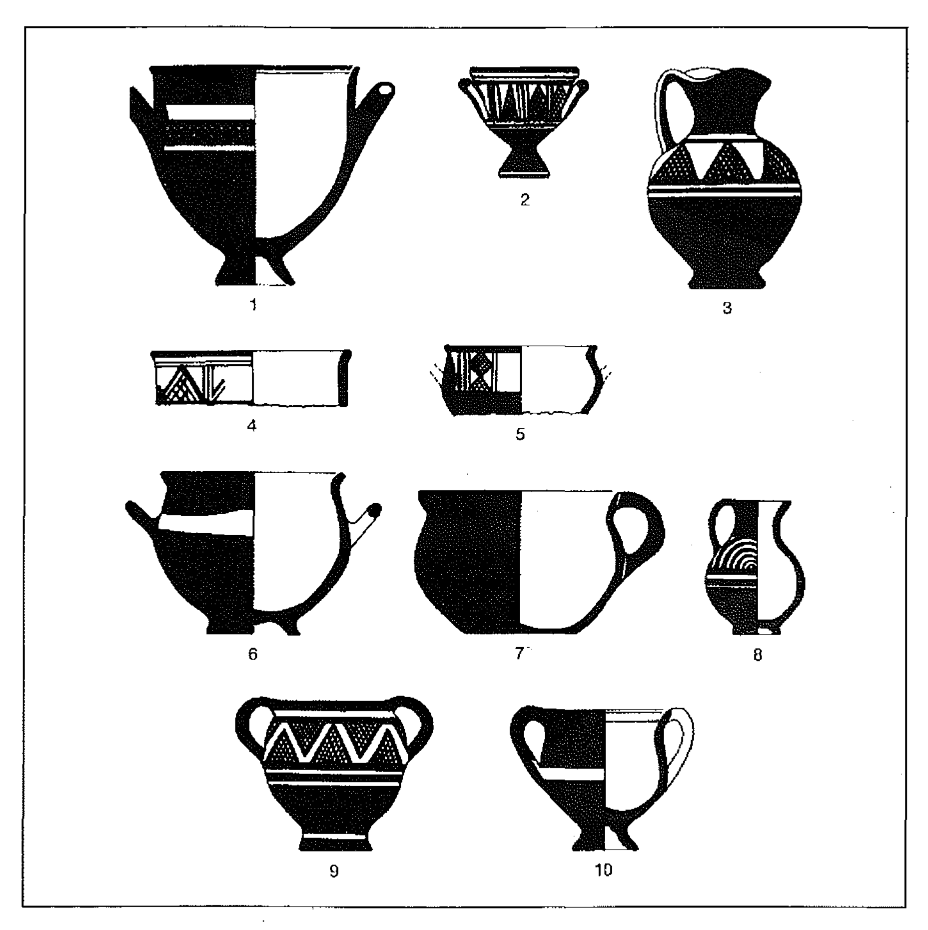


Figura 5.17. Ejemplos de otros estilos PG y SPG: 1. *Skyphos* PGM argivo (Asine). 2-3. *Skyphos* y *oinochoe* PGR argivo (Tirinto). 4-5. *Skyphoi* «PG» laconio (Amyklai, heroon de Esparta). 6-7. *Skyphos* y copa de la Edad Oscura II mesenia (Nichoria). 8. *Oinochoe* de la Edad Oscura II mesenia (Antheia). 9. *Kantharos* «PG» aqueo (Derveni). 10. *Kantharos* PG de Ítaca (Polis) (1-3 según Lemos, 2002, figs. 28.4, 56.6, 57.7; 4-5 según Coulson, 1985, figs. 1:12 y 2:30; 6-7 según *Nichoria III*, figs. 3-23: P1565 y 3-34: P907; 8 según Coulson, 1986, fig. 6.33; 9 según Coldstream, 1968, lám. 48h; 10 según Mountjoy, 1999, fig. 175: 32). Escala: 1:4.

rencias locales en relación con las formas, la combinación de motivos, el estilo de la composición y el aspecto general. A finales del siglo VIII por primera vez en muchos siglos todas las partes del Egeo decoraban sus cerámicas con variantes del mismo estilo. Y el creciente interés por las posibilidades de la decoración figurativa, aún limitada a unos pocos temas, coincidió con un

menor interés por los intrincados esquemas geométricos, que todavía sobrevivirían en algunas zonas subsidiarias hasta bien entrada la época arcaica.

LA METALURGIA

Los objetos de metal constituyen la segunda gran clase de ítems de la EHA detrás de la cerámica, y se hallan en depósitos de habitación y en tumbas, si bien la mayoría no son ni muy comunes ni técnicamente elaborados entre el final del período Pospalacial y *ca.* 900. Las necrópolis atenienses del Kerameikós han sido la base para hablar de una escasez de ítems metálicos, incluso de los más corrientes, antes de *ca.* 900, pero los hallazgos de otras necrópolis, en Atenas y en otros yacimientos, ofrecen una impresión distinta, que se ha visto reforzada gracias al material recuperado en los niveles de habitación PG de Asine, donde en una pequeña zona se hallaron nueve objetos metálicos, la mayoría de bronce (Wells, 1983a: 227, 255, 278), y gracias también (dado que abarca un período cronológico mucho más amplio) a la evidencia de Nichoria. Aquí se han fechado en la EHA 119 objetos completos o fragmentarios, escorias y residuos asociados al trabajo o a la fundición de metales (un objeto de oro, setenta y nueve de bronce, treinta y uno de hierro y ocho de plomo), si bien algunos recuperados en varios estratos mixtos podrían ser también micénicos (*Nichoria III*; 273-287). El abanico de ítems de bronce es particularmente amplio, e incluye ítems con un alto porcentaje de estaño, un rasgo que también se observa en algunos ítems de las necrópolis de Lefkandi que se han analizado (*Lefkandi I*: 456-458).

Estos datos son relevantes por cuanto afectan a la teoría de «la escasez de bronce» de Snodgrass (1971: 237-249, cf., 1980a: 50-51) según la cual la interrupción del suministro de estaño a raíz del colapso de las comunicaciones entre el Egeo y Próximo Oriente habría forzado el desarrollo de la tecnología del hierro en las partes más avanzadas del Egeo (incluido Lefkandi), y que habrían utilizado el hierro para producir ítems que normalmente se habrían hecho en bronce. En cambio, en las partes más remotas (que incluiría Nichoria) se habrían continuado utilizando los antiguos ítems de bronce y es posible que siguieran produciéndose tipos que en otras zonas ya eran obsoletos, a base de reciclar el metal de los artefactos del Bronce, de modo que la tecnología de los metales se habría quedado «congelada» en el estadio anterior al colapso. Snodgrass situaba inicialmente el período de «escasez de bronce» como máximo entre *ca.* 1025-950, pero más tarde ([1971], 2000: XX-VII) lo reducía a una «breve fase de transición», de aproximadamente una generación. La idea de una escasez de los componentes del bronce también se ha utilizado para explicar el desarrollo de la tecnología del hierro en

Próximo Oriente, y pese a que Pickles y Peltenburg (1998, 80-81) la han criticado seriamente en el caso de esa región, aún podría resultar aplicable al Egeo.

Sin embargo, no está muy claro que se produjera realmente una drástica interrupción de los suministros. Las evidentes variaciones en cuanto al contenido de estaño que ha revelado el análisis de los bronces egeos de la EHA hablan de la improbabilidad de que el metal de esos bronces se produjera por el simple procedimiento de fundir artefactos de la Edad del Bronce (aunque el contenido de estaño de los bronces del Bronce reciente podía también variar de modo considerable). Lo más probable es que fueran el resultado de nuevas aleaciones (Waldbaum, 1987; Kayafa, 2000). El bajo porcentaje de estaño contenido en algunos bronces analizados de Elateia (Dakoronia, 2003) podría indicar asimismo que a los viejos bronces fundidos se les pudo añadir cobre suplementario, lo que sugiere que parte de lo que estaba en uso era material «reciclado», seguramente procedente del expolio de algunas tumbas. La excepcional cantidad de plomo contenido en muchos bronces de Lefkandi, y de hierro en bronces de Lefkandi y de Nichoria, apunta a la existencia de nuevos suministros de metal para hacer aleaciones, y seguramente a la explotación de nuevos yacimientos de cobre. Se han detectado cantidades importantes de plomo y de hierro incluso en bronces del G, sobre todo en las piezas de cobre de los vasos trípodes (Kayafa, 2000; cf. *Lefkandi I*: 447-459).

Además, la tesis de Snodgrass no tenía suficientemente en cuenta el valor simbólico del hierro (un punto que ahora él mismo reconoce: [1971], 2000: XXVII). Al principio el hierro tuvo que ser un elemento exótico y prestigioso, no utilitario, y muy valorado en Próximo Oriente. Ya en el siglo XIII, cuando en Anatolia se explotaban las minas de hierro y con ese hierro se fabricaban ítems ostensiblemente funcionales (aunque básicamente ceremoniales), como armas y útiles, sobre todo en territorio hitita (Yalçin, 1999: 181-184), el metal se consideraba idóneo para manufacturar imágenes de divinidades, ofrendas y regalos regios (Gurney, 1990: 67-68). El hecho de que el trabajo del hierro para producir una simple lámina o cuchilla implicara una tecnología muy distinta de la utilizada para trabajar el bronce también habría contribuido a su mística.

Es muy probable que las conductas de Próximo Oriente tuvieran una gran influencia en el Egeo, y los objetos de hierro hallados en contextos pospalaciales se habrían valorado más como ítems de prestigio que como un avance técnico respecto a sus equivalentes en bronce (véase más adelante, p. 177). Así que la elección del hierro para ítems de fabricación local podría reflejar una continuación de aquella actitud. Eso explicaría la frecuente presencia de agujas y de otros objetos de hierro, ornamentales o no, en las tumbas «ricas» de la antigua necrópolis de Lefkandi:Skoubris (Submicénico re-

ciente-PGM). Que el hierro gozó de ese mismo prestigio durante toda la EHA vendría indicado no sólo por la presencia de fíbulas y agujas de hierro, a veces doradas o con otros atributos, junto a numerosos objetos de bronce en las tumbas más ricas (por ej., en el heroon de Lefkandi y en la necrópolis de Toumba; véase *Lefkandi III*, tabla 1), sino también por la manufactura en el Peloponeso de versiones en hierro de las agujas G más elaboradas y por la práctica de depositar armas y conjuntos enteros de ítems de hierro en importantes sepulturas masculinas (véase Coldstrean, 1977: 146). Varias referencias homéricas avalan esta realidad (cf. Sherratt, 1994: 78), concretamente la frase, cinco veces repetida, en la que se describe el tesoro de un héroe: «bronce y oro y hierro muy batido».

Si analizamos estos puntos más la demostrada presencia de gran cantidad de ítems de bronce en yacimientos relativamente remotos, especialmente en la necrópolis de Elateia, es muy probable que, como se sugiere en la p. 151, el Egeo dispusiera todavía de todos los metales corrientes, seguramente a través del intercambio y/o de metalúrgicos y prospectores itinerantes. Lo cual no significa que en todas partes hubiera siempre suficiente metal para atender la demanda, y otro importante factor limitador pudo ser muy bien la imposibilidad de reunir los recursos necesarios para pagar por ese metal. Esto, junto con las posibles variaciones en las costumbres funerarias, explicaría los fenómenos que apunta Snodgrass.

La introducción del hierro

Hace tiempo que se sabe que muchas creencias antes muy populares sobre la difusión de la tecnología del hierro no son válidas. Sabemos, por ejemplo, que no fue el resultado de la difusión del conocimiento tras el colapso del imperio hitita, aunque hay sólidos indicios de que en aquel imperio la producción y la distribución del hierro estaban controladas por el palacio (Muhly *et al.*, 1985). Lo más probable es que otros centros también conocieran la técnica, incluso en Egipto (Waldbaum, 1980: 77, 79), y que los avances más destacados tuvieran lugar en Chipre, porque allí el trabajo del hierro floreció en el siglo XIII, y en cambio no hay evidencia de un control central de la producción y de la distribución. Todo indica que los talleres metalúrgicos eran autónomos, lo que habría ampliado el margen de difusión de los objetos de hierro más allá de los elevados círculos por los que al parecer habían circulado antes de *ca.* 1200. En efecto, es muy probable que las prestigiosas asociaciones del hierro fueran uno de los motores de la propagación de la metalurgia del hierro, porque es difícil que los primeros artículos de hierro fueran superiores a los buenos bronces (Muhly *et al.*, 1985: 68).

En cambio el hierro poseía unas ventajas prácticas que se habrían percibido casi de inmediato. La manufactura de un objeto de hierro utilizable requería un solo metal, no dos como el bronce, y además el mineral de hierro era mucho más accesible y abundante. Los ítems de hierro eran también más ligeros que sus equivalentes de bronce, más rígidos, y se podían templar y amolar mejor. Una vez reconocido el valor de la carburación y resueltas las técnicas básicas de la forja para producir una forma de acero, como parece haber ocurrido en Chipre en el siglo XII (Pickles y Peltenburg, 1998: 84; puede incluso que en la Anatolia del siglo XIII se produjera una forma de acero, véase Yalçin, 1999: 183), el hierro habría sido el metal preferido para fabricar armas y útiles prácticos y también ítems ornamentales. Pero la difusión de la metalurgia del hierro tuvo que ser un proceso lento, aunque sólo fuera porque exigía el desplazamiento de expertos capaces de reconocer las fuentes del mineral y de trabajar el metal. Tampoco se descarta que la élite tratara de limitar su accesibilidad debido a su valor de prestigio (cf. Crielaard, 1998: 191).

Los primeros ítems de hierro en circular ampliamente en el siglo XII fueron los puñales con empuñadura de marfil o hueso y remaches de bronce; hay un ejemplar que tiene incluso remaches de oro o plata (Karageorghis, 1982: 299). Se ha sugerido plausiblemente que quizá se hicieran a partir de la masa de hierro resultante de la fundición del cobre contenido en minerales ricos en hierro (Pickles y Peltenburg, 1998: 79-80, 90-91). Aunque su producción fuera relativamente barata, habrían sido ítems de gran prestigio y valor ostentoso, como los puñales y las dagas de hierro utilizados anteriormente en Próximo Oriente como dones regios y, al igual que ellos, habrían podido utilizarse para el intercambio ceremonial de dones, lo cual en última instancia podía tener una motivación comercial. No puede ser casual que los ejemplares más antiguos del Egeo aparezcan en centros tan importantes como Perati, Lefkandi y Knossos. La idea de que todos estos puñales eran chipriotas (Sherratt, 1994: 68-69) plantea algunas dificultades. Como ha señalado Waldbaum (1982: 330-332), la aparición del puñal de un solo filo en Chipre era relativamente reciente, y las formas de los ejemplares recuperados varían considerablemente (Snodgrass, 1980b: 346), lo que apuntaría a más de una región productora, aunque quizá fuera una produción aleatoria, no organizada (cf. Hoffman, 1997: 140-141 para dudas sobre si todos los ejemplares de Creta son importaciones). También es relevante la infrecuencia en el Egeo de otros ítems de hierro de posible origen chipriota, aunque un hallazgo en Chipre sugiere que las primeras dagas y espadas cortas de hierro egeas pudieron basarse en un tipo chipriota (Karageorghis, 1982: 299).

De todos modos, y pese a las explicaciones de Waldbaum (1982: en espe-

cial 336-338), no hay razones sólidas para suponer un desarrollo independiente de la metalurgia del hierro en el Egeo. Allí no sólo no existe evidencia de un trasfondo metalúrgico comparable al que parece haberse desarrollado en Chipre y en Oriente Próximo, sino que apenas aparecen objetos de hierro en los abundantes estratos de habitación del Tercer Período Palacial, como cabría esperar si se hubiera desarrollado una industria local (Muhly *et al.*, 1985: 77-79 cita evidencia de un taller en un contexto HR IIIB2 de Tirinto que podría indicar fundición local de hierro, pero se precisan más detalles), y tampoco los textos de Lineal B mencionan el hierro (debo esta información a la Dra. E. S. Sherratt). Ahora los estratos de habitación de la EHA se conocen mejor que cuando Waldbaum escribió su libro, pero siguen deparando muy pocos ítems de hierro. En Nichoria, donde son más corrientes, los únicos útiles que se han identificado son puñales. Por lo tanto, lo más verosímil es que la metalurgia del hierro se desarrollara en el Egeo estimulada por influencias externas, aunque no necesaria ni exclusivamente chipriotas (Matthäus, 1998: 141). También es perfectamente posible que los paralelos chipriotas de los primeros ítems de hierro en el Egeo reflejen no un intercambio comercial sino el movimiento de herreros formados en Chipre, y algunas piezas pudieron ser la obra local de este tipo de artesanos incluso en el siglo XII.

Aparte de los puñales, los escasos ítems de hierro que se han encontrado en contextos del período Pospalacial en el Egeo (fig. 5.18) son casi todos ornamentales: agujas, anillos y un gran brazalete (Snodgrass, 1971: 221 enumera casi todos los ejemplares). El único ítem de hierro que había en el Tesoro de Tirinto era una hoz fragmentaria de un tipo muy conocido de Próximo Oriente, fechada hacia finales del período Pospalacial, y que seguramente se guardó más por su valor metálico que por su valor utilitario. En un posible contexto del HR IIIC se ha documentado una espada, y en Palaiokastro, en la Arcadia, una incineración en una hidria (*AR* 43 [1996-1997] 33), aunque no disponemos de los detalles. Pero en torno al período de transición a la EHA se han descubierto otras armas, dos espadas en tumbas atenienses y varias dagas en Atenas, Lefkandi, Tirinto y Knossos (*NorthCem*: 528-529). Todas presentan formas derivadas de la espada de bronce Tipo II, la mayoría con remaches de hierro. Estas hojas pudieron producirse primero en Chipre (Snodgrass, 1980b: 347), y el ejemplar egeo más antiguo se asemeja a una versión chipriota del Tipo II. Es muy probable que las dagas, al igual que los viejos puñales, fueran ante todo ítems de exhibición (varios tienen empuñadura de marfil), ya que como arma son demasiado cortos (entre 21 y 31 cm de largo), salvo en luchas cuerpo a cuerpo. En cambio las espadas, que son sin duda ítems de ostentación, sí habrían podido ser armas efectivas (una, de la T.2 PG del Kerameikós, mide 48 cm de largo).

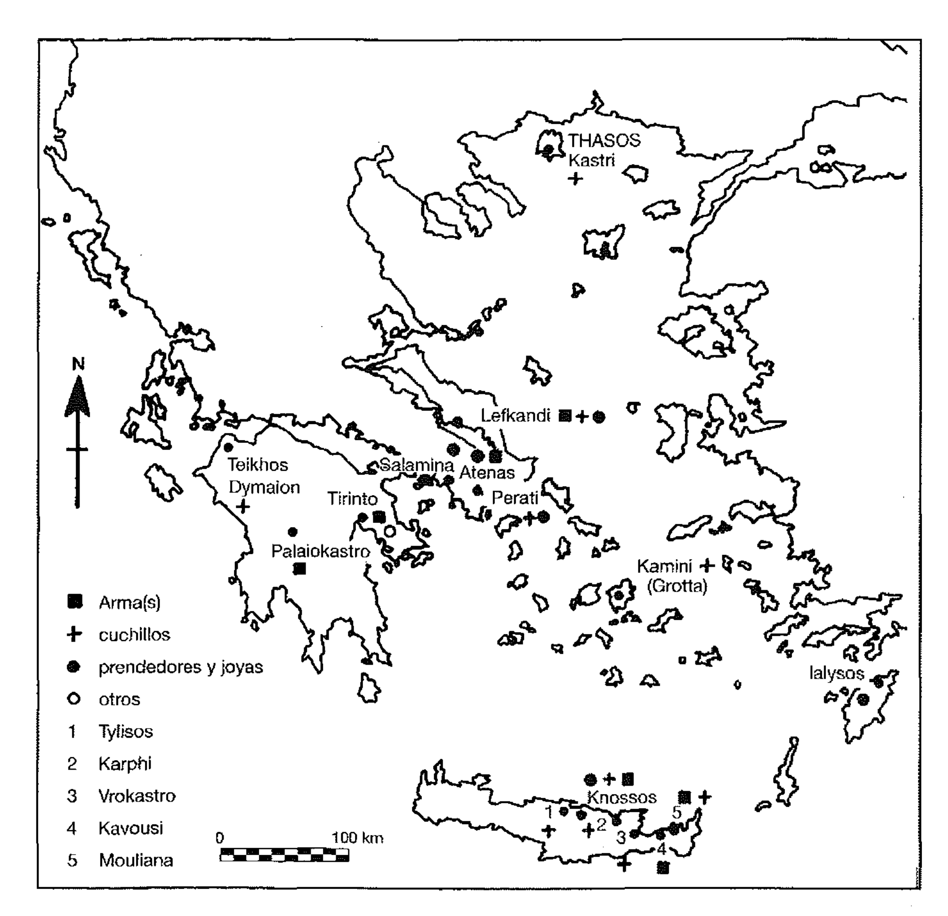


Figura 5.18. Distribución de ítems de hierro en contextos pre-1000 ciertos o probables del Egeo.

El conjunto de estos hallazgos habla de la progresiva popularidad del hierro en las regiones dominantes del Egeo, y que a mediados del siglo XI ya se trabajaba en algunos centros. Los ítems más antiguos, seguramente productos locales, son básicamente réplicas de algunos de los objetos de bronce más corrientes y fáciles de fabricar, y representan otra reducción del repertorio de armas respecto a la gama de la época pospalacial. No se intentó reproducir en hierro los últimos tipos de espada y de daga de bronce de la tradición indígena egea, pese a que en el período Pospalacial aún estaban en circulación, ni muchas puntas de lanza anteriores, ni siquiera la punta «flamígera» de introducción reciente. Quizá porque era corriente en el oeste de Grecia (Catling, 1968: 106-107), donde la metalurgia del hierro fue muy lenta. Tampoco se utilizó el hierro para producir las primeras fíbulas, ni ningún

tipo de fíbula del período Pospalacial, en cambio se utilizó para fabricar formas muy simples de agujas y anillos, y ocasionalmente para otros adornos. Pero en el transcurso del siglo X el repertorio de ítems de hierro se amplió: entre los tipos conocidos están la lanza, la jabalina y las puntas de flecha, cabos de lanza, hachas, cinceles, bocados de caballo y algunas fíbulas. En cambio, las fíbulas y anillos más complejos, las *phalara* (véanse las pp. 188-189), las pinzas y ciertos accesorios de los pocos vasos y armaduras continuaron haciéndose en bronce o cobre.

Es difícil determinar a qué velocidad se expandió el hierro por la región del Egeo. La evidencia documentada en muchas áreas es tan escasa o tan difícil de fechar que no permite sacar conclusiones. En la Tesalia los ítems de hierro aparecen en contextos PG. En este caso pudo haber incluso algún estímulo de Macedonia, porque allí es posible que la explotación de las fuentes locales de hierro se iniciara ya en *ca.* 1000 (Snodgrass, 1980b: 350), pero los tipos hallados en Iolkos son formas estándar sin vínculos específicamente macedonios. En cambio en Mesenia no es seguro que la metalurgia del hierro comenzara en fecha muy temprana. La aguja de hierro con cabeza de bronce recuperada en una tumba cerca de Pilos, un tipo PG conocido en el resto de Grecia, sugiere que ítems de hierro egeos llegaron a Mesenia antes de *ca.* 900, pero la mejor evidencia de una metalurgia local procede de contextos de la Edad Oscura II de Nichoria, la fase a la que cierta o seguramente pertenecen los hallazgos de hierro de otros yacimientos mesenios (Snodgrass, 1980b: 353-354; véase Coulson, 1986: 30 sobre el material de la Edad Oscura II de Malthi, que sería un contexto más plausible que el HR IIIC para los objetos de hierro y la escoria documentados). Como decíamos en el capítulo 1, esta fase podría muy bien pertenecer al siglo IX. También hay indicios plausibles de una llegada tardía del hierro a Elateia, porque pese a que en el PG había muchas tumbas en uso, sólo se han recuperado unas pocas dagas y agujas de hierro, mientras que abundan distintas clases de ítems de bronce. En general la evidencia sugiere que la metalurgia del hierro se expandió con relativa lentitud desde sus bases originales en Creta y en la Grecia central, y que los ítems de hierro sólo se habrían normalizado en el siglo IX cuando empezaron a explotarse las fuentes locales.

A finales de la EHA ya se había establecido una distinción mucho más clara entre el hierro como metal práctico y el bronce como metal ornamental. El hierro se seguía utilizando con mucha frecuencia para producir agujas, pero no para armaduras ni otros avíos ornamentales, vasos o estatuillas. Esto se explicaría en buena medida por la dificultad que entrañaba forjar estos ítems en hierro, pero también por el particular atractivo inmediato del bronce, que lo convertía en la opción lógica para unos ítems de ostentación demasiado grandes o demasiado corrientes para utilizar un metal precioso.

Que el hierro perdurara tanto tiempo como material de joyería y del vestido quizá se debiera a un gusto por el contraste de colores, detectable en su forma más simple: la costumbre de coronar las agujas de hierro con cabezas o remates de bronce, hueso o marfil (o de ensartar en ellas cuentas de fayenza, como en Lefkandi).

Vasos

Unos recursos limitados podrían explicar la cuasi desaparición de los vasos de metal en la EHA, pero la situación no está clara. Es cierto que no hay nada que indique que en el Egeo se perpetuara la tradición de producir vasos de metal precioso tras el colapso, o que renaciera en algún momento de la EHA. En cambio sí hay mucha evidencia de la supervivencia y posible continuidad de la manufactura de vasos de bronce (así llamados convencionalmente, aunque el cuerpo es probablemente de cobre y sólo los accesorios son de bronce). La posesión y exhibición de vasos metálicos habría sido uno de los símbolos de estatus más potentes durante la EHA, como corrobora la importancia que se les concede en la tradición épica, y no es casual que los tipos que aparecen con mayor frecuencia se asocien a banquetes ceremoniales.

Hay importantes conjuntos de vasos de bronce pospalaciales en el Tesoro de Tirinto y en la T. A de Mouliana, y también hallazgos esporádicos y por lo general fragmentarios de épocas posteriores, muchos de ellos procedentes de las necrópolis de Knossos. Los más elaborados son unos tipos que parecen haberse originado en Chipre hacia 1250-1150, especialmente los trípodes reforzados con un armazón de varillas (fig. 5.19: 1) y los soportes de cuatro lados; Catling sostuvo inicialmente que todos los ejemplares egeos eran productos de ese período y que, por lo tanto, si aparecían en contextos más tardíos tenían que ser «reliquias», como el ánfora del heroon de Lefkandi (*Lefkandi II, 2*: 87). Sería más correcto hablar de «antigüedades», un término capaz de incluir también ejemplares devueltos a la circulación procedentes del expolio de tumbas. Pero Matthäus defiende una producción cretense local de trípodes y soportes en el período Geométrico (1988 y 1998: 129-133). Catling concede que los fragmentos de moldes de arcilla de Lefkandi (fig. 5.1) han reabierto la cuestión de los trípodes reforzados, aunque se inclina a favor de la idea de las «reliquias» (*NorthCem*: 569). Estos moldes se utilizaban para fundir y moldear listones decorados que pudieran hacer las veces de patas de los trípodes reforzados (según cree Matthäus, 1998: 130) o de los calderos, y proceden de un contexto no posterior a *ca.* 900. Muestran claros vínculos estilísticos con el trípode reforzado de Fortetsa, T. XI, halla-

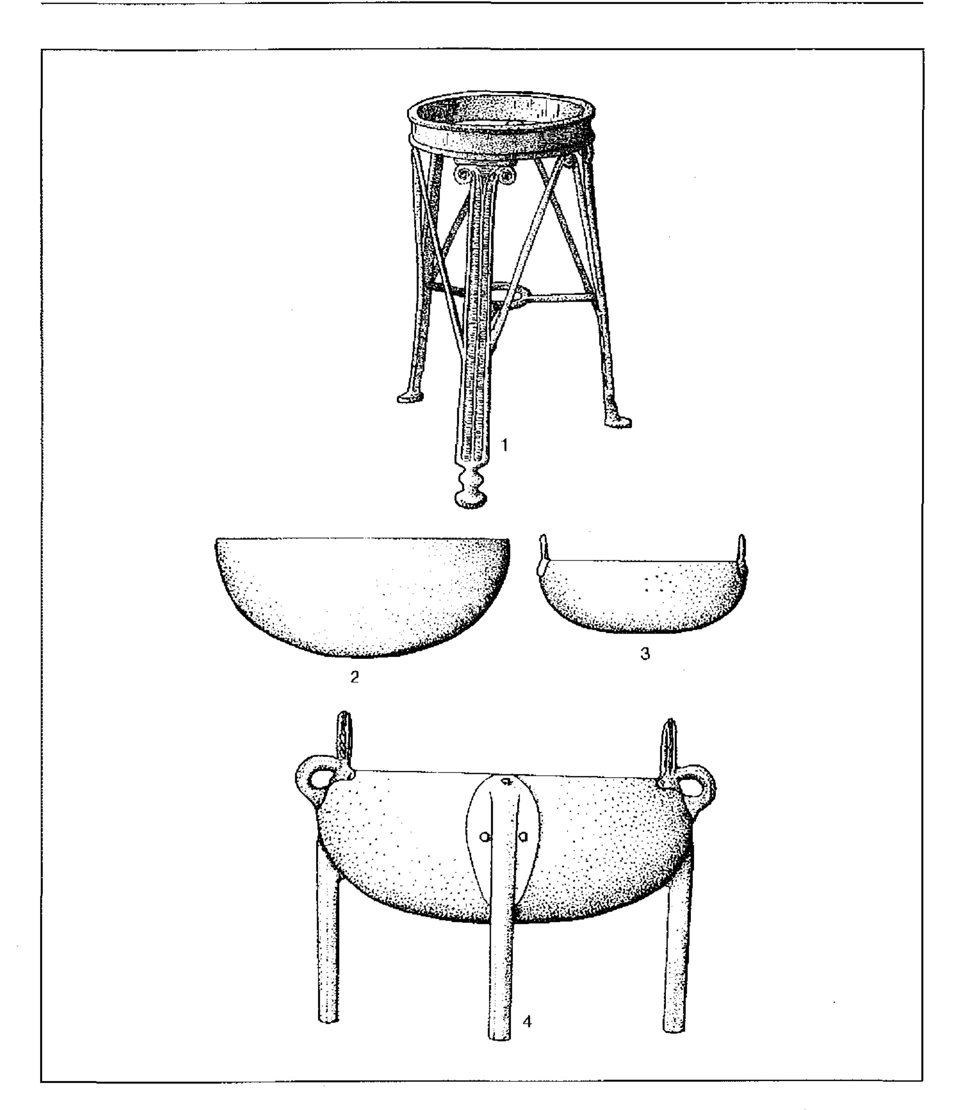


FIGURA 5.19. Recipientes de bronce: 1. Trípode reforzado con armazón (según E.H. Hall, *Excavations in Eastern Crete, Vrokastro*, Filadelfia, 1914, fig. 80). 2. Cuenco. 3. Cuenco con dos asas. 4. Caldero con trípode (según Matthäus, 1980, láms. 49: 418, 4: 28 [ambos del Tesoro de Tirinto], 72:6 [Micenas, ¿PG?]). Escala 1:8.

do en un contexto de fecha similar, y también con las patas del caldero con trípode más antiguo de Olimpia (*Lefkandi I*: 96-97). La tesis en favor de una producción cretense de trípodes reforzados con armazón vendría avalada además por una imitación en arcilla de esa misma forma, fechada en el SM/PG, de Arkadhes, donde también se ha recuperado la imitación de un tipo distinto de soporte (Kanta y Karetsou, 1998: 161-162). Y Hoffman ha aceptado la tesis sobre la producción de estos trípodes, aunque exige más y mejor evidencia en relación con los soportes (1997: 116-120).

Las tumbas del PGR-G de Lefkandi, Knossos y de otros contextos fundamentalmente cretenses, sobre todo del monte Ida, han deparado cuencos decorados que parecen ser sirios o fenicios, otros cuencos posiblemente chipriotas y jarras con asas en forma de loto que son egipcias o fenicias egiptizantes. De acuerdo con la evidencia actual, es posible que estas últimas fueran «antigüedades», ya que el tipo dejó de producirse en Egipto después del Imperio Nuevo (Carter, 1998), y no «reliquias» porque, como señala Whitley (2002: 226), la reliquia connota un legado familiar que se transmite a lo largo de muchas generaciones entre el momento de su creación y el de su enterramiento. Hay tipos más raros, generalmente tardíos, que tienen paralelos en Próximo Oriente (Matthäus, 1998, sobre todo 128-129, 134-138; véase asimismo Hoffman, 1997: 123-135). Junto a éstos habría que mencionar la interesante colección de vasos de fayenza de las tumbas de Lefkandi fechadas en torno a *ca.* 900, de probable factura fenicia o siria de tradición egipcia (Popham *et al.*, 1982b; 242-245; véase la fig. 7.2).

El vaso de bronce más corriente de producción posiblemene local es el simple cuenco hemisférico (fig. 5.19: 2), muy común en Chipre pero que también pudo adaptarse y producirse en el Egeo como copa ceremonial. Tras los ejemplares del Tesoro de Tirinto y de la necrópolis submicénica de Salamina, sólo vuelven a aparecer en contextos próximos al período de transición PG-G, sobre todo en Atenas y en Knossos, pero no es descartable que esta forma tan simple se continuara produciendo. Excepcionalmente también aparecen otras formas, por ejemplo un *skyphos* de Knossos que parece imitar la forma PG ática (*NorthCem*: 566) y un jarrito liso de Drepanon, en Acaya (*AR* 20 [1973-1974] 18, fig. 29) que podría ser del siglo VIII. Ambas son formas simples que tal vez fueron más corrientes de lo que sugieren estos hallazgos aislados. En Nichoria se han identificado fragmentos de vasos, incluida un asa pequeña, y de un posible soporte (*Nichoria III*: 279, 308), aunque algunas identificaciones y dataciones son dudosas.

Hay bases para sugerir que los calderos, con o sin trípode, no sólo perduraron en el Egeo sino que en algunos centros se siguieron fabricando. Matthäus fecha un caldero con trípode hallado en Micenas (fig. 5.19: 4) en el PG (1980: 118-121). Sus paralelos más cercanos son dos imitaciones en ar-

cilla descubiertos en la T. 4 PG del Kerameikós de Atenas, y un caldero de bronce chipro-geométrico de la T. 58 de Palaepaphos-Skales (Karageorghis, 1982: 298). También Catling destaca la longevidad del caldero simple, que sin duda deriva del caldero del Bronce reciente, bien representado en el Tesoro de Tirinto (fig. 5.19: 3). De todos modos, un ejemplar hallado en Tylissos, fechado hacia el año 1000, podría apuntar a una tradición que se habría prolongado hasta los ejemplares de Knossos y de Eretria fechados en contextos de finales del siglo VIII y principios del siglo VII (*NorthCem*: 560). En la necrópolis norte de Knossos también se han recuperado imitaciones en arcilla de calderos con y sin trípode que podrían datar de mucho antes de finales del siglo IX, y que preservan fielmente los rasgos de algunos ejemplares del Tesoro de Tirinto (*NorthCem*: 372-373). Aunque es posible que entre el caldero de Tylissos y el siglo IX estas imitaciones en arcilla (muy excepcionales) fueran las únicas representaciones de estos calderos, además de las supervivencias del Bronce, no habría que descartar la posibilidad de una producción continuada, especialmente en Creta, sobre todo si se acepta esta posibilidad para los trípodes reforzados. Es posible, en efecto, que el desarrollo de los cada vez mayores calderos de bronce con trípode, el producto más elaborado de los metalúrgicos del siglo VIII, comenzara no más tarde de la segunda mitad del siglo IX. Algún autor ha sugerido asimismo, basándose en la evidencia de Eleutherna, que los famosos «escudos» del tipo más conocido del monte Ida eran en realidad tapaderas de calderos (Stampolidis, 1998: 181-183).

Estatuillas

Las estatuillas de bronce no son un rasgo de la cultura micénica. Las pocas que se han recuperado en contextos micénicos son sin duda originarias de Próximo Oriente y podrían ser del período Pospalacial, según sugiere el contexto de algunos ejemplares asociados a los santuarios de Phylakopi. Pero en Creta hay evidencia de que en varios lugares de culto del Tercer Período Palacial se dedicaban pequeñas estatuillas macizas con formas bovinas y quizá humanas, y se cree que esta tradición continuó ininterrumpidamente durante toda la EHA, aunque los contextos estratificados no lo puedan demostrar. El estudio más reciente sobre el tema propone fechar los tres bóvidos de bronce de Agia Triada en el MR IIIC-SM, y el resto, entre otras estatuillas humanas (¿todas masculinas?), animales (en su mayoría bóvidos), un cuadrúpedo alado con cabeza humana y dos ruedas posiblemente pertenecientes a un carro en miniatura, entre el PG B y el Orientalizante antiguo (D'Agata, 1999a: 48, 166-170). Actualmente hay muy poca evidencia para poder

hablar de una posible influencia de esta tradición cretense en el resto del Egeo, donde la producción de estatuillas de bronce pudo comenzar en el siglo IX aunque lo más probable es que fuera básicamente un rasgo del siglo VIII. Podría estar relacionada con un interés creciente por las representaciones de humanos y animales que posiblemente se inspiraron en las importaciones de Próximo Oriente.

Las estatuillas se utilizaban casi exclusivamente como exvotos en espacios de culto, así que no suelen aparecer en contextos estratificados, y su datación depende en gran medida de las hipótesis. Las nuevas excavaciones en Olimpia han deparado evidencia cerámica que indica que el estrato de ceniza que representa la más antigua actividad de culto podría remontarse al siglo X e incluso al siglo XI (Eder, 2001), pero el material de este estrato responde a un amplio margen, y no parece probable que las estatuillas sean tan antiguas como la cerámica. Los bronces de apariencia más antigua (Schweitzer, 1971: figs. 117-123) podrían haberse inspirado en la tradición de arcilla, aunque algunos bronces de Agia Triada fechados en el PG B no son muy distintos (véase D'Agata, 1999a: 167; fig. 5.20: 2). Tienen un aspecto tan primitivo que podrían reflejar los primeros ensayos locales de un arte nuevo (fig. 5.20: 3). El hecho de dejar rebabas de fundición en los pies es un rasgo que tiene paralelismos en Próximo Oriente, al parecer para facilitar la fijación de la estatuilla a una base, pero es una práctica casi inexistente en Creta (cf. Hoffman, 1997: 115), lo que podría indicar el origen de los artesanos o como mínimo el de la tecnología. La fecha estimada provisionalmente para estas piezas, antes del año 800, podría verse confirmada gracias a dos fragmentos de bronce de lo que podrían ser una base de estatuilla y la cola de un animal de Nichoria, posiblemente del siglo IX (*Nichoria III*: 282, 308; éstas son de lotes mixtos, cf. 193, Sección J, pero la fecha más tardía posible sería la Edad Oscura II). Una figura humana primitiva modelada en arcilla sobre una base o tapadera, hallada en la T. 38 de Toumba, Lefkandi, y fechada en el SPG II-IIIA, es decir, entre mediados y finales del siglo IX (Popham *et al.*, 1982b: 232-233, lám. 29e), también presenta semejanzas estilísticas con las piezas de apariencia más antigua de Olimpia.

Aunque estas antiguas estatuillas de bronce de Olimpia tienen los mismos rasgos que las figurillas de terracota que podrían representar deidades (fig. 8.4: 4, 7), el tipo de guerrero/auriga y el tipo de figura femenina erguida y originalmente desnuda pronto se convirtieron en las formas humanoides más corrientes (fig. 5.20: 4-6). El caballo predomina entre las estatuillas zoomorfas del continente (fig. 5.20: 1), aunque también abundan los toros y los pájaros, pero a juzgar por Agia Triada, los bóvidos son especialmente populares en Creta. Se conocen diversas clases de grupos, todos muy tardíos, posteriores incluso al año 700. Aunque muchos se hacían para que se man-

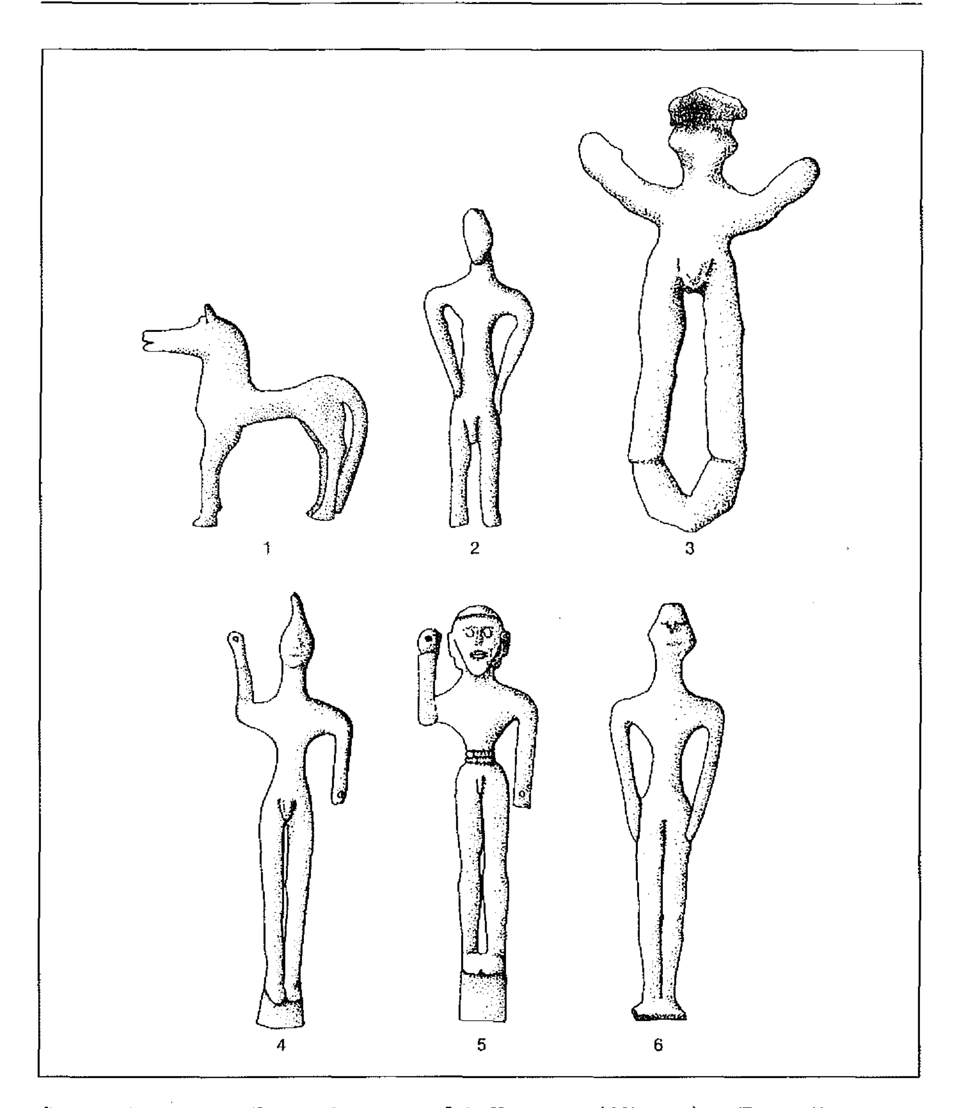


FIGURA 5.20. Estatuillas de bronce: 1. Caballo argivo (Olimpia). 2. Estatuilla masculina de Agia Triada, fechada a finales del PG B. 3. Estatuilla masculina (¿un dios?) de Olimpia, ¿pre-800? 4. Guerrero/auriga corintio, GR (Olimpia). 5. Guerrero/auriga argivo, GR (Olimpia). 6. ¿Diosa? corintia, GR (Delfos) (1 según Coldstream, 1977, fig. 48 derecha; 2 según D'Agata, 1999, lám. 103: E1.5; 3-6 según Schweitzer, 1971, figs. 118, 126, 136, 130). Escala 1:2.

tuvieran autónomamente, otros servían para adornar los bordes o las asas de los grandes calderos con trípode mencionados en la sección anterior, de modo que pertenecerían al mismo período. Hoy parece como si en el siglo VIII hubiera varias escuelas locales de fabricación de estatuillas en el Peloponeso y otra en Atenas, pero en el resto de Grecia son excepcionales.

Armas, corazas y útiles

Hay otra clase de ítems de gran tradición, con asociaciones también vinculadas al estatus, y relacionada con la guerra, que presenta cambios destacables. A finales del Bronce reciente las armas ya habían empezado a simplificarse y a despojarse de los elaborados ornamentos y accesorios que presentaban muchas espadas, puñales y puntas de lanza de principios del Bronce reciente, pero en el período Pospalacial parece observarse un renacimiento de la tendencia a decorar las espadas con nervaduras o estrías en la hoja y con empuñaduras ornamentales. Estos rasgos se encuentran en varias armas de Tipo F y G en tumbas pospalaciales (una espada de la T. A de Hexalophos tiene incluso una pequeña banda de oro alrededor de la empuñadura, lo mismo que un puñal asociado), y los puñales y dagas de hierro más antiguos suelen tener empuñaduras de marfil o de hueso fijadas con remaches de bronce, seguramente respondiendo a un deseo de ostentación. Sorprende la ausencia de este tipo de elementos en la mayoría de las bellas espadas de bronce del Tipo II, aunque sus vainas sí presentan a veces elementos decorativos (véase Papazoglou-Manioudaki, 1994: 181-182 sobre un claro ejemplar de Acaya; fig. 5.21: 1; también posibles paralelos allí y en Kefaloniá).

Estas diferencias podrían indicar que los ítems de hierro son importaciones y que las espadas de bronce son de fabricación local, ya que con la transición plena a las armas de hierro, en su mayoría seguramente productos locales, esta tendencia parece desaparecer. La empuñadura de marfil se encuentra únicamente en una espada completa hallada en la T. 26 de Toumba, Lefkandi, fechada en el PGR, y sólo en Creta siguen siendo frecuentes los remaches de bronce, casi siempre con empuñaduras de hueso (Kilian-Dirlmeier, 1993: 107-109). Algunas de las hojas más pequeñas presentan también nervaduras centrales, probablemente para reforzar la hoja. Las puntas de lanza y de jabalina son todavía más simples.

El otro ámbito potencial de ostentación del guerrero era la armadura defensiva, pero tras el hallazgo de los accesorios de bronce del yelmo de la «tumba del guerrero» submicénica de Tirinto no se ha identificado nada más, salvo los *phalara* de bronce, que raras veces aparecen en contextos pos-

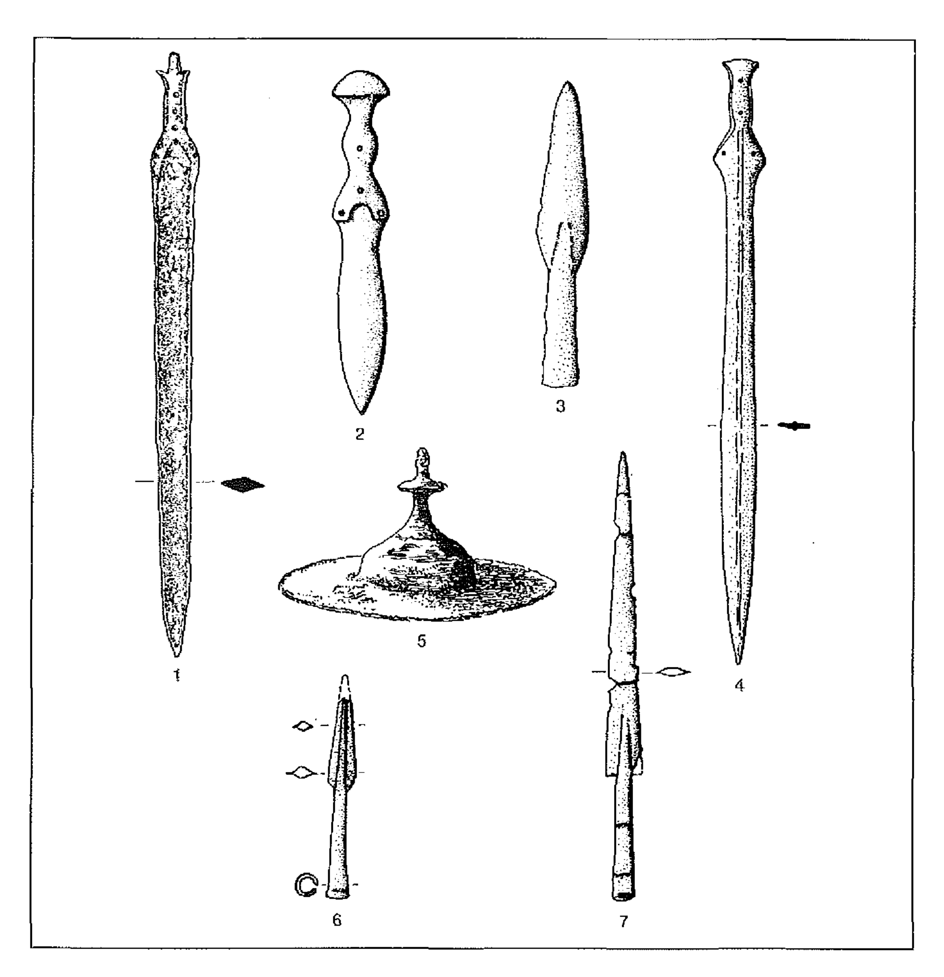


FIGURA 5.21. Tipos de armas: 1. Espada de bronce de Tipo II, HR IIIC (Krini, Acaya). 2. Daga de hierro, Submic. (Atenas). 3. Punta de lanza de hierro, PG (Atenas). 4. Espada de hierro, SPG I-II (Lefkandi). 5. Tachón de bronce de un escudo, Submic. (Tirinto). 6. Punta de lanza de hierro, GA I (Atenas). 7. Pica de hierro, probablemente del siglo VIII (Fortetsa) (1 según *BSA* 89, 1994, 178, fig. 4; 2-4 según Lemos, 2002, figs. 5: 10, 2 y 4:1; 5-7 según Snodgrass [1971], 2000, figs. 77, 84 centro arriba y 94 derecha). Escala 1:4.

palaciales y de la EHA, y que luego resurgen a partir del PGR y se generalizan en los santuarios más antiguos (fig. 5.21: 5). Aunque es indudable que se podían utilizar como accesorios del cinturón, también es plausible que algunos fueran el tachón de un escudo (véase recientemente *NorthCem*: 522-524). El viejo yelmo del Bronce recubierto de defensas de jabalí no perduró más allá del período Pospalacial, lo que podría reflejar una escasez del ma-

terial pero también una menor capacitación artesanal. Claro que también es posible que los yelmos se decorasen de un modo más imaginativo, por ejemplo con astas no metálicas, plumas, etc., tal como aparecen representados en muchos vasos pospalaciales. Pero si esta tradición continuó, habría sido el único ámbito, aparte de la posesión de armas metálicas y quizá del uso del carro, donde se podían manifestar las asociaciones de estatus de la guerra.

Además de sencillas, las armas e implementos de la EHA eran notablemente homogéneos. La descripción que hace Snodgrass de los objetos de hierro de la Necrópolis Norte de Knossos (*NorthCem*: 596) es típica. En general en cada clase hay una forma que domina durante todo el período, lo que es aún más evidente si se ignoran las formas típicas del siglo VIII, como la espada de un solo filo. Todas las espadas, puntas y puñales de hierro son variantes del Tipo II (fig. 5.21: 2-3). Las variaciones parecen reflejar tradiciones locales, así que las armas del Tipo 3 de Kilian-Dirlmeier serían exclusivamente cretenses, mientras que el Tipo 2 sería una forma longeva y esencialmente ateniense. Las espadas realmente largas, algunas de hasta 90 cm de largo y decoradas con nervaduras, empuñadura de hueso o marfil, o remaches de bronce, pueden datar incluso del PGR, y parecen ser un rasgo específicamente continental, particularmente dominante en Atenas, mientras que en Creta se preferían las formas más cortas.

Las puntas de lanza de hierro también suelen presentar una forma a base de talón bastante largo, hombros redondos y filos ligeramente curvados, mientras que los ejemplares cretenses presentan hombros rectangulares y filos más rectilíneos (fig. 5.21: 4, 6-7; *NorthCem*: 580-581; Snodgrass 1964: 126-127). Snodgrass cree que cuando la hoja es muy estrecha, o en lugar de ensancharse hacia el extremo de la hoja se estrecha, o es pequeña en relación con el talón, cabe identificarla como una punta de jabalina (1964: 137-138, *NorthCem*: 581, 582), aunque muchas puntas de jabalina identificadas en Knossos tienen más de 30 cm de largo, un tamaño que parece excesivo para un arma arrojadiza y superior al de muchos ítems de la Grecia continental identificados como puntas de lanza (*NorthCem*: 581-583; cf. *Lefkandi I*: 254-256).

Lo que Snodgrass identifica como puntas de flecha tienen una longitud de entre 30 y 45 cm en Knossos, y algunas puntas de flecha del continente son tanto o más largas, sobre todo en las fases G, aunque todavía existen formas más cortas.

Estas variaciones entre Creta y la Grecia continental podrían indicar distintos estilos de hacer la guerra, según se utilizara la espada o la lanza como arma ofensiva, pero lo más probable es que muchas «puntas de lanza» formaran parte de armas que se podían clavar y también arrojar, como sugieren los textos homéricos y los guerreros con dos lanzas representados en el arte

G y arcaico antiguo (cf. Snodgrass, 1964: 138). De hecho las representaciones de lanzas arrojadizas se remontan a las cráteras del HR IIIC de Kynos donde aparecen imágenes de batallas navales (Wedde, 1999: 473, lám. LXXXVIII, A4-6).

Hay otros tipos metálicos que son tan poco frecuentes que no permiten extraer conclusiones válidas sobre su desarrollo o sobre las preferencias locales. Los tipos más corrientes son las hachas de hierro, ya sean con una sola hoja, con doble hoja, o cabezas de hacha, muchas veces asociadas a enterramientos «guerreros» que pueden incluir también varios espetones (*obeloi*) de hierro. No es probable que fueran armas, dada la enorme importancia que la tradición épica y las figuras geométricas otorgan a las espadas y las lanzas, de modo que es posible que el hacha fuera portadora de algún simbolismo asociado al estatus, como los *obeloi* de hierro y posiblemente también los raspadores de bronce hallados en algunas tumbas de Lefkandi (sobre raspadores véase Popham *et al.*, 1982b: 240-241; Ridgway, 1997). Las puntas de flecha de hierro están hoy mejor representadas que cuando Snodgrass las estudió (1964: 144-156), ya que se han descubierto algunas de sus Tipos 2 y 5 en tumbas de Lefkandi (véase *Lefkandi III*, lám. 148g-h), y una forma nueva en Knossos (*NorthCem*: 584), pero el número total de ítems recuperados es aún muy pequeño. Conocemos otros ítems de hierro, ya enumerados en la p. 181, gracias a unos pocos hallazgos, y sólo interesan como evidencia de los cambios que experimentó el repertorio de ítems de hierro ya en el siglo IX. Algunos ítems de bronce aislados hallados en yacimientos donde el hierro ya parece consolidado como material para fabricar armas y útiles podrían ser a veces productos contemporáneos, como una lanza de bronce de la Necrópolis norte de Knossos que imita una forma de hierro (*NorthCem*: 571) y que tal vez se fabricara con fines exclusivamente funerarios o rituales, pero en la mayoría de casos parecen ser sobre todo perduraciones de la Edad del Bronce, o productos reciclados procedentes del robo de tumbas.

VESTUARIO Y JOYERÍA

El vestido, sobre todo el vestuario femenino, y las joyas, constituyen un ámbito donde el material arqueológico suele mostrar un importante cambio entre la Edad de Bronce reciente y la Edad de Hierro antigua. Se observan, en efecto, algunos cambios destacables, sobre todo la práctica desaparición de los abalorios y, en la mayoría de regiones, de lo que algunos suelen describir como espirales o botones de esteatita pero que seguramente son contrapesos o piezas de sujeción (Iakovidis, 1977; Hughes Brock, 1999: 280-281). El interés

se ha centrado tradicionalmente en el supuesto cambio de la vestidura micénica/minoica cosida y abrochada a la vestidura sujetada con prendedor de la Edad Oscura, un cambio considerado culturalmente significativo. Porque esta última vestidura, posiblemente consistente en una larga túnica de tela cosida por uno o ambos lados, quizá cruzada por arriba como el futuro peplo griego y sujetada en ambos hombros, se ha relacionado con prendedores hallados en Europa central (por ej., Hood y Coldstream, 1968: 214-218), y con la llegada de un nuevo grupo étnico normalmente identificado con los dorios.

Pero esta interpretación ya fue cuestionada hace tiempo (cf. Snodgrass, 1971: 226-228, siguiendo a Deshayes), y en su estudio de los prendedores del Peloponeso, Kilian-Dirlmeier defendía la existencia de una tradición continuada del uso de prendedores en la Grecia continental desde el HM (1984: 31-65, 296-297). Esta autora acepta la posibilidad de que estos prendedores se llevaran a veces en el cabello, como las elaboradas agujas egeas (Higgins, 1980: 62), pero dice que también pudieron servir para sujetar mortajas o ropas de duelo, lo que reflejaría su uso real en la vida. Como posible paralelo y potencial influencia cabría citar el conocido gusto hitita por lucir una o dos agujas o prendedores de bronce en los hombros del vestido (Macqueen, 1986: 100). Según Kilian-Dirlmeier, el claro aumento del número de alfileres/prendedores durante el período Pospalacial y la EHA simplemente reflejaría el cambio del enterramiento múltiple al enterramiento individual en las tumbas, lo que habría facilitado una mejor y más frecuente conservación de las agujas (1984: 81-82).

Su teoría de la continuidad vendría avalada por la semejanza entre la decoración acanalada, las cabezas tachonadas y las protuberancias de las primeras agujas metálicas de la EHA, sobre todo su Tipo A (el Tipo B de Desborough, 1972: 297; véase la fig. 5.22: 1-2) y la decoración de muchas agujas de hueso del HR e incluso del HM, que son paralelos más plausibles que los ejemplos de Próximo Oriente citados por Deshayes (véase Kilian-Dirlmeier, 1984: 68). No obstante, su sugerencia de que sus agujas del Tipo B (Tipo A de Desborough) derivan de las agujas micénicas de cabezas separadas y a veces globulares (1984: 76) resulta menos convincente, porque éstas no tienen la típica protuberancia o bulto debajo de la cabeza. Esta autora rechaza en general la idea de que el vestido sujetado con algún tipo de prendedor representa una costumbre intrusiva foránea, y recuerda que, pese a que las primeras agujas suelen aparecer en pares, no se crearon aparejadas puesto que difieren ostensiblemente tanto de tipo como de longitud, lo que indicaría que estos prendedores sólo se popularizaron en el Egeo después de un período de experimentación, lo cual no encaja con la idea de que fueron introducidos por un grupo de población que ya tenía esa costumbre establecida.

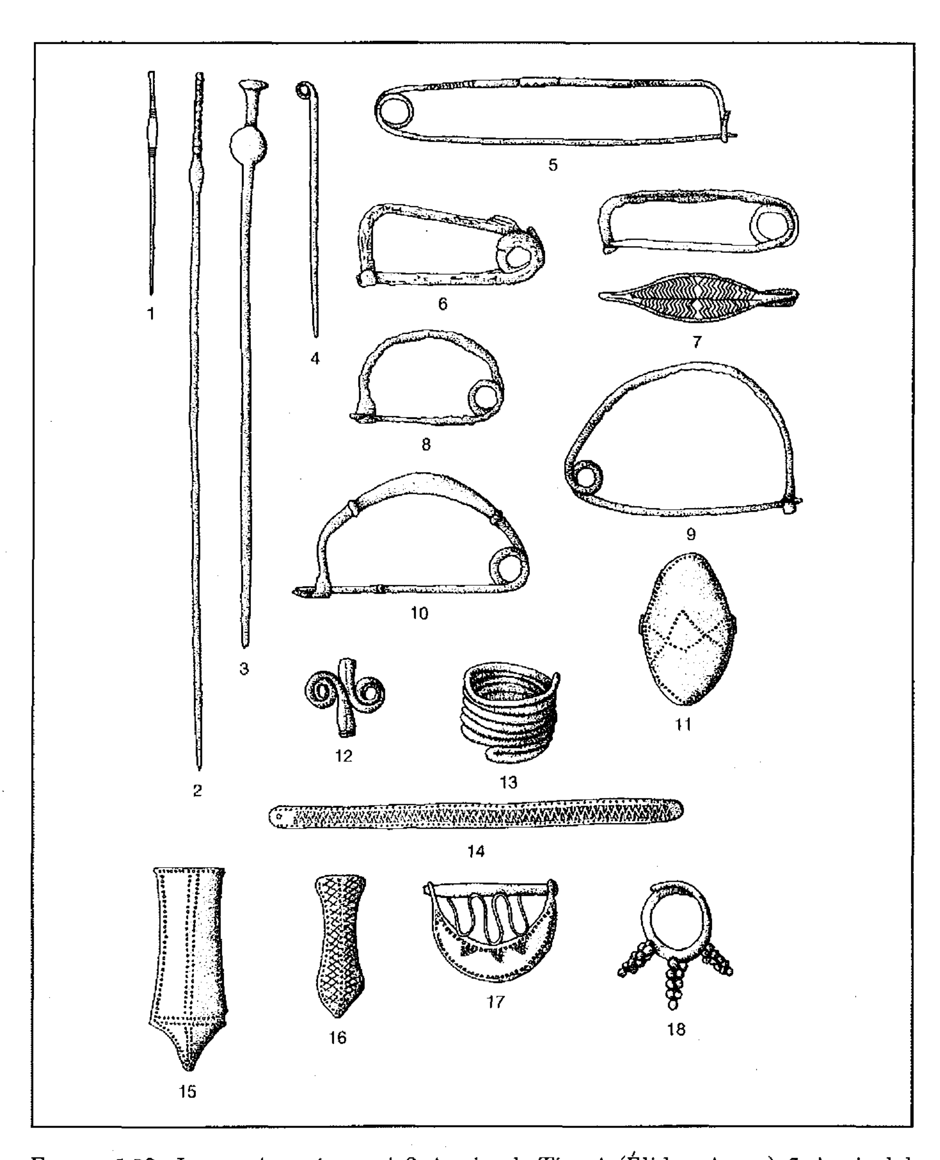


FIGURA 5.22. Joyas más antiguas: 1-2. Agujas de Tipo A (Élide y Argos). 3. Aguja del Tipo B (Argos). 4. Aguja con la cabeza vuelta (Lefkandi). 5. Fíbula en forma de arco de violín (Micenas). 6-7. Fíbulas rebuscadas y con el arco en forma de hoja (Perati). 8-10. Fíbulas arqueadas (Perati, Nea Ionia: Volos, Elateia). 11. Anillo en forma de escudo. 12. Anillo con espirales (Nea Ionia: Volos). 13. Anillo de doble hilo. 14. Diadema. 15-16. Accesorios. 17. Colgante. 18. Arracada (14-18 todas de Lefkandi) (1 según Eder, 2001, lám. 13a; 2-3 según Deshayes, 1966, láms. 24: 3, 87: 6 arriba; 4, 16, 18 según *Lefkandi I*, láms. 136: 11, 232g: derecha, 231d; 5 según K. Demakopoulou, ed., *The Mycenaean World*, 1988, lám. 258; 6-8 según Iakovidis, 1969, figs. 121: M 229, M 108, 122: M 71; 9, 12 según Batziou-Efstathiou, 1999, figs. 27 y 25; 11, 13 según Desborough, 1972, lám. 60c, e; 15, 17 según *Lefkandi III*, láms. 138a, 136b). Escalas: 1-10 (1:4), 11, 14-16 (1:2), 13, 17-18 (natural), 12 (mayor que tamaño natural).

Son razones muy sólidas, pero no consiguen demostrar que la mayoría de las agujas micénicas se utilizaran para sujetar el vestido y no como adorno en el cabello o en algún tipo de tocado, como sugieren los informes sobre prendedores hallados junto a un cráneo, y como parecen indicar los escasos 10 cm de largo de algunos ejemplares. Se han encontrado muy pocas encima o junto al hombro y, a diferencia de la EHA, ninguna con restos de tejido. Muchos de los mejores ejemplares micénicos proceden de contextos muy tempranos, mientras que en contextos del Tercer Período Palacial no se identifican ejemplares hasta su fase final, el HR IIIB2. Varios de los que cita Kilian-Dirlmeier son cierta o plausiblemente pospalaciales, o no demostrablemente anteriores (incluido un par de la T. 61 de Micenas –véase la fig. 5.22: 5– especialmente resaltado por Kilian-Dirlmeier, 1984: 65), y lo mismo cabe decir de la mayoría de agujas de hueso fechables. Los frescos micénicos tampoco reflejan la existencia de prendedores metálicos, aunque en este caso podría objetarse que en los frescos sólo aparecen miembros de la élite con vestiduras ceremoniales, y no son el marco más fiable para mostrar lo que ellos o los micénicos corrientes podían llevar en la vida diaria. Pero dadas las numerosas excavaciones practicadas en los estratos de habitación y en las tumbas micénicos en uso durante el Tercer Período Palacial, esta falta de evidencia habría que tomarla muy en serio, sobre todo porque no faltan precisamente enterramientos individuales micénicos susceptibles de preservar agujas *in situ*, ni en las fosas excavadas dentro de las tumbas de cámara ni en los enterramientos aislados.

En suma, no hay suficiente evidencia que avale la idea de un dominio de la túnica unida con prendedores en la época micénica. En cambio es indudable que conocían algún tipo de aguja, aunque más en el Peloponeso que en las regiones más septentrionales (Donder, 1999), y de que a finales del período micénico pudieron adaptarse a otros menesteres. Es preciso recordar lo limitadas que son nuestras fuentes de información: con la llegada de la EHA propiamente dicho, Atenas, Lefkandi, Argos, Tirinto, Asine, Knossos y Iolkos yan han producido prácticamente todo el material útil. A destacar también que los ricos conjuntos ornamentales hallados en los enterramientos femeninos de las tumbas de Vergina (bien descritos en Snodgrass, 1971: 253-254) y de Vitsa (Colstream, 1977: 186), entre otros tocados, adornos de cinturón e incluso ajorcas, tienen relativamente pocos vínculos con el material egeo, pese a incluir agujas y fíbulas. Hay otras tumbas que también han deparado material de este período, pero o bien siguen pendientes de publicación, o bien se usaron con tanta frecuencia que muchos enterramientos han quedado profundamente alterados. Por lo tanto la idea de que en todo el Egeo se adoptaron costumbres similares a las documentadas en los yacimientos productivos es sólo una hipótesis. De hecho, muchos enterramientos

de la EHA seguramente femeninos no contienen ningún tipo de prendedor, y el rico enterramiento femenino del heroon de Lefkandi ni siquiera tenía uno en el cuerpo, aunque encima de su muslo izquierdo había una colección de nueve agujas, y una sola de hierro en el muslo derecho.

Es probable que los prendedores empezaran a ponerse de moda en respuesta a la aparición de las primeras fíbulas, cuya única función era sujetar o unir las telas del vestido. Porque aunque hay muy pocos ejemplares de fíbula en forma de arco de violín –tipológicamente la más antigua (fig. 5.22: 6)– que se puedan fechar con alguna precisión, es evidente que empezaron a aparecer en el Egeo a finales del Tercer Período Palacial: al menos dos de Tirinto datan de antes de la destrucción de finales del período, una con una forma bastante desarrollada (Kilian, 1985: 152 - IIIB 3, V A 1, cf. 190), mientras que la variante del arco en forma de hoja (fig. 5.22: 7) aparece en Creta antes del final del MR IIIB (Kilian, 1985: 183-184, 191). La distribución de la fíbula de arco de violín, con claras concentraciones en Micenas y Tirinto –y que coincide con la distribución de agujas de metal y hueso– presenta una gran dispersión en la zona occidental de Grecia, sugiriendo una vía de introducción a través de vínculos marítimos con Italia. Su producción es manifiestamente muy temprana, y aunque no se asegura la prioridad cronológica del Egeo, lo cierto es que la aparición relativamente repentina de fíbulas en zonas alpinas y en el norte de los Balcanes se explicaría mejor si reflejara la influencia de una fuente itálica y no egea (es efectivamente muy probable que los márgenes de los Alpes fueran la región donde se desarrollaron las fíbulas y otros tipos metálicos supuestamente «septentrionales», como las espadas de Tipo II, las lanzas «flamígeras» y las agujas largas; Harding, 2000). Puede que muchos de los primeros ejemplares pospalaciales del Egeo y Chipre fueran productos itálicos, como el infrecuente tipo de múltiples vueltas hallado en una tumba de Kefaloniá y el más que probable ejemplar de la cueva de Psychro en Creta (Kilian, 1985: 171-173). Pero existe mucha variación, lo que podría reflejar una producción en varios centros y el intercambio de ideas y de rasgos entre los herreros en sus respectivas regiones de influencia. Esto explicaría el desarrollo relativamente repentino de variantes y de la nueva forma de arco, que se populariza mucho antes del final del HR IIIC según la evidencia de Tirinto y de Perati (Mountjoy, 1988: 23-24); podría ser incluso un desarrollo egeo o chipriota (*NorthCem*: 525). Es probable que las fíbulas se impusieran con rapidez como nuevo símbolo exótico de estatus, pero a la vez relativamente accesible. Sorprendentemente muchas fíbulas del tipo más antiguo proceden de contextos de habitación, lo que sugiere que ya eran muy numerosas.

Las agujas y las fíbulas suelen encontrarse en contextos funerarios pospalaciales, lo que significa que podrían haberse utilizado para sujetar túni-

cas, mantones o mortajas funerarias, y en muchas tumbas PG suelen aparecen en pares, a veces en grupos mayores. Sin embargo, aquí ha habido un problema básico de interpretación. Según la creencia general, la presencia de agujas en la tumba representa la manera en que se solían llevar en vida para sujetar un peplo básico (para una excepción véase Jacobsthal, 1956: 109), pero casi nunca se analizan las dificultades que plantea esta interpretación. Por ejemplo, es evidente que las fíbulas habrían sido más fáciles e idóneas que las agujas para sujetar el vestido (y las tumbas suelen contener sólo fíbulas), sobre todo teniendo en cuenta que algunas agujas son tan largas (hasta 30-40 cm o más, por ej. la fig. 5.22: 2) que llevar un par de ellas durante un cierto tiempo habría sido sin duda incómodo y constrictivo. Además, cuando se hallan agujas *in situ* en el interior de las tumbas, siempre aparecen colocadas con la punta hacia abajo y la cabeza descansando encima o junto al hombro. Esta posición, que sin duda es el modo más natural de clavar una aguja en la mortaja de un cuerpo yacente, no lo es tanto para el quehacer cotidiano, ya que podría desprenderse fácilmente de la tela. Sin duda las grandes cabezas, los glóbulos y las protuberancias que presentan la mayoría de las agujas habrían servido para evitar que se soltara, pero siempre que la aguja se clavara con la punta hacia arriba, que es la posición más frecuente en los enterramientos europeos (cf. Kilian-Dirlmeier, 1980: 253, fig. 52 y Piggott, 1965: 105, fig. 58: 1, 3; aunque en la fig. 58: 2 las agujas apuntan hacia abajo) y en la decoración de los vasos arcaicos (Jacobsthal, 1956: 106-109). Se supone que el material del vestido era suficientemente pesado para contrarrestar la tendencia de la aguja a aflojarse; en cambio, las agujas del hombro solían colocarse en posición más o menos horizontal por las mismas razones.

Entonces ¿cuál era la función de las agujas? No es probable que fuera exclusivamente funeraria, ya que se han hallado ejemplares en contextos de habitación de Karphi, Asine y Nichoria. Cuando en una tumba se encuentran agujas y fíbulas juntas, quizá pueda interpretarse que son accesorios de un tipo de vestidura en la que las agujas estaban prendidas en la misma posición que aparece en la tumba, con la cabeza hacia arriba, porque las fíbulas eran las que aseguraban la sujeción del vestido. Podría tratarse de una especie de túnica ceremonial, apropiada para los enterramientos pero inadecuada para la vida real, y las agujas se habrían llevado en una prenda externa. Por lo tanto cabe sugerir que la indumentaria femenina más básica de la EHA consistía en una prenda simple, seguramente cosida, sin necesidad de prendedores metálicos, pero que encima podía llevar una prenda externa que sí precisara prendedor, y quizá también una capa, un mantón o un velo.

De modo que portar más de una pieza de ropa y prendedores metálicos en la capa o sobretodo habría sido un signo de riqueza y de estatus, que es lo

que cabía esperar (y como puede verse en las estatuas arcaicas posteriores, algunas con huellas de prendedores metálicos en los hombros; Jacobsthal, 1956: 105). La presencia en muchas tumbas ricas de múltiples prendedores, tanto agujas como fíbulas, podría reflejar una de estas elaboradas vestiduras (en una aguja de Tirinto Hundt identificó los restos de dos tejidos distintos, uno de ellos de un material ligero de abrigo; véase Kilian-Dirlmeier, 1984: 303). Pero en muchos casos estos escenarios también podrían representar simplemente una forma de exhibición organizada para el entierro, prendiendo del vestido o de la mortaja todas o casi todas las posesiones de la persona difunta y, si era un niño, todo cuanto esperara poseer de adulto. En efecto, como vemos en el heroon, era muy frecuente depositar sin más entre el ajuar funerario una serie de joyas de vestir, sin atenerse a su posible posición funcional. La posibilidad de que las agujas más largas sirvieran para sujetar las mortajas se refuerza gracias a la evidencia de la T. 57 de la necrópolis de Iolkos: Nea Ionia, donde aparecieron dos agujas largas colocadas en diagonal en la parte superior del cuerpo (Batziou-Efstathiou, 1999: 119 fig. 7, 120), pero el hecho de que estos prendedores surjan casi siempre en tumbas potencialmente femeninas y no en todas demuestra que no era una práctica universal.

La impresión de variedad que se infiere de los hallazgos podría reflejar un temprano deseo de exhibir formas exóticas y la aparición posterior de un conjunto más normalizado, típico de las tumbas PG, en las que se detectan indicios de tradiciones locales. Así, las agujas largas serían un rasgo propio de Atenas y de la Argólida, aunque ocasionalmente pueden aparecer en otros lugares, pero no en Lefkandi ni en Knossos. Suelen corresponder al Tipo B de Kilian-Dirlmeier (Tipo A de Desborough), con la cabeza discoidal y una protuberancia globular un poco más abajo (fig. 5.22: 3); muchas combinan un cuerpo de hierro con un glóbulo de bronce (Tipo B3). Esta variante también era popular en Atenas, Argos y Tirinto, así que no se puede considerar típicamente ateniense, en cambio en Lefkandi es muy excepcional. Algunos ejemplares, sobre todo los de la Argólida, tenían un adimento de hueso o marfil en lugar de bronce.

También se han recuperado agujas con cabeza de marfil o hueso y sin protuberancias ni adimentos, concretamente en una tumba SM cerca de Knossos, y en el norte y centro de Grecia se han encontrado versiones del Tipo A de Kilian-Dirlmeier con una protuberancia oval en la parte inferior del cuerpo, normalmente acanalada o ranurada (fig. 5.22: 1-2), aunque también se han hallado en Atenas, en el Peloponeso y en Knossos. En Lefkandi podría haber una variante local de este tipo sin decorar, posiblemente con una vida más larga de lo que se había pensado. Esporádicamente aparecen otros ejemplares que no encajan con ninguno de estos tipos, entre otros la

aguja con la punta vuelta (fig. 5.22: 4), que tiene una larga tradición en el Egeo y en Próximo Oriente (se ha documentado un nuevo ejemplar hallado en un contexto HR IIIB de Elateia; Dakoronia *et al.*, 1996: XIX). Lefkandi también ha producido varios alfileres, casi todos de hierro con cabeza en forma de disco pero sin glóbulo, la mayoría dorados y mezclados con fíbulas y otros accesorios de vestuario.

Las fíbulas también varían, aunque sin un patrón de distribución claro, salvo su sorprendente rareza en las tumbas PG del Kerameikós (pero no el Ágora) de Atenas, de Argos, Tirinto y Asine. Los tipos en forma de arco de violín, de hoja y de arco (fig. 5.22: 5-10) se identifican ampliamente en el área del Egeo. Las fíbulas de cada uno de estos grandes grupos se decoran con profusión prácticamente desde el principio, haciendo el arco con hilo trenzado, introduciendo ángulos o nudos en él y decorándolo con motivos incisos. Como en el caso de las agujas, parece que la normalización de las formas y la producción de fíbulas aparejadas fueron algo más tardías (Kilian, 1985: 189). En Elateia se ha detectado una secuencia con bastantes ejemplares, y en ella la forma de arco de violín con el arco de hilo retorcido aparece en el HR IIIC medio, seguida como forma dominante de la fíbula con el arco de hoja, y luego, en el submicénico, del tipo arqueado, que parece una evolución natural a base de elevar progresivamente el arco (Dakoronia, 2003). Por esa época las fíbulas ya aparecen en pares o formando parte de grupos mayores, a veces mezclando tipos diferentes; pero los ejemplares solos siguen apareciendo en el hombro izquierdo o en el lado izquierdo del pecho, quizá para sujetar una capa o un manto, incluso en enterramientos masculinos (cf. *AR* 34 [1987-1988] 13, un guerrero enterrado en Marathon fechado en el PG).

Los pares de fíbulas suelen encontrarse en o junto a los hombros, y en Lefkandi suelen aparecer mezcladas con agujas. La disposición de los bienes en Lefkandi sugiere asimismo un escenario de mayor complejidad, que incluye una tercera fíbula en el pecho, varias dispuestas encima o debajo del cuerpo como para sujetar una túnica o mortaja, y a veces una o más alrededor de la cabeza supuestamente para sujetar un velo o tocado (Catling, 1985). Esta disposición de elementos no aparece en las tumbas más antiguas de otros yacimientos, ni siquiera en su forma más simple, y aunque el material de Lefkandi sorprende por la abundancia de ítems metálicos, no hay por qué suponer que los más complejos reflejan fielmente un determinado estilo de vestuario en vida. También es posible que las fíbulas extra se llevaran como elemento decorativo.

Las agujas y las fíbulas no eran las únicas piezas metálicas de la joyería antigua. En realidad eran mucho más corrientes los anillos de hilo o pan metálico: por ejemplo, en setenta de las tumbas atenienses que Styrenius (1967)

clasificó como submicénicas (incluidas las PGA de Desborough) se hallaron uno o más anillos, y agujas y/o fíbulas apenas en una treintena de ellas. Parece que la moda de los anillos empezó a ganar en popularidad en el período Pospalacial, que es cuando aparecen los anillos en su mayoría de plata de Perati, pero también se han encontrado anillos de oro, plata y bronce en otros sitios (Papazoglou-Manioudaki, 1994: 185). Los primeros ejemplares de hierro aparecen en tumbas submicénicas, pero la mayoría de los primeros anillos de la EHA son de bronce. Suelen hallarse *in situ*, por lo general uno o dos en cada mano, pero a veces más de uno en cada dedo, lo que podría representar la totalidad del «joyero» de la persona difunta. Los anillos no aparecen exclusivamente en los enterramientos femeninos e infantiles sino también en algunas sepulturas masculinas, al menos en las fases más antiguas, como en las tumbas guerreras de Tirinto y Maratón (véase p. 198).

Existen muchas variantes pero pocas formas realmente distintivas. Muchos anillos son meras cintas o bandas más o menos estrechas, hechas de pan o de hilo metálico trenzado, a veces decoradas con estrías, que no precisan de ninguna inspiración foránea, si bien algunos autores hablan de una influencia chipriota (*Lefkandi I*: 221; Lemos, 2002: 133 aprecia similitud de tipos y técnicas). Más curiosos aunque menos corrientes son dos tipos tempranos, el «anillo en forma de escudo», con una faz oval, normalmente decorado con un sencillo repujado de puntos y que derivaría de los anillos-sello del Bronce (fig. 5.22: 11), y el anillo con espirales (fig. 5.22: 12), perteneciente al grupo de objetos que suele asociarse a un origen «septentrional». Kilian-Dirlmeier (1980) discrepa de esta opinión y advierte una laguna cronológica entre los ejemplares de la Cultura europea de los Túmulos y los ejemplares de Grecia, y sugiere un origen local. Pero tras la época de las Tumbas de Pozo la ornamentación con espirales de hilo ya no forma parte de la tradición micénica, y en cambio es un claro rasgo de los ítems de bronce europeos (Harding, 1984: 203, véanse 141-142 sobre los anillos), y su distribución presenta un claro sesgo hacia el centro y norte de la Grecia continental, reforzado por nuevos hallazgos (uno de Megaplatanos: Sventza en la Lócride correspondería a un contexto del HR IIIB; Ph. Dakoronia, com. pers.). Muchos proceden de la necrópolis de Elateia donde, a partir del HR IIIC tardío, se han hallado más ejemplares que en todo el resto de Grecia (Dakoronia, 2003). Lo más probable es que este tipo fuera originalmente europeo aunque, a la vista de la considerable variedad entre los distintos ejemplares, es posible que algunos se hicieran en Grecia. Pero su presencia es tan esporádica que resulta difícil valorar su importancia cultural, y tras su aparición en contextos tardomicénicos y de principios de la EHA ya no se vuelve a encontrar en el sur de Grecia hasta la época Geométrica, aunque sólo en Vergina.

Los únicos hallazgos metálicos corrientes son los aros y las espirales de hilo metálico, normalmente de bronce e incluso de oro (fig. 5.22: 13), que al parecer se llevaban en el cabello o en las orejas a modo de arracadas. También se han encontrado algunos brazaletes de hilo metálico, y son interesantes, por sus posibles vínculos itálicos, los rarísimos ornamentos en forma de rueda (tal vez la cabeza de una aguja de madera) que se han recuperado en algunos contextos pospalaciales de Argos y Knossos (*NorthCem*: 526-528). Aún aparecen los típicos ítems de esteatita del Bronce reciente identificados como contrapesos para el vestido, que seguramente son ítems reutilizados heredados por la familia o recuperados de tumbas más antiguas. Se han encontrado aislados o en pares, y pudieron utilizarse como placas de cinturón decorativas o algo parecido (cf. especialmente en Volos: Nea Ionia Ts. 177 y 197, donde han aparecido junto a las rodillas; Batziou-Efstahiou, 1999: 122-123), aunque no se descarta su utilización como fusayolas (E. S. Sherratt, com. pers.). Hay una gran cantidad de ellos sólo en Elateia, pero al igual que los collares y los colgantes de esteatita hallados allí (Dimaki, 1999), se podrían haber producido en el período Pospalacial y reutilizado con posterioridad (como se afirma respecto a un sello y un collar de esteatita hallados junto a enterramientos PG en la T. 58 de Elateia, S. Deger-Jalkotzy, texto inédito; cf. Dimaki, 1999: 206). Como se ha sugerido en relación con los sellos de piedra (capítulo 3, p. 100), probablemente representa una industria pospalacial localizada, lo que, junto con la evidencia de reutilización, es muy excepcional, aunque a veces se recuperaban viejos sellos de piedra y se enterraban en otro sitio, sobre todo en Knossos.

Una de las grandes sorpresas de la joyería de la EHA es la escasez general de cuentas (Higgins, 1980: 75), incluso de las de material más sencillo, como la arcilla o el hueso, lo que implica que apenas se llevaban collares, aunque es posible que las escasas cuentas, colgantes o «amuletos» que se encuentran ocasionalmente se llevaran ensartados alrededor del cuello. El contraste con los yacimientos de fuera del área «heládica» es llamativo: en Vergina la rica tradición ornamental incluye cuentas de bronce y de sarda (cornalina), en su día clasificada como ámbar (Snodgrass, 1971: 253-254; Coldstream, 1977: 45), y en Elaphotopos (probablemente pos-Bronce reciente) se documentan cuentas de calcedonia, de ámbar y pequeñas cuentas de bronce. Se han documentado cuentas de ámbar, fayenza y piedras semipreciosas, como la cornalina y el cristal de roca, en contextos del HR IIIC, algunas posiblemente «recicladas» procedentes de sepulturas más antiguas, pero en general su número desciende durante el período Pospalacial, aunque hacia el final del período podría haber evidencia de la manufactura continuada de cuentas de oro muy simples. En efecto, en el Tesoro de Tirinto han aparecido cuentas distribuidas en cuatro grupos de diferentes tamaños, de-

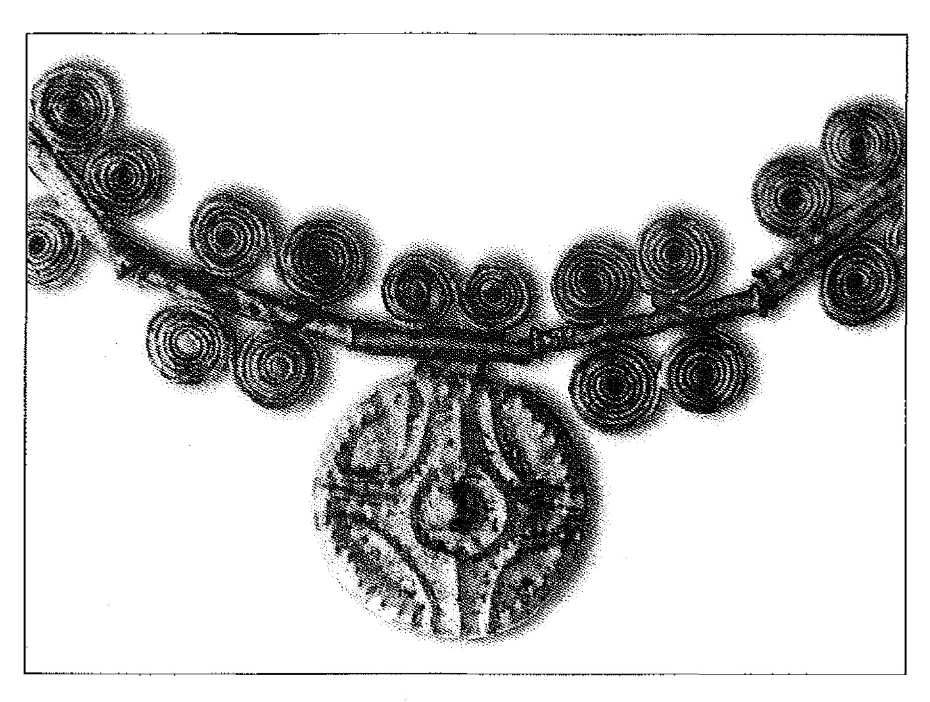


FIGURA 5.23. Collar de oro con colgante del PGR, de Lefkandi: Toumba, T. 63. Unos 9,9 cm de largo. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

masiadas para ser un mero atesoramiento de reliquias. También en Elateia se ha descubierto un collar de cuentas globulares mezcladas con cuentas incisas de esteatita (*BCH* 120 [1996] 1202), y en la T. 200 SM de Knossos han aparecido dos tipos, según Higgins de inspiración chipriota (*NorthCem*: 539), así como cuentas de vidrio y de fayenza (*NorthCem*: 193-194). Pero a partir de ese momento desaparecen las cuentas de oro o de metal hasta el enterramiento femenino del heroon de Lefkandi, que contenía treinta y nueve cuentas globulares de oro mezcladas con dos de fayenza y una de cristal ensartadas en un collar cuya pieza central era un viejo colgante de oro mesopotámico dañado. Este collar podría ser uno de los primeros ejemplos del gusto por el contraste de colores y de materiales que parece típico de Lefkandi, aunque también podría tratarse de un rasgo general del período, que en su forma más simple estaría representado por las agujas de hierro con glóbulos de diferentes materiales (véase p. 196). En las ricas tumbas de Lefkandi que siguen, las cuentas de oro son todavía escasas, aunque los ejemplares que se han encontrado suelen estar muy trabajados (véase la fig. 5.23).

En cambio, en Lefkandi son muy frecuentes las cuentas segmentadas de

fayenza (las más antiguas proceden de la T. 16 de Skoubris, que se fecha en el período de transición del Submic al PG), y aparecen a centenares, por no decir miles. Se trata sin duda de importaciones de Próximo Oriente, lo mismo que las cuentas de vidrio, mucho más excepcionales, que suelen acompañarlas, y presentan toda una gama de colores. Pueden ir acompañadas de cuentas de ámbar y de cristal, cuyo origen es más incierto. También aparecen pequeñas cantidades de cuentas de fayenza en tumbas PG de la Argólida, y en Atenas no antes del GA, según la evidencia actual. En general cuando aparecen pequeños grupos de cuentas se suelen interpretar como elementos de un collar, aunque también se habrían podido llevar alrededor de la muñeca o del brazo. Pero cuando los conjuntos son mucho mayores la interpretación es dudosa y las posibilidades aumentan, ya que podrían representar accesorios de alguna prenda de vestir, pero también piezas de un collar macizo de muchas vueltas que cubriera todo el pecho, o piezas de algún tipo de cinturón. Y también es posible que simplemente se depositaran en señal de riqueza y de estatus, tal como lo sugieren las cantidades tan desiguales que aparecen en las distintas tumbas.

El enterramiento del heroon también ha proporcionado los ejemplos más antiguos de una tradición distintiva de Lefkandi, los ornamentos de chapa o lámina de oro para prendas de vestir: encima del pecho se hallaron dos discos con forma de creciente entre ambos, todo ello decorado a base de un repujado de puntos o líneas. Y en tumbas PGR de Lefkandi y en Skiros se han hallado discos ornamentales más pequeños, que siempre se habían considerado supervivencias micénicas, cosa ahora poco plausible ya que los paralelos más próximos son de la fase de las Tumbas de Pozo y de un estilo mucho más complejo. Es más fácil atribuirlos a una escuela de orfebres de Lefkandi de cuya existencia dan fe otros hallazgos en varias tumbas de allí a partir del PGR y en Skiros, que en esa época tenía estrechas relaciones culturales con Eubea (cf. en general *Lefkandi III, 1*: láms. 136-138, 157; Lemos, 2002: 133-134). Los ornamentos más notorios son los peculiares «accesorios» y las largas bandas rectangulares, generalmente identificadas como diademas (aunque en las tumbas de Skiros aparecieron en la cabeza o en la frente y en el pecho; Sapouna-Sakellaraki, 1997: 40), ambos decorados con motivos de puntos repujados (fig. 5.22: 14-16). Las diademas podrían ser en última instancia originarias de Chipre (Higgins en *Lefkandi I*: 219), pero los accesorios no tienen paralelos. De acuerdo con la evidencia de las Ts. 39 y 42 de Toumba, puede que estuvieran unidos a las diademas con cintas de oro laminado para formar complejos tocados (Popham *et al.*, 1982b: 236). También aparecen antiguos tipos de colgantes y de arracadas que están mejor representados en las tumbas SPG (fig. 5.22: 17-18), algunos de ellos decorados con un sencillo granulado. Se cree que esta técnica llegó al Egeo desde Próximo

Oriente, pero no aparece en ningún otro sitio antes de mediados del siglo IX. La T. 63 de Toumba también contenía una serie de hermosas cuentas tubulares con espirales de hilo metálico adheridas (fig. 5.23; parte de un complejo entramado de ornamentos que se llevaban en la parte superior del cuerpo, a juzgar por *Lefkandi III, 1*: lám. 19).

Aunque muchos ornamentos y anillos de pan o lámina de oro son relativamente endebles, cuesta creer que un conjunto de ítems de esta índole, muchos decorados, se manufacturaran únicamente para adornar el cuerpo de las personas difuntas (como Higgins propone para las diademas, 1980: 96), salvo que fueran copias deliberadamente endebles de ítems más sólidos utilizados en vida. Es posible, aunque también podrían ser ítems reservados para ocasiones ceremoniales especiales, y por lo tanto menos proclives a romperse o ajarse. La manufactura de los anillos es sin duda muy esmerada (*Lefkandi I*: 221), en cambio los accesorios parecen inacabados (Popham *et al.*, 1982b: 236). Sea cual fuere la explicación, hasta ahora este conjunto no tiene paralelos en el Egeo antes de finales del siglo X. Sólo Knossos ha producido alguna orfebrería destacable antes del año 900 (Desborough, 1972: 229-230), lo que traduce un panorama bastante exiguo comparativamente hablando. El oro tampoco es frecuente en Chipre, y comparte con Lefkandi un «sentido de la economía» que se plasma en el uso de láminas de oro muy finas (Lemos, 2002: 133). Así pues, las personas difuntas importantes de Lefkandi se enterraban con una ostentación sin precedentes en las décadas de finales del siglo X, lo que podría reflejar el uso en vida de prendas de vestir más elaboradas, quizá debido a la influencia de unos contactos con Próximo Oriente más estrechos que en otras partes de Grecia, Knossos incluido.

A juzgar por los hallazgos, en el siglo IX no se produjo ningún cambio sustancial en la forma de vestir, aunque en las tumbas del Kerameikós las fíbulas son más frecuentes, y la mayor complejidad ornamental que antes se asociaba a Lefkandi tiene ahora algunos paralelos en otros lugares (por ej. Kilian-Dirlmeier, 1984: 160-162). Las agujas y las fíbulas pasan a hacerse con mayor consistencia y elaboración. Las primeras tendrán un cuerpo básicamente cuadrado o rectangular y no redondo como los tipos anteriores, y el arco y la placa de sujeción de las fíbulas serán más grandes y más decorativos. Algunas regiones desarrollaron estilos propios: las agujas más finas se hacían en el norte del Peloponeso, con la cabeza cada vez más elaborada (fig. 5.24: 1-2), y en la región de Ática-Eubea, sobre todo, se desarrollaron al parecer nuevos tipos de fíbula, con nudos aún más elaborados, acanaladuras y arcos planos más anchos o placas de sujeción rectangulares decoradas con motivos, animales e incluso escenas figurativas (fig. 5.24: 3-6). Esta placa de sujeción rectangular conoció una amplia distribución y produjo variantes lo-

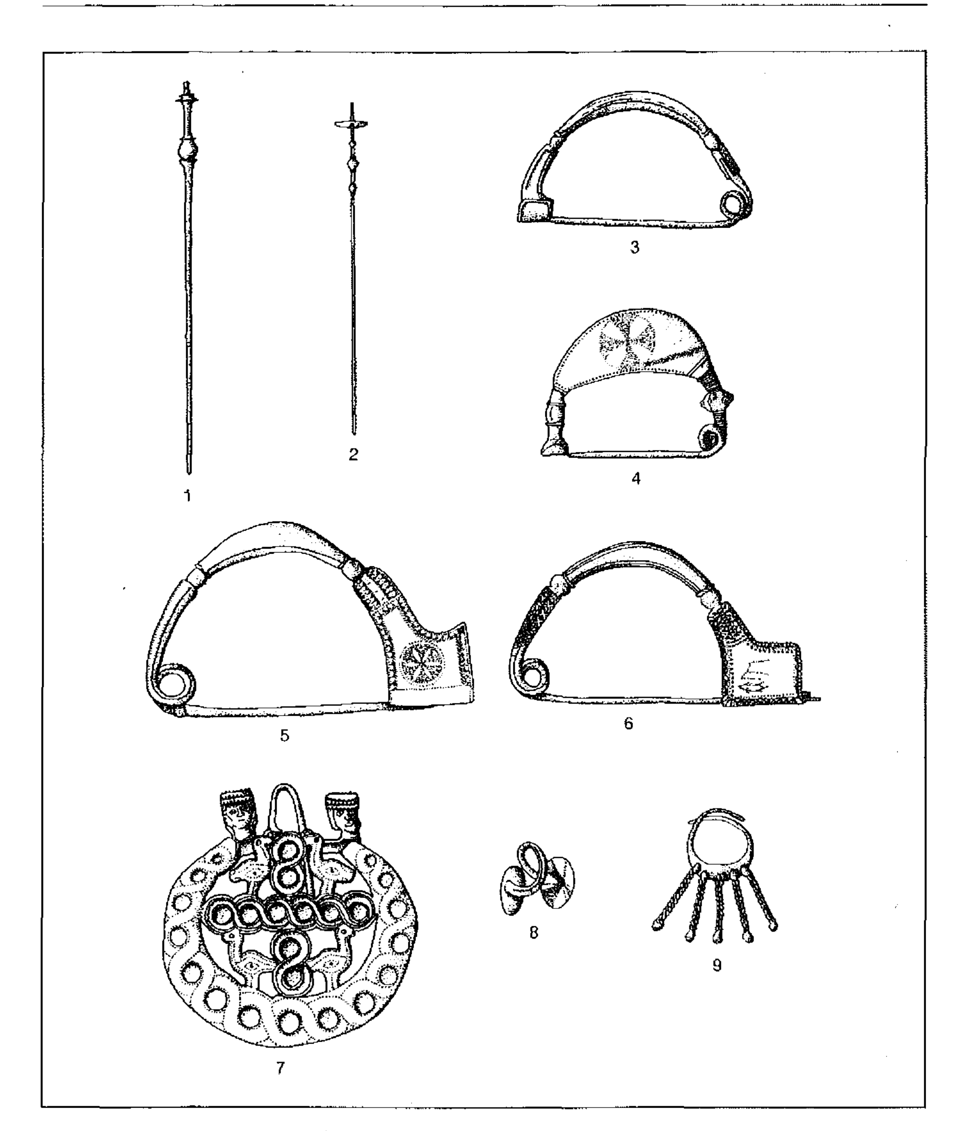


FIGURA 5.24. Joyas posteriores: 1. Aguja del GA I (Micenas). 2. Alfiler del GM II (Corinto). 3. Fíbula del GA I (Micenas). 4-5. Fíbulas del SPG II y III (Lefkandi). 6. Fíbula del GA II/GM I (Atenas). 7. Colgante del PG B (Knossos). 8-9. Arracadas del PGR/SPG y SPG IIIA (Lefkandi) (1,3, 6 según Snodgrass [1971], 2000, figs. 92a, 91a; 2 según Coldstream, 1977, fig. 27c; 4-5 según *Lefkandi I*, láms. 249: 5, 4; 7 según *BSA* 92, 1967, lám. 11: 2; 8-9 según *Lefkandi III*, lám. 136f, d). Escalas: 1-6 (1:4), 7 (1:2), 8-9 (3:2).

cales, y es posible que otras tradiciones locales que aparecen sólidamente establecidas en el siglo VIII, como la fíbula con glóbulos en el arco hallada en Creta y más tarde en el Egeo oriental, se desarrollaran en el siglo IX.

Lo más sorprendente es que en Creta las agujas y las fíbulas fueran todavía tan simples y primarias, aunque en Knossos se producía un nuevo tipo de aguja corta de oro, plata o bronce con cabeza muy elaborada hecha a molde, y antes del año 800 se establecía allí un taller que producía ítems de oro muy sofisticados, especialmente colgantes (fig. 5.24: 7), decorados con técnicas de Próximo Oriente basadas en la filigrana, la granulación y los engastes de ámbar y de cristal de roca (Higgins, 1969: 150-151; *NorthCem*: 540). Sin embargo, aunque empezaban a circular los productos de diferentes regiones, a este taller sólo se puede asociar una pieza fuera de Creta, en Ítaca. En algunos yacimientos de Tesalia se han encontrado tipos septentrionales, sobre todo la fibula de anteojos, una forma que, junto con la aparición de tipos cerámicos macedonios, se ha vinculado a movimientos locales de población (cf. Coldstream, 1977: 43-45); pero ulteriormente la fíbula de anteojos se extendería asimismo a la Grecia central.

La materia básica de la mayoría de agujas y fíbulas seguía siendo el bronce, pero en Lefkandi y en Ática se empezó a utilizar también el oro, principalmente para la placa rectangular de las fíbulas, y para otros ítems, como algunos tipos elaborados de arracadas, casi todos ellos vinculables a Próximo Oriente (Higgins, 1969: 148-149). Los ornamentos más elaborados se encuentran en Ática, donde a partir de mediados del siglo IX se estableció una tradición de diademas como las de Lefkandi aunque decoradas con motivos geométricos y (en el siglo VIII) temas animales y humanos, en cambio no hay rastro alguno de accesorios al estilo Lefkandi. De hecho, parece que hacia 800 los orfebres que trabajaban en el territorio de Atenas pasaron delante de los eubeos, aunque lo cierto es que, desde el abandono de las necrópolis de Lefkandi, apenas hay evidencia euboica hasta las ricas tumbas de Eretria de finales del siglo VIII. Sin embargo no parece que los orfebres atenienses tuvieran una influencia perceptible en el resto del Egeo, como tampoco los metalúrgicos de Knossos de la «Escuela de Tekke». La Argólida aún no conocía nada tan elaborado, ya que los ítems de oro todavía son sumamente simples y raros, aunque sí producía objetos de bronce muy finos, y en otras regiones de Grecia con algún material metálico apenas hay indicios de objetos ornamentales, ni siquiera bronces desarrollados. Pero el descubrimiento de un sofisticado collar de bronce y cuentas de vidrio en una tumba de Galavou, en la Lócride (*Ar* 33 [1986-1987] 27), que podría datar del siglo IX e incluso del siglo X, sugiere que los tipos más elaborados pudieron ser más corrientes de lo que muestra la actual evidencia.

En cierto modo parece que en esa época ya se utlizaban nuevos tipos de

ornamentación para mostrar riqueza y estatus, especialmente diademas y arracadas. También se conocen algunos collares, brazaletes, espirales más sustanciales para el pelo, y finos anillos con engaste, y en el siglo VIII empiezan a aparecer los sellos de marfil y de piedra. Pero representan fundamentalmente tradiciones localizadas en general de escasa influencia, aunque por gran parte del mundo griego se difundieron variantes de la fíbula con placa rectangular, y en los siglos IX y VIII se extendió ampliamente también un tipo de arracada con terminales cónicos o en forma de címbalo que aparece por primera vez hacia finales del PGR en Lefkandi (fig. 5.24: 8). Las arracadas en forma de creciente del «Grupo de Eleusis» halladas en Ática (Higgins, 1969: 145-146) tienen asimismo un predecesor en Lefkandi (fig. 5.24: 9).

También continuaron las formas tradicionalmente asociadas al vestido. Las fíbulas, principalmente de bronce, en cualquiera de sus formas, serían un ajuar funerario muy popular durante el resto de la EHA, en cambio las agujas sólo son corrientes en el Peloponeso, y las formas más elaboradas empiezan ahora a usarse a modo de ofrendas en los santuarios, que también empiezan a ser una fuente esencial de fíbulas y de otras joyas. Pero durante el siglo VIII parece abandonarse progresivamente la práctica de provisión de elaboradas joyas metálicas como ajuar funerario en lugares donde antes era costumbre, compensado sólo en parte por su aparición en nuevas regiones, como el Épiro, la periferia del mundo griego y el Egeo oriental, especialmente en Rodas (Coldstream, 1977: 96-97, 186, 250). A partir de ese momento es más difícil detectar la historia de las formas, antiguas o nuevas.

BIBLIOGRAFÍA

Dickinson (1994a: cap. 5) analiza las artes y oficios de la Edad del Bronce, sobre todo los más elaborados, con comentarios sobre la evolución pospalacial.

Cerámica

(1) HR IIIC y Submic. Rutter (1978) ofreció la primera actualización real de los estudios de Desborough (especialmente 1964: cap. 1, y 1972: 30-45). Véase asimismo Rutter (1992: 62-67) y Mountjoy (1986: caps. 8-11) (que se concentran en la Grecia continental central; para explicaciones más breves y más información sobre otras regiones véase Mountjoy, 1993: 90-117). Hay

comentarios breves pero útiles en Sherratt (1982: 187-189; 1985) y Morgan (1999: 254-256) sobre el Submicénico.

(2) MR IIIC y SM. Una visión general útil del MR IIIC en Popham (1967: 349-351), y hay mucha información en Kanta (1980: cap. 4), y en algunas contribuciones de Hallager y Hallager (1997; véase especialmente Mook y Coulson, Rethemiotakis, Borgna, Prokopiou, y comentarios generales en 405-406). Se analiza una secuencia estratigráfica que continúa hasta el SM en Knossos en Warren (1983: 69-83). Sobre el SM, véase especialmente Desborough (1972: 57-63) y *NorthCem* (cap. 5).

(3) PG. Lemos (2002: cap. 2) trasciende las explicaciones clásicas de Desborough (1952, y 1972, Sección III); la explicación actualizada más sucinta de la cerámica pintada es Boardman (1998: cap. 2). *Lefkandi II, 1* ofrece la interpretación más completa de un gran depósito publicado hasta el momento y mucha información sobre los estilos PG de muchas partes de Grecia.

(4) G. Coldstream (1968) es el estudio clásico de los estilos pintados, recientemente sintetizados y actualizados en Boardman (1998: cap. 3).

(5) El material publicado en Papadopoulos (2003) incluye evidencia del trabajo de los alfareros atenienses de la EHA.

Metalurgia

Sobre la primera metalurgia del hierro, véanse aportaciones en Wertime y Muhly (1980), sobre todo la de los editores, asimismo Snodgrass (1980b), Waldbaum (1980, 1982), Sherratt (1994), Pickles y Peltenburg (1998); para una visión reciente del material anatólico, Yalçin (1999). Snodgrass ([1971], 2000: 213-217) ofrece uno de los análisis más lúcidos de los factores técnicos. Lemos (2002: 101-103) presenta un resumen actualizado, aunque sin algunas referencias citadas anteriormente. Kayafa (2000) es un estudio valioso de la evidencia relacionada con la metalurgia del bronce.

Vasos metálicos

Sobre el material más antiguo, véase Matthäus (1980: especialmente 35-38 –T. A de Mouliana– 56-58 –Tesoro de Tirinto–, 118-121 –calderos con trípode «PG»–), y sobre el material de Knossos *NorthCem* (559-569), donde se cita material comparable de otros yacimientos de Creta y del Egeo.

Estatuillas de bronce

Schweitzer (1971: cap. VI) ofrece un análisis muy detallado, pero la cronología es sin duda demasiado alta; véase Coldstream (1977: parte II, en las regiones relevantes), y sobre Olimpia (Heilmeyer, 1979), sobre el material cretense (Naumann, 1976; Verlinden, 1984; D'Agata, 1999a). Este último publica todo el material de Agia Triada y se interroga sobre algunas dataciones previas.

Armas, corazas y útiles

Lemos (2002: 119-126) es un estudio actualizado de las armas y corazas del PG.

Joyería

Higgins (1969, y 1980: caps. 11-12) es básico; sobre agujas concretamente, véase Kilian-Dirlmeier (1984); Lemos (2002: cap. 3) ofrece un interesante análisis de las distintas clases de joyas, centrado en el material PG.

Vestido

El análisis más reciente en *NorthCem* (cap. 15), que se centra en el material de la Necrópolis norte de Knossos; asimismo *Lefkandi I* (227-229) sobre los hallazgos de las necrópolis de Lefkandi.

6. Usos funerarios

Introducción

Las tumbas y el material que aparece en ellas constituyen nuestra mayor fuente de información sobre todo el período que abarca este libro, desde el Colapso en adelante. Tradicionalmente esta evidencia se ha utilizado sobre todo para dilucidar si los tipos de enterramiento y los artefactos que aparecen representados en los ajuares funerarios reflejan o no un posible movimiento de grupos de población a o en el Egeo en este período, y para evaluar la relativa riqueza, las conexiones externas y, a veces, el tamaño de la población de las comunidades a las que pertenecen las tumbas. Los recientes intentos de utilizar el análisis de las necrópolis y de los ajuares funerarios para conocer algo mejor los procesos de desarrollo social durante la EHA, especialmente en Atenas (Morris, 1987; Whitley, 1991a), suponen un cambio saludable respecto a las viejas preocupaciones, aunque han producido algunas reacciones sumamente críticas que indican la fragilidad de estos estudios desde el punto de vista metodológico, por no hablar de las dudas de los críticos sobre la pertinencia de sus enfoques teóricos y sobre las conclusiones históricas que extraen (véase Papadopoulos, 1993 en general, sobre todo 187-188 para una crítica de Morris, y de Shennan a Whitley en *Antiquity* 66, 1992: 276-277, Morgan en *JHS* 113, 1993: 206-207, y Morris en *AJA* 91, 1995: 157-159). Pese a todo, estos estudios plantean cuestiones importantes sobre el significado y la importancia del cambio de rito funerario en diferentes períodos y regiones. Morris aborda concretamente una de las cuestiones más fundamentales para todo debate que se base en la evidencia de los usos funerarios: ¿qué porcentaje de población representan los enterramientos arqueológicamente recuperados?

Antes del estudio de Morris ésta era una pregunta que nunca se había

planteado en el contexto de la EHA. Simplemente se tendía a presuponer que si el número de enterramientos recuperados era pequeño, también la población tenía que ser pequeña. Snodgrass creía al principio que quizás un sector de la población pudo verse socialmente excluido del uso de enterramientos arqueológicamente detectables, pero luego descartaría la idea afirmando que «las necrópolis que sí hemos recuperado representan un abanico bastante completo de edades y sexos, aunque su pobreza general es tal que parece casi ridículo pretender que podrían representar algún grupo de élite o privilegiado» (Snodgrass, 1980a: 21).

Y más recientemente ha aceptado básicamente las implicaciones del análisis de Morris, según el cual durante casi toda la EHA los varones adultos más pobres y muchas mujeres y niños estuvieron excluidos del tipo de enterramiento formal que se ha preservado, y que incluso los enterramientos «pobres» habrían estado fuera del alcance de la mayoría ([1971], 2000: XXVIII). El análisis de Morris de las necrópolis de Atenas sugiere, en efecto, que en muchas fases el repertorio representado no es ni mucho menos «completo», si bien es preciso admitir que existen pocos datos fiables sobre la edad y el sexo de las personas enterradas durante la EHA, sea en Atenas o en el Egeo. Los enterramientos no adultos, sobre todo infantiles y de recién nacidos, son en general muy excepcionales, aunque en algunas fases el número es algo mayor que en otras. Este déficit también es evidente en el Bronce reciente, en claro constraste con la alta proporción de estos enterramientos hallados en contextos del HM (Dickinson, 1994a: 222). Constituye un poderoso argumento en favor de la existencia de unos tipos de enterramiento que son difíciles de detectar arqueológicamente (Morris, 1987: 62 rechaza directamente cualquier insinuación de que estas variaciones reflejaban altos y bajos del nivel de vida). A pesar de todo, se han recuperado enterramientos infantiles y adolescentes, tanto en lugares de habitación, no en todos (por ej., en Nichoria no se documenta ninguno), como en necrópolis, donde a veces se ha podido identificar incluso la incineración de algún recién nacido, como en Torone (Musgrave, 1990: 284). En Seraglio, en Cos, los enterramientos infantiles predominan entre las tumbas descubiertas de la EHA (Desborough, 1972: 172-173). Por lo tanto, es evidente que no *todos* los no adultos estaban excluidos del enterramiento formal aceptado y, como lo que parecen ser enterramientos infantiles suelen estar bien provistos de bienes, es de suponer que quienes eran objeto de este tipo de enterramiento pertenecían a un grupo selecto.

Es muy posible que iguales consideraciones afectaran a los enterramientos adultos. En efecto, como sugeríamos en el capítulo 2 (pp. 60-61), pudo haber una clase micénica de personas dependientes sin derecho a ser enterradas en tumbas de cámara, ni siquiera en cistas o fosas, menos frecuentes

en el registro arqueológico. Claro que la idea de que el sector de la población de la EHA excluida del enterramiento formal estándar derivaba de aquella clase micénica sería incompatible con la interpretación de Morris y de Whitley según la cual los enterramientos submicénicos de Atenas representan personas de todas las edades y estatus. Morris (1997: 542-543) insiste en su *opinión* de que fue en los inicios de la EHA cuando se introdujo en Atenas y, en general, en la Grecia central un nuevo sistema ritual que implicaba la exclusión de los niños y de la clase pobre adulta del enterramiento formal, y un destello del ethos «igualitario» en los usos funerarios de los enterramientos formales de la élite. Pero Morris no explica por qué este nuevo sistema vino a introducirse precisamente en aquel preciso momento, y tanto él como Whitley parecen caer en la misma trampa que otros autores al presuponer que, porque los enterramientos preservados de la fase submicénica son relativamente numerosos, se pueden considerar una muestra representativa de la población total. Además, sus razonamientos dependen en gran medida de la premisa de que los enterramientos preservados de la EHA de Atenas son una muestra estadísticamente utilizable, pese a que no pudieron incluir el grupo de enterramientos PG más numeroso descubierto hasta ahora en la ciudad, la necrópolis de Vasilissis Sophias, todavía poco conocida (*AR* 30 [1983-1984] 7. Además de los enterramientos submicénicos, se recuperaron sesenta y dos ánforas-incineraciones y once inhumaciones del PG; cf. fig. 4.2). Unido a otras evidencias, este hallazgo, aunque esté situado a más de 2 km del centro de Atenas, cuestiona la tendencia general a considerar el Kerameikós como el primer cementerio de Atenas y sus prácticas como encarnación del ethos dominante.

Otra presunción muy corriente es que algunas necrópolis atenienses han sobrevivido completas. Es cierto que la zona en torno a la antigua ciudad ha sido objeto de extensas excavaciones de muestreo. Y no deja de ser interesante que no se haya descubierto prácticamente ninguna tumba del larguísimo período prehistórico anterior al HR III, cuando Atenas ya era un centro de población de considerable tamaño. Este dato ratifica el hecho de que en la supervivencia de las tumbas intervienen muchos factores además del azar del descubrimiento, y aunque no sea completamente casual sí es lo suficientemente variable para poder fundamentar un análisis estadístico fiable. El factor que más incide en la supervivencia es sin duda la continua remoción del suelo debida a los trabajos agrícolas y a la construcción. Cuando las tumbas se hallan lejos de los lugares de habitación y de la tierra agrícola, como las tumbas de cámara del Bronce reciente, que había que abrir en un determinado tipo de roca, o eran estructuras de piedra muy elaboradas, como otras muchas tumbas del Bronce reciente, tienen una probabilidad de supervivencia muy alta, aunque su descubrimiento sea muchas veces una

cuestión de suerte (como ocurrió con la necrópolis de Elateia, situada en una zona relativamente remota). Pero lo más probable es que la mayoría de las tumbas de época prehistórica e histórica fueran algún tipo de fosa, una estructura que no necesita alejarse mucho de los asentamientos; incluso pudo haber razones rituales para ubicar las tumbas cerca o dentro de esos asentamientos. La posibilidad de que este tipo de tumbas desaparezca debido a alguna actividad posterior, o porque se usara la misma zona para futuros enterramientos, práctica frecuente en Atenas, es alta, y en estos casos no siempre se respetaban las tumbas más antiguas. A menudo se construían en medio o encima, y es lícito sospechar que se saqueaban con frecuencia en busca de objetos de valor. Por lo tanto, considerar «completas» las necrópolis conocidas (por ej. Morris, 1987: 76, 77) induce a error. Lo único que se podría decir es que se ha excavado al completo aquello que ha sobrevivido, pero tampoco esto está tan claro, como demuestra, por ejemplo, el descubrimiento constante de tumbas sustanciales en el Kerameikós y en la necrópolis de Toumba, en Lefkandi (cf. *AR* 41 [1994-1995] 4, 31), y la constatación de que las tumbas submicénicas-PG de la calle Erechtheiou de Atenas (Brouskari, 1980) forman parte de una necrópolis mayor que ha sido investigada sólo parcialmente (Whitley, 1991a: 201-202).

A pesar de todo, si la clase excluida del enterramiento formal estándar constituía la mayor parte de la población, cuesta aceptar que sus enterramientos sean tan difíciles de identificar. El registro arqueológico no proporciona *ningún indicio* claro de las fosas u osarios que Morris considera la forma de enterramiento más plausible. El reciente descubrimiento de huesos humanos desarticulados en Salónica: Toumba, sin duda procedentes de deposiciones informales intramuros (según informe del profesor S. Andreou en Wardle, 2000), representa la clase de evidencia que se necesitaba, pero hasta el momento este fenómeno no se documenta en yacimientos de más al sur. Los demás posibles enterramientos «informales» citados por Morris (1987: 106-108) se explican mejor como evidencia de prácticas de enterramiento secundario o como formas simples de enterramiento formal primario. Por ejemplo, los enterramientos intramuros de Tirinto y Lefkandi del período Pospalacial podrían representar una clase más baja que los usuarios de las tumbas de cámara, pero en Lefkandi aparecen asociados a estructuras importantes y de hecho dos contenían ofrendas funerarias, mientras que el tercer difunto llevaba un amuleto de piedra comparable a algunos ejemplares de las tumbas de cámara de Elateia (Musgrave y Popham, 1991: 273; cf. Dimaki, 1999).

Parece preferible suponer que los enterramientos de la EHA que se han recuperado representan efectivamente las prácticas de la mayoría de la población, siempre que los enterramientos no adultos estén subrepresentados,

y aceptar que su excepcionalidad general armoniza mejor con las pautas habituales de recuperación que la gran cantidad de enterramientos identificables del Tercer Período Palacial. En Creta la mayoría de tumbas presenta formas relativamente complejas y ritos funerarios bastante elaborados, por lo que podrían ciertamente corresponder a un grupo selecto, como lo sugieren tanto el número relativamente bajo de individuos que, según el cálculo, se enterraron en la gran Necrópolis Norte de Knossos a lo largo de más de cuatro siglos (*NorthCem*: 659-660, entre 422 y 671?), como los usos funerarios relativamente similares que se practicaban (*NorthCem*: 720). Sin embargo, las claras diferencias de riqueza entre los ajuares funerarios y la presencia de importaciones apuntarían a un sistema de rango, que encajaría con la distinción que hace Morris entre *agathoi* aristocráticos y no aristocráticos (1987: 94).

Otra cuestión de gran importancia y de considerable complejidad planteada por Morris y Whitley se refiere al significado y a las funciones del ajuar funerario, aunque no todos los ítems hallados en o junto a la tumba tienen por qué serlo, ya que la cerámica se pudo utilizar en rituales asociados al sepelio o en alguna ceremonia posterior. Se trata de un tema de gran relevancia, que ha generado opiniones muy diferentes, pero yo simpatizo con un enfoque posprocesualista que gana terreno, sobre todo en los estudios de la alta Edad Media (agradezco a mi esposa la Dra. T. M. Dickinson su opinión sobre este punto; cf. Houby-Nielsen, 1995 sobre la Atenas posterior, especialmente 130, 145, y Morris, 1987: 38-42 en general). Este enfoque no considera que los ajuares funerarios representen las preciadas posesiones del difunto, ni los avíos preparados para su uso en la otra vida, ni tampoco un fiel reflejo del estatus de la persona difunta según un sistema de normas que dictara qué bienes funerarios debían reflejar un determinado estatus social. Más bien habría que interpretarlos como una declaración de los *vivos*, que se sirven consciente o inconscientemente del enterramiento de un miembro de la familia o del grupo para manifestar su posición social y sus aspiraciones. Según este punto de vista, los bienes depositados se seleccionan entre un conjunto aceptado de ítems con significado social utilizados en vida, no fabricados exclusivamente para la sepultura, así que podían incluir perfectamente posesiones del difunto. En el contexto egeo, cuando se abandonaron las tumbas de cámara y otras de uso múltiple, los ajuares funerarios pudieron adquirir mayor relevancia para este tipo de manifestaciones, puesto que el lugar del enterramiento como tal habría tenido mucho menos potencial para impresionar.

Pero sería demasiado reduccionista pensar que los ajuares funerarios eran simples expresiones de estatus del grupo que enterraba. Puede que la provisión de bienes materializara todo un complejo de ideas, no siempre for-

muladas de forma coherente y a veces incluso contradictorias. Más concretamente, cuando los ajuares funerarios de elaboración o cantidad inhabituales se depositan en sepulturas de niños, adolescentes e incluso de jóvenes adultos, es posible que su intención fuera favorecer al espíritu del difunto por haber sido desprovisto de la oportunidad de vivir una vida plena, expresar el dolor de una forma material ostentosa, como harían las estatuas funerarias y las lápidas en la historia griega posterior, y simbolizar el estatus que podría haber alcanzado en vida. Cabe recordar asimismo que la tumba como tal sólo preserva «los residuos materiales de los enterramientos y no la totalidad de los ritos asociados al funeral» (Hall, 1997: 130, citando a Leach). Este punto es especialmente relevante cuando se sabe que un alto porcentaje de las tumbas excavadas carecían de ajuar funerario reconocible. Los ritos de duelo, los cortejos fúnebres para trasladar al difunto hasta la tumba, y los ritos funerarios secundarios organizados con los restos del difunto, así como las ceremonias posteriores ante la tumba, habrían sido otras tantas ocasiones para hacer distinciones sociales, mejores aún que la organización y el contenido de la tumba. La ubicación del lugar de enterramiento en relación con el paisaje habitado y con otras tumbas pudo tener también una importancia considerable, y se habría podido atraer la atención del vecindario de varias formas, pero no todas ellas han dejado restos tangibles.

EL PERÍODO POSPALACIAL

A primera vista los usos funerarios del período Pospalacial parecen prolongar los del Tercer Período Palacial (véanse pp. 60-61), pero el análisis de Cavanagh y Mee (1998: cap. 7) revela varias diferencias importantes. En la mayoría de casos, el uso pospalacial de las tumbas de cámara representa el uso continuado, o la reapertura, de tumbas anteriores. El establecimiento de una nueva necrópolis en Perati, con casi doscientas treinta tumbas, es muy excepcional, aunque en otros lugares también se han descubierto pequeños grupos de nuevas tumbas, como por ejemplo, las tumbas de Aplomata y de Kamini en Grotta, Naxos, y en algunas regiones se solían construir nuevas tumbas en necrópolis ya establecidas, sobre todo en Acaya y en partes del noroeste del Peloponeso, Focea y la Lócride, Kefaloniá y Rodas.

La necrópolis de Perati es, con diferencia, la que aporta el mayor y mejor corpus de datos sobre las pautas de uso pospalaciales (fig. 6.1; Iakovidis, 1969, 1980), y la evidencia es ilustrativa, si bien cabe recordar que más de una cuarta parte de las tumbas habían sido saqueadas. Las tumbas son más pequeñas y de peor calidad que anteriormente, y veintiséis son en realidad fosas, intercaladas entre las tumbas de cámara y con uno o máximo dos en-

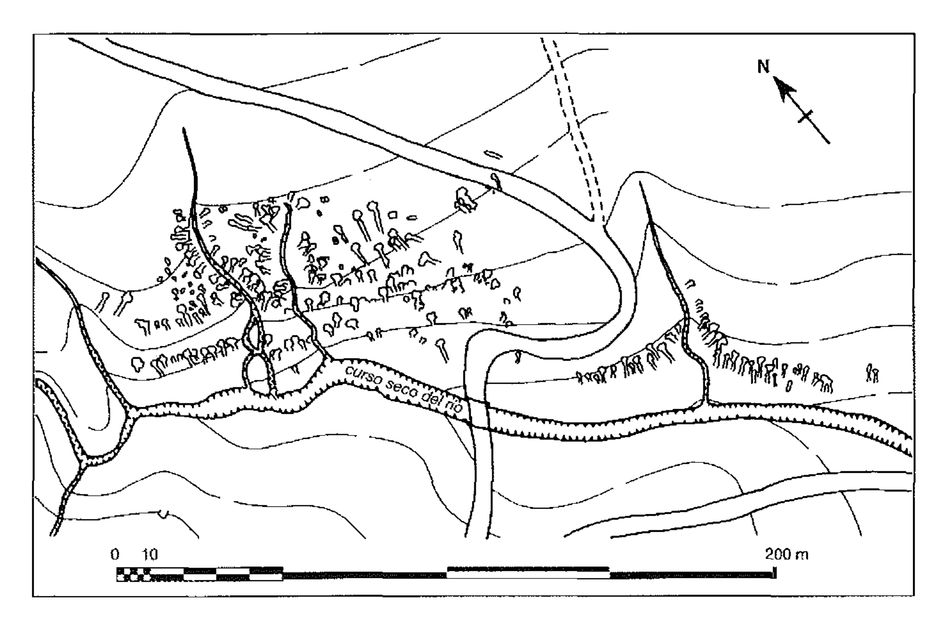


FIGURA 6.1. Plano de la necrópolis de Perati (según Cavanagh y Mee, 1998, fig. 7.7).

terramientos, entre ellos cuatro recién nacidos. Aunque relativamente muchas tumbas se utilizaron en más de una fase de la necrópolis, solían contener sólo dos o tres enterramientos, y sesenta y una tumbas contenían sólo uno. Así pues, la reutilización de tumbas se estaba convirtiendo al parecer en una práctica mucho más minoritaria y diluida, si bien cabe mencionar que, a diferencia de las incineraciones, las inhumaciones no han sido objeto de un análisis osteológico, un análisis importante que cuando se ha practicado en otras tumbas de cámara ha demostrado que puede haber muchos más enterramientos representados de los que se pueden identificar mediante el simple cómputo de cráneos (Mee y Cavanagh, 1984: 55). Con la decreciente práctica de la reutilización, sería lógico contemplar también una desvalorización de las prácticas rituales asociadas a esa reutilización, incluida la práctica del enterramiento secundario identificado por Voutsaki y otros (Voutsaki, 1995: 60, con referencias citadas allí, cf. 1993: 75-77 para un estudio más extenso del material de la Argólida, y Cavanagh y Mee, 1998: 76, 116). En diez tumbas de cámara había restos incinerados, a menudo representando más de un cuerpo, colocados de distintas formas, generalmente en un vaso y otras veces desperdigados en el suelo o metidos en una fosa (las T. 1 y 2 contenían tres, incluido el de un niño). Los ajuares funerarios más ricos suelen aparecer en las tumbas más grandes, pero esa asociación no es en absoluto

universal, ya que algunas tumbas relativamente grandes no estaban demasiado bien provistas. La ausencia total de una tumba de *tholos*, tan típica de los grandes yacimientos del Bronce reciente, es llamativa, y también un recordatorio de que, como decíamos en el capítulo 3, los *tholoi* ya habían dejado de utilizarse como tumba de élite.

En muchas otras necrópolis se observan pautas parecidas, entre otras la tendencia a construir tumbas de cámara más pequeñas, pero en algunas regiones parece que se tendía a utilizarlas para más enterramientos y durante un período más corto que antes. Estos enterramientos solían colocarse dentro de fosas y nichos. En el caso de las «cuevas-dormitorio» de Kefaloniá, que son grandes y con hileras de fosas en su interior, es evidente que las tumbas se habían construido para ser utilizadas de esta forma y seguramente para bastante más que una sola familia o un grupo de descendencia. Ello podría reflejar el desarrollo de nuevos grupos sociales que definían su identidad enterrándose juntos, en cuyo caso parece un rasgo localizado que se observa en tumbas más antiguas de Kefaloniá, donde hay muchas fosas con una disposición menos regular, y también en Derveni, en Acaya, pero no tiene paralelos fuera de estos yacimientos. En otras necrópolis, como Elateia, aparecen tumbas que contienen numerosas fosas, pero el número de personas enterradas en ellas parece corresponder a las pautas micénicas habituales, aunque en algunas tumbas monumentales reutilizadas se han documentado hasta treinta o cuarenta enterramientos (Cavanagh y Mee, 1998: 96 n. 53), y dos tumbas de Elateia contenían unos ciento sesenta cada una, aunque es posible que se enterraran en un espacio de tiempo muy largo (Dakoronia, 2003). Más que una economía del esfuerzo, estos casos podrían representar un nuevo patrón de uso, pero en una necrópolis nunca son universales, salvo quizás en Kefaloniá.

Uno de los rasgos más destacables de los usos funerarios pospalaciales es la aparición de la incineración. Como se decía en el capítulo 3, es un uso muy extendido, pero en general poco representado. No obstante, un túmulo de Argos recientemente documentado (Piteros, 2001) contenía nada menos que treinta y seis incineraciones en urna fechadas en el HR IIIC medio-reciente, y dieciocho inhumaciones. Cavanagh y Mee sugieren que la esporádica presencia pospalacial de la incineración podría reflejar el movimiento de individuos (1998: 97), pero no es fácil reconciliar esta hipótesis con el hecho de que, salvo en el túmulo funerario de Khaniá, situado a 2,5 kilómetros al suroeste de Micenas, que contiene ocho cremaciones en urna del HR IIIC medio, las incineraciones casi siempre aparecen acompañadas de un número mayor de inhumaciones en la misma tumba, no en tumbas separadas como sería de esperar si representaran una población inmigrante. Además, si bien la incineración parece haber sido muy popular en Anatolia, no fue el rito

principal ni el único de las comunidades del Egeo pospalacial, por lo tanto no hay razón para pensar que fuera el rito natural que los migrantes del Egeo llevaron consigo a otros yacimientos.

Además, la presencia general de incineraciones en las mismas tumbas que las inhumaciones difícilmente sugiere que la adopción del rito comportara un cambio básico de creencias, ya que los responsables de las incineraciones tuvieron que ser los usuarios vivos de esas tumbas, de modo que cualquier elemento ideológico implicado tendría que haber sido aceptable para ellos. Más bien cabe sospechar que, a semejanza del enterramiento con armas, las incineraciones reflejaban una voluntad de reafirmar el propio estatus, y este rito ofrecía mayores posibilidades de vistosidad y exhuberancia durante el funeral. Puede ser relevante que la mayoría de las incineraciones de Perati se hallaran en las tumbas más ricas y fueran varones adultos, y que algunos enterramientos con armas de otros lugares, sobre todo los más tardíos, fueran incineraciones. En cambio, las incineraciones de la Argólida en túmulos no tienen nada de espectacular por lo que se refiere a los ajuares funerarios. La adopción gradual de ésta y de otras novedades avala la idea de Cavanagh y Mee de que existiría un cierto grado de continuidad de la práctica desde el Tercer Período Palacial acompañada de una creciente crisis de las tradiciones anteriores y de la aparición de algunas nuevas, con frecuencia locales. Otros cambios en los usos funerarios de principios de la EHA revelan que se trató de un proceso continuo.

Dada la escasa evidencia de prácticas funerarias del período Pospalacial en Atenas, y su total ausencia en otros yacimientos donde se han identificado necrópolis supuestamente típicas del Submicénico, como Lefkandi, se tiene fácilmente la impresión de que los usos funerarios de las necrópolis submicénicas representan una innovación repentina y radical. Pero si se tiene en cuenta toda la evidencia de variación de prácticas funerarias del período Pospalacial, el cambio generalizado al enterramiento individual hacia el final del período podría verse simplemente como la culminación de la tendencia ya establecida a utilizar tumbas de cámara para muy pocos enterramientos. La gradualidad del cambio viene sugerida por el hecho de que en algunos yacimientos, como Argos, la última utilización de las tumbas de cámara, generalmente para sólo uno o dos enterramientos, parece solaparse con la aparición de necrópolis de cistas y de fosas (Dickinson, 1983: 66). Además, como se aprecia claramente en la distribución, muchas regiones importantes del Egeo, entre otras Laconia y Jonia, han producido poca o ninguna evidencia funeraria entre las épocas micénica y geométrica, mientras que otras regiones están representadas por uno o máximo dos yacimientos que abarcan sólo una parte de la EHA. Y en la Grecia continental central y en las islas egeas es también la ausencia de evidencia de otras formas de

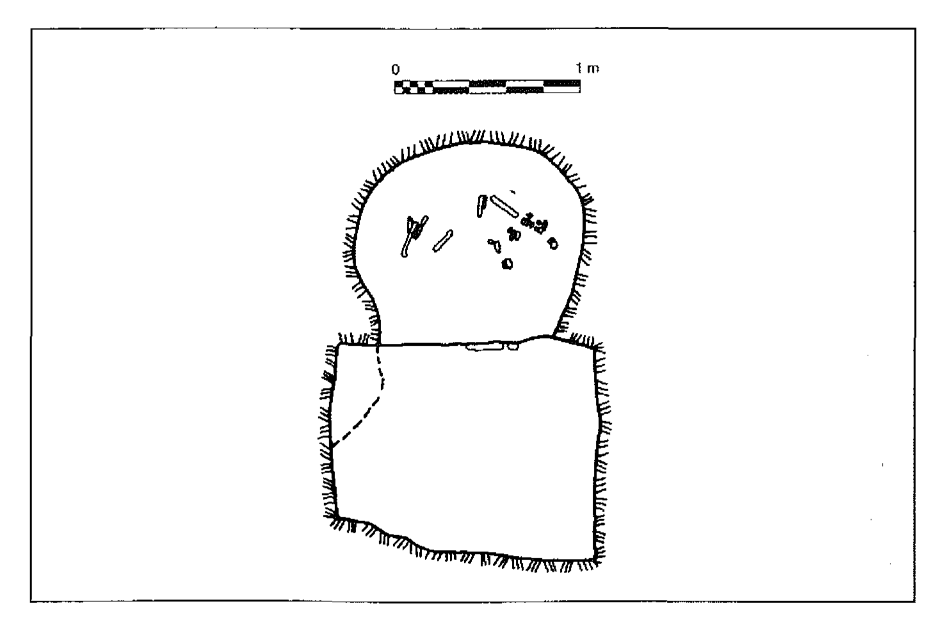


FIGURA 6.2. Planta de la tumba de cámara de Tipo B de Elateia (según Deger-Jalkotzy, con Dakoronia, 1990, lám. VII fig. 12).

tumba, y no la evidencia positiva la que lleva a pensar que la forma dominante en toda el área fue el enterramiento individual, normalmente en fosas o cistas. Estos enterramientos individuales se han hallado de hecho en yacimientos de Tesalia y Skiros hasta el Dodecaneso, pero son difíciles de identificar antes de la época G en la vertiente occidental del continente.

Aunque se han descubierto necrópolis de enterramientos individuales en muchos yacimientos dispersos, a finales del período Palacial aún no eran la norma en el Egeo. La tradición de las tumbas de cámara, en sus formas locales, habría persistido todavía algún tiempo en Epidauro Limera, Laconia, Palaiokastro, en Arcadia, donde aparecen cerámicas de apariencia submicénica, y en varios yacimientos de Acaya y Kefaloniá, cuyas necrópolis siguieron en uso durante más tiempo, aunque resulta difícil precisar hasta cuándo. Lo que más llama la atención es la continuidad de esta tradición durante toda la EHA tanto en la Creta central como en la región de Focea-Lócride, aunque aquí, en el yacimiento de Elateia y en otros las tumbas de cámara de nueva construcción eran pequeñas y de poca calidad, y tendían a contener muy pocos enterramientos. Parecen más bien grandes fosas (fig. 6.2), pero podrían haber tenido una entrada de tipo dromos (no en Delfos: Desborough, 1972: 203).

También perduraron otras formas de enterramiento múltiple. En las regiones periféricas de Mesenia y Tesalia (sobre Tesalia véase Georganas, 2000) se popularizaron las pequeñas tumbas de piedra tipo *tholos* que podían albergar varios enterramientos, y aunque ninguna es de fecha temprana, es muy probable que deriven de los *tholoi* del Bronce reciente. También la tumba rectangular abovedada del Bronce reciente siguió presente en algunas zonas de Creta, especialmente en el este, y también se encuentra en Asarlik y Dirmil, en Caria (Lemos, 2002: 182-183). En Thasos la tradición del enterramiento múltiple en grandes cistas se prolongó durante toda la EHA, aunque con muchos rasgos propios, no se sabe si por influencias del sur del Egeo. Los túmulos de Vergina también se pueden considerar una forma de enterramiento múltiple de tradición local, que también se identifica en otros yacimientos macedonios (Snodgrass, 1971: 160-163; Lemos, 2002: 183), pese a que las tumbas de su interior suelen contener un solo enterramiento; en el resto de Macedonia hay necrópolis de cistas.

La perduración del enterramiento múltiple en algunas zonas del Egeo y los indicios de un abandono gradual de estas formas antiguas, cuestionan la tesis de Snodgrass de que la práctica del enterramiento individual en fosas y cistas era un rasgo fundamental de una subyacente continuidad «griega» desde el HM hasta la EHA (véase p. 235). Pero existen algunas diferencias notables. Concretamente, los enterramientos del HM, tanto adultos como infantiles, suelen tener lugar intramuros hasta una fase tardía, mientras que en la EHA predominan las necrópolis extramuros, grandes y pequeñas. Los ajuares funerarios son también mucho más comunes en tumbas de la EHA que en el HM. De hecho, la preferencia por el enterramiento individual podría formar parte de un abandono más generalizado de las formas tradicionales en todo el Mediterráneo oriental. En Chipre, que en el período Pospalacial mantenía frecuentes contactos con el Egeo, se observa una tendencia parecida hacia el enterramiento individual en pozos, aunque siguieron en uso algunas tumbas de cámara en su versión local tradicional, y cuando en el siglo XI se adoptan las tumbas de cámara de tipo egeo, no suelen utilizarse más de una vez (Niklasson-Sönnerby, 1987; Vandenabeele, 1987).

La importancia y el significado de este paso al enterramiento individual siguen siendo objeto de debate. Lo más probable es que reflejara un importante cambio social, como se cree que ocurrió con el cambio a las tumbas de enterramientos múltiples en la antigua Grecia micénica. Pero en la Grecia continental el enterramiento individual había perdurado durante todo el Bronce reciente como forma aceptable de enterrar a los muertos, y en la EHA todavía era típico el uso repetido de tumbas en algunas regiones, como ya se ha mencionado. Además, las tumbas normalmente utilizadas para enterramientos individuales podían reutilizarse en ocasiones una o dos veces, y

coexistir en la misma región con tumbas de varios enterramientos; es posible que algunas fueran tumbas muy antiguas recuperadas para la función. El hecho de que muchas necrópolis se hallen en nuevos yacimientos se ha considerado un indicio de que corresponden a gentes recién llegadas, como afirmaba Desborough (véase el debate en Lemos, 2002: 184-186). Pero también es posible que los nuevos yacimientos se eligieran porque el enterramiento en cistas y fosas no precisaba de un espacio muy alejado de las zonas habitadas, y el hecho de ubicarse en una tierra que formaba parte de los asentamientos micénicos habría permitido aprovechar un suelo poco propicio y difícil de preparar para fines agrícolas. Estos desarrollos podrían también reflejar un cambio social y quizás el establecimiento de una nueva jerarquía en los asentamientos implicados, un escenario plausible para que se establecieran nuevas necrópolis que ya no fuesen de enterramientos individuales, como la Necrópolis Norte de Knossos.

La Edad del Hierro Antiguo

Del mismo modo que las necrópolis de enterramientos individuales de finales del período Pospalacial representan la culminación de las tendencias desarrolladas durante ese período, las necrópolis de principios de la EHA también parecen representar más una continuidad que un gran cambio de dirección. Se siguen utilizando necrópolis previamente establecidas, y no siempre es fácil situar determinadas tumbas individuales a uno u otro lado de la difusa línea divisoria entre el Submic. y el PG (véase el capítulo 1, p. 33). Un factor importante es la adopción en algunas comunidades de la incineración como rito predominante, un tema que analizaremos más adelante (en las pp. 222-226). Pero ésta es sólo una faceta de la gran variabilidad de tipos de enterramiento observada en determinados yacimientos, en apariencia mucho más acusada que en la época micénica. Las variaciones afectan a la forma de las tumbas, a la elección de la inhumación o de la incineración, al modo de enterrar los restos incinerados, y a la colocación del cuerpo inhumado.

La necrópolis submicénica de Pompeion, en el área del Kerameikós, es un ejemplo típico, ya que incluye muchos de los principales tipos. Las cistas construidas con lajas de piedra, siendo la forma más corriente, se mezclan con las fosas, cubiertas con lajas o rellenadas con piedras o con tierra. Hay también unas pocas incineraciones, casi todas sin urna, y un enterramiento en un sarcófago de madera de finales del período. Algunas tumbas parecen alineadas, aunque su orientación es sorprendentemente variada (para un plano reciente véase Mountjoy, 1988: fig. 21). Esta variabilidad se prolonga

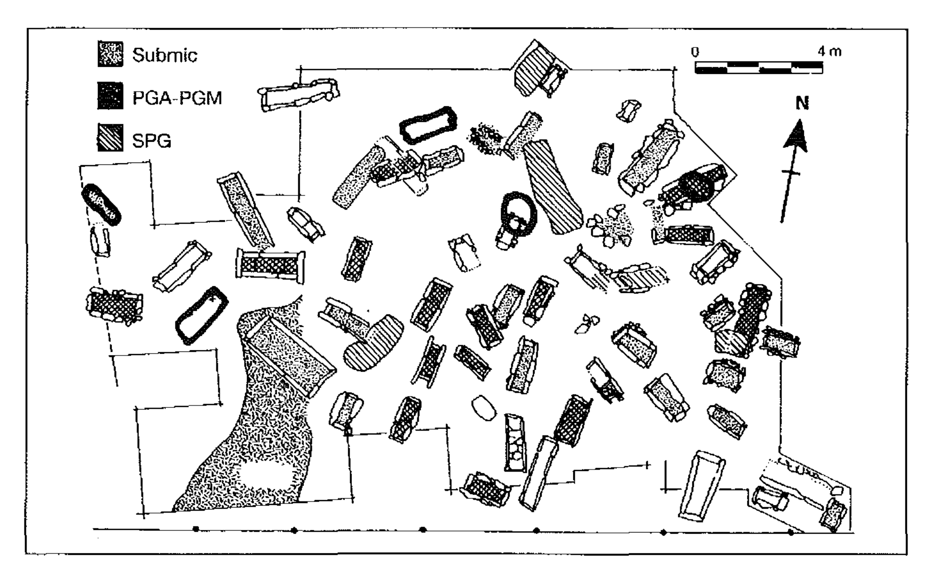


FIGURA 6.3. Planta de la necrópolis de Lefkandi: Skoubris (según *Lefkandi I*, lám. 75).

en Atenas durante el PG, y se populariza la incineración sin urna. Otros yacimientos parecen contener mayor uniformidad: por ejemplo, en las necrópolis más antiguas de Lefkandi, Khaliotis y Skoubris (fig. 6.3), dominan las cistas, así como en Argos y Asine, y en Knossos los hipogeos excavados en la roca son casi universales, aunque entre las tumbas SM más antiguas aparecen otros tipos de tumba tallada en la roca, la tumba de pozo y la fosa con nicho. Pero en general cuanto más evidencia funeraria preserva un yacimiento, más variaciones se pueden identificar.

En cuanto a los ajuares funerarios, en la EHA siguen en vigor pautas de deposición muy similares a las del período Pospalacial, tanto en las necrópolis de enterramiento individual como en las de enterramiento múltiple, para inhumaciones y para incineraciones. Si los enterramientos iban acompañados de algún ajuar (muchos carecían de él), se trataba en general de uno o más vasos, pero casi nunca más de cuatro. Un enterramiento con más de cuatro se considera «rico» en otros aspectos, como la presencia de varios prendedores y anillos metálicos, que a veces también constituyen el único ajuar, sin cerámica. Este tipo de joyas de metal suele encontrarse sobre todo en tumbas femeninas e infantiles, pero raras veces en las identificadas como masculinas. A veces los varones, cuyo ajuar principal son las armas y a veces ítems de la armadura, llevan anillos, e incluso alguna fíbula que seguramente sujetaba un manto, pero muy pocos varones merecían este tratamiento; la mayoría se acompañaban exclusivamente de cerámica. Los ítems de

oro, plata y vidrio y de otros materiales preciosos son en general muy excepcionales, lo mismo que las importaciones exóticas como las cuentas y los sellos de Próximo Oriente.

La considerable variabilidad de los ajuares ha llevado a Morris a hablar de una «virtual anarquía simbólica» en la fase submicénica y de «la impresión general de que los estilos de vida micénicos se estaban abandonando... aunque todavía no se había consolidado una visión alternativa del orden social» (1997: 541). De los enterramientos submicénicos Whitley dice también que «las personas no se definían como tipos. [...] No existía un mecanismo de selección, ni para definir formas simbólicas ni para determinar quién merecía un enterramiento visible y quién no» (Whitley, 1991a: 181).

Pero esto equivale a establecer como normas esperadas las distinciones identificadas en la práctica PG-G ateniense. De hecho, la impresión que se obtiene de los hallazgos no difiere sustancialmente de la que presentan las necrópolis del Bronce reciente e incluso anteriores. En ellas también aparecen agrupadas tumbas de diferente tamaño y de distinta calidad, e incluso de tipos diferentes, y también hay grandes variaciones en el repertorio, la cantidad y la calidad de los ajuares depositados junto a las personas difuntas. La diferencia más clara entre el micénico y el submicénico es que los enterramientos que antes se habrían agrupado dentro de una sola tumba ahora parecen enterrarse en tumbas separadas aunque muy próximas, formando mininecrópolis que en muchos casos podían fundirse progresivamente hasta formar extensos cementerios. La principal diferencia respecto a las pautas micénicas estándar es que las estatuillas, los collares y los sellos de piedra prácticamente desaparecen del ajuar funerario de todas partes, y se rarifican los ítems de esteatita identificados como contrapesos, y cuando aparecen podría tratarse perfectamente de ítems amortizados de tumbas más antiguas.

El paso al enterramiento individual a finales del período Pospalacial coincidió parcialmente con otro cambio que afectó a muchas menos comunidades, la adopción de la incineración como forma preferida de enterramiento. De acuerdo con la evidencia actualmente disponible, ese cambio fue especialmente acusado en Atenas, Lefkandi, Medeon, Torone y Knossos y en otros enclaves de la Creta central. Y se han descubierto algunas incineraciones anteriores a *ca.* 900 en el resto de Ática, en el túmulo de Vranesi de Beocia, en Argos, Elateia, Halos en Tesalia, Grotta en Naxos, y Asarlik y Dirmil en Caria, y abundantemente en el este y oeste de Creta (véase Desborough, 1972: 234-235); hay muy pocas en Vergina y en Thasos. Pero en la mayoría de estos yacimientos la inhumación es tanto o más corriente, de modo que estos casos parecen indicar que la práctica de la incineración era, desde el período Pospalacial, fundamentalmente una opción ocasional, aunque no

siempre aparecen incineraciones de la EHA en las regiones con antecedentes pospalaciales (por ej., Acaya y la Élide).

Pero en los yacimientos donde la incineración era claramente popular el panorama tampoco está claro. En Atenas la incineración sólo se normalizaría durante el período PG: hasta en el Kerameikós han aparecido varias inhumaciones del PGA, y en el Ágora una inhumación adulta se ha fechado en una fase tan tardía como el PGM, mientras que fuera de Atenas el enterramiento PG con armas de Maratón es una inhumación (*AR* 34 [1987-1988] 13). En Knossos las inhumaciones continuaron durante toda la fase SM y probablemente hasta el PG local, es decir, hasta muy entrado el siglo X (*NorthCem*: 651-652), y en Lefkandi cada vez es más evidente que lo que hasta hace poco se consideraban restos de incineraciones en muchas tumbas son en realidad los restos totalmente desintegrados de inhumaciones (Lemos, 1998: 53), sobre todo en aquellos casos en los que los ornamentos del vestido aparecían dispuestos como si hubieran estado sobre el cuerpo. En Torone las inhumaciones constituyen más del 10 % de los enterramientos descubiertos, y parece que abarcan todo el período de uso de la necrópolis. Únicamente en Koukos, cerca de Torone aunque posiblemente más tardío, y muy «nativo» por cuanto no muestra evidencia de una tradición cerámica griega local, la incineración parece ser el único rito, aunque con diversas formas: cenizas depositadas en una fosa, en un recipiente dentro de una cista de piedra, o en un *pithos* o vaso más pequeño (Lemos, 2002: 184).

Es frecuente encontrar distintas formas de incineración en un mismo yacimiento. En Atenas las más frecuentes son las incineraciones sin urna, como las descubiertas en los túmulos pospalaciales de Argos y Khaniá. Colocaban el vaso de las cenizas, normamente un ánfora, en un nicho al fondo de una fosa, y lo cubrían con una vasija de boca ancha (fig. 6.4); a veces parte de la pira funeraria se echaba dentro de la fosa, y el ajuar se colocaba en el interior o fuera del ánfora. Pero a veces las urnas se depositaban en un agujero fuera de la fosa, y algunas incineraciones se dejaban tal cual dentro de la fosa, directamente desde la pira o incineradas in situ (Whitley, 1991a: 102). En otros yacimientos, como Vranezi, Grotta y Vrokastro, se han identificado incineraciones con los restos dejados sobre la pira o depositados aleatoriamente en fosas o cistas, y en Medeon aparece una variante de este rito: se levantaba la pira encima de una fosa para que cayera dentro y los restos se tapaban luego con tierra. En Halos, a finales del PG y hasta la época arcaica se empezó a utilizar una necrópolis de túmulos única que contenía diversas cantidades de piras de incineración cubiertas con *cairns* de piedras (Georganas, 2002). Pero las incineraciones sin urna parecen ser la norma en Torone, muy corrientes en Creta y cada vez más frecuentes en el Egeo a medida que avanza la fase PG. El descubrimiento de muchas piras en todas las necrópo-

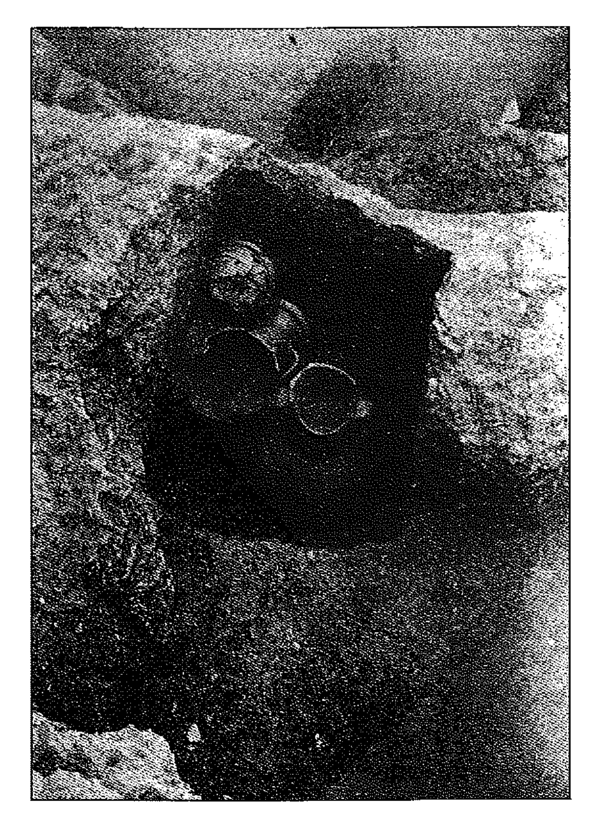


FIGURA 6.4. Fosa con nicho de incineración PG de la necrópolis del Kerameikós de Atenas. Cortesía del Instituto Alemán de Arqueología, Atenas.

lis de Lefkandi garantiza la popularidad de la incineración, pero mientras algunas parecen corresponder a la supuesta práctica estándar consistente en depositar en una cista o pozo una parte simbólica de la incineración junto al ajuar funerario no incinerado, otras se habrían abandonado en la pira, y unas pocas carecían de urna. Lefkandi ha deparado la incineración más elaborada de la EHA, el entierro en el heroon de una antigua ánfora de bronce con las cenizas de un varón asociada al sacrificio de caballos, y junto a ella una inhumación femenina ricamente ataviada (fig. 6.5), como si se quisiera resaltar la potencial variabilidad de la práctica.

Explicar el cambio a la incineración es igual de difícil que explicar el cambio al enterramiento individual. El hecho de que no se adoptara plenamente ni siquiera allí donde parece ser más popular no sugiere precisamente que hubiera un cambio general de creencias sobre los muertos y sobre la vida del más allá. Además, sus apariciones no denotan ninguna pauta, un

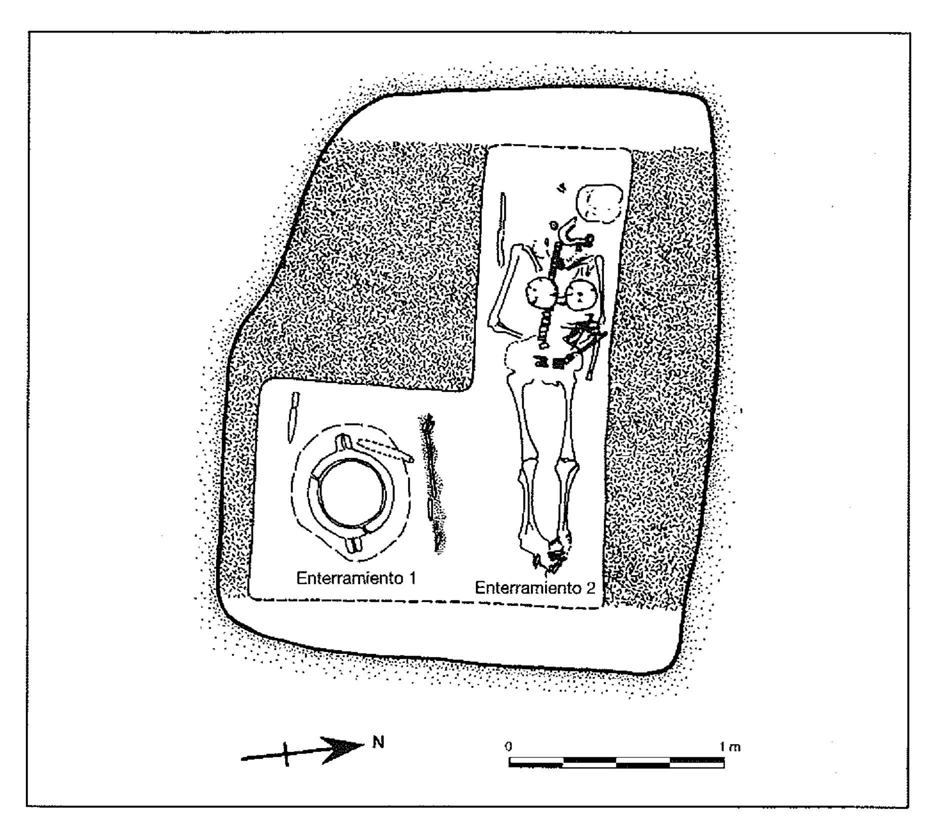


FIGURA 6.5. Planta de enterramientos del heroon de Lefkandi (según *Lefkandi II*, 2, lám. 13).

rasgo que su presencia como rito minoritario entre las comunidades inhumadoras del período Pospalacial ya presagiaba. Sí aparece en cambio en yacimientos con conexiones ininterrumpidas con ultramar, y cabe destacar que se estaba popularizando en Siria-Palestina en la misma época que se implantaba en algunas comunidades del Egeo (Aubet, 2001: 65). Aunque sería lógico pensar que su adopción reflejaba el deseo de un rito funerario más prestigioso, no fue un factor universal. En Lefkandi, como decíamos, el rico enterramiento femenino del heroon es una inhumación, lo mismo que varios ricos enterramientos posteriores. Y aun cuando los enterramientos del Kerameikós de Atenas contienen sin duda miembros dirigentes de la comunidad, no son visiblemente más ricos ni más elaborados que las inhumaciones de la zona del Ágora, que incluyen algunos niños muy bien dotados. Muchas incineraciones posteriores del Kerameikós se distinguen por la presencia en el relleno de huesos animales, posiblemente los restos de algún sa-

crificio y banquete ritual durante el funeral, un rasgo que también se encuentra en varios enterramientos de la necrópolis de la calle Erechtheiou y en uno o dos del Ágora. Resumiendo, la incineración podría tener asociaciones de alto estatus en los yacimientos que la adoptaron, pero no parece que fuera un requisito necesario para todos los enterramientos de alto estatus.

Si un estrecho vínculo entre determinados tipos de tumba o de rito funerario y un estatus social alto o bajo parece improbable, aún lo es más un nexo entre los distintos tipos y diferentes grupos «étnicos» (cf. Hall, 1997: cap. 4). Es posible que a escala local se utilizaran determinadas variaciones para resaltar la individualidad de un grupo o de una comunidad y sus vínculos, si los había, con sus vecinos, pero la mezcla de diferentes tipos en la misma necrópolis, sin ningún patrón de distribución aparente, parece invalidar esta hipótesis en muchos casos, ya que lo lógico sería que los grupos deseosos de destacar su individualidad o su estatus lo hicieran a través de la ubicación y del tipo de sus tumbas, y a través de las peculiaridades del enterramiento. Los indicios más plausibles de un comportamiento de este tipo corresponderían a un estadio mucho más tardío (véase Hall, 1997: 137 sobre la Argólida del siglo VIII; pero Georganas, 2000 lo propone para explicar los rasgos singulares de la necrópolis de Halos).

El rasgo que resalta tras considerar todos los enterramientos más antiguos de la EHA, aparte de la variabilidad de tipos, es su relativa simplicidad y la ausencia de ostentación. La tumba como tal apenas muestra indicios de elaboración, excepto allí donde la tradición de las tumbas de cámara y de las tumbas de piedra había sobrevivido, y pocas tumbas contenían algo más que una pequeña cantidad de vasos, como un conjunto básico de prendedores si eran femeninas, y a veces un arma si eran masculinas. Las urnas de incineración se decoraban con esmero, aunque sin mucha elaboración. Pocas sepulturas masculinas contienen algo más que cerámica, y las más ricas en repertorio y cantidad de bienes son femeninas. Cuando las sepulturas infantiles contienen algo más que cerámica, también suelen ser femeninas, a juzgar por la presencia de prendedores. En el Kerameikós las incineraciones femeninas también superan en número a las masculinas en todas las fases PG, pese a que en todas ellas se observa un importante grupo de adultos cuyo sexo no se ha podido establecer. Una alta proporción de enterramientos femeninos han deparado evidencia de sacrificios animales, y los primeros enterramientos que se singularizan con hitos funerarios cerámicos, a finales del PG, son femeninos. Como seguramente en aquellas sociedades dominaban los varones, podría decirse que los dirigentes proclamaban su estatus y el de sus familias básicamente a través del enterramiento de sus mujeres e hijos, y que sólo a veces reclamaban para sí la distinción de un enterramiento con armas. Porque los cuerpos masculinos enterrados con armas que se

han identificado parecen demasiado jóvenes para ser cabezas de familia –por ejemplo, el joven enterrado en la doble incineración de la T. A del Kerameikós– y, como en el caso de muchos enterramientos arcaicos de Atenas marcados con estatuas o relieves, podrían representar enterramientos realizados por su(s) padre(s).

Esta concentración de riqueza tangible en los enterramientos de mujeres adultas y de niños presenta interesantes semejanzas con el patrón que se detecta mucho antes en tumbas del HM, que en su mayoría también eran enterramientos individuales, si bien la incidencia de los ajuares funerarios es mayor que en el HM. Una vez más es preferible no interpretarlo como una reemergencia de rasgos «heládicos», tal como sostenía Snodgrass ([1971], 2000: XXVI, 186, 385), sino como evidencia de la existencia de pautas sociales similares a las del período HM, basadas seguramente en una jerarquía social poco definida. En sus analisis del material ateniense, Morris y Whitley ven evidencia de una ideología igualitaria dentro del grupo enterrador, sin embargo Whitley llama la atención sobre algunos indicios de «tensiones y contradicciones» en el seno de la comunidad, en forma de «preferencias estilísticas o de diferencias en la cantidad de artefactos depositados» (1991a: 115-116). Parece un escenario bastante plausible a tenor del notable abanico de variaciones menores en el ajuar funerario que se observa en muchos yacimientos, que podrían reflejar diferencias de matiz que nosotros ya no podemos captar. Y aunque la base de la jerarquización fuera mucho más fluida que en el período Pospalacial y que en fases anteriores, no hay por qué dudar de que fuera todavía, de alguna forma, un rasgo fundamental de las sociedades de la EHA. De todas formas, es preciso recordar que las personas identificadas en los enterramientos PG del Kerameikós, sobre todo por Morris y Whitley, no parecen tener analogías en otras necrópolis: si se trata de un rasgo genuinamente ateniense (Papadopoulos, 1993 ha criticado la extrema dependencia de estos autores de la evidencia del Kerameikós), demostraría que Atenas era un caso inusual, no típico.

La única excepción clara a la regla general de una ostentación moderada en la tumba es el heroon de Lefkandi (Lemos, 2002: 166-168 se centra en los enterramientos). Decíamos en el capítulo 4 (pp. 137-138) que, según Mazarakis Ainian (1997: 48-57), el heroon había sido originalmente la casa de un dirigente, más tarde utilizada para enterrar simultáneamente al dirigente y a su esposa. Pero esta interpretación presenta dificultades, entre otras el hecho de que esté situado cerca de un área funeraria. Sería preferible verlo como la réplica de una vivienda. Pero esta interpretación también lo diferencia de los lugares funerarios de los héroes descritos en la *Ilíada*, lo mismo que el enterramiento femenino asociado, pero aparte de estas diferencias los paralelos homéricos son claros, como se ha destacado muchas veces, y Morris

lo interpreta como un deseo del varón de vindicar el estatus de los antiguos héroes míticos de la tradición (1997: 544). Quizás esta hipótesis subvalora la importancia del enterramiento femenino que, fiel al patrón general de la EHA, contiene un ajuar funerario más rico que el de su esposo putativo: pese a que su contenedor es una magnífica ánfora chipriota antigua de bronce, el enterramiento masculino sólo contenía armas y una navaja de afeitar de hierro, una piedra de amolar y la túnica y las cintas de tela halladas en el ánfora, mientras que la mujer tenía un rico collar de oro, arracadas doradas y grandes ornatos de oro unidos a la parte superior del vestido, así como las agujas metálicas y el puñal con empuñadura de marfil colocados alrededor del cuerpo. Otros elementos excepcionales asociados al enterramiento, como el sacrificio de cuatro caballos, la gran crátera colocada junto a la tumba (que, si la estructura se rellenó después, más que un hito funerario o vaso para libaciones se habría utilizado ceremonialmente en los funerales) y el túmulo erigido encima de la estructura, tienen paralelos –los dos primeros aparecen en tumbas más tardías de la necrópolis de Toumba– pero la combinación es única, y quizás siempre lo fue. A partir de analogías posteriores es de suponer que las ceremonias asociadas también fueron elaboradas, con duelo masivo e incluso juegos funerarios.

No obstante, cuesta creer que este fuera el único caso en el que se rindieran honores tan excepcionales a un difunto en la EHA. Se ha comparado con enterramientos ricamente dotados, varios de ellos incineraciones, de Knossos y Chipre (Catling, 1995; cf. Matthäus, 1998: 140-141 y Crielaard, 1998: 188-191). Es prácticamente imposible que las descripciones homéricas se basaran en un único caso real, de modo que quizá sea más plausible, si reflejan una práctica real, que se refieran a Jonia y no a la Grecia continental (aunque se ha sugerido que «Homero» era eubeo; Morris y Powell, 1997: 31). Y aunque los *tholoi* PG de la Tesalia parecen destinados a enterramientos de élite (Georganas, 2000), se trata de tumbas familiares utilizadas para muchos enterramientos, y los grandes túmulos funerarios suelen ser más tardíos. Sin embargo, hay varios ejemplos de posible culto a los muertos en alguna forma de culto a los ancestros, cuyos exponentes más antiguos son los recintos que rodean las tumbas PGR de Grotta, Naxos (Lambrinoudakis, 1988: Mazarakis Ainian, 1997: 188-189, que menciona otros ejemplos de posible culto a los muertos, véase 352). La forma o el contenido de las tumbas de Grotta no tienen nada de particular, pero es evidente que allí se organizaron ceremonias durante bastante tiempo. Quizá habría que ver el heroon de Lefkandi en parte como el más espléndido ejemplo superviviente de este tipo de culto, aunque si el propio edificio no se utilizó como santuario, como sostiene Mazarakis Ainian, sólo existiría evidencia indirecta de este culto en un extremo del túmulo. Los recintos de Grotta son sin duda un recordatorio

de que no hubo una única cultura común de usos funerarios en el Egeo durante la EHA.

La necrópolis de Toumba, que se desarrolló en el extremo oriental del túmulo del heroon, ha proporcionado otros interesantes ejemplos de prácticas excepcionales en Lefkandi. Aunque el emplazamiento de la necrópolis sugiere una relación con la pareja del heroon, la orientación de las tumbas y otros elementos presentan una gran variación (fig. 6.6), y muchas estaban superpuestas. Algunas contienen inhumaciones, pese a que en muchos casos los huesos se habían descompuesto; otras incineraciones, y unas pocas, incluso las más ricas, presentaban indicios claros o posibles de reutilización (véase Popham *et al.*, 1982b: 230 sobre la T. 39). Hay una proporción inusitadamente alta de enterramientos con armas, tanto incineraciones en urna con la espada atada al cuello del ánfora, que es el caso de Atenas, como inhumaciones en pozos. Datan en general del PGR, y algunos, principalmente del siglo IX, parecen incineraciones dejadas sobre la pira (*Lefkandi III, 2*: tabla 1: piras 8, 13, 31). Sólo la T. 79B se sale de lo corriente: consiste en una incineración dentro de un caldero de bronce que se había colocado en un nicho abierto en el fondo de un pozo (en Popham y Lemos, 1995 no se la distingue de la T. 79A, a la que asocian la cerámica y otros hallazgos, pero es evidente en *Lefkandi III, 1*, tabla 1 y los epígrafes de las láms. 76-79). Algunas tumbas son comparables, en términos de ajuar funerario, a las halladas en otras partes, como Palaia Perivolia, la otra gran necrópolis de Lefkandi fechada en los siglos X y IX, pero algunas, que datan incluso de finales del siglo X, son más ricas que ningún otro enterramiento de esa fecha conservado en Grecia, tanto por lo que se refiere a la profusión y elaboración de los ornamentos de oro y demás ítems como a la presencia de vasos preciosos y otras importaciones, originarias principalmente de Próximo Oriente.

Ni el más tardío y más elaborado de los enterramientos PG ateniense se puede comparar con ellas pero, al igual que el heroon, sería imprudente considerarlas únicas. De hecho, existe en Knossos un grupo de tumbas con cerámica PGR ática, especialmente vasos para beber, así como vasijas de bronce utilizadas a veces para contener cenizas, y muchas armas e ítems de hierro. Las urnas lisas suelen utilizarse para las incineraciones, que se distinguen por haber sido colocadas en lajas de piedra dispuestas en el suelo de la tumba. También hay algunos, muy pocos, prendedores elaborados, joyas y otros pequeños ítems de materiales preciosos. Whitley cree que este énfasis en el enterramiento con armas es una característica de la sociedad de Knossos durante toda la EHA y uno de los pocos rasgos habituales, dado el eclecticismo general de los conjuntos funerarios (1991a: 187-189). Snodgrass divide las tumbas en una serie de grupos según los ítems de hierro presentes (*North-Cem*: 575-577), pero destaca los problemas derivados del daño y más que

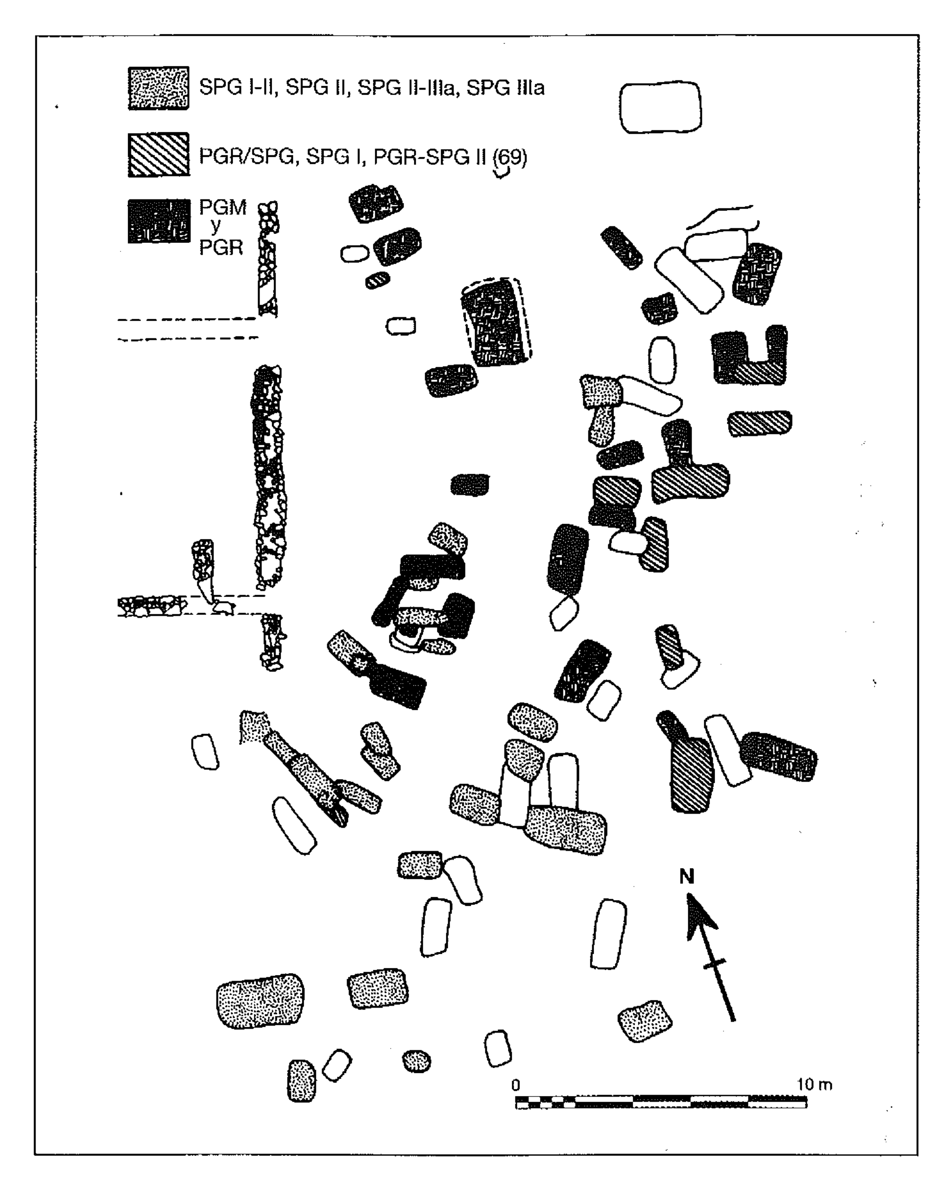


FIGURA 6.6. Planta de la necrópolis de Lefkandi: Toumba (según lámina en color de *Lefkandi III*).

probable expolio de los conjuntos más antiguos de las tumbas reutilizadas, afectando a la supervivencia de los vasos de bronce (*NorthCem*: 559) y seguramente también al ajuar funerario de las tumbas femeninas. Higgins señala la exigüidad de joyas de buena calidad en los siglos IX y VIII (*NorthCem*: 540-541), así como la escasez de fíbulas corrientes, y las agujas más elaboradas corresponden a la época orientalizante. De modo que podría haber una diferencia en la estructura social: cabe destacar que en Argos se observa un énfasis similar en el enterramiento con armas y una relativa ausencia de ricos enterramientos femeninos, especialmente acusada en el siglo VIII, aunque en las sepulturas femeninas aparecen algunas agujas muy elaboradas.

En los siglos IX y VIII, sobre todo en este último, la cantidad de material aumenta de forma considerable, y existe evidencia de ello en un área mucho mayor de Grecia. De acuerdo con la perspectiva adoptada en este libro, no hay razón para suponer que este aumento reflejara un crecimiento de la población de iguales proporciones, aunque seguramente también creció (véase el capítulo 4, p. 128). Lo más probable es que representara una mayor prosperidad capaz de animar a un segmento mayor de la población a seguir el rito funerario más visible. En general, cuando el tipo de tumba y el rito funerario cambian lo hacen en pequeños detalles, pero se observa una gran y desconcertante variación local, puesto que centros vecinos siguen diferentes usos. Y como en ejemplos anteriores, a más evidencia, menos uniformidad visible (cf. las distintas evidencias de Nichoria, *Nichoria III*: 266-270). El área donde se ha detectado incineración se amplía ligeramente para incluir varias islas Cícladas, Rodas y yacimientos periféricos como Colophon y Halos. Cada vez hay más incineraciones en piras, y lo mismo se aprecia en algunas de las tumbas más antiguas de Eretria al este de Lefkandi (Coldstream, 1977: 88). No obstante, la incineración sigue siendo en general dominante, e incluso empieza a reaparecer en Ática y en Medeon. Se hallan los mismos tipos de tumba, aunque dominan las formas de cista y de fosa. Los *pithoi*, sobre los que anteriormente había alguna evidencia asociada a inhumaciones infantiles, parecen destinarse cada vez más a enterramientos de adultos en yacimientos argivos y de otras partes del Peloponeso, y también en Seraglio, en Cos. También son cada vez más frecuentes los túmulos funerarios con inhumaciones o incineraciones en su interior, pero parece haber un claro patrón de distribución. La importancia de estas variaciones es aún incierta, ya que muchas veces aparecen mezcladas en los mismos grupos de tumbas, y por lo tanto no se pueden relacionar razonablemente con divisiones sociales o «étnicas». Cabe mencionar que en el siglo VIII, a diferencia de la aparente situación en Argos, en varias zonas del Peloponeso, incluida Esparta, los *pithoi* aparecen en enterramientos provistos de ricos ajuares, algunos con armas (Raftopoulou, 1998). En Argos tampoco es posible trazar una distin-

ción clara entre los usuarios de cistas, pozos y *pithoi* (Hall, 1997: 122-128).

Los ajuares funerarios, como las tumbas, tampoco cambian demasiado. Se percibe una mayor inclinación a prodigar el bronce y el hierro, pero los ítems de metal precioso y las importaciones exóticas son todavía muy excepcionales fuera de las necrópolis de Eubea, Ática y Knossos (ahora se documentan pequeños objetos de oro en Amyklai; *AD* 51 [1996] B 129-131). La necrópolis de Koukos es también muy rica en ajuares funerarios, como armas de hierro, fíbulas de bronce, algunos ornamentos de oro y cuentas de vidrio. En varias regiones parece adquirir mayor importancia el enterramiento con armas y otros pertrechos guerreros, como corazas, arreos y espetones de hierro. Se evidencia sobre todo en Argos y en Knossos, pero estos enterramientos también aparecen en otras partes a finales del siglo VIII y más adelante, sobre todo en la necrópolis de la West Gate, o Puerta Occidental, de Eretria (Coldstream, 1977: 196-197). Podría representar un importante elemento del ethos dominante, y su creciente escasez en Atenas durante el siglo VIII se compensa con la importancia de las escenas de batalla y de procesiones de guerreros que aparecen representadas en los vasos atenienses utilizados como hitos y ajuares funerarios.

Estos y otros indicios, como la costumbre en Atenas de colocar diademas de oro a los difuntos, tanto masculinos como femeninos, permiten prefigurar la imagen de una mayor tendencia a la ostentación por parte de los grupos locales de alto estatus, que parecen reclamar una creciente atención a través de sus usos funerarios y que utilizan para competir entre sí. Esta actitud puede adoptar diversas formas aparte de la provisión de cuantiosos y/o valiosos ajuares funerarios: la utilización de tipos de tumba que precisan y denotan mucha mano de obra, como los túmulos y las tumbas de piedra, elaborados ritos de duelo y procesión, como los representados en los hitos funerarios atenienses (véase la fig. 5.16), la colocación de hitos funerarios, y los tipos cerámicos sumamente elaborados, sobre todo las urnas de incineración y, en Atenas, los hitos funerarios. El uso de vasos cada vez mayores como hitos funerarios es un desarrollo propiamente ateniense que se prolongó desde el inicio del siglo IX hasta el siglo VII, y no tiene paralelos fuera del territorio de Atenas, salvo quizá la gran crátera hallada en el pozo de la T. 79A de Toumba, en Lefkandi (que pudo utilizarse en la ceremonia de los funerales, como la del heroon).

En la Argólida, la reutilización de tumbas para segundos y hasta terceros entierros es sin duda otra forma de llamar la atención del grupo enterrador, y lo mismo se podría decir seguramente del número cada vez mayor de entierros infantiles identificables, una forma ostentosa accesible a otros sectores además del estrato social más rico. Pero en el siglo VIII se crearon otros espacios para la competición, sobre todo en el ámbito de las ofrendas reli-

giosas, y la disminución radical de la evidencia de enterramientos en el siglo VII podría reflejar una desviación de recursos a este ámbito. El argumento más sólido contra la interpretación de Morris de este fenómeno en Atenas en términos político-sociales locales es que no es universal, aunque sí muy extendido: por ejemplo, las necrópolis de Knossos han deparado evidencia muy rica de su utilización en el siglo VII. La transferencia del foco de ostentación del ajuar funerario a otros aspectos de los usos funerarios, como los hitos funerarios, los monumentos esculpidos y elaborados ritos de sacrificio, no se da solamente en Atenas, pero no es universal. Es indudable que la diversidad local que se infiere tras considerar toda la evidencia de la EHA se prolongó hasta la época arcaica.

BIBLIOGRAFÍA

Morris (1987: cap. 2) presenta un interesante análisis de la teoría general sobre la interpretación de los usos funerarios.

Cavanagh y Mee (1998) es la explicación moderna más exhaustiva de los usos funerarios micénicos; Lewartowski (2000) es un complemento de gran utilidad.

Para un análisis general de los usos funerarios de la EHA, véase Snodgrass (1971: cap. 4), Kurtz y Boardman (1971: caps. 3 [Atenas] y 9). El material se estudia con detalle en Desborough (1972) (Submic.-PG) y Coldstream (1977) (G), que incluyen un diccionario geográfico de yacimientos con referencias. Coldstream suele referirse al material PG, y Lemos (2002: cap. 5) presenta un resumen actualizado de todos los yacimientos funerarios PG dentro de su área de cobertura, y suele referirse al material Submic. y SPG; son especialmente útiles las secciones que sintetizan el material de Atenas, la Argólida, Lefkandi, Skiros, Elateia, Atalanti (Lócride), Tesalia, Cos, norte de Grecia (sobre todo Vergina) y la Cálcide (Torone y Koukos).

7. COMERCIO, INTERCAMBIO Y CONTACTOS FORÁNEOS

INTRODUCCIÓN

A principios del Bronce reciente ya circulaban por el Egeo bienes, artefactos y conocimientos sobre los avances tecnológicos, acompañados de rasgos cada vez más abstractos, entre otros sistemas de escritura y de pesos, de símbolos religiosos, y posiblemente también de elementos ideológicos. Muchos procedían de fuentes locales, pero una parte importante derivaba segura o plausiblemente de fuera del Egeo. Durante el Bronce reciente los contactos egeos con el mundo exterior se fueron intensificando a medida que se estrechaban los vínculos de sus principales centros con los sistemas de intercambio de larga distancia, sobre todo marítimos, que operaban desde bases del Mediterráneo oriental. Los contactos externos egeos más intensos eran con esta región, pero luego se ampliaron al Mediterráneo central, a Cerdeña, las regiones balcánicas vecinas y la Europa continental, aunque de forma menos directa (véase la fig. 2.4). No habría que subestimar la importancia potencial de estos vínculos europeos, puesto que el Egeo estaba bien situado para hacer de intermediario entre Próximo Oriente y otras zonas del Mediterráneo y de Europa. De hecho, es posible que en la EHA el vínculo con el Mediterráneo central no se interrumpiera del todo, y muchos autores han apuntado a los vínculos con «el norte» para explicar nuevos desarrollos del Bronce reciente y de la EHA. Pero los vínculos egeos con el Mediterráneo oriental y Próximo Oriente en general siguen siendo los mejor documentados y seguramente los más importantes. Como decíamos en el capítulo 2, tratar de explicar esos vínculos en función de un modelo centro-periferia sería forzar la evidencia, pero lo cierto es que esta región se sigue considerando la fuente más probable de las nuevas ideas e influencias que trascendieron el ámbito del intercambio y de la tecnología en la EHA.

A juzgar por la evidencia que han deparado los pecios, las fuentes escritas y las representaciones de tumbas egipcias, el intercambio de larga distancia se basó sobre todo en los metales y en las materias primas, pero hay evidencia de tráfico de otros bienes voluminosos. Un recordatorio útil del tipo de bienes perecederos que se comerciaban es el relato de Unamón, un enviado de Egipto a Biblos a principios del siglo XI con el encargo de obtener madera de cedro. Su cargamento de bienes para el intercambio consiste en grandes cantidades de paño, cuerdas, pieles bovinas, sacos de lentejas y cestos seguramente con pescado desecado, y una cierta cantidad de oro y cinco vasos de plata, posiblemente dones ceremoniales (Åström, 1989: 203). Se han descubierto otros ítems complementarios a esta lista, como las espinas de perca nilótica halladas en Hala Sultan Tekke (Åström, 1989: 204) y restos de productos alimenticios, como las aceitunas del pecio de Uluburun (Pulak, 1998: 201, 210), aunque casi siempre alimentos y líquidos están representados por los contenedores cerámicos que los contenían; es muy excepcional que se conserven muestras de tejido.

Decíamos en el capítulo 2 que el intercambio de larga distancia desempeñó un rol muy importante en el Tercer Período Palacial en el afianzamiento de la posición de la élite y del nivel de prosperidad general en el Egeo, y en el capítulo 3 se sugería que su rol también fue crucial en el período Pospalacial. En cuanto a la EHA, la tendencia ha sido, en cambio, priorizar los procesos internos como motor principal del desarrollo egeo, e interpretar la evidencia de contactos e intercambios extraegeos como indicio de la expansión exterior de la empresa griega. Sin embargo, al igual que en el Bronce, hay muchas razones para poner en tela de juicio este sesgo egeocéntrico. Sin duda los procesos internos, entre otros el aumento de población y el cambio social, podrían explicar los niveles de prosperidad alcanzados y el aumento de los contactos dentro del Egeo, pero la materialización de aquella prosperidad aún dependía en gran medida de materiales extranjeros y de ideas foráneas. Cada vez son más los autores que creen que Próximo Oriente tuvo una gran influencia cultural en el Bronce reciente y fases posteriores, y que fue la fuente de nuevas tecnologías, de motivos artísticos y temas narrativos, pero también de muchos elementos relacionados con la organización social y la práctica ritual. Esta tesis ha conocido su forma más extrema e inaceptable en Bernal (1987, 1991: cf. Cline, 1994: cap. 6, y Whitley, 2001: 105), aunque presenta también formas más comedidas, que resaltan los paralelos del oeste asiático, no los egipcios (por ej., Burkert, 1992; Morris, 1992; West, 1997). S. P. Morris (1997) sostiene, por ejemplo, que las influencias de Próximo Oriente, ejercidas a través de la mediación de la actividad fenicia en el Egeo, desempeñaron un rol particularmente importante en la EHA, tesis que Papadopoulos (sobre todo 1997) recoge y proyecta en relación con determinados materiales.

La verificación de estas hipótesis plantea bastantes dificultades, dado que se basan en un material muy heterogéneo, por lo que no todo él se puede asociar a la cultura específicamente fenicia. La tendencia a vincular cualquier elemento de Próximo Oriente o «levantino» con «fenicio» y las deducciones que se extraen a partir de esa asociación comportan muchas veces razonamientos más que dudosos, como Hoffman ha demostrado (1997: especialmente 15-17, cap. 3 *passim*, 250-251, 254). Está además la cuestión de saber si las fuentes escritas tan profusamente citadas ofrecen o no evidencia genuina. Porque si bien las referencias homéricas a la actividad fenicia en la región del Egeo se pueden aceptar como auténticamente antiguas aunque no así su envergadura, los informes sobre esas actividades en fuentes mucho más tardías no tienen necesariamente la misma credibilidad. Por ejemplo, la afirmación de que los fenicios fueron los primeros en colonizar Thasos (Heródoto 6.47) y en fundar allí un culto a Heracles (Heródoto 2.44) no se ha visto confirmada por la arqueología de la hoy perfectamente documentada y claramente nativa cultura de la EHA (Koukouli-Chrysanthaki, 1992), ya que no ha deparado evidencia convincente de vínculos estrechos con Próximo Oriente, aunque la temprana aparición de puñales de hierro con empuñaduras de bronce podría indicar algún tipo de conexión.

Ninguna de las tradiciones relacionadas con el pasado más remoto que se mencionan en las fuentes griegas puede tomarse al pie de la letra como si fuera un valioso retal de hecho histórico. Requiere un análisis riguroso (cf. Osborne, 1997, y 1996: 40 - las tradiciones sobre fundaciones fenicias no suelen ser la única versión documentada), y la que habla de la actividad fenicia no tiene por qué merecer mayor credibilidad, y menos la que se refiere concretamente a la EHA. Esas referencias, casi siempre atemporales y semimíticas, reflejan la incapacidad general de la tradición griega para relacionar pretendidos acontecimientos del pasado con un marco cronológico claramente delimitado.

West (1997) defiende la influencia de Próximo Oriente en los temas poéticos y técnicos, pero excluye la mayor parte de la EHA del período de transmisión de esas influencias (1997: 625), y sitúa el desarrollo de muchos rasgos típicos del estilo y de la técnica épicos no antes del siglo VIII, lo cual parece una fecha increíblemente tardía. Los paralelos identificados son muy convincentes cuando implican rasgos muy particulares, como el mito de la sucesión de dioses supremos que Hesíodo narra en la *Teogonía*, que se parece enormemente a un mito hitita-hurrita. No obstante, aun en el caso de que alguna versión oral de los poemas de Próximo Oriente, como la Epopeya de Gilgamesh, inspirara a los poetas egeos, no hay por qué suponer que éstos no pudieran producir por sí mismos y sin influencias foráneas símiles, metáforas, acciones y temas parecidos. Muchas veces lo que unos presentan como

paralelos estrechos y significativos puede parecer a otros menos favorables meras semblanzas generales, hasta cierto punto lógicas cuando se da un desarrollo parecido de pautas de pensamiento y de conducta en sociedades cuyo origen, medio y carácter general presentan muchas semejanzas, y que han estado en contacto durante mucho tiempo antes de la EHA (sorprende que West apenas destaque el posible rol intermediario de la civilización minoica, pese a su prolongada historia de contactos con Próximo Oriente y su profunda influencia en la formación de la cultura micénica). Estas tesis suelen basarse en un material difícil de valorar, y sobre todo de fechar (cf. Whitley, 2001: 105). Pero estas posibles conexiones son parte del marco general de vínculos entre el Egeo y Próximo Oriente, y podrían avalar la idea de que fueron más intensos de lo que los datos estrictamente arqueológicos sugieren, y lo mismo cabría decir del Bronce (cf. Dickinson, 1994a: 243-244, 248-249).

Las influencias de Próximo Oriente en la actividad cultural, especialmente en el ámbito ritual, también son difíciles de estimar. A veces son claramente posteriores a nuestro período, como la costumbre de recostarse para comer, un rasgo típico de los banquetes griegos pero desconocido para Homero, y que se representa por primera vez a finales del siglo VII, como en la crátera de «Eurytios» (Murray, 1993: 208; cf. Whitley, 2001: 208-209). Las teorías sobre el hecho de que la adopción de la escritura alfabética por los griegos a principios de la EHA reflejaría contactos con el mundo fenicio siguen siendo puramente hipotéticas y no deben considerarse plausibles, ya que no se ha descubierto ni un solo ejemplo de escritura griega anterior al siglo VIII. El cuenco de bronce con inscripciones fenicias hallado en un contexto de *ca.* 900 o de poco después en la T. J de Knossos Tekke, y que a juzgar por el estilo de escritura podría ser un siglo más antiguo que su propio contexto, es seguramente un regalo o una «reliquia», no la propiedad de un fenicio enterrado en aquella tumba (Hoffman, 1997: 120-123), y es todavía hoy una curiosidad casi única (pero véase Coldstream [1977], 2003: 379 sobre un cuenco de broce hallado en Tragana, en la Lócride, con una inscripción neohitita, descubierto en un rico enterramiento del GM II).

Tampoco está claro el grado de influencia foránea en el ámbito ritual. Por ejemplo, aunque en el Egeo la incineración aparece antes de *ca.* 1200 (Cavanagh y Mee, 1998: 94), se trataba de una costumbre fundamentalmente foránea (como lo era en Siria-Palestina, donde fue introducida en el siglo XI; Aubet, 2001: 65). No obstante, como se comenta en el capítulo 6, su difusión durante el siglo XII y posteriormente no tiene por qué reflejar la adopción de nuevas creencias básicas sobre los muertos y el más allá, y menos la presencia de un nuevo grupo de población (para comentarios generales véase Hoffman, 1997: 169-171), aunque uno de los motivos para adoptarla fue-

ra el deseo de denotar contactos prestigiosos con el mundo exterior. Se han postulado otras influencias importantes en el campo de la religión, pero este tema lo reservamos para el capítulo 8, si bien aquí merece la pena mencionar que las conclusiones de Negbi (1988) basadas en supuestos paralelos entre el culto micénico y el culto palestino, y que varios autores han aceptado (Cline, 1994: 54; West, 1997: 37; cf. Morris, 1992: 109-111), ha sido rebatida por Gilmour (1993).

Por lo tanto, hay que volver a la evidencia más tangible (y mejor fechada) de todas, la de los artefactos y las tradiciones artesanales. Pero antes de analizar con más detalle esta evidencia, es preciso aclarar varios puntos generales relacionados tanto con el intercambio intra-Egeo como con la actividad de los fenicios o de Próximo Oriente. En primer lugar, los estudios sobre el intercambio durante este período y el período arcaico posterior siempre han dependido y mucho de la evidencia cerámica, sobre todo porque la cerámica es la más idónea para conocer el origen. Pero estos estudios suelen estar contaminados por la insidiosa tendencia a identificar cerámicas con gentes. Por ejemplo, es muy corriente estimar el grado de participación activa de una determinada comunidad en una red de intercambio en función de la frecuencia o escasez de la cerámica producida por esa comunidad en contextos externos. Y a continuación, se estima el nivel de contacto entre dos comunidades en función de esa frecuencia o escasez (véase Osborne, 1996: 41-44 sobre las relaciones de Atenas y Lefkandi, basándose en Coldstream, 1977), o se interpreta la presencia de una gran variedad de tipos cerámicos extranjeros como indicio de que, por ejemplo, Knossos fue «un lugar excepcionalmente abierto al munco exterior con un puerto de escala muy visitado» (*NorthCem*: 716). En este caso concreto cabe recordar que, aparte de la cerámica ática, se encuentran muy pocas cerámicas griegas en Knossos durante un largo lapso de tiempo (*ca.* 950-700), producto de tan sólo una o dos generaciones, y tendentes claramente a aparecer en las mismas pocas tumbas, generalmente las más ricas, de modo que podrían representar las actividades y conexiones ultramarinas de unas pocas familias. Pero en Knossos aparecen también otros objetos foráneos, con mayor frecuencia que en la mayoría de yacimientos, lo que, en general, podría indicar que algunos miembros de la comunidad de Knossos tenían fuertes vínculos con el mundo exterior.

Es preciso insistir en que no hay un vínculo necesario entre la actividad comercial externa de una comunidad y las veces que se detecta la presencia de las cerámicas y artefactos que esa comunidad ha producido. Es evidente que algunas ciudades griegas que según las fuentes literarias tuvieron una intensa actividad comercial en la época arcaica, como Éguina, no produjeron ni siquiera una cerámica fina propia durante mucho tiempo, si es que llega-

ron a tenerla. Y no siempre la cerámica u otros artefactos de un origen determinado indican la estancia de gentes originarias del enclave donde se han hallado. La heterogeneidad del cargamento de los antiguos pecios, tanto los del Bronce mencionados en el capítulo 2 como los de la época arcaica (por ej. Papadopoulos, 1997: 200, el pecio de Massalia; Bound, 1991, el pecio de Giglio), demuestra que era habitual que el mismo barco transportara bienes y materiales de orígenes distintos.

La cantidad o escasez de un determinado tipo de cerámica en yacimientos de ultramar tampoco puede considerarse un índice fiable del nivel de actividad comercial de la comunidad que la produjo. En Knossos, la cerámica ática es mucho más corriente que cualquier otra cerámica griega o de Próximo Oriente, pero sería ridículo deducir de ahí que los atenienses de la EHA dominaron el comercio con Creta. Papadopoulos, que se muestra justificadamente crítico con la tendencia a deducir un alto nivel de actividad eubea a partir de la presencia más bien escasa aunque amplia de vasos euboicos (1996b: 157-158), llega peligrosamente a insinuar que la actividad eubea en el norte del Egeo o en el Mediterráneo central tuvo que ser insignificante, sencillamente debido a la escasa presencia allí de cerámica euboica. Shaw también da por sentado algo no demostrado cuando concluye que en la segunda fase del Templo B las escalas de los comerciantes fenicios en Kommos fueron mucho menos frecuentes porque se encuentran muchas menos cerámicas fenicias (1998: 20).

En cuanto al tema de la cantidad, cabe recordar lo excepcionales y, por lo tanto, lo potencialmente engañosas que son las cantidades de cerámica egea halladas en el exterior en el Tercer Período Palacial. Antes del período arcaico nunca se había exportado cerámica egea en tales cantidades, y en el Egeo también son sumamente escasas las cerámicas importadas, sean de Chipre o de Próximo Oriente, del Bronce o de la EHA. Así pues, basar conclusiones en las cantidades realmente descubiertas revela supuestos implícitos más que cuestionables. Ni las noventa y nueve importaciones áticas identificadas en la necrópolis Norte de Knossos del período *ca.* 950-700, a las que hay que añadir otras muchas de las tumbas y del asentamiento de Fortetsa, impresionan tanto cuando se comparan con los aproximadamente 300 vasos fenicios asociados al Templo B de Kommos, y que pertenecen a un período mucho más corto (Shaw, 1998: 19). En suma, la cerámica claramente foránea de un yacimiento indicaría como mucho que ese yacimiento tuvo algún tipo de contacto con el mundo exterior, pero no se puede deducir nada más con un mínimo de certeza sin analizar todo el marco de intercambios del período y el papel de la cerámica en él. Sólo cuando la cerámica aparece en forma de contenedores podría representar directamente un importante ítem de intercambio, pero aun en ese caso los indicios de que estos recipientes puedan

ser reciclados demuestran que su presencia no está necesaria y directamente vinculada con su territorio de origen.

Por último, no hay que dejar de lado la posibilidad de que la presencia de cerámica foránea no implique ningún intercambio de bienes ni relaciones comerciales. La idea de Luke según la cual las cerámicas geométricas griegas halladas en Próximo Oriente entre los siglos X y VIII representan una serie de vasos de prestigio destinados a establecer y mantener relaciones formales de «amistad» merece tenerse en cuenta, dada la reducida distribución de hallazgos en yacimientos portuarios y en lugares centrales, el repertorio de formas descubiertas, casi todas relacionadas con la bebida, y la importancia de los banquetes entre las élites de todas las regiones implicadas (2003: sobre todo caps. 4-5). La distribución de tipos cerámicos similares en el Egeo se podría interpretar según líneas muy parecidas.

De todos modos no es preciso basarse únicamente en la presencia de cerámica foránea para deducir vínculos con el mundo exterior. En el transcurso del período abarcado por este libro tuvo que haber demanda de metales básicos como el cobre, el estaño y cada vez más de hierro. Pero en el Egeo no se conocen minas de estaño, escasea el mineral de cobre tratable con tecnología antigua y las fuentes de hierro no abundan. Por lo tanto lo más probable es que la mayoría de las comunidades hubieran adquirido estos metales a través de alguna forma de intercambio, y si dependían de ellos no pudieron ser realmente autosuficientes. La presencia misma de metales en un yacimiento sugiere algún tipo de vínculo a una red de intercambio, y su adquisición se habría parecido mucho a una empresa «comercial» (cf. cuando en la *Odisea* I, 180-184 Atenea se presenta ante Telémaco como Mentes, señor de los tafios, para intercambiar un cargamento de hierro por otro de cobre en Témesa).

Es muy posible que el motor del intercambio del período fuera en parte el deseo de conseguir metales, y no sólo los más básicos sino también oro y plata, y que implicara sobre todo distancias relativamente largas; algunos lo consideran el motivo principal de la actividad fenicia en el Egeo y en el Mediterráneo en general. Pero sería exagerado suponer que la evidencia de intercambio siempre está relacionada con la búsqueda de metales porque, como se apunta en el capítulo 4 (p. 110), no se puede dar por hecho que en aquel momento preciso se explotaran todas las fuentes metalíferas conocidas, y toda insinuación de que quienes traficaban con metales eran comerciantes extranjeros (como propone Tandy, 1997: 59, aunque curiosamente tiene poco que decir sobre los metales) debe considerarse improbable. Donlan (1997: 652-654) presenta un cuadro más plausible, aunque algo minimalista, de las condiciones anteriores al año 800. Es interesante la idea de Purcell (1990) de que el contacto entre las distintas regiones del Egeo y en

general del Mediterráneo formaba parte del orden natural de las cosas, pero por las razones antes mencionadas es difícil aventurar conclusiones basándose en las variaciones de la evidencia visible.

El intercambio en el período Pospalacial

La desaparición de las unidades políticas altamente organizadas del Egeo tras el Colapso y los conflictos más o menos contemporáneos en Próximo Oriente habrían tenido un profundo impacto en los intercambios. Aunque Egipto, Asiria y Babilonia todavía se mantendrían como grandes potencias durante algún tiempo, y en muchas zonas sobrevivieran sofisticadas sociedades urbanizadas, entre otras Chipre, todo el sistema de relaciones diplomáticas internacionales de larga distancia desapareció, y la desintegración del Imperio hitita hizo de Anatolia y Siria un inestable mosaico de principados que sin duda afectaron a las rutas comerciales terrestres y marítimas. En estas condiciones, el intercambio de larga distancia se habría convertido en una empresa tan arriesgada que habría desanimado a cuantos no estuvieran especializados en adquirir determinados bienes y mercancías. Serían sobre todo dirigentes y miembros de las élites locales, los únicos capaces de mantener barcos a flote y con mayor capacidad para reclutar una tripulación a falta de una gran organización de estado. Igual que los grandes gobernantes antes que ellos, habrían utilizado como agentes suyos a comerciantes, tal vez otros miembros de la élite e incluso familiares, o puede que participaran directa y activamente ellos mismos (como «Mentes»). No olvidemos que objetos y bienes comerciales se podían mover a través de pequeños operadores que operaran sólo en circuitos locales, como el personaje que se menciona con ironía en la *Odisea* VIII, 161-164.

En las nuevas condiciones, quienes desearan reanudar el comercio a determinadas distancias habrían tenido que establecer relaciones personales en aquellos lugares con los que querían comerciar, para asegurarse de que se velara allí por sus intereses y por su propia seguridad o la de sus agentes y la tripulación de sus barcos. La forma más natural habría sido el intercambio de dones, probablemente asociado a la fraternidad si eran personas de la élite, que comportaba la mutua aceptación de un código de honor y de un sistema de obligaciones (cf. Murray, 1993: 48-49). Normalmente los dones consistían en ítems de prestigio cuyo destino principal, si no único, era terreno ritual o ceremonial. Muchos objetos que se suelen citar como evidencia de «comercio», tanto en el período Pospalacial como en fases posteriores, podrían ser en realidad ítems de prestigio en lugar de artículos comerciales primarios, pero también podrían indicar una relación cuyo

objetivo último fuera la adquisición de bienes e incluso de ítems manufacturados.

Las cantidades de ítems foráneos hallados en contextos pospalaciales, que suelen tener mayor prestancia que los del Tercer Período Palacial, podrían indicar que aún había comerciantes visitando el Egeo, sobre todo de Próximo Oriente. Pero en ese caso cabe preguntarse qué interés podían tener los comerciantes de Próximo Oriente en el Egeo, cuando ya no existían organizaciones estatales capaces de concentrar grandes cantidades de bienes básicos como productos agrícolas o tejidos. Puede que ciertos enclaves, como Tirinto, atrajeran todavía a algunos comerciantes debido a su tamaño, pero uno de los principales atractivos habría sido el metal, sobre todo la plata de las minas de Laurion y probablemente también de la Cálcide. Una posición cerca o al final de las rutas comerciales de larga distancia especialmente implicadas en el tráfico de metales explicaría la concentración del grueso de la evidencia de intercambios en determinados yacimientos, sobre todo en aquellos que operaran como estaciones de paso en las rutas entre Próximo Oriente y Perati, que seguramente controlaban las minas de Laurion, o hacia el norte del Egeo vía el Euripos, o hacia el Mediterráneo central vía Creta y las costas de la Grecia occidental. Muchos de estos enclaves pudieron ser «vías de entrada» o almacenes, lugares donde los comerciantes extranjeros podían encontrar excedentes de productos locales comercializables, y desde los que poder distribuir los bienes y mercancías extranjeros a través de las redes locales. Tampoco los barcos de Próximo Oriente se habrían aventurado hasta el norte del Egeo o el Adriático, ya que habría sido más fácil confiar en barcos egeos para transportar bienes y mercancías desde aquellas regiones remotas (cf. Popham, 1994b: 30). Es evidente que los chipriotas mantuvieron un interés activo en el Mediterráneo central, especialmente en Cerdeña, interés que parece mantenerse sin mayores interrupciones hasta la EHA (Crielaard, 1998: 191-199).

En este período se observa un cambio manifiesto en el tipo de evidencia disponible sobre el intercambio de larga distancia. Según todos los indicios los lingotes de metal y los grandes contenedores desaparecen del Egeo, aunque sobreviven en Próximo Oriente (véase Crielaard, 1998: 195 sobre los lingotes). Los escasos fragmentos de ánfora siro-palestina («cananea») documentados en los contextos pospalaciales más antiguos de Micenas y de Tirinto (Cline, 1994: 171, n.º 310, 172, n.º 320-321) podrían ser hechos a molde, ya que no se ha descubierto ninguno en los estratos de habitación de Lefkandi ni en las grandes necrópolis, como Perati. También las jarras de estribo de almacenaje parecen dejar de fabricarse. Durante gran parte del período Pospalacial las jarras de estribo más finas parecen utilizarse para transportar aceite, pero para menos cantidad que las ánforas, aunque algu-

nas son de gran tamaño y tienen una distribución muy limitada fuera del Egeo. Mountjoy (1993: 174-176) ha analizado los pocos datos disponibles sobre la distribución de la cerámica micénica y es revelador cuánta de esta cerámica de fuera del núcleo central micénico en este período era de producción local, ya sea en Macedonia, Chipre, Cilicia, sur de Italia y Cerdeña, o Troya. El reciente descubrimiento, en Ano Komi, junto a Kozani, Macedonia, de un *amphoriskos* del HR IIIC antiguo (*AR* 40 [1993-1994] 56, 58 fig. 49) nos recuerda hasta qué punto el patrón de distribución actual podría reflejar la aleatoriedad de los descubrimientos, pero llaman la atención las escasas posibilidades de encontrar fuera del Egeo incluso los tipos cerámicos más elaborados del HR IIIC antiguo y medio.

Esto contrasta claramente con su amplia pero esporádica distribución en el Egeo que, junto con las muchas influencias cruzadas detectables entre los estilos locales, hablan de unos intercambios muy vivos. Las jarras de estribo de estilo *Close* llegaron al este hasta Rodas, mientras una «jarra de estribo con octopus», quizá rodia, llegó hasta Scoglio del Tonno, en el sur de Italia. De hecho, las jarras de estribo y otros recipientes conforman el grueso de los ítems producidos localmente que circulaban dentro y fuera del Egeo, e indican que todavía se producían y comercializaban bienes como el aceite perfumado. Su decoración, generalmente elaborada, habría buscado resaltar el carácter lujoso del contenido, convirtiendo los recipientes en objetos deseables en sí mismos. En cambio, las cráteras también elaboradas casi nunca se utilizaban como ítems de intercambio. Su distribución correspondería más bien al ámbito del intercambio ceremonial.

Otra evidencia de la continuidad de los contactos con Próximo Oriente e Italia serían los ítems exóticos, en general pequeños: estatuillas, cuentas, sellos, amuletos, pesas de piedra, agujas, vasos de bronce, puñales (incluidos los primeros ejemplares de hierro), incluso escamas de armadura de bronce en Micenas y Tirinto (Cline, 1994: 223; Maran, 2004). Muchos ítems de Perati son de este tipo, entre otros un conjunto muy heterogéneo de sellos, escarabeos, amuletos y cuentas egipcios, sirios, mesopotámicos y chipriotas. Los ítems egipcios sobre todo parecen productos del período anterior, pero no es infrecuente ni tienen por qué interpretarse como «reliquias» recién atesoradas. Hay otras evidencias que confirman que muchos ítems pequeños, como los sellos y los escarabeos, seguían circulando en Próximo Oriente y en el Egeo mucho tiempo después de su producción original, y que algunos se habían reformado, lo que reflejaría el valor que se otorgaba a los materiales exóticos como tales. Las estatuillas de bronce del «dios que golpea», un tipo de Próximo Oriente, halladas en el santuario de Phylakopi en contextos pospalaciales pudieron llegar antes, aunque ningún ejemplar egeo pertenece a contextos anteriores (Renfrew, 1985: 303-310). Estos ítems representan, en

general, una curiosa mezcla de pacotilla y de objetos de prestigio mucho más valiosos, como los vasos de metal, pero quizá todos denotaban prestigio debido a su origen foráneo.

La difusión de los nuevos artefactos metálicos, todos ellos originarios seguramente del norte de Italia (véase el capítulo 5, p. 195) complementa la evidencia de la amplitud de los contactos e intercambios. Los nuevos tipos incluyen agujas, fíbulas, espadas del Tipo II, y puntas de lanza «flamígeras», si bien algunas de las espadas más antiguas del Tipo II son posibles importaciones, y bastantes dagas y puñales itálicos lo son con total certeza. Estos últimos son más excepcionales que las espadas, y en el Egeo no se adoptaron como tipos locales, pero presentan una distribución interesante: son muy frecuentes en Chipre (la mayoría proceden de la cueva de Psychro), y también aparecen en otros centros pospalaciales importantes, como Lefkandi, Phylakopi, Ialysos y Naxos (Cline, 1994: 225-227, cf. asimismo 230, dos hojas de afeitar itálicas de Kefaloniá y Creta; véase Sherratt, 2000, fig. 5.1 sobre la distribución de tipos europeos de arma y puñal).

Algunos estudios recientes sugieren un contexto económico y social para estos intercambios: Borgna y Cassola Guida (2005) creen que la élite itálica exportaba productos alimenticios a gran escala –una idea interesante que no obstante implicaría que el Egeo no podía producir sus propios alimentos–, mientras Eder y Jung (2005) identifican evidencia de valores comunes entre las élites itálicas y egeas, en forma de intercambio de tipos metálicos de gran calidad y quizá también de desplazamiento de especialistas artesanos itálicos (herreros, mercenarios) al Egeo antes incluso del Colapso. Son propuestas plausibles, aunque no sin dificultades. Por ejemplo, decíamos en el capítulo 2 que se proponía un origen itálico para la CBM, pero su patrón de distribución no encaja con el de los objetos de bronce itálicos hallados en Acaya y en la mitad oriental de Creta. Y la decoración de los ítems de bronce de Kallithea y del yelmo de bronce submicénico de Tirinto podría tener vínculos europeos más septentrionales (Harding, 1984: 176, 178).

La impresión general que se extrae de este material es la de unos intercambios intensos entre diversos puntos del Mediterráneo y en todas las direcciones, una prolongación de la actividad del Tercer Período Palacial que habría llegado casi tan lejos. La prosperidad detectable en las fases medias del período Pospalacial podría tener su origen en esta actividad, tal como sugería en el capítulo 3. Pero la evidencia también refleja que esos intercambios se realizaban a una escala mucho menor que antes, y que parte de ellos pudieron ser esporádicos, oportunistas y, en última instancia, insostenibles. En las fases finales del período Pospalacial se identifican intercambios mucho más limitados de cerámica elaborada entre las regiones del Egeo, y fuera de él apenas se han hallado cerámicas de estas fases (Coldstream, 1988: 38

menciona una pieza de Tiro muy parecida a los *skyphoi* «tardomicénicos» de Asine, pero E. S. Sherratt [com. pers.] sospecha que son PG). En los contextos egeos también aparecen muchos menos ítems exóticos. Pero aún pudo llegar a Creta y a la Grecia continental algún material de Próximo Oriente, por ejemplo, un fragmento de vaso siro-palestino documentado en un contexto del HR IIIC tardío de Tirinto (Cline, 1994: 217, n.º 747, posiblemente hecho a molde). Es dudosa la datación del trípode de bronce chipriota y de otros ítems exóticos del Tesoro de Tirinto, especialmente la de las extraordinarias «ruedas solares» con las cuentas de ámbar que dan su nombre al extenso tipo «Tirinto», pero podrían ser igualmente tardíos. El patrón de distribución de algunos tipos singulares de cuentas de ámbar, como el tipo «Tirinto» y el «Allumiere», es muy amplio, recordándonos una vez más que el intercambio de larga distancia no se documenta necesariamente en función de la cerámica (ambos tipos se consideran itálicos, aunque se hayan descubierto en un lugar tan remoto como los kurganes de Hordeevka, en Ucrania, según informa K. Ślusarska-Michalik en Laffineur *et al.*, 2005).

Intercambio en la Edad del Hierro Antiguo

Algunos autores solamente parecen valorar el rol del intercambio en la EHA egeo cuando se trata del intercambio de dones. Por ejemplo, la palabra «comercio» no se menciona en Jones (1999), quien sugiere que los «príncipes» pudieron adquirir mediante incursiones armadas cuanto ellos y su casa (*oikos*) necesitaban y no producían en el ámbito doméstico. Se trata de una admisible interpretación literal de los textos homéricos. También hay quien propone que en las primeras fases de la EHA el Egeo perdió efectivamente contacto con el mundo exterior, y que incluso se produjo una interrupción de las conexiones entre diferentes partes del Egeo. Es cierto que el heterogéneo repertorio de pequeños ítems que se pueden vincular a Próximo Oriente y a Italia prácticamente desaparece de los contextos de la EHA egeos, sobre todo los objetos más reconocibles, como escarabeos, sellos y cuentas. Los ítems de Próximo Oriente también disminuyen drásticamente en contextos chipriotas en la época equivalente a los inicios de la EHA egeo, y en contextos itálicos fechados en los siglos XI-X (agradezco al Dr. J. Toms del Instituto de Arqueología de Oxford sus comentarios sobre Italia). Resulta tentador pensar en un gran declive del intercambio, o al menos un importante cambio de naturaleza, en todo el Mediterráneo oriental y central, aunque hay otras explicaciones posibles, por ejemplo, que estos ítems hubieran perdido su valor de prestigio. También es cierto que durante una parte de la EHA no se encuentra cerámica egea fuera del Egeo, y que en esta región resulta difícil a veces

identificar el movimiento de la cerámica pero, como antes se ha dicho, no habría que poner demasiado énfasis en esta cuestión.

Los siglos XI y X

Decíamos antes (capítulo 5, p. 179) que el arte de trabajar el hierro pudo introducirse desde Próximo Oriente, y más concretamente de Chipre, en el momento de la transición del Pospalacial a la EHA. Chipre es también la fuente generalmente aceptada de determinadas formas cerámicas especialmente populares en esa época. Algunos ítems de hierro hallados en el Egeo podrían ser importaciones chipriotas directas de la época, aunque otras podrían ser anteriores (véanse los listados en Sherratt, 1994: 88, 91-92); una daga de hierro del PGA recuperada en la T. 46 de Skoubris, Lefkandi, se acompañaba incluso de una jarrita siropalestina (*Lefkandi I*: 126, 347-348). Hay testimonios más generales de intercambio continuado y de la expansión de tipos e ideas en Karphi donde, pese a su relativa lejanía, penetraron tipos de joyas por lo demás típicas de contextos submicénicos y SM, bronces itálicos, algunos ítems de hierro e incluso la técnica del calado en un soporte de bronce chipriota (Desborough, 1972: 126-127; sobre el soporte véase Hoffman, 1997: 118; sobre bronces itálicos véase Crielaard, 1998: 197). En la cueva de Psychro, en la misma región que Karphi, también se han hallado ofrendas de bronces itálicos (Popham, 1994a: 285). Estos hallazgos, pese a ser escasos y muchas veces difíciles de fechar con cierta precisión, refuerzan la probabilidad de que los intercambios en el Egeo y entre el Egeo y la regiones vecinas nunca se interrumpieran del todo (cf. Catling y Jones, 1989: 184). Hay quien habla de un regreso de población desde Chipre al Egeo (Desborough 1972: 340-341), y de que esas gentes se habrían establecido como nuevos dirigentes en Knossos y tal vez también en otros lugares (1995). Aunque no explican los motivos de estos desplazamientos, los vínculos chipriotas de algunos de los enterramientos más antiguos y ricos de la necrópolis Norte de Knossos son indudables.

La aparición de incineraciones y de puñales de hierro con empuñaduras de bronce en Thasos, y de cerámica submicénica y PG en la necrópolis de Torone, indica que el norte del Egeo también tuvo contactos con regiones del sur. La aparición en Thasos de cuentas de vidrio, con posibles vínculos itálicos, y de cuentas de ámbar de tipo «Allumiere» (Koukouli-Chrysanthaki, 1992: 822) sería un indicio adicional de las conexiones externas de la isla, seguramente más por vía marítima que por vía terrestre a través de los Balcanes. En la necrópolis de Vergina se encuentran hallazgos muy similares que denotan claros vínculos con el norte, sobre todo en sus objetos de joyería

(Snodgrass, 1971: 254), y la cerámica de Thasos muestra claros vínculos con la de Macedonia. Antes sugeríamos que la principal razón de este perceptible nivel de intercambio con el norte del Egeo podrían ser las fuentes metalíferas locales. Thasos parece haber adquirido cobre de la Cálcide y de más allá (Koukouli-Chrysanthaki, 1992: 784-801), y lo mismo pudieron hacer algunas regiones egeas más centrales. No habría que descartar la posibilidad de que la riqueza de la necrópolis de Koukos, en la Cálcide, esté también relacionada con la explotación de fuentes metalíferas locales (*AR* 39 [1992-1993] 54).

La amplia distribución en el norte del Egeo de las típicas ánforas con asas en el cuello decoradas con círculos (fig. 5.6) indica que en este caso los intercambios no se limitaban únicamente a los metales, ya que seguramente eran contenedores para transportar alguna sustancia (Catling, 1998b: 176-177 sobre las fuentes; un reciente análisis por activación neutrónica sugiere que algunos ejemplares troyanos son de origen local: Mommsen *et al.*, 2001: 194). Tal vez fueran en origen un tipo de la Grecia central, pero es casi seguro que se producían en Tesalia y de allí llegaran a Macedonia (fig. 7.1), que parece ser el foco de la forma del Grupo II, aunque su patrón de distribución es muy amplio. No es casual que este patrón se solape de modo notable con el área de mayor influencia del estilo PG euboico, y que los vasos hechos a mano de posible origen macedonio llegaran a Lefkandi y formaran parte del relleno del heroon (*Lefkandi II, 1*: 65), al tiempo que un estilo macedonio de cerámica pintada se establecía en la Tesalia oriental. Todo ello refleja sin duda la existencia de una importante red de intercambio, pero no hay por qué interpretar la evidencia como un mero resultado de la actividad de mercaderes euboicos. Los contenedores macedonios pudieron transportarse a otras regiones en barcos macedonios o en otros no euboicos, algunas de las cerámicas de apariencia más antigua de la necrópolis de Torone parecen ser áticas o próximas, y también se ha documentado cerámica cicládica y tesálica (Papadopoulos, 1996b: 157).

También se detecta evidencia de intercambio potencialmente importante en la distribución de algunos tipos cerámicos específicos, como las formas con vínculos chipriotas citadas en el capítulo 1 (pp. 32-33) y el *lekythos* con semicírculos dibujados a mano (fig. 7.1), y quizá también el conjunto de rasgos estilísticos considerados típicamente PG (capítulo 5, p. 160), todos ellos corrientes en torno al período de transición al PG. En el PGM, la llamada *koiné* euboica de formas cerámicas comunes incluye una gran parte de Grecia (capítulo 5, p. 165; Lemos, 2002: 213-217, con mapa 7). Varias formas del material de Cos se parecen a algunos tipos de Lefkandi, y se han identificado vasijas euboicas en Naxos y en Amorgós, que llegaron hasta la costa sirofenicia, sobre todo a Tiro (Coldstream, 1998b: 355; Lemos, 2002: 228). La

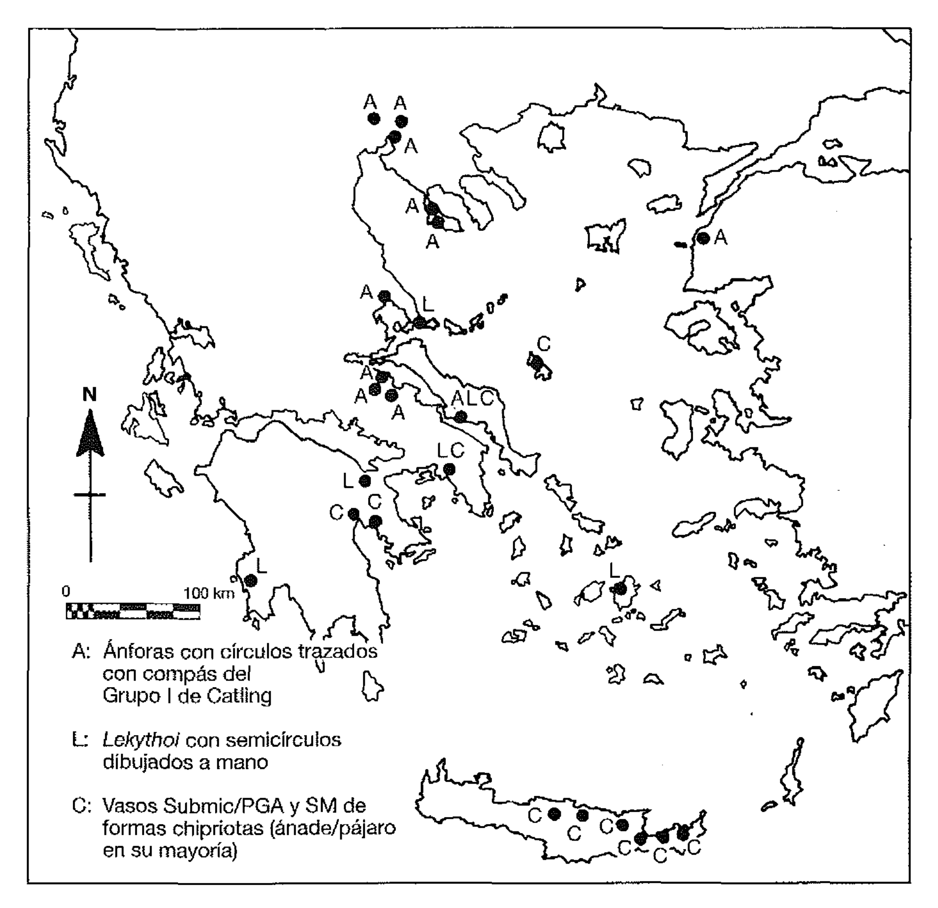


FIGURA 7.1. *Distribución de tipos cerámicos especiales.*

PGM ática también presenta una amplia distribución, y constituye el grueso de las importaciones identificables del depósito del heroon de Lefkandi, que aparecen en Egina, Kea, quizá Naxos y también en Asine, Argos e incluso en Knossos (Catling, 1998a: sobre todo 376-378). Las conexiones exteriores de Lefkandi están asimismo avaladas por la presencia en el depósito del heroon de la nueva cerámica de engobe negro (Catling, 1998a: 55), que también aparece en Tesalia y en Skiros y parece tener vínculos con el noreste del Egeo, dos piezas que pueden ser argivas (*Lefkandi II, 1*: 89), y un grupo sustancial de aspecto foráneo pero que no puede asociarse a ninguna fuente concreta (*Lefkandi II, 1*: 65-67, 90). Una *oinochoe* aparentemente rodia llegada a Amorgós (Catling y Jones, 1989: 182-183) refuerza este escenario de conexiones a través del Egeo. Destaca la presencia en Tell Afis, al norte de

Siria, de un fragmento de *skyphos* en principio asociado al PGE/M argivo (no aparece en la fig. 7.3; Luke, 2003: 32, 35, fig. 13), dado el posible origen argivo de los fragmentos de *skyphos* de Lefkandi y Tiro (Coldstream, 1988: 38), lo que nos recuerda que quizás estemos viendo solamente una parte del cuadro.

Estas pautas son mucho más acusadas en el PGR, por lo que se refiere a las cantidades de material, período en el que aparece cerámica ática en muchas tumbas ricas de Lefkandi, en el norte del Peloponeso, en las Cícladas y en Jonia, incluso en Samos y en Knossos, mientras tipos PG euboicos llegan a Amathus, en Chipre, y son frecuentes en Tiro, incluidas las ánforas (que también se hallan en Ras el Bassit y en Tel Dor; Lemos, 2002: 228). Ambos estilos también parecen ejercer una notable influencia estilística en sus áreas de distribución egeas. En cambio, entre el este y el oeste de la Grecia continental se aprecian muy pocos vínculos. Sólo un fragmento de *lekythos* PG de Ítaca podría ser de Ática o del noreste del Peloponeso (Catling, 1998a: 372 n. 31), mientras que en Antheia, en Mesenia, un *skyphos* completo de aparente producción local podría tener conexiones similares (parece más argivo que ático), hipótesis que se refuerza por la presencia de varios pies cónicos típicamente PG (Coulson, 1986: 31-32). Pero hasta el momento aún no se ha identificado cerámica PG ática o euboica en Italia; las piezas allí recuperadas y clasificadas como PG, y que podrían proceder de regiones del oeste de Grecia, no pueden ser tan tempranas en términos absolutos.

En este material llaman la atención dos cosas. La primera es que incluye no sólo vasos para beber y verter, tal vez intercambiados como ítems de prestigio por su asociación con la bebida y la libación ceremoniales, sino también ánforas. Éstas podrían reflejar el intercambio de mercaderías como el aceite, el vino o productos alimenticios, bienes que para muchas comunidades egeas tuvieron que ser importantes de cara al intercambio. La segunda es que, como señala Catling (1998a: 371-372), los patrones de distribución de la cerámica ática y de la cerámica euboica son selectivos. La cerámica ática está ausente del área tesalo-euboica, salvo en Lefkandi, y lo mismo ocurre con la cerámica PG euboica en el Peloponeso. Ello demostraría que la distribución de estas cerámicas no se realizó solamente en barcos euboicos, sino que la cerámica ática también pudo llegar al Peloponeso y a la Grecia central a través de intermediarios como Egina y Corinto (Catling, 1998a: 372), y la cerámica euboica pudo llegar a Próximo Oriente y también al norte del Egeo en barcos no euboicos. En general, la evidencia podría corresponder a un escenario de intercambios bastante frecuentes pero a pequeña escala al margen de las redes habituales.

¿Eubeos o fenicios?

Aunque en los ajuares funerarios de las tumbas del heroon hay representados ítems y seguramente materiales de Próximo Oriente, la cerámica de esta región está sorprendentemente ausente del relleno del edificio, lo que no deja de ser llamativo a la vista de la gran cantidad de cerámica implicada. De hecho sólo se han identificado dos ejemplares de cerámica chipriota en contextos PGR egeos, los famosos frascos de la T. 22 de Lefkandi: Palaia Perivolia, y un posible fragmento de copa de Volos (Sipsie-Eschbach, 1991: 52). Es evidente que los contenedores de aceite de lujo aún no eran un ítem comercial, como lo serían luego. Pero se han recuperado cantidades importantes de otros ítems suntuosos en tumbas de Lefkandi fechables en *ca.* 950-825, especialmente en la necrópolis de Toumba, entre otros vasos de bronce y de fayenza de estilo egipcio o egiptizante, así como cuencos de bronce siro-fenicios (fig. 7.2, 7.3), gran cantidad de cuentas de fayenza y objetos de orfebrería, labrados con la técnica de granulación que seguramente fue reintroducida desde Oriente Próximo (Coldstream, 1998b: 355-356, y 1998c: 14-15). Otros ítems o materiales exóticos, como el ámbar o el cristal de roca, que tienen que ser importados también aparecen esporádicamente.

La relaciones potencialmente estrechas entre Lefkandi y Oriente Próximo en esa época se evidencian en la producción en Lefkandi, a partir del PGR, de la vajilla decorada con semicírculos colgantes (fig. 5.12). Su patrón de distribución, centrado en Lefkandi y en Tiro (el tipo también se ha identificado en Atenas, Asine y Ras el Bassit) ha llevado a Coldstream a calificarlo de un empeño deliberado por producir una versión de gran calidad de

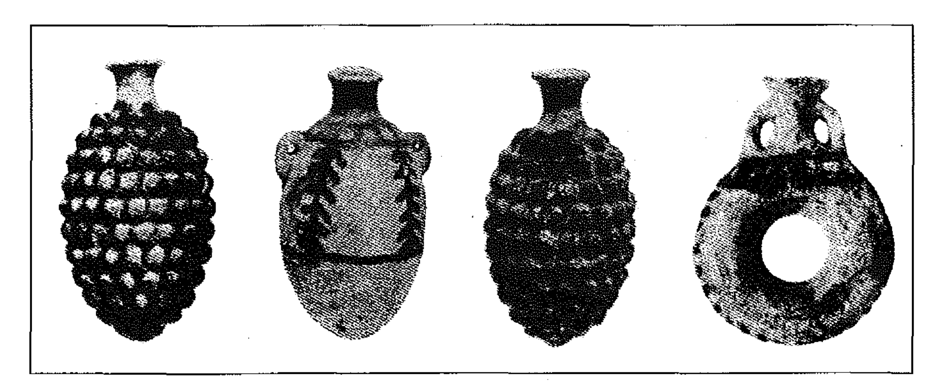


Figura 7.2. Frascos de fayenza de estilo egipcio de la T. 39 de Lefkandi: Toumba. 8,5 cm de alto (frasco anular), 8,9 cm (frasco con asitas), 9,2 cm (los otros dos). Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

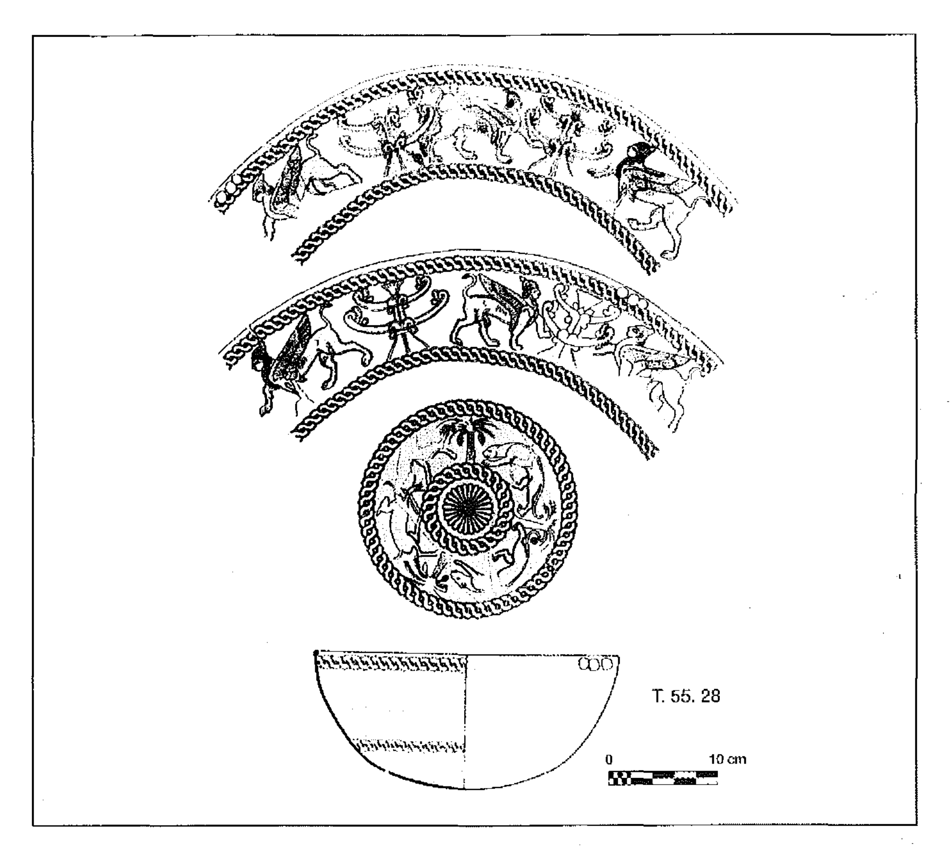


Figura 7.3. Cuenco de bronce dorado sirofenicio de la T. 55 de Lefkandi: Toumba. 28,3 cm de diámetro y 12,7 cm de alto. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

una forma muy apreciada en las cenas de Oriente Próximo (1988: 38-39, y 1998b: 354-355). La producción de estas vajillas y su distribución en Oriente Próximo continuó durante bastante tiempo, probablemente hasta bien entrado el siglo VIII, y llegó hasta las Cícladas, ya que una de las dos piezas halladas en ricas tumbas de Chipre fechables a principios del siglo VIII es claramente cicládica. Esto encaja con la evidencia de producción cicládica de otra forma euboica, el *skyphos* con semicírculos colgantes, que tuvo una amplia distribución en Oriente Próximo (fig. 7.4). Algunos de los *skyphoi* de estilo GM I-II ático hallados en Próximo Oriente podrían ser asimismo cicládicos (Coldstream, 1977: 93; pero Popham, 1994b: 27-28 sugiere que muchos son euboicos). Fuera de Tiro, los vasos PG hallados en yacimientos siro-fenicios son predominantemente ánforas, lo que indicaría que se importaban por su contenido, quizás aceite de oliva (Courbin, 1993: 103, 107), y que Tiro

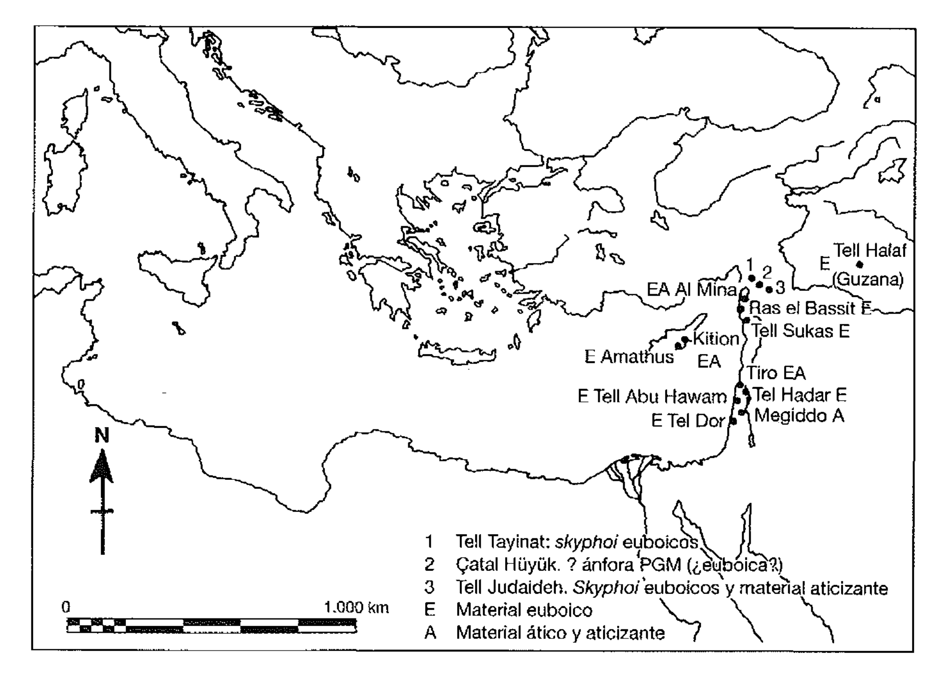


FIGURA 7.4. Distribución de la cerámica griega pre-800 fuera del Egeo (según Popham, 1994b, fig. 2.12, y Lemos, 2002, 228 y mapa 8).

pudo ser el centro de importación y distribución de esta cerámica euboica (incluso a Amathus).

Lo importante es el significado de esos estrechos vínculos entre Lefkandi y Oriente Próximo, que efectivamente son únicos en el Egeo en la fase final del siglo X y muy excepcionales para el siglo IX, aunque para entonces ya haya material comparable en Knossos y Atenas. Ni que decir tiene que un material tan limitado difícilmente podría avalar la idea de una relación centro-periferia entre Próximo Oriente y el Egeo en esa época. Según la interpretación habitual, reflejarían una iniciativa eubea de restablecer vínculos con Próximo Oriente (como sugieren fuentes citadas en Papadopoulos, 1997). Coldstream ha llegado incluso a proponer que aquellos vínculos incluían relaciones personales, tal vez matrimoniales, entre las élites de Lefkandi y Tiro (1997: 356-357). En cambio, Papadopoulos sugiere que representa el asentamiento en Lefkandi de «empresarios orientales», y que el individuo enterrado en la T. 79 de Toumba que según Popham y Lemos sería un guerrero-mercader eubeo» (1995), podría ser uno de esos colonos, lo que implicaría que las vajillas con semicírculos colgantes fueron encargos de comerciantes y/o colonos de Próximo Oriente, y que los descubrimientos de

ítems de Oriente Próximo en contextos egeos del siglo X y IX «encajan con las referencias en la literatura griega posterior a una temprana actividad fenicia en el Egeo» (1997: sobre todo 192-193, 200 [sobre vajillas], 206; cf. Sherratt, 2002: 229-230). Courbin también cree que fueron los fenicios quienes introdujeron cerámica euboica en Oriente Próximo (1993: 107-111).

Siempre es saludable verse obligado a reconocer las propias presunciones, y las críticas de Papadopoulos frente a los argumentos que presentan un escenario basado en una actividad panmediterránea euboica parecen en general razonables. Pero no creo que se gane mucho sustituyendo una omnipresencia fenicia por una omnipresencia euboica como principal motor de la expansión del intercambio de esa época. Las peculiaridades de la T. 79 de Toumba, sobre todo la presencia de frascos de aceite y de pesas chipriotas y levantinas, por lo demás ausentes de Lefkandi, podrían indicar que uno de los dos cuerpos enterrados ahora diferenciados (capítulo 6, p. 229) pudo pertenecer a alguien procedente de Oriente Próximo, tal vez un visitante o un residente. Pero otros rasgos, como la presencia de armas, corresponden a una práctica local, y ni el tipo de tumba, asaz extraño, ni los rasgos generales de la necrópolis de Toumba contienen paralelos claros con lo que se observa en lo que parecen ser necrópolis fenicias «expatriadas», como por ejemplo la de Amathus (Christou, 1998).

Además, los fenicios procedían de un medio urbano, con una cultura sofisticada, y resulta difícil imaginarlos asentándose de modo permanente en algún lugar sin dejar huellas considerables de su presencia aparte de los enterramientos. Pero en Thasos ocurre lo mismo que en Lefkandi: no se han encontrado los elementos que normalmente permiten certificar o adivinar una presencia fenicia en enclaves como Kition, Amathus y Kommos, o más tarde en el Mediterráneo central y occidental (cf. Ridgway, 1994), es decir, ni cerámicas, ya sean contenedores de transporte, cuencos u otros tipos domésticos, ni grafiti, ni estructuras arquitectónicas, ni elementos distintivos de actividad ritual (compárese con el santuario de Kommos; Shaw, 1998: 18-20). Resulta especialmente llamativa la escasez de cuencos con semicírculos colgantes en Lefkandi y en el Egeo en general dado que estos ítems estaban destinados concretamente a recrear las típicas cenas de Oriente Próximo, como puede esperarse de unos colonos procedentes de allí. Más que una información transmitida por visitantes orientales en el Egeo, parece lógico pensar que fueron griegos de paso por Oriente Próximo quienes descubrieron que el cuenco era allí un «enser doméstico indispensable (Coldstream, 1998b: 354). Incluso la idea de una colonia asentada en Creta de artesanos originarios de Fenicia o del norte de Siria ha merecido las críticas de Hoffman (1997), autor que cuestiona asimismo y de modo convincente la tesis de Boardman (1999: cap. 3 y 272-275) según la cual los vínculos del material

relevante son básicamente sirios. Pero esta clase de colonia es una posibilidad a contemplar, en la que se habrían transmitido técnicas artesanales avanzadas y estilos orientales muy artísticos orientales, como en el norte de Creta.

Los matrimonios interélites que postula Coldstream ofrecen una atractiva explicación alternativa para la extraordinaria cantidad de bienes de lujo de Próximo Oriente contenida en las tumbas de Lefkandi, que cuesta interpretar como meros productos del «comercio», y para la evidente conexión con Tiro. Pero estos matrimonios, concertados muchas veces a gran distancia, seguramente habrían obedecido a una motivación importante, que en aquellas circunstancias sería alguna forma de intercambio mutuamente provechoso, aunque también habría sido importante el factor prestigio que implicaban las relaciones basadas en el intercambio de dones entre élites muy alejadas. Estas explicaciones podrían dar cuenta de la presencia de este tipo de material en Knossos (*NorthCem*: 716), aunque parece menos plausible. Los lazos personales y posiblemente una motivación similar podrían estar también detrás de la presencia en Lefkandi de enterramientos claramente áticos, de mucha cerámica fina y de otros productos típicamente áticos; Coldstream asocia todos estos elementos a inmigrantes áticos ([1977], 2003: 373).

La aparición de cerámica euboica en un grupo restringido de yacimientos de Oriente Próximo refuerza este escenario de relaciones potencialmente personales, y también la evidencia de que hasta el siglo VIII la cerámica euboica es prácticamente la única presente en Próximo Oriente. Porque, como ha señalado Boardman (1999: 271), los mercaderes de Oriente Próximo no tenían por qué preferir exclusivamente cerámica euboica cuando podían disponer de una gran variedad de otras cerámicas en el Egeo igual de exóticas y tanto o más atractivas, sobre todo las áticas. Coldstream dice que el establecimiento de vínculos comerciales con Próximo Oriente obedeció a la «urgente necesidad de los griegos de viajar al este en busca de metales y de otras materias primas de que Grecia carecía» (1998b: 356). Pero, como ya hemos visto, no hacía falta salir del Egeo para adquirir algunos de los metales más codiciados, y el valor de los bienes y materiales hallados en Lefkandi, junto con la calidad única de muchos ítems, podría indicar en cambio que los «desesperados» eran los pueblos de Oriente Próximo, y no los eubeos. En última instancia, ningún argumento resulta concluyente, y es muy posible que Coldstream tenga razón cuando dice que los eubeos y los fenicios trabajaron en estrecha colaboración ([1977], 2003: 374). Luke (2003: 56-59) presenta un estudio sensato y serio sobre el tema.

Fuera cual fuere el polo más activo del vínculo, lo cierto es que la élite de Lefkandi sacó provecho de esas relaciones, pero todavía no sabemos qué es lo

que tenían que ofrecer, aparte del prestigio de una conexión tan distante. Los Sherratt (citados en Popham, 1994b: 30) creen que Lefkandi fue un fondeadero natural para los barcos que querían remontar el Euripos, y que los habitantes habrían podido imponer peaje a cambio de determinados servicios. Pero si eran barcos fenicios, no hay evidencia de que se aventurasen mucho más lejos. Porque, como señala Popham, en esta región el material de claro o plausible origen proximooriental es exiguo, por lo que sigue planteada la pregunta: ¿qué les llevó en esa dirección? La respuesta puede ser, como antes, los metales. Como se apuntaba en el capítulo 4, ninguna evidencia demuestra que se explotaran fuentes euboicas, que de todos modos no incluyen los metales más valorados, pero la aparición del área estilística tesalo-euboica sugiere estrechas relaciones en gran parte del norte del Egeo. A juzgar por los magníficos hallazgos de Lefkandi, los eubeos habrían sido líderes en esta actividad, así que habrían podido ser la vía para que los materiales del norte del Egeo fluyeran a otras regiones (cf. Popham, 1994b: 30, 33). Incluso es posible que transportaran plata de Laurion al este en forma de lingotes (si toda la plata se destinaba al comercio con Oriente Próximo, se explicaría la práctica ausencia de objetos de plata en Ática y en Eubea, ausencia que Coldstream, 1998c: 259-260 considera un problema). Ante la falta de datos analíticos, todo esto no deja de ser hipotético, pero posible.

Los siglos IX y VIII

Los interesantes descubrimientos llevados a cabo en la necrópolis de Toumba, Lefkandi, en la Necrópolis Norte de Knossos y en Tiro alteraron profundamente la idea de Coldstream de que el inicio del siglo IX coincidió con una época de palpable deterioro de las relaciones de intercambio dentro y fuera del Egeo, como el propio autor ha reconocido, pero se mantiene el hecho de que esta evidencia se reduce a unos pocos yacimientos. La cantidad de material que evidencia la existencia de intercambios en el siglo IX sigue siendo escasa en términos absolutos, aunque resulte menos sorprendente que a finales del siglo X. De los aproximadamente cuarenta vasos áticos del siglo IX de la Necrópolis Norte de Knossos, casi la mitad se hallaron en una tumba (G), y sólo se recuperaron unas pocas piezas de otras fuentes griegas. En general, la mayoría de los vasos cerámicos griegos del siglo IX hallados fuera de su contexto original son vasos para beber, además de algunas ánforas y cráteras (grandes y potencialmente prestigiosas asociables a la bebida) y píxides, pero dada la exigua cantidad total, se diría que esta cerámica es más una señal de actividad que un ítem importante de intercambio. Cabe mencionar que la cerámica corintia empezó a aparecer en otros yacimientos en el siglo

IX, y que llegó en cierta cantidad a la Fócide a través del golfo de Corinto (Coldstream, 1977: 85, 177-179), pero ninguna del extremo occidental del golfo o de Épiro data de antes de principios del siglo VIII, y prácticamente ninguna pieza hallada en el Egeo es de fecha anterior (Coldstream, 1977: 182; un *aryballos* hecho a mano en Knossos se fecha en el GM I, véase *NorthCem*: 402). Esto apunta a un centro de desarrollo reciente, pero la gradualidad de su expansión podría considerarse un reflejo de las tendencias generales.

La distribución del material en el siglo IX presenta algunas peculiaridades destacables. Por ejemplo, la cerámica ática es con mucho la cerámica más exportada en el Egeo, y es evidente que se valoraba por su calidad. No sólo su repertorio de formas en contextos no áticos es mucho más amplio que el de las otras cerámicas griegas, sino que algunas piezas halladas en Lefkandi y en Knossos son las más finas de toda Ática; no es extraño, pues, que estas importaciones áticas aparezcan sobre todo en las tumbas más ricas. En cambio las piezas áticas halladas en Próximo Oriente son escasas y poco llamativas, y en las tumbas de Atenas han aparecido muchos menos ítems originarios de Próximo Oriente que en Lefkandi, salvo excepciones, como la tumba femenina H 16:6 del Areópagos (Smithson, 1968; Coldstream, 1977: 55-56). La serie de ítems de lujo de Próximo Oriente recuperada en Lefkandi es también más impresionante que la de Knossos, aunque habría que tener en cuenta que esa diferencia podría estar, en parte, relacionada con la desaparición o destrucción de material debido al uso repetido de las tumbas de Knossos. Pero los frascos de aceite de tipo fenicio, al parecer producidos en Chipre, que empezaron a importarse y a producirse localmente en el Dodecaneso y en Knossos en los siglos IX y VIII (recientemente Coldstream, 1998a: 255-258), solamente se encuentran en una tumba de Lefkandi (T. 79A de Toumba) y nunca llegaron a Atenas. Por último, la cerámica euboica no está muy representada en Atenas o en Knossos, donde las importaciones cicládicas, algo más preeminentes, son de estilo *aticizante*, no euboico (*NorthCem*: 403-404), ni tampoco en Chipre, aunque es bastante corriente en Tiro.

En conjunto, esta distribución peculiar sugiere que el intercambio pudo basarse todavía en vínculos independientes, unas veces regulares, otras coyunturales, entre determinadas regiones, centros, familias o individuos, y que buena parte del material podría estar relacionado con el intercambio de dones, no de bienes comerciales. La mayor evidencia de riqueza en los siglos X y IX en Lefkandi, Knossos y hasta cierto punto en Atenas parece íntimamente asociada a la evidencia de intercambios externos, pero no es tan demostrable en otros centros con enterramientos relativamente ricos, como Elateia o Vergina. La expansión real de los intercambios y de la adopción o

adaptación de técnicas, tipos y temas de Próximo Oriente en diversos ámbitos artesanales y artísticos no parece comenzar hasta bien entrado el siglo IX, y se acelera en el siglo VIII. En este sentido, la descripción de Coldstream del período posterior a *ca.* 770 como un «renacimiento» aún parece razonable, aunque antes que un nuevo punto de partida sería mejor considerarlo como la intensificación de contactos ya existentes, posiblemente en respuesta a los cambios políticos en Próximo Oriente.

Ahora es posible afirmar que en el siglo VIII, y más concretamente en la segunda mitad, ciertos procesos estaban afectando a toda o casi toda el área del Egeo. En esa época todas las regiones empiezan a producir versiones del estilo GR, aunque algunas se inspiran no directamente en Atenas, cuna del estilo, sino en otros grandes centros como Argos y Corinto. A finales de siglo la influencia de Corinto se generaliza, y algunos de sus tipos cerámicos, sobre todo los vasos para beber, son ya tan populares que conforman una «cerámica de exportación» cuya distribución refleja algo más que una actividad exclusivamente corintia. Los materiales son ahora mucho más accesibles, sobre todo el bronce, que muchos centros y talleres utilizan para manufacturar estatuillas y algunos vasos con trípode para ofrendas, pero también el oro, el ámbar y el marfil, aunque se cree que la mayoría de ítems de marfil son producto de artesanos inmigrantes de Próximo Oriente o artesanos locales bajo una profunda influencia artística de Próximo Oriente. En distintos centros empiezan a aparecer objetos, hechos o no por artesanos inmigrantes, que evidencian este tipo de influencia: diademas y joyas de oro, particularmente arracadas, y un conjunto único de estatuillas de marfil en Ática, sellos de piedra en la Argólida, sellos de marfil en Corinto, y toda una serie de objetos de oro, bronce y marfil de Creta. La mayoría tienen una distribución relativamente acotada, pero el cariz cada vez más internacional del intercambio de bienes y de las influencias que recibían los artesanos egeos se refleja perfectamente no sólo en el amplio abanico de fuentes de las importaciones destinadas al parecer a ofrendas de Ítaca, aunque la cerámica extranjera sea casi en su totalidad corintia (Coldstream, 1977: 184), sino también en las distancias recorridas por algunos ítems, vasos incluidos (por ej. un vaso sardo en Knossos, Ridgway, 1994: 39), y en la mezcla de yelmo proximooriental y de peto de armadura europeo que se observa en la famosa panoplia de Argos (Harding, 1984: 176; Snodgrass ([1971], 2000: 271-272). Sí parece, pues, que en general el nivel de intercambio en el Egeo y entre el Egeo y Próximo Oriente se intensifica, y que el horizonte de muchas comunidades egeas se amplía con bastante rapidez.

Antes de mediados del siglo VIII, y puede que ya desde finales del IX, algunos vasos griegos llegaron al Mediterráneo central, incluida Cerdeña, con frecuencia en los mismos contextos que los ítems de Próximo Oriente, lo que

podría avalar la teoría de Coldstream de una colaboración fenicio-euboica. Entre algunos ejemplares de *skyphoi* con semicírculos colgantes (de Veii, probablemente Roma, y un yacimiento en Sicilia y otro en Cerdeña), había una mayoría del tipo chevron, una forma de origen ático que de muchos de los primeros vasos griegos de Etruria y de Campania. Son vasos para beber que se podrían interpretar como «regalos de iniciación» según la terminología de Luke (2003: 52). Muchos son euboicos, y Pitecusa, la primera gran colonia griega fuera del Egeo establecida al parecer hacia 750, presenta fuertes conexiones euboicas (Ridgway, 1992). Es evidente que se fundó pensando en el intercambio, dado que estaba en una isla relativamente pequeña, aunque parece que enseguida atrajo a mucha más gente de la que normalmente habría podido subsistir únicamente a base del intercambio. En comparación, los argumentos en favor de un asentamiento similar de griegos en Al Mina, en Siria, parecen endebles, ya que, como señalaba Snodgrass (1994: 4), se basan en la sola presencia de cerámica fina para comer y beber, un indicio de asentamiento tan frágil como cualquier material similar descubierto en otros yacimientos sirios. De todos modos no hay duda de que Al Mina fue un centro comercial que durante bastante tiempo recibió gran cantidad de material griego, y lo más probable es que al menos parte de ese material llegara de la mano de mercaderes griegos desde puertos griegos (cf. Snodgrass, 1994: 5). La cerámica incluye, como antes, tipos euboicos y áticos e imitaciones cicládicas de ellos, pero a finales del siglo VIII también aparecen vasos rodios y corintios (Coldstream, 1977: 359; véase Luke, 2003).

Los debates sobre si la evidencia refleja una empresa claramente griega o fenicia empiezan a parecer cada vez más estériles, a la luz de la amplia evidencia de una influencia técnica y artística de Próximo Oriente en Grecia, de los indicios de la presencia de elementos proximoorientales entre los colonos de Pitecusa (Ridgway, 1992: 111-118 expone la evidencia de forma exhaustiva; véase asimismo 1994), y de la cuasi certeza de que el alfabeto griego fue una creación de griegos íntimamente familiarizados con la escritura fenicia, algo que pudo tener lugar antes incluso de 750 (Coldstream [1977], 2003: 406) y muy posiblemente fuera de la «vieja Grecia». Parece más importante constatar las distintas respuestas de los diferentes yacimientos y regiones a las influencias de Próximo Oriente, y destacar que determinadas cerámicas griegas no aparecen en absoluto en ultramar: aun cuando esto no significa necesariamente que hubiera mercaderes originarios de los centros productores especialmente activos en el intercambio de ultramar, como se afirma con frecuencia de los eubeos, sí sugiere que este tipo de comerciantes frecuentaba básicamente esos centros. Pero también aquí Creta es la excepción, ya que pese a la gran cantidad de evidencia existente sobre los muchos y variados contactos e influencias exteriores, sobre todo de Próximo Oriente,

la cerámica cretense apenas se encuentra fuera de la isla, salvo algunos objetos de metal cretenses (Coldstream, 1977: 288-289). La razón podría ser simplemente el menor atractivo de la cerámica cretense respecto a la de otras regiones; los vasos para beber son bastante grises comparados con los *skyphoi* áticos y euboicos. También es posible que las comunidades cretenses, bien situadas en la ruta natural que cruza el Mediterráneo, tuvieran una mayor facilidad para adquirir bienes y materiales foráneos. Por último, fuera cual fuere su grado de actividad en el intercambio ultramarino y en última instancia en sus colonias, las comunidades griegas no eran tanto emisoras de influencia como básicamente receptores de influencias externas, y así se mantendrían todavía durante mucho tiempo.

Bibliografía

General: Dickinson (1994a: cap. 7) analiza el comercio y el intercambio egeos del Bronce (250-256 son especialmente relevantes para el período del Tercer Período Palacial y el Pospalacial). Cline (1994) propone un estudio general valioso; véase tambien Knapp (1990, 1991). Gale (1991) aporta contribuciones importantes (sobre todo las de Catling y Snodgrass), también Karagoerghis y Stampolidis (1998), y Laffineur y Greco (2005). Para referencias sobre los pecios de Uluburun y cabo Gelidonia véase la bibliografía del capítulo 2.

S. P. Morris (1992: 130-146) reúne las referencias literarias sobre la actividad fenicia en el Egeo. Whitley (2001: cap. 6) analiza los vínculos y las influencias de Oriente Próximo, y contiene importantes observaciones sobre el comercio (2001: 175). Sobre Lefkandi y Próximo Oriente, Popham (1994b) es muy útil. Hoffman (1997) presenta un estudio interesante sobre el tema de las conexiones con Oriente Próximo, centrándose en Creta.

El estudio detallado y valioso de Luke (2003) del material geométrico en Próximo Oriente centrado en Al Mina sólo llegó a mi conocimiento en el último momento; en este capítulo he incluido algunas referencias a esta autora, y confío en no haber malinterpretado sus hipótesis.

8. RELIGIÓN

INTRODUCCIÓN*

La religión desempeñó un rol muy importante en la sociedad griega histórica. Fue fundamental para la autopercepción de los griegos como pueblo distinto (véase Heródoto 8.144) y para la expresión identitaria de sus diversas comunidades. Hasta el período clásico incluido, los edificios públicos más monumentales de todos los estados fueron, con muy pocas excepciones, las estructuras sagradas, especialmente los templos, que además de ser símbolos de veneración a sus divinidades servían para exhibir la riqueza de las comunidades que los habían construido y, cuando se encuentran fuera de los grandes centros, se utilizaban seguramente para afirmar los derechos del estado sobre el territorio (de Polignac, 1995: cap. 2). Además, las finas artes se dedicaban fundamentalmente a producir ofrendas a los dioses y representaciones de esos dioses, y las grandes fiestas, como las competiciones atléticas panhelénicas, se celebraban en su honor. Podría decirse que hacia 700 o puede que algo más tarde, muchos rasgos de la religión de la Grecia histórica ya se habían consolidado: todos los dioses griegos aparecen mencionados en los poemas homéricos, muchos con roles preeminentes, mientras que la *Teogonía* de Hesíodo, más o menos contemporánea (véase Rosen, 1997: 464-473 sobre la cronología de los poemas), presenta una genealogía de los dioses que más tarde se convertiría en norma aceptada por todos.

La pregunta que se plantea es si aquella religión histórica representa una continuación del pasado del Bronce, y en caso afirmativo, hasta qué punto, o si por el contrario encarnaba nuevos elementos importantes de la EHA. La

* En la figura 8.1 se muestran todos los yacimientos mencionados en este capítulo.

creencia de que hubo continuidad en la «esencia» de la religión griega desde la época prehistórica hasta la época clásica fue muy popular en su día, y Dietrich (1986) la defendía no hace mucho, pero Sourvinou-Inwood (1989) sometió su metodología y sus premisas a una crítica exhaustiva(entre otras, la idea completamente desfasada de que las religiones minoica y micénica formaban una unidad). Estas teorías de la continuidad se basan en general en una visión sumamente optimista de la evidencia arqueológica. En cambio, Desborough (1972: 283-284) y Coldstream (1977: 329) comparten una visión pesimista de la evidencia disponible sobre la religión en la «Edad Oscura», y Burkert también destaca las discontinuidades (1985: 49-53). Aunque desde la publicación de sus respectivas obras se ha acumulado más evidencia, ésta sigue siendo enormemente escasa antes del siglo VIII. Dietrich ha reconocido esta inconveniente laguna y ha tratado de colmarla postulando una continuidad de la tradición, pero su enfoque también resulta muy cuestionable, como señala Sourvinou-Inwood:

> Esta hipótesis no tiene en cuenta que las posibles creencias y prácticas tradicionales del pasado susceptibles de haber sobrevivido no eran «esencias fijas» inalteradas sino que se habrían visto afectadas, moldeadas y ajustadas al nuevo marco religioso del que formaban parte y que les otorgaba valor; y que un cambio del marco físico de las prácticas de culto (como la presencia o ausencia de templo) constituye en sí mismo un importante cambio de culto, y minimizar su importancia sería, por lo tanto, ilegítimo desde el punto de vista metodológico (Sourvinou-Inwood, 1989: 53).

La autora añade que es altamente improbable que en un contexto de profundos cambios sociales y políticos los rasgos religiosos se mantuvieran inalterados, y advierte del peligro que entraña presuponer que se heredaron inalteradas prácticas aparentemente antiguas del Bronce. Comparto plenamente este enfoque (defendido también en Morgan, 1999: 369-372) que, además de ser más plausible, encaja mucho mejor con la evidencia disponible. Porque es innegable que han sobrevivido muy pocos yacimientos religiosos importantes del Bronce hasta la EHA, y aún menos en épocas posteriores, y, además, casi todos los grandes sitios religiosos de la Grecia histórica eran nuevas fundaciones de la EHA, o como máximo de la fase final del Bronce. En principio es evidencia suficiente de la existencia de cambios radicales en la práctica pública de la religión, y avala sólidamente la idea de que la religión griega experimentó un constante proceso de cambio en uno u otro aspecto, fueran cuales fueren sus vínculos con el pasado, y de hecho son cambios observables.

Con todo, la teoría de la continuidad tiene un aspecto positivo, y es que ve

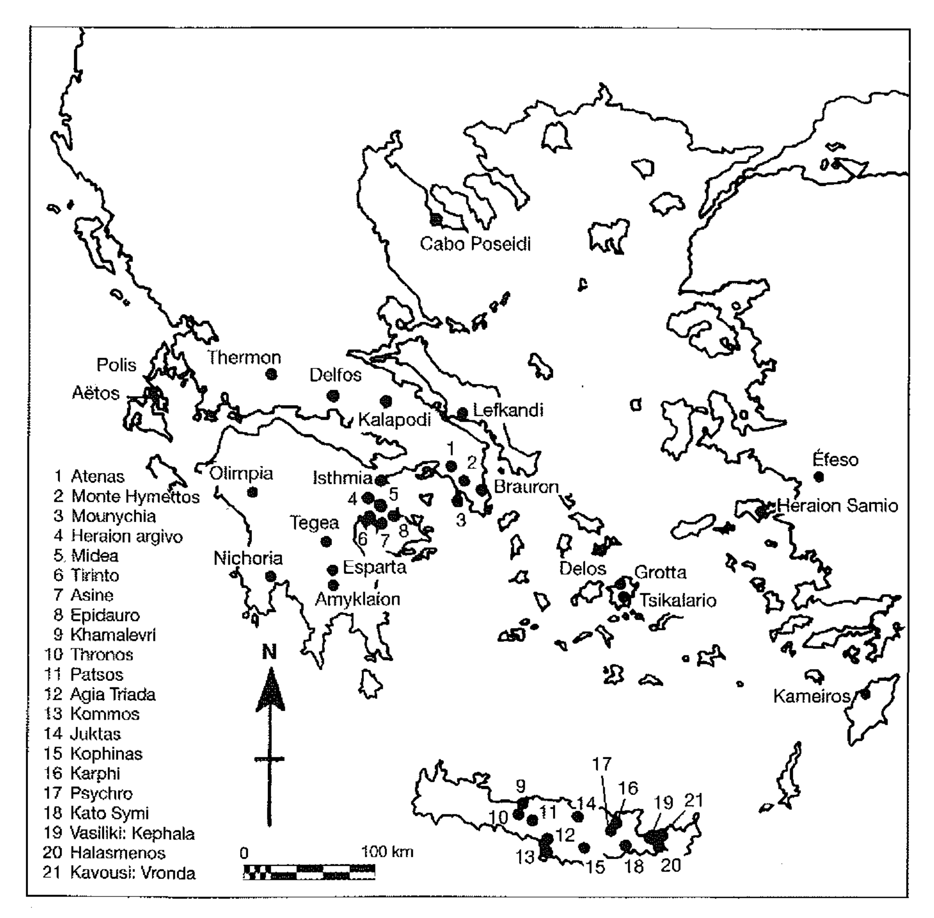


FIGURA 8.1. Yacimientos pospalaciales y de la EHA con importante evidencia ritual.

los cambios en la religión griega como resultado de procesos internos básicamente, aunque con frecuencia introduce la idea de que Ares y Dionisos fueron incorporaciones relativamente tardías al panteón griego de Tracia y Asia Menor respectivamente. Esta hipótesis es a todas luces innecesaria ahora que en textos del Lineal B se han identificado los nombres de ambos dioses. Hay otra teoría radicalmente distinta, la que defiende Kirk (1990: 2-8), según la cual la religión griega histórica reflejaría la respuesta a la gran influencia de Próximo Oriente durante el Bronce reciente y la EHA, que se tradujo en la adopción o adaptación de muchos conceptos religiosos y arquetipos divinos orientales. Considero esta hipótesis inadmisible por muchas razones, entre otras que el sol y la luna, dos elementos de culto fundamentales en todo Oriente Próximo, desempeñan un rol insignificante en la religión de

la Grecia histórica. Kirk no ofrece ninguna explicación de cómo y por qué se transmitieron masivamente al Egeo lo que él presenta como ideas básicamente mesopotámicas, cuando la influencia religiosa mesopotámica no es precisamente acusada en las religiones de Siria y Anatolia, que estaban más cerca y sin duda en contacto con el Egeo, tanto en el Bronce reciente como después.

Además, no hay paralelos antiguos de una adopción masiva de ideas religiosas foráneas. Más bien todo lo contrario, porque parece que entre culturas prácticamente nunca se transmitían ideas sobre atributos, funciones, actividades e interacciones de los dioses, y cuando eso ha ocurrido casi siempre ha sido en un contexto de conquista de un territorio y adopción de sus dioses (véase Dickinson, 1994b: 176). Es más, la afirmación de Kirk de que muchas de las ideas y conceptos religiosos sobre los dioses y sus interacciones que se leen en los poemas de Homero y de Hesíodo son de origen mesopotámico parece basarse exclusivamente en la suposición de que, como esos textos mesopotámicos son claramente más antiguos que los textos griegos, las ideas tuvieron que llegar a Grecia de Mesopotamia. Esta interpretación no tiene debidamente en cuenta las grandes diferencias que presenta la historia de la escritura en una y otra región, y por lo tanto no resulta metodológicamente pertinente sugerir que un concepto no existía en Grecia sencillamente porque no aparece en el registro escrito de la época en cuestión. Es innegable que existen interesantes paralelos entre la forma que tenían las sociedades de Próximo Oriente, sobre todo Mesopotamia, y la griega de concebir la naturaleza y la conducta de los dioses (véase West, 1997: cap. 3), pero en su mayoría son sobre todo rasgos de tipo poético y literario, no de prácticas de culto.

Sin duda los poetas griegos tuvieron una gran influencia en la forma de percibir a los dioses, y sus obras han contribuido mucho a crear la impresión de una religión griega unificada, pero conviene destacar que se trata básicamente de una creación poética que oscurece la enorme variedad local. En realidad la religión griega no existió como entidad unificada sino en forma de muchas variantes con muchos elementos comunes pero que, en última instancia, no dejaban de ser exclusivas de comunidades concretas (cf. Sourvinou-Inwood, 1990: 295-296, 300). Es muy probable que aquellas prácticas y creencias localizadas tuvieran sus raíces más profundas en el pasado, pero su historia es imposible de rastrear porque, aparte de las grandes discontinuidades del registro arqueológico, según la evidencia textual disponible es evidente que buena parte de la actividad religiosa pública era de tal naturaleza que es casi imposible de identificar arqueológicamente.

Por ejemplo, los calendarios religiosos de varios demes atenienses del período clásico indican la existencia de toda una serie de lugares públicos de ofrendas y sacrificios que eran importantes para la comunidad local (Mikal-

son, 1983: 68-69 calcula como mínimo treinta y cinco sólo en el territorio del demos de Erchia, y señala que sólo se refieren a ritos anuales en los que el demos estaba financieramente implicado). Pero seguramente este tipo de lugares no eran espacios donde se acumularan ofrendas votivas, ni poseían elementos arquitectónicos reseñables, así que es muy difícil que su rastro sobreviviera arqueológicamente. Si bien los demes atenienses no son la mejor analogía para otros lugares y épocas, es muy posible que en muchos períodos hayamos pasado por alto evidencia de una parte sustancial de la actividad religiosa pública, por no hablar de lo que ocurría en el seno de la unidad familiar. Lo más probable es que los lugares de culto que se pueden identificar fueran los más importantes de su tiempo, pero no habría que asumir que los rasgos que presentan son incuestionablemente típicos de la actividad religiosa de todo el Egeo. En efecto, es probable que, como en otros ámbitos, hubiera una gran diversidad local en materia de prácticas religiosas en la EHA.

El Tercer Período Palacial y el período Pospalacial

Las preguntas más fáciles de contestar tienen que ver con la evidencia existente sobre los tipos de yacimiento religioso, sobre las prácticas realizadas en ellos y los cambios experimentados por esos rituales, pese a que en ausencia de textos escritos su aportación al perfil general de una religión sea muy limitada. En efecto, la evidencia escrita más antigua, esto es, los textos del Lineal B del período del Tercer Período Palacial, es de poca ayuda, ya que son casi exclusivamente registros de ofrendas a una gran variedad de posibles figuras divinas. Poco se puede decir de esas divinidades, ni siquiera cuando sus nombres coinciden, en algunos casos, con los principales dioses del Olimpo (Zeus, Hera, Poseidón, Hermes, Ares, Dionisos, Artemisa y posiblemente Atenea, aunque es controvertido), o con deidades menores mencionadas en los poemas homéricos (Enialio, Peón [como *pa-ja-wo*], Erini) o de creación claramente griega (Potnia, Día, Ifemedea). Aunque algunos de estos nombres aparecen en dos o más grandes yacimientos, se mezclan con nombres que más tarde se desconocen (Chadwick, 1985: 194-198 ofrece un análisis detallado, al que cabe añadir mucho material nuevo de Tebas; cf. Dickinson, 1994a: 291), y no hay base para poder asociarlos a representaciones de posibles figuras sobrenaturales, y menos para identificar sus funciones. Los documentos sí indican que había tanto sacerdotes como sacerdotisas, lo que contrasta radicalmente con la situación de Próximo Oriente, donde los sacerdotes eran normalmente varones. Esta novedad podría estar relacionado no sólo con el predominio de las mujeres en las escenas rituales minoicas y similares sino también con un rasgo distintivo de la religión de la Grecia clá-

sica y que ya está presente en los poemas homéricos: que el culto a las distintas divinidades lo supervisaban personas del mismo sexo que el que se atribuía a la deidad.

La preeminencia que se acordaba en general a Potnia y el que algunos nombres oscuros o desconocidos fueran tan populares como los nombres olímpicos identificados son indicios bastante claros de que la religión basada en los dioses del Olimpo sólo empezó a dar sus primeros pasos en el Tercer Período Palacial. En efecto, se ha señalado que las ofrendas registradas en los textos del Lineal B destinadas a figuras divinas ciertas o posibles y que consistían fundamentalmente en productos alimenticios, vino y aceite de oliva, tienen más en común con las dedicaciones a los muertos que con las ofrendas a los dioses del Olimpo que se mencionan en los poemas homéricos (Yamagata, 1995). Algunos autores sostienen hace tiempo que, si bien existe evidencia de que en el Bronce reciente el sacrificio animal no era desconocido y que incluso pudo ser importante, no se puede demostrar que tuviera tanta centralidad en la religión pública como en la época histórica, y que la forma que adoptó y el modo de representarlo parece haber cambiado entre el Bronce y la EHA (Marinatos, 1988, compara representaciones minoicas y griegas, y Bergquist, 1988 compara restos arqueológicos del Bronce y de la EHA). De hecho, Bergquist afirma que la práctica de inmolar al menos parte del animal en un altar a modo de ofrenda al dios fue una innovación de la EHA, adoptada seguramente bajo la influencia de Próximo Oriente (aunque Aubet, 2001: 151 cree que sólo es en esa época cuando se convierte en un rito importante en Fenicia).

No obstante, ahora se aduce que existe evidencia convincente de una forma de sacrificio animal con inmolación de parte o todo el animal en el palacio de Pilos (bóvidos), en el santuario de Methana (cerdos pequeños, también vísceras de ovejas/cabras) y en el «Centro de Culto» de Micenas (incluidos algunos cerdos jóvenes) (Isaakidou *et al.*, 2002: Hamilakis y Konsolaki, 2004). Hamilakis y Konsolaki llaman la atención sobre una posible conexión con los banquetes y sobre la diferencia de escenarios entre un palacio monumental, donde podrían haber participado cientos de personas, y el mediocre edificio de Methana, con espacio sólo para unas pocas (2004: 145-146). Por lo tanto, pudo ser un rito bastante extendido, y aunque existen diferencias de detalle respecto al típico sacrificio de la EHA, incluido el tipo de animales sacrificados, es posible que este rito siguiera practicándose, o se preservara al menos su memoria y que se reanudara en determinadas ocasiones hasta ganar más y más importancia en la EHA.

La evidencia arqueológica de lugares de actividad religiosa en el Tercer Período Palacial es tan escasa y fragmentaria como la evidencia escrita (Dickinson, 1994a: 286-293). Algunos hallazgos recientes, como el santuario de

Methana (Konsolaki-Yannopoulou, 2001: 213-217 ofrece muchos detalles), y lo que parece ser una casa-santuario con un elemento central en forma de un gran bóvido de arcilla en Dhimini (Adrymi-Sismani, 1994: 31, 36) no sólo no contribuyen a identificar pautas recurrentes de conducta sino que incrementan la sensación de diversidad. El contraste con Creta es muy acusado. Aquí se pueden identificar bastantes ejemplos de tipos de culto definibles, aunque el escenario estructural para el ritual, allí donde lo hay, es mucho menos imponente que la sucesión de salas de los palacios minoicos y otros edificios monumentales supuestamente dedicados a funciones rituales/ceremoniales.

En Creta existe sin duda mucha más y mejor evidencia de continuidad hasta la EHA de tipos de yacimiento, símbolos y ofrendas votivas que en la región cultural micénica. Las ofrendas de estatuillas de arcilla parece que son una práctica ritual común en toda la región cultural micénica (Dickinson, 1994a: 287), y está bien documentada en Methana (donde entre las estatuillas zoomorfas predominan los bóvidos, lo que contrasta con los animales realmente utilizados para el sacrificio, un rasgo que también se observa en yacimientos minoicos como Juktas). Las estatuillas aparecen en contextos funerarios y de habitación micénicos así como en yacimientos que parecen ser exclusivamente rituales, pero la práctica de este tipo de ofrendas no se menciona en la evidencia escrita ni aparece reflejada en los frescos que muestran mujeres en procesión llevando sus supuestas ofrendas (las dos aparentes representaciones de estatuillas muestran una que parece una muñeca real, y la otra reproduciría una de las mayores estatuillas de arcilla; Immerwahr, 1990: 114, 119, 120 fig. 33). Pudo ser una práctica más «popular» que «oficial» –por ejemplo, las estatuillas más corrientes no aparecen en el «Centro de Culto» de Micenas–, pero no sabemos si esta distinción sirve para algo. En otros aspectos, el culto micénico requería muchos menos ítems rituales: no existen paralelismos de los «soportes con asas serpentiformes», ni de las mesas para ofrendas, etc. minoicos y el símbolo de los «cuernos de consagración» sólo aparece de forma esporádica.

Decíamos en el capítulo 2 que es posible que los rituales más importantes tuvieran lugar en los palacios micénicos pero, como señala Albers (2001), no parece que fueran templos en su acepción de depositarios de imágenes de los dioses. Lo más probable es que este rol correspondiera a los santuarios, pero en Micenas, al menos, el «Centro de Culto» dejó de utilizarse y no se restableció tras el Colapso. La evidencia pospalacial es en realidad enormemente diversa. Las estructuras más antiguas de algunos yacimientos se preservaron en parte (el «templo» de Agia Irini y los santuarios de Phylakopi) o se volvieron a usar tras un período de abandono (el «megaron» de Midea). En otros yacimientos se levantaron nuevas estructuras, como los santuarios

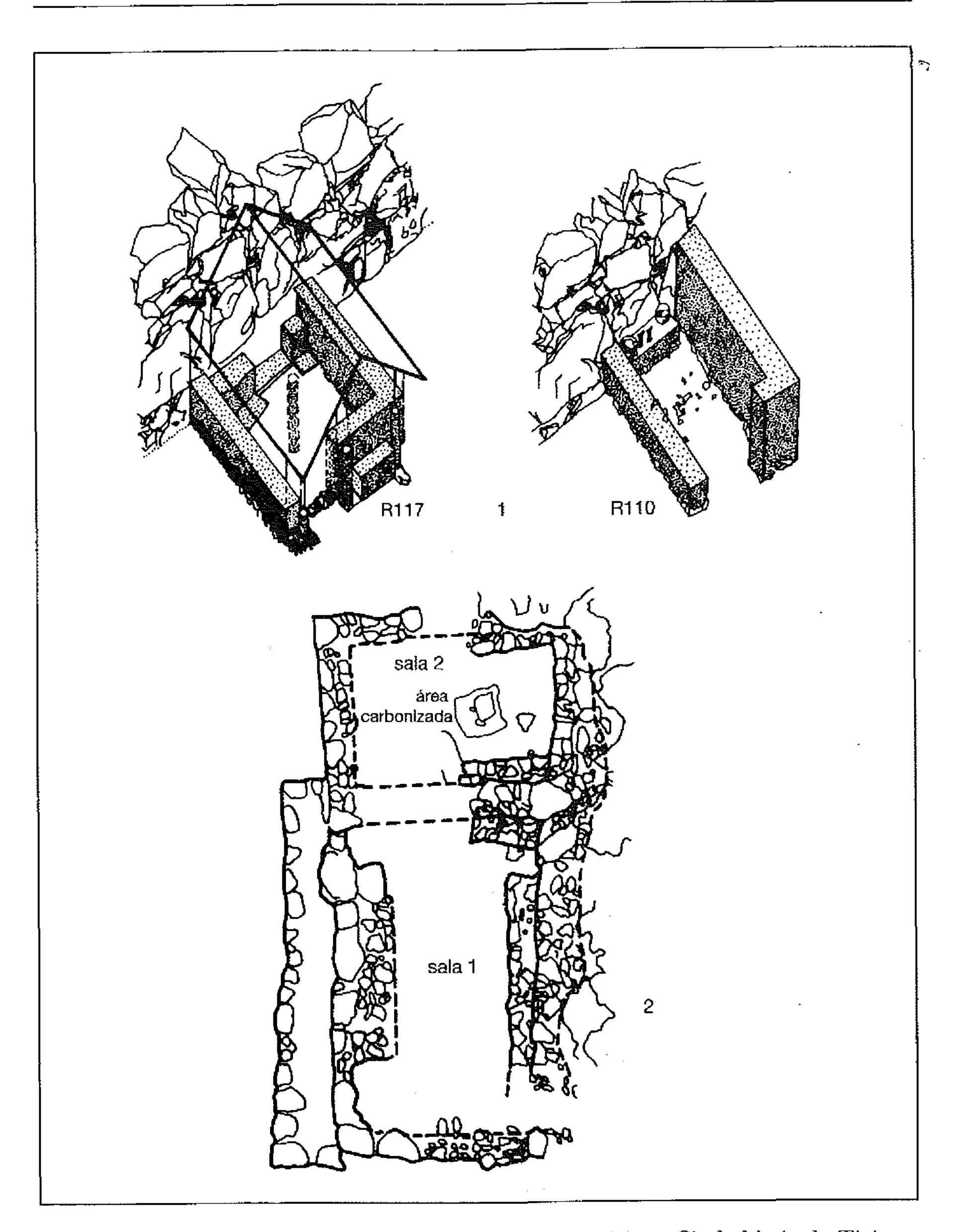


Figura 8.2. Planta de algunos de los primeros santuarios: 1. Ciudad baja de Tirinto, santuarios R 117 y R 110 (según Kilian, 1981, 52 figs. 4-5). 2. Kavousi: Vronda, Edificio G (según Gesell *et al.*, 1995, 78, fig. 3).

de la Ciudad Baja de Tirinto (fig. 8.2: 1), y una pequeña estructura rectangular de Kalapodi (Felsch, 2001: 194), o dentro de las nuevas estructuras se destinaron algunas salas al culto (la Casa G de Asine, Sala XXXII). En otros se establecieron lo que parecen ser espacios a cielo abierto sin ningún tipo de estructura destacable (el Amyklaion, quizá fundado poco antes del Colapso).

Fuera de Creta la evidencia es todavía muy esporádica. Pero en Creta, pese a que las dificultades para establecer con detalle las secuencias locales debilizan cualquier posible deducción, se ha podido identificar toda una serie de yacimientos con edificios que se pueden asociar a la tradición del «santuario con bancos», que incorpora una sala con uno o dos bancos adosados a las paredes, aunque se pueden añadir más salas; se conocen ejemplos en Karphi, Kavousi: Vronda (fig. 8.2: 2), Vasiliki: Kephala (Eliopoulos, 1998; Rehak y Younger, 2001: 460-461), y Halasmenos, un yacimiento que se fecha a mediados del MR IIIC (Tsipopoulou, 2001). Además de estos yacimientos de nueva creación, se siguieron utilizando antiguos recintos a cielo abierto en montes y llanos (por ejemplo, los santuarios de montaña de Juktas y Kophinas, o el de Kato Symi) y cuevas (Patsos, seguramente Psychro y otros lugares). En general, tanto los yacimientos como las prácticas identificables parecen seguir, o reanudar en ese momento, tradiciones establecidas antes del período Pospalacial (cf. Gesell, 1985: cap. V; Rehak y Younger, 2001: 462-463).

D'Agata (2001) presenta un atractivo análisis de la evidencia del MR IIIC y la sitúa en un contexto social. Esta autora detecta la aparición de una pauta común en una fase avanzada del MR IIIC, en forma de una iconografía coherente cuyo origen en muchos casos se puede identificar en el pasado: recurrencia de ítems tales como estatuillas de diosas con los brazos alzados, cuencos rituales (*kalathoi*) sobre «soportes con asas serpentiformes», y símbolos de los «cuernos de consagración», a los que Gesell (2001) añade las grandes placas que en muchos lugares se colgaban en el interior de los edificios exhibiendo una escena simbólica pintada o en relieve (fig. 8.3: 1-4). Sobre los distintos tipos de yacimientos identificados, D'Agata cree que los edificios que se hallan dentro de los lugares de habitación y los santuarios a cielo abierto dentro o junto a lugares de habitación son los centros de culto del asentamiento, administrado por las élites locales, e interpreta en cambio los centros rurales a cielo abierto como los lugares de reunión de las comunidades de toda una región, organizados conjuntamente por las élites de esas comunidades. Se cree que algunos yacimientos rurales menores son meros lugares santos visitados por personas individuales (pero entre ellos la autora cita Psychro, donde la calidad de las ofrendas sugiere la implicación de la élite). Pero cada yacimiento tiene sus peculiaridades. Mientras que la mayoría parece tener un santuario con un solo banco, en Karphi se han identifi-

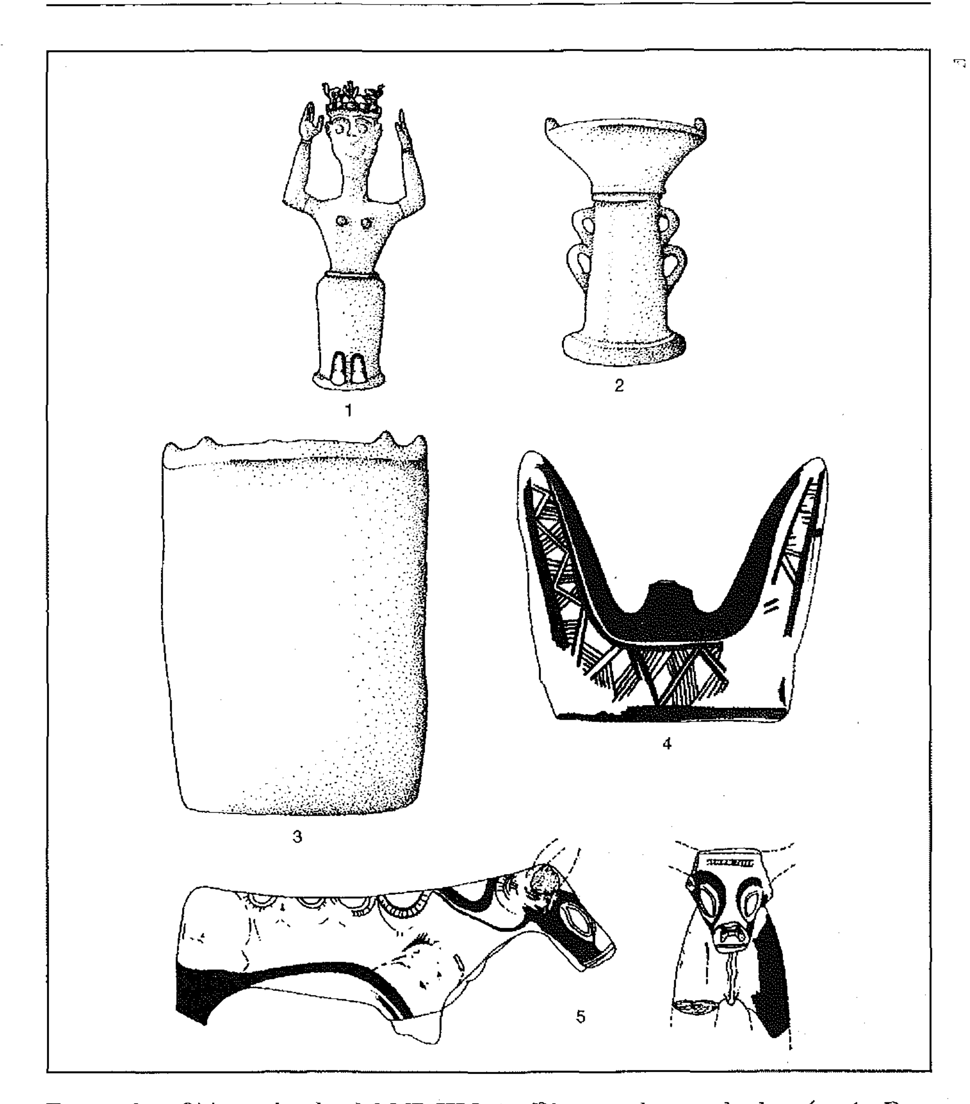


FIGURA 8.3. Objetos rituales del MR IIIC: 1. «Diosa con brazos alzados» (según Desborough, 1972, lám. 21 izq., Karphi). 2. *Kalathos* con «soporte de asas serpentiformes» (según *Hesperia* 60, 1991, lám. 63e, Kavousi:Vronda). 3. Placa (según Gesell, 2001, lám LXXXIb, Kavousi:Vronda). 4. «Cuernos de consagración». 5. Figura zoomorfa hecha a torno (ambos según D'Agata, 1999, láms. XXXI; C1.7 y LXI: C 3.18, Agia Triada). Escala: 1:8.

cado no menos de cinco, y como mínimo tres de ellos contenían estatuillas de la diosa con los brazos alzados; D'Agata sugiere que esta proliferación podría reflejar la ausencia de una autoridad central, y por lo tanto la rivalidad entre grupos concurrentes que mantenían santuarios separados (2001: 348-349). Los complejos con múltiples salas, como en Vasiliki: Kephala, pudieron albergar más de un culto (2001: 350; también había rasgos «continentales» que no aparecen en otros sitios).

La continuación de la tradición de utilizar estatuillas de arcilla como imágenes divinas y como ofrendas votivas constituye un factor de unificación y un claro vínculo entre el Tercer Período Palacial y el Pospalacial. Su evidencia es a veces decisiva para demostrar o bien un uso continuado del lugar, como en Epidauro, donde las estatuillas más tardías se han atribuido a una fase avanzada del HR IIIC (Guggisberg, 1996: 27-31, citando la tesis doctoral de E. Peppa-Papaioanou, 1985), o bien su reanudación, como en Kophinas, donde hay una importante laguna en el material fechable entre el MR I y IIIC. Las estatuillas zoomorfas parcialmente huecas hechas a torno, sobre todo los bóvidos (¿toros?) que empezaron a popularizarse en el Tercer Período Palacial son notorias en muchos yacimientos del período Pospalacial (Zeimbekis, 1998: 186; aunque varias citas no son muy precisas o son cuestionables, las fechas de Phylakopi, Tirinto, Epidauro y el Amyklaion sí lo son, aparte de los yacimientos cretenses; fig. 8.3: 5). En los santuarios de Tirinto está bien representada una versión local de la diosa con los brazos alzados (fig. 8.4: 1), y en la región cultural micénica también siguieron apareciendo en asentamientos como en tumbas pequeñas estatuillas sólidas en forma de bóvido y de Psi vinculadas a los tipos micénicos tradicionales (fig. 8.4: 2, 5). Pero su distribución como ajuar funerario era bastante más limitada que antes (por ej., hasta ahora no se ha documentado ninguna en las necrópolis aqueas ni en Kefaloniá), y cuando aparecen no es que abunden precisamente, como en Perati (solamente siete Psi y diecinueve animales). En Creta, destaca sobre todo el uso continuado de toda una serie de ítems de terracota, incluidas imágenes de divinidades (la diosa con los brazos alzados), ítems rituales para el culto, y ofrendas votivas, sobre todo estatuillas zoomorfas. El rico grupo de Agia Triada incluye animales sólidos y huecos, en su mayoría bóvidos (y en muy contadas ocasiones, de bronce), pero también caballos, aves y algunos animales fantásticos, en forma de esfinge o de toro con cabeza humana (D'Agata, 1999a: cap. III). El grueso del material parece corresponder a una fase tardía del MR IIIC, y aparentemente se fabricaban series de ítems para su utilización conjunta.

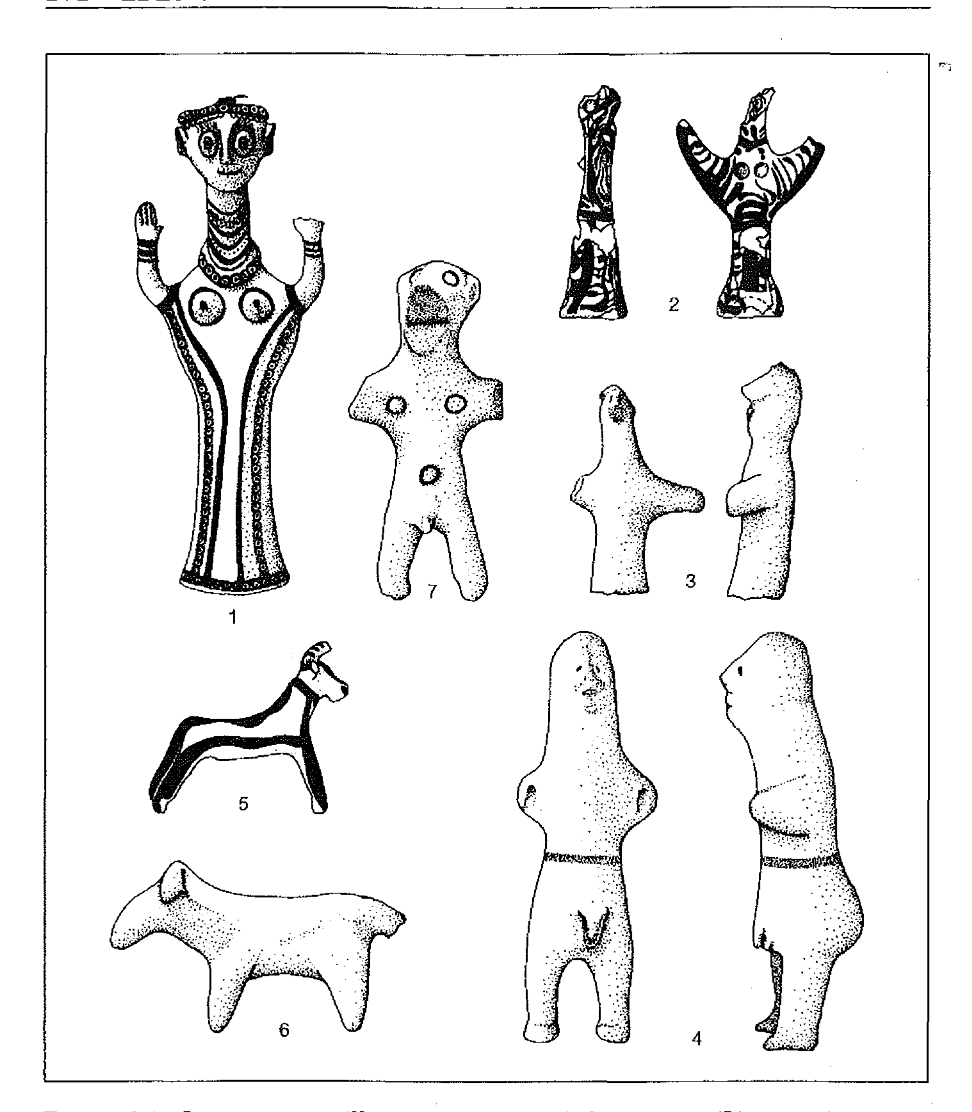


Figura 8.4. Figuras y estatuillas pospalaciales y de la EHA: 1. «Diosa con los brazos alzados». 2. Estatuilla tardía en forma de psi. 3. Estatuilla humana de Agia Triada, probablemente G (con revestimiento). 4. Estatuilla de «Zeus» de Olimpia, adscrita al PG. 5. Estatuilla zoomorfa del Lineal reciente. 6. Estatuilla bovina de Olimpia, adscrita al PG (con revestimiento). 7. Estatuilla humana de Olimpia, adscrita al G (1 según Kilian, 1981, 54 fig. 6 –ciudad baja de Tirinto–; 2, 5 según Renfrew, 1985, 210 figs. 6.1: 174, 6.29: 168 –Phylakopi–; 3 según D'Agata, 1999, lám. LXXX: D 2.11 –Agia Triada–; 4, 6-7 según Heilmeyer, 1972, láms. 28: 174, 2:6, 27: 167 –Olimpia–). Escala 1:4.

LOS SIGLOS XI Y X

Hacia finales del período Pospalacial la evidencia de ofrendas y también de la manufactura de estatuillas prácticamente desaparece del Egeo, salvo en Creta, donde se prolonga, aunque las estatuillas fechables en el SM y en el PG son difíciles de identificar (pero véase D'Agata, 1999a: 43, 73, 88-90 sobre posibles terracotas del SM de Agia Triada; Gesell, 1985: 58 sobre el PG), y el tipo zoomorfo hecho parcialmente a torno sobrevivió hasta época muy tardía (D'Agata, 1999a: 147). Este tipo también era corriente en Chipre, y muchos de los ejemplares esporádicos de estatuillas fechables en el PG recuperadas en otros lugares pertenecen a la misma tradición, incluido el famoso venado del Kerameikós y el centauro de Lefkandi (fig. 8.5). Lemos (2002: 97-100) enumera las de datación más fiable, entre otras dos del relleno del heroon de Lefkandi que podrían datar del PGM. La mayoría proceden de tumbas, como las «muñecas» incisas de Atenas y Lefkandi (Lemos, 2002: 95-96), pero no se conoce su posible función antes del enterramiento (el venado se ha clasificado como un *rhyton*). Mucho más excepcionales son las estatuillas sólidas con forma humana y animal: el grupo mayor procede de Olimpia, y sin duda se trata de exvotos, pero se han fechado siguiendo criterios estilísticos y no estratigráficos (fig. 8.4: 4, 6-7). Son mucho más toscas —aunque esto no sea una prueba de su antigüedad (cf. Snodgrass, 1971: 418)— pero en este aspecto serían comparables al material de Agia Triada (por ej., la fig. 8.4: 3). Habría que verlas más bien como el producto de una tradición muy local, posiblemente vinculada a Creta. Es difícil aceptar teorías de continuidad desde la tradición micénica, y más aún de una producción generalizada, dada la práctica ausencia de estatuillas en los abundantes depósitos de yacimientos como Kalapodi, Asine y Lefkandi, donde hay continuidad de ocupación.

Otro rasgo por destacar de la transición a la EHA es la recuperación de los sitios rituales identificables. Salvo Agia Irini, ninguno de los yacimientos micénicos que se habían conservado hasta la época pospalacial perduró hasta la EHA, y el santuario de Tirinto, construido a principios del período Pospalacial, también dejó de utilizarse. Podría haber una laguna en algunos yacimientos cretenses, como en Agia Triada (véase de todos modos D'Agata, 1999a: 239), pero en otros (por ej. en Juktas, Kophinas, Kato Symi, la cueva de Psychro) la actividad podría haber sido continua, aunque a escala limitada, hasta su clara reutilización en el siglo VIII. No obstante, Kalapodi continuó en uso hasta convertirse en el centro nacional de culto de los focenses, y antes de finales del período Pospalacial Olimpia e Isthmia se establecieron como principales centros locales para devenir más tarde las sedes de las fiestas panhelénicas. La historia del yacimiento ritual del cabo Poseidi, cerca de

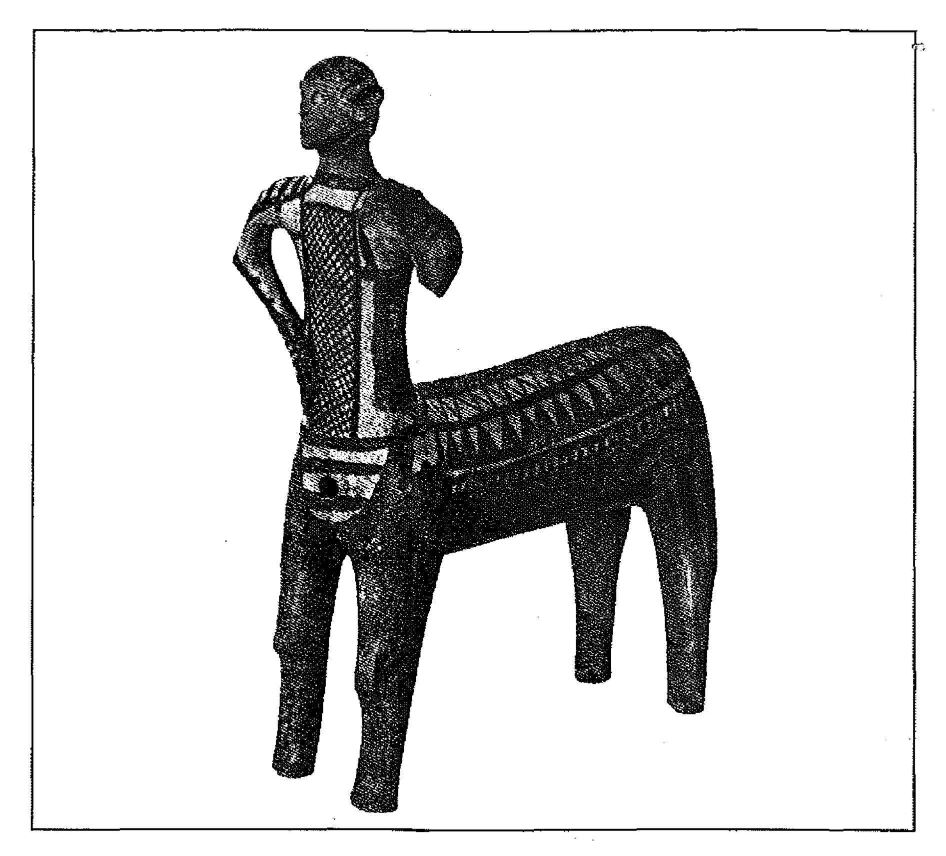


Figura 8.5. El centauro de Lefkandi, de las T. 1 y 3 de Toumba. 36 cm de alto x 26 cm de largo. Cortesía de la Escuela Británica de Atenas.

Mende, en la Cálcide, también se remonta al período Pospalacial, lo mismo que Thermon (véase más adelante).

Morgan aprecia elementos comunes en Olimpia, Isthmia y Kalapodi (en el texto sintetizado en Morgan, 1995, cf. 1999: 380, 382, 386-387). El material más antiguo de estos tres yacimientos es casi exclusivamente cerámico, sobre todo ítems para comer y beber, casi siempre asociados a a depósitos de ceniza y de huesos animales, lo que sugiere que la cena colectiva seguramente ritualizada era una práctica corriente. Morgan lo interpreta como el reflejo de una decisión deliberada de los magnates locales de establecer nuevos espacios rituales y organizar allí reuniones regulares como expresión de la cooperación entre las comunidades locales; esas reuniones incluirían algún sacrificio conjunto cuya carne se destinaría luego a la cena ritual. Los magnates y sus familias habrían hecho ofrenda de algunas raras joyas de

bronce, una práctica que pudo comenzar ya en una fase temprana (cf. Morgan, 1999: 330 (Isthmia); Eder, 2001: 206 (Olimpia); Felsch, 2001: 195 (Kalapodi)), pero más que la ofrenda en sí misma lo más importante habría sido sacrificio compartido, el acto de la ofrenda y la cena. Esta hipótesis es muy plausible. Tiene el mérito de situar sobre bases sólidas la creación de nuevos lugares de culto en el marco del desarrollo social, y anticipa la centralidad histórica que tendrían los lugares de culto para la identidad de la comunidad. Pero no se sabe muy bien por qué se eligieron estos yacimientos concretos, aun cuando Morgan destaca que todos se hallan junto a rutas naturales, por lo que podrían ser lugares de encuentro idóneos para una serie de comunidades. Recordemos, empero, que la existencia de este tipo de yacimientos, separados de los lugares de habitación y según todos los indicios utilizados únicamente para fines rituales, rebate la teoría (duramente criticada en Sourvinou-Inwood, 1993: 2-8) de la indeterminación del espacio sagrado antes del siglo VIII.

Hay evidencia de prácticas de culto similares en otros muchos lugares. Se documentan fosas con cerámica y/o huesos animales que podrían ser restos de sacrificios y de cenas rituales en el PG de Asine (Sourvinou-Inwood, 1993: 7), en Thronos/Kephala (antigua Sybrita) y en Khamalevri, al oeste de Creta, donde representan una práctica muy antigua que se observa entre principios del MR IIIC y finales del PG (D'Agata, 1999b, y 2001: 353), y en el cabo Poseidi, en la Cálcide, debajo de una sólida estructura PG. Los depósitos carbonizados con huesos animales de Aetos, en Ítaca, con *cairns* amontonados encima, podrían representar los restos de este tipo de banquetes rituales; aparecieron asociados a cerámica y a unos pocos ítems (agujas de bronce), y Coldstream (1977: 182-183) vincula los hallazgos al culto. En el Amyklaion (Demakopoulou, 1982), que también pudo ser un yacimiento utilizado por distintas comunidades (Wright, 1994: 65), parece observarse una interrupción de la actividad ritual a finales del Bronce y un acusado cambio en las pautas de deposición cuando se reanuda la actividad, pero el predominio de los vasos para comer y beber entre los exvotos podría indicar su rol como lugar de banquetes comunales (Morgan, 1999; 383-384, 390).

Entre la cerámica de la EHA más antigua del monte Hymettos, en Ática, también hay formas relacionadas con la bebida, y se documentan asimismo cenizas, pero en este caso no está tan claro que se trate de una práctica similar, ya que los vasos cerámicos son sobre todo cráteras y *oinochoai*, y los vasos para beber sólo son corrientes en los depósitos del G. Además, el yacimiento es de un tipo muy diferente de los otros: se halla en la cima de una montaña. En Kommos, el santuario más antiguo de una secuencia de santuarios construidos, el Templo A, una pequeña estructura rectangular fechada hacia el año 1000 (Shaw, 1998: 18), era de uso exclusivo de la comunidad de Kom-

mos, en cambio los bancos interiores se han asociado a banquetes comunales. Sin embargo, D'Agata no cree que el yacimiento a cielo abierto de Piazza dei Saceli, en Agia Triada, desempeñara esa función, ya que todo parece indicar que en la Mesara occidental no había ningún hábitat de comunidades dispersas, tan sólo el gran núcleo urbano de Phaistos, al que Agia Triada habría estado asociado (2001: 351).

El ejemplo de lugar sacrificial más sorprendente de esa época es la estructura de cabo Poseidi porque, al igual que el Megaron B de Thermon, da fe de la urgencia de algunas comunidades de construir estructuras rituales monumentales. El edificio de cabo Poseidi es muy grande (14,27 x 5,4 m), seguramente absidal en ambos extremos y con una orientación N-S (Mazarakis Ainian, 1997: 43, con fig. 27), y se construyó en época PG (PGA según el arqueólogo, pero K. Wardle, com. pers., no cree que se pueda ser tan preciso) encima de una fosa o fosas que se cree representan una actividad sacrificial anterior. Dentro de la estructura encima de la(s) fosa(s) se siguieron realizando sacrificios, y con el tiempo llegó a formarse un altar de cenizas, pero los fragmentos dispersos de un ánfora y de una crátera PG en el pavimento de piedra alrededor del edificio sugieren que también se realizaban ceremonias fuera de él (*AR* 43 [1996-1997] 70, 46 [1999-2000] 87). Pudo ser una estructura a cielo abierto, y seguramente fue un importante centro de culto para la comunidad. En la época arcaica allí se veneraba a Poseidón, pero la aparente interrupción de su uso en el siglo IX significa que quizás este culto no sea tan antiguo como parece, aunque es plausible. En Thermon, las nuevas excavaciones (las más recientes en *AR* 45 [1998-1999] 43) sugieren que el Megaron B, que es incluso mayor que la estructura de Poseidi (21,4 x 7,3 m), se habría podido construir en una fecha parecida, y los depósitos de cenizas que se documentan podrían ser indicios de una función ritual. Aunque fue destruido hacia el año 800, la evidencia, más que probable, de elementos rituales en el yacimiento continúa hasta la fundación del famoso templo de Apolo a finales del siglo VII (sobre la secuencia de Thermon véase Mazarakis Ainian, 1997: 125-135).

Dado el número aún relativamente pequeño de casos, no sería sensato ver en el sacrificio comunal de uno o más animales y en la subsiguiente quema de ofrendas y banquete ritual una práctica universal, pero es innegable que la vasta presencia de depósitos de cenizas y de huesos animales sugiere que se trata de actos centrales de la actividad religiosa de muchas comunidades. El acento en lo colectivo rebate la idea de que los ritos se organizaban en las casas de los magnates o reyezuelos locales, y también la sugerencia de que esos ritos eran una práctica privada de una élite que monopolizaba el acceso a los rituales religiosos (cf. Morris, I., 1997: 543). Parker (1996: 24) considera inadmisible una monopolización así del culto a las principales deidades o

de la religión pública en general. Aunque esos magnates potenciales lideraran los sacrificios y las ofrendas y fueran los principales actores de los banquetes rituales, no hay razón para suponer que no participaran también miembros corrientes de la comunidad, al menos en las grandes fiestas anuales, como sería lo más lógico. Cabe recordar que de los dos famosos relatos de sacrificio de la *Odisea* 3, el primero, dedicado a Poseidón y que tiene lugar a la llegada de Telémaco a Pilos, es público, aunque presidan el acto Néstor y su familia: «el pueblo» se compone de nueve grupos, y cada uno sacrifica nueve toros, que seguramente han aportado los propios grupos. Al día siguiente Néstor y su casa sacrifican en privado un novillo a Atenea, al parecer fuera de la entrada del palacio; así que no se trata de un sacrificio habitual sino de algo muy especial, descrito con todo detalle, en honor de su epifanía a Néstor. El único caso en el que es muy probable que el culto se realizara dentro de un edificio que era *también* un palacio es la Unidad IV-1 de Nichoria, pero no está claro que fuera la casa de un «gobernante», aunque sí de algún miembro de la élite; tampoco sabemos la clase de culto que se realizaba allí (*contra* Mazarakis Ainian, 1997: 78-79, que sugiere en culto comunal; Sourvinou-Inwood, 1993: 8 propone un culto doméstico).

Por lo tanto, la idea, plausible aunque no totalmente demostrable, de que las prácticas funerarias observables eran prerrogativa exclusiva de un estrato social superior no tiene analogías en la práctica religiosa. Es cierto que a veces las prácticas funerarias parecen acompañarse de lo que podrían considerarse prácticas de culto asociables a una conducta de élite. El heroon de Lefkandi no es realmente un ejemplo en este sentido, puesto que su uso ritual parece limitarse al funeral como tal, de modo que es improbable que fuera un símbolo comunal, aunque su construcción se debiera al esfuerzo de la comunidad (*contra* Morgan, 1999: 392). Pero en Grotta, Naxos, hay evidencia de una práctica muy antigua asociada a ciertas tumbas. Aquí, seguramente en el PGR, se crearon unos recintos encima de enterramientos anteriores situados junto a la muralla fortificada del asentamiento abandonado del Bronce. En estos recintos se enterraron otros cuerpos, y parece que hubo una especie de culto a los antepasados, representado en forma de estratos carbonizados y de cerámicas, entre otras jarras que quizá se utilizaran para libaciones. A principios del período G en un nivel superior se levantaron nuevos recintos, pero ya no se utilizan para enterramientos sino sólo para prácticas rituales. Es posible que fuera una práctica de élite para reafirmar la antigüedad de las raíces familiares, y se han identificado prácticas similares en otros sitios (Mazarakis Ainian, 1997: 193 sugiere que en las salas de un edificio vinculado a la necrópolis G de Tsikalario, en Naxos, se realizaron ritos asociados al culto de los antepasados, y (87) que el edificio oval del Areópagos de Atenas tuvo una función similar). La asociación aparentemente deliberada de los recintos fu-

nerarios con vestigios antiguos podría tener un paralelo en la localización del lugar de culto de Olimpia, situado junto a unos túmulos prehistóricos. Podrían ser ejemplos de un deseo quizá bastante extendido de asociarse a un pasado glorioso y, para entonces, ya claramente mítico, y que en otros yacimientos pudo adoptar la forma de un uso continuado o reanudado de un yacimiento antiguo. En Agia Irini, en Kea, ciertas partes de un edificio muy antiguo, el «Templo» del Bronce, reflejaban efectivamente su uso ininterrumpido; en una sala se había levantado una «capilla» rectangular que dataría del PG (Mazarakis Ainian, 1997: 170).

Los yacimientos antes mencionados son los ejemplos más claros de lugares rituales establecidos a finales del PG. Hay otros ejemplos plausibles, pero de la mayoría poco se puede decir comparado con los ya mencionados. Se documenta cerámica PG en santuarios más tardíos de Mounychia, Brauron, Delos y Kameiros, pero no se puede considerar indicio concluyente de su uso ritual en fecha tan temprana. En el Heraion argivo, donde se han identificado ítems de joyería de fecha PG, y en el Heraion samio, donde se han recuperado fragmentos de estatuillas de posible fecha PG, el caso parece más sólido (véase Desborough, 1972: 178 sobre Kameiros, 278-280 sobre otros yacimientos). Pero no sabemos si los santuarios de Orthia y de Athena Chalkioikos de Esparta (Morgan, 1999: 389-390) y el yacimiento de Athena Alea de Tegea (Østby *et al.*, 1994), donde el material de apariencia más antigua documentado hasta el momento corresponde al «PG laconio» o relacionado con él, son tan antiguos, y tampoco sabemos si el material anterior al siglo VIII de la cueva de Polis, en Ítaca, es votivo (Coldstream, 1977: 184).

Cabe destacar que algunos yacimientos del Egeo estaban en o junto a un asentamiento, pero otros estaban muy alejados de los lugares de habitación, si no totalmente separados, como es el caso de las cimas y cuevas de Creta y el del monte Hymettos, en Ática. Estas variantes son una razón de más para llamar a la prudencia antes de hablar de pautas de conducta universales; como máximo lo que parece aflorar es el bosquejo de algunas pautas comunes. Pero queda mucho por conocer. Por ejemplo, algunos de los rasgos que Renfrew ve como posibles indicadores de la existencia de un lugar ritual (1985: cap. I.5), como por ejemplo ciertos dispositivos de reclamo, son imposibles de identificar, pero no porque la búsqueda sea inadecuada sino porque seguramente eran demasiado etéreos para poder sobrevivir.

Desarrollos posteriores

La heterogeneidad de la conducta que se observa en el siglo X es comparable a la variedad de usos funerarios, y ambos reflejarían la inclinación de las éli-

tes locales a elegir vías individuales para manifestar su posición en estas áreas de actividad pública. Esta heterogeneidad perdura hasta el siglo IX, porque una vez establecidos, ninguno de los yacimientos mencionados parecen caer permanentemente en desuso, con la salvedad de la posible interrupción temporal ya mencionada del cabo Poseidi y del Megaron B de Thermon, destruido hacia el año 800 y no restituido inmediatamente. En Kommos una nueva estructura, el Templo B, sustituyó al Templo A hacia 800; también era rectangular pero mayor, y contenía el magnífico «santuario de los tres pilares», que tiene claros vínculos con Próximo Oriente (Mazarakis Ainian, 1997: 230-233 presenta una síntesis). También se puede apreciar que varios yacimientos famosos se empezaron a utilizar como muy tarde en el siglo IX, por ejemplo la Acrópolis de Atenas y la estructura de la Academia, cuya función ritual es evidente pero no así su finalidad concreta (Morgan, 1999: 390; podría ser un lugar de culto a los antepasados más que a los héroes). El enclave de Athena Alea, en Tegea, no puede ser posterior al siglo IX: los huesos animales están asociados a los materiales más antiguos, y muestran señales de fuego, lo que sugiere que en este yacimiento relativamente remoto el rito del sacrificio animal, de la quema de ofrendas y el banquete posterior ya se había establecido antes de *ca.* 800 (Østby *et al.*, 1994: 99, n. 46, e información de M. E. Voyatzis).

No antes de finales del siglo X Morgan identifica un cambio en algunos grandes centros: ganan en importancia las ofrendas votivas, que incluían tipos muy elaborados como vasos con trípode y estatuillas de bronce (1999: 389-392; véanse figs. 5.19: 1, 4 y 5.20), pero sólo aparecen en determinados sitios rituales. Se conocen ejemplos de la Acrópolis de Atenas, del Amyclaion, de Olimpia y de Agia Triada (D'Agata, 1999a: 166-196; los bronces más antiguos podrían datar del PG B), en cambio en Isthmia se hallaron muy pocos objetos metálicos del siglo IX (Morgan, 1999: 393-394), y ninguno en el monte Hymettos ni en la Academia. Aunque suelen aparecer en lugares rituales a modo de exvotos, las estatuillas de bronce e incluso los trípodes también aparecen en otros contextos, como demuestra la recuperación de algunos fragmentos en Nichoria (*Nichoria III*: 279, 281-282). Es posible que, tal como había ocurrido con el sacrificio, las ofrendas y la cena colectiva, unas prácticas que inicialmente sólo se realizaban en unos pocos centros, empezaran luego a difundirse hasta convertirse a finales del siglo VIII en conductas plenamente establecidas. También volvieron a estar de moda los exvotos de terracota, principalmente las estatuillas animales, aunque sólo se popularizarían en el siglo VIII (Coldstream, 1977: 332-333). No parece que estos tipos votivos estuvieran destinados exclusivamente al culto en un yacimiento concreto ni a un dios concreto, así que a falta de otros indicios es imposible determinar de qué culto se trata. Lo cual es sintomático de una cre-

ciente homogeneidad de las prácticas de culto griegas que es perfectamente perceptible en los siglos finales de la EHA y aún más evidente en la época arcaica.

Suponemos que lo que se buscaba con las ofrendas de suntuosos ítems de bronce en lugares rituales era la ostentación social, y que en cierto modo esta práctica sustituía la exhibición de riqueza y posición social de una familia a través de los ajuares funerarios. Pero el ajuar era sólo uno de los muchos elementos del proceso funerario, que al menos en Ática incluía además vistosas procesiones para acompañar al difunto hasta el lugar de la tumba, impresionantes ceremonias junto a la tumba y la construcción de grandes vasos a modo de hitos funerarios sobre la tumba de los difuntos más importantes. Por lo tanto, y contrariamente a lo que algunos autores sostienen, es posible que no se diera este tipo de transferencia masiva de lo funerario a lo religioso como escenario para la ostentación competitiva. De todos modos es evidente que la religión pública merecía cada vez una atención mayor, y no es extraño que en el siglo VIII, en varios yacimientos importantes, aparezca ya evidencia de la construcción de templos claramente destinados a impresionar, bien por su tamaño, bien por sus materiales y elementos (como las estructuras de piedra con columnas del siglo VIII bajo el templo de Artemisa, en Éfeso). Es muy posible que la competición entre los centros más importantes se incrementara, lo que habría abonado el terreno para la ulterior explosión del número de templos de la época arcaica. Ya es más difícil saber si estos primeros templos y santuarios incluían estructuras que en su día fueron la morada de algún dirigente, como asegura Mazarakis Ainian (1997). Esta teoría presupone la existencia de «gobernantes» claramente identificables, algo difícil –por no decir imposible– de demostrar (véanse los capítulos 4 y 9). No resulta fácil probar que alguna de las antiguas estructuras antes citadas fueron la vivienda de algún gobernante, y aunque podría explicar dónde se veneraba al dios principal de la comunidad, nada dice de los demás dioses de lo que sin duda era una sociedad politeísta.

Como decíamos en la introducción a este capítulo, los poemas homéricos sugieren que la mayoría de los elementos de la religión «olímpica» se consolidaron hacia el año 700, al menos en la región donde se compusieron los poemas (seguramente Jonia). Pero seguimos sin saber hasta qué punto los poemas, cuando presentan un panteón aceptado de dioses, representan un conjunto de creencias y no un ideal poético. Lo más seguro es que fueran fieles a la vida real en cuanto a la importancia del sacrificio animal, seguido de la quema de ofrendas y de la ingestión de la carne del animal, y que todo el ritual fuera en esencia el mismo que el de la religión griega posterior (como muestran las detalladas descripciones en la *Iliada* 2: 421-429, *Odisea* 3: 436-463 y 12.352-12.365); en cambio hay pocas referencias a las ofrendas de bie-

nes. Cómo se desarrollaron este y otros rasgos típicos de la conducta religiosa griega «clásica», como el reconocimiento de Delfos y, en menor medida, de Dodona como centros oraculares en todo el mundo griego, o la inclusión de competiciones atléticas como elemento importante de las grandes fiestas religiosas, y la extensión del culto a los héroes locales son cuestiones muy importantes pero difíciles de contestar. Ni siquiera sabemos con certeza en qué momento se crearon las fiestas que se celebraban en muchos estados, y que en algunos casos se han reconocido como típicamente «dorias» o «jonias». Pero lo que es indudable es que la mayoría de estos rasgos no fueron desarrollos heredados del pasado del Bronce sino que se iniciaron en la EHA, y aunque es posible que el rito de la inmolación animal tenga raíces micénicas, no se puede demostrar que fuera un componente central de la religión pública micénica. Estas reflexiones son un recordatorio de lo cruciales que seguramente fueron los desarrollos de la EHA, y posteriores, en este y otros ámbitos.

Bibliografía

La obra de Burkert (1985) es un texto importante sobre la religión griega, pese a que su análisis del material prehistórico ha quedado desfasado; I 3.6 y 4 contienen comentarios valiosos sobre la evidencia micénica y sobre la idea de continuidad, también tratada en Sourvinou-Inwood (1989). Sobre yacimientos y material micénicos durante el Tercer Período Palacial y el Pospalacial, véanse Shelmerdine (2001: 362-372, especialmente 365-366 sobre Tirinto, Asine y Phylakopi) y Wright (1994) sobre la religión micénica en general. Renfrew (1985) publica todos los santuarios de Phylakopi. El estudio más extenso y reciente del material del Lineal B es Chadwick (1985); véase Rehak y Younger (2001: 457-458) sobre Creta.

Sobre los yacimientos y material cretenses posteriores al Segundo Período Palacial, véase Rehak y Younger (2001: 456-458 (MR II-IIIA), 462-463 (MR IIIB-C), 472), asimismo Gesell (1985, cap. V), y sobre el material del MR IIIC véase D'Agata (2001). Sobre cuevas, véanse Tyree (2001: 49) y Watrous (1996).

Hay comentarios muy valiosos sobre yacimientos pospalaciales y de la EHA en la Grecia continental en Morgan (1999: sobre continuidad 295-298, sobre antiguos santuarios 378-386), véanse asimismo Morgan (1995), Sourvinou-Inwood (1993) y Mazarakis Ainian (1997: sobre todo pp. 393-396). Para un estudio breve de la Creta de la EHA véase D'Agata (en preparación), Prent (en preparación).

9. Conclusiones

Comentarios preliminares

Como recordábamos en la introducción, la cantidad de datos disponibles para estudiar el período Pospalacial y la EHA ha aumentado de manera espectacular en los últimos años. Los nuevos datos nos desvelan un trasfondo mucho más completo, incluso de gran parte del período «oscuro», del que teníamos antes de 1970. Pero no facilitan necesariamente lo que Snodgrass consideraba la «tarea urgente» de explicar por qué durante tanto tiempo las gentes de Grecia demostraron tan poca ambición desde el punto de vista material, cuando hasta no hacía mucho habían sustentado grandes culturas y más tarde lo volverían a hacer ([1971], 2000: XXXII). En este capítulo de conclusiones, en lo que no deja de ser una respuesta personal al material y a los problemas que plantea, abordaré la posibilidad de ofrecer una explicación y de conocer cómo se inició el desarrollo sostenible que sacó a Grecia de la Edad Oscura.

Lo cual equivale a asumir que ese período de recesión es un fenómeno real que hay que explicar. Papadopoulos es el que con más vehemencia rechaza el concepto de «edad oscura» (1993: 194-197, y 1996a: 254-255; véase asimismo Muhly, 2003), pero cuando critica determinados puntos de los enfoques de autores como Snodgrass, Morris y Whitley, parece pasar por alto lo principal. Con la excepción del heroon de Lefkandi, durante los siglos que abarca este libro no existe prácticamente ningún indicio de que se dedicaran esfuerzos y recursos excepcionales a *nada*, sean edificios monumentales, tumbas, lugares rituales comunales o trabajos artesanales (en la lista de enterramientos opulentos fechables a mediados del siglo XI citados en Muhly, 2003: 23 dominan los yacimientos de Chipre, que no está en el Egeo). La explicación más plausible es que la organización social no estaba suficiente-

mente desarrollada para una gran movilización de recursos. Creo que es imposible explicar este período recurriendo simplemente a la socorrida idea de que se habían establecido sistemas políticos y económicos menos centralizados. Representa una realidad que ninguna llamada a la «tradición griega» puede obviar.

La «tradición griega» es en todo una expresión poco fiable. Como afirma Whitley en su respuesta a Papadopoulos, no es sólo que «simplemente no había *una visión griega unificada del pasado*» (cursivas en el original) (*JMA* 6 [1993] 226). De hecho, la evidencia indica que los griegos no preservaron prácticamente ninguna información fiel sobre su pasado. Y no sólo no conservaron una memoria fidedigna de la importancia de las grandes civilizaciones de las islas del Egeo, Creta incluida, sino que esa memoria, basada fundamentalmente en mitos heroicos, leyendas de fundación y similares, daba una impresión totalmente falsa. Es preciso insistir en que la descripción de la «antigua Grecia» que Tucídides extrapola basándose en la tradición griega (I.1-13) es manifiestamente errónea por lo que se refiere a la Edad del Bronce, y también lo es su insistencia en la constante inestabilidad y el movimiento de la población, y en algunos aspectos cabría calificarla de exagerada, aun en el caso de se crea aplicable únicamente al período Pospalacial y fases posteriores.

Por lo tanto, el recurso a la tradición no puede ser un contraargumento válido frente al testimonio de la arqueología. Aunque la población estuviera tan diseminada que resultara arqueológicamente inencontrable fuera de los grandes centros, que es lo que insinúa Papadopoulos cuando habla de «un cambio del carácter de la ocupación y de las estrategias de subsistencia en Grecia a finales del siglo XII y en el siglo XI» (1996a: 254), esto no invalida la tesis básica de una ausencia casi total de rasgos mínimamente destacables en el registro arqueológico durante varios siglos. Papadopoulos no ofrece una explicación clara al respecto, pero es inconcebible que, si en esa época hubo comunidades políticas con un nivel de organización similar a las de la época arcaica, dejaran tan pocas huellas. Por esta razón, entre otras, la idea de que la historia de la *polis* de Atenas pudo empezar en la Edad del Bronce (Papadopoulos, 2003: 315) parece depender en exceso de la evidencia de continuidad de la ocupación. De acuerdo con el punto de vista adoptado en este libro, la llamada Edad Oscura fue un fenómeno real, como lo fue el Colapso que creó las condiciones de su inicio.

El error de Tucídides, que entonces no podía saber que cometía, fue tratar las únicas fuentes de información de que disponía, los poemas homéricos y otros materiales tradicionales, como fuentes fiables de las que poder extrapolar información histórica. Las ciencias sociales modernas han adoptado muchas veces ese mismo enfoque, desde que los descubrimientos de Schlie-

mann demostraron la posibilidad de que detrás de la leyenda hubiera una realidad, y durante muchos años la tendencia dominante ha sido la de interpretar el mundo de los poemas homéricos como un mundo esencialmente micénico. Pero en los últimos años la opinión ha cambiado mucho, y ahora varios autores consideran que los poemas reflejan un escenario básicamente de la EHA (por ej. Bennet, 1997: 511-514; Morris, I., 1997: 536-539), y que, una vez eliminado el elemento fabuloso y el barniz de esplendor «heroico», presentan una imagen realista de la vida en la EHA, incluso hasta el período de su composición (que ahora se sitúa a finales del siglo VIII o principios del siglo VII).

Creo que este enfoque es radicalmente erróneo. No hay duda de que los poemas reflejan rasgos de la sociedad en y para la que fueron compuestos, pero no hay que olvidar que son relatos *épicos*, y la poesía épica, por definición, no trata cosas prácticas ni mundanas. Se centra necesariamente en personajes heroicos y en sus proezas, situándolos en un ambiente de intenso aire sobrenatural a fin de que el elemento fabuloso no sea un mero «golpe de efecto», sino que forme parte integrante de la historia. Aunque aparentemente se ocupe de cuestiones mundanas, la épica no puede ser una guía fiable para conocer la realidad. Por ejemplo, las abundantes descripciones de carácter bélico de la *Ilíada* mezclan ideas convencionales sobre el duelo con lo que parece ser más una batalla entre grupos organizados, que se intercambian a voluntad, y las armas y corazas que llevan los héroes son una mezcla de ítems que nunca se utilizaron juntos ni simultáneamente, si es que son realistas. Los poemas también mencionan con frecuencia ítems y materiales preciosos, pero nada dicen del comercio que había permitido adquirir estos materiales y los metales más corrientes, como el hierro y el bronce. En cambio, sería absurdo deducir de ese silencio que en la EHA no hubo comercio; sencillamente, a los poetas épicos les preocupaban muy poco los asuntos comerciales.

La épica comparte además con los cuentos populares elementos narrativos artificiosos, y eso afecta a todas las referencias a la estructura social. El que Telémaco se presente en la *Odisea* sin apoyos efectivos responde a una exigencia de la trama, no es el reflejo de aquella sociedad (cf. van Wees, 1992: 291). El aislamiento de Telémaco sería prácticamente imposible en una sociedad basada en el parentesco como la griega del período histórico; ni siquiera tiene arrendatarios que lo sustenten, como sin duda tendría cualquier aristócrata de la EHA o de la época arcaica. Hay también un conflicto evidente entre la idea de un gobierno de reyes y la de una asamblea de ciudadanos dominada por las élites, como la que se describe en la *Odisea* I, con reglas de procedimiento y controlada por un heraldo que parece más un funcionario público que un representante del rey. La sugerencia de que el poe-

ta habría podido mezclar elementos de distintas sociedades contemporáneas (Whitley, 1991a: 344) parece un recurso desesperado: ¿por qué el poeta haría algo así? Parece mucho más verosímil pensar que los «reyes», como los carros, tenían que sobrevivir, porque el público sabía que tenían que estar en el relato, pero en todo caso es evidente que el poeta no tenía claro cómo funcionaban (véase más adelante sobre carros).

En general, el comentario de Morris, «la épica no era una especie de mala historia sino una creación poética, lo que *algunos* griegos del siglo VIII creían que *tenía* que haber sido el mundo heroico» (Morris, I., 1997: 558), representa sin duda el mejor enfoque que cabe adoptar. Quizás es pertinente citar una referencia homérica a algún rasgo concreto –cuanto más prosaico sea y cuanto más integrada esté la referencia en el trasfondo histórico, y no esté pensada para llamar la atención, tanto mejor– y deducir alguna pauta de conducta mínimamente consistente. Pero es arriesgado dar por supuesto que los poemas homéricos presentan una imagen fiable, y hasta exhaustiva, de una sociedad histórica (van Wees, 1992 se muestra firmemente favorable, pero incluso él acepta que algunos elementos del relato son imaginarios).

Por lo tanto, el material arqueológico se ha de considerar la única fuente fiable de evidencia de la que extraer conclusiones relativas al período pero, tal como se desprende de los capítulos precedentes, su interpretación conlleva muchos problemas. Si bien es posible presentar un esbozo general de la evolución histórica en el Egeo durante el Tercer Período Palacial, resulta prácticamente imposible hacerlo para períodos posteriores. Ni siquiera se tiene la certeza de que se hayan identificado todos los yacimientos más importantes del Pospalacial y de la EHA, algo que sí se podría decir razonablemente del Tercer Período Palacial. El registro arqueológico aún puede ocultar grandes sorpresas, como indican, por ejemplo, los extraordinarios hallazgos de la necrópolis de Elateia.

Atenas fue indudablemente un centro importante en la EHA, pero la antigua tendencia de muchos estudios generales a concentrarse en ella ha tenido un efecto distorsionador aún no totalmente erradicado. La historia antigua de otros enclaves igualmente importantes del período arcaico, como Esparta y Mileto, todavía es bastante oscura, y el rol de Creta, que las fuentes históricas griegas anteriores al período helenístico apenas mencionan, se ha subvalorado totalmente. En cambio, hay como mínimo un yacimiento de considerable importancia a lo largo de casi todo el período y cuyo nombre antiguo ni siquiera se puede identificar con certeza. Pero aunque Lefkandi mantuvo fructíferos contactos con Próximo Oriente mucho antes que Atenas, y seguramente por esa razón fue la más rica y preeminente de las dos durante bastante tiempo, sería un gran error sustituir simplemente Atenas por Lefkandi como eje principal de los estudios generales. De muchas regio-

nes del Egeo se sabe tan poco que es perfectamente posible que se descubran más yacimientos como Lefkandi, por ejemplo en Jonia, que nos obliguen a cuestionar muchas de nuestras ideas preconcebidas. Además, hay que reconocer que, pese a la importancia y evidencia manifiestas de contactos de Lefkandi con Próximo Oriente, éstos sólo afectan a uno de los muchos procesos que se estaban desarrollando en el período. Morgan (1990) llama la atención sobre otro proceso, el desarrollo de determinados enclaves como centro ritual de toda una región, especialmente Olimpia y más tarde Delfos; pero ni Atenas ni Lefkandi llegaron nunca a ser, ni a controlar, un centro ritual.

Lo que sí parece improbable es que un nuevo hallazgo desautorice completamente las impresiones generales que se han acumulado hasta ahora. Como dice Snodgrass del heroon de Lefkandi, que «pese a que amplía enormemente el elenco de las aspiraciones de las prácticas de construcción de su tiempo... no altera esencialmente el repertorio de esas prácticas» ([1971], 2000: XXIX). Existe en la actualidad evidencia suficiente de un amplio espectro de yacimientos en todo el Egeo para pensar que tenemos un registro donde poder situar toda la evidencia evolutiva. No es probable que se descubran estructuras o tumbas más sofisticadas que las del heroon. Como afirma Snodgrass, el heroon tiene que representar sin duda «la cima misma de la pirámide social», aunque debe admitirse que hace una generación no se habría creído posible la existencia de tal excelencia.

EL COLAPSO Y SUS SECUELAS

Insinuábamos en el capítulo 2 que el Colapso no tuvo por qué ser el resultado inevitable del carácter de la sociedad palacial egea, ya que hay indicios plausibles de que el mundo egeo estaba experimentando dificultades económicas y, por ende, sociales en el siglo XIII. Si se acepta, como allí decíamos, que el Colapso pudo ser sobre todo el resultado de una desintegración interna de la sociedad egea, probablemente espoleada por el deterioro de las condiciones en Próximo Oriente, entonces se puede interpretar que aquella sociedad ya no era capaz, o ya no estaba en situación, de hacer frente a unas condiciones desfavorables.

Es preciso insistir en el carácter drástico del Colapso. Los datos arqueológicos que evidencian destrucción y desintegración nos dicen que lo que ocurrió fue mucho más catastrófico que un mero declive de los palacios o que la simple obsolescencia de un sistema basado en el control palacial del comercio (Sherratt, 2001). La idea de Rutter de que «el mundo egeo logró capear bastante bien el colapso palacial de *ca.* 1200 a.C.» (1992: 70) expresa una vi-

sión demasiado optimista. Porque lo cierto es que tuvo que ser una experiencia enormemente traumática para las poblaciones egeas, en la medida en que marcó el fin de la estabilidad básica que había caracterizado gran parte del Bronce reciente, un período basado en la continuidad de los asentamientos más allá de los cambios en los centros y sistemas administrativos y de los vaivenes de las comunidades políticas (Creta ya había conocido grandes trastornos con el colapso de la civilización minoica). Tras el Colapso se instaló la inestabilidad, que persistiría durante mucho tiempo, y no creo exagerado decir que considero la inestabilidad como una de las causas fundamentales, si no la principal, de la depresión y atraso relativos de la «edad oscura».

Es muy posible que el Colapso estuviera ligado de algún modo a la creciente agitación en Próximo Oriente. Pero allí, pese al colapso o a la pérdida de influencia de los grandes estados, la civilización urbana no se derrumbó. En cambio, aunque muchas partes del Egeo conocieron un cierto grado de recuperación tras el Colapso, como refleja sobre todo la red de asentamientos que seguían implicados en sistemas de intercambio más allá del Egeo, las sociedades palaciales y los sistemas de intercambio en los que habían participado habían desaparecido. Puede que algunos centros trataran de restaurar el viejo estilo, como se ha sugerido para el caso de Tirinto, pero no existen indicios similares en regiones tan importantes como Mesenia, Beocia y la Creta central, y la impresión general es que en todas parte la organización social y política volvió a formas más simples.

En las regiones dominantes esta organización no habría recuperado estructuras sociales directamente heredadas del pasado. En el mejor de los casos, serían parecidas, por ejemplo, a los primeros principados micénicos, con la importante diferencia de que la relativamente abundante evidencia funeraria del período Pospalacial en gran parte del Egeo no indica que hubiera una clase dominante claramente definida capaz de mostrar su preeminencia mediante tumbas elaboradas y ricos ajuares funerarios. Salvo excepciones, estos difuntos, provistos de bienes impresionantes, como espadas del Tipo II y otras armas, vasos metálicos, ricos objetos de joyería, sellos e ítems exóticos foráneos, y que podían distinguirse aún más mediante el rito de la incineración, se depositaban junto a enterramientos mucho menos ostentosos y a menudo en las mismas tumbas. Puede que sea cierto que los enterramientos masculinos más importantes eran «príncipes guerreros» (Muhly, 2003: 24-26), o incluso «héroes retornados» que habían permanecido algún tiempo en Próximo Oriente (Catling, 1995), pero escasean fuera de ciertas regiones, como Acaya, y el estatus que aparentemente representan no parece heredado. Esto sugiere una jerarquía social mucho más próxima a la que se asocia a épocas más tardías, cuando el estatus era algo mucho más fluido y la

posición de las familias dominantes, o de las personas con un estatus regio, era mucho más frágil que la postulada para el Tercer Período Palacial. Esta fragilidad se habría traducido en la búsqueda de símbolos de estatus que se detecta en el período Pospalacial, entre otros, recurrir y rememorar el pasado, o dotarse de lo más nuevo y exótico, sobre todo si reflejaba conexiones con regiones remotas.

Los efectos de aquella nueva inestabilidad seguramente fueron peores en las regiones antaño controladas por las sociedades palaciales, pero fenómenos similares se observan en todo el Egeo, salvo en Creta, donde el abandono de antiguas ciudades se equilibra con la fundación de muchas nuevas, aunque ninguna demasiado grande. Esto demuestra el profundo efecto que tuvo el Colapso. Pero se han de rechazar, por exageradas, las teorías que lo explican en términos de amenazas constantes y de saqueos de los grandes centros por parte de hordas armadas (como las reconstrucciones de Drews y Nowicki), o de tribus invasoras que habrían asolado la Grecia continental y desalojado masivamente a las poblaciones refugiadas, o las que defienden el advenimiento de unas condiciones de sequía tan severas que habrían provocado la despoblación de regiones enteras (véase Desborough, 1972: 331 con comentarios sobre la teoría de una prolongada sequía de Rhys Carpenter).

En efecto, en algunas provincias continentales, sobre todo en la Grecia central, y en muchas islas, cuesta identificar señales de agitación grave, y no habría que subestimar el grado de recuperación de algunas regiones donde se certifican grandes destrucciones, como en la Argólida. Pero la impresión general es la de un daño irreparable de todo un modo de vida basado en pautas de conducta largamente establecidas. Esta impresión se refuerza cuando se observa el progresivo abandono de muchos lugares de habitación, no sólo de granjas y pequeñas aldeas, sino de grandes centros antiguos. Cuando la población parece tan dispuesta a abandonar sus raíces seculares significa que algo realmente grave está afectando a la mentalidad general.

Como decíamos en el capítulo 4, la evidencia arqueológica no permite demostrar una dispersión de la población a través del paisaje hacia lugares tan pequeños que normalmente escapan a la detección. Decíamos que la ausencia de tipos diagnósticos comunes dificulta la identificación de yacimientos de la EHA. Pero tras las intensas prospecciones realizadas en muchas partes de Beocia y de Laconia debería haber algún indicio de la existencia de al menos algún villorio o alquería, pero hasta el momento no se ha detectado ninguno. Recordemos asimismo que los numerosos yacimientos de Creta no son tan pequeños como para pasar desapercibidos en una prospección. Lo más probable es que la población se concentrara en ciertos sitios, quizá también en determinadas regiones, imaginamos que con un hinterland despoblado y sólo parcialmente explotado. También parece indudable

un descenso de la población absoluta en el Egeo. Aunque ese descenso no fuera tan drástico como pretendían algunos estudios, de todos modos tuvo que ser sustancial, ya que únicamente en Creta se ha identificado un número realmente considerable de yacimientos. Es posible que a lo largo del período una parte de la población de las provincias continentales más afectada por el Colapso se desplazara a Creta, y también a las Cícladas, a Chipre y luego a la costa de Anatolia. La evidencia de crecimiento y declive relativamente rápidos de algunos yacimientos apunta a una considerable movilidad de la población, movilidad que habría contribuido indirectamente a provocar el declive en cifras absolutas.

Así que la inestabilidad parece ser la tónica del período Pospalacial. Esto, y otras evidencias, cuestionan la idea de Snodgrass ([1971], 2000: XXVI, cf. 385) de un sustrato de continuidad «griego», que según este autor explicaría las semejanzas culturales que él identifica entre el HM y la EHA. Estos posibles paralelos entre ambos períodos podrían reflejar la prevalencia de tipos de sociedad similares, pero sería un error creer que representan un continuo en el que se habría impuesto una estructura micénica esencialmente ajena. Algunos elementos micénicos de esta conexión que Snodgrass menciona, como el uso de tumbas de cámara y las murallas «ciclópeas», no son rasgos exóticos sino elementos indígenas de la Grecia continental, aunque su origen último fuera foráneo. Pero hay también una importante diferencia de carácter entre ambos períodos. Aunque empobrecido desde el punto de vista material, el período del HM da la impresión de estabilidad, ya que muchos enclaves importantes, distribuidos de forma bastante uniforme por la Grecia continental, estuvieron ocupados durante gran parte o todo el período. El estudio de la cerámica también ha identificado evidencia de un importante grado de intercambio en muchas regiones de la vertiente egea. En cambio, fuera de Creta hay muy pocos yacimientos pospalaciales y de la EHA identificables, y la evidencia de intercambio, aunque muy real, se concentra en un puñado de centros importantes. (Para otras críticas de esta teoría con especial referencia a la popularidad del enterramiento individual, véase el capítulo 6, p. 219.)

Es importante recordar la continuidad de la evidencia de vastos contactos ultramarinos en el período Pospalacial, y destacar los estilos decorativos elaborados y variados que aparecen en algunas de las mejores piezas cerámicas, que podría ser indicio, aunque no el más significativo, de la relativa confianza y prosperidad de las comunidades que las produjeron. Pero tampoco habría que exagerar la importancia de estos fenómenos, ya que a finales del Pospalacial ya habían desaparecido o casi en muchas partes del Egeo. Además, sea cual sea el grado de evidencia de contactos y de riqueza, parece razonable pensar que el comercio de larga distancia se había convertido en una

empresa mucho más arriesgada que en épocas anteriores y, por lo tanto, habría contribuido menos a la prosperidad general.

Es difícil articular los procesos observables en términos cronológicos precisos, porque la evidencia útil para establecer la cronología relativa de las distintas partes del Egeo es muy escasa. A pesar de todo, es posible percibir un declive general a lo largo de todo el período, y no únicamente en la evidencia de contactos e intercambios de ultramar sino también en la ocupación y en la explotación de la tierra. Algunos asentamientos de cierta importancia que sobrevivieron hasta el período Pospalacial, como Koraku y Midea, ya se habían abandonado al final de este período y permanecieron desocupados durante toda la EHA y muchos hasta más tarde incluso. Otros se convirtieron en sombras de sí mismos, como Micenas y Tirinto. La mejor explicación de este continuo declive parece ser la constante movilidad de la población. Una de las causas de esa dispersión podría ser un aumento de las incursiones armadas por tierra y por mar, y en esta actividad las comunidades podían ser agresores y víctimas según el momento. Es improbable que fuera un fenómeno lo suficientemente grave como para borrar del mapa asentamientos enteros; por ejemplo en Koukounaries, en Paros, que tiene toda la apariencia de haber sido asaltado e incenciado por fuerzas enemigas, hay evidencia de ocupación ininterrumpida en los alrededores. Pero la amenaza constante de gentes armadas, quizá buscando ganado y alimentos, y dispuestas incluso a atacar la granja más pequeña, pudo empujar a la población a reagruparse en asentamientos mayores que, si no completamente nucleados, al menos estuvieran compuestos de segmentos situados a poca distancia unos de otros capaces, por tanto, de ayudarse mutuamente en caso de crisis.

LA VUELTA DE LA ESTABILIDAD

Parece claro que en torno al período de transición del Pospalacial a la EHA se restableció algún tipo de equilibrio, aunque en ningún yacimiento se observa una línea divisoria clara entre estas fases. En Tirinto, Asine, Kalapodi, Mitrou y muchos yacimientos cretenses, especialmente Kavousi, los edificios que se pueden asociar al material del PGA o su equivalente se encuentran directamente encima o íntimamente asociados a elementos anteriores. Se detecta todavía algún movimiento de población, a juzgar por la evidencia de fundación de nuevos asentamientos, y más concretamente por la cerámica PG descubierta en lugares de la costa anatólica y en las islas del Egeo oriental (véase Cook, 1975: 785-786; Lemos, 2002: 211-212 sintetiza la nueva e importante evidencia de toda esta región), y por los hallazgos de Torone y

Mende. Estos últimos parecen representar lugares de habitación vinculados al sur que tuvieron que establecerse a principios de la EHA, si no antes (Lemos, 2002: 207). No están claros los motivos de ese movimiento continuo cuando en el continente y en las islas había espacio más que suficiente, pero es posible que quienes fundaron nuevos asentamientos buscaran, como los colonizadores posteriores, mejores oportunidades, lejos de las limitaciones sociales de sus comunidades de origen. En líneas generales la impresión es la de una vuelta a la estabilidad. A partir de ese momento, los asentamientos identificados que habían sobrevivido hasta entonces no se vuelven prácticamente a abandonar, salvo en Creta, pero puede que la población cretense simplemente abandonara lugares remotos para instalarse en enclaves mejor situados (Wallace, 2000: 91; cf. Watrous, 1980: 282-283 sobre Lasithi).

Podría decirse que los primeros años de la EHA fueron los de un «nuevo comienzo». En muchos centros se crearon nuevas necrópolis, como en Atenas, Lefkandi y Knossos, que seguirían en uso durante períodos muy prolongados, si no continuamente, hasta la época histórica. Lo cual sugiere una reorganización de los asentamientos, y de ello habría evidencia en Atenas, detectable, por ejemplo, en el desarrollo del Kerameikós como barrio de alfareros. En este período se crearon asimismo nuevos santuarios en Olimpia e Isthmia, seguramente para uso colectivo de varias comunidades. Morris defiende la emergencia de un nuevo sistema ritual, «imponiendo orden en el caos de la época submicénica», dominado o quizás incluso monopolizado por una élite que se autorrepresentaba en sus enterramientos como internamente igualitaria, homogénea e introvertida, sin referencia alguna al pasado ni al mundo exterior (1997: 542-543, y 1999, cap. 6).

Pero esta tesis plantea muchas dificultades, entre otras, el hecho de que presente la necrópolis del Kerameikós como típica. En ella parece haber, efectivamente, unas reglas precisas sobre el modo de representar a una persona difunta en el ritual funerario, aunque existen variaciones: los enterramientos infantiles PG estarían prácticamente excluidos del Kerameikós, pero no del Ágora. Pero estas evidentes diferencias respecto a la práctica anterior no son tan fáciles de identificar en los enterramientos PG de Lefkandi o de Argos. En términos generales, la ausencia de ítems relacionados con el mundo exterior, sobre todo con Próximo Oriente, no es necesariamente un fenómeno nuevo, dado que en enterramientos anteriores es mucho más frecuente que su presencia. En cualquier caso, los objetos de hierro, hechos con una tecnología venida de fuera, podrían interpretarse precisamente como una publicitación de esos vínculos.

Varias provincias continentales han deparado asimismo evidencia que parece reflejar un notable grado de continuidad con el pasado. Aunque predomina el enterramiento individual, en la Fócide y en la Lócride continúa

la tradición del enterramiento múltiple en tumbas de cámara labradas en la roca, y Kalapodi, un gran yacimiento ritual fundado en el período Pospalacial si no antes, seguía siendo un centro ritual importante. En Tesalia y en Mesenia, en cierto modo regiones periféricas, también se siguieron construyendo y utilizando para enterramientos múltiples tumbas de piedra descendientes del *tholos* del Bronce. En Creta se aprecian indicios aún más claros de continuidad con el Bronce, visibles tanto en los usos funerarios como en la supervivencia de símbolos y prácticas rituales (algunas muy antiguas), de los planos de las casas y los santuarios, e incluso de algunas formas cerámicas especiales, como la jarra de estribo.

En efecto, en Creta es posible identificar una auténtica cultura regional con rasgos locales propios, aunque entre los distintos distritos cretenses no se detecte ni una ruptura arqueológica ni grandes diferencias regionales que puedan relacionarse con la supuesta intrusión de los «dorios» y con la división de la isla entre distintas gentes mencionada en el famoso texto de la *Odisea* (19.175-177). En el norte del Egeo, en Thasos, en Macedonia y en la Cálcide hay culturas «nativas» sólidamente establecidas con sus propias tradiciones individuales de artefactos, cerámicas, joyería y usos funerarios. Pero en el resto del Egeo la evidencia material de los yacimientos de la EHA presenta un alto grado de semejanza en cuanto al tipo de artefactos, de vivienda y de tumba preferidos, y también en los rituales y bienes que se consideran más idóneos para enterrar a los muertos; incluso las diferencias observables en los estilos locales de la cerámica fina son mínimas.

La transición del Pospalacial a la EHA es un momento propicio para tratar de saber cuántos rasgos del Bronce sobrevivieron, aparte de algunos rasgos básicos como la lengua griega y las prácticas agrícolas y artesanales más habituales.

Mucha gente de las viejas generaciones, especialmente la del período Pospalacial, se habría reconocido en gran parte de la nueva cultura material. Uno de los cambios más llamativos habría sido el uso creciente del hierro para fabricar armas, herramientas e ítems funcionales, como arreos para la caballería, y también objetos de joyería, sobre todo agujas y anillos. Pero este avance no supuso la introducción de tipos nuevos sino la continuación y elaboración de tipos antiguos.

Al parecer el carro sobrevivió (los caballos enterrados en el heroon de Lefkandi lo avalarían), así como las técnicas necesarias para fabricar todas las piezas del carro, en especial las ruedas radiales, y entrenar a los caballos a tirar de ellos. Esta supervivencia puede parecer paradójica, ya que estas técnicas tuvieron que ser muy especializadas y, por lo tanto, representan una excepción a la ausencia de datos sobre la supervivencia de estas técnicas hasta la EHA. Pero no es fácil rebatir los argumentos de Crouwel (1992: 29-30, 52-

54), y merece la pena recordar que el carro ya había sobrevivido al colapso de la civilización palacial para figurar de modo preeminente en la cerámica pintada del período Pospalacial. Y lo mismo podría decirse de la supervivencia de la galera de remos (Wedde, 1999; en una crátera PG de Dirmil hay una representación, que aquí no citamos – véase Lemos, 2002: 51), aunque es menos sorprendente, dada la evidencia de continuidad, aunque a escala mucho más limitada, de la actividad marítima en el Egeo y entre el Egeo y Oriente Próximo, que sin duda no implicó solamente barcos no griegos.

Pero mientras que las galeras tenían múltiples usos prácticos, parece que los carros se utilizan ahora fundamentalmente en procesiones ceremoniales, funerales y para las carreras; casi nunca aparecen en las escenas de guerra de los vasos geométricos (Crouwel, 1992: 57). De acuerdo con la imagen que nos transmite la *Ilíada*, el carro sólo servía para desplazar guerreros hiperarmados a través del campo de batalla, especialmente en el lado griego (Crouwel, 1992: 54-55). Pero su supuesta capacidad para moverse con facilidad y rapidez, para atacar o escapar en medio de lo que a veces se presenta como una densa melé, es irreal, aunque el uso que hacen los británicos de los carros que describe Julio Cesar (*De Bello Gallico* 4.33) podría ser un posible paralelo.

Como ya se ha mencionado, muchos asentamientos sobrevivieron a la transición a la EHA, pero ¿hubo continuidad sólo en la ocupación o también en la tenencia de la tierra? Small (1998) dice que durante la transición el control de la tierra permaneció en manos de los linajes, pero esta idea parece subestimar el grado de conmoción asociado al Colapso y al período Pospalacial. Tal vez fuera así en la Creta pospalacial, una vez establecido el nuevo patrón de asentamiento y la pertinente reordenación de la propiedad de la tierra y de la estructura social, pero es mucho menos plausible en el Egeo, donde parece abandonarse gran parte de la tierra, aunque tal vez algunas familias o linajes conservaron sus posesiones en algunos de los principales asentamientos.

En general, imagino que un habitante de un asentamiento del Bronce que se viera transportado mágicamente a uno de la EHA no se habría sentido completamente fuera de lugar. Pero habría visto pocos signos de prosperidad, y si hubiera podido interrogar a la gente de la EHA, habría advertido que el orden social era bastante distinto del de su época, y que las comunidades no hundían necesariamente sus raíces en el pasado.

EL MUNDO DE LA EDAD DEL HIERRO ANTIGUO

La forma que adoptaron las estructuras sociales es una cuestión de vital importancia, ya que tuvo que tener enormes consecuencias para la organización económica y la movilización de recursos en la EHA. Lo han percibido auto-

res como Tandy (1997), pero lamentablemente él y otros trabajan con un modelo de «sociedad de la Edad Oscura» muy cuestionable. Para empezar, todavía no sabemos con certeza si las comunidades del Egeo estaban todas organizadas de la misma manera. En el capítulo 4 ya se ha puesto en tela de juicio la distinción que hace Whitley entre asentamientos estables y asentamientos inestables, pero sí es perfectamente posible que hubiera distintas clases de líderes, unos con una posición mucho menos segura —porque dependían de sus cualidades personales— que aquellos cuya posición se apoyaba en las sanciones de la tradición y en unos derechos hereditarios. Y las diferencias en los usos funerarios entre diferentes comunidades, sobre todo entre la preferencia por los enterramientos individuales y la opción en favor de las tumbas claramente construidas con vistas a su reutilización, indican que también el orden social de estas comunidades pudo ser diferente. Estas variaciones podrían estar detrás de las notables diferencias que se detectan en la estructura social en el momento en que las comunidades griegas entran, por así decir, en la historia en la época arcaica.

Es indudable que en todas partes tuvo que haber algún tipo de división entre gobernantes y gobernados. Es posible que algunas comunidades pequeñas fueran del tipo que Fried define como igualitarias, es decir, sin «medios para fijar o limitar el número de personas capaces de ejercer el poder» (1967: 33). Pero de acuerdo con la evidencia más bien escasa de los lugares de habitación y del material algo más copioso de las necrópolis, lo más probable es que, como regla general, cada comunidad contara con un cierto número de familias prominentes, y que cada una de ellas tuviera su propio círculo de seguidores y subordinados. De alguna forma la estratificación social que se supone para el Tercer Período Palacial, basada en una amplia clase de personas dependientes o subordinadas, podría haberse mantenido hasta el período Pospalacial. Según el modelo de Morris analizado en el capítulo 2, la clase subordinada estaría formada por los *kakoi*, sin derecho a los ritos funerarios formales que se perciben fácilmente en el registro arqueológico y que se reservaban para los *agathoi*. Estos se habrían dividido a su vez entre una «aristocracia» y el resto, que podía incluir también familiares pobres y arrendatarios libres de la élite. Esta división en el seno de los *agathoi* se vería reflejada en la *Odisea*, entre las familias que producían los *basileis* y cortejan a Penélope, y aquellos otros «ciudadanos» de Ítaca que asisten a la asamblea pero a los que se presenta básicamente como espectadores de la acción. Es muy probable que en la EHA existieran diferencias de este tipo, ya que en la sociedad griega arcaica parece darse una distinción parecida entre «aristócratas», «ciudadanos» libres y una clase subordinada cuyos miembros no eran realmente libres, aunque, a diferencia de los esclavos, podían formar sus propias comunidades.

Es muy posible que en este tipo de comunidades algunos individuos, debido a sus logros personales y a su carisma, alcanzaran una posición parecida a la de un rey. Pero si hemos de juzgar por la evidencia de la necrópolis de Toumba, este máximo rango normalmente duraba lo que la vida del propio personaje: la necrópolis contiene todo un elenco de enterramientos fechados entre mediados del siglo X y mediados del siglo IX cuyos ajuares funerarios van desde muy ricos hasta muy pobres, lo que sugiere que los que parecen asociarse deliberadamente al heroon correspondían seguramente a un clan y no a una dinastía de «jefes» sucesivos. Quizás en algunas ocasiones la posición se heredaba y se establecía una especie de dinastía, lo que podría explicar la familiaridad que muestran los poemas homéricos hacia la idea de un monarca. Pero la posible relación entre estos «reyes» y los caudillos de los principados del Bronce no deja de ser mera especulación.

En esta cuestión contamos con una teoría perfectamente establecida en muchos análisis de la sociedad de la EHA, la teoría sobre el origen del *basileus*, un vocablo que se utiliza en la Grecia clásica para denotar lo que nosotros llamaríamos rey, pero en Homero y en Hesíodo, nuestras fuentes literarias más antiguas, se aplica a una clase-élite que incluye, pero no se limita, a dirigentes de tipo monárquico. La teoría viene a decir, en esencia, que cuando se vinieron abajo las grandes comunidades políticas surgieron figuras antes subordinadas de la sociedad micénica, en su mayoría líderes locales, que se convirtieron en dirigentes efectivos de su comunidad (cf. Bennet, 1997: 521-522; pero no todos están convencidos de que el *pa*$_2$*-si-re-u* de los textos del Lineal B ostentara este tipo de posición). Estos son los personajes que según Mazarakis Ainian controlaban la religión pública y utilizaban sus propias casas para administrar los ritos (1997: cap. V), y que algunos autores asimilan a los «reyes» que Tucídides identifica como gobernantes con derechos y privilegios establecidos en el pasado (I.13).

En la época histórica había reyes en Esparta, y también en Macedonia y Épiro, al norte. Se cree que la monarquía de Esparta se estableció en la época de la «invasión doria», y se heredaba como suelen hacerlo los monarcas convencionales, pero Esparta presentaba la singularidad de tener una monarquía dual. Las tradiciones que aportan algo más de detalle apuntan a la existencia de figuras «monárquicas» en el resto del Peloponeso al filo de la época histórica. Pero como demostraba Drews en su análisis crítico (1983: cap. II), las tradiciones relativas a los reyes de la era «posheroica» son muy escasas, y suelen referirse exclusivamente al supuesto fundador de una *polis* y a su hijo, y muchas referencias encajan mejor con la idea de *basileus* utilizada en Homero y Hesíodo. La teoría de Drews de que los *basileis* de tipo monárquico sólo se establecieron como efectivos jefes de estado al final de la EHA plantea problemas que no son relevantes aquí. En cambio, lo que según

él había sido la base de la organización política anterior, es decir, una oligarquía relativamente laxa, encaja mucho mejor con toda la evidencia disponible que la idea de unos reyes o jefes únicos, y de ello se detectan indicios en los textos literarios y otros escritos relativos al período arcaico antiguo, entre otros los primeros poemas, fragmentos de códigos de leyes y tradiciones como las que se consagran en la *Athenaion Politeia* (La Constitución de Atenas) en su día atribuida a Aristóteles.

Desde el punto de vista arqueológico, también armonizaría mejor con la evidencia, ya que con la sola excepción del heroon de Lefkandi, no se han hallado elementos que se puedan asociar a una figura monárquica. A falta de excavaciones mucho más extensas, es preferible no relacionar de antemano la presencia de grandes estructuras como las Unidades IV-1 y IV-5 de Nichoria con la singular vivienda «del dirigente» de la comunidad. Los enterramientos, la fuente de la información relativamente abundante que poseemos, sugieren más bien la existencia de una élite en la que no parece distinguirse ningún personaje sobresaliente, como sería lo lógico si se tratara de un rey. En distintas necrópolis, o en distintas tumbas de la misma necrópolis, se pueden encontrar ricos enterramientos contemporáneos con un estatus aparentemente similar, a juzgar por sus ajuares funerarios y otros elementos funerarios; lo vemos en Atenas, en Lefkandi, en Knossos e incluso en Argos, cuyas tradiciones sobre la existencia de un *basileus* tienen más base que en la mayoría de centros.

No sabemos si las comunidades se asociaban en agrupaciones mayores, porque por ahora la sola evidencia arqueológica no permite dar una respuesta. El que en época posterior algunas comunidades reconocieran su pertenencia a un *ethnos*, como por ejemplo, los jonios, los beocios, los focenses y los arcadios, tal vez con un centro de culto común, o que al menos formaran una anfictionía o confederación con un centro de culto así, no es algo que derive necesariamente de aquellos tiempos todavía prehistóricos. Hay amplia evidencia de que aquellas agrupaciones o confederaciones se desarrollaron y manipularon mucho más tarde, en la época arcaica o incluso en la época clásica (como propone Hall, 1997). El uso de un estilo cerámico común por parte de extensas regiones no es necesariamente relevante para la organización política, sobre todo porque una inspección más minuciosa suele detectar importantes variaciones estilísticas locales. Pero la idea de Morgan de que Olimpia, Isthmia y Kalapodi se convirtieron en centros de culto comunes de las comunidades de alrededor parece razonable, aunque cabe recordar que las comunidades usuarias de Olimpia y de Isthmia permanecieron políticamente separadas y ni siquiera compartían el nombre del *ethnos*. Lo más probable es que las comunidades mayores formaran entidades políticas independientes, aunque las más grandes pudieron tener vástagos colaterales y

comunidades satélite, y que este patrón fuera una contribución fundamental de la EHA a la Grecia posterior, sustituyendo a los principados del Tercer Período Palacial, en general mucho mayores.

La referencia a los centros de culto introduce la cuestión de si es posible detectar evidencia sobre la religión pública de las comunidades, y la respuesta es lamentablemente «muy poca», salvo en Creta, donde hasta el siglo XI, e incluso el siglo X, se siguieron utilizando edificios, objetos y símbolos religiosos que parecen derivar directamente de las tradiciones del Bronce reciente, y también algunos lugares rituales del Bronce reciente. En Olimpia, Isthmia y Kalapodi la evidencia sugiere la celebración de banquetes ritualizados, seguramente después del sacrificio, de una manera que podría reflejar una tradición heredada, o desarrollada, de lo que ahora se ha identificado en algunos yacimientos micénicos (capítulo 8, p. 266), pero sería imprudente añadir algo más cuando la evidencia es tan escasa. Es posible que los dirigentes de la comunidad organizaran y presidieran los ritos en nombre de la comunidad, pero es muy improbable que los monopolizaran y organizaran en sus propias casas.

Es de suponer, en principio, que la economía de las comunidades se basó en un sistema agrario mixto, pero no es posible ir más allá. Como decíamos en el capítulo 4, nada avala la hipótesis básica de la interpretación de Tandy sobre la economía del final de la EHA (1997: 101-111, cf. 89), importada de modelos de jefatura antropológicos, según la cual las personas o familias dominantes controlaban unas redes de redistribución basadas en la obligación social que sentían sus seguidores y subordinados de enviarles ganado y productos, y en la obligación que sentían las familias dominantes de redistribuir esos bienes. Es muy posible que esas preeminentes familias tuvieran importantes recursos procedentes de sus propias tierras, y que contaran con más tierra de la que podían trabajar junto con sus suordinados más allegados, así que es posible que la arrendaran. Y en virtud de su estatus, habrían podido incluso vindicar la «posesión» de gran parte de la tierra y, en consecuencia, reclamar el pago de algún tipo de diezmo o impuesto a quienes la cultivaran. Esto podía ocurrir sobre todo cuando, debido a un aumento de la población, se abrían al cultivo tierras que habían estado en barbecho (véase Gallant, 1982: 122-124, aunque su análisis plantea problemas). Pero todo esto es puramente especulativo. Lo único que se puede decir con certeza es que algunas familias eran capaces de reunir suficientes excedentes para intercambiarlos de alguna forma por bienes necesarios, como metales comunes u objetos de lujo como el oro o bienes exóticos de Próximo Oriente, todos ellos utilizables como símbolos de estatus y de prestigio.

Es preciso insistir en que la necesidad de metales por parte de una comunidad significaba que la autosuficiencia era imposible, y que por lo tanto, al

menos en los momentos más deprimidos, tuvo que continuar o reanudarse alguna forma de intercambio, por débil que fuera, capaz de vincular el Egeo con el mundo exterior. Además, no todas las comunidades tenían acceso al hierro, de modo que tenían que adquirirlo. En algunos casos puede que los metales no se obtuvieran directamente a través de mercaderes locales o foráneos, sino del intercambio con otras comunidades, ya que algunas (por ej., Lefkandi) tenían más contactos con el mundo exterior que otras. Sobre los contactos intercomunidades, a la evidencia que proporciona la distribución de los metales y de la tecnología del hierro, se añade la de la extensión de los estilos cerámicos, particularmente el PG ateniense, que se imitó en las regiones vecinas de la Grecia continental (noreste del Peloponeso, Beocia, Eubea) y hasta en la Jonia central a través del Egeo.

Todos estos elementos prueban la existencia de un grado de contacto mayor del que indican las formas de las importaciones foráneas claramente identificables, ya sean vasos u otros ítems. Estas pautas inferidas de contactos pudieron ser la vía de difusión de rasgos intangibles como creencias, prácticas religiosas y la celebración de determinadas fiestas que dieron nombre a los meses; algunos eran lo suficientemente singulares como para caracterizar a más tarde grupos enteros, como los jonios y los dorios. Pero, pese a que a veces se da por hecho, no se puede demostrar que esos nombres comunes de meses y fiestas reflejen unas unidades originales con profundas raíces históricas en el pasado remoto visto desde la época arcaica. Cuando en Hesíodo (*Los trabajos y los días* 505) encontramos el nombre de mes ateniense Lenaion, formado a la manera típicamente «jónica», aunque no aparezca en ninguna fuente posterior relacionada con los calendarios de las comunidades beocias, es mejor no basarse en este tipo de premisas, porque no dejan que la manipulación activa de estos rasgos en la época histórica exprese creencias sobre el pasado de una comunidad y sus vínculos con otras comunidades.

En resumen, poco se puede decir con seguridad sobre la estructura social de las comunidades de la EHA o sobre los vínculos sociales y políticos entre ellas, en cambio algo sí se sabe sobre su economía y sus contactos con el exterior, especialmente sobre el intercambio de bienes y materiales. En este sentido, resulta relevante la estrecha relación durante los siglos XI y X entre el grado excepcional de riqueza que se manifiesta en los ajuares funerarios y la evidencia de contactos con Próximo Oriente. Lefkandi es el ejemplo más obvio de ese nexo, aunque Knossos también ha deparado evidencia en ese mismo sentido. Pero hay que admitir que esto se aplica sobre todo al sur del Egeo, ya que las tumbas de Elateia, Vergina y Thasos, siendo ricas en bronce y hierro, no contienen evidencia de vínculos con Próximo Oriente.

En el capítulo 7 hemos tratado de forma inclusiva la cuestión de si, en el

fructífero nexo entre Lefkandi y Próximo Oriente, los líderes fueron eubeos o fenicios. Y decíamos que, según Coldstream, el motor principal pudo ser la necesidad de materias primas por parte de los griegos, pero la evidencia de una «relación especial» entre Eubea (¿principalmente Lefkandi?) y Fenicia (¿principalmente Tiro?) apuntaría en la dirección contraria. Los extraordinarios honores de que fue objeto la pareja enterrada en el heroon de Lefkandi podrían incluso sugerir que el «héroe» fue instrumental en la forja de esos lazos. La base del vínculo del lado de Lefkandi pudo ser su gran conocimiento del norte del Egeo, sugerido por la distribución de ciertos tipos de cerámica (capítulo 7, pp. 247-248). Ese conocimiento habría permitido a los eubeos adquirir en el norte materiales valiosos, entre otros metales, que luego pudieron transferir a los chipriotas y a los fenicios que acudían al Egeo y a Lefkandi, o llevarlos personalmente a Próximo Oriente. Pero, como tantas otras veces, todo esto es muy especulativo.

En el siglo X, la cerámica PG ática se propagó por todo el Egeo, pero cabe preguntarse si se debió o no a una iniciativa ática. El hecho de que algunas de las cerámicas PG áticas más finas procedan de las tumbas de Lefkandi podría indicar que fueron adquiridas en Ática y distribuidas por barcos euboicos. Considerada en su conjunto, la evidencia sugiere que en el siglo X barcos con base en Eubea y en Próximo Oriente aseguraban el intercambio dentro y fuera del Egeo, pero también sugiere que en este aspecto Eubea fue un caso excepcional. En términos generales, cuando en las comunidades egeas aparece evidencia de contactos ultramarinos de esta época, lo más probable es que reflejen sobre todo la visita de gentes de fuera, no la actividad de sus propios ciudadanos. Pero tratar de dilucidar si, como apunta Morris, el ethos dominante era o no introvertido y aislacionista ya es otra cuestión. La amplia distribución de la PG ática y euboica podría apuntar en dirección opuesta, y no hay que olvidar que nuestro conocimiento de muchas partes de la región egea durante el siglo X es extremadamente fragmentaria.

LOS INICIOS DE UN DESARROLLO SOSTENIDO

El dominio de Lefkandi se prolongó durante el siglo IX, detectable en la influencia de la cerámica de estilo euboico en el norte del Egeo y de las Cícladas, y en la presencia de una cantidad destacable en Chipre y Fenicia, lo que hablaría de la persistencia de aquella «relación especial» antes mencionada. Pero otras regiones también empezaban a ocupar un lugar destacado. Atenas, sobre todo, comienza ahora a mostrar evidencia de valiosos contactos externos. Cabe preguntarse, de nuevo, si lo que atrajo a las gentes de Próximo Oriente fue el (probable) control de Atenas de las minas de plata de Laurion,

como lo había sido antes para los eubeos. Pero también es posible que las condiciones más estables del Egeo, y su consiguiente contribución al crecimiento y a la prosperidad de la población, propiciara los intercambios con Próximo Oriente en general. Existen efectivamente muchos indicios de que los vínculos de intercambio de larga distancia jugaron un papel decisivo en la recuperación del Egeo.

Es muy posible que el aumento de la población y de la prosperidad impulsara un mayor grado de organización en muchas comunidades y el desarrollo de una jerarquía más estable. Tumbas como las ricas incineraciones femeninas de mediados del siglo IX de Atenas sugieren la presencia de una aristocracia definible, que empezaba progresivamente a proclamar su estatus superior mediante ritos y ajuares funerarios más elaborados y con vasos pintados mayores. Pero no es fácil identificar fenómenos similares fuera de Atenas, no sólo por la escasez de evidencia –las necrópolis de Lefkandi dejan de utilizarse en torno al año 825– sino también por su flagrante ausencia allí donde se supone que debiera estar, como en las regiones dominantes del Peloponeso.

A finales del siglo IX los rasgos considerados típicos de la Edad Oscura ya habían desaparecido, y en el siglo VIII se observan diversos fenómenos que sugieren la emergencia de una conciencia «griega» común. La tendencia observada en todas las regiones a producir cerámica fina con estilo y formas derivados –y a veces imitaciones casi idénticas– de una sola fuente, la cerámica de Atenas, habla de un mundo mucho más cohesionado que antes, y su ausencia en la Macedonia interior podría indicar que esta región no se estaba convirtiendo en parte del mundo griego, algo que sí se detecta en otras comunidades costeras, como Torone. Pero mucho más relevantes son los rasgos que se identifican en el ámbito de los ritos religiosos, como la extensa producción y el uso de ofrendas votivas muy similares, especialmente las más caras, los trípodes y estatuillas de bronce, y el seguimiento de un estilo particular de sacrificio, mientras se construían más santuarios para albergar la imagen o el símbolo de la deidad y seguramente también las ofrendas más valiosas (rasgos asimismo ausentes de la Macedonia interior). La capacidad de algunos centros religiosos, especialmente Olimpia y Delfos, para atraer ofrendas venidas de distintas partes de Grecia es otro signo de que el mundo egeo estaba empezando a reconocer un interés común por ciertos centros religiosos.

Pero en términos de ritos funerarios aún persistían divergencias importantes entre las distintas regiones de Grecia, y las ricas ofrendas de las tumbas del siglo VIII de Argos y de Knossos demuestran que la opción de las élites de invertir en ofrendas religiosas en lugar de hacerlo en funerales familiares no fue en absoluto universal. Lo que sugiere que también pudie-

ron persistir importantes diferencias de estructura social entre las comunidades. Tampoco los artefactos son siempre los mismos tipos, aunque en general todos pertenezcan a las mismas clases. Por ejemplo, en todas las regiones se producen agujas largas y fíbulas como principales ítems de joyería para el vestido, y en varios centros del continente (aunque no en Eubea) y en Creta aparecen tipos especiales de estatuillas, como el caballo, el varón erguido (originalmente un guerrero, normalmente un auriga) y la mujer erguida, mientras que los trípodes parecen ser los ítems más elaborados y seguramente más valorados universalmente, lo que coincide con las referencias homéricas. En las zonas más remotas de la región egea el repertorio es más limitado, los tipos son menos elaborados, y los metales preciosos muy excepcionales, a juzgar por lo que se ha conservado. Pero la prodigalidad en el uso del metal habría asombrado a las poblaciones de esas mismas regiones de tan sólo unas pocas generaciones antes.

Estos fenómenos demuestran que el período de escasez de recursos había tocado a su fin y que los estándares del artesanado egeo estaban mejorando considerablemente. En realidad no es muy relevante saber si las nuevas técnicas que se observan concretamente en la metalurgia del siglo VIII se deben a artesanos inmigrantes de Oriente Próximo o a artesanos nativos que de algún modo las habían aprendido, porque en uno y otro caso fueron artesanos «griegos» con base en el Egeo quienes las aplicaron, continuaron y mejoraron. En efecto, a partir de ese momento las técnicas para trabajar el metal no dejan de mejorar, pese a que los hallazgos más notables presentan una distribución muy localizada, como los «escudos» de bronce y los soportes calados de Creta y las diademas de oro de Atenas y Eretria. Llama la atención el hecho de que muchos de los ítems más elaborados sean adornos personales y procedan de tumbas de élite, lo que nos recuerda lo mucho que los intereses y deseos de la élite debieron de contribuir a impulsar el desarrollo de esta zona. Pero los ítems más elaborados en cuanto al tamaño y a la cantidad de metal incorporado, los trípodes y los soportes, se utilizaban casi exclusivamente en el ámbito ritual, y en este sentido representan el inicio de la tradición griega de invertir en la religión pública, algo que también se detecta en la tendencia del siglo VIII a construir edificios religiosos mayores o más monumentales.

COMENTARIOS FINALES

¿Es posible explicar por qué la «edad oscura» duró tanto tiempo? La disminución de la población y la desestructuración de la organización social, reflejo probable de la inestabilidad fundamental a la que nos hemos referido a lo largo de este libro, no eran precisamente las mejores condiciones para una

producción regular de excedentes, y sin ellos era imposible asegurar una prosperidad duradera. La inestabilidad también habría tenido un efecto inhibidor del intercambio de larga distancia con Oriente Próximo, auténtico motor de la gran prosperidad de la Edad del Bronce reciente. Pero no es fácil demostrar que la continuidad o reanudación de estos vínculos fue un estímulo absolutamente esencial para salir de la «oscuridad». Porque la evidencia de estos vínculos se limita a unos pocos yacimientos de los siglos XI, X y IX, y no sabemos cómo llegó a otros centros la prosperidad que en teoría representan, aunque, en el caso concreto de Atenas, es muy posible que su prosperidad se basara en sus vínculos con Lefkandi.

Una gran parte se debió seguramente a un progreso interno sólido aunque moderado en aquellas regiones que, como apuntan algunos autores (Dickinson, 1994a: 297), parecen tener una capacidad natural para, en condiciones relativamente razonables, desarrollar sociedades sofisticadas y relativamente ricas. No conocemos el mecanismo exacto, pero seguramente tiene que ver con la capacidad para producir un volumen suficiente de bienes para el intercambio y/o el mercado, y si no se controla una materia prima valiosa como los metales, la otra única fuente de riqueza posible son los productos de la tierra y cuanto se pueda realizar con ellos. El desplazamiento de la atención a diferentes regiones y diferentes pautas de interconexión a resultas del colapso de las civilizaciones del Bronce pudo fomentar la liberación de energías y tener efectos beneficiosos en última instancia. En este sentido nos parece relevante el comentario de Snodgrass sobre la importancia de estudiar más y mejor los aspectos positivos de las opciones adoptadas por la población egea ([1971], 2000: XXXII). Pero regiones que antes de la EHA iban por delante, como Beocia y las zonas más fértiles del Peloponeso, parecen ahora rezagadas. Ello podría reflejar hasta qué punto la nueva prosperidad se debió a las acciones y decisiones de algunos miembros particularmente audaces de las élites locales, originalmente chipriotas y fenicios más que griegos, que aprovechando la ocasión más favorable establecieron contactos de larga distancia, porque detrás de todos estos procesos que evidencia la arqueología siempre están las decisiones de los individuos. Creemos que su éxito habría fomentado exploraciones más generales y, con el tiempo, la apertura de conexiones más extensas. Normalmente la arqueología es incapaz de recuperar la historia a estos niveles, aunque los ocupantes del heroon de Lefkandi podrían pertenecer a esta clase de individuos, pero lo más probable es que detrás del sorprendente dominio de Lefkandi, por ejemplo, hubiera algunas circunstancias especiales, como antes había ocurrido con Micenas, ya que ni uno ni otro centro contaban con ventajas naturales visibles. Respuestas de esta índole pueden parecer tremendamente especulativas y anticuadas, pero quizá son las mejores disponibles.

Siguiendo a Snodgrass, Coldstream y Morris, se podría todavía decir que el ritmo de desarrollo se empezó realmente a acelerar en el siglo VIII. Pero Whitley seguramente tiene razón cuando sitúa el restablecimiento de la estabilidad mucho antes, dado que el proceso ya se detecta claramente en la mayoría de las regiones a finales del siglo X, aunque más tarde se pudieron fundar nuevos asentamientos. Pero en esa época hay menos evidencia que en el siglo VIII de interconexiones entre las comunidades del Egeo, y aún menos entre el Egeo y el mundo exterior. Cuando sepamos más cosas quizá podremos identificar los inicios de un desarrollo realmente importante en una vasta área del Egeo antes del año 800, pero con la evidencia actualmente disponible esta es una tarea casi imposible.

¿Es posible detectar ya en la EHA las grandes líneas de lo que sería la Grecia arcaica y clásica que nos es tan familiar? Es evidente que hay muchos elementos que son familiares. Por ejemplo, ya empezaban a ser frecuentes las prácticas religiosas y rituales que luego resultarían familiares para los griegos de épocas posteriores. También hay buenas razones para creer que la forma concreta de duelo ritual femenino por los difuntos que aparece en representaciones iconográficas a partir del siglo VIII hunde sus raíces en el Bronce reciente, y también es posible que determinado tipo de carrera de carros, seguramente reservado para ocasiones rituales, como fiestas y funerales, derivara del Bronce reciente (Rystedt, 1999). A juzgar por los poemas homéricos, en el siglo VIII ya empezaban a reconocerse en muchas regiones los dioses en cuyo honor se celebraban muchos ritos, y ya se habían consolidado los lugares de culto más famosos y prestigiosos. Pero la costumbre de dedicar a los dioses templos de culto hechos de piedra sólo se consolidó en unos pocos yacimientos en torno al año 700, y la escultura de la piedra surgió aún más tarde. La escritura alfabética, inicialmente incorporada solamente para uso personal, y sobre todo para dedicar ofrendas religiosas, estaba todavía en sus inicios, en opinión de la mayoría.

El orden social habría sido durante mucho tiempo muy parecido a lo que se considera típico de la época arcaica, pero muchas cosas estaban aún por venir. En lugar de reclinarse para comer como harían los varones de la élite de la época arcaica, los héroes homéricos se sentaban en sillas, y en lugar de pescado, el manjar típico de la época clásica, por lo menos en Atenas y en otras grandes ciudades, ingerían carne asada o rustida (Murray, 1993: 81; Davidson, 1997: cap. 1). En efecto, todo el estilo simposio íntimamente asociado a la élite griega refleja claras influencias de Próximo Oriente de fecha más tardía (capítulo 7, p. 238). Además, puede que el «centro de gravedad» de Grecia no estuviera donde estaría más tarde, cuando ya dominaban los poderes de la Grecia continental. La evidencia arqueológica de Creta demuestra la riqueza y el cosmopolitismo de sus comunidades durante todo el

siglo VIII y fases posteriores, en cambio su papel en los asuntos de Grecia durante la época arcaica y en la época clásica fue muy limitado.

Si consideramos la transición de la Edad del Bronce reciente a la Edad del Hierro antiguo en su conjunto, da la impresión de que, pese a las mencionadas continuidades que se constatan en la evidencia, lo que más destaca son los cambios observados en los principales rasgos arqueológicos. Se podría hallar una analogía en la tradición contenida en los poemas homéricos. Aunque esta tradición tiene sus raíces últimas en el Bronce reciente, seguramente conoció tantas transformaciones que su forma definitiva es una mezcolanza final que conservaba muy poco del Bronce genuino. Además, es muy probable que a lo largo de la EHA las comunidades del Egeo ya empezaran a crear nuevas identidades e instituciones sociales, y que lo siguieran haciendo en la época arcaica. En el curso de ese proceso se desarrollaron muchos de los elementos que nosotros consideramos típicamente griegos y que no existían en el Bronce reciente. Puede decirse, pues, que la EHA conoció avances detectables hacia lo que sería la Grecia posterior, pero aún estaban por llegar muchos otros avances importantes.

Por último, merece la pena recordar de nuevo el problema principal de la interpretación de la EHA, la falta de información, una carencia que quizá nunca se pueda colmar del todo. Confiamos en obtener más evidencia de regiones que luego serían muy importantes en la época arcaica, como Laconia, en la Grecia continental, o como las islas y las costas del Egeo oriental, pero es preciso admitir que en estas regiones y en general en toda Grecia tuvo que haber más gente de la que la evidencia y las prospecciones nos muestran, al menos tanta como la de la época arcaica. Esto revela más que nada las limitaciones de la evidencia arqueológica, nuestra única fuente de información fiable sobre este período. Así que hay muchas posibilidades de que la EHA egeo permanezca siempre tras un velo de misterio.

BIBLIOGRAFÍA

Whitley (2001: cap. 5) es un estudio reciente y valioso del período, con comentarios útiles sobre la estructura social y su relación con el mundo homérico (89-90, 97-98).

La cuestión del componente específicamente de la EHA de los poemas homéricos y su importancia se analiza con más detalle en Dickinson (1986), Morris (1986) y Sherratt (1990); cf. asimismo Morris, I. (1997: 557-559), y Van Wees (1992), con comentarios interesantes sobre la consistencia y grado de realismo de la visión homérica de la sociedad.

Glosario

amphoriskos: ánfora pequeña.

anfictionía: una confederación de comunidades que comparten el control de un santuario común.

ánfora: una gran tinaja con dos asas, colocada horizontal o verticalmente.

aryballos: jarrito de cuello estrecho.

calcedonia: forma de cuarzo semipreciosa.

cista: tumba generalmente rectangular flanqueada y cubierta con lajas de piedra.

cornalina: piedra opaca semipreciosa roja o marrón.

crátera: gran vasija abierta, normalmente con un pie y dos asas horizontales.

dinos: forma redondeada sin asa sobre un pie elevado.

dromos: vía de entrada abierta y descendente a una tumba de cámara o *tholos*.

esfinge: león con cabeza humana, a menudo alado.

esteatita: término utilizado en la arqueología egea que en realidad casi siempre significa serpentina, una piedra blanda.

fayenza: pasta vítrea opaca.

fíbula: forma de prendedor o broche.

frasco: recipiente circular algo achatado con boca y dos asas en el extremo.

hidria: jarro de agua, con un asa vertical entre el borde y el hombro y dos asas horizontales en la panza.

jarra de estribo: jarra cerrada con falso pitorro en la parte superior que sirve de apoyo (estribo) a las dos asas, y un estrecho pitorro vertedor en el hombro.

kalathos: cuenco sin asas de boca ancha (cálato).

kantharos: vaso para beber con dos asas verticales entre la panza y el borde, a menudo con pie.

koiné: estilo común compartido por una región muy amplia.
kylix: vaso para beber con pie alto y dos asas.
larnax: sarcófago de arcilla, normalmente en forma de tórax.
lekythos: pequeño frasco de cuello estrecho con asa vertical.
oinochoe: jarro con borde trilobulado.
peplos: capa parecida a una manta, unida por los hombros.
pisé: estilo de construcción cuyas paredes están hechas con adobes de tierra o arcilla.
pithos: gran recipiente de almacenaje, de boca abierta y paredes gruesas, de factura bastante tosca.
píxide: vaso circular y de lados rectos, normalmente con una tapadera.
repujado: técnica para decorar chapas metálicas a golpes de martillo.
rhyton: cualquier vaso perforado destinado a libaciones.
skyphos: vaso para beber con dos asas horizontales.
tholos: tumba tallada en la roca de planta circular rematada en un domo abovedado.
tumba de cámara: tumba en forma de sala tallada en la roca.
vaso anular: vaso con forma de anillo, con cuello y asa en la parte superior.

Bibliografía

Ésta no pretende ser una bibliografía exhaustiva sobre el tema, tan sólo un listado de las fuentes que se han citado, más algunas obras básicas sobre los principales yacimientos. Los informes de excavaciones en Crónicas *AD*, *AR* y *BCH* únicamente se mencionan si contienen detalles sustanciales o si merecen un artículo importante; si no, las referencias a informes de excavaciones y algunas citas de artículos y revistas figuran en el texto con la página y el número del año de su publicación. Algunos informes de excavación se citan con tanta frecuencia que se han adoptado abreviaturas, como se muestra más abajo, agrupando por separado las referencias más importantes correspondientes a los principales yacimientos, antes de la bibliografía general. Los estudios generales y los que abordan la cronología también figuran en lista aparte.

Como en Dickinson (1994a), he armonizado la ortografía de los nombres y las iniciales de más de un autor que las fuentes citan de forma distinta.

Principales obras generales de relevancia para el período

Boardman, J. B. (1999), *The Greeks overseas* (4.ª edición), Thames and Hudson, Londres.

Coldstream, J. N. (1977), *Geometric Greece*, Benn, Londres (reeditado con un nuevo capítulo 2003, Routledge, Londres).

Cullen, T., ed. (2001), *Aegean prehistory: a review*, Archaeological Institute of America, Boston.

Desborough, V. R. (1964), *The last Mycenaeans and their successors. An archaeological survey c. 1200-c. 1000* BC, Clarendon Press, Oxford.

— (1972), *The Greek dark ages*, Benn, Londres.
Finley, M. I. (1977), *The world of Odysseus*, Chatto & Windus, Londres.
Lemos, I. S. (2002), *The Protogeometric Aegean. The archaeology of the late eleventh and tenth centuries* BC, Oxford University Press, Oxford.
Morgan, C. (1990), *Athletes and oracles. The transformation of Olympia and Delphi in the eighth century* BC, Cambridge University Press, Cambridge.
Morris, I. (1987), *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge University Press, Cambridge.
— (1997), «Homer and the Iron Age», en Morris y Powell, cap. 24.
— (1999), *Archaeology as cultural history: words and things in Iron Age Greece*, Maiden, Blackwell, Mass. y Oxford.
Morris, I. y B. Powell, eds. (1997), *A new companion to Homer*, Brill, Leiden.
Morris, S. P. (1992), *Daidalos and the origins of Greek art*, Princeton University Press, Princeton.
Murray, O. (1993), *Early Greece* (2.ª ed.), Fontana, Londres.
Osborne, R. (1996), *Greece in the making 1200-479 BC*, Routledge, Londres.
Sandars, N. K. (1978, 2.ª ed., 1985), *The Sea Peoples. Warriors of the ancient Mediterranean 1250-1150 BC*, Thames & Hudson, Londres.
Snodgrass, A. M. (1971, reed. con nuevo prólogo 2000), *The Dark Age of Greece. An archaeological survey of the eleventh to the eighth centuries BC*, Edinburgh University Press, Edimburgo.
— (1980a), *Archaic Greece. The age of experiment*, Dent, Londres.
Sparkes, B. A., ed. (1998), *Greek civilization*, Blackwell, Oxford.
Tandy, D. W. (1997), *Warriors into traders. The power of the market in early Greece*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
Thomas, C. G. y C. Conant (1999), *Citadel to City-State. The transformation of Greece, 1200-700 BC*, Indiana University Press, Bloomington.
Vanschoonwinkel, J. (1991), *L'Egée et la Méditerranée orientale à la fin du deuxième millénaire*, Art and Archaeology Publications, Providence, R. I. y Louvain-la-Neuve.
Ward, W. A. y M. S. Joukowsky, eds. (1992), *The crisis years: the 12th century BC from beyond the Danube to the Tigris*, Kendall/Hunt, Dubuque.
Whitley, J. (1991a), *Style and society in Dark Age Greece. The changing face of a pre-literate society 1100-700* BC, Cambridge University Press, Cambridge.
— (2001), *The archaeology of ancient Greece*, Cambridge University Press, Cambridge.

CRONOLOGÍA

Deger-Jalkotzy, S. (1999), «Elateia and problems of pottery chronology», en Dakoronia y Papakonstantinou, pp. 195-202.

Deger-Jalkotzy, S. y M. Zavadil, eds. (2003), *LH IIIC Chronology and Synchronisms*, Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena.

Forsberg, S. (1995), *Near Eastern destruction datings as sources for Greek and Near Eastern Iron Age chronology*, Universidad de Uppsala, Uppsala.

Furumark, A. (1972), *Mycenaean pottery II. Chronology*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

Hallager, E. y B. P. Hallager, eds. (1997), *Late Minoan 111 pottery. Chronology and terminology*, Instituto Danés en Atenas, Aarhus.

Hannestad, L. (1996), «Absolute chronology: Greece and the Near East *c.* 1000-600 BC», en Randsborg, pp. 39-49.

Jacob-Felsch, M. (1988), «Compass-drawn concentric circles in vase painting: a problem in relative chronology at the end of the Bronze Age», en French y Wardle, pp. 193-199.

Manning, S. W. y B. Weninger (1992), «Light in the dark: archaeological wiggle matching and the absolute chronology of the close of the Aegean Late Bronze Age», *Antiquity*, 66, pp. 636-663.

Morris, I. (1996), «The absolute chronology of the Greek colonies in Sicily», en Randsborg, pp. 51-59.

Newton, M., K. A. Wardle y P. I. Kuniholm (2003), «Dendrochronology and radiocarbon determinations from Assiros and the beginning of the Greek Iron Age», *Αρχαιολογικό Έργο στη Μακεδονία καί στη Θράκη*, 17, pp. 173-190.

Nijboer, A. J., J. van der Plicht, A. M. Bietti Sestieri y De Santis (2001), «High chronology for the Early Iron Age in central Italy», *Palaeohistoria*, 41/42, pp. 163-176.

Papadopoulos, J. K. (1998), «From Macedonia to Sardinia: problems of Iron Age Aegean chronology and assumptions of Greek maritime primacy», en M. S. Balmuth y R. H. Tykot, eds., *Sardinian and Aegean chronology. Towards the resolution of relative and absolute dating in the Mediterranean*, Oxbow, Oxford, pp. 363-369.

Randsborg, K., ed. (1996), *Absolute chronology: archaeological Europe 2500-500 BC (Acta Archaeologica* 67), Munksgaard, Copenhague.

Wardle, K. A., P. I. Kuniholm, M. Newton y B. Kromer (2004), «Old trees, new dates, and the Trojan War», http://artsweb.bham.ac.uk/aha/kaw/troy.htm.

Warren, P. M. y V. Hankey (1989), *Aegean Bronze Age chronology*, Bristol Classical Press, Bristol.

Yasur-Landau, A. (2003), «The absolute chronology of the Late Helladic IIIC period: a view from the Levant», en Deger-Jalkotzy y Zavadil, pp. 235-244.

Principales yacimientos

Argos

Courbin, P. (1974), *Tombes géométriques d'Argos I (1952-1958)*, Vrin, París.

Deshayes, J. (1966), *Argos. Les fouilles de la Deiras*, Vrin, París.

Hägg, R. (1974), *Die Gräber der Argolis in submykenischer, protogeometrischer und geometrischer Zeit. I: Lage und Form der Gräber* (*Boreas* 4.1), Universidad de Uppsala, Uppsala.

Asine

Dietz, S. (1982), *Asine II. Results of the excavations east of the acropolis 1970-1974 Fasc. 1: general stratigraphical analysis and architectural remains*, Åström, Estocolmo.

Frizell, B. S. (1986), *Asine II, Fasc. 3. The Late and Final Mycenaean periods*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

Wells, B. (1976), *Asine II, Fasc. 4. The Protogeometric Period, Part 1: the tombs*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

— (1983a), *Asine II, Fasc. 4. The Protogeometric Period, Part 2: an analysis of the settlement*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

— (1983b), *Asine II, Fasc. 4. The Protogeometric Period, Part 3: catalogue of pottery and other artefacts*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

Atenas

(El material de Atenas también se aborda en todas las obras generales antes mencionadas)

Kraiker, W. y K. Kübier (1939), *Kerameikos 1. Die Nekropolen des 12. bis 10. Jahrhunderts*, de Gruyter, Berlín.

Krause, G. (1975), *Untersuchungen zu den ältesten Nekropolen am Eridanos in Athen*, Helmut Busche Verlag, Hamburgo.

Kübler, K. (1943), *Kerameikos 4. Neufunde aus der Nekropole des 11. und 10. Jahrhunderts*, de Gruyter, Berlín.

— (1954), *Kerameikos 5. Die Nekropolen des 10. bis 8. Jahrhunderts*, de Gruyter, Berlín.
— (1964), «Zu der Nekropole des 10.-8. Jahrhunderts in Kerameikos», *AA* 1964, pp. 145-179.
Mountjoy, P.-A. (1988) (con una contribución de V. Hankey), «LH IIIC Late versus Submycenaean. The Kerameikos Pompeion cemetery reviewed», *JDAI*, 103, pp. 1-37.
Müller-Karpe, H. (1962), «Die Metallbeigaben der früheisenzeitlichen Kerameikos-Gräber», *JDAI* 77, pp. 59-129.
Papadopoulos, J. (2003), *Ceramicus Redivivus. The Early Iron Age potters' field in the area of the Classical Athenian Agora*, *Hesperia*, Suplemento 31, American School of Classical Studies at Athens, Princeton.

Elateia-Alonaki

Alram-Stern, E. (1999), «The Mycenaean figurines of Elateia», en Dakoronia y Papakonstantinou, 1999, pp. 215-222.
Dakoronia, Ph. (2003), «Elateia in central Greece: excavations and finds», Seminario Micénico, Instituto de Estudios Clásicos, 19 de marzo de 2003, Londres.
Dakoronia, Ph., S. Deger-Jalkotzy y A. Sakellariou (1996), *Die Siegel aus der Nekropole von Elateia-Alonaki (Corpus der minoischen und my kenischen Siegel* V: Supplement 2), Mann, Berlín.
Deger-Jalkotzy, S. (2003), «Elateia in central Greece: Mycenaean and Early Iron Age history of the site», Seminario Micénico, Instituto de Estudios Clásicos, 19 de marzo de 2003, Londres.
Deger-Jalkotzy, S. y Ph. Dakoronia (1990), «Elateia (Phokis) und die frühe Geschichte der Griechen: Ein österreichisch-griechisches Grabungsprojekt», *Anzeiger der phil.-hist. Klasse der Österreichischen Akademie der Wissenschaften*, 127, pp. 77-86.

Kalapodi

Kalapodi I = Felsch, R. S. C., ed. (1996), *Kalapodi. Ergebnisse der Ausgrabungen im Heiligtum der Artemis und des Apollon von Hyampolis in der antiken Phokis. Bd I*, von Zabern, Maguncia.
Felsch, R. C. S., ed. (1987), «Kalapodi. Bericht über die Grabungen im Heiligtum der Artemis Elaphebolos und des Apollon von Hyampolis, 1978-1982», *AA*, 1987, pp. 1-99.

— (2001), «Opferhandlungen des Alltagslebens im Heiligtum der Artemis Elaphebolos von Hyampolis in den Phasen SH IIIC – Spätgeometrisch», en Laffineur y Hägg, pp. 193-199.
Jacob-Felsch, M. (citado como Felsch-Jacob, M.) (1987), «Bericht zur spätmykenisch und submykenisch Keramik», en Felsch, pp. 26-35.
— (1996), «Die spätmykenische bis frühprotogeometrische Keramik», *Kalapodi I*, pp. 1-213.
Nitsche, A. (1987), «Protogeometrische und subprotogeometrische Keramik aus der Heiligtum bei Kalapodi», en Felsch, pp. 35-49.

Kavousi

Coulson, W. D. E. (1998), «The Early Iron Age on the Kastro at Kavousi in East Crete», en Cavanagh y Curtis, pp. 40-44.
Coulson, W. D. E., D. C. Haggis, M. S. Mook y J. Tobin (1997), «Excavations on the Kastro at Kavousi. An architectural overview», *Hesperia*, 66, pp. 515-590.
Day, L. P., W. D. E. Coulson y G. C. Gesell (1986), «Kavousi, 1983-1984: the settlement at Vronda», *Hesperia*, 55, pp. 355-387.
Gesell, G. C., L. P. Day y W. D. E. Coulson (1995), «Excavations at Kavousi, Crete, 1989 and 1990», *Hesperia*, 64, pp. 67-120.
Haggis, D. C. (1993), «Intensive survey, traditional settlement patterns, and Dark Age Crete: the case of Early Iron Age Kavousi», *JMA*, 6, pp. 131-174.
— (1996), «Archaeological survey at Kavousi, East Crete. Preliminary report», *Hesperia*, 65, pp. 373-432.
Klippel, W. E. y L. M. Snyder (1991), «Dark Age fauna from Kavousi, Crete. The vertebrates from the 1987 and 1988 excavations», *Hesperia*, 60, pp. 179-186.
Mook, M. S. (1998), «Early Iron Age domestic architecture: the Northwest Building on the Kastro at Kavousi», en Cavanagh y Curtis, pp. 45-57.
Mook, M. S. y W. D. E. Coulson (1997), «Late Minoan IIIC pottery from the Kastro at Kavousi», en Hallager y Hallager, pp. 337-365.
Snyder, L. M. y W. E. Klippel (2000), «Dark Age subsistence at the Kastro site, east Crete: exploring subsistence change and continuity during the Late Bronze Age-Early Iron Age transition», en Vaughan y Coulson, pp. 65-83.

Knossos

NorthCem = Coldstream, J. N. y H. W. Catling, eds. (1996), *Knossos North Cemetery. Early Greek tombs*, Escuela Británica en Atenas, Londres.

Brock, J. K. (1957), *Fortetsa: early Greek tombs near Knossos*, Escuela Británica en Atenas, Cambridge.

Coldstream, J. N. (2000), «Evans's Greek finds: the early Greek town of Knossos and its encroachment on the borders of the Minoan palace», *BSA*, 95, pp. 259-299.

Hood, M. S. F. y J. N. Coldstream (1968), «Late Minoan tomb at Ayios Joannis near Knossos», *BSA*, 63, pp. 205-218.

Warren, P. M. (1983), «Knossos: Stratigraphical Museum excavations, 1978-1982. Part II», *AR*, 29, pp. 63-87.

Lefkandi

Lefkandi I = Popham, M. R., L. H. Sackett y P. G. Themelis, eds. (láminas de 1979, texto de 1980), *Lefkandi I. The Iron Age settlement; the cemeteries*, Thames & Hudson, Londres.

Lefkandi II, 1 = Catling, R. W. V. y I. S. Lemos (1990) (M. R. Popham, P. G. Calligas y L. H. Sackett, eds.), *Lefkandi II. The Protogeometric building at Toumba, Part 1: the pottery*, Thames & Hudson, Londres.

Lefkandi II, 2 = Popham, M. R., P. G. Calligas y L. H. Sackett, eds. (1993), *Lefkandi II. The Protogeometric building at Toumba. Part 2: the excavation, architecture and finds*, Escuela Británica de Arqueología en Atenas, Londres.

Lefkandi III = Popham, M. R. (1996), con I. S. Lemos, *Lefkandi III, plates. The Early Iron Age cemetery at Toumba, The excavations of 1981 to 1994*, Escuela Británica de Arqueología en Atenas, Londres.

Catling, H. W. (1985), «The arrangement of some grave goods in the Dark Age cemeteries of Lefkandi», *BSA*, 80, pp. 19-23.

Musgrave, J. H. y M. Popham (1991), «The Late Helladic IIIC intramural burials at Lefkandi, Euboea», *BSA*, 86, pp. 273-296.

Pakkanen, J. y P. Pakkanen (2000), «The Toumba building at Lefkandi: some methodological reflections on its plan and function», *BSA*, 95, pp. 239-252.

Popham, M. R., P. G. Calligas y L. H. Sackett (1989), «Further excavations of the Toumba cemetery at Lefkandi, 1984 and 1986, a preliminary report», *AR*, 35, pp. 117-129.

Popham, M. R. y I. S. Lemos (1995), «Euboean warrior trader», *OJA*, 14, pp. 151-157.

Popham, M. R. y L. H. Sackett (1968), *Excavations at Lefkandi, Euboea 1964-1966*, Thames & Hudson, Londres.

Popham, M. R., E. Touloupa y L. H. Sackett (1982a), «The hero of Lefkandi», *Antiquity*, 56, pp. 169-174.

— (1982b), «Further excavation of the Toumba cemetery at Lefkandi, 1981», *BSA*, 77, pp. 213-248.

Nichoria

Nichoria I = Rapp, G., Jr. y S. E. Aschenbrenner, eds. (1978), *Excavations at Nichoria in southwest Greece Volume I*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Nichoria II = McDonald, W. A. y N. C. Wilkie, eds. (1992), *Excavations at Nichoria in southwest Greece Volume II. The Bronze Age occupation*, Minnesota University Press, Minneapolis.

Nichoria III = McDonald, W. A., W. D. E. Coulson y J. Rosser, eds. (1983), *Excavations at Nichoria in southwest Greece Volume III. Dark Age and Byzantine occupation*, Minnesota University Press, Minneapolis.

Fågerström, K. (1988a), «Finds, function and plan: a contribution to the interpretation of Iron Age Nichoria in Messenia», *OpAth*, 17, pp. 33-50.

Mancz, E. A. (1989), «An examination of changing patterns of animal-husbandry of the Late Bronze and Dark Ages of Nichoria in the southwestern Peloponnese», tesis doctoral, Universidad de Minnesota, University Microfilms International, Ann Arbor.

Mazarakis Ainian, A. (1992), «Nichoria in the south-west Peloponnese: Units IV-1 and IV-5 reconsidered», *OpAth*, 19, pp. 75-84.

Bibliografía general

Adrymi-Sismani, V. (1994), «Η μυκηναική πόλη στο Διμήνι», en *Νεότερα Δεδομένα των ερευνών για την Αρχαία Ιωλκό*, 17-44, Dimos Volou, Volos.

Akurgal, E. (1983), *Alt-Smyrna: Wohnschichten und Athenatempel*, Türk Tarih Kurumu Basımevi, Ankara.

Albers, G. (2001), «Rethinking Mycenaean sanctuaries», en Laffineur and Hägg, pp. 131-141.

Alcock, S. E. y R. Osborne, eds. (1994), *Placing the gods. Sanctuaries and space in ancient Greece*, Oxford University Press, Oxford.

Andreou, S., M. Fotiadis y K. Kotsakis (2001), «The Neolithic and Bronze Age of northern Greece», en Cullen, cap. V.

Antonaccio, C. M. (1994), «Placing the past: the Bronze Age in the cultic topography of early Greece», en Alcock y Osborne, cap. 4.

Åström, P. (1989), «Trade in the Late Cypriot Bronze Age», en E. J. Peltenburg, ed., *Early Society in Cyprus*, Edinburgh University Press, Edimburgo, pp. 202-208.

Aubet, M. E. (2001), *The Phoenicians and the West. Politics, colonies and trade* (2.ª ed.), Cambridge University Press, Cambridge (última edición original en castellano, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, Barcelona, 2009).

Backe-Forsberg, Y., C. Risberg y Y. Bassiakos (2000-2001), «Metal-working at Asine. Report on the remains of iron production from the Barbouna area and the area east of the acropolis», *OpAth*, 25-26, pp. 25-34.

Bakhuizen, S. C. (1976), *Chalcis-in-Euboea. Iron and Chalcidians Abroad*, Brill, Leiden.

Barber, E. J. W. (1991), *Prehistoric textiles*, Princeton University Press, Princeton.

Bass, G. F. (1991), «Evidence of trade from Bronze Age shipwrecks», en Gale, pp. 69-82.

— (1999), «The hull and anchor of the Cape Gelidonya wreck», en Betancourt *et al.*, pp. 21-23.

Batziou-Efstathiou, A. (1999), «Το νεκροταφείο της Νέας Ιωνίας (Βόλου) κατά τη μετάβαση από την ΥΕ ΙΙΙΓ στην ΠΓ εποχή», en Dakoronia y Papakonstantinou, 1999, pp. 117-130.

Bennet, J. (1997), «Homer and the Bronze Age», en Morris y Powell, 1997, cap. 23.

Benzi, M. (1988), «Rhodes in the Late Helladic IIIC period», en French y Wardle, pp. 253-262.

— (2001), «LH IIIC Late Mycenaean refugees at Punta Meliso, Apulia», en Karageorghis y Morris, pp. 233-240.

Bergquist, B. (1988), «The archaeology of sacrifice: Minoan-Mycenaean versus Greek», en Hägg *et al.*, pp. 21-34.

Bernai, M. (1987, 1991), *Black Athena: the Afro-Asiatic roots of Classical civilisation*, vol. I y II, Rutgers University Press, New Brunswick.

Betancourt, P. P. (1976), «The end of the Greek Bronze Age», *Antiquity*, 50, pp. 40-47.

Betancourt, P. P., V. Karageorghis, R. Laffineur y W.-D. Niemeier, eds. (1999), *MELE– TEMATA. Studies in Aegean archaeology presented to Malcolm H. Wiener as he enters his 65th year*, Universidad de Lieja y Universidad de Texas, Lieja y Austin.

Bikai, P. M. (1978), *The pottery of Tyre*, Aris & Phillips, Warminster.

Bintliff, J. L., P. Howard y A. M. Snodgrass (1999), «The hidden landscape of prehistoric Greece», *JMA*, 12, pp. 139-168.

Boardman, J. (1998), *Early Greek vase painting*, Thames & Hudson, Londres.

Borgna, E. (2003), «Regional settlement patterns, exchange systems and sources of power in Crete at the end of the Late Bronze Age: establishing a connection», *SMEA*, 45/2, pp. 153-183.

Borgna, E. y P. Cassola Guida (2005), «Some observations on the nature and modes of exchange between Italy and the Aegean in the late Mycenaean period», en Laffineur y Greco, pp. 497-505.

Bound, M. (1991), «The Giglio wreck», *Enalia*, suplemento 1, Atenas.

Bouzek, J. (1994), «Late Bronze Age Greece and the Balkans: a review of the present picture», *BSA*, 89, pp. 217-234.

Branigan, K., ed. (1998), *Cemetery and society in the Aegean Bronze Age*, Sheffield Academic Press, Sheffield.

Brouskari, M. (1980), «Dark Age Cemetery in Erechtheion Street, Athens», *BSA*, 75, pp. 13-31.

Bryce, T. (1998), *The Kingdom of the Hittites*, Oxford University Press, Oxford.

Bryson, R. A., H. H. Lamb y D. R. Donley (1974), «Drought and the decline of Mycenae», *Antiquity*, 48, pp. 46-50.

Buckland, P. C., A. J. Dugmore y K. J. Edwards (1997), «Bronze Age myths? Volcanic activity and human response in the Mediterranean and North Atlantic region», *Antiquity*, 71, pp. 587-593.

Burkert, W. (1985), *Greek religion*, Blackwell, Oxford (hay trad. cast.: *Religión griega*, Abada, Madrid, 2007).

— (1992), *The orientalizing revolution: Near Eastern influence on Greek culture in the early archaic age*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

Carington-Smith, J. (1983), «The evidence for spinning and weaving», *Nichoria*, III, pp. 287-291.

Carpenter, Rhys (1966), *Discontinuities in Greek civilization*, Cambridge University Press, Cambridge.

Carter, J. (1972), «The beginnings of narrative art in the Greek Geometric period», *BSA*, 61, pp. 235-258.

Carter, J. B. (1998), «Egyptian bronze jugs from Crete and Lefkandi», *JHS*, 118, pp. 172-177.

Carter, J. B. y S. P. Morris, eds. (1995), *The ages of Homer*, University of Texas Press, Austin.

Cartledge, P. (1979), *Sparta and Lakonia. A regional history 1300-362 BC*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

Catling, H. W. (1968), «Late Minoan vases and bronzes in Oxford», *BSA*, 63, pp. 89-131.

— (1994), «Cyprus in the 11th century BC – an end or a beginning?», en Karageorghis, pp. 133-140.

— (1995), «Heroes returned? Subminoan burials from Crete», en Carter y Morris, pp. 123-136.

Catling, R. W. V. (1996), «A tenth-century trademark from Lefkandi», en D. Evely, I. S. Lemos y S. Sherratt, eds. (1996), *Minotaur and Centaur. Studies in the archaeology of Crete and Euboea presented to Mervyn Popham*, Tempus Reparatum, Oxford, pp. 126-132.

— (1998a), «Exports of Attic Protogeometric pottery and their identification by non-analytical means», *BSA*, 93, pp. 365-378.

— (1998b), «The typology of the Protogeometric and Subprotogeometric pottery from Troia and its Aegean context», *Studia Troica*, 8, pp. 151-187.

Catling, R. W. V. y R. E. Jones (1989), «Protogeometric vases from Amorgos in the Museum of the British School», *BSA*, 84, pp. 177-185.

Cavanagh, W. (1998), «Innovation, conservatism and variation in Mycenaean funerary ritual», en Branigan, pp. 103-114.

Cavanagh, W. y M. Curtis, eds. (1998), *Post-Minoan Crete*, Escuela Británica en Atenas, Londres.

Cavanagh, W. y C. Mee (1998), *A private place: death in prehistoric Greece*, Åström, Jonsered.

Chadwick, J. (1976a), *The Mycenaean World*, Cambridge University Press, Cambridge (hay trad. cast.: *El mundo micénico*, Alianza, Madrid, 2005).

— (1976b), «Who were the Dorians?», *La Parola del Passato*, 31, pp. 103-117.

— (1985), «What do we know about Mycenaean religion?», en A. Morpurgo Davies y Y. Duhoux, eds., *Linear B: a 1984 survey*, Institut de Linguistique de Louvain, Louvain-la-Neuve.

Cherry, J. (1988), «Pastoralism and the role of animals in pre-and protohistoric economies of the Aegean», en C. R. Whittaker, ed., *Pastoral economies in Classical antiquity (ProcCamPhilSoc* Supplement 14), pp. 6-34.

Christou, D. (1998), «Cremations in the western necropolis of Amathus», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 207-215.

Cline, E. (1994), *Sailing the wine-dark sea: international trade and the Late Bronze Age Aegean*, British Archaeological Reports, Oxford.

— (1995), «"My brother, my son": rulership and trade between the LBA Aegean, Egypt and the Near East», en Rehak, pp. 143-150.

Coldstream, J. N. (1968), *Greek Geometric pottery*, Methuen, Londres.

— (1984), «A Protogeometric Nature goddess from Knossos», *BICS*, 31, pp. 93-104.

— (1988), «Early Greek pottery in Tyre and Cyprus: some preliminary comparisons», *RDAC*, 1988, parte 2, pp. 35-44.
— (1998a), «Crete and the Dodecanese: alternative Eastern approaches to the Greek world during the Geometric period», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 255-262.
— (1998b), «The first exchanges between Euboeans and Phoenicians: who took the initiative?», en Gitin *et al.*, pp. 353-360.
— (1998c), *Light from Cyprus on the Greek «Dark Age»?* (Nineteenth J. L. Myres Memorial Lecture), Leopard's Head Press, Oxford.
Cook, J.M. (1975), «Greek settlement in the eastern Aegean and Asia Minor», *CAH* II: 2, cap. XXXVIII, Cambridge University Press, Cambridge.
Coulson, W. D. E. (1985), «The Dark Age pottery of Sparta», *BSA*, 80, pp. 29-84.
— (1986), *The Dark Age pottery of Messenia*, Åström, Göteborg.
— (1991), «The "Protogeometric" from Polis reconsidered», *BSA*, 86, pp. 43-64.
Coulson, W. D. E. y M. Tsipopoulou (1994), «Preliminary investigations at Halasmenos, Crete, 1992-1993», *Aegean Archaeology*, 1, pp. 65-97.
Courbin, P. (1993), «Fragments d'amphores Protogéometriques à Bassit (Syrie)», *Hesperia*, 62, pp. 95-113.
Crielaard, J. P. (1998), «Surfing on the Mediterranean web: Cypriot long-distance communication during the eleventh and tenth centuries BC», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 187-204.
Crouwel, J. H. (1992), *Chariots and other wheeled vehicles in Iron Age Greece*, Allard Pierson, Amsterdam.
Cucuzza, N. (1998), «Geometric Phaistos: a survey», en Cavanagh y Curtis, pp. 62-68.
Cunliffe, B., ed. (1994), *The Oxford illustrated prehistory of Europe*, Oxford University Press, Oxford (hay trad. cast.: *Prehistoria de Europa Oxford*, Crítica, Barcelona, 1998).
D'Agata, A. L. (1999a), *Haghia Triada II. Statuine minoiche e post-minoiche dai vecchi scavi di Haghia Triada (Creta)*, Escuela Italiana de Arqueología en Atenas, Padua.
— (1999b), «Defining a pattern of continuity during the Dark Age in central-western Crete: ceramic evidence from the settlement of Thronos/Kephala (ancient Sybrita)», *SMEA*, 41, pp. 181-218.
— (2001), «Religion, society and ethnicity on Crete at the end of the Late Bronze Age. The contextual framework of LM IIIC cult activities», en Laffineur and Hägg, pp. 345-354.
— (en preparación), «The cult activity on Crete in the Early Dark Age.

Changes, continuities, and the development of a Greek cult system», contribución en Lemos y Deger-Jalkotzy, 2003.

D'Agata, A. L., Y. Goren, H. Mommsen, A. Schwedt y A. Yasur-Landau (2005), «Imported pottery of LH IIIC style from Israel. Style, Provenance, and Chronology», en Laffineur y Greco, pp. 371-379.

Dakoronia, Ph. y M.-Ph. Papakonstantinou, eds. (1999), *Η περιφέρεια του μυκηναϊκού κόσμου. Α' Διεθνές διεπιστημονικό συμπόσιο, Λαμία 1994*, Lamia: Ministerio de Estado - TAPA, 14.ª Foro de Antigüedades Prehistóricas y Clásicas.

Dakouri-Hild, A. (2001), «The House of Kadmos in Mycenaean Thebes reconsidered: architecture, chronology, and context», *BSA*, 96, pp. 81-122.

Davidson, D. y C. Tasker (1982), «Geomorphological evolution during the late Holocene», en C. Renfrew y M. Wagstaff, eds., *An island polity. The archaeology of exploitation on Melos*, Thames & Hudson, Londres, pp. 82-94.

Davidson, J. (1997), *Courtesans and fishcakes, the consuming passions of Classical Athens*, Harper Collins, Londres.

Davies, J. K. (1984), «The reliability of the oral tradition», en L. Foxhall y J. K. Davies, eds., *The Trojan War. Its historicity and context*, Bristol Classical Press, Bristol, pp. 87-110.

Davis, J. L., S. E. Alcock, J. Bennet, Y. G. Lolos y C. W. Shelmerdine (1997), «The Pylos Regional Archaeological Project Part I: overview and the archaeological survey», *Hesperia*, 66, pp. 391-494.

De Fidio, P. (2001), «Centralization and its limits in the Mycenaean palatial system», en Voutsaki y Killen, cap. I.

Deger-Jalkotzy, S. (1995), «Mykenische Herrschaftformen ohne Paläste und die griechische Polis», en Laffineur y Niemeier, pp. 367-377.

— (1996), «On the negative aspects of the Mycenaean palace system», en E. de Miro, I. Godart y A. Sacconi, eds., *Atti e memorie del secondo congresso internazionale di micenologia*, Gruppo editoriale internazionale, Roma, pp. 715-728.

— (1998), «*The Last Mycenaeans and their Successors* updated», en Gitin *et al.*, pp. 114-128.

— (en preparación), «Late Mycenaean warrior tombs», en Lemos y Deger-Jalkotzy, 2003.

Demakopoulou, K. (1982), «Το Μυκηναικό ιερό στό Αμυκλαίο καί η ΥΕ ΙΙΙΓ περίοδος στη Λακωνία», tesis doctoral, Atenas.

— (1995), «Mycenaean citadels: recent excavations on the acropolis of Midea in the Argolid», *BICS*, 40, pp. 151-161.

— (2003), «The pottery from the destruction layers at Midea: Late Helladic III B2 late or transitional Late Helladic III B2/Late Helladic III C Early?», en Deger-Jalkotzy y Zavadil, pp. 77-92.

Demakopoulou, K., N. Divari-Valakou y A.-L. Schallin (2003), «Excavations in Midea, 2002», *OpAth*, 28, pp. 8-28.

De Polignac, F. (1995), *Cults, territory and the origin of the Greek city-state*, Chicago University Press, Chicago.

Desborough, V. R. (1952), *Protogeometric pottery*, Clarendon Press, Oxford.

Dickinson, O. (1977), *The origins of Mycenaean civilisation*, Åström, Göteborg.

— (1983), «Cist graves and chamber tombs», *BSA*, 78, pp. 55-67.

— (1986), «Homer, the poet of the Dark Age», *Greece and Rome*, 33, pp. 20-37.

— (1994a), *The Aegean Bronze Age*, Cambridge University Press, Cambridge (hay trad. cast.: *La Edad de Bronce egea*, Akal, Madrid, 2000).

— (1994b), «Comments on a popular model of Minoan religion», *Oxford Journal of Archaeology*, 13, pp. 173-184.

— (1999), «Robert Drews's theories about the nature of warfare in the Late Bronze Age», en Laffineur, pp. 21-27.

Dietrich, B. C. (1986), *Tradition in Greek religion*, de Gruyter, Berlín y Nueva York.

Dimaki, S. (1999), «Νεκροταφείο Ελατείας: Περιδέραια από στεατίτη», en Dakoronia y Papakonstantinou, pp. 203-214.

Donder, H. (1999), «Pin-types of the Late Helladic and the Early Iron Age in North and Central Greece», en Dakoronia y Papakonstantinou, pp. 91-98.

Donlan, W. (1997), «The Homeric economy», en Morris y Powell, cap. 28.

Doumas, C. (1992), *The wall-paintings of Thera*, Fundación Thera, Atenas.

Drerup, H. (1969), *Griechische Baukunst in Geometrischer Zeit, Archaeologia Homerica Kapitel 0*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.

Drews, R. (1979), *Argos and Argives in the Iliad, Classical Philology*, 74, pp. 111-135.

— (1983), *Basileus: the evidence for kingship in Geometric Greece*, Yale University Press, New Haven.

— (1988), *The coming of the Greeks: Indo-European conquests in the Aegean and the Near East*, Princeton University Press, Princeton.

— (1993), *The end of the Bronze Age: changes in warfare and the catastrophe ca. 1200* BC, Princeton University Press, Princeton.

— (2000), «Medinet Habu: oxcarts, ships, and migration theories», *Journal of Near Eastern Studies*, 59, pp. 161-190.

Eder, B. (1998), *Argolis Lakonien Messenien. Vom Ende der my kenischen Palastzeit bis zur Einwanderung der Dorier*, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena.

— (1999), *Die Submykenischen und Protogeometrischen Gräber von Elis*, Instituto Arqueológico Austríaco, Atenas.

— (2001), «Continuity of Bronze Age cult at Olympia? The evidence of the Late Bronze Age and Early Iron Age pottery», en Laffineur y Hägg, pp. 201-209.
— (2003), «Patterns of contact and communication between the regions south and north of the Corinthian Gulf in LH IIIC», en Kyparissi-Apostolika y Papakonstantinou, pp. 37-54.
Eder, B. y R. Jung (2005), «On the character of social relations between Greece and Italy in the 12th/11th century BC», en Laffineur y Greco, pp. 485-495.
Eiteljorg, H., II (1980), «The fast wheel, the multiple brush compass and Athens as the home of the Protogeometric style», *AJA*, 84, pp. 445-452.
Eliopoulos, T. (1998), «Preliminary report on the discovery of a temple complex of the Dark Ages at Kephala Vasilikis», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 301-313.
Fägerström, K. (1988b), *Greek Iron Age architecture: development through changing times*, Åström, Göteborg.
Feuer, B. (1983), *The northern Mycenaean border in Thessaly*, British Archaeological Reports, Oxford.
Forbes, H. (1995), «The identification of pastoralist sites within the context of estate-based agriculture in ancient Greece: beyond the "transhumance versus agro-pastoralism" debate», *BSA*, 90, pp. 325-338.
Foxhall, L. (1995), «Bronze to Iron: agricultural systems and political structures in Late Bronze Age and Early Iron Age Greece», *BSA*, 90, pp. 239-250.
— (1998), «The Greek countryside», en Sparkes, cap. 6.
French, E. B. (1999), «The post-palatial levels at Mycenae: an up-date», *BICS*, 43, pp. 222-223.
French, E. B. y K. A. Wardle, eds. (1988), *Problems in Greek Prehistory*, Bristol Classical Press, Bristol.
Fried, M. H. (1967), *The evolution of political society: An essay in political anthropology*, Random, Nueva York.
Galaty, M. L. y W. A. Parkinson, eds. (1999), *Rethinking Mycenaean palaces. New interpretations of an old idea*, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Monograph 41, Los Ángeles.
Gale, N. H. (1979), «Some aspects of lead and silver mining in the Aegean», *Miscellanea Graeca 2: Technological Studies 1979*, pp. 9-60, Misión Arqueológica Belga en Grecia, Gante.
—, ed. (1991), *Bronze Age Trade in the Aegean*, Åström, Göteborg.
Gallant, T.W. (1982), «Agricultural systems, land tenure, and the reforms of Solon», *BSA*, 77, pp. 111-124.
Georganas, I. (2000), «Early Iron Age tholos tombs in Thessaly (*c.* 1100-700 BC)», *Mediterranean Archaeology*, 13, pp. 47-54.

— (2002), «Constructing identities in Early Iron Age Thessaly: the case of the Halos tumuli», *OJA*, 21, pp. 289-298.

Gesell, G. C. (1985), *Town, palace, and house cult in Minoan Crete*, Åström, Göteborg.

— (2001), «The function of the plaque in the shrine of the goddess with upraised hands», en Laffineur y Hägg, pp. 253-258.

Gillis, C. (1997), «The smith in the Late Bronze Age – state employee, independent artisan, or both?», Laffineur y Betancourt, pp. 505-513.

Gilmour, G. (1993), «Aegean sanctuaries in the Levant in the Late Bronze Age», *BSA*, 88, pp. 125-134.

Gitin, S., A. Mazar y E. Stern, eds. (1998), *Mediterranean Peoples in transition, thirteenth to early tenth centuries BCE*, Israel Exploration Society, Jerusalén.

Guggisberg, M. A. (1996), *Frühgriechische Tierkeramik*, von Zabern, Maguncia.

Gurney, O. (1990), *The Hittites*, Penguin, Harmondsworth.

Hägg, R., N. Marinatos y G. Nordquist, eds. (1988), *Early Greek cult practice*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

Haggis, D. C. (1999), «Some problems in defining Dark Age society in the Aegean», en Betancourt *et al.*, pp. 303-308.

— (2000), «Settlement patterns and social structure in the Dark Age Aegean», ponencia en Wardle.

— (2001), «Dark Age settlement pattern in east Crete, and a reassessment of the definition of refuge settlements», en Karageorghis y Morris, pp. 41-59.

Haggis, D. C. y K. Nowicki (1993), «Khalasmeno and Katalimata: two Early Iron Age settlements in Monastiraki, East Crete», *Hesperia*, 62, pp. 303-337.

Hall, J. M. (1997), *Ethnic identity in Greek antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge.

Halstead, P. H. (1992), «The Mycenaean palatial economy: making the most of the gaps in the evidence», *ProcCamPhilSoc*, 38, pp. 57-86.

— (1999a), «Surplus and share-croppers: the grain production strategies of Mycenaean palaces», en Betancourt *et al.*, pp. 319-326.

— (1999b), «Towards a model of Mycenaean palatial mobilization», en Galaty y Parkinson, pp. 35-41.

— (1999c), «Mycenaean agriculture: the nature of palatial intervention», *BICS*, 43, pp. 211-212.

— (2001), «Mycenaean wheat, flax and sheep: palatial intervention in farming and its implications for rural society», en Voutsaki y Killen, cap. IV.

Hamilakis, Y. y E. Konsolaki (2004), «Pigs for the gods: burnt animal sacri-

fices as embodied rituals at a Mycenaean sanctuary», *OJA*, 23, pp. 135-151.

Hammond, N. G. L. (1932), «Prehistoric Epirus and the Dorian invasion», *BSA*, 32, pp. 131-179.

— (1975), «The literary tradition for the migrations», *CAH*, II, 2, cap. XXXVI(b), Cambridge University Press, Cambridge.

Hansen, J. M. (2000), «Palaeoethnobotany and palaeodiet in the Aegean region: notes on legume toxicity and related pathologies», en Vaughan y Coulson, pp. 13-27.

Harding, A. F. (1984), *The Mycenaeans and Europe*, Academic Press, Londres.

— (2000), «Weapons, warfare and deposition practices in south-east Europe, 1200-800 BC: cultural transformations at the beginning of the first millennium BC from the Alps (almost) to Anatolia», ponencia inaugural en Wardle.

Haskell, H. (2003), «Region to region export of transport stirrup jars from LM IIIA2/B Crete», ponencia en el Congreso Ariadne's Threads, Escuela Italiana de Arqueología, Atenas, 5 de abril de 2003.

Hawkins, D. (1998), «Tarkasnawa king of Mira, "Tarkondemos", Boğazköy sealings and Karabel», *AS*, 48, pp. 1-31.

Hayden, B. J. (1987), «Crete in transition: LM IIIA-B architecture, a preliminary study», *SMEA*, 26, pp. 199-233.

Heilmeyer, W. D. (1972), *Frühe Olympische Tonfiguren (Olympische Forschungen 7)*, de Gruyter, Berlín.

— (1979), *Frühe Olympische Bronzefiguren: die Tiervotive (Olympische Forschungen* 12), de Gruyter, Berlín.

Heltzer, M. (1988), «Trade relations between Ugarit and Crete», *Minos*, 23, pp. 7-13.

Higgins, R. A. (1969), «Early Greek jewellery», *BSA*, 64, pp. 143-153.

— (1980), *Greek and Roman Jewellery* (2.ª ed.), Methuen, Londres.

Hoffman, G. (1997), *Imports and immigrants. Near Eastern contacts with Iron Age Crete*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Hooker, J. T. (1976), *Mycenaean Greece*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

— (1982), «The end of Pylos and the Linear B evidence», *SMEA*, 23, pp. 209-217.

Hope Simpson, R. (2003), «The Dodecanese and the Ahhiyawa question», *BSA*, 98, pp. 203-237.

Houby-Nielsen, S. H. (1995), «"Burial language" in Archaic and Classical Kerameikos», *Proceedings of the Danish Institute at Athens*, 1, pp. 129-191.

Hughes Brock, H. (1999), «Mycenaean beads, gender and social contexts», *OJA*, 18, pp. 277-296.

Iakovidis, S. E. (1969), *Περάτη: το νεκροταφείον*, Sociedad Arqueológica, Atenas.

— (1977), «On the use of Mycenaean "buttons"», *BSA*, 72, pp. 113-119.

— (1980), *Excavations of the necropolis of Perati*, Institute of Archaeology, University of California, Los Ángeles.

— (1998), *ΓΛΑΣ ΙΙ. Η ανασκαφή 1981-1991*, Sociedad Arqueológica, Atenas.

Immerwahr, S. A. (1990), *Aegean painting in the Bronze Age*, Pennsylvania State University Press, Filadelfia.

Isaakidou, V., P. Halstead, J. Davis y S. Stocker (2002), «Burnt animal sacrifice at the Mycenaean "Palace of Nestor", Pylos», *Antiquity*, 76, pp. 86-892.

Jacobsthal, P. (1956), *Greek pins and their connexions with Europe and Asia*, Clarendon Press, Oxford.

Jameson, M. H., C. N. Runnels y T. van Andel (1994), *A Greek countryside: the Southern Argolid from prehistory to the present day*, Stanford University Press, Stanford.

Jones, W. (1999), «The archaeology and economy of Homeric gift exchange», *OpAth*, 24, pp. 9-24.

Kanta, A. (1980), *The Late Minoan III period in Crete. A survey of sites, pottery and their distribution*, Åström, Göteborg.

Kanta, A. y A. Karetsou (1998), «From Arkadhes to Rhytion. Interactions of an isolated area of Crete with the Aegean and the east Mediterranean», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 159-173.

Kanta, A. y N. C. Stampolidis (2001), «Orné (ΑΙΠΥ) in the context of the defensive settlements of the end of the Bronze Age», en Karageorghis y Morris, pp. 95-113.

Karageorghis, V. (1982), «Metallurgy in Cyprus during the 11th century BC», en Muhly *et al.*, pp. 297-301.

—, ed. (1994), *Proceedings of the international symposium «Cyprus in the 11th century* BC», Departamento de Antigüedades de Chipre, Nicosia.

— (2001), «Patterns of fortified settlements in the Aegean and Cyprus *c.* 1200 BC», en Karageorghis y Morris, pp. 1-12.

Karageorghis, V. y M. Demas (1988), *Excavations at Maa-Palaeokastro 1979-1986*, Departamento de Antigüedades de Chipre, Nicosia.

Karageorghis, V. y C. Morris, eds. (2001), *Defensive settlements of the Aegean and the eastern Mediterranean after c. 1200* BC, Trinity College, Dublín y la Fundación Anastasios G. Leventis, Nicosia.

Karageorghis, V. y N. C. Stampolidis, eds. (1998), *Proceedings of the international symposium «Eastern Mediterranean: Cyprus-Dodecanese-Crete 16th-6th cent.* BC», Universidad de Creta y la Fundación A.G. Leventis, Atenas.

Kayafa, M. (2000), «From Bronze Age to Iron Age: alloy making and its implications in mainland Greece and offshore Aegean islands», ponencia en Wardle.

Kilian, K. (1981), «Zeugnisse mykenische Kultausübung in Tiryns», en R. Hägg y N. Marinatos, eds., *Sanctuaries and cults in the Aegean Bronze Age*, Instituo Sueco en Atenas, Estocolmo, pp. 49-58.

— (1985), «Violinbogenfibeln und Blattbügelfibeln des griechischer Festlandes aus mykenischer Zeit», *PZ*, 60, pp. 145-203.

— (1988), «Mycenaeans up to date, trends and changes in recent research», en French y Wardle, pp. 115-152.

Kilian-Dirlmeier (1980), «Bemerkungen zu den Fingerringen mit Spiralenden», *Jahrbuch des römisch-germanischen Zentralmuseums, Mainz*, 27, pp. 249-269.

— (1984), *Nadeln der frühhelladischen bis archaischen Zeit von der Peloponnes (Prähistorische Bronzefunde XIII, 8)*, Beck, Munich.

— (1993), *Die Schwerter in Griechenland (ausserhalb der Peloponnes), Bulgarien und Albanien (Prähistoriche Bronzefunde IV, 12)*, Steiner, Stuttgart.

Killebrew, A. E. (2000), «Aegean-style early Philistine pottery in Canaan during the Iron I age: a stylistic analysis of Mycenaean IIIC: lb pottery and its associated wares», en Oren, pp. 233-253.

Killen, J. T. (1996), «Administering a Mycenaean kingdom: some taxing problems», *BICS*, 41, pp. 147-148.

— (2001), «Some thoughts on *ta-ra-si-ja*», en Voutsaki y Killen, cap. XI.

Kirk, G. S. (1975), «The Homeric poems as history», *CAH*, II, 2, cap. XXXIX(b), Cambridge University Press, Cambridge.

— (1990), *The Iliad: a Commentary*, vol. II, Cambridge University Press, Cambridge.

Kling, B. (1989), *Mycenaean IIIC: 1b and related pottery in Cyprus*, Åström, Göteborg.

— (2000), «Mycenaean IIIC: lb and related pottery in Cyprus: comments on the current state of research», en Oren, pp. 281-295.

Knapp, A. B. (1990), «Ethnicity, entrepreneurship, and exchange: Mediterranean inter-island relationships in the Late Bronze Age», *BSA*, 85, pp. 115-153.

— (1991), «Spice, drugs, grain and grog: organic goods in Bronze Age East Mediterranean trade», en Gale, pp. 21-68.

Konsolaki-Yannopoulou, E. (2001), «New evidence for the practice of libations in the Aegean Bronze Age», en Laffineur y Hägg, pp. 213-220.

Koukouli-Chrysanthaki, Ch. (1992), *Προϊστορική Θασος: τα νεκροταφεία του οικισμού Καστρί*, Dimosievmata tou Arkhaiologikou Deltiou, Atenas.

Krzyszkowska, O. (2005), *Aegean seals. An introduction*, Institute of Classical Studies, Universidad de Londres, Londres.

Kuniholm, P. (1990), «Archaeological evidence and non-evidence for climatic change», *Philosophical Transactions of the Royal Society of Londres*, A330, pp. 645-655.

Kurtz, D. C. y J. Boardman (1971), *Greek burial customs*, Thames & Hudson, Londres.

Kyparissi-Apostolika, N. y M. Papakonstantinou (2003), *The periphery of the Mycenaean world. 2nd international interdisciplinary colloquium, Lamia 1999. Proceedings*, Ministerio de Cultura, 14 Congreso de Antigüedades Prehistóricas y Clásicas, Atenas.

Laffineur, R., ed. (1987), *THANATOS. Les coutûmes funéraires en Egée à l'Age du Bronze*, Universidad de Lieja, Lieja.

—, ed. (1999), *POLEMOS. Le contexte du guerrier en Egée à l'Age du Bronze*, Universidad de Lieja, Lieja.

Laffineur, R. y P. P. Betancourt, eds. (1997), *TEXNH. Craftsmen, craftswomen and craftsmanship in the Aegean Bronze Age*, Universidad de Lieja, Lieja.

Laffineur, R. y E. Greco (2005), *EMPORIA. Aegeans in the Central and Eastern Mediterranean*, Universidad de Lieja, Lieja.

Laffineur, R. y R. Hägg, eds. (2001), *POTNIA. Deities and religion in the Aegean Bronze Age*, Universidad de Lieja, Lieja.

Laffineur, R. y W.-D. Niemeier, eds. (1995), *POLITEIA. Society and state in the Bronze Age Aegean*, Universidad de Lieja, Lieja.

Laffineur, R., I. Galanaki, H. Tomas e I. Galanakis, comps. (2005), «Between the Aegean and Baltic seas: prehistory across borders», congreso organizado por el Departamento de Arqueología de la Universidad de Zagreb, abril, 2005.

Lambrinoudakis, V. K. (1988), «Veneration of ancestors in Geometric Naxos», en Hägg *et al.*, pp. 235-246.

Langdon, S., ed. (1997), *New light on a dark age: exploring the culture of Geometric Greece*, University of Missouri Press, Columbia y Londres.

Lemos, I. S. (1994), «Birds revisited», en Karageorghis, pp. 229-237.

— (1998), «Euboea and its Aegean koine», en M. Bats y B. d'Agostino, eds., *Euboica. L'Eubea e la presenza euboica in Calcidica e in Occidente*, Centro Jean Bérard, Nápoles, pp. 45-58.

— (2003), «Lefkandi and Athens: a tale of two cities», en Lemos y Deger-Jalkotzy.

Lemos, I. S. y S. Deger-Jalkotzy, eds. (2003), «From *Wanax* to *Basileus*», 3.er Congreso A.G. Leventis, Edimburgo, enero de 2003.

Lewartowski, K. (1995), «Mycenaean social structure: a view from simple graves», en Laffineur y Niemeier, pp. 103-114.

— (2000), *Late Helladic simple graves. A study of Mycenaean burial customs*, British Archaeological Reports, Oxford.

Littauer, M. A. y J. H. Crouwel (1996), «Robert Drews and the role of chariotry in Bronze Age Greece», *OJA*, 15, pp. 297-305.

Loader, N. C. (1995), «Mycenaean fortifications: defining Cyclopean and a consideration of building practices», *BICS*, 40, p. 254.

— (1998), *Building in cyclopean masonry, with special reference to the Mycenaean fortifications of mainland Greece*, Åström, Jonsered.

Lorimer, H. L. (1950), *Homer and the monuments*, Macmillan, Londres.

Luke, J. (2003), *Ports of trade, Al Mina, and Greek Geometric pottery in the Levant*, British Archaeological Reports, International Series 1100, Oxford.

Macqueen, J. G. (1986), *The Hittites and their contemporaries in Asia Minor*, Thames & Hudson, Londres.

Maran, J. (2001), «Political and religious aspects of architectural change on the Upper Citadel of Tiryns. The case of Building T», en Laffineur y Hägg, pp. 113-122.

— (2002), «Tiryns town after the fall of the palace: some new insights», Seminario Micénico, Instituto de Estudios Clásicos, Londres, 13 de febrero.

— (2004), «The spreading of objects and ideas in the Late Bronze Age Eastern Mediterranean: two case studies from the Argolid of the 13th and 12th centuries BC», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 336, pp. 11-30.

Marinatos, N. (1988), «The imagery of sacrifice: Minoan and Greek», en Hägg *et al.*, pp. 9-20.

Marinatos, N. y R. Hägg, eds. (1993), *Greek sanctuaries: new approaches*, Routledge, Londres.

Markoe, G. (1998), «The Phoenicians on Crete: transit trade and the search for ores», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 233-240.

Matthäus, H. (1980), *Die Bronzegefässe der kretisch-mykenisch Kultur (Prähistoriche Bronzefunde II, 1)*, Beck, Munich.

— (1988), «Heirloom or tradition? Bronze stands of the second and first millennium BC in Cyprus, Greece and Italy», en French y Wardle, pp. 285-300.

— (1998), «Cyprus and Crete in the early first millennium BC. A synopsis with special reference to new finds from the Idaean Cave of Zeus», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 127-156.

Mazarakis Ainian, A. (1997), *From rulers' dwellings to temples. Architecture, religion and society in Early Iron Age Greece (1100-700* BC), Åström, Jonsered.

McDonald, W. A. y G. R. Rapp Jr., eds. (1972), *The Minnesota Messenia Ex-*

pedition: reconstructing a Bronze Age regional environment, Minnesota University Press, Minneapolis.

Mee, C. B. (1998), «Gender bias in Mycenaean mortuary practices», en Branigan, pp. 165-170.

Mee, C. B. y W. Cavanagh (1984), «Mycenaean tombs as evidence for social and political organisation», *OJA* 3, 45-64.

Mee, C. B. y H. Forbes, eds. (1997), *A rough and rocky place: the landscape and settlement history of the Methana peninsula, Greece*, Liverpool University Press, Liverpool.

Meriç, R. y P. A. Mountjoy (2002), «Mycenaean pottery from Bademgediği Tepe (Puranda) in Ionia: a preliminary report», *Istanbuler Mitteilungen*, 52, pp. 79-98.

Mikalson, J. D. (1983), *Athenian popular religion*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

Mommsen, H., D. Hertel y P.-A. Mountjoy (2001), «Neutron activation analysis of the pottery from Troy in the Berlin Schliemann Collection», *AA*, pp. 169-211.

Moody, J. (2003), «Unravelling the threads: environmental change in Late Bronze III», ponencia en el congreso Ariadne's Threads, Escuela Italiana de Arqueología, Atenas, 5 de abril.

Moran, W. L. (1992), *The Amarna letters*, Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres.

Morgan, C. (1995), «From palace to polis? Religious developments on the Greek mainland during the Late Bronze/Early Iron Age transition», *BICS*, 40, p. 250.

— (1999), *Isthmia Volume VIII. The Late Bronze Age settlement and Early Iron Age sanctuary*, American School of Classical Studies at Athens, Princeton.

Morris, I. (1986), «The use and abuse of Homer», *Classical Antiquity*, 5, pp. 81-138.

Morris, S. P. (1997), «Homer and the Near East», en Morris y Powell, cap. 26.

Mountjoy, P. A. (1986), *Mycenaean decorated pottery, a guide to identification*, Åström, Göteborg.

— (1993), *Mycenaean pottery, an introduction*, Oxford University Committee for Archaeology, Oxford.

— (1995), «Thorikos mine no. 3: the Mycenaean pottery», *BSA*, 90, pp. 195-227.

— (1997), «The destruction of the palace at Pylos reconsidered», *BSA*, 92, pp. 109-137.

— (1998), «The east Aegean-west Anatolian interface in the Late Bronze Age, Mycenaeans and the kingdom of Ahhiyawa», *AS*, 48, pp. 33-67.

— (1999), *Regional Mycenaean decorated pottery*, Leidorf, Rahden.
Muhly, J. D. (1992), «The crisis years in the Mediterranean world: transition or cultural disintegration?», en Ward y Joukowsky, pp. 10-26.
— (1999), «The Phoenicians in the Aegean», en Betancourt *et al.*, pp. 517-526.
— (2003), «Greece and Anatolia in the Early Iron Age: the archaeological evidence and the literary tradition», en W. G. Dever y S. Gitin, eds., *Symbiosis, symbolism, and the power of the past. Canaan, ancient Israel and their neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palestina*, Eisenbrauns, Winona Lake, pp. 23-35.
Muhly, J. D., R. Maddin y V. Karageorghis, eds. (1982), *Early Metallurgy in Cyprus 4000-500*, BC, Fundación Pierides, Nicosia.
Muhly, J. D., R. Maddin, T. Stech y E. Özgen (1985), «Iron in Anatolia and the nature of the Hittite iron industry», *AS*, 35, pp. 567-584.
Musgrave, J. H. (1990), «Dust and damn'd oblivion: a study of cremation in ancient Greece», *BSA*, 85, pp. 271-299.
Naumann, U. (1976), *Subminoische und protogeometrische Bronzeplastik auf Kreta, Mitteilungen der Deutschen archäologischen Instituts: athenische Abteilung*, Beiheft 6.
Negbi, O. (1988), «Levantine elements in the sacred architecture of the Aegean», *BSA*, 83, pp. 339-357.
Niemeier, W. D. (1998), «The Mycenaeans in western Anatolia and the problem of the origins of the Sea Peoples», en Gitin *et al.*, pp. 17-65.
Niklasson-Sönnerby, K. (1987), «Late Cypriot III shaft graves: burial customs of the last phase of the Bronze Age», en Laffineur, pp. 219-225.
Nowicki, K. (1996), «Arvi Fortetsa and Loutraki Kandilioro: two refugee settlements in Crete», *BSA*, 91, pp. 253-285.
— (2000), *Defensible Sites in Crete c. 1200-800* BC *(LM IIIB/IIIC through Early Geometric*, Universidad de Lieja, Lieja.
— (2001), «Sea-Raiders and refugees: problems of defensible sites in Crete *ca.* 1200 BC», en Karageorghis y Morris, pp. 23-40.
Nur, A. y E. H. Cline (2000), «Poseidon's horses: plate tectonics and earthquake storms in the Late Bronze Age in the Aegean and eastern Mediterranean», *Journal of Archaeological Science*, 27, pp. 43-63.
Oren, E. D., ed. (2000), *The Sea Peoples and their world: a reassessment*, University of Pennsylvania, Filadelfia.
Osborne, R. (1997), «Early Greek colonization? The nature of Greek settlement in the West», en N. Fisher y H. van Wees, eds., *Archaic Greece: new approaches and new evidence*, Duckworth, Londres, pp. 251-269.
Østby, E., J.-M. Luce, G. C. Nordquist, C. Tarditi y M. E. Voyatzis (1994), «The sanctuary of Athena Alea at Tegea: first preliminary report (1990-1992)», *OpAth*, 20, pp. 89-141.

Pakkanen, P. (2001), «The relationship between continuity and change in Dark Age Greek religion», *OpAth*, 25-26 (2000-2001), pp. 71-88.

Palaima, T. G. (1988), «The development of the Mycenaean writing system», *Minos*, suplemento 10, pp. 269-342.

— (1995), «The last days of the Pylos polity», en Laffineur y Niemeier, pp. 623-637.

Papadimitriou, A. (1998), «Η οικιστική εξέλιξη της Τίρυνθας μετά τη Μυκηναϊκή εποχή. Τα αρχαιολογικά ευρήματα και η ιστορική ερμηνεία τους», en A. Pariente y G. Touchais, eds., *Argos et l'Argolide. Topographie et urbanisme*, Boccard, París, pp. 117-130.

Papadopoulos, J. K. (1993), «To kill a cemetery: the Athenian Kerameikos and the Early Iron Age in the Aegean», *JMA*, 6, pp. 175-206.

— (1994), «Early Iron Age potters' marks in the Aegean», *Hesperia*, 63, pp. 437-507.

— (1996a), «Dark Age Greece», en B. M. Fagan, ed., *The Oxford companion to archaeology*, Oxford University Press, Oxford, pp. 253-255.

— (1996b), «Euboeans in Macedonia? A closer look», *OJA*, 15, pp. 151-183.

— (1997), «Phantom Euboians», *JMA*, 10, pp. 191-219.

Papadopoulos, J. K., J. F. Vedder y T. Schreiber (1998), «Drawing circles: experimental archaeology and the pivoted multiple brush», *AJA*, 102, pp. 507-529.

Papadopoulos, Th. (1999), «Warrior-Graves in Achaean Mycenaean Cemeteries», en Laffineur, pp. 268-274.

Papazoglou-Manioudaki, L. (1994), «Mycenaean warrior's tomb at Krini near Patras», *BSA*, 89, pp. 171-200.

Parker, R. (1996), *Athenian religion: a history*, Clarendon Press, Oxford.

Pennas, C., Y. Vichos y C. Agouridis (2000-2001), «The Point Iria wreck (1994) I. The completion of the excavation. II. The pottery, by Y. G. Lolos», *Enalia*, V, pp. 30-44.

Photos-Jones, E. y J. Ellis Jones (1994), «The building and industrial remains at Agrileza, Laurion (fourth century BC) and their contributions to the workings at the site», *BSA*, 89, pp. 307-358.

Pickles, S. y E. Peltenburg (1998), «Metallurgy, society and the Bronze/Iron transition in the east Mediterranean and the Near East», *RDAC*, 1998, pp. 67-100.

Pieridou, A. (1973), *Ο πρωτογεωμετρικός ρυθμός εν Κύπρωι*, Sociedad Arqueológica, Atenas.

Piggott, S. (1965), *Ancient Europe*, Edinburgh University Press, Edimburgo.

Piteros, Chr. I. (2001), «Τάφοι και τεφροδόχα αγγεία τυμβού της ΥΕΙΠΓ στο 'Αργος», en Stampolidis, pp. 99-120.

Popham, M. R. (1967), «Late Minoan pottery, a summary», *BSA*, 62, pp. 337-351.
— (1994a), «The collapse of Aegean civilization at the end of the Late Bronze Age», en Cunliffe, cap. 8.
— (1994b), «Precolonization: early Greek contact with the East», en Tsetskhladze y de Angelis, cap. 2.
Popham, M. R. y E. Milburn (1971), «The Late Helladic IIIC pottery of Lefkandi: a summary», *BSA*, 66, pp. 333-352.
Prent, M. (en prensa), *Cretan Sanctuaries and Cults. Continuity and Change from the Late Minoan IIIC to the Archaic Period*, Brill, Leiden.
Pulak, C. (1998), «The Uluburun shipwreck: an overview», *IJNA*, 27, pp. 188-224.
Purcell, N. (1990), «Mobility and *the polis*», en O. Murray y S. Price, eds., *The Greek city from Homer to Alexander*, Clarendon Press, Oxford, pp. 29-58.
Rackham, O. y J. Moody (1996), *The making of the Cretan Landscape*, Manchester University Press, Manchester.
Raftopoulou, S. (1997), «Τάφοι της εποχής του σιδήρου στη Σπαρτή», en *Acts of the V International Congress of Peloponnesian Studies*, Sociedad de Estudios Peloponésicos, Atenas, pp. 273-280.
— (1998), «New finds from Sparta», en W. G. Cavanagh y S. E. C. Walker, eds., *Sparta in Laconia*, Escuela Británica en Atenas, Londres, pp. 125-140.
Reber, K. (1991), *Untersuchungen zur handgemachte Keramik Griechenlands in der sub-mykenischen, protogeometrischen und der geometrischen Zeit*, Åström, Jonsered.
Reclus, E. (1875), *Nouvelle géographie universelle. Volume I. L'Europe méridionale*, Hachette, París.
Redford, D. B. (2000), «Egypt and western Asia in the late New Kingdom: an overview», en Oren, pp. 1-20.
Rehak, P., ed. (1995), *The role of the ruler in the prehistoric Aegean*, Universidad de Lieja, Lieja.
Rehak, P. y J. G. Younger (2001), «Neopalatial, Final Palatial, and Postpalatial Crete», en Cullen, cap. VII.
Renfrew, C. (1972), *The emergence of civilization: the Cyclades and the Aegean in the third millennium* B.C., Methuen, Londres.
— (1985), *The archaeology of cult. The sanctuary at Phylakopi*, British School at Athens, Londres.
— (1989), *Archaeology and language*, Penguin, Harmondsworth (hay trad. cast.: *Arqueología y lenguaje*, Crítica, Barcelona, 1990).
Ridgway, D. (1992), *The first Western Greeks*, Cambridge University Press, Cambridge.

— (1994), «Phoenicians and Greeks in the West: a view from Pithekoussai», en Tsetskhladze y de Angelis, cap. 3.
— (1997), «Nestor's Cup and the Etruscans», *OJA*, 16, pp. 325-344.
Rosen, R. (1997), «Homer and Hesiod», en Morris y Powell, 1997, cap. 21.
Runnels, C. (1982), «Flaked-stone artefacts in Greece during the historical period», *JFA*, 9, pp. 363-373.
Rutter, J. B. (1974), «The Late Helladic IIIB and IIIC periods at Korakou and Gonia», tesis doctoral, Universidad de Pennsylvania.
— (1978), «Plea for the abandonment of the term "Submycenaean"», *Temple University Aegean Symposium*, 3, pp. 58-65.
— (1990), «Some comments on interpreting the dark-surfaced handmade burnished pottery of the 13th and 12th century BC Aegean», *JMA*, 3, pp. 29-49.
— (1992), «Cultural novelties in the post-palatial Aegean world: indices of vitality or decline?», en Ward y Joukowsky, pp. 61-78.
Rystedt, E. (1999), «No words, only pictures. Iconography in the transition between the Bronze Age and the Iron Age in Greece», *OpAth*, 24, pp. 89-98.
Sacconi, A. (1999), «Les tablettes de Pylos et la guerre», en Laffineur, pp. 361-365.
Sackett, L. H., V. Hankey, R. J. Howell, T. W. Jacobsen y M. R. Popham (1966), «Prehistoric Euboea: contributions toward a survey», *BSA*, 61, pp. 33-112.
Sandars, N. K. (1964), «The last Mycenaeans and the European Late Bronze Age», *Antiquity*, 38, pp. 258-262.
Sapouna-Sakellaraki, E. (1997), «Geometric electrum band from a tomb on Skyros», en O. Palagia, ed., *Greek Offerings*, Oxbow, Oxford, pp. 35-42.
Sauerwein, F. (1998), «The physical background», en Sparkes, cap. 1.
Schweitzer, B. (1971), *Greek Geometric Art*, Phaidon, Londres.
Shaw, J. W. (1995), «Two three-holed stone anchors from Kommos, Crete: their context, type and origin», *IJNA*, 24, pp. 279-291.
— (1998), «Kommos in southern Crete: an Aegean barometer for East-West interconnections», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 13-27.
Shelmerdine, C. W. (1985), *The perfume industry of Mycenaean Pylos*, Åström, Göteborg.
— (1987), «Architectural change and economic decline at Pylos», *Minos*, 20-22, pp. 557-568.
— (1999), «Pylian polemics: the latest evidence on military matters», en Laffineur, pp. 403-408.
— (2001), «The palatial Bronze Age of the southern and central Greek mainland», en Cullen, cap. VI.

Sherratt, E. S. (1982), «Patterns of contact: manufacture and distribution of Mycenaean pottery», en J. G. P. Best y N. M. W. de Vries, eds., *Interaction and acculturation in the Mediterranean*, Grüner, Amsterdam, pp. 179-195.

— (1985), «The development of Late Helladic IIIC», *BICS*, 32, p. 161.

— (1990), «"Reading the texts": archaeology and the Homeric question», *Antiquity*, 64, pp. 807-824.

— (1992), «Immigration and archaeology: some indirect reflections», en P. Åström, ed., *Acta Cypria Volume I*, Åström, Jonsered, pp. 316-347.

— (1993), «Daidalic inventions: the Hellenization of art and the art of Hellenization» (en Morris, 1992), *Antiquity*, 67, pp. 915-918.

— (1994), «Commerce, iron and ideology: metallurgical innovation in 12th-llth century Cyprus», en Karageorghis, pp. 59-106.

— (2000), «Circulation of metals and the end of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean», en C. F. Pare, ed., *Metals make the world go round. The supply and circulation of metals in Bronze Age Europe*, Oxbow, Oxford, pp. 82-98.

— (2001), «Potemkin palaces and route-based economies», en Voutsaki y Killen, cap. XIV.

— (2002), «Visible writing: questions of script and identity in Early Iron Age Greece and Cyprus», *OJA*, 22, pp. 225-242.

Sherratt, E. S. y J. Crouwel (1987), «Mycenaean pottery from Cilicia in Oxford», *OJA*, 6, pp. 325-352.

Shrimpton, G. (1987), «Regional drought and the economic decline of Mycenae», *Echos du monde classique/Classical Views*, 6, pp. 137-177.

Silberman, N. A. (1998), «The Sea Peoples, the Victorians and us: modern social ideology and changing archaeological interpretations of the Late Bronze Age collapse», en Gitin *et al.*, pp. 268-275.

Sipsie-Eschbach, M. (1991), *Protogeometrische Keramik aus Iolkos*, Volker Spiess, Berlín.

Sloan, R. E. y M. A. Duncan (1978), «Zooarchaeology of Nichoria», *Nichoria I*, cap. 6.

Small, D. B. (1997), «Can we move forward? Comments on the current debate over Handmade Burnished Ware», *JMA*, 10, pp. 223-228.

— (1998), «Surviving the collapse: the oikos and structural continuity between Late Bronze Age and later Greece», en Gitin *et al.*, pp. 283-292.

Smithson, E. L. (1968), «The tomb of a rich Athenian lady circa 850 BC», *Hesperia*, 37, pp. 77-116.

Snodgrass, A. M. (1964), *Early Greek armour and weapons*, Edinburgh University Press, Edimburgo.

— (1974), «An historical Homeric society?» *JHS*, 94, pp. 114-125.

— (1980b), «Iron and early metallurgy in the Mediterranean», en Wertime y Muhly, cap. 10.

— (1984), *Review of Nichoria III*, *Antiquity*, 58, pp. 152-153.

— (1986), «Interaction by design: the Greek city state», en C. Renfrew y J. F. Cherry, eds., *Peer polity interaction and socio-political change*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 47-58.

— (1987), *An archaeology of Greece: the present state and future scope of the discipline*, University of California Press, Berkeley (hay trad. cast.: *Arqueología de Grecia*, Crítica, Barcelona, 1990).

— (1991), «Bronze Age exchange: a minimalist position», en Gale, pp. 15-20.

— (1994), «The nature and standing of the early western colonies», en Tsetskhladze y de Angelis, cap. 1.

Sourvinou-Inwood, C. (1989), Review of Dietrich, 1986, *CR*, 39, pp. 51-58.

— (1990), «What is polis religion?», en O. Murray y S. Price, eds., *The Greek city from Homer to Alexander*, Clarendon Press, Oxford, cap. 12.

— (1993), «Early sanctuaries, the eighth century and ritual space. Fragments of a discourse», en Marinatos y Hägg, 1993, pp. 1-17.

Stampolidis, N. C. (1998), «Imports and agalmata: the Eleutherna experience», en Karageorghis y Stampolidis, pp. 175-185.

—, ed. (2001), *Καύσεις στην εποχή του Χαλκού και την πρωιμή εποχή του Σιδήρου*, Universidad de Creta KB ΕΠΚΑ [y] Sociedad Arqueológica Mesogeiaki, Atenas.

Steel, L. (1998), «The social impact of Mycenaean imported pottery in Cyprus», *BSA*, 93, pp. 285-296.

Stiebing, W. H. (1980), «The end of the Mycenaean Age», *Biblical Archeologist*, 43, pp. 7-21.

Stos-Gale, Z. A. (1998), «The role of Kythnos and other Cycladic islands in the origins of Early Minoan metallurgy», en L. G. Mendoni y A. Mazarakis Ainian, eds., *Kea – Kythnos: history and archaeology*, Research Centre for Greek and Roman Antiquity, Atenas, pp. 717-735.

Stos-Gale, Z. A. y C. F. Macdonald (1991), «Sources of metals and trade in the Bronze Age Aegean», en Gale, pp. 249-288.

Stos-Gale, Z. A., M. Kayafa y N. H. Gale (1999), «The origin of metals from the Bronze Age site of Nichoria», *OpAth*, 24, pp. 99-120.

Styrenius, C.-G. (1967), *Submycenaean studies. Examination of finds from mainland Greece with a chapter on Attic Protogeometric graves*, Instituto Sueco en Atenas, Lund.

Tainter, J. (1988), *The collapse of complex societies*, Cambridge University Press, Cambridge.

Taylour, W. D. (1981), *Well-built Mycenae, fascicule 1. The excavations*, Aris & Phillips, Warminster.

Thomas, C. G. (1970), «Mycenaean hegemony? A reconsideratin», *JHS*, 90, pp. 184-192.
Thomas, R. (1989), *Oral tradition and written record in Classical Athens*, Cambridge University Press, Cambridge.
Tsetskhladze, G. R. y F. de Angelis, eds. (1994), *The archaeology of Greek colonization. Essays dedicated to Sir John Boardman*, Oxford University Committee for Archaeology, Oxford.
Tsipopoulou, M. (2001), «New Late Minoan IIIC shrine at Halasmenos, East Crete», en Laffineur y Hägg, pp. 99-101.
Tyree, E. L. (2001), «Diachronie changes in Minoan cave cult», en Laffineur y Hägg, pp. 39-50.
Van Andel, T. y C. N. Runnels (1987), *Beyond the acropolis: a rural Greek past*, Stanford University Press, Stanford.
Vandenabeele, F. (1987), «L'influence égéenne dans les coûtumes funéraires chypriotes», en Laffineur, pp. 227-234.
Van Wees, H. (1988), «Kings in combat: battle and heroes in the *Iliad*», *CQ*, 38, pp. 1-24.
— (1992), *Status warriors. War, violence and society in Homer and history*, Gieben, Amsterdam.
— (2000), «The development of the hoplite phalanx. Iconography and reality in the seventh century», en H. van Wees, ed., *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth and Classical Press of Wales: Swansea, pp. 125-166.
Vatin, C. (1969), *Médéon de Phocide: rapport provisoire*, Boccard, París.
Vaughan, S. J. y W. D. E. Coulson, eds. (2000), *Palaeodiet in the Aegean*, Oxbow Books, Oxford.
Ventris, M. y J. Chadwick (1956, 2.ª ed., 1973), *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge University Press, Cambridge.
Verlinden, C. (1984), *Les statuettes anthropomorphes crétoises en bronze et en plomb du III^e millènaire au VII^e siècle av. J.C.*, Brown University, Center for Old World Archaeology and Art, Providence, R. I.
Vlachopoulos, A. (1998), «Naxos and the Cyclades in the Late Helladic IIIC period», *BICS*, 42, pp. 237-238.
Vokotopoulos, L. (1998), «Κάτω Κάστελλας, Λενικά. Δυο οχυρές θέσεις της Ζάκρου», *Κρητική Εστία* 6, pp. 237-270.
Voutsaki, S. (1993), «Society and culture in the Mycenaean world: an analysis of mortuary practices in the Argolid, Thessaly and the Dodecanese», tesis doctoral, Universidad de Cambridge.
— (1995), «Social and political processes in the Mycenaean Argolid: the evidence from the mortuary practices», en Laffineur y Niemeier, pp. 55-66.

— (2001), «Economic control, power and prestige in the Mycenaean world: the archaeological evidence», en Voutsaki y Killen, cap. XIII.

Voutsaki, S. y J. Killen, eds. (2001), *Economy and Politics in the Mycenaean palace states*, Cambridge Philological Society, Cambridge.

Voyatzis, M. E. (1997), «Illuminating the "Dark Age": an examination of the Early Iron Age pottery from Tegea», *AJA*, 101, pp. 349-350.

Walberg, G. (1998a), «The excavations of the Midea megaron», *BICS*, 42, pp. 214-215.

— (1998b), *Excavations on the acropolis of Midea, vol. 1.1. The excavations on the Lower Terraces 1985-1991*, Instituto Sueco en Atenas, Estocolmo.

Waldbaum, J. C. (1980), «The first archaeological appearance of iron and the transition to the Iron Age», en Wertime y Muhly, cap. 3.

— (1982), «Bimetallic objects from the eastern Mediterranean and the question of the dissemination of iron», en Muhly *et al.*, pp. 325-347.

— (1987), «Copper, iron, tin, wood: the start of the Iron Age in the eastern Mediterranean», *AJA*, 83, p. 285.

Wallace, S. A. (2000), «Case studies of settlement change in Early Iron Age Crete», *Aegean Archaeology*, 4, pp. 61-99.

— (2003a), «The changing role of herding in the Early Iron Age of Crete: some implications of settlement shift for economy», *AJA*, 107, pp. 601-627.

— (2003b), «The perpetuated past: re-use or continuity in material culture and structuring of identity in Early Iron Age Crete», *BSA*, 98, pp. 251-277.

Walloe, L. (1999), «Was the disruption of the Mycenean world caused by repeated epidemics of bubonic plague?», *OpAth*, 24, pp. 121-126.

Wardle, K. A. (1980), «Excavations at Assiros, 1975-1979», *BSA*, 75, pp. 229-267.

— (1994), «The palace civilizations of Minoan Crete and Mycenaean Greece, 2000-1200 BC», en Cunliffe, cap. 6.

—, ed. (2000), «Lighten our darkness: cultural transformations at the beginning of the first millennium BC – from the Alps to Anatolia», congreso organizado por la Universidad de Birmingham y la Escuela Británica en Atenas, enero de 2000.

Wardle, K. A. y D. Wardle (2003), «Prehistoric Thermon: pottery of the Late Bronze Age and Early Iron Age», en Kyparissi-Apostolika y Papakonstantinou, pp. 147-156.

Watrous, L. V. (1980), «J.D.S. Pendlebury's excavations in the plain of Lasithi. The Iron Age sites», *BSA*, 75, pp. 269-283.

— (1982), *Lasithi, a history of settlement on a highland plain in Crete, Hesperia*, suplemento 18, American School of Classical Studies at Athens, Princeton.

— (1996), *The cave sanctuary of Zeus at Psychro. A study of extra-urban sanctuaries in Minoan and Early Iron Age Crete*, Universidad de Lieja, Lieja.

Wedde, M. (1999), «War at sea: the Mycenaean and Early Iron Age oared galley», en Laffineur, pp. 465-476.

Wertime, T. A. (1983), «The furnace versus the goat: the pyrotechnological industries and Mediterranean deforestation in antiquity», *JFA*, 10, pp. 445-452.

Wertime, T. A. y J. D. Muhly, eds. (1980), *The coming of the age of iron*, Yale University Press, New Haven y Londres.

West, M. L. (1997), *The east face of Helicon: West Asiatic elements in Greek poetry and myth*, Clarendon Press, Oxford.

Whitelaw, T. (2001), «Reading between the tablets: assessing Mycenaean palatial involvement in ceramic production and consumption», en Voutsaki y Killen, cap. V.

Whitley, J. (1991b), «Social diversity in Dark Age Greece», *BSA*, 86, pp. 341-365.

— (2002), «Objects with attitude: biographical facts and fallacies in the study of Late Bronze Age and Early Iron Age warrior graves», *CAJ*, 12, pp. 218-232.

Wright, J. C. (1994), «The spatial configuration of belief: the archaeology of Mycenaean religion», en Alcock y Osborne, cap. 3.

Wrigley, E. A. (1969), *Population and history*, Weidenfeld & Nicolson, Londres (hay trad. cast.: *Historia y población*, Crítica, Barcelona, 1990).

Xenaki-Sakellariou, A. (1985), *Οι θαλαμώτοι τάφοι των Μυκηνών ανασ- καφής Χρ. Τσούντα*, Boccard, París.

Yalçın, Ü. (1999), «Early iron metallurgy in Anatolia», *AS*, 49, pp. 177-187.

Yamagata, N. (1995), «Ritual offerings in Homer and in Linear B», *SMEA*, 35, pp. 57-68.

Yasur-Landau, A. (2003), «Why can't we find the origin of the Philistines? In search of the source of a peripheral Aegean culture», en Kyparissi-Apostolika y Papakonstantinou, pp. 587-598.

Zangger, E. (1994), «Landscape changes around Tiryns during the Bronze Age», *AJA*, 98, pp. 189-212.

Zangger, E., M. E. Timpson, S. B. Yazvenko, F. Kuhnke y J. Knauss (1997), «The Pylos Regional Archaeological Project Part II: landscape evolution and site preservation», *Hesperia*, 66, pp. 549-641.

Zeimbekis, M. (1998), «The typological forms and functions of animal figures from Minoan peak sanctuaries with special reference to Juktas and Kophinas», tesis doctoral, Universidad de Bristol.

ÍNDICE ALFABÉTICO

(Los vocablos más frecuentes, como egeo, micénico, términos cronológicos [por ej., siglo IX] y nombres estilísticos [por ej. PG] no se incluyen por ser demasiado numerosos y en general insignificantes.)



En portada: Plano del palacio de Dhimini.
Sobre ella: Parte de un trípode fundido en bronce de finales del siglo VIII a.C.

El presente volumen es una síntesis actualizada del período que transcurre entre el colapso de la civilización del Bronce (siglos XIII y XII a.C.) y los grandes avances hacia la civilización griega del siglo VIII a.C.

El autor se aleja de anticuadas teorías que atribuyen indebidamente a Atenas el mérito del desarrollo de la civilización griega, y presenta un análisis innovador de la evidencia material y arqueológica más reciente, en el que defiende con argumentos precisos que muchas características de la antigua Grecia se desarrollaron en la Edad Oscura.

En el presente texto se abordan en capítulos temáticos muy asequibles la estructura y la economía de las comunidades del Hierro antiguo, sus técnicas, usos funerarios, contactos externos, comercio y religión. Como especialista en el tema, el autor analiza la relevancia de Homero para comprender: las razones del colapso del Bronce, que dieron origen a la Edad Oscura; los procesos que hicieron posible el paso de la Edad Oscura a la civilización griega; y el grado de continuidad entre la Edad Oscura y las etapas posteriores.

Este libro es una lectura fundamental para estudiosos y especialistas, y para los lectores interesados en general.

www.ed-bellaterra.com

edicions bellaterra